
CRÓNICAS
DE LA
MADRE
TIERRA
DISTOPÍA
SILEA EVANS

Título: Crónicas de la Madre Tierra. Distopía
© Silea Evans 2026: Todos los derechos reservados
Diseño e ilustración de portada: Marina Farcic
Ilustración del mapa: Adriano Bezerra
Corrección: Alba Rodríguez
ISBN: 978-84-09-80574-7
Depósito legal: B 4657-2026
Kindle Direct Publishing
Paperback edition 2026

El derecho de Silea Evans de ser identificada como autora de esta obra ha sido afirmado por ella de acuerdo a la Oficina Española de Patentes y Marcas y el Registro de la Propiedad Intelectual en 2026.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código

Penal).

SILEA EVANS

CRÓNICAS DE LA MADRE TIERRA: DISTOPÍA

ESCUCHA AQUÍ LA PLAYLIST QUE
HA INSPIRADO LA SAGA



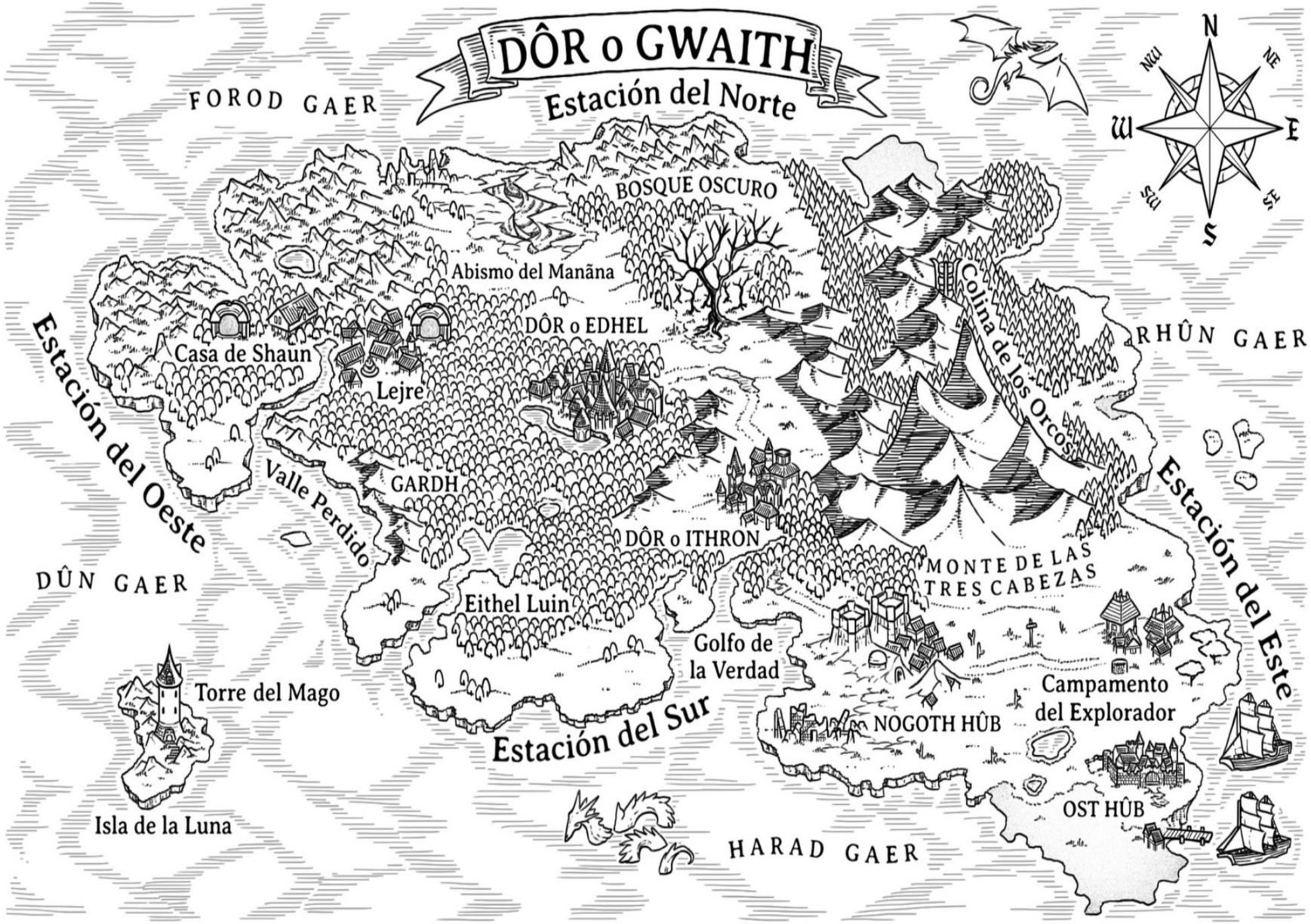
*Recuerda compartir tus reseñas en **Amazon** y **Goodreads**.

Tus reseñas nos ayudan a los autores autopublicados.

ADVERTENCIA:

Este libro incluye contenido sensible relacionado
con relaciones sexuales y violencia.
No apto para menores de 18 años.

A ti, que tienes tu propio viaje del héroe
y que has superado tormentas borrascosas.
A ti, que también eres amapola alta sin saberlo.


DÔR o GWAITH
Estación del Norte
FOROD GAER
BOSQUE OSCURO
Abismo del Mañana
Colina de los Orcos
RHÛN GAER
DÔR o EDHEL
Casa de Shaun
Lejre
Estación del Oeste
Valle Perdido
GARDH
DÔR o ITHRON
Estación del Este
MONTE DE LAS TRES CABEZAS
DÛN GAER
Eithel Luin
Golfo de la Verdad
Campamento del Explorador
Torre del Mago
NOGOTH HÛB
Estación del Sur
OST HÛB
Isla de la Luna
HARAD GAER
N
NE
E
SE
S
SW
W
NW

PRIMERA PARTE
EL MUNDO EN CENIZAS



1
La espiral que nunca encontraron

Teodora tenía el rostro sudoroso. Durante el entrenamiento en el patio de armas sus movimientos eran secos y decididos, y la espada se agitaba en el aire formando una bella danza al son del viento. Iba a darle un golpe a Ethan en el bíceps, pero su compañero dio un giro ágil sobre el aire que terminó por acorralarla en sus brazos con el filo de la espada amenazándola sobre la garganta. Desde hacía varias semanas, su mejoría había permitido que Aritz, el Capitán, les cediera el uso de espadas reales en los entrenamientos.

Aun así, iban con cuidado.

Pero no porque fuera un mero entrenamiento Teodora iba a darse por vencida. Con uno de los trucos de defensa personal que le había enseñado Saori, la soldado más tenaz de entre todos los hombres allí presentes, la guardiana consiguió zafarse del agarre de Ethan y arrebatarle por fin la espada. Ahora, la punta del arma apuntaba a su compañero.

La sonrisa que se le dibujó a Teodora en el rostro era victoriosa.

—Te tengo —dijo con orgullo hasta que notó el contacto de un objeto afilado contra su espalda.

—No, te tengo yo a ti. —La voz de Dylan le había ganado la batalla. Teodora suspiró y dejó caer los brazos rendidos a sus costados con ambas espadas en las manos. Le devolvió a Ethan la suya, quien la agarró con una amplia sonrisa de orgullo en el rostro.

—Eso no vale —se quejó Teo mirando a Dylan—. Nunca atacas, siempre te escondes hasta que tienes vía fácil.

—Eso no es del todo cierto, Evans. —Leohorn, el Comandante elfo que los entrenaba, llegó hasta ellos junto a Amira, Nathalia y Boris a su lado—. La estrategia que usa Dylan es tan legítima como la tuya. Y ya os lo tengo dicho, en una batalla jamás hay reglas. Más os vale tener mil ojos y valeros de todos los recursos posibles. Aun así, debo felicitaros. —Leohorn puso una mano sobre el hombro de Ethan, orgulloso—. Ethan, te falta mejorar la eficacia, y Teodora, la precaución. Meller —se dirigió a Dylan esta vez— aunque silenciosa, muy buena estrategia. Y Amira…

—Sí, lo sé —lo interrumpió la guardiana—. Debo mejorar prácticamente todo. —Soltó un profundo suspiro de desánimo.

—Debes aprender a coordinar los movimientos. Recordad que en el campo de batalla la única descalificación final es la muerte.

Y aunque sonaba bastante duro, al Comandante Leohorn no le faltaba razón.

Y justo cuando estaba a punto de despedirlos para el descanso, el gran portón de madera que daba salida al exterior de la fortificación se abrió. Teodora y los guardianes observaron a Finrod y al resto de soldados entrar con el rostro serio, pero decidido, al recinto de la Guardia.

Hacía ya casi siete meses gregorianos[1] que ninguno de los guardianes había salido al exterior y, para su mala suerte, y por muy raro que pareciera, tampoco habían encontrado ninguna espiral por la que pudieran cruzar el portal, aunque lo tuvieran prohibido. Pasaron prácticamente todo el invierno y parte del otoño encerrados en aquel castillo y, con el pasar de los días, la primavera ya casi se estaba abriendo camino.

Semanalmente, un escuadrón de hombres de la Guardia Oficial salía al exterior a ocuparse de asuntos burocráticos o, dadas las circunstancias, asegurarse sobre cómo iban las cosas con los antipactistas. Sin embargo, ninguno de los guardianes recibían información del exterior. Aritz había decretado que era mejor así para que pudieran centrarse en su entrenamiento, tanto físico como mental. A los guardianes no les agradaba demasiado esa idea. Las únicas noticias que recibía Teodora eran las de Shaun. Aunque el

servicio postal era lento a más no poder, periódicamente, Shaun y la guardiana se escribían cartas en las que se contaban lo mucho que se echaban de menos el uno al otro y anécdotas que amenizaban los momentos difíciles por los que estaban pasando. Teodora nunca se imaginó que se escribiría con un chico mediante correo postal; era una chica del siglo XXI. Pero esa chica del siglo XXI ahora estaba en otro mundo; su mundo.

Con paso decidido, la guardiana se dirigió hacia Finrod, que era la mano derecha de Aritz, quien entraba junto a sus hombres cruzando todo el patio de armas hacia las escaleras principales que conducían al despacho del Capitán.

—Finrod —dijo caminando a su lado. El rostro del elfo se mantenía serio.

Parecía cansado.

—Ahora no, Teodora —le dijo con tono tajante.

—Pero solo quiero saber…

—Teodora —la interrumpió mientras avanzaba con el paso firme—, ahora no. Ya conoces las normas.

—Pero nadie va a saber nada, solo quiero saber cómo están las cosas. No somos prisioneros, por la Madre Tierra. —Al decir aquello, Finrod soltó un suspiro exasperante y se detuvo en seco a su lado.

—Ya lo sé, pero no puedo deciros nada del exterior. No por ahora. —Finrod miró hacia Boris y Nathalia, que se colocaron al lado de Teodora—. Volved con vuestras obligaciones —con el mentón les indicó que se marcharan—, tengo que hablar con Aritz.

Y tras decir aquello, los guardianes lo observaron encaminarse hacia el interior de la fortificación mientras sus botas militares pisaban con firmeza cada escalón.

—Qué fastidio —se quejó Nathalia a su lado.

—Vaya mierda, nunca nos dirán nada. —Boris, quien ya se había integrado entre los guardianes en el transcurso de los meses, también parecía molesto.

—Entonces lo averiguaremos nosotros. —Teodora se encaminó hacia el interior, subiendo uno a uno los escalones de madera con decisión.

—¿A dónde vas? —exclamó Nathalia. La pelirroja giró sobre sus talones para mirarlos.

—A intentar averiguar algo. ¿Venís?

Nathalia y Boris se miraron con duda, pero el rubio se encogió de hombros y siguió a Teodora. Cuando la guardiana de cabello afro se volvió hacia el resto de los guardianes, Amira la miraba de brazos cruzados, desaprobando con la mirada aquella acción. Nathalia se encogió de hombros y siguió a sus compañeros.

Los tres se adentraron en el cálido interior. Aunque el comienzo de la primavera estaba a la vuelta de la esquina y las temperaturas no eran tan gélidas, el calor interior se agradecía. Caminaron por el pasillo de suelo de madera que los conducía hacia el despacho de Aritz, allí donde Finrod debería estar conversando con él en aquel instante. Y allí estaban, tras esa puerta que los refugiaba en su pequeña burbuja de confidencialidad. Los tres guardianes se acercaron, procurando hacer el mínimo ruido posible, y Boris se colocó a un lado de la puerta; al otro, se quedaron Teodora y Nathalia. El rubio se apoyó en el marco y Teodora le dedicó una mirada de advertencia. Con sus ojos azules mostrando indiferencia, Boris se encogió de hombros.

—¿Y qué hay sobre lo del colgante? ¿Rastro de algún humano? —La voz de Aritz resonaba contundente en el interior de aquella habitación. Los tres guardianes pusieron atención.

—No, ni un solo rastro. Adrus ha asegurado que nos lo haría saber en caso de avistamiento por el Refugio o alrededores.

—Bien, es preciso que nadie lo sepa. Si corre la voz y llega a oídos equivocados… quién sabe qué más males nos esperarían.

Teodora, Boris y Nathalia se dedicaron una mirada cómplice entre ellos. Estando allí, el colgante había parpadeado algunas veces más, aunque la intensidad del parpadeo y aquella especie de calentamiento variaban según el momento. Debido a ello, no sabían si se trataba de más guardianes o de algún otro asunto relacionado con la estabilidad de la Madre Tierra. Aritz y los miembros de la Guardia Oficial estaban al corriente, debían estarlo, ya que los propios guardianes ya no tenían acceso al exterior.

En cierta medida, aunque preventiva, se sentían encarcelados.

—¿Y se sabe algo del Consejo de Brujos? —Volvió a preguntar el Capitán.

—Nada. —Teodora casi podía intuir cómo Finrod negaba con la cabeza—. Nada nuevo, requieren el colgante y la presencia de Teodora.

—Eso no va a ser posible. Todavía no. —Al otro lado de la puerta se escucharon un par de pasos.

—Aritz, también nos han llegado noticias de varios poblados de Dôr o Edhel. Al parecer, se están produciendo bastantes altercados y ya hay varios grupos antipactistas —dijo Finrod—. La población se rebela, pero nadie sabe dónde está Owen Carter.

En ese momento, Teodora solo podía pensar en una persona: Shaun. Esperaba que él, Laila y el resto estuvieran bien.

—Mal asunto. Es cuestión de tiempo que todo esto explote. —Se escucharon algunos pasos más por la sala y los guardianes se miraron entre sí—. Erulissë debe estar al borde del colapso —añadió el Capitán, pensativo—. Y ese canalla a estas alturas ya sabrá que lo estamos buscando. Increíble lo que puede hacer la palabra de alguien a quien hace poco no conocía nadie, de un engreído… pero no lo entiendo. Se le ofreció conversar a mesa redonda con todos los altos mandos de Dôr o Gwaith, ¿qué más podría querer que ser escuchado?

—¿Conversar? —susurró Nathalia a modo de protesta—. ¿Quién diablos querría conversar con un asesino?

—¿Acaso hace falta que lo diga? —Volvió a hablar Finrod y se abrieron unos segundos de silencio.

—No, claro que no. —Se oyó un chasquido de lengua por parte de Aritz—. Maldita sea.

—No creo que fuera una conversación. —Boris retomó la pregunta de Nathalia—. Deben de tener un plan detrás. —Teodora les hizo el gesto de silencio con el dedo índice sobre los labios.

—Bueno, daremos con la solución. —Aritz suspiró tras la puerta.

—Los chicos han vuelto a preguntar, por cierto. —Volvió a hablar Finrod—. ¿No podríamos hacerlos partícipes de todo esto? Son parte de lo que está ocurriendo, Aritz.

—No. —La voz del Capitán fue clara—. Deben centrarse en ellos, en mejorar sus destrezas. Si los distraemos, si permitimos que tengan información del exterior o salgan a él… —Aritz hizo una breve pausa y se escuchó un chasquido—, prefiero no pensarlo por ahora. Hazme un favor, llama a Leohorn. Quiero saber cómo les ha ido hoy. —Y después de escuchar unos pasos, Nathalia les señaló con el mentón que caminaran hacia adelante de forma apresurada, pero justo cuando las chicas iban a pasar, la puerta se abrió, y Aritz y Finrod salieron de ella por sorpresa.

Teodora y Nathalia se detuvieron para no chocar con sus cuerpos.

—Teodora… ¿qué hacéis aquí? —Aritz la miró intercaladamente con Nathalia, pero detuvo su mirada en la pelirroja.

—Aritz, íbamos…

—Oye, ¿vamos? —La voz de Boris sonó justo en el momento adecuado, que las miraba detrás del Capitán y Finrod. Ambos se voltearon a verlo—. Tengo hambre. —Los miró a ambos, encogiéndose de hombros.

—Íbamos a reponer fuerzas. —Nathalia les sonrió y agarró a Teodora del brazo—. Adiós Aritz, Finrod —se despidió por ambas.

Boris esperó a que estuvieran a su altura y, cuando los tres caminaron paralelamente, soltaron un profundo suspiro colectivo. Después de aquello, rieron disimuladamente.

No tenían muchas más distracciones allí.

—Eso ha estado cerca —dijo Teodora.

—De nada. —Boris sonrió con orgullo y Nathalia puso los ojos en blanco.

—Gracias. —Teo lo miró con diversión.

—Llevamos meses aquí. Sería justo que nos dieran información —se quejó Nathalia a su lado mientras los tres se dirigían hacia el comedor del castillo—. Aritz es un testarudo y un autoritario.

—Es el Capitán —añadió Boris—, nadie puede negárselo.

—Por supuesto que sí —replicó Teodora—. Estamos aquí por precaución, no como reclusos.

—A ver, estáis exagerando un poco. —Boris habló justo cuando sus voces se mezclaron con el bullicio del comedor, lleno de soldados de la Guardia—. Sí que es cierto que apenas nos dan información, pero

nos protegen, entrenamos… no se está tan mal. —Boris se hizo a un lado para no chocar contra el hombro de un soldado y vieron a unos metros a Dylan, Ethan y Amira, esperándolos en la mesa que ya habían adquirido como suya.

Al igual que el resto de la comunidad, los guardianes también formaban parte de ella. Y como parte de ella, no solo entrenaban y ayudaban en las tareas comunitarias, sino que también llevaban el uniforme azul marino de una tonalidad más clara que los distinguía del rol del Capitán. De no ser por sus orejas de humano, habrían parecido unos soldados más. En cuanto a los soldados de la Guardia, ya se habían acostumbrado a tener a varios humanos entre ellos. Fue un proceso difícil de aceptación, pero Aritz se encargó de que los trataran como a uno más.

—Te recuerdo que llevamos meses aquí sin volver a nuestro mundo, Boris —le recordó Nathalia cuando ya hubieron llegado al lado de sus compañeros.

—¿Qué os pasa? —preguntó Amira, observando cómo los tres se sentaban junto a ellos en la banca alrededor de la mesa.

—Hemos estado escuchando… ciertas cosas —dijo Teodora, captando la atención de sus compañeros.

—¿Qué cosas? —Ethan frunció el ceño.

—Están buscando a Owen. —Boris dijo aquello con total tranquilidad mientras le arrebataba a Amira un pastelillo de chocolate.

—¿Cómo? —Amira arrugó la frente.

—Boris. —Teodora lo miró con desaprobación, pero el rubio se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Qué? Con este ruido nadie nos va a escuchar —añadió refiriéndose al bullicio del salón mientras le daba un bocado al pastelillo.

—¿Qué quieres decir con "están buscando a Owen"? —preguntó Ethan esta vez.

—Ethan, creo que queda bastante claro —le respondió el rubio con ironía.

—El caso es —Teodora se acercó a ellos sobre la mesa para hablar en tono de susurro— que según hemos oído a Aritz y a Finrod,

Owen tiene orden de busca y captura, o algo así. No estoy segura.

—Sí, parece ser que han ido a Nogoth Hûb para comunicárselo a Adrus —intervino Nathalia.

—Y que el Capitán sigue sin contarnos nada ni dejarnos salir, como siempre —prosiguió Boris.

—Joder —añadió Amira con fastidio.

—¡Esto es una puta mierda! —El fuerte golpe de Dylan sobre la mesa hizo que sus compañeros se sobresaltasen y llamó la atención de todos en el salón.

—Dylan, tranquilo. —Teodora miró alrededor y se deslizó por la banca hasta acercarse a su compañero. Le puso una mano sobre el hombro—. Tranquilo, encontraremos la salida.

—¡No! —El guardián pelinegro zarandeó el hombro con furia, deshaciéndose del contacto de Teodora—. Dijisteis que cuando viniéramos podríamos volver a casa. Me siento como en una maldita cárcel, ¡joder! —Dylan volvió a dar otro golpe sobre la mesa y se levantó con agresividad para marcharse de allí.

Teodora y el resto ya se habían acostumbrado a ello. Con el transcurso de los meses, se dio cuenta de que Dylan tenía razón: tenía ciertos rasgos que remarcaban su autismo. No lo hacía queriendo, pero había ocasiones en las que se enfadaba de forma agresiva cuando se sentía desbordado o estresado, tal y como estaba ocurriendo en aquel momento. Y no era para menos: si a una persona con esas características le afectaba cualquier cambio en el mundo humano, un cambio de aquellas dimensiones en un mundo paralelo no era poca cosa para Dylan. Aunque no resultaba fácil, no todo era negativo: los sutiles abrazos del pelinegro en ocasiones inesperadas compensaban esos momentos.

Teodora y sus compañeros se quedaron en silencio observándolo alejarse hasta que desapareció furioso por la salida del comedor. Cuando volvieron la mirada alrededor, ya todos habían vuelto a entablar sus conversaciones con normalidad.

—¿Otro episodio? —Saori, una de las pocas mujeres soldado que había allí, se sentó al lado de Nathalia junto a los guardianes. Amira suspiró.

—Eso parece.

—¿Puede saberse por qué? —preguntó la soldado. A pesar de que su tono era amistoso y era una de las pocas con las que más confianza habían ganado allí, los guardianes intercambiaron unas breves miradas cómplices.

—Nada en especial —intervino Boris—. Nada y todo a la vez, ya sabes. Solo queremos respuestas.

—Ya, entiendo. —Saori los miraba con duda.

Antes de seguir conversando con ellos, dio un bocado a la manzana verde que sostenía en una mano.

—¿Cuándo nos dejarán salir? O saber información del exterior, al menos. Es que esto es insufrible. —Amira soltó un bufido y apoyó el mentón sobre su mano, frustrada.

—Bueno, entrenad duro —dijo mientras terminaba de tragar—. Demostradle a Aritz que sois lo suficientemente fuertes para afrontarlo. Supongo que tiene miedo. —Se encogió de hombros.

—¿Miedo de qué? —Al instante de preguntarlo, Teodora se dio cuenta de que su pregunta no había sido muy inteligente.

—Bueno, teme por vosotros. Sois los guardianes del Pacto, si algo os pasa…

—Todo se va a la mierda, sí —terminó de decir Nathalia—. Lo sabemos.

—Pero también merecemos saberlo. Hemos sacrificado nuestras vidas en nuestros mundos para estar donde debemos estar —añadió Ethan—. Sería lo justo.

—El problema, guardián —prosiguió Saori— es que esto no es un juego. Puede que os hayáis enfrentado a Owen previamente, pero nada tiene que ver con una guerra. No os hablo de batallitas, sino de una guerra en mayúsculas. —Saori los miraba a todos intercaladamente con el rostro serio—. Aritz, al igual que todos, intenta protegeros. Y en cuanto salgáis ahí… —se levantó entonces de la banca, y su melena corta y el flequillo brillaron por la luz que se reflejaba a su lado desde el ventanal—, estaréis desprotegidos.

—¿Y entonces qué propones que hagamos? —intervino Teodora con frustración—. No podemos quedarnos aquí dentro siempre.

—No, pero sí aprender lo necesario para usarlo como arma a la hora de la verdad, o como herramienta, según queráis ver. A

menudo, los momentos previos a las batallas son los más duros. Bueno, pulir un diamante requiere de sudor, ¿no? Pues… pensad que sois un diamante y os estáis puliendo a vosotros mismos.

—Esa metáfora no me parece convincente. —Saori rio ante la reacción de Nathalia y le frotó el cabello afro.

—Bueno, en todo caso, será mejor que sigáis el consejo del Capitán. Saldremos de esta juntos. —Y antes de marcharse, Saori les sonrió.

Aquello los dejó a todos en silencio.

—Me voy a buscar a Dylan. —Teodora se levantó de la banca, no sin antes agarrar un bollo de miel de encima de la mesa.

—Vale, nos vemos luego —le dijo Amira.

Teodora asintió hacia sus compañeros y se dispuso a cruzar todo el comedor hasta la salida.

A diferencia de los primeros días, ya no recibía miradas que la hicieran sentir incómoda. Siempre había algún que otro elfo que le dedicaba alguna mirada inconveniente, pero trataba de no hacerle caso. «Aquí estás a salvo, no pasa nada», se decía a sí misma.

En cuanto salió por la puerta, la guardiana se encaminó por el pasillo exterior de madera mientras daba un bocado al bollo que sostenía en la mano. Observaba el bello paisaje que le ofrecía aquella fortaleza y, aunque a menudo se desanimaba porque deseaba poder salir y ver a Shaun lo antes posible, jamás se cansaba de aquellas vistas. De fondo, se oían sus botas pisar el suelo y las voces de varios soldados repartidos por el recinto; algunos entrenando y otros socializando.

—¡Teo! —Al oír la voz del Capitán a su espalda, Teodora se giró a verlo.

Aritz se aproximaba hacia ella a paso decidido. Su figura fornida se balanceaba a cada paso con determinación y sus ojos almendrados sostenían la mirada en el rostro de la guardiana. Llevaba el cabello oscuro atado en un moño despreocupado y varios mechones rebeldes se le escapaban a los lados.

—Aritz, hola. Ahora iba a buscar a Dylan.

—¿Todo bien? —preguntó cuando llegó a su lado.

—Sí, sí. Todo bien —asintió sin poder evitar recordar la conversación que había escuchado junto a Boris y Nathalia.

—Me gustaría hablar contigo, ¿puedo acompañarte? —le preguntó.

—Sí, claro. Aunque, a decir verdad, no sé dónde está, pero puedo hacerme una idea. —Rio y ambos empezaron a caminar por el pasillo exterior.

Teodora dio otro bocado al bollo que sostenía en su mano.

—¿Qué habéis escuchado?

—¿Qué? —La pregunta pilló por sorpresa a Teodora.

—No te hagas la sorprendida, ya me has oído.

—No sé a qué te refieres. —Trató de disimular. Aritz detuvo su paso y la miró con incredulidad, a lo que Teodora se encogió de hombros—. ¿Qué? Lo digo en serio, no entiendo a qué te refieres. ¿Qué se supone que tenía que escuchar? —Aritz negó con la cabeza y rio de forma divertida. Teodora se fijó en la cicatriz que tenía marcada en la sien derecha.

Esa cicatriz en la que tantas otras veces se había fijado.

—Muy astuta, Teodora. —El Capitán movió el dedo índice hacia ella y la miró con tono acusatorio—. Pero sé que habéis estado escuchando la conversación con Finrod. Digas lo que digas, sé que lo sabéis. Es tu elección admitirlo, negarlo u ocultarlo, pero sé que habéis estado detrás de la puerta. —Teo sonrió con ironía.

—Ahora mismo no es un buen momento, Aritz —dijo y giró sobre sí misma para volver a caminar de nuevo.

—Creo que a veces te olvidas de que soy el Capitán, guardiana. —Aritz caminó tras ella—. Con lo que te costó llamarme Aritz al principio.

Teo escuchó su risa detrás de ella.

—Pues permítame decirle, Capitán —se detuvo para enfrentarlo—, que como guardiana simplemente le doy de su propia medicina. ¿Acaso no es lo que siempre nos decís? "No es un buen momento, Teodora". "No puedo decirte nada, ya lo sabes, Teodora". —Teo imitó con la voz las palabras que solía decirle el Capitán cuando ella misma buscaba respuestas. Sin embargo, Aritz se limitó a observarla, sonriente. La pelirroja puso los ojos en blanco y siguió su camino.

—¿Sabes lo difícil que es gestionar todo esto? —Teodora volvió a detenerse, pero esta vez miró a Aritz fijamente. Aunque su diferencia de edad en términos humanos no era exagerada, seguía siendo el Capitán y, por primera vez, parecía que estaba dispuesto a abrir su faceta más personal hacia la guardiana—. Tener que encargarte de la burocracia de Dôr o Gwaith, de la formación del cuerpo de la Guardia —Aritz empezó a caminar de nuevo hacia ella —, de atender a todas las peticiones que conciernen a todos los habitantes, de los antipactistas, de Owen Carter y de protegeros. —Tras decir aquello, la mirada del Capitán la penetraba hasta lo más profundo de sus ojos y le transmitía confianza.

La mirada de Aritz emitía intimidad.

—¿Entonces por qué no dejas el cargo? —Aritz rio con ironía y, tras negar con la cabeza, apoyó su cuerpo robusto sobre la baranda del pasillo que daba al patio exterior.

—No es tan fácil. —Miró el horizonte—. Además, si alguien debe encargarse de protegeros, prefiero ser yo. —El Capitán volvió a mirarla directamente a los ojos y la guardiana sonrió, mirando también hacia el horizonte.

—Eso suena un poco egoísta —dijo con ironía.

—Puede, pero es la verdad. —Aritz le sonrió de vuelta.

Teodora se colocó a su lado, también apoyando su cuerpo sobre la baranda de madera. La guardiana miró el perfil del Capitán; sus facciones marcadas y su barba de varios días. Si bien era cierto que era el alto mando allí presente, era una persona joven. Y como toda persona joven y no tan joven, Teodora se imaginaba que debía tener sus propios dilemas personales.

—Los primeros días fuiste muy duro, ¿sabes? —dijo la guardiana y el Capitán volteó a verla—. Con nosotros. Yo ya estaba acostumbrada a este mundo, pero los chicos, Nathalia y Amira… ellos eran nuevos en todo esto.

—Tenía que serlo. Y tengo que serlo, Teo. No puedo actuar de una forma con vosotros y de otra con el resto, ¿no crees?

—Sí, y lo entiendo. —Teodora dejó de mirar al horizonte para enfrentarlo—. ¿Alguna vez te han arrancado un brazo? —Aritz frunció el ceño ante aquella extraña pregunta.

—Pues… —dijo mirando sus brazos—, creo que no —dijo, no muy seguro del sentido de aquella cuestión, y rio.

—Pues imagina que te quitan un brazo. El proceso de sanación de ese brazo es lento y parece que llega, pero nunca termina de llegar. Al final, aunque resistes por adaptarte con el único brazo que te queda, ver la luz al final del túnel es difícil. ¿Puedes imaginarlo? Pues así se sienten los guardianes.

—¿Y tú? —Los ojos de Aritz se mantenían fijos en los de ella, examinándola con atención—. ¿Cómo te sientes tú? —Teodora suspiró.

—Como ellos, solo que a mi me falta parte del otro brazo. Ellos pueden volver a sus hogares, yo no —dijo con voz tajante y volvió a mirar hacia el horizonte—. Tampoco puedo volver con Shaun. —Y tras decir aquello, ambos se quedaron en silencio.

Pensaba en sus padres cada día, era inevitable. Sin embargo, los guardaba como un recuerdo de su pasado, como si hubieran fallecido y una parte de ella hubiese muerto con ellos. En cierta forma, así lo sentía. Ella misma había cambiado; se había vuelto más determinante respecto a sus emociones. Claro que no dejaba de ser humana y había momentos en los que el agotamiento y la tristeza le ganaban. Una parte de la Teodora niña que fue seguía estando en su interior, y aquí va lo curioso de su historia, y es que esa pequeña Teodora que un día fue, era la que la hacía seguir allí, de pie frente a los obstáculos. A pesar de todo, la guardiana tenía claro que volverse dura como una roca no era la solución, a menos que quisiera destruirse a ella misma.

No era el caso.

—Me imagino que Shaun te habrá contado algo sobre los disturbios en los poblados. Eso ya lo debes saber.

—Hace semanas que no recibo ninguna carta —negó la pelirroja.

—De todas formas, lo has escuchado antes, ¿me equivoco? —Teodora asintió levemente con los labios fruncidos—. Puedes estar tranquila, estamos gestionándolo. Y en cuanto a Owen, tiene una orden de busca y captura. Puedes decírselo a los guardianes.

—Espero que podáis encontrarlo, aunque sé de buena mano que os resultará difícil. No entiendo como alguien como Owen puede

escabullirse de toda Dôr o Gwaith.

—Ni siquiera las hadas dan el brazo a torcer, pero haremos todo lo posible y más, créeme.

—Hay hadas que colaboran con Erulissë… ¿no podría hacer algo?

—¿La Reina? —Teo asintió y Aritz negó con la cabeza—. Bueno, ya te he dicho que haremos todo lo posible.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Pensaba que ya lo hacías. —Rio Aritz y Teodora sonrió, siguiéndole la gracia.

—Esta vez es algo distinto —dijo la guardiana, aunque no estaba muy segura de aquello.

—Dispara. —Teo miró al horizonte y dio un golpecito sobre la barandilla antes de lanzar la pregunta.

—¿De verdad le ofrecisteis a Owen una oportunidad para hablar?

—Sabía que habíais estado escuchando. —Aritz negó con la cabeza con diversión, una reacción que Teodora no esperaba.

—Lo siento, pero necesitamos respuestas —se justificó—. Entiéndenos.

—Sí, le ofrecimos entablar una conversación a mesa redonda. Pero no es lo que crees. Fue una maniobra estúpida, intentábamos atraerlo de alguna forma.

—Sí, parece estúpido. —Aritz la miró con desaprobación—. Lo siento, pero es la verdad. —Se encogió de hombros—. ¿Qué esperabais de un criminal fugitivo?

—Cierto, pero teníamos que intentarlo.

—Así no vais a dar con él —dijo mirando al horizonte de nuevo. Una corriente de viento le agitó el cabello.

—Disculpa, pero hace siglos que no nos enfrentamos a circunstancias como estas. Siempre ha habido cierto resentimiento entre la gente, pero siempre había permanecido el equilibrio hasta que…

—Hasta que puse un pie en estas tierras —lo interrumpió.

—Bueno, para ser precisos, la herida ya estaba abierta desde hacía tiempo. En fin, *Quo factum est*; lo hecho, hecho está. —Teodora lo miró sorprendida.

—No sabía que conocías el latín. Que yo sepa, es una lengua mundana.

—Bueno, no eres la única que tiene conocimientos. Y te recuerdo, guardiana, que este mundo existía mucho antes que el vuestro. ¿Lengua mundana? ¿De verdad? —Aritz le dio un leve golpecito de brazo contra brazo y Teodora rio.

—Sí, tienes razón.

En momentos como aquel, parecían dos amigos normales y corrientes. No parecían guardiana y Capitán; las jerarquías se esfumaban y la transparencia del ser los envolvía.

—Bueno, tengo que buscar a Dylan. —Teodora se enderezó y se apartó de la barandilla.

—Sí, yo debo seguir con unos asuntos. —Aritz retomó la compostura—. Cuida a Dylan —le dijo con empatía.

Teodora asintió y se despidió con una sonrisa.

Cruzó todo el pasillo de madera hasta llegar a unas escaleras que la conducían al patio trasero del ala oeste, allí donde habían realizado la primera reunión con Aritz el primer día que llegaron al castillo. Cruzó todo el terreno hasta ver a lo lejos a Dylan sentado a los pies del viejo roble. Dylan estaba sentado en posición india, de espaldas a Teodora, y parecía estar mirando hacia arriba, al cielo. En silencio, Teodora se aproximó a él y se sentó a su lado.

—Hola —le dijo. Dylan la miró atento, sus ojos marrones clavados en los de Teodora.

—Hola —respondió y volvió a mirar al cielo.

—¿Qué haces? —Se atrevió a preguntarle la pelirroja, algo cohibida.

—¿No te parece extraño? —añadió Dylan. Su pregunta la tomó por sorpresa.

—¿El qué? —preguntó con el ceño fruncido. El muchacho, sin apartar la mirada del cielo, lo señaló con el mentón.

—Las estrellas, el sol. —Teo lo miró de nuevo con incertidumbre.

—No, ¿por qué me iba a parecer extraño? Es el cielo.

—Exacto. —Dylan se volvió hacia ella—. Es el cielo.

—No te entiendo. —Lo miró confusa.

—Pues eso, que es el cielo. El cielo, las estrellas, el sol, la lluvia… la nieve. —Dylan volvió a mirarla fijamente a los ojos—. Hay una atmósfera que nos rodea —dijo mientras señalaba con el dedo índice alrededor del cielo.

—¿Y qué? ¿Qué quieres decir? —Teodora se encogió de hombros sin comprender a su compañero. Temía que se estuviera volviendo loco.

—Pues que si hay una atmósfera, si podemos ver el sol y las estrellas, es que estamos en algún planeta. —Teo rio y negó con la cabeza—. Piénsalo, tiene toda la lógica. Tiene sentido —insistió.

—Sí, lo tiene. Pero ahora tenemos preocupaciones mayores, ¿no crees?

Dylan giró el rostro para mirar fijamente a Teodora. Con los ojos rojos a causa de las lágrimas, el muchacho volvió a mirar al frente y suspiró, entrelazando sus delgados pero firmes brazos alrededor de sus rodillas. Teo apoyó la cabeza en el hombro de su compañero y le acarició el cabello con sus dedos. Dylan y Teo habían forjado una relación como de hermanos, el hermano que Teodora nunca tuvo. Ambos se quedaron en silencio, mirando el hermoso paisaje que yacía ante ellos mientras la guardiana seguía acariciándole el cabello, un gesto que a menudo relajaba a su compañero. Y allí, en el poco rastro de nieve que quedaba y en mitad del atardecer, Teodora pensó que quizá la forma de escape de Dylan era pensar en alguna pista lógica sobre toda la experiencia que estaban viviendo; algo que diera respuesta a las miles de preguntas que se les presentaban día tras día.

—¿Te apetece comer algo? ¿O ir a la biblioteca? —le preguntó Teo y Dylan se encogió de hombros.

—Tampoco hay mucho más que hacer…

Teodora se levantó del suelo y Dylan la imitó. La guardiana estaba a punto de irse cuando el pelinegro la detuvo.

—¡Espera! —Dylan la agarró fuerte del brazo e hizo que la guardiana se girara abruptamente hacia él. Siguió con la mirada el punto al que su compañero estaba mirando y ahí estaba: a los pies

del viejo roble, una bella espiral los estaba llamando—. La he encontrado —dijo el guardián, fascinado.

—Dylan, eso es…

—Una espiral. —Los ojos de Dylan brillaron al mirar a su compañera—. Es así como son, ¿no? Las espirales. —Dado que Dylan no tuvo la misma oportunidad que Ethan y Amira de traspasar un portal a plena conciencia, formuló la pregunta a modo de afirmación.

—Sí, así es. —Teodora le sonrió ampliamente, tanto que tenía ganas de llorar de la emoción—. Oh, Dylan. ¡La has encontrado! —Lo abrazó con entusiasmo y Dylan la rodeó con sus brazos, feliz de su logro.

Ambos celebraron haber encontrado la espiral de las guardias como si fuera un rastro de agua en mitad del desierto.

—¿Cómo no pudimos verla antes? —preguntó Teodora al separarse.

—No lo sé, quizá estábamos tan ofuscados por lo que está ocurriendo que no la vimos.

—Y estaba delante de nuestros ojos todo el tiempo… —Teodora volvió a mirar la espiral con fascinación—. Hace tanto que no veía una. —Se volvió de nuevo hacia el guardián—. Vamos, tenemos que decírselo al resto. —Y agarrándolo de la mano, arrastró a Dylan con ella y empezaron a correr hacia el ala este del castillo, donde se encontraban el resto de sus compañeros.

ʘ

Cuando llegaron al pasillo de madera que rodeaba todo el castillo, tuvieron que reducir el paso para no tropezar con el resto de soldados que pasaban por allí y no levantar sospechas, aunque caminaron a paso ligero. Dylan seguía a Teodora en todo momento y ambos se adentraron a la zona del ala este que los llevaría a la habitación donde dormían los guardianes.

Era el lugar donde solían refugiarse después de los entrenamientos.

—Espero que estén ahí —dijo Teodora mientras subía los escalones de dos en dos.

Y cuando por fin llegaron, abrió la puerta de golpe y se encontró a Boris medio dormido en su cama y a Ethan y Amira tumbados sobre la cama individual del guardián de cabello castaño. Amira estaba con la cabeza sobre el pecho de Ethan y este le acariciaba el cabello, pero al ver a la pelirroja entrar de forma abrupta, ambos los miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Ethan sin mucho interés, aún tumbado.

—Tenemos que hablar. ¿Dónde está Nathalia? —preguntó Teodora.

—Estoy aquí. —Nathalia apareció por detrás de ambos, adentrándose en la habitación. Tenía una toalla en la mano y parecía estar lidiando con su cabello húmedo—. Agh, ¡odio mi pelo! —exclamó con enfado.

—¿Por qué dices eso? A mí me parece bonito —dijo Amira, que seguía tumbada sobre el pecho de Ethan.

—¿Bonito? —Nathalia la miró incrédula—. Si tuvieras este pelo —se agarró un mechón con fuerza y lo sacudió en su mano— sabrías el tipo de batalla a la que tengo que enfrentarme cada día. ¡Me queda horrible! —Nathalia tiró la toalla húmeda sobre la cama con frustración.

—¿Qué pasa? —Boris, que estaba medio dormido en su cama individual, se frotó los ojos con fastidio.

—Nat, no es para tanto… —Trató de calmarla Teo.

—Sea lo que sea, ¿podrías gritar menos? Estaba durmiendo —se quejó Boris con la voz ronca, pero Nathalia lo ignoró.

—Créeme, sí que lo es. —Miró a Teo—. ¿Acaso no me veis? Cada vez que me lo lavo, ¡parece que me haya electrocutado! Si ya es difícil en nuestro mundo, aquí me resulta imposible tener un pelo en condiciones. —Se pasó la mano por la frente y soltó un suspiro de frustración.

—Bueno, estoy segura que lo que Dylan y yo tenemos para deciros te hará cambiar de parecer —pronunció la pelirroja. En aquel momento, sus compañeros pasaron a prestarle máxima atención—. Dylan, cuéntaselo tú. —Lo animó Teodora.

—Vale… hemos encontrado un portal.

—¿Qué? —Amira se reincorporó de golpe.

—¿De verdad? —preguntó Nathalia. A todos les brillaban los ojos. Teodora y Dylan se miraron y se sonrieron entre sí.

—Sí, en el viejo roble del ala oeste —añadió Teo.

—¿El viejo roble? —Amira frunció el ceño—. No puede ser, hemos estado ahí cientos de veces.

—Lo sé, ¿no es increíble? —pronunció Dylan fascinado.

—Lo hemos tenido delante todo el rato y hemos sido incapaces de verlo. —Sonrió Teodora.

—O quizá ha aparecido cuando más lo necesitamos… —añadió Boris, abriendo una pequeña puerta a la incertidumbre.

—Genial, ¿y ahora qué? —Ethan, al lado de Amira, se reincorporó de la cama, dejando ver sus abdominales desnudos.

—Ahora debemos trazar un plan, ver en qué momento podríamos atravesar el portal sin que sospechen de nosotros —dijo Teodora con decisión, pero sus compañeros se miraron entre sí y permanecieron en silencio; un silencio que sorprendió a la guardiana—. No me digáis que ahora que lo hemos encontrado, no queréis hacerlo.

—No es eso, Teo, pero… no sabemos lo que encontraremos en nuestro mundo —añadió Amira, insegura.

—Pues yo pienso hacerlo. —Dylan habló seguro de sí mismo. Teodora lo miró de perfil y, aunque le daba miedo separarse de los compañeros que se habían vuelto como su propia familia, entendía que debía dejarlos marchar con la fe de que volvieran junto a ella.

El miedo a perder algo de nuevo por tercera vez no debía frenarla. Confiaba en la Madre Tierra y confiaba en sus compañeros que, al igual que ella, también eran guardianes.

—Tenemos que tomar una decisión conjunta —dijo Teo, mirando al resto de nuevo—. Quién quiera quedarse, puede hacerlo, pero para los que queremos pasar el portal, necesitamos un plan. Si Aritz se entera…

—Si Aritz se entera, os matará él mismo —añadió Boris, desinteresado.

—¿Tú no quieres cruzarlo? —preguntó Teodora, a lo que el rubio negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—No me gustó dejar nuestro mundo, pero… cuando estaba allí, me sentía perdido. No encontraba ningún propósito. Aquí, al menos,

tengo uno. —Boris se encogió de hombros.

—¿Y no quieres ver a tu familia? —le preguntó Dylan.

—¿Cómo, Dylan? —Boris se sentó de un impulso sobre el borde de la cama—. Si me presento allí como si nada, no será muy normal que digamos, y volver a desaparecer de la nada será bastante difícil y sospechoso. Si los veo a escondidas sin que sepan que he aparecido, será un mal rato por el que no quiero pasar. —Boris miró hacia el suelo durante unos segundos—. Y para ver a una familia como la mía, mejor no ver nada —dijo aquello casi en tono de susurro, la tristeza estaba apoderándose de él—. Además, Amira tiene razón —señaló con el mentón a su compañera—, no sabemos lo que nos podemos encontrar.

Y pensándolo bien, tenía razón. Después de todo, sus situaciones no eran tan diferentes a las de ella. Recordó cuando fue a ver a sus padres a escondidas después de instalarse en Lejre, hacía ya casi un año y pocos meses mundanos. Allí, el paso del tiempo no era muy claro, así que el único tiempo que podía calcular Teodora era mediante su intuición. Recordó cuando vio a sus padres despiertos en mitad de la madrugada después de que ella hubiera desaparecido de sus vidas; recordó la expresión facial de sus padres que vio por última vez antes de marcharse de Montgomery definitivamente. Era un recuerdo doloroso, no podía forzar a sus compañeros a pasar por lo mismo. Visto así, tenía sentido que en el momento menos esperado tuvieran miedo y quisieran dar un paso hacia atrás.

—¿Sabéis qué? No os entiendo. ¡Llevamos meses hablando de esto! ¡Meses! —exclamó Nathalia—. Y en cuanto aparece una espiral, os echáis para atrás.

—¿Y qué, Nathalia? —exclamó Boris de vuelta con su cabello rubio alborotado—. No es una decisión fácil.

Y en el momento menos esperado, Ethan se levantó impulsivamente y salió de la habitación. Amira los miró a todos con preocupación y salió tras él.

—¡Ethan, espera! —exclamó la guardiana mientras salía también por la puerta.

—Genial —añadió Nathalia con frustración y se dejó caer sobre su cama.

—Esto es una mierda, ¿vale? —se quejó Dylan y salió también de la habitación.

Teodora miró de nuevo a sus compañeros, tan frustrados como ella.

—Entiendo lo que supone tomar esta decisión, pero yo tampoco puedo volver a mi casa, a Montgomery. A estas alturas, es como si mis padres estuvieran muertos —dijo con los ojos casi llorosos—. ¿Pero sabéis quién sí nos queda? Shaun, Tom, Laila. Y pienso ir a verlos. Si mañana no hemos tomado una decisión conjunta, iré a Lejre durante la noche.

Tras decir aquello y dejar a sus compañeros con la palabra en la boca, Teodora también salió de la habitación. Estaba frustrada, decepcionada; una mezcla entre enfado y tristeza la inundaba, pero no podía hacer nada al respecto. Fuera cual fuera la decisión que tomasen sus compañeros, ella iba a ver a Shaun.

ʘ

Caminó por el pasillo que conducía a la biblioteca y vio a Amira volviendo hacia la habitación, cabizbaja. Parecía estar enjuagándose las lágrimas con las mangas de la blusa de color marrón acre.

—Amira, ¿estás bien? —preguntó, parándose en el pasillo frente a ella. Sus voces resonaban en el espacio. La joven guardiana miró a Teodora con sorpresa y asintió.

—Sí, sí. No es nada. —Amira le restó importancia.

—¿Y Ethan?

—Está arriba, en la azotea.

—¿Cómo está él?

—No muy bien. —Amira se encogió de hombros sin mucho ánimo —. Pero se le pasará, necesita un momento a solas. —Intentó restarle importancia, pero Teodora la conocía tan bien a esas alturas que sabía que lo que le pasara a Ethan a Amira le afectaba gravemente—. Será mejor que vaya a la habitación de nuevo. —La guardiana señaló con el mentón al frente del pasillo, en dirección a los dormitorios.

—Vale, nos vemos en un rato. —Teodora trató de mostrarle su mejor sonrisa, pero en aquellos momentos los ánimos de las

guardianas estaban por los suelos.

Amira asintió con un ademán de sonrisa y Teodora la observó caminar por el pasillo mientras la trenza que llevaba peinada en el cabello largo se le balanceaba a cada paso. Y aunque Amira le había dicho que Ethan necesitaba un rato a solas, Teo decidió cambiar el rumbo de su ruta. Avanzó a lo largo del pasillo, pasada la biblioteca, hasta que llegó a unas escaleras de piedra que conducían hacia la azotea del ala este del castillo. Tras subir los escalones en silencio, abrió el gran portón de madera y una ráfaga de viento le azotó la cara. Dio un paso hacia adelante, pisando el suelo de la azotea y cerrando de nuevo la puerta a su espalda.

Allí arriba el viento era agresivo y el frío de la noche se hacía presencia. Teodora se abrazó a sí misma y observó su alrededor en la oscuridad hasta que localizó a su amigo, sentado sobre un muro con las piernas colgando en el aire. Caminó hacia él hasta que se acercó lo suficiente como para sentarse a su lado. Ethan la miró brevemente y volvió la vista al frente de nuevo, a pesar de que más allá del castillo estaba todo oscuro en la noche y solamente podían verse las estrellas.

Un sueño estrellado que los acompañaba en mitad de la oscuridad.

—¿Estás bien? —Se atrevió a preguntarle. Ethan asintió y se sorbió la nariz—. Aquí arriba hace frío. —Sonrió mientras se abrazaba a sí misma.

—Sí, un poco —dijo el guardián sin mucho ánimo.

—No tienes por qué ir si no quieres.

—Lo sé. —Ethan se apoyó en ambas manos sobre el muro, extendiendo sus brazos por completo.

Y aunque Teo dudó sobre si seguir con aquella conversación, siguió entablando palabra con su compañero:

—Nunca te quejaste. —Ethan la miró atento—. Nunca has hablado de tu madre ni de tu hermana. —El guardián miró hacia abajo, cabizbajo, y después alzó la cabeza mirando al horizonte de nuevo. Teodora sabía que estaba reprimiendo las lágrimas—. ¿Puedo preguntar por qué? Esto es difícil para todos.

—Por eso, Teo —añadió por fin con resentimiento—. Cada uno libra sus propias batallas, ¿no crees? —Aquellas palabras eran un acto de

nobleza por parte de Ethan, pero Teo sabía que necesitaba tanto apoyo como los demás—. Dime —dijo mirándola fijamente de nuevo —, ¿acaso resolvería algo?

—Sí, claro que sí, Ethan. Si nos apoyamos entre todos, todo se pasa mejor. A falta de psicólogos… —Teodora miró esta vez al frente y el cabello se le volvió a alborotar por el viento. Ethan soltó una ligera sonrisa—. Eso me gusta más. —Le sonrió Teodora.

—Es solo que… no podré soportar verlas sin acercarme a ellas.

—Te entiendo… —asintió Teo, recordando el dolor de su propia experiencia.

—Ya me duele bastante haberlas abandonado. Mi madre nos crio a mi hermana y a mí, ella sola. Madre soltera y con un trabajo a jornada completa… ya te puedes imaginar —dijo mirando al frente de forma nostálgica—. Mi hermana es pequeña, necesita referentes. Haberlas dejado atrás me hace sentir egoísta y… culpable. —Ethan jugaba ahora con los dedos de sus manos y se mordió una piel de alrededor de la uña, pero de la nada soltó un profundo suspiró y se acorraló a sí mismo entre sus brazos, agarrándose del cabello y escondiendo el rostro entre las piernas—. Dios… no quiero hablar de esto —dijo con rabia.

—Lo sé. —Teodora le puso una mano sobre el hombro—. Entiendo lo difícil que debe ser para ti.

—Mucho. —Ethan soltó un profundo suspiro de nuevo y miró al frente, indiferente. Y como por acto de sorpresa, un mar de lágrimas brotó por sus mejillas de la nada. Ethan pasó de un rostro impasible a romper en llanto en cuestión de segundos y, de repente, aquella coraza masculina que se imponía en él, cayó.

Teodora lo miró impactada. No había visto a alguien llorar con tanta angustia por un dolor como aquel desde… desde que falleció Nedhel. Recordó el mar de lágrimas de Shaun y cuánto lo echaba de menos. Y de alguna forma, Ethan sentía que se estaba despidiendo de su familia; que un duro golpe de realidad le había azotado la mente y era como si estuviera sembrando la muerte de lo que en su día fue su vida mundana; el nacimiento de unos recuerdos de aquella anterior vida.

Teodora lo abrazó. Lo abrazó tan fuerte que Ethan se permitió llorar sobre el hombro de la guardiana. Le frotó el brazo con cariño, un cariño amistoso, y trató de que se sintiese arropado mientras Teodora seguía mirando al frente, reprimiendo, a su vez, las lágrimas que amenazaban con desbordarse y un nudo en el corazón que la apresaba.

—Lo siento. —Ethan se separó y se limpió las lágrimas con el dorso de las manos. Teodora lo observó y pensó en lo diferente que parecía Ethan cuando se ablandaba.

Pasaba de ser un chico rudo a un chico con el niño interior herido; vulnerable.

—Eh, escúchame. —Acunó su rostro entre sus manos y lo miró fijamente a los ojos—. Todo estará bien, ¿vale? Encontraremos la solución.

—¿Y si tengo que dejarlas ir como tú a tus padres? —preguntó de repente con la voz rota.

Y en aquel momento, el corazón de Teodora volvió a agrietarse.

—Encontraremos la forma de que eso no suceda. Y si sucede… estaremos a tu lado, como una familia. Ya sé que nunca podremos sustituir a… —Teodora se interrumpió a sí misma, estaba hablando de más—, quiero decir, que estamos juntos en esto. —Ethan sonrió aún con los ojos rojos del llanto.

—Una familia de humanos en un mundo de elfos, enanos, hadas y un elfo asesino —dijo el guardián con ironía y Teo le siguió la sonrisa.

—Sí, no podemos aburrirnos. —Ambos rieron—. Y por cierto, ve a ver a Amira. Está preocupada por ti.

—Lo sé… ella también tiene a un hermano pequeño y a unos padres en nuestro mundo. No puedo ser egoísta con ella. Es lo único que tengo más cercano a casa. —Teodora le sonrió.

—Pues, ¿a qué esperas? Ve a verla, anda. —Con la cabeza, señaló en dirección a las escaleras.

—Sí, será lo mejor. Y gracias, Teo. —Ethan le sonrió y se levantó del muro en el que estaban sentados—. ¿Vienes?

—No, me quedaré un rato más por aquí.

—Suerte que tenías frío —le dijo con ironía y Teodora le sonrió.

—Estaré bien, bajo en dos minutos.

—Vale, hasta ahora. Y gracias. —La mirada de Ethan era sincera.

—No me las tienes que dar, somos una familia, ¿no?

Después de despedirse con una sonrisa, Teodora lo observó marcharse por la puerta hacia el interior del castillo y se quedó en silencio, en mitad de la noche sobre aquella azotea. Aparte de los guardianes, en Dôr o Gwaith ella también tenía alguien a quien consideraba familia.

Decidida, se levantó del muro y se encaminó hacia el interior del castillo: iba a ver a Shaun.

2
El amor en tiempos de guerra

Teodora se adentró en la fortaleza de nuevo. A parte de la luz tenue de los quinqués que colgaban de las paredes e iluminaban la estancia, no había nadie más por allí a aquellas horas. Caminó despacio, en silencio, por el suelo liso de madera decorado con relieves simétricos que lo hacían parecer algo más que solo madera.

Mientras se dirigía hacia el dormitorio, se preguntó si lo que estaba a punto de hacer estaría bien, si no era demasiado egoísta por su parte. Pero eran sus compañeros quienes no tenían clara su decisión, ella sabía cuál era su papel y necesitaba ver a Shaun.

Shaun también era su familia.

Sin embargo, algo la hizo detenerse en mitad del pasillo silencioso y dio media vuelta, dirigiéndose hacia la biblioteca. Cuando llegó, la biblioteca estaba completamente a oscuras, así que agarró una vela que ya estaba apagada en uno de los quinqués de las mesas y la encendió con otra vela. Caminó por la biblioteca silenciosa, algo que le resultaba un poco aterrador, pero no tenía tiempo que perder.

Convencida de su decisión, agarró un papel y lápiz y escribió una nota para sus compañeros:

He ido a visitar a Shaun en Lejre.
Volveré antes del amanecer, lo prometo.
–Teo.

Cuando ya había escrito la nota, recorrió el pasillo de nuevo en absoluto silencio y volvió al dormitorio. Al entrar, vio a sus compañeros sumidos en un profundo sueño. Se alegró de verlos a

todos allí, durmiendo plácidamente. Dejó la nota sobre la mesilla de Amira con cuidado de no despertarla y se dirigió hacia su cama. Debajo del colchón, agarró el libro que con tanto esmero había guardado, aquel que tenía «Lírë o Arin» por título. Teodora se lo había leído todo; no era demasiado extenso y había estudiado cada una de las palabras que su predecesora humana, Denise Howard, les dejó. Pensaba llevarle el libro a Shaun, estaba segura de que juntos podrían averiguar más.

Después de ponerse la capa de color carmín que le regaló la Reina Erulissë en su primera visita a Dôr o Edhel, escondió el libro bajo su ropa y salió de la habitación con cuidado. Observó a todos sus compañeros dormir antes de cerrar la puerta cuidadosamente y, por fin, puso rumbo hacia el portal.

Tuvo que cruzar toda la fortaleza de noche, tratando de evitar que los guardias la vieran. Intentó ir por las zonas menos concurridas, agachándose a lo largo del pasillo de madera exterior. En más de una ocasión tuvo que quedarse quieta durante unos segundos para que los guardias más próximos no sospecharan del ruido de sus pies al caminar sobre la madera. Pero, por fin, cuando llegó a las escaleras que daban al patio del ala oeste, pudo cruzar todo el territorio en silencio hasta llegar al viejo roble.

Se sentía como una fugitiva y aquello le trajo viejos recuerdos. Cruzar toda la fortaleza no había sido fácil, pero ya había perdido demasiado tiempo. Se agachó a los pies del árbol y allí estaba: la espiral. Parecía estar susurrando su nombre. Teodora miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie la había visto: estaba a salvo. Y mirando la espiral de nuevo, tragó saliva y visualizó el portal que estaba en las cercanías de la casa de Shaun, allí donde aterrizó por primera vez como guardiana.

—Vamos allá —dijo soltando un profundo suspiro. Y colocando la palma de su mano sobre la espiral, fue absorbida al instante.

ᘐ

Salió del portal de la piedra grisácea de forma inmediata y se detuvo un instante antes de continuar: sí, había llegado al lugar correcto. Tal y como recordaba, los bosques de Lejre seguían

teniendo un verde espléndido que le llenaba la vista de vida. Por suerte, allí aún no había anochecido. Por si acaso había espías merodeando por la zona, no se quitó la capucha y se apresuró a adentrarse en el bosque, en dirección a la casa de Shaun.

Todo seguía exactamente igual a cómo lo recordaba. A diferencia de Amon Neled, donde se encontraba la fortaleza, en Lejre ya no había rastro de la nieve del invierno. Caminó por el bosque respirando aquel aire puro que tanto había echado de menos y vigilando a cada paso de que no la acecharan. Y cuando por fin llegó, vio allí la casa de Shaun tal y como la recordaba.

Volvía a estar en casa.

Y fue entonces cuando lo vio: Shaun estaba en los establos, se había quitado la camiseta de lino y organizaba la paja de las caballerizas con la horquilla en mano. Con cada movimiento, sus músculos se contraían de espaldas a la guardiana. A Teodora le brillaron los ojos y se adentró en el claro que había frente a la casa. Como por inercia, dejándose llevar, sus pies avanzaron un par de pasos hasta detenerse sin apartar la mirada del muchacho.

—Shaun —pronunció su nombre en voz alta.

El elfo, aún de espaldas, levantó la cabeza y se giró abruptamente. Llevaba una barba que no se había afeitado en semanas y sus ojos eran tan azules como Teodora recordaba.

—¿Teo? —preguntó absolutamente sorprendido. Teodora asintió sonriente con los ojos humedecidos por las lágrimas a punto de brotar de la emoción mientras sus pupilas estaban fijas en las de Shaun, casi como si un hilo invisible las uniera—. Teo. —Shaun tiró la horquilla al suelo y corrió hacia ella con entusiasmo.

Teodora corrió y se abalanzó sobre él. Shaun la sostuvo de la cintura y, rodeándola con sus fuertes brazos, la alzó al vuelo y la giró en el aire. El elfo escondió su rostro entre el cuello y la clavícula de la guardiana, dejándose embriagar por las feromonas de su amada. Y a Teo le agradó notar los brazos de Shaun a su alrededor, refugiándola como siempre habían hecho. Sintió el torso desnudo del elfo pegado a su cuerpo, no le importó que estuviera sudado, y sus cabellos, ahora más largos que la última vez, rozaban la piel de los

antebrazos de Shaun. Ambos rieron y cuando Teodora volvió a tocar el suelo con los pies, Shaun acunó su rostro entre sus manos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó confuso, pero sintiéndose enormemente feliz.

—Nada —Teodora le acunó también el rostro—, no preguntes. —Negó con la cabeza y lo besó con tanta pasión que aquel beso quedó grabado para toda la eternidad.

Ambos disfrutaron de aquel beso. Sus labios se habían echado de menos, un amor como aquel no podía morir. Teodora le acarició la mejilla mientras se besaban y Shaun puso una mano en el pálido cuello de la muchacha. Cuando se separaron, lo único que pudo ver Teodora fue la amplia sonrisa del elfo y sus ojos mirándola con admiración a centímetros de su rostro.

—Por la Madre Tierra, no me creo que estés aquí. —Shaun la examinó con alegría y, en un momento dado, miró alrededor con cautela y agarró a la guardiana de la mano con firmeza—. Ven, será mejor que entremos.

Acompañándola al interior del hogar, cerró la puerta a sus espaldas y Teodora se quedó quieta en el salón, mirando alrededor con nostalgia.

—¿Feliz de estar en casa? —le preguntó el elfo pegado tras su espalda.

—Ay, Shaun —Teodora se giró hacia él, quedando pegada a centímetros—, no sabes cuánto. —Lo volvió a besar.

Ambos se volvieron a besar como hacía tiempo que no lo hacían, pero Shaun cortó el beso para mirarla a los ojos.

—Un momento, ¿cómo has venido? —le preguntó a la vez que le ponía un mechón de cabello por detrás de la oreja con cariño.

Un gesto que Teodora había echado de menos.

—¿Cómo crees que he venido? —Alzó las cejas.

—¿Por un portal? —Teo asintió y puso una mano detrás de la nuca de Shaun—. ¿El Capitán te ha dejado venir? —preguntó con el ceño fruncido, pero Teodora soltó un profundo suspiro y se giró, dirigiéndose hacia el sofá y tumbándose en él.

—No sabes cuánto había echado de menos esto —omitió la pregunta del elfo. De pronto, su mirada se fijó en la ventana del

salón, aquella que rompieron la noche que los atacaron e incendiaron el establo. La ventana estaba reparada, como nueva—. Veo que la has arreglado —dijo mirándolo con una sonrisa.

El elfo dirigió la mirada hacia la ventana y sonrió.

—Sí. —Volvió de nuevo la mirada hacia la guardiana—. Teo —se puso a su lado, sin dejar de mirarla—, ¿te ha dejado el Capitán? —Teodora soltó un profundo suspiro y miró a Shaun. El elfo la miró directamente a las pupilas, tratando de descifrar el mensaje de su mirada—. ¡¿Te has escapado?! —exclamó, alzando las cejas con una expresión de alarma en el rostro.

—Bueno, no exactamente. Tengo que volver en unas horas, sino sí que Aritz podría matarme.

—¿Aritz?

—Sí, el Capitán.

—Ya, ya sé cómo se llama. Escucha —Shaun sacudió la cabeza—, no entiendo nada. Vas a tener que explicarme mejor qué ha pasado. —La agarró de las manos.

No muy segura, Teodora suspiró y se recolocó en el sofá, de cara al elfo.

—Si he tardado en venir es porque no encontrábamos ningún portal. Se me ocurrió desde el día que os fuisteis, pero, sorprendentemente, ni los chicos ni yo encontramos ningún portal por la fortaleza.

—¿Y cómo están ellos? —preguntó por el resto de guardianes.

—Están bien. —Se encogió de hombros—. Boris te sorprendería, creo que es un buen guerrero. —Teodora sonrió—. Pero… querían ir temporalmente al mundo humano y al descubrir el portal se han echado para atrás.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—Supongo… —Teodora bajó la cabeza de nuevo—. En parte los entiendo, no quiero que tengan que pasar por un dolor como ese. —Shaun agarró firmemente sus manos y posó un dulce beso sobre ellas. Teodora le sonrió con dulzura.

—¿Y qué tal con el Capitán? ¿Cómo os están tratando?

—Bien, bastante bien. Aunque allí somos como un soldado más. Entrenamos diariamente y realizamos tareas comunitarias. Aritz es

un buen líder, después de todo. —Shaun la escuchó mientras guardaba silencio y Teodora, de pronto, recordó el libro—. Pero hay algo que quiero darte. —Se sacó el libro de entre las ropas, donde lo tenía a buen recaudo, y se lo tendió a Shaun, que lo agarró entre sus manos y lo miró con intriga. El elfo la miró intercaladamente con el libro.

—¿Qué es esto?

—Lo encontré también el mismo día que os fuisteis. Estaba en la biblioteca del castillo, lo escribió Denise Howard.

—La humana del Pacto. —Shaun la miró sorprendido y Teo asintió.

—Me lo he leído entero, pero aparte de contar la historia que ya sabemos sobre las antiguas guerras y el Pacto, el libro está compuesto de versos que no entiendo.

—¿Y por qué me lo has traído? Os pertenece a vosotros.

—Quiero que lo tengas tú y lo pongas a buen recaudo.

—Pero, Teo… estará más a salvo en la Guardia Oficial.

—No lo creo. Nadie sabe que lo tengo y de hecho, dudo que alguien recuerde de su existencia. Como ves, sus páginas están bastante desgastadas. Además… Owen nos busca a nosotros, no volverá a por ti. —Shaun guardó silencio y bajó la mirada—. No ha vuelto, ¿no?

—No, no. —Negó con la cabeza—. No volvimos a verlo desde el día en que nos atacó de camino a la Guardia Oficial, pero… las cosas se han puesto feas.

—¿Cómo? Aritz no nos deja saber nada del exterior.

—Y probablemente sea mejor así. —Shaun se levantó del sofá y agarró a Teo de la mano—. Solo puedo decirte que Lejre ya no es lo que era.

Sin preguntar hacia dónde la llevaba, Teo lo siguió escaleras arriba y disfrutó de volver a sentirse como en casa con varios recuerdos viniéndole a la mente. Aunque echaba de menos a Espe y a Nedhel. Siempre lo haría.

—¿Y qué hay de Laila y Tom? ¿Cómo están? —preguntó mientras subían las escaleras.

—Están bien. La mayoría del tiempo estamos por aquí juntos, lejos del poblado, pero Laila debe cuidar a sus padres y a su hermano, y

Tom… bueno, ya sabes lo testarudo que es. Nunca abandonaría su propia casa ni a Gus. —Ambos rieron y Shaun se detuvo frente a la puerta de la que era la habitación de Teodora desde el primer día que llegó allí—. Pero te echan mucho de menos. —Y de un movimiento, abrió la puerta y le cedió el paso a la guardiana.

Teo se adentró en su antigua habitación y la observó en silencio: nada había cambiado, estaba como la última vez.

—Quién me iba a decir que iba a echarla tanto de menos. —Shaun sonrió y Teodora se asomó a la pequeña ventana. Observó el paisaje a través de ella, aquel paisaje que tantas veces la había llenado de vida.

En el exterior, el atardecer ya marcaba su presencia.

—Dejaré el libro aquí, ¿vale? Así sabrás donde está. —Teodora asintió siguiendo con la mirada a Shaun mientras dejaba el libro junto al resto en las estanterías, antes de volverse de nuevo hacia la ventana. Contempló aquel árbol por el que casi consiguió perder su miedo a las alturas. Al instante, notó la respiración de Shaun sobre su cuello. Los dedos del elfo rozaron su piel y le apartaron unos mechones de cabello. Sintió sus labios posarse sobre su hombro y un suave beso le quedó marcado—. Yo también te he echado de menos. Verte en esta habitación o sentada sobre la rama del árbol… —le susurró—, no sabes cuánto.

Teodora se giró rápidamente. Sus ojos brillaban con una mezcla de deseo y ternura mientras acariciaba los brazos de Shaun; cada toque encendía aún más la chispa entre ellos. Sus labios volvieron a encontrarse, esta vez con una intensidad más profunda, como si en cada beso buscaran recuperar todo el tiempo perdido, todo lo que no se habían dicho. Las manos de Shaun bajaron lentamente desde su mejilla, recorriendo el brazo de la guardiana hasta llegar a su cintura, rozando su piel con una suavidad que hacía que Teodora se estremeciera. Ella, acercándose a él mientras sentía el calor de su cuerpo, deslizó sus dedos por el pecho desnudo del elfo, sintiendo los latidos de su corazón acelerado bajo la piel.

Sin dejar de besarlo, Teodora se quitó la capa y después la blusa, quedando en ropa interior frente su compañero. Shaun observó el cuerpo de Teodora con profunda estima y Teo lo agarró de los

brazos, atrayéndolo hacia ella. Las manos del elfo se posaron de nuevo sobre sus caderas y la guardiana rodeaba el cuello de Shaun con las suyas. Volvieron a besarse con pasión, una pasión que provocó un deseo ardiente entre ambos. Decidida, Teodora lo arrastró hasta la cama, quedando el elfo tumbado sobre ella hasta que este volvió a romper el beso.

—Teo…

—Estoy segura —lo interrumpió—. Si vas a preguntar eso, la respuesta es sí. —Shaun la miró sorprendido y sonrió.

—¿Dónde está la Teodora que conocí? —dijo con picardía. Seguía apoyándose con ambos brazos a los lados de la guardiana.

—Sigue siendo la misma, pero… —Teodora lo agarró de la nuca y lo acercó a ella— con más ganas de ti. —Shaun sonrío con picardía.

—Eso me gusta. —De nuevo, estampó un beso contra los labios de la guardiana.

Mientras sus labios bailaban al mismo son, Teodora puso las manos sobre el borde del pantalón de Shaun y, aunque en el fondo seguía teniendo algo de timidez, estaba segura de aquel acto. Le quitó los pantalones mientras ambos se besaban y Shaun puso las manos sobre los bordes del pantalón de Teodora. Detuvo el beso un momento y la miró de nuevo. Su mirada azul como el océano parecía preguntarle si realmente estaba segura de aquello. Teodora asintió.

Por fin, Shaun le bajó los pantalones hasta que se los quitó por completo. Se incorporó sobre ella de nuevo y la besó en los labios, en la mejilla, en el cuello… Cada movimiento era un juego entre ellos, un baile íntimo y silencioso en el que el tiempo parecía detenerse. Los labios del elfo fueron bajando hasta llegar al vientre de Teodora y al borde de su braguita. Mientras lo hacía, la guardiana se encontró mirando los ojos azules de su compañero, perdiéndose en ellos por un instante. Era como si el mundo exterior hubiera dejado de existir; solo quedaban ellos dos y la pasión que los envolvía. Nunca había experimentado algo igual y deseaba seguir sintiendo los labios de Shaun por todo su cuerpo. Se incorporó haciendo que el elfo retrocediera y se quitó el sostén con decisión. Lo tiró al suelo y se sintió desnuda ante la mirada de Shaun sobre

sus senos, pero para su sorpresa, no le importaba. Shaun le sonrió y volvió a poner una mano sobre la mejilla de la muchacha mientras la besaba.

Entre besos y caricias, quedaron casi desnudos. Teodora volvió a tumbarse sobre la cama con Shaun sobre ella, su cabello rojizo y alborotado estaba sobre la almohada como un oleaje sobre lienzo recibiendo el reflejo de los últimos rayos de sol. Sus torsos desnudos se encontraron, piel contra piel, mientras el calor y la electricidad en el aire los rodeaban, atrayéndolos cada vez más. Esta vez sintió los labios del elfo sobre su pezón derecho y Teodora ahogó un gemido silencioso. Después, enredando sus dedos en el cabello de su compañero, le besó la frente con cariño mientras sentía el tacto de sus labios sobre sus senos. La mirada de Shaun volvió a recaer en sus ojos. No hacían falta palabras entre ellos, se comunicaban con la mirada. Shaun volvió a reincorporarse y se quitó los pantalones mientras admiraba el rostro y el cuerpo de Teodora. Cuando quedó desnudo, una mirada fugaz de la guardiana viajó hasta su miembro y después lo miró a los ojos, sonriente. Entonces sintió el suave tacto de los dedos de Shaun introduciéndose en la tela de su braguita. Con delicadeza y sin dejar de mirarla a los ojos, la tela se deslizó hasta liberar su cuerpo. Ya no había barreras: estaban uno frente al otro como la Madre Tierra los trajo al mundo; dos estrellas unidas en una misma constelación.

Shaun se tumbó de nuevo encima de Teodora y se sostuvo con ambos brazos sobre ella. Posó un beso sobre sus labios y le acarició el rostro. Se miraron fijamente a los ojos justo cuando los suspiros se hicieron más profundos y sus cuerpos más cercanos. Teodora le regaló una sonrisa y Shaun le sonrió de vuelta. Ambos se fundieron de nuevo en un beso y, con sus labios ahora a centímetros, en un movimiento pausado pero cargado de deseo, sintió una suave penetración. Los labios de Teodora se entreabrieron mientras sus miradas seguían conectadas. Un suspiro entrecortado al sentir cómo se conectaban de una manera mucho más profunda. Al principio, Shaun se movía con lentitud, cada impulso lleno de delicadeza, atento a cada reacción en su rostro, buscando el placer mutuo.

Y fue entonces cuando Teodora se permitió soltar un delicado gemido mientras sus manos se deslizaban por la espalda de Shaun. Otro beso, otra caricia. Ellos dos contra el mundo.

Aquella noche, ambos hicieron el amor en tiempos de guerra.

3
Sentimientos encontrados

Teodora abrió los ojos, perezosa. Su mirada se cruzó con la luz del amanecer en el horizonte y sentía un brazo rodeando su cuerpo. Se giró y, para su sorpresa, los ojos azules de Shaun estaban clavados en los suyos.

—Hola. —Shaun le sonrió.

—Hola —dijo Teodora con la voz aún adormecida y Shaun plantó un beso sobre su hombro mientras la guardiana bostezaba.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

Teodora se giró hacia él y le acarició las orejas semipuntiagudas, observándolas con cariño antes de apoyar su cabeza sobre el pecho desnudo de Shaun, rodeándole el cuerpo con el brazo y la mano apoyada sobre su abdomen.

—Bien, tan bien como hacía mucho que no descansaba. —Alzó la mirada y le sonrió. Enseguida Shaun la besó en los labios. Pero algo le hizo a Teodora romper ese mágico momento y soltó un profundo suspiro—. Creo que debería irme… aunque no quiero.

—Lo sé. —Shaun acarició su cabello y la besó esta vez en la frente —. Teo, no sé si es adecuado que vuelvas a hacerlo. —Teodora lo miró con el ceño fruncido—. Cruzar el portal, digo. Las cosas han empeorado, no quiero que corras ningún peligro.

En ese momento, aún con el cabello suelto y alborotado, la guardiana se reincorporó con la sábana tapándole el cuerpo. El cuerpo desnudo de Shaun quedó descubierto y, aunque le resultaba tentador, la atención de Teodora solo podía estar en las palabras que el elfo acababa de pronunciar.

—Me ha costado meses encontrar un portal para poder verte. No pienso echarme atrás.

—Lo sé, pero… puede que el Capitán tenga razón. Esto está plagado de espías de Owen, no sabes…

—No, no lo sé —lo interrumpió con enfado—. ¿Cómo voy a saberlo, Shaun? Nadie nos cuenta nada, nadie nos dice nada y somos los primeros afectados. Owen nos quiere muertos a nosotros, a mí.

—Eso no va a pasar. —Shaun habló con el rostro serio y determinación en el tono.

—Si no sé cómo defenderme, sí que va a pasar —dijo Teodora—. Y te diré por qué: si no sabemos lo que está ocurriendo, ¿cómo podremos defendernos?

—Se supone que debéis estar en el Castillo de Dôl.

—Sí, y también se supone que no debemos tener comunicación con el exterior. ¿Sabes lo difícil que les está resultando a los chicos? A todos en realidad, pero sobre todo a Dylan.

—Trato de imaginármelo. —Shaun le agarró la mano a Teodora y suspiró—. Lo único que quiero es que estés a salvo.

—Y lo estaré, pero nada me va a impedir venir a verte. —Shaun la miró directamente a las pupilas y sonrió.

—¿Sabes? Aunque no me guste admitirlo, esta es la Teodora que me gusta. —Ante sus palabras, Teo retomó el buen humor.

—¿Solo te gusta? —dijo con ironía.

—Me gusta, la adoro y me encanta. —Shaun sonrió y se reincorporó para volver a besarla.

ෑ

Desgraciadamente, después de aquello apenas pudo comer algo. Ambos se vistieron y Teodora se apresuró para volver a marcharse. Antes de entrar en el profundo bosque de nuevo, pasó por los establos a ver a Spirit y a Luna.

—Los he echado de menos. —Le acarició el morro a Luna mientras escuchaba los sonidos de sus narices y sus colas espantando las moscas.

—Y ellos a ti, estoy seguro. —Shaun sonrió y le dio un par de golpecitos sobre el lomo a la yegua—. Ojalá puedas volver pronto, con el permiso del Capitán.

—Seguro que sí, intentaré convencer a Aritz. —Siguió acariciando a la yegua.

—Veo que tenéis confianza con el Capitán.

—Cuando se lo propone deja de ser un tirano. — Teodora rio y Shaun le siguió la sonrisa.

—Vamos, antes de que se entere. —Shaun le tendió la mano y, antes de poder tomársela, Teodora posó un beso sobre el cuello de la yegua. Se despidió de los caballos y le tomó la mano a Shaun para dirigirse ambos hacia el portal—. ¿Le dirás al resto que has venido?

—Ya lo saben —afirmó Teo—, les dejé una nota por si acaso. —Shaun asintió y siguieron caminando juntos de la mano hacia el portal.

൭

Cuando por fin llegaron frente a la pared de roca grisácea, Teo visualizó de nuevo la espiral que daba paso a aquel portal por el que tantas veces había cruzado. Ambos se pararon frente a la roca y Teodora soltó un profundo suspiro. Bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas a las del elfo antes de que Shaun las soltara para acunarle el rostro y apoyar la frente en la suya. Teodora agarró sus muñecas y quiso aferrarse a aquel momento para siempre.

—Ojalá no tuviera que marcharme. —Miró a Shaun directamente a los ojos—. No quiero pasar por más despedidas.

—Lo sé. —El elfo posó un suave beso sobre su frente; un beso que mantuvo durante largos segundos antes de volver a mirarla—. Yo tampoco, pero tenemos que ser fuertes.

—Me desgarró el corazón cuando nos dejasteis allí, Shaun. Quiero que todo termine.

—A mí también me desgarró dejarte allí. —La agarró del mentón y volvió a clavar la mirada en sus pupilas—. No sabes cuánto, pero pronto podremos enfrentarlo juntos. Por ahora, quizá el Capitán tenga razón. Será mejor que os preparéis para lo que ya está aquí.

—Por favor, mantente a salvo. —Teodora refugió las manos del elfo entre las suyas con firmeza—. Y a Tom y Laila…

—No les diré que has venido —la interrumpió—. Aunque sean nuestros amigos, creo que por ahora es lo mejor. —Teodora asintió —. Y odio pedirte esto, pero —Shaun suspiró— no quiero que vuelvas a escondidas, Teodora. No si eso implica tu peligro. —Al pedirlo, el elfo miró hacia sus manos entrelazadas con las de la guardiana, pero Teo puso una de sus manos sobre su mejilla.

—Haré lo que sea necesario, confía en mí. Y sobre el libro, debo pedirte que lo mantengas a buen recaudo.

—Sí, lo sé, y así lo haré. Pero no entiendo por qué insistes, estaría más seguro en la fortaleza. —Shaun se encogió de hombros aún sin soltar las manos de Teodora de entre las suyas.

—Porque quiero que seas tú quien nos ayude a descifrarlo.

—¿El resto de guardianes lo saben? —preguntó y Teodora negó con la cabeza.

—Si te soy sincera, no lo he compartido con nadie. ¿Egoísta? Quizá. —Se encogió de hombros—. Pero estaban en pleno proceso de adaptación, no quería abrumarlos con el gran cambio que ya tenían encima.

—Es comprensible. —Shaun asintió—. Te prometo que lo estudiaré y veré qué puedo sacar de ello. Ahora deberías irte. —El elfo miró a su alrededor: parecía que seguían estando solos.

—Sí… —Teodora soltó otro profundo suspiro antes de volver a mirarlo—. Cuídate, por favor.

—Y tú, mi valiente guardiana. —Shaun sonrió y le puso una mano en la mejilla. Teodora sonrió también ante su comentario—. Te amo.

—Y yo a ti, mucho. —Teodora se abalanzó sobre el elfo y lo abrazó con todas sus fuerzas para después estampar un increíble beso sobre sus labios. Shaun la rodeó entre sus brazos una última vez antes de verla marchar.

Ambos se separaron y, con mucho pesar, sus manos se deslizaron hasta separarse mientras sus miradas seguían fijamente clavadas, pupila con pupila. Teodora dio unos pasos hasta la espiral y se giró una vez más para ver a Shaun. Antes de poner la palma sobre la llave que le abría el portal, le lanzó un beso con la mano y los ojos

azules de Shaun, tan tristes como los suyos, fue lo último que vio antes de volver a aparecer en el Castillo de Dôl.

ʘ

Apareció de nuevo en el patio del ala oeste y tuvo que frenarse para no caer al suelo de bruces cuando cruzó el portal. Aún un poco agitada, miró a su alrededor: ya era de día e intuía que había llegado tarde. Maldijo por dentro antes de avanzar. De fondo, se podía escuchar el ruido de los soldados entrenar, así que, con el uniforme del día anterior bajo la capa, se la quitó y la llevó en el brazo.

Mientras caminaba para llegar a la otra punta del castillo, intentó pensar posibles excusas por si se encontraba a Aritz o a alguien que pudiera sospechar. Y mientras lo hacía, caminaba apresurada por el puente de madera que la llevaría al ala este de la fortaleza cuando, de repente, una voz la llamó por su nombre.

—Teodora. —La guardiana se detuvo en seco y miró frente a ella.

—Finrod, hola. —Intentó sonar normal.

—¿Dónde estabas? Llegas tarde al entrenamiento. —El mano derecha del Capitán la miraba con rigidez.

—Sí, lo siento es que no podía dormir y… bueno, va a sonar un poco ridículo —Teodora pensó en una excusa rápida, pero lo suficientemente creíble—, pero fui al patio del ala oeste y me quedé tan relajada que me dormí. —Teo esperaba que su excusa sonara lo suficientemente creíble, ¿lo era?

—¿Te has dormido? ¿En el patio? —Finrod frunció el ceño.

—Sí… estaba cansada, lo siento. —Finrod rio, mirando hacia un lado—. No se lo digas a Aritz, por favor.

—No lo haré, pero sabes que se entera de todo, ¿verdad? —Teodora se quedó en silencio—. Ve con tus compañeros, anda. —Se hizo a un lado, cediéndole el paso.

—Sí, perdón. Gracias, Finrod —agradeció mientras pasó por su lado y Finrod negó con la cabeza, sonriente.

Suspiró después de sacarse aquel peso de encima, pero hasta que no llegó al dormitorio no estuvo tranquila. Al entrar, cerró la puerta tras de sí y vio que ninguno de sus compañeros estaba allí. Guardó

la capa, se alisó el uniforme y se hizo una trenza para poder ejecutar mejor el entrenamiento. Bajó las escaleras a toda prisa hasta salir al patio delantero del ala este y bajar el porche que la conducía hasta sus compañeros.

—Teodora, ¡por fin te dignas a aparecer! —exclamó Leohorn, el Comandante, en tono de riña.

—Lo siento, Leohorn. Me había quedado dormida —dijo mientras sus compañeros la miraban atentos, cómplices de su acto. Leohorn le dedicó una mirada de desaprobación y soltó un chasquido.

—Que no vuelva a ocurrir. —La señaló con la punta de una espada y Teodora asintió—. Toma —le tendió la espada y Teo la agarró por la empuñadura—, harás un duelo con Boris. —Teodora refunfuñó y vio el rostro sonriente de su compañero mientras manejaba la espada con dominio.

—Esto va a ser divertido —añadió el rubio, retándola con la mirada.

Iba a ser una mañana larga para Teodora.

ൠ

Después del que había sido un duro entrenamiento para la guardiana, ella y sus compañeros se dirigieron al comedor a por algo de comida. Realizaron la misma rutina de siempre hasta que se sentaron en su mesa habitual.

—Nos debes una explicación —le dijo Nathalia con enfado. Teodora los miró a todos y decidió pronunciarse.

—Siento haberme ido así, pero Shaun también es mi familia y tenía que verlo —dijo en voz baja.

—Nos tenías preocupados. Cuando vimos que no habías vuelto, pensábamos que te había pasado algo —añadió Amira.

—Sí, pero decidimos darte un poco de tiempo antes de alertarnos por completo —dijo Boris.

—Lo siento, de verdad. Se me fue un poco el tiempo…

—¿Y? ¿Cómo está Shaun? —preguntó Ethan mientras le daba un mordisco a una manzana.

—Bien, está bien. —Teodora sonrió—. Aunque… —la sonrisa se le borró de inmediato—, me ha dicho que las cosas se han complicado.

—¿Y qué mierdas quiere decir eso? —protestó Nathalia, a lo que Teodora se encogió de hombros.

—No lo sé, no ha querido decirme más, pero supongo que más revueltas, ataques…

—¿Y cuándo podremos salir de este agujero? —añadió de nuevo el rubio—. Esto no puede continuar así.

—Teodora. —La voz de Aritz a su espalda los sorprendió a todos. La guardiana se giró y lo miró fijamente—. Conmigo, ahora —dijo el Capitán con la voz tajante y el rostro serio.

Parecía enfadado.

Teo miró a sus compañeros con sorpresa y esperaba no haberse metido en líos. Sin decir ni una sola palabra, les comunicó con la mirada que volvía enseguida y se levantó de la banca para seguir a Aritz, observándolo en silencio mientras avanzaba a paso firme hasta llegar a su despacho. El Capitán le cedió el paso y cerró las puertas.

—¿Ocurre algo? —preguntó la guardiana.

Esperaba que no fuese lo que estaba pensando.

—Sí, ocurre algo, Teodora. —Aritz se sentó tras su mesa y la encaró de nuevo—. ¿Dónde estabas esta mañana? Tengo entendido que has llegado tarde al entrenamiento.

—Sí, ya se lo he explicado a Finrod —dijo con el corazón palpitándole a mil—. Lo siento.

—Sí, claro que me lo ha dicho y no te creo. Con que te has quedado dormida en el patio del ala oeste de madrugada porque no podías dormir, ¿es eso? —Teodora asintió en silencio y Aritz rio—. Por la Madre Tierra, Teodora. Tendrás que buscar una excusa más convincente. —Teo maldijo por dentro—. Ahora dime la verdad, ¿dónde estabas? —La miró fijamente con el mentón sobre su puño en espera de una respuesta creíble.

—Ya os lo he dicho. Por muy ridículo que suene, pero me pasan estas cosas. A veces soy un desastre, ¿vale?

—Te creería, pero la verdad es que no te creo. Llevabas tu capa y eso significa que has ido a algún sitio que no forma parte del castillo.

«Mierda, Finrod se lo habrá contado», pensó.

—Llevaba la capa porque hacía frío.

—Quiero la verdad, Teodora. Te lo preguntaré una vez más: ¿a dónde has ido?

En aquellos momentos, el Aritz amistoso que Teodora conocía se había esfumado. En su lugar, apareció el mismo Capitán déspota que había conocido en su llegada.

—¡Es la verdad, Aritz! —exclamó—. ¿Cómo voy a ir a alguna parte si no podemos salir de esta maldita fortaleza? —Sus ojos estaban casi llorosos.

—Muy sencillo: por un portal. Dime dónde está.

—No sé de qué estás hablando. —Teodora negó con la cabeza—. Créeme, lo he buscado pero ni siquiera hay un maldito portal. —Aritz negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. Te lo voy a pedir una vez más: dime dónde está el portal por el que has cruzado.

—¡Que no lo sé! ¿Por qué insistes tanto?

—¡Porque quiero protegerte! —Aritz se levantó con ímpetu, dando un fuerte golpe sobre la mesa—. Quiero protegerte, Teodora, y si sales ahí fuera, no puedo hacerlo, ¿entiendes? —Teodora, con los ojos llorosos, se quedó en silencio—. Escucha, sé que has ido a ver a Shaun. No es difícil de intuir… —El Capitán rodeó la mesa hasta llegar a ella—, pero no sabes cómo están las cosas ahí fuera.

—No, no lo sé. —Teo lo encaró mientras una lágrima le caía por la mejilla—. No lo sé porque no nos permites saberlo —dijo con enfado.

—No puedo, debéis estar enfocados en vuestra preparación.

—No es cierto.

Aritz le pasó el pulgar por la mejilla y la miró fijamente a los ojos, un gesto que a Teodora la dejó ciertamente sorprendida.

—Escucha… sé que es difícil, pero no puedo permitirte salir. Si lo hago…

—Estoy más que preparada, ¡¿por qué lo haces?! —exclamó.

—Porque me importas, Teodora —dijo y aquellas palabras le sorprendieron a la guardiana. Pero al instante, el Capitán pareció haberse arrepentido—. Me importáis, y os aprecio y tengo que protegeros. A todos, ese es mi deber. —Se recompuso.

Teodora lo miró fijamente y dio un paso hasta quedar a centímetros de los ojos almendrados de Aritz, encarándolo con determinación.

—Aunque lo hagas para protegernos —lo miró fijamente a las pupilas—, no se apresa a quien se quiere —pronunció antes de salir por la puerta y dejar al Capitán con la palabra en la boca.

4
El vínculo

Un nuevo día amanecí en la fortaleza y Teodora seguía dolida con Aritz. En la mayoría de ocasiones lo veía más como a un amigo que como a un capitán, algo que era completamente erróneo y, aunque Teo ya se sabía la teoría, a la hora de la verdad nunca aprendía.

¿Acaso se encariñaba demasiado con las personas?

En la mañana de aquel día, los guardianes iban a enfrentarse por primera vez a un entrenamiento especial. Se trataba de un pequeño simulacro de batalla que Leohorn había ordenado. Según el comandante y entrenador, era necesario realizar desafíos en conjunto, así que Saori y otros cinco soldados se ofrecieron voluntarios para enfrentarse a los guardianes.

De pie frente a ellos, Saori sostenía una espada en su mano y miraba fijamente a Teodora. Los guardianes, algo nerviosos pero decididos ante su primera batalla, miraban fijamente a los soldados, quienes los retaban con la mirada. Y como era de suponer, Teodora sostenía un arco y unas flechas, al igual que Dylan. Por su parte, Ethan, Amira y Nathalia tenían una espada y Boris había optado por un hacha rúnica. Aquella vez, únicamente había dos reglas: la primera, que cada uno adquiriera el arma con la que se sentía más tenaz; y la segunda, que no podían dejar que nadie alcanzara a tocar su carne, su piel.

Y allí, de pie sobre el pasillo exterior de madera que daba al patio de armas, Leohorn los observaba junto a Finrod y el Capitán.

—¡Guardianes! Ya conocéis las reglas —exclamó Leohorn con las manos tras la espalda. A su lado, Aritz mantenía la mirada fija en

Teodora—. Tenéis en vuestras manos armas de batalla reales y vuestra acción también debe ser real. Recordad, en una batalla no hay reglas y el objetivo es no morir. No dudéis, no os quedéis quietos, ni siquiera pestañeéis. —La voz de Leohorn era firme—. Ya sabéis que es mejor ser un guerrero en un jardín que un jardinero en una guerra, debéis estar preparados. Cuando suene el cuerno se da inicio a la batalla y esta solo terminará cuando quede en pie uno de los dos equipos. ¿Estáis listos?

—¡Sí, señor! —exclamaron los soldados frente a ellos.

Y con un asentimiento de cabeza de Leohorn al soldado que tenía al lado, el susodicho hizo sonar un cuerno de batalla y se dio inicio al simulacro. A Teodora le sudaban las manos y, al principio, nadie se movía.

—Vamos, guardianes —añadió Saori—. Vamos a ver lo que habéis aprendido.

Y de repente, Ethan se abalanzó sobre uno de ellos y empezó la acción. Nathalia y Amira le siguieron y se abalanzaron también sobre otros dos. Dylan corrió y se escondió en algún sitio que Teodora no alcanzó a ver y, al mirar al frente, Saori avanzaba hacia ella con el paso decidido y la mirada desafiante. La pelirroja preparó su flecha y la lanzó, pero Saori hizo un movimiento hacia atrás y la esquivó. La espalda de la soldado se arqueó con tanta flexibilidad que Teo supo de inmediato que no tenía tiempo que perder. Rápidamente, corrió hacia uno de los muros, subiéndose a él y, aprovechando la distancia, observó la escena. Boris había conseguido rozar a uno de los soldados en el brazo, así que uno de sus oponentes quedó descalificado. Por su parte, otro de los soldados se batía con Amira y estaba a punto de alcanzarla. Teodora apuntó con la flecha e iba a lanzarla hacia él cuando justo otra flecha rozó uno de los brazos de dicho oponente: otro más descalificado. Al mirar al frente, vio una cabellera negra escondida tras un pajar: Dylan. Pero la estrategia del guardián no había sido muy acertada; enseguida uno de los oponentes corrió hacia él y Dylan tuvo que salir de su escondite.

—Inteligente, pero no eficaz —añadió el Capitán refiriéndose a Dylan.

—Bueno, ya sabéis lo que dicen: el que aguanta como un clavo, golpea como un martillo —dijo Leohorn, mirando al pelinegro—. Podría sorprendernos.

—Puede ser —asintió Aritz—, habrá que verlo.

Y justo al otro lado, Saori seguía acorralando a la pelirroja.

—¡Vamos, Teodora! —exclamó Saori justo debajo del muro—. No puedes huir.

Tenía razón, debía hacer algo pronto. Teodora corrió y saltó del muro mientras escuchaba el sonido de los espadazos de fondo. Si bien con un arco y unas flechas podía alcanzar a sus objetivos, en medio del campo de batalla no le era demasiado eficaz. Y justo cuando se paró para apuntar con una flecha a Saori mientras la soldado avanzaba a pasos decididos hacia ella, dudó. No quería hacerle daño, no era capaz. Pero sus compañeros habían podido hacerlo, solo era un pequeño roce sobre la piel de su oponente. De repente, alguien la alcanzó y le tiró el arco al suelo. Otro de los soldados estaba frente a ella, apuntándola esta vez con una espada.

—No plantes raíces, guardiana —dijo—. Tienes que moverte.

Sabía que aquel soldado le había dado una oportunidad para seguir desarrollando sus capacidades en el campo de batalla. De lo contrario, la habría atacado por la espalda. Teodora se apresuró con la mirada y vio una espada tirada en el suelo que pertenecía a uno de los descalificados. Corrió hacia ella y la empuñó. Al hacerlo, otro de los oponentes quiso alcanzarla por detrás, pero Teo lo detectó y arqueó la espalda, evadiendo el ataque. Y de golpe, otro choque de espadazos. Boris soltó un grito; uno de los soldados le había rozado el brazo y lo empujó, haciendo que el cuerpo del guardián chocara contra uno de los pajares: estaba descalificado.

—¡La fuerza bruta no lo es todo, Volkov! —exclamó Leohorn hacia Boris, que caminó frustrado hacia fuera del campo de batalla aún con el hacha en mano.

Y a unos metros, la espalda de Dylan chocó contra el suelo. Otro de los soldados puso el pie sobre el pecho del guardián y lo apuntaba con la punta de la espada.

—Bueno, bien hecho, chico. —Apartó el pie y le tendió la mano.

Dylan se levantó quejándose y se marchó, enfadado. Otro más de ellos descalificado; ahora estaban en empate. Cuatro soldados, cuatro guardianes. Y mientras Amira se batía con uno de los oponentes, otro le tocó con la punta de la espada por detrás: descalificada.

—Recordad, ¡hay que tener mil ojos! —exclamó Leohorn.

—Que alguien le diga que se calle —susurró Ethan mientras seguía batiéndose con la espada. Su oponente lo esquivó de nuevo.

—Tendrás que hacerlo callar, y solo hay una forma de que lo consigas —dijo el soldado que tenía en frente.

Ethan se abalanzó hacia él con fuerza, pero sus espadas volvieron a chocar. Y mientras lo hacían, uno de ellos esquivó a Nathalia y, por detrás de ella, la empujó con el pie hacia el pajar.

—¡Joder! —se quejó Nathalia, que se quitó una rama seca que había terminado en su boca. El soldado que la había empujado avanzó hacia ella y le puso la punta de la espada sobre el cuello. Nathalia lo miró atentamente y se quedó quieta.

—No ha estado mal —el soldado apartó la espada—, pero te veo muy verde todavía, guardiana —añadió tendiéndole la mano. Y sin agarrársela, la guardiana se levantó por sí sola con frustración y se alejó.

Ahora solo quedaban Ethan y Teodora frente a cuatro soldados más. Teodora pegó la espalda a la de su compañero y, empuñando las espadas hacia sus oponentes, giraron en círculos a pasos pequeños. Una gota de sudor le caía por el estómago y a Ethan le resbalaba el sudor por la frente.

—Cuatro contra dos, no hay presión —dijo el guardián con ironía.

Y después de aquello, en un rápido movimiento se giró y le quitó la espada al oponente que tenía tras él, frente a Teodora. Al caer la espada del oponente al suelo, Ethan le rozó un costado, quedando el soldado descalificado. Ethan corrió, agarró la espada del suelo y subió al muro donde antes había estado Teodora. Los otros dos soldados lo persiguieron y quisieron alcanzarlo uno a cada lado, pero en un movimiento audaz, el guardián dio un salto y los rozó a la vez con ambas espadas, propinándoles un corte a los lados.

—Nada mal —susurró Finrod hacia Aritz y Leohorn.

—Ethan tiene potencial —asintió el Comandante.

Y mientras el guardián llegaba junto a Teodora, Saori se batía contra ambos. En un intento de ataque, el cuerpo de Teodora chocó contra el de Saori y quedaron ambas espadas cruzadas.

—La espada pide equilibrio, no fuerza —le dijo—. Lucha con los pies, guardiana, no con los brazos. —Y de un golpe, la empujó.

Teodora se tambaleó hacia atrás y Ethan la quiso atacar por un lado, pero Saori lo esquivó. La única oponente que les quedaba estaba ahora de espaldas al pajar, así que Teodora corrió hacia él y se puso detrás del mismo. Mientras Ethan se enfrentaba, la pelirroja empujó el pajar y este cayó encima de Saori, dejándola tumbada en el suelo. Ahora, la soldado quedó tumbada con un montón de paja encima y se le había caído la espada. Ethan le tocó el brazo con la punta de la suya.

—¿Sabes cómo se dice en el mundo humano cuando ganas? —le dijo.

—¿Cómo? —preguntó Saori, haciendo una mueca de molestia.

—Jaque mate. —Rio.

—Sí —Teodora llegó al lado de su compañero—, aunque en el ajedrez es la Reina quien protege al Rey. De nada. —Sonrió.

—Bien hecho. —Ethan le dio el puño a Teo y la guardiana se lo chocó.

Y mientras Saori hacía el esfuerzo por quitarse toda aquella paja de encima y levantarse, el sonido del cuerno de batalla indicó el final del simulacro. Ethan y Teodora la ayudaron a levantarse y Saori suspiró.

—Debo decir que ha sido un buen movimiento, guardiana. Enhorabuena a los dos. —Los miró a ambos.

—Gracias, Saori. —Sonrió Teo.

—Bien hecho, guardianes. ¡Venid aquí! —ordenó Leohorn.

Y mientras avanzaban hacia sus respectivos compañeros, Teodora sintió la mirada de Aritz clavada en ella.

ᘐ

A la hora de la comida, Teodora comió en silencio y no paraba de darle vueltas a la cabeza. Se preguntaba si habría hecho bien en

dejar el libro a Shaun, pero necesitaba respuestas y quién mejor que él para dárselas. Además, no creía que nadie lo estuviera buscando.

—Creo que lo mejor será que no vayamos —dijo Amira mientras terminaban de comer en el comedor—, por ahora.

—Sí, también lo creo —afirmó Ethan.

—Pues yo sí que pienso ir. —Dylan estaba convencido y completamente dispuesto a regresar a Alemania, a pesar de que aquello implicara hacerlo solo.

—Habrá pasado mucho tiempo desde que nos fuimos cada uno de nosotros —añadió Nathalia—. Odio esto tanto como tú, pero pensémoslo bien… ¿qué riesgos podemos correr?

—¿Teodora? —Boris habló a la guardiana y la pelirroja se despertó de sus pensamientos.

—¿Qué?

—¿Qué riesgos crees que podemos correr si volvemos? —preguntó el guardián.

—Pues… en primer lugar, que os den ya por desaparecidos, secuestrados o…

—Muertos, sí. —Nathalia la interrumpió.

Teodora odiaba pensar que sus padres la habían dado por una de esas tres opciones, pero así era la realidad en la que se encontraban. Y silenciosamente, aquello a veces la mataba por dentro. Por eso evitaba pensarlo.

—Vale… ¿y qué? —Dylan se encogió de hombros.

—¿Cómo qué "y qué"? ¿Acaso te parece poco? —exclamó Nathalia.

—No, pero si nos llegan a ver pues se lo tomarán como que nos han encontrado.

—Ya, ¿y luego qué? —intervino Ethan—. No podemos volver a desaparecer así como así de las vidas de nuestras familias.

—No me creo que tú seas el listo de todos nosotros. —Boris soltó una risa seca mirando a Dylan—. ¿Y qué vas a decirles cuando te encuentren, genio?

—No podemos aparecer de la nada, Dylan —añadió Amira—. A parte de que deberíamos volver aquí…

—Yo no pedí esto. —Dylan se cruzó de brazos con enfado.

—Ni tú ni nosotros, tío —se quejó Ethan.

—Lo siento, pero no puedo pensar en vuestro dilema. Yo tomé una decisión hace tiempo, os corresponde ahora a vosotros. —Teodora se echó para atrás y se cruzó de brazos.

—Todo esto es una mierda —se quejó Nathalia.

—Sí, lo es. Me siento en una puta cárcel. —Boris siguió quejándose.

—Bueno, quejándoos no solucionáis nada —dijo Amira.

—Claro, para ti todo es súper fácil porque eres súper positiva, ¿verdad? —ironizó Nathalia.

—Eh. —Ethan, que cuidaba a Amira a toda costa, llamó la atención de Nat—. Cuida tu tono —le advirtió, señalándola con el mentón.

—Cuida tú tu boca. —Nathalia le respondió con enfado—. Nada de esto es sorprendente. Una que va de súper positiva —señaló con el mentón a Amira—, otro que quería volver pero ya no —señaló al rubio esta vez—, tú que eres impulsivo a más no poder y Dylan encabezonado a volver para dejarnos tirados. Y tú… bueno, tú te aferras demasiado a todo —dijo mirando a Teodora.

—¿Qué quieres decir con eso? —Teo la miró con el ceño fruncido y una pizca de enfado empezaba a crecer en ella; la tensión aumentaba entre los guardianes.

—Pues que te encariñas y te aferras a todo. Lo hiciste con Shaun, con Laila, con Tom… y ahora con Aritz.

—¿Perdón? —Teodora no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Mira, yo no sé qué ha pasado esta vez, pero esto de ser amigos y luego Capitán y rehén no me mola nada.

—¿Rehén? —Teodora arrugó la frente—. Nathalia, ¿tú te estás escuchando? No sabes lo que dices.

—Claro que lo sé, lo sé muy bien —añadió convencida—. ¡Todo esto es un puto desastre! —exclamó, pero al momento bajó el tono de voz—. Llevamos meses buscando un portal y cuando por fin lo encontramos no queremos volver por las consecuencias que traería. Y mientras tanto, aquí cada uno arrastrando sus problemas personales y mentales. Y tú, llorando durante semanas por Shaun. Y ahora que puedes ir a verlo, otra bronca con Aritz.

Las palabras de Nathalia le resultaban de lo más duras. ¿Tendría razón o simplemente hablaba desde el dolor?

—Yo solo sé que después de tomar la dura decisión de dejar el mundo humano para atender las responsabilidades que me corresponden como guardiana, perdí a mis padres, amigos y familia. Gané a Shaun, a Tom y a Laila. Sí, me aferré a ellos porque era y son lo mejor que tengo. —Teo habló con decisión y los ojos llorosos —. A ellos también tuve que perderlos temporalmente por encerrarme aquí con vosotros. Y os considero mi nueva familia junto a ellos, pero en este momento me estáis decepcionando.

—Creo que deberíamos calmarnos, hablar las cosas con la mente fría…

—Sí, estoy de acuerdo —dijo secamente Teodora, interrumpiendo a Amira, y se levantó de la banca—. Necesito airearme, nos vemos más tarde.

Y sin decir nada más y con los ojos aún llorosos, caminó por todo el comedor hasta cruzar la mirada con Aritz, que justo entraba por la puerta. Lo ignoró y caminó en silencio hasta el dormitorio, donde agarró ropa limpia y una toalla dispuesta a darse una ducha reflexiva.

ʘ

Al llegar por fin en el vestuario de los baños femeninos, se desnudó y entró en la ducha. Dejó que el agua recorriera cada centímetro de su cuerpo y se observó las puntas de los cabellos pelirrojos: hacía meses que no se cortaba el cabello. Se pasó las manos por la frente, empujando el cabello hacia atrás, y sintió el chorro de agua caerle sobre el rostro. Se preguntaba si volver a Lejre junto a Shaun sería lo más adecuado, pero le había prometido volver y deseaba hacerlo.

De alguna forma, entendía la situación entre sus compañeros humanos; esperanzas rotas por daños colaterales que no habían tenido en cuenta. ¿Y si no podrían volver al mundo humano nunca más? ¿La darían sus propios padres y abuela por muerta? Pero lo más importante: ¿qué estaba sucediendo en Dôr o Gwaith que desconocían?

Puso un pie fuera de la ducha y se enrolló la toalla al cuerpo. Y justo cuando se dirigió hacia la banca del baño para cambiarse, una

voz la interrumpió.

—¿Teodora? —Aritz la miró durante un par de segundos desde la puerta abierta antes de apartar la mirada y girar la cabeza a un lado —. Oh, perdón.

—No te creas que por ser Capitán puedes campar a tus anchas, ¿qué pasa si me encuentras desnuda? —Aritz rio por la pregunta de Teo y, aunque le costaba admitirlo, a la guardiana le hizo gracia.

—Lo siento, no pensaba que podrías estar en la ducha —dijo aún con la mirada hacia un lado.

—Es el vestuario de chicas y quiero cambiarme, ¿necesitas algo?

—Sí, quería conversar contigo un momento sobre lo del portal. Te espero fuera —dijo dispuesto a irse, pero Teodora lo detuvo.

—No, podemos hablarlo ahora si es rápido. —Aritz seguía con la mirada apartada—. Y puedes mirarme, no muerdo. —Ambos rieron y la mirada de Aritz recayó sobre la toalla que rodeaba el cuerpo de Teodora durante unos segundos antes de mirarla fijamente a los ojos—. Dime.

La pelirroja se cruzó de brazos.

—Quiero decirte que tal y como indica el Pacto, no vamos a destruir ningún portal. Además, iría contra la Madre Tierra hacerlo. —Teo asintió comprensiva—. Pero necesito saber dónde está ese portal.

—¿Para qué?

—Soy el Capitán, debo saberlo. —Aritz se encogió de hombros como si fuese lo más obvio del mundo… y en cierta parte, lo era.

—Lo sé, pero si vas a coartar mi libertad prefiero no hacerlo. Llevamos meses encerrados y nos sentimos como reclusos, Aritz. Tienes que comprenderlo. —Teodora se aferró a la toalla con firmeza y el Capitán la miró durante unos microsegundos.

—No quiero cortarte las alas ni mucho menos impedirte ver a tus amigos, pero debes saber la gravedad de la situación y lo que ello implica.

—¿No me digas? —dijo con ironía—. Adivina gracias a quién no conozco nada del mundo exterior.

—Teo…

—Queréis dar con Owen, ¿verdad? —preguntó la guardiana repentinamente.

—Sí, claro —asintió el Capitán.

—Bien, pues déjame salir ahí afuera. Owen nos quiere a los humanos, pero soy la primera a la que tiene en el punto de mira. Si se entera que puede acceder a mí, os lo pondré en bandeja. Seré como un cebo.

—No, de ninguna manera. —Aritz negó con la cabeza de forma decisiva.

—¿Por qué? Es una buena idea.

—Es una pésima idea, Teodora. No pienso ponerte en peligro, ya lo sabes.

—Pero iría encubierta, protegida. Y lo detenéis cuando menos se lo espere.

—No y no. ¿Acaso no has aprendido cómo funciona una guerra? Debemos seguir un plan.

—Pues ideemos uno mejor, pero cuenta conmigo. Cuenta conmigo y con los demás. —Ambos se quedaron mirándose en silencio y Aritz parecía premeditar la respuesta—. Por favor. Lo único que queremos es sentirnos útiles después de todo. Somos los guardianes.

—Lo sé. Y por eso no puedo arriesgarme a perderos. Lo pensaré, ¿de acuerdo? —Teodora, dándose por rendida y sabiendo que era la mejor respuesta que encontraría, asintió—. Bien, te dejo cambiarte, y lo siento por la interrupción. —Teodora asintió, pero antes de que Aritz saliese por la puerta, lo interrumpió:

—Y Aritz —el Capitán la miró—, gracias. Por valorarlo y tenerlo en cuenta. —Aritz le sonrió y se obligó a sí mismo a salir de la estancia a pesar de que la estampa de una Teodora dispuesta a darlo todo y su caótica belleza le deslumbraba.

Después de aquello, la guardiana volvió a la habitación donde dormían y vio que sus compañeros aún no habían llegado. Dobló su ropa de entrenamiento y la colocó en una cómoda que tenían los guardianes en la estancia. Y con el cabello suelto y secándose al aire, se puso una chaqueta para abrigarse, agarró una pequeña

libreta que tenía por diario y se dirigió hacia la biblioteca. No era costumbre encontrarse a nadie por allí y aquel momento no era una excepción. Teodora vislumbró el pico de las montañas nevadas a través del ventanal. Ya se había acostumbrado a aquellos paisajes, pero como innata amante de la naturaleza, estos nunca dejaban de sorprenderla. La guardiana acostumbraba a sentarse sobre el umbral del ventanal en silencio y leer algún libro u observar el paisaje. Como método de terapia, se había acostumbrado también a escribir un pequeño diario sobre sus sentimientos en aquella aventura. Con la libreta en mano, se sentó sobre el umbral y se quedó unos segundos observando el paisaje. Aunque había pasado todo un invierno allí arriba, en aquel castillo, la primavera estaba ya por llegar. Sin embargo, a aquella altura la nieve aún era abundante en los picos más altos y los vientos eran gélidos.

Aquel año no celebró la Navidad, claro que hacía tiempo que habían perdido la noción del tiempo, precisamente. En Dôr o Gwaith se celebraban, entre otras festividades, los solsticios, que casualmente tenían los mismos nombres que algunas de las celebraciones paganas del mundo humano. Aunque no fue una Navidad como tal, celebrar Yule con un gran festín en el comedor había sido bonito y una alegría entre tanta incertidumbre. Por supuesto, los guardianes se felicitaron la Navidad humana entre sí; un sentimiento agridulce que se mezcló junto al frío invierno de aquellas montañas.

Observó el cuaderno entre sus manos. Durante sus investigaciones alrededor de aquella antigua biblioteca, lo había encontrado entre un montón de libros desordenados en una de las estanterías de arriba. Tenía bastante polvo y estaba vacío, así que se adueñó de él y empezó a plasmar cada uno de sus días sobre sus hojas. En el Castillo de Dôl se usaban aún las plumas como método de escritura, aunque los sistemas se habían vuelto más eficaces con la elaboración de lápices. Sin duda, a pesar de su ya larga estancia en Dôr o Gwaith, a Teodora le resultaba curioso cómo un mundo con más siglos que el mundo humano aún no había avanzado demasiado, tecnológicamente hablando. Parecía no haber un nivel intermedio entre tecnología y recursos naturales, ¿acaso era posible

y compatible con el equilibrio de la Madre Tierra? Claro que aquella era una cuestión que seguía planteándose constantemente el mundo humano.

No todo estaba perdido.

Escribió en silencio en su diario. Si para Dylan pensar en respuestas lógicas era una vía de escape, para ella lo eran las letras. A menudo, pensaba en cómo les entusiasmaría a sus padres aquella biblioteca y reía solamente con pensar en su padre hablando con alguno de los elfos. Aquellas criaturas de las que tantas veces le había hablado de niña existían; eran reales. Y, sin ir más lejos, su propio novio era un elfo. Pensó en Shaun y en lo especial y feliz que se sentía después de su primera vez con el alma desnuda; después de conectar de aquella forma tan íntima con él. Parecía surrealista, pero todo era real.

Cuando se hubo desahogado en el diario, apoyó la cabeza en el cristal del ventanal y miró el paisaje. Y pensó en Shaun de nuevo y en la noche que habían pasado.

Teodora deseaba pasar más lunas a su lado.

Tras soltar un suspiro, se recompuso y se dirigió hacia la habitación. Al parecer, sus compañeros ya habían llegado. Dylan estaba sentado sobre su cama con la espalda apoyada en la pared. Parecía estar escribiendo algo también sobre un papel; encerrado en su mundo y en su propia burbuja de protección. Ethan y Amira abrazados, en silencio. Boris estaba comiéndose una manzana mientras leía un libro y Nathalia estaba tan ocupada como siempre tratando de desenredar su cabello.

—Creo que tenemos que hablar —dijo Teodora. Todos la miraron, excepto Boris y Dylan, que continuaron con lo suyo.

—¿Otra vez? —preguntó Nathalia con frustración—. Creo que ha quedado todo bastante claro, nadie está dispuesto a volver.

—Tenías razón. —La miró Teodora, cerrando la puerta tras de sí—. Me aferro mucho a las cosas. —La pelirroja se sentó sobre el borde de la cama de su compañera—. Es solo que tuve que abandonar mi casa, Montgomery, para venir aquí… Entonces estaba sola y Shaun, Laila y Tom eran lo único que tenía. Y cuando tuvieron que irse…

bueno, fue otro golpe para mí. —Sus compañeros se quedaron en silencio—. Mira, no sé cómo no aferrarme, ¿entiendes?

—Es normal que te aferres, Teo —dijo Amira—. Es lo que te hace humana. Nos hace —recalcó mirando a todos— humanos.

—Supongo. —Teo se encogió de hombros.

—Bueno, ¿y qué ha pasado con Aritz esta vez? No nos lo has contado —añadió Boris, que volvió a prestarle atención.

—¿Te ha descubierto? —preguntó Ethan. Teo asintió con la cabeza.

—Sí. —Suspiró—. Me echó la bronca porque dice que si salimos no puede protegernos. Quiere que le diga dónde está el portal y que por lealtad al Pacto y a la Madre Tierra no pueden eliminarlo.

—En otras palabras, que sabrá donde está el portal, pero no van a poder tocarlo —intervino el rubio.

—Tocarlo no, pero vigilarlo sí —añadió Ethan.

—Qué fastidio. —Nathalia bufó—. Si teníamos alguna oportunidad de cruzarlo, ahora ya no. Ese hombre va a estar pendiente de nosotros 24/7.

—Lo siento —se disculpó Teo—. Es mi culpa, quizá no debí ir a Lejre.

—Bueno, creo que hiciste bien —dijo Amira—. No te culpes, al fin y al cabo, fuiste a ver a Shaun, y cualquiera lo habría hecho en tu lugar. Además, somos nosotros los indecisos.

—Guardianes. —Un par de golpes se escucharon al otro lado de la puerta, era la voz de Aritz—. ¿Estáis ahí? ¿Puedo pasar?

Los guardianes se miraron entre sí. Todas las miradas recayeron en Teodora, quien se dirigió a la puerta de la habitación y la abrió, encontrándose a un Artiz con el rostro serio y las manos en los bolsillos. Al cruzar su mirada con la de Teodora, una chispa de complicidad surgió entre ambos.

—Perdón, no quería molestaros en vuestro descanso, pero creo que tenemos que hablar. Prefería venir a veros personalmente. Como veis, estoy solo. —Aritz los miró a todos.

—Lo sabes, ¿verdad? —pronunció Dylan. Aritz lo miró y asintió. Miró a Teodora durante unos segundos y después volvió a mirar al resto.

—Sí, lo sé. Y cómo entenderéis, debo saber dónde está ese portal. Sabéis que intento prestaros toda mi ayuda posible, pero tenéis que entender mi posición. No puedo poneros en peligro.

—¿Y qué propones? —Nathalia lo miró con enfado—. ¿Seguir tratándonos como rehenes o qué? —reclamó.

—Nada de eso. —Aritz negó con la cabeza y volvió a mirar a Teodora. ¿Acaso se habría replanteado la propuesta que le hizo?—. Leohorn me ha dicho que habéis mejorado mucho en los entrenamientos. Quiero proponeros algo. —Antes de proseguir, el Capitán los miró en silencio y los guardianes lo miraban con intriga —. Seréis partícipes de todo lo que está sucediendo, sabréis la información del exterior y la gestionaréis conmigo. Eso sí, no podréis abandonar el castillo bajo ningún concepto. A cambio, solo quiero saber el paradero del portal. Sois los únicos capaces de verlo, así que… ¿qué os parece?

Aritz se quedó mirándolos a la espera de una respuesta. Los guardianes se miraron entre sí, parecían estar hablándose con la mirada. Por sus miradas, parecían estar de acuerdo en que no tenían muchas más opciones.

—¿Aceptáis el trato? —Volvió a preguntar el Capitán. Teodora, finalmente, lo encaró.

—Si no tenemos muchas más opciones… pero queremos saberlo todo y ser partícipes de todo el proceso. Contigo, con Finrod y con los demás.

—Sí, os doy mi palabra —asintió—. Ya sabéis que nunca falto a mi palabra y como Capitán jamás podría.

—¿Y qué vais a hacer con el portal? —preguntó Amira.

—No podemos hacer nada más que mantenerlo vigilado. —Ethan rio y negó con la cabeza. Él lo suponía—. Lo siento —añadió mirando al guardián esta vez—, pero es el procedimiento.

—Está bien… —añadió Teo. Aritz volvió a mirar a la pelirroja mientras se disponía a hablar y alzó las cejas esperando la respuesta que les había requerido. Teodora miró una vez más a sus compañeros y estos asintieron. Suspiró antes de responder por completo—: El portal está en el viejo roble del ala oeste. En el tronco, básicamente. —Aritz asintió.

—Muy bien, gracias. En ese caso, mañana a primera hora de la mañana y antes de vuestro entrenamiento os espero en mi despacho. Tendremos una reunión conjunta y os mantendremos informados de todo lo que está sucediendo. —Los guardianes asintieron—. Nos vemos.

El Capitán se marchó, no sin antes volver a cruzar la mirada con Teodora. La guardiana cerró la puerta y miró a sus compañeros. Suspiró y puso una mano sobre su frente y otra en la cadera.

—Teníamos que haberlo hecho cuando tuvimos la oportunidad, ¡joder! —exclamó Dylan y dio un golpe sobre el colchón de la cama.

—Lo siento mucho. —Teodora bajó los brazos a ambos costados con la postura ligeramente encorvada—. Todo es mi culpa, lo siento de verdad.

—Está bien, no pasa nada. —Amira se levantó y tomó a Teodora por el brazo, frotándole con cariño—. Pronto tendremos una nueva oportunidad, ¿vale? —Los miró a todos, especialmente al pelinegro —. ¿Dylan?

El joven estaba sentado sobre el borde de la cama con la cabeza mirando al suelo, apoyada sobre sus manos. Aunque trataba de esconder su rostro, tenía la cara enrojecida y se mantenía en silencio. Al ver que se sorbía la nariz y no pronunciaba palabra, sus compañeros se miraron entre sí. Nathalia, en símbolo de empatía hacia su compañero, se acercó a su lado y lo abrazó. Apoyó su cabeza en la del muchacho y Dylan rompió en llanto al momento de sentir la presencia de Nathalia a su lado. El resto de guardianes no tardaron en acercarse: la primera fue Amira, que se puso a su otro lado y también lo abrazó, apoyando la cabeza sobre el hombro de su amigo. Boris se acercó por detrás del pelinegro y le frotó la espalda. Ethan se puso frente a Amira y se agachó, apoyando las manos sobre la rodilla de Dylan. De alguna forma, todos le hicieron saber que no estaba solo. A Teodora se le saltó una lágrima cuando vio la escena y no tardó en acercarse también frente a Dylan. Colocándose al lado de Ethan, se agachó también y apoyó la cabeza sobre el muslo de su compañero.

En cuestión de segundos, a todos se les saltaron las lágrimas.

—Os prometo que yo misma os acompañaré al mundo humano si hace falta —dijo Teodora—. También sois mi familia y no os abandonaré.

Al instante, sintió la mano de Nathalia sobre su hombro y Teodora se la agarró con fuerza, porque eso es lo que se siente cuando una hermana te agarra la mano: que te toca el corazón.

—Saldremos juntos de esta —añadió Ethan con firmeza.

Y así fue como el vínculo entre los guardianes se convirtió en algo parecido a una raíz de antiguo roble; fuerte y capaz de destrozar aceras y cimientos.

Nada ni nadie podría destruir nunca los vínculos creados por la Madre Tierra.

5
Más allá del Pacto

En el mismo instante de la vigilia, sintió un calor amenazante sobre el escote. Teodora se despertó agitada en mitad de la noche: el colgante de las guardias volvía a emitir esos brillos deslumbrantes y transmitía el mismo calor que hacía siempre. Su luz era tal que alumbraba casi toda la estancia. Los guardianes estaban dormidos plácidamente, pero hicieron muecas debido al resplandor. Todos abrieron los ojos de repente. Fueron Amira, Ethan y Nathalia los que se reincorporaron de golpe.

Aunque ya estaban acostumbrados, aquello nunca dejaba de asustarles.

—Mierda, ¿otra vez? —dijo Nathalia, adormecida. Teodora trató de ocultar la luz del colgante, pero era casi imposible, incluso tocarlo.

—Joder, qué pesadilla —se quejó Ethan con el cabello alborotado y la voz ronca.

—Sí, voy a ver a Aritz. Quedaos aquí.

Y en mitad de la oscuridad, se puso las zapatillas con torpeza y salió lo más rápido que pudo por la puerta. Aritz les exigió que le notificaran cada vez que el colgante reaccionaba, fuera la hora que fuera. Así que, aún en camisón y con el cabello suelto y alborotado, trató de sacarse el colgante antes de que llegara al punto de quemarle la piel. Bajó de prisa por las escaleras hasta la planta de abajo, donde también se encontraba el dormitorio del Capitán. A esas horas, Teo suponía que estaría durmiendo, pero no podía soportar más aquello.

Llevaba demasiado tiempo cargándolo.

Y cuando por fin llegó frente a la puerta del dormitorio con el colgante en mano, se atrevió a dar un par de golpecitos a la puerta.

—Aritz —susurró. Teodora miró alrededor del exterior y se abrazó a sí misma: con las prisas no había tenido tiempo de agarrar un abrigo. Al ver que el Capitán no respondía, se atrevió a golpear un par de veces más—: Aritz, soy Teo. Es urgente. —Miró entonces el colgante que, para ser honestos, le hacía de linterna.

Casi temía que pudiera despertar a todo el castillo.

Y por fin, la puerta se abrió apareciendo un Aritz somnoliento con el torso desnudo, unos pantalones anchos largos y una bata de algodón de color azul marino. Tenía el cabello atado en un moño desordenado, nada que ver con el Aritz capitán al que todos estaban acostumbrados.

—Teo. —Aritz estrechó los ojos e hizo una mueca debido al resplandor del colgante. Se tapó ligeramente el rostro con la mano, cubriéndose de la luz que lo cegaba.

—Tenemos que hacer algo cuanto antes. No podemos seguir así —dijo preocupada.

—Ya veo. —Aritz apartó la mano y, aún con la mirada estrechada, vio a Teodora abrazarse a sí misma y temblar por el frío—. Pasa, te vas a congelar. —La invitó a entrar con un gesto de cabeza y apartándose a un lado.

—Gracias —le dijo Teo, que entró en la estancia después de que Aritz le cediera el paso. Nunca había entrado, de hecho, nadie entraba allí, así que se tomó unos segundos para observar la habitación—. Lo siento, pero es que no puedo más.

Paredes y suelo de madera, una pequeña mesa con varios montones de papeles y una acogedora cama con postes también de madera. Pero lo que más le llamó la atención: una pequeña biblioteca llena de libros en sus estanterías.

Hay cosas que nunca cambiaban y la fascinación de Teodora por los libros era una de ellas.

—Te dije que no lo llevaras puesto. —Aritz le arrebató el colgante de las manos y lo tomó por la cadena. Con la mano, tocó la piedra y la apartó enseguida: la amatista quemaba.

—Ya, pero es que si no lo llevo no me doy cuenta de las reacciones.

—¿Te has quemado? —Y en una fugaz mirada, dirigió la vista al escote y al cuello de Teodora. Una mirada de preocupación.

—No, no. —Negó con la cabeza—. Afortunadamente, ya sé cómo actuar cuando pasa. ¿Y si hay más guardianes ahí afuera?

—No lo creo. —Aritz siguió mirando el colgante, cuya luz cambiaba de morado a rojo y azul.

Era bastante extraño cada vez que sucedía.

—Tampoco lo creíamos con el resto y mira, aquí estamos todos.

Teodora aún temblaba de frío, continuaba abrazándose a sí misma.

Y de repente, el colgante volvió a la normalidad. Aritz volvió a tocar la piedra: aún quemaba.

—Es muy extraño, Aritz. Tienes que dejarme ir a ver al Consejo de Brujos con Tom, por favor.

—Así que eso también lo escuchaste, ¿verdad? —dijo con ironía y la voz ronca mientras dejaba el colgante en un colgador al lado de la puerta: de esa forma, esperarían hasta que se enfriara.

—Vale, sí. Lo escuché todo. Pero creo que sería lo más inteligente.

Al ver que Teodora no paraba de temblar, Aritz agarró una de sus chaquetas de su uniforme militar que tenía sobre una silla y se la puso por encima de los hombros.

—¿Se puede saber por qué has bajado sin abrigo? —Teodora se quedó estática ante el gesto por parte del Capitán—. ¿Acaso no ves el clima que hace?

—¿Crees que me ha dado tiempo a pensarlo? He bajado lo más rápido que he podido. Y no te desvíes de la conversación, por favor. Déjame ir.

—Ya hemos hablado de esto y ya sabes cuál es la respuesta —dijo decidido.

—Por favor, tenemos que tomar una decisión. Los brujos son quienes podrán ayudarnos con el colgante. —Ante su insistencia, Aritz rio incrédulo y se frotó el tabique de la nariz con los dedos, cerrando los párpados.

—Uno: eso no lo sabemos con certeza —volvió a mirarla—, y dos: ¿qué parte de que no puedes salir aún no entiendes?

—Cuando actúas así me haces sentir como una rehén, como una niña pequeña. A mí y a todos. —Teo bajó levemente la mirada y prestó atención al torso desnudo de Aritz.

Era, probablemente, una de las cosas que no debería hacer, pero era innegable que era atractivo. Además, nunca antes había visto así a Aritz… que, al fin y al cabo, no dejaba de ser el Capitán. De forma instantánea, su vista recayó en la pequeña biblioteca que había a su lado en la habitación. Aritz le habló mientras Teo se acercaba a las estanterías, aferrándose a la chaqueta.

—Ya sabes lo que hemos hablado esta tarde. Podemos discutir lo que queráis en la reunión de mañana.

Teodora observó atenta cada uno de los títulos que había en las estanterías. Todos eran sobre historia antigua, criaturas de Dôr o Gwaith, y lo que particularmente llamó la atención de la guardiana: libros sobre la historia de los linajes reales, en especial de la raza élfica.

—¿Te gusta alguno? —Aritz se acercó a ella, colocándose tras su espalda.

—Me parecen interesantes todos. Veo que tienes muchos sobre linajes reales.

—Sí, es bueno conocer la historia, ¿no crees?

—Supongo. —Teodora se giró entonces, quedando muy cerca del rostro del Capitán.

Observó de cerca el bigote que le empezaba a crecer sobre los labios. Se fijó en sus orejas puntiagudas y en sus ojos almendrados marrones… que también la miraban.

—Creo que debería irme a descansar —dijo.

—Sí, mañana tendremos un día duro probablemente. —La voz ronca de Aritz muy cerca de su rostro.

—Sí. —Teo sonrió ligeramente—. Aunque dudo que pueda dormir, hace tiempo que me cuesta conciliar el sueño.

—Te entiendo, me pasa lo mismo. —Sonrió—. En ese caso… ¿te gustaría dar un paseo?

La pregunta de Aritz la pilló desprevenida.

—¿A estas horas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Bueno, sé que es tarde, pero si yo no voy a poder dormir ni tú tampoco… quizá así calmemos la mente y recuperemos el sueño. —Con las manos en los bolsillos de su pantalón de pijama, el Capitán se encogió de hombros—. Si quieres, claro.

—Sí, claro, pero… —Teodora se miró a sí misma—, debería ponerme algo de abrigo.

—Puedes ponerte uno de mis pantalones, si quieres, junto a la chaqueta.

—Vale, pero…

—Considérate afortunada —la interrumpió—. No todo el mundo puede llevar la ropa del Capitán —dijo con ironía.

—Te consideras muy gracioso, ¿verdad? —Aritz rio mientras se dirigía a su armario. Sacó una chaqueta igual a la que llevaba Teodora y se la puso. Después, le tendió unos pantalones.

—Puede que te vayan un poco anchos, pero servirán para cubrirte. Te espero fuera.

—Aritz, ¿estás seguro? —Teodora agarró los pantalones, no muy segura de todo aquello.

—Claro —asintió con decisión—, ¿por qué no iba a estarlo?

Teodora puso los ojos en blanco como si la respuesta fuera obvia.

—Eres el Capitán.

—Y también soy tu amigo, ¿o no? —dijo y, al ver que Teo asintió, sonrió y salió por la puerta.

Y allí estaba, en el dormitorio del Capitán al cual nadie nunca antes había entrado. Todo aquello le parecía extraño y aunque su relación con Aritz era amistosa, no sabía hasta qué punto ese acercamiento estaba bien.

Sin darle más vueltas, se puso el pantalón y se colocó la parte baja del camisón dentro de la cintura. Se observó las pintas antes de salir por la puerta: el uniforme no le quedaba tan mal, a pesar de que las zapatillas no le conjuntaban demasiado.

Por fin, giró el pomo de la puerta y la abrió, encontrándose a un Aritz de espaldas a ella con la vista del patio principal de fondo. Al girarse, Aritz la observó de pies a cabeza.

—¿Ves? No te queda tan mal. —Se acercó a la puerta del dormitorio y la cerró con llave—. Tendré que estar atento, no vaya

a ser que me quites el puesto —bromeó.

—No creo que eso suceda. Por si se te olvida, ya tengo un cargo bastante importante. —Rio Teodora y Aritz le siguió.

—Es verdad, no te lo niego. —Rio—. Bien, ¿a dónde sugieres que vayamos?

—Pensaba que eras tú el de las órdenes —dijo con ironía.

—No siempre, Teodora. Esta vez yo seguiré tus órdenes. ¿Cómo lo ves? —Una amplia sonrisa se le dibujaba en el rostro mientras hablaba muy cerca de la guardiana.

—Mmm… podría acostumbrarme. —Rio—. Vale, vamos debajo del roble. —Aritz la miró con duda.

—No irás a marcharte por el portal, ¿verdad?

—Claro que no. No me gustaría recibir otra de tus riñas por ello. —Teo empezó a caminar por el pasillo en dirección al ala oeste.

—Eh —Aritz la tomó del brazo, haciendo que Teodora se girase hacia él—, sabes que no me gusta hacerlo, ¿verdad? —Teo lo miró fijamente a los ojos y asintió.

—Sí, lo sé y lo entiendo. Tranquilo, sé que tu papel tampoco es fácil. —Aritz le sonrió y ambos empezaron a caminar en la misma dirección.

El viento frío le heló las mejillas a la guardiana. Su cabello rojizo se agitaba como la crin de un caballo desbocado al viento, mientras Teodora intentaba apartárselo del rostro una y otra vez. Observó a algunos vigilantes repartidos alrededor del castillo y no pudo evitarse sentirse cohibida por si la veían con aquellas pintas al lado de Aritz.

—Aritz, ¿no te da miedo que te vean así conmigo? Llevo tu uniforme, eso no está bien visto.

—¿Y? —Aritz se encogió como si fuese lo más lógico del mundo—. Eres la guardiana, has acudido a mí por una emergencia, ibas desabrigada… te he ayudado. No creo que haya mayor secreto —dijo con indiferencia.

—Ya, y estamos paseando juntos a estas horas de la noche.

—Teodora, los chismes déjalos para las mentes pobres. No puedes dejarte consumir por tu rol. Soy el Capitán de la Guardia Oficial, pero también soy persona. ¿Acaso no tengo derecho a tener amigos dentro de esta guarida?

—Sí… tienes razón.

—Es que… a veces hay que marcar límites —dijo mientras continuaron caminando—. Quiero decir, que pueda mostrarme tal y como soy no debería influir en mi rol de Capitán, que todo el que está aquí presente debe respetar.

—Ojalá fuera así, pero sabes que si nos ven probablemente hablarán y pensarán…

—No me importa —la interrumpió—. Déjalos que hablen, si ese es su único entretenimiento.

—Pero a mí sí me importa. —Teodora se detuvo en seco—. No sé, Aritz…

El Capitán se puso a su lado y la miró fijamente a los ojos.

—Eres la guardiana, yo soy el Capitán. Nos une un lazo mucho más antiguo que todos nosotros juntos y ese lazo es el Pacto. Yo debo protegerlo, tú también. Y aparte, somos amigos, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues deja de comerte el coco, Teo. No tengo muchos instantes en mi día a día en los que disfrute de un momento de calma. Y quisiera disfrutarlo contigo, al menos durante un rato esta noche. ¿Crees que sería posible?

Teodora lo miró fijamente, todavía con una pizca de duda en su interior.

—Sí —asintió finalmente—, sí.

—Si no te sientes cómoda, podemos volver. —Con la cabeza, indicó la dirección opuesta.

—No. Muchas veces vengo sola aquí o con el resto… venir contigo será agradable. —Le sonrió.

—Me alegra saberlo entonces, porque el sentimiento es mutuo. —Le sonrió.

Ambos caminaron hasta llegar al ala oeste y bajaron las escaleras que conducían al patio donde se encontraba el viejo roble. Al llegar allí, Teodora observó la espiral y se sentó sobre el suelo frío al lado del tronco. Miró la espiral durante un rato y pensó en Shaun.

Lo echaba de menos.

—Lo estás viendo, ¿verdad? —Aritz, sentado a su lado, le preguntó por el portal. Teodora se limitó a asentir sin mucho ánimo—. ¿Cómo

es?

—¿El portal? —Aritz asintió, mirándola como cuando un niño escucha una historia con entusiasmo—. No hay mucho que contar en realidad, es una espiral.

—Como la del colgante, me imagino. —Supuso Aritz y Teo asintió.

—Sí, como la del colgante.

—¿Y qué se siente al viajar por los portales? ¿Cómo es?

—La espiral te llama, es como si te invitase a cruzarla. Al poner la palma de mi mano sobre ella, se abre el portal. Algunos portales te dirigen por un pasadizo, otros simplemente te transportan a otro lugar. —Se encogió de hombros y se acercó las rodillas al pecho, abrazándose las piernas a sí misma—. Para ir a un lugar en concreto, debes pensar en ese lugar y te llevará al portal más cercano.

—Interesante.

—Me alegra que me lo preguntes. —Teodora le sonrió—. Nunca lo habías hecho.

—Nunca habíamos sido tan cercanos —dijo Aritz, mirándola a los ojos. Teodora sonrió y miró al frente, al precioso cielo estrellado que tenían sobre ellos.

—Sí. —Suspiró.

—Piensas en él, ¿no? En Shaun. —Teodora bajó la mirada y asintió de nuevo—. Lo siento. —Aritz se acercó también las rodillas al pecho y entrelazó sus manos, rodeándose las piernas—. Lo siento si esto te lastima, pero no tengo otra opción…

—Lo sé, no pasa nada.

—A veces me gustaría renegar de este puesto —confesó—, dejarlo todo…

—¿Y por qué no lo dejas? —preguntó Teodora—. Nunca me has hablado de ti. Y me refiero a ti, no a tu rol de Capitán.

—Ojalá pudiera, pero las cosas no son tan sencillas. —La miró fijamente—. Puede que algún día, cuando se calmen las aguas, pueda contártelo.

La guardiana asintió sin darle más vueltas: no quería presionarlo.

—No te preocupes por Shaun —añadió después de unos segundos en silencio—. Quizá, de donde cayeron las hojas brotarán otras. Más bonitas, más fuertes.

Teodora miró a Aritz. Sus ojos almendrados conectados a los de ella; un brillo especial en ellos. Una mirada íntima que la observaba como si fuera arte.

—Mientras las raíces sean fuertes, no tengo nada que temer.

Después de aquello, Teodora volvió una mirada pensativa hacia el horizonte.

6
Un suceso inesperado

Finrod llegó al dormitorio de los guardianes para despertarlos. A pesar de que allí la noción del tiempo no era exacta a la concepción humana, era muy temprano cuando tuvieron que levantarse. El segundo al mando después de Aritz les permitió desayunar antes de la reunión conjunta que iban a tener los guardianes con el Capitán y el resto de soldados encargados de las misiones en cuanto al Pacto y a Owen se refería.

Teodora no había dormido demasiado, pero observar las estrellas bajo el roble junto a Aritz se había sentido casi normal, lo que, a su vez, lo hacía especial. Hacía mucho que no se sentía así.

—¿Dónde te metiste anoche? —preguntó Nathalia por encima de las voces de todos los presentes en el comedor.

Los guardianes ya estaban sentados alrededor de su mesa, desayunando. Se habían preparado lo más rápido que pudieron con sus uniformes, como el resto de soldados de la Guardia, y Teodora se peinó una trenza de forma desinteresada. Hacía tiempo que no sentía pereza a pesar de estar cansada. Era lo que tenía estar constantemente en modo supervivencia, aunque su estancia en la Guardia le había dado un poco de tregua.

—Estaba nerviosa y me fui a dar un paseo —dijo mientras se comía una tostada con mantequilla.

—¿Y Aritz? —preguntó Boris.

—¿Qué pasa con él? —Teo se encogió de hombros. Intentaba restarle importancia a su paseo con el Capitán: no quería que el mensaje fuese malentendido.

—Últimamente pasas mucho tiempo con él —dijo el rubio.

—Yo no os entiendo —habló Nathalia—. Unas veces estáis bien y otras discutís —dijo en tono de queja.

—Es el Capitán. Lógicamente, hay muchas cosas con las que no estoy de acuerdo, y vosotros tampoco. —Teodora se defendió como si fuese lo más lógico del mundo.

—Ya, pero a nosotros no nos mira como te mira a ti —dijo Amira esta vez. Teodora hizo una mueca y frunció el ceño hacia su amiga.

—Tonterías, es el Capitán.

—Pero también es tu amigo —añadió Ethan—, ¿o debería decir "amigo" entre comillas? —Rio.

—No me hace gracia. —Teodora miró a su compañero—. También es vuestro amigo. Por la Madre Tierra, es el Capitán de la Guardia Oficial. Quitaos esas ideas de la cabeza, que os veo venir. Además, os recuerdo que hace unos días me salté las normas para ir a ver a Shaun. —Siguió comiendo.

—De amigo nada. —Boris ignoró el comentario de Teodora—. Recuerda que seguimos estando bajo sus órdenes.

—Lo sé, gracias por iluminarnos con tu sabiduría, Boris —dijo con ironía y todos rieron.

No volvieron a mencionar nada parecido a aquello, pero a Teodora no le hacían gracia bromas como aquella. Ella solamente quería volver a ver a Shaun y por culpa de Aritz no podría hacerlo.

Pasado un rato, Finrod pasó a buscarlos de nuevo en el comedor. Los guardianes lo siguieron hasta llegar al despacho del Capitán, donde Aritz los esperaba rodeado de unos cinco hombres más.

«El Petit Comité para la misión de las guardias», pensó Teodora.

—Bienvenidos, guardianes. Pasad. —Aritz los invitó a entrar y su mirada se dirigió rápidamente hacia Teodora.

Ambos cruzaron la mirada, cómplices de su pequeña escapada la noche anterior. Después de observar las estrellas y lamentarse del no poder volver a ver a Shaun, Aritz quiso volver a descansar. Ambos se dirigieron de nuevo al dormitorio del Capitán, donde Teo recuperó el colgante y le devolvió la ropa: prefería volver tal y como había venido.

—Estos son Aegnor, Enel, Iminyë, Mablung y Pengolodh —presentó a cada uno de los elfos que los acompañaban, repartidos alrededor

de la sala—. Ellos son los que han estado al mando junto a Finrod sobre lo que al Pacto y a los antipactistas se refiere. Están al corriente de todo, incluso del portal que tenemos aquí en el castillo. Sin embargo, como os dije, no podemos hacer nada al respecto. Los portales son sagrados.

—Lo que me parece extraño es que no lo hubierais visto antes —añadió Finrod en tono acusatorio.

—Créeme —intervino Nathalia —, de haberlo sabido habríamos hecho más de una escapada —dijo con firmeza y Ethan le dio un pequeño codazo, mirándola con desaprobación.

—Es verdad, nunca lo habíamos visto —se defendió Teodora—. Pero ya acordamos con Aritz que respetaríamos nuestro trato y no saldríamos del castillo por ningún portal.

—Sí, así es —habló Aritz—. Y probablemente, el portal haya aparecido debido a vuestro deseo y a vuestra Fe en ello, que os ha llevado a lograrlo. Tengo entendido que la Fe de un guardián puede ser muy poderosa.

En ese momento, se abrieron unos segundos de silencio.

—Bien, vayamos al grano, ¿os parece? —siguió el Capitán.

—Sí, estaría bien —dijo Ethan.

—Bien, ¿por dónde empezamos? ¿Tema colgante, Owen…?

—Owen, por favor —exigió Teodora.

—Bien. —Aritz la miró con interés—. Finrod, cuéntales las novedades.

—Vale. —Finrod se aclaró la garganta—. Hemos estado detrás de Owen todo este tiempo desde que llegasteis. Le intentamos proponer una reunión, pero obviamente supo que sería una especie de trampa. A día de hoy no sabemos dónde se encuentra, pero lo que sí sabemos es que su influencia está llegando lejos.

—¿Como de lejos? —preguntó la pelirroja.

—Ha llegado al palacio de la Reina de los elfos.

—¿Al palacio de Erulissë? ¿En Dôr o Edhel? —Teodora frunció el ceño, alarmada. Finrod asintió—. Bueno, ya se habían producido altercados antes de que llegáramos aquí. Yo misma presencié uno de ellos.

—Sí, pero no entre los miembros de la Corte.

—¿En serio? —Finrod asintió y Teodora se mostró sorprendida—. ¿Y cómo está llevando la Reina todo este asunto? —preguntó esta vez a Aritz.

—Bastante bien, teniendo en cuenta lo que tiene enfrente. —Aritz ladeó la cabeza, pensativo—. La conozco, ella es… —Miró a los guardianes durante unos segundos y se interrumpió a sí mismo—, ella es de mano dura, sabrá cómo llevar las cosas en su territorio.

—Sí —intervino uno de los soldados, Mablung—, lo que sabemos es que los soldados de la Reina están realizando exhaustivas investigaciones y encarcelando a aquellos que consideran sospechosos o que claramente son partícipes de esta guerra liderada por Owen.

—Así que Owen está llegando lejos… —añadió Ethan por lo bajo.

—No me extraña. —Para sorpresa de todos, Dylan intervino y se encogió de hombros cuando todas las miradas se detuvieron en él—. Bueno, está capitalizando el temor de la gente contra los humanos.

—No entiendo muy bien esa palabra, capitalizar —habló otro soldado, Aegnor—, pero sí, está llegando lejos, y eso que no sabemos dónde se esconde esa rata condenada. —Maldijo.

—La cuestión es que, uno: no logramos encontrar a Owen; y dos: tampoco sabemos cómo se está infiltrando, aunque no es difícil adivinarlo —añadió el Capitán—. Pero lo que sí tenemos son muchas revueltas entre poblados e incluso entre especies. Hadas, centauros, enanos, orcos…

—¿También hay orcos? —preguntó Dylan con sorpresa.

—Sí. —Rio Finrod—. No os penséis que conocéis toda Dôr o Gwaith, guardianes.

—Tengo una duda. ¿Cómo sabéis que las hadas también se revelan entre ellas? —añadió Teodora—. Nadie puede verlas.

—Tú las viste, guardiana, ¿o me equivoco? —Aritz la miraba atento.

—Sí, pero…

—Pues de la misma forma —la interrumpió y caminó alrededor de la mesa, acercándose a los chicos—. Las hadas no se muestran ante nadie, a no ser que tengan un fuerte motivo. Y la comunidad feérica partidaria de las ideas antipactistas tienen su propio motivo. Además

—siguió caminando de brazos cruzados por detrás de los guardianes mientras estos lo escuchaban con atención—, no os penséis que todas son tan amables como esas que conocisteis, ¿cómo se llamaban?

—Náyade y Caillech —dijo Teodora.

—Eso. No todas son tan amables, si es que lo que decís de ellas es cierto. —Los pasos de Aritz retumbaban despacio por la sala—. No os dejéis engañar por su belleza. Muchas de ellas son despiadadas, traviesas —sus pasos se detuvieron justo tras la espalda de Teodora — y malvadas. Juegan con vuestras mentes, os hacen creer cosas horribles y eso puede llevar a la locura.

Silencio. Después de las palabras de Aritz, el Capitán retomó el rumbo hasta volver al frente de todos ellos.

—Hemos tenido evidencias de los actos de las hadas —continuó Finrod—, suicidios y demás. De ahí que tengamos casi la certeza de que muchas se están revelando.

—O sea, que se está gestando una guerra… en mayúsculas —dijo Boris.

—No, eso es lo que no entendéis —añadió el Capitán, mirándolos fijamente con tono serio—. La guerra ya está aquí. ¿Por qué creéis que os hacemos entrenar? ¿Para qué pensáis que os entrena Leohorn?

—No queríamos contaros nada ni que salgáis de este castillo por un motivo muy claro. —Finrod se cruzó de brazos—. Quedan pocos rincones seguros en Dôr o Gwaith —añadió, mirándolos mientras reposaba las manos sobre la empuñadura de su espada enfundada, que colgaba de su cinturón.

—Pero, ¿cómo se ha podido acelerar en todo este tiempo? — Teodora no daba crédito.

—Supongo que subestimamos el poder de ese chico, Owen — intervino Aegnor de nuevo.

—Owen será solo un chico —añadió Boris—, pero yo lo he visto con mis propios ojos. Yo sufrí su maltrato en persona y os aseguro que su odio por los humanos no tiene límites. De hecho, no sé cómo no me mató en aquel momento.

Aquel era un lamentable acontecimiento que ninguno de los guardianes quería recordar y mucho menos Boris, el principal afectado.

—Por mí —dijo Teo—. No te mataron porque querían usarte como cebo.

—Lo sabemos —asintió Aritz, dirigiéndose al muchacho.

—Y con todo lo que está sucediendo, ¿no os parece que merecíamos saberlo? —se quejó Ethan.

—Intentábamos que os centrarais en lo importante, vuestra preparación —prosiguió Aritz—. Ya sabéis los motivos.

—¿Y qué pasa con ese dichoso colgante? —Nathalia señaló la amatista que colgaba del cuello de Teodora.

—Respecto a eso, mantenemos contacto con Tom. —Aritz los miró nuevamente—. Ya lo sabéis.

—No, no lo sabemos —respondió Amira.

—Algunos sí. ¿Verdad, Teodora? —Aritz la señaló con la mirada.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Ethan, incrédulo.

—Bueno, también Nathalia y Boris. —Los guardianes se miraron entre sí.

—Lo siento —se disculpó Nathalia—, fue una conversación que escuchamos indebidamente.

Dylan rio mientras negaba con la cabeza, incrédulo.

—El caso es —Aritz volvió a resaltar la voz por encima del resto— que el Consejo de Brujos reclama la presencia de Teodora y del colgante. Obviamente, eso no va a pasar porque ninguno de vosotros estáis autorizados para salir del castillo, por el momento.

—Puedo ir acompañada —añadió la pelirroja.

—No, eso no va a pasar y ya lo sabes. Pero tengo otra alternativa que ya la hemos hablado entre nosotros —señaló con la mirada a los soldados presentes en la sala—: que Tom y algunos miembros del Consejo vengan aquí, al castillo. Es la única alternativa que tenemos por ahora.

—Sí, vale. Me parece bien —asintió la guardiana. Pensar en Tom la había animado: echaba de menos a su amigo y su peculiar personalidad.

—Vale, ¿y qué planes tenéis respecto a lo demás? —habló Boris—. Es decir, Owen.

—Estamos planeando posibles estrategias —dijo Finrod—, pero todavía no tenemos ninguna clara.

—Yo sí tengo una. —Teodora interrumpió la conversación.

—No. —Aritz habló tajante, sabiendo lo que estaba a punto de decir la guardiana.

—¿Por qué no? Sabes que puede ser una buena estrategia.

—No, no voy a ponerte en peligro, Teodora. —Aritz la miraba con intensidad—. Ni a ti ni a ninguno de los guardianes. —Miró al resto para aliviar la tensión.

—¿Os importaría decirnos sobre qué estamos hablando? —interrumpió Nathalia, gesticulando con las manos.

—Sí, nos gustaría saberlo. —Finrod le sonrió a Aritz con una sonrisa forzada.

Un mensaje encriptado que solo ambos sabían leer.

—Le propuse al Capitán —Teodora miró de nuevo a Aritz— utilizarme como cebo. Yo misma podría contactar con Owen y concretar una reunión con él. Sería una buena forma de atraparlo. Además, no es la primera vez que tengo una reunión con ese…

—No —la interrumpió Aritz—, pero ahora estás bajo mi protección.

—Pero Aritz, podría ser una buena idea —añadió Finrod—. Si la cubrimos…

—No. —El Capitán lo miró de forma tajante—. Lo prohíbo terminantemente. Esa opción queda descartada.

—Pero sabes que es una de las pocas estrategias buenas que tenemos —insistió Teo.

—Sí, y además podríamos ir todos los guardianes —habló Ethan—. No vamos a dejarla sola.

—He dicho que no. —El rostro de Aritz parecía enfadado—. Y no volveré a repetirlo. Plantearemos otra estrategia. —En ese momento, todos guardaron silencio y el Capitán recuperó su compostura—. Por el momento, haré un comunicado al Consejo de Brujos. Estoy seguro de que vendrán cuanto antes en compañía de Tom, ¿de acuerdo? —preguntó a todos alrededor y los presentes asintieron—. Bien, pues damos por terminada la reunión. Guardianes, Leohorn os espera.

En ese momento, Teodora miró a Aritz fijamente. Estaba enfurecida: no solamente le prohibía ver a Shaun sino que no quería aprovechar la solución que le había ofrecido. El Capitán la miraba con pesar, pero mantenía la firmeza en su mirada. La guardiana se giró de forma abrupta y salió con decisión por la puerta del despacho hacia el patio de entrenamiento.

ൟ

El día había pasado lento, pesado. Los guardianes se sentían desesperanzados con las nuevas noticias y se sentían estancados: allí metidos no podrían hacer muchos más avances.

Durante el atardecer, habían cenado en el comedor y se fueron a dormir temprano. No fue hasta bien entrada la noche que un gran alboroto los despertó. Teodora se sobresaltó en la cama y se despertó agitada al escuchar varios gritos. En la cama de al lado, Nathalia también dio un sobresalto con el cabello alborotado. Había un gran ruido en el exterior: gritos, choques de espadas, escándalo. «¡Nos atacan!», gritó alguien de repente en el pasillo contiguo a la habitación. Dylan se estaba despertando; Boris miraba hacia la puerta, también sobresaltado por el ruido.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nathalia, alarmada.

—No os mováis. —Ethan se levantó y caminó en silencio hacia la puerta.

«¡Los guardianes! ¡Vigilad a los guardianes!», gritó alguien en el exterior.

—Ethan, esto no me gusta —dijo Amira, temerosa. Y justo cuando el muchacho fue a abrir la puerta, alguien la abrió con agresividad, azotándole un fuerte golpe en la cara—. ¡Ethan! —exclamó la guardiana.

El guardián se tambaleó hacia atrás con las manos en el rostro: le empezaba a sangrar la nariz. De repente, varios elfos con los rostros cubiertos entraron en la habitación. Nathalia soltó un grito. Teodora dio un salto de la cama y retrocedió hacia atrás, donde estaba su compañera. Dos de los elfos atacantes tomaron a Ethan y lo empujaron contra la pared. El guardián gritó por el impacto, trató de defenderse como pudo, pero lo agarraron entre tres tumbándolo al

suelo. Amira gritó y otro elfo la agarró, tirándola al suelo junto a Ethan. Fue el turno de Teodora. Mientras ella y Nathalia se abrazaban con fuerza sin saber qué hacer en mitad del caos, la pelirroja cruzó la mirada con el elfo que venía a por ellas.

—A ti te estábamos buscando. Por fin —dijo con soberbia el atacante. Trató de agarrarla a la fuerza por el brazo, pero Nathalia la defendió.

—¡No! —exclamó la guardiana, interponiéndose entre el atacante y Teodora. Pero de un fuerte impacto en la cara, el elfo la apartó y la tiró al suelo.

—¡Nathalia! —exclamó Teodora—. ¡No la toques, imbécil! —De un fuerte golpe, empujó al atacante, pero a pesar de sus esfuerzos, este solamente dio un pequeño retroceso.

En paralelo, ya habían reducido a Dylan y lo tenían atado de pies y manos. Lo habían amordazado, así como a Ethan y Amira. En el otro extremo de la habitación, Boris resistía. El guardián era fuerte y podía con tres hombres él solo, pero en una habitación tan pequeña como aquella, poco más podía hacer. Al final, cayó de rodillas al suelo, donde consiguieron amordazarlo.

Entre llantos amordazados y caos en el exterior, agarraron violentamente a Teodora del brazo, pero la guardiana se resistió y logró zafarse del agarre, propinándole una patada a su atacante en las partes bajas. Quizá la habían estado entrenando de forma profesional, pero la táctica de defensa clásica del mundo humano nunca fallaba. Sin embargo, eran otros atacantes los allí presentes y consiguieron reducirla entre tres. Teodora cayó con las rodillas al suelo; un fuerte golpe que sintió por todos los huesos. Se zarandeaba, pero no la soltaban.

«¿Dónde están todos cuando se les necesita?», pensó. A su lado, las miradas de sus compañeros inundadas en llanto. Ethan se contenía, la miraba con miedo. Y aunque intentaba no aparentarlo, con el camisón de dormir y la trenza de su cabello despeinada, Teodora se sentía indefensa; vulnerable.

Casi desnuda frente al enemigo.

—A Owen le va a encantar esto. —El elfo frente a ella la observó desde arriba; Teodora estaba a sus pies. Puso una mano en el

mentón de la guardiana para alzarle la cabeza, pero ella se apartó de inmediato y lo miró con odio. El elfo rio.

—Si Owen tiene tanto entusiasmo por encontrarnos, ¿por qué no viene él mismo a verme? —arremetió con rabia.

—Oh, créeme, está deseando veros —dijo con sarcasmo y los atacantes rieron—. Especialmente a ti —el atacante acercó su rostro al de la guardiana—, asquerosa y sucia humana —añadió con desprecio para después escupirle en la cara, a lo que Teodora hizo una mueca de disgusto inevitable. El elfo hizo un gesto a sus cómplices, quienes ataron a Teodora y la amordazaron al igual que a sus compañeros—. Hasta los orcos son mejores que vosotros.

—Lo dudo. —La voz de Aritz habló de repente tras el elfo. Y de un golpe de espada atravesándole el cuerpo, el atacante cayó al suelo, moribundo, mientras la sangre se desparramaba por el suelo.

Teodora abrió los ojos de par en par al ver caer el cuerpo. El alma en pedazos, el corazón desgarrado. Finrod y algunos soldados más entraron en la habitación, enfrentándose a los demás. Como sintonía de fondo, los gritos de guerra y los llantos de sus compañeros. Sin embargo, la mirada de Teodora estaba fija en aquel cadáver.

—Teo, ¿estás bien? —Aritz la desató de pies y manos con rapidez, también le quitó la mordaza. La guardiana seguía inmóvil, mirando aquel cuerpo inerte—. Teo, Teodora. —El Capitán la zarandeó. La pelirroja se sobresaltó y lo miró al rostro. Sudoroso y con la mirada fija en ella, Aritz le limpiaba el rostro del escupitajo con la tela de su camiseta.

—Aritz —pronunció por fin—. Aritz. —Teodora lo agarraba de los brazos, ansiosa.

Era como si hubiese despertado de una pesadilla.

—Lo sé, lo sé. ¿Estás bien? —Teodora asintió. Observó cómo Finrod y el resto de soldados reducían a los atacantes. Otros soldados liberaban a sus compañeros guardianes de las ataduras que los reprimían—. Vamos, tenemos que irnos. —Aritz la agarró por el brazo, ayudándola a levantarse.

Nathalia y Amira se abrazaron efusivamente mientras compartían el llanto. Teo avanzó hacia donde estaban sus compañeros. Boris la miró y se abalanzó sobre ella, abrazándola mientras también

explotaba en llanto. Teodora retrocedió por el impulso, aún impasible por el impacto de los hechos. Al igual que ella, Dylan estaba con la mirada perdida, como si allí presente solamente estuviese su cuerpo, y Ethan intentaba detener el sangrado de su nariz con Amira aferrándose a su lado esta vez.

—Lo siento, chicos, pero tenemos que irnos —dijo Aritz—. No hay tiempo que perder.

—Sí, lo siento. —Boris se separó de Teodora, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿A dónde? —preguntó Ethan mirando al Capitán.

«¡Son demasiados!», se escuchó un grito en el exterior. Finrod miró a Aritz con una mezcla de complicidad y preocupación.

—Vámonos, ya. —Aritz agarró a Teodora del brazo—. Os quiero a todos escoltando a los guardianes hasta el ala oeste —ordenó a los soldados mientras arrastraba a Teodora con él hacia el pasillo y sacaban a los demás tras ellos.

Al salir de la habitación, lo que vieron sus ojos no fue de todo menos agradable: hombres tirados por el suelo, heridos, algunos cuerpos inertes y sangre tiñendo cada tablón de madera. La zona parecía estar libre de peligro, pero allí, al fondo del pasillo, una batalla se batía entre algunos soldados y otros atacantes. Aritz ordenó retroceder y bajar por las escaleras que daban a la planta baja, pero se detuvo un momento.

—Necesito que os mantengáis unidos, ¿vale? —pidió a los guardianes—. Probablemente, nos encontremos varias veces con quien no debamos. Manteneos unidos y no os separéis en ningún momento de ningún soldado.

—Podemos ayudar —añadió Ethan—, para algo hemos estado preparándonos. —Con el rostro lleno de sangre y las manos también ensangrentadas, Ethan parecía decidido. Tiró su cabeza hacia atrás en un intento de frenar el sangrado de la nariz.

—No, tenéis que poneros a salvo. —Aritz habló con firmeza—. Ahora sois la máxima prioridad. —Le dedicó una mirada cómplice a Teodora.

La guardiana no se había fijado, pero el Capitán ni siquiera llevaba el uniforme. Lo único que lo defendía era un chaleco sobre la

camiseta de color beige, los pantalones de dormir anchos y la espada que empuñaba en su mano. Todo aquel acontecimiento había sido un movimiento imprevisto. Pero, ¿cómo podía ser? Hasta donde sabían, el Castillo de Dôl era uno de los lugares más seguros de toda Dôr o Gwaith.

Al instante, voces por parte de atacantes y un gran alboroto se escucharon en el pasillo de arriba mientras bajaban las escaleras: venían tras ellos.

—Vamos, rápido. —Aritz miró hacia arriba y se dio media vuelta, encaminándose hacia el pasillo exterior con decisión.

—Ya os lo advertimos, esto no es un juego —recordó Finrod—. Esta es la mayor declaración de guerra que han hecho jamás desde los Antiguos —dijo mientras caminaban a paso acelerado y con firmeza.

Y al bajar al pasillo exterior, la guerra estaba desatada allí mismo. El patio de armas era ahora escenario de una batalla sangrienta, mucho más caótica que la que vivieron aquella vez en el Golfo. Por suerte, todos estaban tan inmersos en sobrevivir que no se dieron cuenta de la presencia de los guardianes. Teodora divisó a Saori en mitad del campo de batalla. Ella sola se batía con dos hombres y su agilidad con la espada era digna de admirar. De un movimiento, consiguió arrebatarle la espada a un atacante, lo hizo chocar con el otro de un impacto y ambos cayeron al suelo. Y con las dos espadas en mano, los clavó en el suelo.

—Vamos, deprisa —dijo Aritz—. Cubríos el rostro.

—¿Cómo pretendes que lo hagamos? —preguntó Teodora.

—No lo sé, solo trato de dar soluciones —le respondió. Aritz caminaba con paso firme frente a ella, sujetando la espada agarrada con firmeza por el mango.

De repente, un elfo se subió a la barandilla del pasadizo exterior y agarró a Teodora por la trenza de forma violenta. De un tirón, quiso arrastrarla y la guardiana gritó, con la cabeza hacia atrás casi cayéndose por la barandilla. Artiz no tardó ni dos segundos en clavarle la espada entre las costillas al atacante. Nathalia, Amira y Dylan gritaron. El agresor cayó desplomado y el Capitán escondió a

Teodora tras él, pero pronto otros atacantes divisaron la presencia de los guardianes.

—Hay que correr. —Aritz habló, observando la escena—. Vamos, ¡corred! —exclamó.

En un movimiento reflejo, encajó su mano a la de Teodora con firmeza, dispuesto a no separarse de ella, y corrió junto a los guardianes y el resto de soldados que los escoltaban. Teodora ni siquiera se percató del gesto, encajó su mano a la de Aritz y se dejó llevar. Corrieron por todo el pasillo, esquivando a unos y a otros. Dylan corría con las manos en ambas orejas y el rostro cabizbajo; Nathalia lo acompañaba a su lado. Aritz se defendía de los atacantes que llegaban, Finrod empuñaba también la espada y se mantenía al lado de Ethan. En mitad del caos, divisaron a los arqueros en las torres del castillo. La flechas sobrevolaban ahora todo el patio de armas encima de sus cabezas.

—Necesitamos armas, ¡podemos ayudar! —insistió Ethan con la voz entrecortada por la respiración.

—No, ¡tenéis que poneros a salvo! —exclamó Finrod, que justo en ese momento esquivó a un atacante. Con una habilidad impecable, arqueó la espalda hacia atrás esquivando el ataque y le propinó un espadazo al rival.

—¡Joder! —exclamó Nathalia, que estaba a centímetros del segundo al mando.

—¡Vamos, vamos! —exclamó de nuevo Aritz, incitándolos a continuar.

A pesar de la cantidad de obstáculos que habían tenido, consiguieron llegar a las escaleras que daban al patio del ala oeste. Bajaron las escaleras con rapidez, pero al pisar el suelo del patio, alguien tomó a Amira por el brazo y la arrastró por el suelo. La guardiana soltó un grito de desesperación.

—¡Amira! —exclamó Ethan, intentando ir tras ella.

De inmediato, una horda de elfos apareció de nuevo tratando de abalanzarse sobre los guardianes. Los soldados de la Guardia Oficial se enfrentaron, los guardianes se mantuvieron unidos, rodeados por escoltas. Ethan quiso ir a por Amira, pero se lo impidieron a pesar de

sus esfuerzos. De repente, el soldado que estaba frente a Teodora cayó al suelo, víctima de un ataque con flecha.

«¡A los guardianes no!», exclamó alguien en el patio. «¡Owen los quiere vivos!».

Y fue en ese momento en el que se perdió el control por completo. Uno a uno, los escoltas fueron cayendo de un flechazo. Teodora miró a las torres: había infiltrados en el castillo. Alguien la jaló de nuevo de la trenza. La tiraron al suelo y su espalda chocó con brutalidad contra la tierra, haciendo que el dolor le recorriera por toda la espina dorsal. La guardiana trató de defenderse como pudo, alejándose del atacante. No era la única: a los demás también los habían tomado. Aritz estaba en plena batalla, enfrentándose él solo a dos elfos. Finrod, más de lo mismo. Estaba indefensa; los guardianes estaban ahora indefensos. Con los pies descalzos sobre la hierba húmeda y sintiendo el frío entrar por cada poro de su piel, Teodora intentó levantarse. Lo hizo a duras penas, intentó visualizar algo con lo que defenderse, pero aquel patio estaba vacío. Entonces la vio: la espada de un soldado ya muerto yacía en el suelo. El elfo atacante volvió a abalanzarse sobre ella, pero la guardiana fue ágil y consiguió llegar hasta el arma. La tomó por la empuñadura y se paró, quieta, frente al elfo.

—Eres dura de roer, eso ya lo sabemos —dijo el atacante, una sonrisa maliciosa en el rostro—, pero no tenéis salida. Es vuestro fin, humana. —Otra vez el mismo tono de desprecio.

Casi se sentía desnuda. Solamente llevaba un camisón puesto; el resto de la piel, al descubierto. Sentía la mirada de aquel elfo sobre ella. El elfo caminaba en círculos; ella también, atenta a cada movimiento. Sentía la fuerza de su mano sobre la empuñadura fría de la espada.

—Vamos, ¿no vas a atacarme? —Rio el elfo.

—Estoy segura de que lo harás tú primero. —Se dejó llevar por la adrenalina: estaba en modo supervivencia de nuevo.

—Chica lista. —El elfo avanzó rápidamente hacia ella, pero Teodora lo esquivó.

Otro elfo la agarró de repente por detrás. Teodora sentía el filo de una espada ajena en su garganta.

—Ríndete o te llevaremos muerta —dijo aquella voz desconocida—. La elección es tuya.

Y de un solo movimiento, la guardiana le clavó la espada en el muslo del elfo que la acorralaba por detrás. Al atacante se le cayó la espada al suelo. Teodora dio un paso hacia atrás, completamente abstraída de lo que acaba de hacer. Había sido un movimiento arriesgado, pero tenía que hacerlo. De pronto, nuevamente, el otro agresor quiso atacarla. Teodora retrocedió de nuevo, pero al hacerlo, tropezó y cayó al suelo. No tuvo tiempo: se le abalanzó encima. Le arrebató la espada, tirándola lejos, a metros de distancia. A horcajadas sobre ella, la agarró por los brazos, inmovilizándola sobre el suelo. Teodora se removió y gritó, pero no conseguía zafarse del agarre. Y de una mirada fugaz, se acordó del colgante y de lo que Nedhel le dijo una vez: «No debe caer en las manos equivocadas».

Intentó darle un golpe en la espalda con las rodillas, pero tampoco funcionó. De un vistazo rápido, consiguió ver a sus compañeros guardianes correr hacia el viejo roble: todos se habían salvado, lo estaban logrando. Pero su mirada volvió de nuevo al elfo que la atacaba. Su rostro mirándole todo el cuerpo, las manos manoseándole las piernas y subiéndole por debajo de la falda del camisón. No pudo más: rompió en llanto y gritó.

—Ahora entiendo por qué Owen tiene interés en una humana como tú —dijo con cinismo. Teodora lloraba y se removía, pero sus manos y el resto de su cuerpo seguían inmovilizados.

De reojo, vio a sus compañeros mirarla con terror. Nathalia y Boris quisieron volver a la zona de batalla para ayudarla, pero Ethan miró hacia un lado y los detuvo, intercediendo su brazo frente a ellos. Un grito y el sonido de un espadazo sobre el cuerpo que tenía sobre ella la asustaron. Aritz apartó el cuerpo del atacante, ahora muriéndose desangrado, y se dejó caer de rodillas al lado de Teodora.

—Teo —pronunció su nombre con la respiración entrecortada. La guardiana se reincorporó, desesperada y asustada.

—Aritz. —Lo miró y se abalanzó a él, llorando desesperadamente sobre su pecho.

—Ya está, tranquila. —Le acarició el cabello—. ¿Estás bien? —La apartó unos centímetros y le acunó el rostro para observarla.

Teodora asintió mientras le miraba las mejillas sucias de tierra y un corte en la mejilla derecha. Un hilo de sangre le caía por el rostro—. Tienes que irte. Vete a Lejre, cuéntale todo a Shaun. Cuéntaselo a Tom.

—No —Teodora negó con la cabeza—, no puedo irme y dejaros solos.

—No, no. Escúchame bien. —Aritz la miraba fijamente a los ojos mientras seguía acunándole el rostro—. Tenéis que iros, sois lo más importante. Eres —enfatizó— lo más importante. Vamos. —Aritz se levantó con esfuerzo y le tendió la mano.

Teodora se levantó también. Y de repente, una flecha se clavó en la pierna del Capitán. Aritz cayó de rodillas al suelo y soltó un grito desgarrador.

—¡Aritz! —Teodora quiso ayudarlo, pero un elfo agarró al Capitán y lo inmovilizó poniéndose de horcajadas sobre él.

—¡Vete! —exclamó el Capitán mientras se defendía—. ¡Estaremos bien!

—¡No! —Teodora quiso ir en su ayuda justo cuando Aritz le propinó un golpe en la mandíbula al atacante.

—¡Vete! ¡Vete, Teodora! —exclamó, mirándola—. ¡El portal! ¡El castillo ya no es seguro!

Y con las lágrimas en el rostro mientras observaba a Aritz defenderse a muerte, la guardiana se giró y corrió hacia el viejo roble. Como a cámara lenta, vio a sus compañeros que ya estaban cruzando el portal. Boris la animaba a llegar lo más rápido posible. Teodora corría sin parar con el sonido de la guerra de fondo. Sus pies desnudos impactando contra el frío del suelo. Cuando llegó, Ethan fue el penúltimo en cruzar. Teo miró una vez más a Aritz: Finrod y algunos soldados más acudían en su ayuda.

Y sin volver la vista atrás, colocó la palma de la mano sobre la espiral y fue engullida, una vez más, por el portal.

7
El regreso

Tuvo que esforzarse para no caer de bruces al suelo cuando pisó el nuevo terreno. Su respiración acelerada, el pecho subiendo y bajando rápidamente. Miraba de un lado a otro, asustada: estaban en el bosque de Lejre. Y de repente, su mirada recayó en sus compañeros: Dylan lloraba desesperado sentado en el suelo, sujetándose la cabeza con las manos mientras se zarandeaba, Amira más de lo mismo. Ethan tenía toda la cara ensangrentada y, ahora sí, tiraba su cabeza ligeramente hacia delante y se presionaba la nariz para poder detener la hemorragia como era debido. Nathalia tenía varios cortes en la cara y en los brazos aunque, en realidad, todos tenían un aspecto demacrado. Boris no paraba de ir de un lado a otro, caminando de forma desesperada.

—¡Aghhhh! —Soltó un grito tan fuerte que despertó a todo el bosque. Con las manos en la cabeza, Boris se agarró del cabello y se dejó caer sobre el suelo, de rodillas. Rompió en llanto.

Teodora no tenía energía para animarlos: ella misma estaba destrozada. Se abrazó a sí misma, mirándose los pies descalzos. La piel sucia de tierra… y de sangre. Se miró las manos también sucias: le temblaban.

—No puede ser. —Amira sollozaba al lado de Ethan.

—Amira, tu brazo… —Teodora se acercó a ella y le tomó el brazo: un gran corte de lado a lado le dejaba la extremidad en carne viva.

—Ay —Amira se miró la herida—, ay. —Lloró en tono de queja—. Me está empezando a doler muchísimo.

Saliendo ya del modo supervivencia, empezaba a sentir los primeros dolores de la herida.

—¿Dónde estamos? —Nathalia se sorbió la nariz mientras miraba alrededor en la oscuridad, recomponiéndose.

Por suerte, la luz de la luna los alumbraba.

—En Lejre —dijo Teodora—. Tenemos que ir a casa de Shaun.

Y de golpe, el cuerpo de Ethan cayó desplomado al suelo.

—¡Ethan! —Amira se agachó a su lado—. ¡Ethan!

Todos se agacharon alrededor del guardián, su rostro lleno de sangre. Amira lo zarandeaba.

—No, no lo zarandees. —Teo detuvo a su compañera—. Podría empeorar la hemorragia. Tenemos que llevarlo con Shaun ya mismo. No queda muy lejos.

—Vamos, no hay tiempo —añadió el rubio—. Yo lo llevo.

Boris, que dejó el llanto a un lado al ver caer a su compañero, tomó el cuerpo de Ethan y se lo cargó a la espalda con ayuda del resto. A pesar de su estado, era fuerte y empezó a caminar con su compañero sobre la espalda. Y en mitad de la oscuridad y en aquel pésimo estado, Teodora guio a los guardianes atravesando el bosque hasta llegar al claro que daba frente a la casa de Shaun. Con esfuerzo, llegaron hasta la puerta. Teodora intentó abrirla, pero Shaun había cerrado con llave, así que golpeó varias veces.

—¡Shaun! —exclamó—. ¡Shaun! ¡Soy yo! —Teodora miró a su alrededor con la misma mirada fugaz de un águila: esperaba que no hubiera espías.

Nathalia se unió a Teodora y aporreó también la puerta de forma insistente hasta que esta se abrió. Un Shaun somnoliento apareció frente a ellos. Al ver a los guardianes, el elfo abrió los ojos de par en par.

—¡Por la Madre Tierra!

—Shaun. —Al verlo, Teodora se abalanzó sobre él y se echó a llorar sobre su pecho—. Nos han atacado.

—¡¿Qué?! —exclamó el elfo y pasó la mano por la nuca de Teodora, enredándose en su cabello—. Pasad, quedarse fuera no es seguro. —Les cedió el paso de inmediato y Teodora se hizo a un lado, separándose de Shaun.

Los guardianes entraron rápidamente al hogar y Boris, agotado, dejó el cuerpo de Ethan sobre el sofá.

—¿Qué ha pasado? —Shaun corrió al lado de su amigo humano y le tomó el pulso a Ethan por las muñecas.

—Nos han atacado. —Teodora lloraba.

—Eso ya me lo habéis dicho, pero ¿cómo? —Shaun miraba a Teodora alterado y con preocupación, en busca de una explicación—. El Castillo de Dôl es el sitio más seguro de toda Dôr o Gwaith.

—Lo era.

Ahora que había salido del modo supervivencia, las emociones de Teodora afloraban sin cesar. Sus lágrimas brotaban a mares, al igual que las de Amira, que se puso al lado de Shaun mientras acariciaba el cabello de Ethan.

—Está vivo —dijo Shaun, mirándola, y Amira sollozó. El elfo acercó el quinqué para alumbrarle el rostro y le abrió los párpados: las pupilas de Ethan se contrajeron frente a la luz—. Probablemente se ha desmayado, pero respira y tiene pulso. —Amira sollozó a su lado, Shaun le miró el brazo—. Amira, tu brazo. —La guardiana lo miró con los ojos rojos y el rostro húmedo. De su brazo brotaba sangre, un líquido rojo que estaba tiñendo la madera del suelo, aunque la muchacha estaba resistiendo. Shaun dirigió una mirada rápida a todos—. Por la Madre Tierra, ¿qué os han hecho? ¿Y Aritz? —le preguntó a Teodora.

Sin embargo, al escuchar su nombre, Teodora rompió en llanto de nuevo.

—No sé si estará vivo —dijo con la voz entrecortada—. Por poco nos salvamos, Shaun.

El elfo se levantó del suelo y se dirigió hacia Teodora. La abrazó con firmeza y la guardiana se aferró a él. Sintiéndose un poco menos sucia por lo que casi le hicieron, le agarró de la camiseta y lloró sobre su pecho. Shaun le acarició el cabello y los observó a todos con preocupación.

—No pasa nada, seguro que se habrán salvado. —Shaun acunó el rostro de Teo entre sus manos—. Son la Guardia Oficial, van a salvarse. Pero ahora tenéis que estar a salvo. Vamos a curaros, no podéis estar así.

—No —Teodora negó con la cabeza—, tenemos que avisar a Tom. Por favor.

—Sí —Shaun la tomó por las muñecas en un gesto cariñoso—, pero ahora es de noche y si salís de aquí —miró a los guardianes— podrían veros. —Volvió la vista hacia Teo de nuevo; clavando sus ojos azules en los de ella—. Lejre ya no es lo que era.

Ethan se removió en su sitio e hizo una mueca. Soltó un quejido al intentar levantarse.

—Ethan. —Amira lo agarró de las manos y miró su rostro con preocupación.

—Amira… ¿dónde estamos? —preguntó con dificultad.

Shaun regresó a su lado y se sentó de cuclillas junto a la guardiana.

—Me alegra verte, amigo —lo saludó.

—¿Shaun? —Frunció el ceño y el elfo sonrió.

—Sí, ahora estáis a salvo. Me alegra verte, pero… no en estas condiciones. —Ethan sonrió débilmente; su rostro aún teñido de rojo —. Quédate tumbado, no te muevas. —Shaun se levantó y volvió a donde estaba Teodora—. Voy a curaros —volvió la mirada a la pelirroja—, ¿tú estás bien? —Teo asintió.

—Sí, sí. No tengo nada más que unos rasguños. A parte de los daños mentales… —Shaun la miró con preocupación y la abrazó, posando un beso sobre la frente de la guardiana.

—Vale. —Se separó—. En ese caso, prepara unas infusiones con miel, os sentarán bien. Yo iré a por lo necesario para las curas, ¿vale?

Teo asintió. Mientras escuchaba los pasos de Shaun subir de dos en dos los escalones hasta la planta de arriba, Teodora se limpió el rostro con el dorso de la mano, aunque no sirvió de mucho. Miró una vez más a sus compañeros, todos ellos con moratones, rasguños o heridas. La más afectada físicamente era Amira. Observó a Ethan acariciarle la mejilla a su compañera y a Dylan mirar al suelo con la mirada perdida. Nathalia lo rodeaba con un brazo y con el otro lo acariciaba suavemente, tranquilizándolo.

—Aquí fue donde estuve la primera vez que llegué —añadió, poniendo fin al silencio—. Estaremos bien. Poneos cómodos, iré a

hacer unos tés.

—Te ayudo —añadió Nathalia—, no tengo nada mejor que hacer y necesito hacer algo… mundano.

—Vale —asintió Teo.

Cuando terminaron de preparar los tés y los llevaron al salón, Shaun ya estaba allí, dispuesto a curar a Amira. Calentó un poco de agua con lavanda y romero para la desinfección. A Teodora le vino un *flashback* de su primera herida de guerra.

—Vale, necesito que estés calmada —dijo el elfo. Él y Amira estaban sentados en el sofá—. ¿Prefieres tumbarte? —le preguntó al verla nerviosa.

—No, no. Está bien.

—¿Shaun sabe lo que está haciendo? —Nathalia le susurró a Teodora.

—Tranquila —respondió Shaun, que logró oírla—, Tom me ha estado enseñando algunas cosas. —Teodora y Nathalia se miraron entre sí; la pelirroja se encogió de hombros—. Amira, te va a doler. Quiero que tomes este paño y lo muerdas si te duele, ¿vale? —Ethan se levantó con dificultad y se puso al lado de Amira, ambos se miraron—. Tienes que quedarte quieta. ¿Estás lista? —La guardiana asintió con miedo en la mirada—. Venga, vamos.

Con sumo cuidado y con las manos limpias, Shaun escurrió el paño de agua de romero y lavanda y comprobó su temperatura. Lo presionó levemente sobre la herida de Amira y esta soltó un pequeño grito. Ethan, que la aguantaba por los hombros, le tendió el otro paño seco y Amira lo tomó para morderlo: le caían lágrimas por todo el rostro. Teodora se puso al lado de Shaun y lo observó llevar a cabo las curas con cuidado. Amira trataba de soportar el dolor y aguantar en silencio, pero sus expresiones faciales hablaban por ella.

Cuando hubo limpiado toda la herida, Shaun dejó el paño, ahora ensangrentado, y se levantó.

—Un momento, ahora vengo —dijo.

Teodora lo miró con el ceño fruncido y lo siguió hasta la cocina. El elfo se pasó el antebrazo por la frente: estaba sudando.

—¿Estás bien? —le preguntó. Shaun cruzó su mirada con la de Teodora y asintió.

—Sí, pero es una herida muy profunda. Tengo que suturarla.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

Shaun sacó entonces una cajita de madera que tenía preparada en la encimera. La abrió y sacó una aguja y un fino hilo estéril de color marrón.

—Con esto.

Teodora arrugó la frente.

—¿Cómo…?

—Han pasado muchas cosas por aquí. Tom me ha enseñado, lo he ayudado a atender algunos heridos.

—¿De Lejre?

—Sí —dijo mientras desinfectaba la aguja con el alcohol—, el poblado ya no es lo que era. Ahora la gente vive con miedo, muchos se han ido con Owen a saber dónde… otros se han quedado de espías.

—¿Y qué pasa con Tom y Laila? ¿Siguen viviendo en el poblado?

—Sí, pero no es fácil… han recibido muchas amenazas, también la familia de Laila. Nunca había sucedido algo así, Teo. No desde los antiguos. —El rostro de Shaun mostraba preocupación.

—¿No deberías poner la aguja en agua hirviendo? —preguntó.

—Sí, ya lo he hecho antes. Veo que no soy el único que ha aprendido. —Shaun le sonrió con complicidad.

—He tenido mucho tiempo libre para leer libros. En el castillo hay una biblioteca enorme. Bueno, había —rectificó y el elfo le dedicó una mirada compasiva.

—Vamos, Amira no puede esperar mucho más.

Y de nuevo en el salón, Amira se echó hacia atrás, pegando su espalda al torso de Ethan al ver la aguja que sostenía Shaun entre sus manos.

—No, eso no —añadió con temor.

—Tengo que hacerlo —le dijo Shaun.

—Piensa que pasé por lo mismo en mitad de un bosque congelado —intervino Boris.

—No creo que eso calme los ánimos, genio —le recriminó Nathalia. Dylan los observaba en silencio sentado en una de las sillas del salón, ahora más sereno.

Ignorando su conversación, Shaun volvió a sentarse frente Amira y Teodora se puso a su lado. Amira lloraba y negaba con la cabeza sin apartar la mirada de la aguja.

—No, por favor. —Sollozó.

—Amira, tengo que hacerlo o te pondrás peor.

—Escúchame —Teodora se sentó en cuclillas a su lado—, cierra los ojos si quieres. Imagina cualquier cosa que te haga sentir bien. Un paseo por el bosque o un día en el parque de Brujas. Recuerdo que era muy bonito. —Teodora sonrió y Amira la miró con nostalgia en mitad de las lágrimas.

—¿Estás lista? —preguntó Shaun.

Indecisa, Amira se puso de nuevo el paño en la boca y asintió. Shaun dirigió una breve mirada a Teodora. Teo le puso una mano en el hombro y le dedicó una ligera sonrisa. Esta vez, el elfo dirigió la mirada hacia la herida. Con el pulso firme, introdujo la aguja en el extremo del corte. Amira chilló con el paño en su boca mientras Ethan y Teodora le sostenían el brazo. La pelirroja temía desmayarse allí mismo si contemplaba el proceso de sutura, así que miró el rostro de Shaun, iluminado por la luz de las velas: con la mirada enfocada y un pulso impecable, completaba el proceso con cuidado y concentración. Cuando el elfo ya tuvo la sutura de anclaje realizada, empezó a suturar de forma perpendicular y progresiva. A cada avance que hacía Shaun, Amira sollozaba. La guardiana belga intentaba no hacerlo, pero estaba tan devastada que no podía evitarlo. Teo miró una vez más el brazo de su compañera: durante su llegada desde el portal, la sangre se le había escurrido por todo el brazo y apenas se había quejado. Amira había estado tan pendiente de Ethan que no había pronunciado palabra sobre su estado. Ethan, con la espalda de Amira apoyada en su torso, le acarició la frente y le apartó el cabello de la cara a su compañera. Le besó la coronilla.

—Ya está casi, lo estás haciendo bien —le susurró.

Shaun siguió suturando la herida mientras Teodora lo observaba con la mirada atenta en su tarea. El rostro sudoroso, el pulso firme.

Pasado un rato, Amira dejó de gritar, tenía el rostro también sudoroso y los ojos, ahora, cerrados. Hacía muecas de molestia y temblaba ligeramente, pero ya apenas se movía.

—¿Esto es bueno? —preguntó Ethan refiriéndose al estado de su compañera. Shaun levantó la mirada por un momento para observar a la guardiana herida, que se mantenía con la cabeza apoyada sobre el pecho de Ethan y los ojos cerrados.

—No lo sé, supongo. Ya termino, hay que dejarla descansar.

Y pasados unos minutos, Shaun por fin había terminado. Cortó el hilo y colocó un vendaje envuelto sobre la herida. Cansado, soltó un profundo suspiro y se pasó el antebrazo por la frente. Teodora lo miró con cariño. Se levantó del suelo donde había estado consolando a Amira y se puso frente a Shaun. Mientras se limpiaba las manos con un paño limpio, Shaun le dirigió la mirada exhausta y le mostró una sonrisa cansada. Teodora lo rodeó con los brazos y le besó la mejilla.

—Hay que dejarla descansar —dijo el elfo volviendo la mirada hacia Ethan—, creo que dormirá mejor en una cama de arriba.

—Sí, en mi habitación —añadió Teo.

—Si me decís dónde está, yo la llevo. —Boris, dispuesto a ayudar, se acercó a Amira, que estaba dormida; ida completamente. Ethan la reincorporó ligeramente y el rubio, pasándole un brazo por detrás de la espalda y otro por detrás de las rodillas, la alzó entonces en sus brazos.

—Y tú será mejor que te limpies la cara. —Shaun señaló a Ethan.

—Creo que debería limpiarme entero, nunca me he sentido tan sucio —dijo el guardián.

—Vamos, te acompaño. —Teodora guio a Boris por las escaleras.

Con Amira en brazos, el rubio siguió a Teodora escalón a escalón hasta que llegaron a la habitación. Cuando entraron, Teodora apartó las sábanas y Boris dejó cuidadosamente a Amira sobre la cama. Teo la arropó y puso una mano sobre su frente: estaba ardiendo.

—Tiene fiebre.

—¿Y qué hacemos? —añadió Boris.

—Por ahora no podemos hacer mucho más. Le traeré un paño húmedo.

Cuando volvieron a bajar, Teodora se aseguró de subir de nuevo un paño limpio y húmedo y una jarra de agua para ponérsela al lado de Amira. Le puso el paño sobre la frente a modo de compresa fría y entonces apareció Ethan por la puerta. El guardián ya se había lavado la cara, tenía mejor aspecto.

—¿Cómo está?

—Por ahora, dormida. Tiene fiebre, pero lo mejor que podemos hacer es dejarla descansar. —Ethan se acercó y se agachó al lado de la cama junto a su compañera—. Puedes dormir en la cama de Shaun, si quieres.

—No, me quedaré aquí. Me basta si me traes una sábana y algunos cojines.

—¿Dormirás en el suelo?

—En peores condiciones me he visto hoy. Ya veremos mañana.

—Eso es verdad. —Teo frunció los labios—. Vale, como quieras. Ahora te lo traigo todo.

Se acomodaron cada uno en un lugar para descansar, a pesar de que ya quedaba poco rato para el amanecer. Dylan y Nathalia iban a dormir en la habitación que había sido de Espe y de Nedhel mientras que Boris había querido dormir en uno de los sofás del salón. Después de todo aquel ajetreo, se hizo el silencio. Teodora entró en la habitación de Shaun y se tumbó a un lado de la cama. El elfo cerró la puerta tras de sí y rodeó la cama, soltando un suspiro mientras se tumbaba al otro lado. Teodora tenía la mirada apartada, miraba la estancia. Se mantenía en silencio, pensativa. Las emociones aflorando y sintiéndose sucia por lo que había pasado. Shaun se acercó a ella por detrás y posó un beso sobre su hombro.

—¿Estás bien? —susurró.

—Estoy preocupada por Aritz.

—Quizá Tom pueda darnos noticias pronto. Seguro que habrán podido arreglárselas.

—No —Teodora se giró con la mirada directa a los ojos del elfo —, tú no viste lo que era aquello. Recuerdas… la batalla del Golfo, ¿la recuerdas? —Shaun asintió—. No era nada en comparación con la barbarie que se ha desatado en el castillo. De no ser por Aritz, de no ser por toda la Guardia, estaríamos muertos. Bueno, o lo que queda de ella —dijo pensativa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Hubo un momento en el que… —Teodora se quedó en silencio, rememorando el momento en el que divisó a varios infiltrados entre los arqueros—, estábamos huyendo junto a Aritz y todos los demás. Íbamos hacia el portal, pero un montón de flechas cayeron del cielo y dieron a los que nos escoltaban. Miré arriba y vi que habían infiltrados en el castillo. No lo entiendo, había miembros de la Guardia Oficial con el uniforme, arqueros que nos apuntaban.

—¿Quieres decir que se han podido infiltrar? —Shaun frunció el ceño.

—Sí, eso creo —asintió la guardiana—. No encuentro otra explicación. Aritz me dijo que el castillo ya no era seguro.

—¿Te han… hecho algo? —El elfo pronunció aquello con temor.

—Han intentado… bueno —se quedó con la mirada clavada sobre el pecho desnudo de Shaun—, de no ser por Aritz… Por suerte, hemos salido todos de aquello.

—Vale, no hablemos más de esto. Dejémoslo para mañana, si quieres hablar. —Shaun la rodeó con un brazo por la espalda y la acercó a él—. Ahora estás aquí, conmigo. Eso es lo que importa. Descansa, ¿vale? —dijo y la besó en la frente.

Sus rostros se acercaron. Shaun le miró los labios a Teodora. La guardiana se acercó y rozó los labios con los suyos.

—Te he echado tanto de menos —dijo el elfo.

—Y yo, mucho. —Teodora le acarició la mejilla y se besaron.

Después de aquel beso, la guardiana cayó rendida a los brazos de Morfeo.

8
La incertidumbre

Estaban tan cansados que todos cayeron rendidos la madrugada anterior. Cuando Teodora despertó, Shaun no estaba a su lado. La cama había quedado vacía sin la presencia de su compañero y los rayos de sol de pleno mediodía se infiltraban por la ventana. Sin saber por qué, cuando se reincorporó para levantarse, le dolió todo el cuerpo. Tuvo que agachar la cabeza y apoyarla en una mano para recuperar el equilibrio; la vista se le había nublado.

Cuando se recompuso, salió por fin al pasillo. Oía algunas voces abajo, en el salón: Boris y Nathalia. Bajó las escaleras en silencio y, cuando entró al salón, observó a sus compañeros hablar en el sofá, Dylan estaba a su lado. Y en ese instante, Shaun entró por la puerta principal, venía del exterior. Llevaba un pantalón gris y una camiseta de color beige, y alzó la cabeza hacia Teodora antes de cerrar la puerta.

—Ya te has despertado —dijo en tono afirmativo.

Nathalia, Boris y Dylan se giraron hacia ella. Los tres estaban sentados en el sofá en una postura despreocupada. A diferencia de la noche anterior, tenían los rostros más descansados.

—Sí. —Teodora sonrió—. ¿Cómo habéis dormido? —preguntó a sus compañeros.

—Bien. —Nathalia se encogió de hombros—. Todo lo bien que se puede en estas circunstancias.

—Ya…

—¿Y tú? —Shaun se acercó a Teodora y le dio un beso sobre la frente, acercándola a él con un brazo tras su espalda.

—Bien, lo necesitaba. —Shaun mantuvo los labios sobre la frente de Teodora durante unos segundos hasta que se separó y le puso la palma de su mano esta vez.

—Estás caliente. —El elfo frunció el ceño—. ¿Estás bien?

—Más o menos —Teo se encogió de hombros—, un poco mareada.

—Siéntate, te prepararé algo para comer. —Se marchó hacia la cocina y Teodora se dejó caer sobre el sillón, al lado de Dylan.

Apoyó la cabeza sobre el hombro de su compañero y le frotó el brazo.

—¿Cómo estás, Dylan? —le preguntó. Sabía que su compañero era muy distinto al resto, por lo que todos trataban de estar pendientes de él siempre que podían. Sin embargo, Dylan simplemente se encogió de hombros.

—Bien. —Todos se volvieron a quedar en silencio hasta que el muchacho pelinegro volvió a romper el silencio—: Quiero irme a casa.

Teodora miró a su amigo: con la mandíbula tensa y las manos en un puño, Dylan miraba al suelo y unas lágrimas empezaron a correrle por el rostro.

—Lo sé. —Teodora lo abrazó. Sabía que, si le decía que esta era su casa ahora, probablemente acentuaría la situación. Después de convivir tantos meses con él, ya conocía la mayor parte sus reacciones.

Nathalia abrazó a Dylan por detrás. Su pelo afro rozando el cabello negro azabache del chico. Posó un beso sobre la coronilla de su compañero y Dylan se aferró a sus amigas. Boris se acercó también y, poniéndose de cuclillas frente a Dylan, le puso una mano sobre la rodilla.

—Pronto podremos hacerlo —dijo en un intento de animarlo.

—¡No me mientas! —exclamó Dylan hacia su compañero—. Siempre lo hacéis. —Sus ojos llorosos miraban ahora fijamente al rubio.

—Vale, no lo haré. Pero no te miento, si te soy sincero… intento decirlo para mí mismo también. —Al decir aquello, Dylan se calmó y se sorbió la nariz.

—¿Pasa algo? —Ajeno a todo aquello, Shaun entró de nuevo al salón con una bandeja en su mano. Teodora lo miró con una mirada cómplice y le negó con la cabeza: «Dylan está sensible, luego te lo cuento». Con una sola mirada, el elfo la entendió.

Shaun dejó la bandeja sobre la mesilla frente al sofá. Unos tés y algunos pastelillos que Laila le había traído el día anterior.

—Los pastelillos son de la madre de Laila —añadió Shaun para destensar la situación.

—Dylan —Boris volvió a mirar a su compañero—, ahora somos una familia. Y te necesitamos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el mencionado.

Ninguno supo qué contestar.

—Por el momento, reponer fuerzas. —Shaun le acercó el plato con los pastelillos—. Os sentará bien.

—Shaun tiene razón. —Boris se levantó y tomó uno de los pastelillos para darle un bocado.

Todos tomaron un trozo. Teodora agarró una de las tazas de té y la sostuvo entre sus manos para entrar en calor. Shaun, a su lado, volvió a ponerle la mano sobre la frente.

—Deberías ir a descansar, tienes fiebre.

—Estoy bien, ya he descansado suficiente —le restó importancia—. Además, me aburro si me quedo en la cama sin hacer nada.

—Si estuviéramos en el mundo humano, un paracetamol te ayudaría —añadió Nathalia.

—Ya, pero hace mucho que me acostumbré a no estar en lo mundano —afirmó la pelirroja—. ¿Y Ethan y Amira? ¿Cómo están?

—Siguen arriba. Amira está recuperándose, pero ya se encuentra un poco mejor —añadió Nathalia.

—Voy a verlos. —Teodora se levantó con esfuerzo y dejó la taza de té sobre la mesa—. Gracias —le dijo a Shaun antes de darle un beso sobre los labios. Shaun le sonrió antes de verla marchar escaleras arriba.

Teodora subía con esfuerzo. Mientras lo hacía, pensó en Aritz. La imagen de Aritz tirado sobre el suelo batiéndose contra ese atacante le vino a la mente. Esperaba recibir noticias pronto y, lo que era más importante, que Aritz, Finrod y los demás se hubieran salvado. Un

escalofrío le recorrió el cuerpo; el recuerdo del temor que había pasado tan solo algunas horas antes. El frío en la piel mientras yacía tirada sobre la hierba húmeda, el filo de una espada en su garganta, las manos de aquel elfo manoseándole las piernas… Sacudió la cabeza e intentó espantar aquellos malos recuerdos. Avanzó por el pasillo y dio un par de golpecitos a la puerta abierta antes de aparecer por completo en su antigua habitación.

Amira estaba recostada, apoyando su cabeza sobre el pecho de Ethan; el guardián sentado a su lado. Ambos estaban hablando en silencio. Cuando oyeron los golpecitos en la puerta, se giraron hacia Teodora.

—Hola —los saludó y entró a la habitación.

—Teo. —Amira quiso reincorporarse con esfuerzo, pero Ethan se lo impidió.

—No, tranquila —le dijo Teo—. Solo quería saber cómo estabas. ¿Cómo habéis descansado? —preguntó a ambos.

—Bien, aunque no recuerdo cuándo me quedé dormida.

—¿Qué tal el brazo? —Teodora señaló con la mirada el brazo envuelto en el vendaje que le había colocado Shaun en la madrugada anterior. El vendaje tenía algunas manchas de sangre.

—Me duele, pero estoy bien. Estaré bien. —Una ligera sonrisa se le dibujó en los labios a la guardiana de cabello castaño.

—¿Y tú, Ethan? —Teo miró al guardián esta vez.

—Bien, he dormido bien.

—¿En el suelo? ¿Estás seguro? No parece demasiado cómodo.

—La verdad es que estaba tan reventado que apenas noté la dureza del suelo.

—Ya… caímos todos rendidos. —Teo suspiró—. ¿Queréis que os suba algo de comida?

—No, no. Shaun nos ha traído antes, pero gracias. —Amira le sonrió.

—Vale, pues os dejo. Descansad. —Teodora les devolvió la sonrisa.

—¿Esta es tu habitación? —le preguntó Amira inesperadamente.

—Sí, lo era. —Teodora suspiró de nuevo y miró alrededor. Un recuerdo fugaz de su reciente noche con Shaun en la estancia, en aquella misma cama, le vino a la mente. Era un recuerdo hermoso

que no quería borrar nunca de su memoria—. Aquí estuve durante un tiempo, cuando llegué. Fue mi casa hasta que decidimos emprender viaje hasta la Guardia Oficial. Los padres de Shaun vivían por aquel entonces, ellos me lo dieron todo.

—Espe, ¿la anterior guardiana? —preguntó Amira y Teodora asintió. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al recordar a la bibliotecaria.

—Qué suerte —dijo Ethan.

—Depende de cómo quieras verlo. Te recuerdo que estaba sola y… yo no entendía nada de todo esto.

—No debió ser fácil —añadió Amira.

—No, no lo fue. —Teo frunció los labios, recordando sus inicios con nostalgia—. Pero ahora estamos juntos en esto. —Con las lágrimas a punto de brotarle de los ojos, sonrió: quería mantener el optimismo que le quedaba—. Ahora hay que recuperar fuerzas. —Ethan y Amira asintieron.

Echando un vistazo rápido a la habitación, recordó uno de sus momentos más cercanos con Espe: «Una guardiana vive el presente y no se deja consumir por lo mundano de nuestro mundo humano. Una guardiana recuerda quién es y ni siquiera se esfuerza por demostrarlo al mundo, ni siquiera en el nuestro. Vives con amor y lo transmites». Pero, ¿qué hacía una guardiana cuando estaba en modo supervivencia y en piloto automático? Deseaba poder preguntárselo a su antecesora, pero recordó sus palabras: «Tu alma y la Madre Tierra te llevarán allí donde necesites y lo aprenderás todo por ti misma». Antes de salir de la habitación, les regaló una última sonrisa a sus compañeros y salió, cerrando la puerta tras ella.

Al cruzar por el pasillo de vuelta al salón, vio una fotografía de Espe, Nedhel y Shaun colgada en la pared. La guardiana se acercó a ella y acarició los rostros de Espe y de Nedhel. «Esto está siendo más complicado de lo que pensabáis, pero prometo cuidar a Shaun», pensó. «Lo prometo, Espe, Nedhel». Y antes de ponerse a llorar, se dio media vuelta y empezó a bajar por las escaleras.

Mientras lo hacía, escuchó dos golpes en la puerta principal de la casa. Se quedó quieta cuando vio a Nathalia, a Dylan y a Boris

cruzar la estancia frente a ella hasta esconderse en la cocina. Escuchó entonces a Shaun abrir.

—Por la Madre Tierra, ¡llevo media hora golpeando!

Esa voz, la reconocería en cualquier parte. Teodora bajó el último escalón, decidida a dejarse ver. Al ver aquella presencia detrás de Shaun, Tom se quedó mirándola, perplejo.

—¿Teodora? —El brujo frunció el ceño.

Pero la guardiana no pudo reprimir las lágrimas. Corrió a abrazar a su amigo, al que tanto había echado de menos. Se abalanzó sobre Tom y este la abrazó, con la boca abierta y con una completa sorpresa. Envolvió a la guardiana entre sus brazos.

—Por la Madre Tierra, Teodora. Eres tú. —La abrazó con firmeza; un abrazo ansioso de alivio. Teo se permitió llorar sobre el pecho de su amigo. Tom la separó ligeramente para observarle el rostro—. ¿Qué haces aquí? —Los ojos del brujo, también casi a punto del llanto—. Deberías estar en…

La mirada de Tom se dirigió entonces por encima del hombro de Teodora. Dylan, Nathalia y Boris aparecieron tímidamente.

—Es una larga historia —dijo Shaun, mirándolos.

—Entonces es cierto.

—¿El qué? ¿Qué es cierto? —preguntó Teodora con interés.

—Uno de mis contactos me ha enviado un mensaje. He recibido una paloma mensajera esta mañana y por eso he venido tan deprisa como he podido, no me lo creía. Quería hablarlo contigo —dijo mirando a Shaun—. Pero no lo comprendo, ¿cómo ha podido pasar? —Miró a los guardianes.

—Será mejor que te sientes. —Teodora se frotó las mejillas con el dorso de la mano—. Tenemos muchas cosas que contarte.

ൈ

Estaban todos sentados alrededor de la chimenea. Tom no podía creer lo que estaba escuchando. Por alguna razón, el brujo se había dejado el cabello largo y lo llevaba recogido en un moño desenfadado. Las uñas pintadas de negro, una capa larga de color marrón oscuro lo envolvía. Los guardianes se lo habían contado todo. Teodora, sentada a su lado, no dejaba de pensar en Aritz sin

dejar de mirar al suelo. Estaba anocheciendo, el día había pasado más rápido de lo esperado y no habían hecho absolutamente nada de valor. Aunque estar todos juntos ya era un gran valor en sí mismo.

—Si el Castillo de Dôl no es seguro… ya no queda ningún lugar seguro en los rincones de Dôr o Gwaith. —Tom dejó caer su espalda sobre el respaldo del sofá. Miró a la chimenea; su mirada atenta al baile de las llamas del fuego.

—Eso mismo dijo Aritz. Dijo que el castillo ya no era un lugar seguro —añadió Teo en un hilo de voz.

—No sabemos qué podemos hacer ahora. —Boris habló esta vez.

—Boris, el muchacho herido. —Tom le miró—. Me alegro de verte vivo, tienes mejor aspecto.

—Gracias a ti. Te recuerdo, eres el médico. —Tom sonrió y ladeó la cabeza.

—Algo así.

Sin esperarlo, la puerta se abrió de golpe. Todos miraron repentinamente hacia la entrada para descubrir una figura que se quedó con la voz entrecortada.

9
La canción del mañana

—¡Shaun, te has dejado…! —La voz de Laila se detuvo al ver aquella escena—. La cerradura abierta…

—Laila. —Teodora se levantó de golpe al verla.

Laila tardó en reaccionar. Su mirada se había quedado clavada en la de Teodora.

—¿Teodora? —La elfa de cabellos dorados se quedó perpleja, tanto como lo había estado Tom.

Sin dejar de mirarse una a la otra, Teodora rodeó el sofá hasta estar frente a su amiga. Sus miradas se encontraron durante unos segundos hasta que la rubia reaccionó. Se abalanzó sobre la guardiana y la rodeó con sus brazos. Ambas se abrazaron con firmeza.

—Teo… estás viva —le dijo sin dejar de abrazarla. Shaun cerró rápidamente la puerta que Laila se había dejado abierta.

—Claro que lo estoy. Te he echado mucho de menos —le dijo al oído.

Abrazar a Laila era una nueva medicina para ella. Estar de nuevo entre los brazos de su amiga, aquella que tanto la había cuidado, se sentía como estar en el mismísimo cielo. Era un sentimiento tan grande como el amor verdadero, porque la amistad verdadera era, a su vez, otro tipo de amor.

—Oh, por la Madre Tierra. —Laila, con el rostro empapado en lágrimas, acunó el rostro de Teodora. Ambas se permitieron llorar. La guardiana pelirroja tenía los sentimientos a flor de piel. Sin embargo, la elfa dirigió una mirada rápida por todo el salón—. Un momento, estáis todos aquí.

—El castillo ha sido atacado —dijo Teodora rápidamente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—¡¿Cómo?! —exclamó la elfa.

—Se infiltraron los antipactistas —habló Nathalia. Su mirada se cruzó con los ojos verdes llorosos de Laila; una conexión que se mantuvo durante unos segundos.

—Invadieron todo el castillo —continuó Teo. Laila pasó de mirar a Nathalia a volver la mirada hacia su amiga de nuevo.

—Conseguistéis escapar —dijo con asombro mientras se limpiaba también las lágrimas.

—Por poco, pero sí —confirmó Boris.

—No sabemos cuántos de la Guardia Oficial habrán sobrevivido —continuó Nathalia—, ni siquiera si Aritz habrá conseguido salir ileso.

—El Capitán —aclaró Teo hacia su amiga.

—Entiendo… Por la Madre Tierra, ¿qué vamos a hacer ahora? Si el castillo no es seguro…

—Ningún sitio lo es, lo sabemos —añadió Amira de repente.

Ella y Ethan habían bajado por las escaleras. La guardiana belga tenía todo el brazo envuelto en vendaje.

—Amira, deberías estar descansando —le dijo Shaun.

—Necesito moverme un poco.

—Pero… Por la Madre Tierra, muchacha. —Tom la miró conmovido —. ¿Qué te ha pasado? —Y justo cuando Amira iba a responder, el brujo la interrumpió—: Espera, no me digas nada, ya lo sé. —Amira frunció los labios.

—Esto es muy grave… —añadió Laila—. Si el castillo ha caído, las noticias no tardarán en llegar por todas partes, incluido Lejre. No estamos seguros.

—Nunca lo estuvimos. —Shaun miró a Laila.

—Pero ya me entiendes, ahora es distinto.

Fue entonces cuando una bombilla se le encendió a Teodora.

—Shaun, el libro. —El elfo le dirigió una mirada cómplice.

—¿Qué libro? —preguntó Laila, mirándolos intercaladamente.

—En el castillo encontré un libro. Lo traje aquí para que Shaun lo guardara a buen recaudo.

—Un momento, ¿has estado aquí antes? —Teodora asintió mirando a su amiga—. ¡¿Por qué no me habíais dicho nada?! —exclamó mirando esta vez a Shaun en busca de respuestas.

—Sí, eso digo yo —habló Nathalia mirando fijamente a Teodora—. ¿Por qué no sabíamos nada de ese libro?

—No quise deciros nada. —Teodora miró a todos sus compañeros guardianes, que la miraban esperando una explicación—. Estabais tan centrados en adaptaros a este nuevo mundo, en querer volver a casa… No quise preocuparos.

—Ese es tu problema, Teodora. —Nathalia habló con firmeza—. Crees que puedes hacer lo que te plazca sin contar con los demás. Como si esto no fuera ya un puto infierno.

Vale, Nathalia era impulsiva y Teodora lo sabía, pero reacciones como aquella eran las que hundían a la guardiana pelirroja en aquellos momentos.

—¿Y qué pasa con ese libro? —preguntó Boris, encogiéndose de hombros antes de que Teodora pudiese responder a su compañera.

—Hablaba sobre las antiguas guerras, sobre la formación del Pacto y los portales. Pero a parte de todo eso que ya conocemos, lo escribió Denise Howard.

—¿Esa no era la humana del Pacto? —preguntó Amira, aún de pie al lado de Ethan.

—La misma —asintió Teodora.

—Si lo escribió Denise Howard —intervino Tom—, recuerdo que alguna vez he oído algo sobre ello. Un libro que escribió la humana del Pacto lleno de versos incomprensibles, pero… tenía entendido que se perdió o que nadie podía encontrarlo.

—Eso era porque estaba a buen recaudo. Lo encontré de casualidad en la biblioteca del castillo.

—Oh, si algo he aprendido, querida, es que las casualidades no existen —dijo Tom con orgullo y Teodora solo pudo pensar en cuánto había echado de menos ese tono de voz.

—Vale, ¿y qué? —Nathalia se encogió de hombros—. Nos lo ocultaste —arremetió con enfado hacia su compañera.

—Pero porque…

—No —la interrumpió—, si ese libro contiene algo relacionado con nosotros, con todos nosotros —enfatizó señalando al resto de guardianes—, tenías que decírnoslo.

—Lo siento, ¿vale? Intentaba no complicaros más las cosas.

—¡Como si ya no estuvieran complicadas! —exclamó Nathalia.

—Basta. —Dylan, que no había pronunciado palabra hasta entonces, habló con firmeza—. Estoy harto. Quiero irme de aquí y quiero estar a salvo, joder. ¿Puedo ver ese libro? —preguntó a Shaun.

El elfo miró a Teodora; esta asintió. En silencio, Shaun se acercó a la chimenea y agarró el atizador. Todos lo miraron con el ceño fruncido mientras caminaba hasta estar al lado de Teodora y frente a Laila. Se quedó allí de pie, mirando a la elfa.

—¿Puedes apartarte un momento? —Laila arrugó la frente y se apartó.

—Shaun, ¿qué haces? —preguntó Teo.

El elfo se agachó y apartó la alfombra que daba paso a la entrada de la casa. Con el atizador, hizo palanca en una tabla de madera que formaba parte del suelo y descubrió un agujero sobre la superficie con una caja en su interior. Todos observaron cómo Shaun sacaba la caja y se levantaba con ella entre las manos.

—Pensaba que lo habías dejado en la estantería —dijo Teo.

—No estamos en el sitio más seguro, tampoco. Pensé que esta era la mejor opción. —Shaun le tendió la caja a Teodora—. Toma, como te prometí. —Teo agarró la caja y le sonrió.

—Gracias. —Con la caja entre sus manos, sacó la tapa y ahí estaba: «Lírë o Arin». Con la cubierta dura de color verde enebro, el libro parecía mirarla, esperando a ser descifrado.

—¿Puedo verlo? —preguntó Dylan. Teodora le dirigió una mirada y asintió.

Dylan, que por fin volvía a su cauce, se levantó y se acercó a Teodora. Cuando tomó el libro cuidadosamente entre sus manos, Tom también se acercó a su lado.

—«Lírë o Arin» —leyó Dylan.

—«La canción del mañana»… No me suena —dijo Tom, mirando el libro junto a Dylan.

—¿No has dicho que lo conocías? —preguntó Ethan.

—He dicho que algo había oído, pero que todo el mundo lo creía perdido. Ni siquiera se sabía el título.

—Eso es porque está dirigido a los humanos —dijo Laila y todos la miraron con sorpresa—. No es tan extraño, después de todo.

Dylan abrió el libro por la primera página. Lo hizo con delicadeza, sabiendo que tenía una reliquia ancestral entre sus manos. Teodora observó de nuevo ese brillo en los ojos negros del muchacho, alguien que estaba tratando de descifrar una verdad lógica dentro de un laberinto lleno de posibilidades. Quizá aquello resultara un incentivo para Dylan, después de todo.

—«Si sostienes este libro entre tus manos es porque necesitas una prueba congruente» —continúo leyendo Dylan.

—«(…) Escribo las siguientes páginas para dejar una huella de nuestra voluntad…» —continúo Tom.

—«A favor de la Madre Tierra» —finalizó Teo y todos la miraron—. Me lo he leído tantas veces que me lo sé de memoria.

—Nathalia tiene razón —la interrumpió Dylan, mirándola con atención—. Podrías habérnoslo dicho.

—¡Gracias! —Nathalia alzó las manos y dio una palmada sobre sus piernas.

—Vale, lo siento —insistió Teodora—. ¿Podemos no centrarnos en eso ahora, por favor?

—Sí, aquí dice que el elfo Rudolf Stant y los brujos Allen y Meredith Pierce le ayudaron a escribir el libro —añadió Tom.

—«Una prueba congruente»… —susurró Laila para sí misma.

—«Dejar huella de nuestra voluntad»… —continúo Ethan—. ¡Ya está! Puede que sea lo que necesitamos. Es una prueba congruente, sin duda.

—Ya, pero eso no es todo. Me he leído el libro entero y en las últimas páginas hay unos versos que no logro comprender.

Dylan empezó a pasar las páginas del libro con delicadeza. Cada página era tan fina, sensible y desgastada que el guardián temía que pudieran quebrarse. Cuando llegó a la Tercera Parte, empezaron los primeros versos:

«De una semilla, nació una flor».
«De la flor, nacerá otra semilla».
«De la semilla, se inundará el mundo de almas».

Tom siguió pronunciando el siguiente verso en voz alta:

«El alma indicada despertará para proteger al manto de la Madre Tierra».
«El alma indicada no es la que parece ser».
«Una flor violeta colgará de su pecho para indicar la nueva Era».

—Vale, no entiendo una mierda —dijo Nathalia.

—¿Veis? A eso me refería —añadió Teo.

—Un momento —Shaun prestó atención al texto—, aquí dice «una flor violeta colgará de su pecho». ¿No se referirá al colgante? —Todos miraron el colgante que llevaba Teodora; el colgante de las Guardias.

—Sí, eso es lo que también he pensado —asintió Teo—. Pero si os fijáis, en el verso anterior dice «el alma indicada no es la que parece ser».

—En las escrituras del Pacto se dice que cada cierto tiempo despertaría el alma indicada para proteger a la Madre Tierra —continúo Tom—. Pero el alma indicada no es la que parece ser… —pensó en voz alta—. Tienes razón, esto es un absoluto laberinto.

—A ver, acabamos de empezar a leerlo —habló Amira—. Bueno, menos tú, Teo. Deberíamos darnos un poco más de tiempo para comprenderlo.

—Eso es precisamente lo que no tenemos, tiempo —pronunció Nathalia esta vez.

—Sí, y yo también lo he leído y no le encuentro el sentido. —Shaun se encogió de hombros.

—Lo que sí está claro son dos cosas —habló Tom—. Uno: no estamos seguros aquí, podrían venir a buscaros en cualquier momento. Y dos: por mucho que lo intentemos, solo hay alguien que puede ayudarnos.

—¿Quién? —preguntó Teo.

—El Consejo de Brujos. Además de reclamar el colgante, como ya sabrás, imagino —se dirigió a Teodora y esta asintió—, me imagino que deben saber algo de esto. Si no, sí que estaremos perdidos.

—Vale, ¿y ahora qué? —Boris los miró a todos—. Si aquí no podemos quedarnos, pero tampoco podemos irnos... ¿qué? —Se encogió de hombros.

—Tengo una idea —intervino Tom—. Contactaré con el Consejo preguntando por el castillo, les diré que me han llegado noticias.

—No. —Teodora negó rotundamente—. Nadie puede saber dónde estamos.

—No les daré detalles, pero ¿quién mejor que un consejo lleno de brujos para protegeros?

—Eso es lo que no entiendes. —Esta vez, Amira se acercó al lado de Tom y de Dylan con decisión—. Teo tiene razón, si se han infiltrado en la Guardia Oficial, ¿crees que el consejo queda impune? Seguro que hay brujos infiltrados. —Tom se quedó mirando a Amira durante unos segundos.

—Agh, odio decirlo, pero tenéis razón. No puedo fiarme ni de mis propios hermanos, ¡vaya ridiculez! —exclamó.

—Ridiculez o no, así es y así será a partir de ahora —dijo Teodora —. Ya lo dijo Aritz: estamos en guerra.

10
Ni el bueno es tan bueno…

Lejre, seis años antes de la llegada de Teodora

Hacía un día soleado en Lejre aquel día. Al igual que todos los elfos en edad de formación, Owen se encontraba en la clase del señor Lethir de Anatomía Aplicada. Era un aula acogedora y pequeña, pero lo suficientemente grande como para caber quince elfos en ella. Enredaderas rodeaban las paredes a modo decorativo y los pupitres de madera forjada repartidos de forma equitativa por el aula. Todos los alumnos de la pequeña escuela de Lejre se sentaban mientras escuchaban la lección de aquel día.

—A diferencia de los trolls, los trasgos u orcos tienen un tamaño cinco veces más pequeño. Aunque, como sabréis, no destacan por su belleza. —Rio el maestro mientras se paseaba por el aula con las manos agarradas tras la espalda.

Owen se reclinó hacia atrás y soltó un bostezo. Miró al papel que tenía en frente y tomó el carboncillo que tenía sobre su mesa. Empezó a dibujar lo que al principio era un trasgo y quiso evolucionarlo a un troll. Apoyó su cabeza sobre la mano, aplastándose el cabello rizado, hasta que levantó la vista y su mirada recayó en Laila. La joven Laila estaba sentada en el pupitre al lado de la ventana que daba hacia el bosque. Estaba tan atenta observando el exterior que apenas se percataba de la lección de aquella clase. Con cuidado, Owen miró al maestro y disimuló para arrancar lentamente un pedazo de papel en el que escribió una nota con su lápiz. Hizo la forma de un avión y lo lanzó hacia Laila. La elfa se percató del papel que había caído intencionadamente en su mesa.

Owen observó desde su asiento cómo Laila leía la nota. La rubia miró alrededor del aula hasta que su mirada se cruzó con la de Owen. El elfo de cabello rizado le dedicó una sonrisa y levantó las cejas. Sin embargo, Laila lo ignoró y volvió a mirar hacia la ventana.

—¿Y qué pasa con los humanos? —preguntó uno de los alumnos —. Si tienen unos rasgos parecidos a los nuestros, ¿por qué se mueren antes?

Shaun, sentado al frente de la clase, se mantuvo en silencio y se removió en su asiento. No era la primera vez que se enfrentaba a una situación parecida, pero le incomodaba. Al fin y al cabo, su madre era la única humana en todo el aquel mundo. Y, sin ir más lejos, él era medio-humano.

—Porque eso es lo que deben hacer —dijo una alumna desde la otra punta del aula.

—En primer lugar, esa no es una respuesta adecuada, Erilen —añadió el profesor en tono de riña—. En segundo lugar, puede que a nivel físico tengan muchas similitudes con los elfos, pero digamos que están hechos con otra clase de… magia. Por eso, los elfos tenemos una mayor longevidad.

Owen, que seguía desinteresado en la materia, hizo una bola de papel y se la lanzó a Laila. Ésta rebotó en su cabello sin que ella lo notara, por lo que Owen volvió a lanzar otra que esta vez rebotó sobre la mesa. Y justo cuando Laila se volteó a verlo con enfado, la voz del profesor lo interrumpió.

—Quizá Owen pueda explicarnos más sobre ello. ¿Qué opinas, Owen? Ya que te veo tan distraído.

—Opino que Erilen tiene razón. Es su naturaleza, ¿no? —dijo con indiferencia—. Unos sobreviven y otros no.

—No me vale esa respuesta, desarróllala.

—La naturaleza es así. —Owen se encogió de hombros—. Ella quiso que los humanos sean una raza más débil. Están mejor fuera.

—Será mejor que te calles. —De repente, la voz de Shaun interrumpió el debate.

—¿Por qué? ¿Acaso tú me lo vas a impedir? —le rebatió con desafío desde detrás del aula—. No he dicho ninguna mentira.

—Sí y no —intervino el profesor—. ¿Por qué creéis que los humanos no se curan tan rápidamente como los elfos? —preguntó al resto de la clase.

—Con todo el respeto, me parece una pregunta estúpida. —Owen interrumpió al profesor—. Es el ciclo de la naturaleza, ¿no? Ojo por ojo, diente por diente. Pues si deben morir, que así sea.

Shaun se levantó de repente de forma impulsiva, dispuesto a abalanzarse sobre Owen.

—¡Shaun! ¡Siéntate! —exclamó el profesor.

Owen miró a Shaun y le dedicó una sonrisa provocadora. Lo miraba con desafío mientras el elfo de cabello negro azabache se sentaba con desgana.

—Deberías pensar antes de hablar, imbécil.

—¡Shaun! Basta. —Le volvió a reñir el profesor.

—Solo porque tengas sangre humana en tus venas no debes pagarlo con los demás, Biir[2] —le dijo.

—¡Basta ya! ¡Los dos! —exclamó el maestro—. Esta no es la razón de la pregunta. Los humanos tienen unas características distintas a nosotros, pero no por ello son más débiles.

—Más débiles no, pero se merecen estar en un mundo aparte. —Otro alumno habló—. Todos —enfatizó mirando a Shaun.

—Eso no lo sabemos —intervino el profesor—. No convivimos con ellos desde hace siglos, a excepción de las guardias que os recuerdo que deben ser respetadas y honradas por todos los hijos de la Madre Tierra.

Con aquellas palabras, finalizó el debate. Con la espalda hacia atrás, Owen miró al frente y su vista recayó sobre Laila de nuevo. La elfa lo miraba con recelo y giró nuevamente la mirada hacia el profesor.

ൈ

Cuando salieron de la clase, Owen observó a Laila salir del aula con una mochila bandolera colgada de su hombro y se apresuró para alcanzarla.

—Eh, Laila. —La tomó por el brazo, pero la elfa se zafó de su agarre.

—¿Qué quieres? —le recriminó con desinterés.

—¿Por qué no has aceptado mi nota?

—No lo he hecho ni pienso hacerlo, no mientras sigas así.

—¿Así cómo? —Owen frunció el ceño.

—Owen, tratas mal a mi amigo y a su madre. ¿Cómo esperas que me lo tome? No puedo ser amiga de alguien así.

—No te quiero como amiga, te quiero como algo más. Eso ya lo sabes. —Owen dio un paso hacia ella mientras la miraba fijamente —. No intentes ocultar lo que el otro día me demostraste. —Le sostuvo la mandíbula y Laila clavó su mirada en la suya, pero enseguida miró hacia otro lado, deshaciéndose de su tacto—. ¿Por qué? ¿Por qué de repente estás así conmigo? Laila, no puedes ignorar lo que…

—Sí, sí puedo. —Lo miró de nuevo—. ¿Por qué insistes? Ya sabes el motivo.

—Solo te he pedido salir a dar un paseo juntos, no creo que sea para tanto.

—Sí, sí lo es. No puedo si sigues tratando a Shaun así. Siempre lo has repudiado.

—Por supuesto, lo que no entiendo es por qué no lo haces tú. Ya sé que no tiene culpa de tener una madre así, pero… ¡es humana!

—¿Y qué? —exclamó Laila.

—¿Cómo que y qué? No deben estar aquí. Joder, es de sentido común. De hecho, Shaun no debería ni existir. ¿Un medio-elfo, medio-humano? Es una abominación.

Laila lo fulminó entonces con la mirada y le dio la espalda, caminando de nuevo con enfado mientras lo ignoraba.

—¡Laila! —Owen volvió a agarrarla del brazo.

—¡Suéltame! —La rubia se deshizo de su agarre de nuevo—. No quiero ni verte la cara.

—Laila, venga… sabes que en el fondo tengo razón. No soy el único que lo piensa.

—¿Estás diciendo que el Pacto no debería existir?

—Exactamente, eso digo. El Pacto siempre ha estado mal formulado. ¿No los echamos? Pues que se vayan. ¿Por qué lo ves tan grave?

—Porque no podéis ir por ahí amenazando de muerte a la gente, Owen. Eso es lo grave.

—Laila… yo no voy amenazando a la gente. Simplemente digo que… —Owen le rozó la mano a la elfa—, las guardias no son necesarias. Nos tenemos a nosotros. —Quiso ponerle una mano sobre la mejilla, pero Laila se apartó.

—Eso tú no lo sabes.

—¿Y qué pasa con nosotros? ¿Qué pasa con lo del otro día?

—Fue un error y no debería haber pasado —dijo mirándolo fijamente.

Owen se volvió serio, aquellas palabras le dolieron como cuchillos clavándosele en el alma.

—¿Sabes qué? —Dio otro paso hacia ella hasta quedar cerca de su rostro—. Que no te creo.

Por un instante, sus respiraciones coincidieron y mantuvieron sus miradas conectadas, pupila con pupila.

—¡Laila! —La voz de Shaun los interrumpió—. ¿Vienes o qué? —Al ver que estaba con Owen, se acercó—. ¿Qué pasa? —Shaun miró a Owen con desafío.

—Nada de tu incumbencia, Nemestri —le dijo el susodicho con rencor.

—¿Te estaba molestando otra vez? —preguntó Shaun a Laila.

—No, no. —La elfa negó con la cabeza—. No es nada, estábamos…

—¿Molestando? —Owen frunció el ceño hacia Shaun, interrumpiéndola—. ¿De qué vas, Biir?

—Ten mucho cuidado, Owen. —Shaun se acercó a él, interponiéndose entre Owen y su amiga—. Siempre sueltas de todo por la boca sin cuestionarlo antes.

—Shaun, basta. —Laila quiso apartarlo, pero Shaun se resistió.

—Te las sueles dar de valiente, como siempre. Pero al final, quien tiene la madre humana eres tú.

—Y bien orgulloso que estoy. Que sepas que eso no es ningún insulto, aunque tú creas lo contrario. —Shaun y Owen estaban cada

vez más cerca el uno de otro, apunto de soltarse algún puñetazo.

—Puede que no lo sea, pero desde luego que no te ha puesto la vida fácil, eso no lo puedes negar. Quizá os haría un favor si se volviera a su mundo y nos dejara a todos tranquilos.

Y sin previo aviso, Shaun alzó el puño, pero las manos de Laila lo detuvieron.

—Shaun, no —le habló con la voz firme—, déjalo. No vale la pena.

Shaun, que seguía con la mirada llena de rabia sobre Owen, bajó el puño. Su mandíbula se había tensado por unos segundos. Owen intercaló la mirada de Laila a Shaun y rio con sarcasmo.

—Vámonos —dijo Laila, tomando a su amigo del brazo y alejándose de allí.

—¡La próxima vez te borraré la sonrisa de la cara, Carter! —exclamó Shaun hacia Owen.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Owen ignoró sus palabras y miró a la rubia que tomaba a Shaun del brazo—. Laila, ¿ya te vas? ¡Estábamos hablando!

—Sí, me voy —dijo secamente.

—¿Otra vez con él? —exclamó Owen con resignación.

—Con él y con su madre. —Laila se volteó durante unos segundos para verlo—. ¿Qué te parece? —Le sonrió con orgullo, sabiendo que aquello lo enfurecería.

Owen los miró alejarse. Sacó del bolsillo de su pantalón un colgante con una piedra de color carmín: era una piedra. Él mismo lo había forjado para Laila cuando su padre trajo aquella piedra preciosa de las minas de Nogoth Hûb. Apretó la piedra en un puño mientras, con la mandíbula tensa, miraba a Laila alejarse con Shaun.

11
Un sueño intocable

Una luz cegaba la vista de Teodora. Dado el resplandor, se cubrió los ojos con la mano y estrechó la mirada. Al frente, una luz blanca y pura parecía llamarla. Se acostumbró a su brillo y a su belleza. Estaba en el vacío, a su alrededor, la nada. Llevaba un camisón a juego con aquella luz; la piel desnuda, ansiosa de su calma. Un amor infinito que no podía sentirse de forma mundana, no había palabras para describirlo. Un paso tras otro, se acercaba a aquella fuente de luz. Lo sabía, era parte de ella. Al tocarla, un seguido de imágenes corrieron frente a ella como si de una película se tratase: un sinfín de criaturas conocidas y por conocer, una madre dando el pecho a su recién nacido, un anciano contando cuentos a una niña. Un momento, ahí, la reconoció: era ella sentada en las faldas de su abuelo. Y de repente, guerras, sangre, devastación. El rostro de Teodora perplejo ante aquellas imágenes que se mostraban frente a ella a rápida velocidad, contándole historias.

Una explosión en las imágenes le hizo dar un brinco hacia atrás, pero miraba ensimismada el nacimiento de un mundo. No, no de un mundo, ¡de mundos! Tan infinitos como el propio Universo. Y ahí, en una de las galaxias, la Tierra. Un sinfín de lucecitas nacieron a tiempo, cada una a su ritmo: almas. Y en un viaje efímero a otro mundo, ahí estaba: Owen. Sentado al lado de un río y con un colgante de color carmín en su mano. Se sorbía la nariz, parecía devastado. Jugueteaba con el colgante entre sus manos y se miraba en el reflejo del agua, un espejo que le decía una verdad a medias: existían múltiples versiones de él, tantas como almas que lo observan. Teodora lo miraba a través del reflejo como si estuviera

viéndolo a través de un cristal blindado. Se acercó, lo miró fijamente en la profundidad de sus ojos. La mirada oscura del elfo ya no era dura; era tierna y parecía estar en busca de un amor perdido. Y de repente, frunció el ceño. Su mirada se endureció y la miró también a ella. El elfo tensó la mandíbula, soltó un grito y le propinó un golpe a través del agua.

—¡Teo! —Una voz la despertó.

Teodora se reincorporó de golpe, con el rostro sudoroso y el pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración. Shaun la sostenía por los hombros y la miraba con preocupación.

—Ya está, ya está. —Puso un mechón de cabello detrás de su oreja —. Estabas teniendo una pesadilla. —Teodora soltó un bufido y se puso una mano en la frente sudorosa—. Has tenido fiebre —Shaun también le tocó la frente—, pero ya te está bajando.

—He tenido un sueño muy raro, era como unas visiones… como si alguien me quisiera decir algo.

Shaun se recolocó en su cama y se sentó en el borde, acercándose a ella, dispuesto a escucharla.

—No sé decirte, era una luz… al principio me mostraba imágenes sin sentido, después apareció… mi abuelo —dijo mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Tu abuelo?

—Sí, yo estaba en sus faldas mientras me enseñaba a leer cuando era niña. Y después apareció… —miró un punto perdido en el suelo —, Owen. —Volvió la mirada a los ojos azules de Shaun.

—¿Has visto a Owen en tu sueño? —Shaun arrugó la frente.

—Sí, estaba sentado al lado de un río y se miraba en el agua. Y después… —Teodora volvió la mirada hacia el suelo, recordando el sueño.

—¿Después qué?

—Era como si me viera. —Volvió a mirarlo—. Como si supiera que yo lo estaba viendo y quiso atacarme.

—Bueno —Shaun suspiró y la agarró de las manos—, piensa que solo ha sido un mal sueño y que estás aquí, a salvo. —Teodora miró la habitación de Shaun, todavía ubicándose—. Además, la fiebre también influye.

—No lo sé… me siento como… como si estuviera viviendo el principio de una pesadilla constante —dijo mirando hacia sus manos agarradas a las de Shaun—. Lo que vivimos en la Guardia Oficial, lo que casi… sucede. —De repente, se le cristalizaron los ojos—. Aritz y Finrod, todos dieron la vida por nosotros. No sé si seguirán vivos. Me siento muy mal, sucia… —Miró a Shaun con lágrimas en los ojos—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Shaun, sin decir ni una palabra, puso la mano tras la nuca de Teodora y la acercó a él. Dejó que Teodora llorara en paz sobre su pecho y le besó la coronilla.

—Estar juntos, como siempre hemos estado. Tranquila —le apartó el pelo de los ojos—, ahora estás a salvo.

—No, Shaun. —Teodora levantó su cabeza para mirarlo, tenía las mejillas rojas y húmedas por el llanto—. Eso es lo que no terminas de entender. Allá donde estemos los guardianes os pondremos en peligro a los demás. No puedo escapar de los antipactistas, siempre estaré huyendo. —Se enjuagó las mejillas con el dorso de la mano —. Pero no pienso hacerlo, no más.

—Llegaremos a una solución juntos, eso está claro. Al fin y al cabo, somos un equipo, ¿no? —Le sonrió y le dio un toquecito con el dedo índice sobre el mentón.

—Sí. —Por primera vez en aquel día, Teodora sonrió.

—No le des más vueltas, ahora tienes que descansar. ¿Te apetece comer algo?

—Sí, me gustaría.

—Bien, porque Tom vendrá más tarde. Dijo que traería auténticos manjares, en sus propias palabras. —Rio y Teo le siguió la risa.

—Oye… ¿y tú cómo estás?

—Bueno, he estado preocupado. —Shaun miró su pulgar rozando el dorso de la mano de Teodora—. Y estoy preocupado —la miró—, pero lo bueno es que ahora vuelvo a tenerte aquí, conmigo. —Y agarrándola de la mano, posó un beso sobre ella.

Teodora se reincorporó y se sentó encima de Shaun. El elfo la sostuvo por las caderas y se miraron. Sus rostros a centímetros, sus cuerpos pegados y los brazos de Teodora rodeándole por los hombros.

—Te quiero —susurró la guardiana y Shaun sonrió.
—Y yo a ti —dijo antes de besarla.

12
La espera

—Joder, no podemos hacer nada —se quejó Nathalia—. Hace días que no nos movemos de estos cuatro metros cuadrados —dijo con ironía, señalando la casa de Shaun.

Habían pasado seis días desde su llegada y estaban todos juntos reunidos en el salón. Tom y Laila los acompañaban, ya que, dada la situación, los guardianes no podían salir al exterior. Aunque, en realidad, a veces evitaban acudir con tal de evitar sospechas.

Lejre se había convertido en un nido de espías.

—No sé vosotros, pero yo me estoy hartando de esconderme como una rata. —Ethan se levantó del sofá, decidido—. Nos han entrenado por un motivo, ¿no? Pues démosle uso.

—Sí —continuó Nathalia—, yo voto por salir de aquí y plantar cara.

—Sí, pero no solo os afecta a vosotros, chicos —intervino Laila, que estaba sentada al lado de Nat en el suelo—. Yo misma estoy arriesgando mucho viniendo a veros, a mi familia pueden atacarla en cualquier momento. No es la primera vez que los antipactistas lo han intentado.

—¿Y qué hacemos, Laila? —añadió Teodora—. No podemos estar encerrados siempre, tienen razón.

—Se me ocurre una idea —intervino Tom, saliendo de la cocina. Entró al salón y dejó una bandeja con tazas sobre la mesa de centro —. Solo se me ocurre una persona capaz de daros la protección que en el castillo no han podido daros.

—¿Una persona más poderosa que toda la Guardia Oficial? —Amira frunció el ceño.

—¿Quién? —preguntó Boris con interés.

—Erulissë —respondió el brujo—. ¿Café? —Le ofreció una taza a Teodora.

—¿Erulissë? ¿La Reina? —Teodora agarró la taza, aunque estaba enfocada de pleno en la conversación.

—Ajá. Erulissë no solo cuenta con su título, sino que también tiene a uno de los brujos con más poder sobre el Consejo, Caelan —dijo mientras seguía repartiendo tazas a todos los presentes—. Si acudimos a ellos, Caelan puede intervenir y asegurarse de que solamente los indicados sean oídos del asunto que nos trae. —Tom se sentó en el sillón y cruzó las piernas mientras sostenía la taza en sus manos—. Podrá negociar con el líder del Consejo —añadió y dio un sorbo a la taza.

Teodora también dio un sorbo y, por primera vez en mucho tiempo, disfrutó del gusto de aquel café; tórrido y con ligero amargor.

—Por la Madre Tierra —dijo después de tragar el líquido—, no recuerdo la última vez que bebí café. —Miró la taza en sus manos—. Lo echaba de menos.

—¿De dónde lo has conseguido? —intervino Laila mirando a Tom —. Hace meses que no viene ningún mercader.

—Bueno, tengo mis contactos. —Tom se miró las uñas con orgullo y sonrió—. En tiempos de guerra —miró a los guardianes— es bueno tenerlos.

—Bueno, ¿y entonces qué? —Shaun miró al brujo—. No pretenderás que vayamos hasta Dôr o Edhel con una plaga de espías antipactistas por el camino, ¿verdad?

—Pues mira, ¡no lo sé! —exclamó—. Lo que sí sé es que os están buscando y muchos de mis compañeros del Gremio me han preguntado. He tenido que mentirles en varias ocasiones y estoy cansado de hacerlo. Doy gracias a la Madre Tierra de no haber recibido preguntas del Consejo.

—¿Qué es el Gremio? —preguntó Dylan con curiosidad. Seguía sentado en el sofá entre Boris y Amira.

—El Gremio de brujos es una entidad lúdica y política de todos los brujos de Dôr o Gwaith. Son un filtro entre los ciudadanos brujos y el Consejo —explicó Tom—. Aunque, en realidad, solamente nos reunimos cada unos cuantos meses en Dôr o Ithron. —Al ver que los

guardianes lo miraban con expectación, puso los ojos en blanco—. Es la capital de los brujos. Por la Madre Tierra, ¿qué os han enseñado estos meses?

—Pues defensa personal, sobre todo —añadió Ethan.

—Ya, pues deberían haberos enseñado defensa geográfica también.

Tom chasqueó la lengua y dio otro sorbo a su café.

—¿Y qué hace exactamente el Gremio? —preguntó Boris—. ¿Qué diferencia hay con el Consejo?

—Pues el Consejo es puramente político y el Gremio es, aparte de político, como una horda de grillos: siempre cantando en las sombras y pocas veces con razón. Aunque, debo decir, que muchos de mis mejores amigos están ahí. Y sí, han sido varios de esos chismosos los que me han preguntado por vosotros.

Tras decir aquello, se quedaron en silencio, pensativos. Amira dejó su taza sobre la mesa de centro y se recolocó el vendaje del brazo. Revisó su herida, ya de mucho mejor aspecto que en los días anteriores.

—Bueno, ¿y cómo lo hacemos? —añadió Shaun—. No me has respondido a la pregunta.

—Si os parece bien, puedo contactar con Caelan. Le enviaré una carta.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Teo—. No tienes palomas mensajeras.

—Querida —Tom la miró con incredulidad—, me decepcionas. Soy un brujo, tengo otras formas de comunicarme. De hecho, puedo enviarle un mensaje ahora mismo. —Se levantó de golpe y dejó la taza sobre la mesa de centro—. Shaun, ¿tienes papel y lápiz?

ൈ

Tom escribió una carta con su puño y letra, en silencio. Al hacerlo, dobló el papel y se levantó de la silla.

—Bien, pues esto ya está —dijo y todos lo miraron. Agarrando por una esquina aquel papel doblado, lo sostuvo entre sus manos y lo miró con concentración. De repente, una pequeña llamarada incendió el papel y desapareció en un santiamén.

—¡Wow! —exclamó Ethan—. ¿Cómo lo has hecho?

—Magia. —Tom se sacudió las manos y sonrió, victorioso.

—¿Me estás diciendo que puedes enviar cartas así y no lo has hecho antes? —añadió Teodora—. ¡Podría haberme ahorrado la travesía de hace unos meses!

Tom señaló a Teodora con el dedo índice y lo movió hacia un lado en gesto de negación.

—No, no te equivoques, querida. Que pueda hacerlo no significa que deba hacerlo —enfatizó—. Además, era preciso que llegarais de todas formas a la Guardia Oficial. Y por si no lo sabíais todavía —se dejó caer de nuevo sobre el sillón—, hay muchas cosas que los brujos podemos hacer, pero lo tenemos prohibido. A ver si os pensáis que sois los únicos que podéis viajar por portales.

—¿Puedes viajar por portales? —Teodora frunció el ceño—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Dijiste que los guardianes éramos los únicos.

—Sois los únicos que podéis viajar por los portales que unen este mundo al vuestro, pero dentro de este mundo hay muchos otros portales. Los brujos podemos crearlos para ir de un sitio a otro, pero está penado con la muerte.

—¿Qué? ¿Y eso por qué? —Nathalia sacudió la cabeza.

—Porque desde los tiempos del Pacto, muchos intentaron hacer magia de la que no es debida para intervenir en vuestros portales. Desde entonces —Tom suspiró—, se prohibió la creación de nuevos portales. Ni siquiera para viajar de un sitio a otro de este mundo.

—O sea, que no os permiten crear portales para no interferir con nosotros, ¿es eso? —preguntó Ethan.

—Sí, exacto.

—Pero, ¿cómo van a saber si se ha creado un nuevo portal? —añadió Boris—. Si nadie lo dice, nadie se entera.

—Ya, ojalá fuera tan fácil. En fin —Tom se levantó, recolocándose la capa, y miró a Laila—, deberíamos irnos. No podemos levantar sospechas.

—Sí, deberíamos —asintió Laila y se levantó.

Teodora se levantó junto a Shaun, dispuestos a despedirlos, cuando Tom se giró hacia ellos de nuevo.

—Y tranquilos —dirigió una mirada de calma hacia los guardianes —, en cuanto tenga una respuesta de Caelan y de la Reina, os lo haré saber. Seguro que con este asunto se apresuran.

—Bueno, nos vemos mañana. —Laila abrazó a Teodora y dirigió una mirada rápida a todos, deteniéndose en Nathalia—. Adiós. —Sonrió.

—Hasta mañana. —Nathalia le regaló una sonrisa.

Laila abrió la puerta y salió rápidamente; Tom frunció los labios, mirándolos una última vez a todos, y la siguió. Tras ellos, Shaun cerró rápidamente.

Y de nuevo, solos. Estar en casa de Shaun era un alivio, pero también agobiante después de tantos días sin poder salir al exterior.

—Bueno, iré a limpiar los establos. —Shaun se acercó a Teodora—. Vuelvo enseguida.

—Vale. —Teodora asintió y recibió el beso de Shaun en sus labios.

Y tras verlo salir rápidamente por la puerta, se fue hacia la cocina. Allí no tenía mucho más qué hacer, así que a menudo pasaba el tiempo probando nuevas recetas o leyendo algún que otro libro de su antigua biblioteca; el entretenimiento sin salir fuera era limitado. Dylan, por su parte, siguió estudiando el libro que Teodora encontró en la fortaleza. Si el conocimiento era su escape, aquel libro le había resultado una bendición. Estudiar sus letras, los versos incomprensibles y aquellos mensajes ocultos era una motivación.

—Oye, Teo. —Boris la llamó desde el salón, observando el libro sentado junto a Dylan—. ¿De verdad que solo encontraste esto? ¿No había nada más?

—No, ¡nada más! —exclamó desde la cocina.

—Agh, ¡esto es un aburrimiento! —exclamó Nathalia, levantándose del sillón.

—Tenemos que ser pacientes, Nat, —Amira la miró—. Tom ha dicho que…

—Sí, ya sé lo que ha dicho Tom —la interrumpió—. Pero no puedo quedarme quieta, ¡ni siquiera hay Netflix!

—Claro que no —añadió Ethan—, estamos en un mundo casi propio del medievo, ¿qué esperas?

—Ethan, ¿por qué no te quedas en silencio un rato?

—¿Por qué no te callas tú? No haces nada más que quejarte, pareces una cotorra.

—Bueno, ¡ya está bien! —exclamó Amira, dedicándole una mirada de desaprobación a su compañero—. Siempre estáis igual.

—Sois unos pesados… —Boris echó la espalda hacia atrás y apoyó la cabeza sobre su puño.

—¡Cállate, Boris! —dijeron Ethan y Nathalia al unísono.

—¿Qué os pasa? —Teodora entró de nuevo al salón con un delantal puesto.

—Teo —Nathalia se acercó a ella—, tenemos que hacer algo, pronto. Podríamos irnos, pensar en estrategias para capturar a Owen…

—Un momento, para el carro —la interrumpió—. Nat, no tenemos absolutamente nada de información. Ni siquiera sabemos si alguien de la Guardia Oficial está vivo, ¿cómo pretendes que lo hagamos?

—Sí, y no es por aguarte la fiesta —añadió Boris—, pero te recuerdo que hace cuatro días éramos unos inútiles en las clases de Leohorn.

—Tú lo has dicho —Nathalia se dirigió a él—, éramos. Ahora sabemos usar la espada, luchar.

—Pero no contra todo un ejército —dijo Amira.

De repente, la puerta principal se abrió dejando ver a un Shaun con el rostro sudado y con la camiseta colgando de un hombro.

—Ni siquiera el viento puede mover un barco sin rumbo —dijo—. Se os escucha desde fuera, podríais ser más discretos.

—Pues lo siento, Shaun —Nathalia lo miró—, pero necesitamos hacer algo.

—Sí, y lo haréis. —El elfo caminó hasta el pie de la escalera—. Esperar.

Y antes de subir las escaleras, le guiñó un ojo a Teodora.

13
Una flor salvaje

Lejre, once años antes de la llegada de Teodora

A orillas del río en las cercanías de Lejre, una pequeña elfa de siete años humanos de edad tarareaba una canción mientras con sus manos doblaba una hoja de papel. Le caía el cabello rubio en ondas suelto por la espalda y la luz de los rayos del sol se reflejaban en él. Con sus pequeños y delicados dedos, doblaba el papel con cuidado hasta formarse este en la forma de un barco, o lo más parecido. Al ver que lo había conseguido, una amplia sonrisa se le dibujó en el rostro.

Se levantó del suelo y tomó su barquito de papel hasta acercarse a la orilla del río. No le importó mancharse de barro el vestido blanco que llevaba al agacharse y depositar el barquito en el agua. Detrás de ella, un seguido de risas infantiles se acercaban. Niños y niñas llegaron corriendo hasta ella.

—Se va a hundir —dijo con burla uno de los niños. Tenía el cabello castaño rizado y vestía una camisa de lino de color beige y unos pantalones marrones.

—No se va a hundir —la pequeña de cabellos dorados se puso de pie de nuevo, mirándolo con seriedad—, va a navegar —dijo antes de seguir el rumbo del barco.

Era cierto: el barquito flotaba y navegaba junto a la corriente del agua, limpia y cristalina.

—Cuando sea mayor voy a viajar por todo el mundo —la pequeña siguió el barquito mientras los otros la seguían— y voy a navegar por el mar.

Y de repente, una piedra golpeó el barquito de papel, hundiéndolo a su paso.

—Te dije que se iba a hundir.

La pequeña se giró enfurecida al ver que los demás reían y su mirada fue directa hacia el autor de aquella acción: el niño de cabello rizado. Sin pensarlo, gruñó y se abalanzó sobre él hasta caer los dos al suelo.

—¡Te vas a enterar, Owen! —exclamó, intentando golpearlo mientras estaba a horcajadas sobre él.

El pequeño se cubría con los brazos y reía.

—¡Vale, Laila! ¡Para! —exclamaba—. ¡Perdón!

La pequeña Laila, enfurecida, no dejaba de intentar golpearlo y Owen, de un movimiento rápido, la apartó, tirándola a un lado. Se colocó esta vez a horcajadas sobre ella y le inmovilizó los brazos.

—¡Laila! ¡Para! Lo siento. —Intentó detenerla hasta que Laila se detuvo y lo miró fijamente, aún con enfado—. Te haré otro, te lo prometo.

—¡Yo no quiero otro, Owen! —Owen dejó de agarrarla y se apartó, permitiéndole reincorporarse—. ¡Era mi barco!

—Vale, pues haremos dos. ¿Me perdonas? —Laila se quedó durante unos segundos mirándolo, pero finalmente asintió.

Al mirar a un lado, Owen divisó una flor. Tenía los pétalos blancos y el tallo corto, la arrancó y se la dio a Laila.

—Para que me perdones —dijo, tendiéndosela. Laila sonrió y la agarró entre sus manos—. Oye… si hacemos dos barcos, ¿podemos navegar juntos cuando seamos mayores?

—Bueno, vale —asintió Laila—. Pero yo quiero ser la capitana.

—¡Vale! Tendremos el barco más grande de todo el mundo —dijo con entusiasmo y Laila rio.

—¡Sí! ¡Seremos un gran equipo!

—Sí —rio Owen y de repente, Laila se abalanzó sobre él. Devolviéndole el abrazo, ambos rieron al pensar en la idea hasta que alguien los interrumpió.

—Laila.

Al girarse, un medio-humano los miraba desde la distancia. Tenía el cabello negro azabache y la punta de las orejas algo redondeadas.

—Yo puedo ayudarte a construir un barco, si quieres.

Al ver que tenía un barco de papel entre sus manos, Laila dejó de abrazar a Owen y se levantó del suelo.

—¡Vale! —dijo con entusiasmo, acercándose a él—. Mira, Owen —se giró a verlo–, Shaun nos puede ayudar.

—Un humano no puede.

—¿Y por qué no, listo? —Laila volvió a desafiarlo.

—Yo no soy humano. —El pequeño Shaun se encogió de hombros, cohibido.

—Sí que lo eres —habló Owen, levantándose con decisión—. Tu madre es humana.

—¿Y eso qué? —Laila lo miraba con enfado, pero se giró hacia Shaun y lo ignoró—. No le hagas caso, claro que puedes. ¿Podemos ponerlo en el agua? —preguntó, señalando el barco que Shaun sostenía entre sus manos.

Shaun asintió y le tendió el barco. Laila lo agarró con entusiasmo y la flor que sostenía cayó al suelo. Owen divisó la flor caer, siendo completamente olvidada. Y Laila, mirando el barquito con una sonrisa, lo puso en el agua. El barquito flotó y el papel se abrió hasta hacer la forma de un cisne.

—¡Es un barco cisne! —exclamó Laila que, riendo, abrazó a Shaun —. Gracias, Shaun —dijo antes de darle un beso en la mejilla.

Shaun sonrió y miró a Owen.

El pequeño de cabello rizado los miró con recelo y, dándole una patada a una piedra, se marchó con enfado hasta adentrarse de nuevo en el poblado.

14
Tierra en cenizas

La noche caía y el silencio destacaba por su presencia. Abrazada a Shaun mientras dormían, Teodora se dio la vuelta sobre el colchón, dándole la espalda al elfo. Y en pleno sueño profundo, un brusco movimiento la despertó. Shaun se despertó alborotado al escuchar aporreos en la puerta principal. Y Teodora, con el cabello despeinado y la cara somnolienta, se reincorporó también de golpe, mirando hacia la puerta de la habitación que daba al pasillo.

—Shaun —le dijo, dispuesta a seguirlo mientras observaba cómo el elfo se levantaba.

—Quédate aquí —añadió Shaun mientras se ponía una camiseta—. No salgas de la habitación —advirtió—. Voy a ver quién es a estas horas.

—Pero…

—Quédate, Teo. —La miró con su mirada somnolienta, pero contundente.

Y después de agarrar su espada enfundada, salió de la habitación, cerrando la puerta tras él. Sin embargo, a Shaun se le olvidaba a menudo la cabezonería a la que era capaz de llegar Teodora. Sintiendo el suelo frío bajo las plantas de sus pies desnudos, la guardiana se levantó y se puso un batín. Acercó la oreja a la puerta de madera y escuchó en silencio.

—Laila, ¿qué…?

—Shaun, ¿podrías…?

No alcanzó a escuchar lo que Laila decía, así que salió de la habitación con decisión y bajó las escaleras. Al bajar, encontró a Laila junto a un chico, un hombre y una mujer elfos. La mujer, de

cabellos rubios y mirada esmeralda, tenía las mismas facciones que Laila.

—Laila, ¿qué pasa? —Todos se giraron hacia ella al verla parada frente al salón.

—Teo, necesito que nos ayudéis. —Se sorbió la nariz, limpiándosela con el dorso de la mano; había estado llorando—. Estos son mis padres y mi hermano, Alwyn —dijo presentándolos—. ¿Podrían quedarse aquí solo por esta noche? —Se giró a ver a su familia—. Ella es Teodora, la…

—Guardiana —la interrumpió su padre—. Así que ha estado aquí todo este tiempo, ¿lo sabíais? —preguntó mirando a su hija.

—Sí, pero no podemos decir nada —le explicaba la rubia—. Compréndelo, papá.

—Sí, lo entendemos —habló la madre de Laila. Su voz era dulce, casi tanto como su aspecto—. Guardiana, necesitamos vuestra ayuda. En Lejre han… han…

La mujer quiso hablar, pero se detuvo al estallar en llanto. Su esposo la abrazó y Alwyn, el hermano de Laila, se limitaba a mirar al suelo con enfado mientras recibía las caricias de su madre en el hombro. Alwyn era un muchacho alto, de cabello rubio oscuro. Un elfo adolescente que en unos años alcanzaría la edad adulta para no envejecer hasta dentro de un par de siglos. Al igual que Laila; al igual que Shaun.

—A ver, sentaos. —Teodora los invitó a sentarse mientras arropaba con una suave caricia el brazo de la madre de Laila—. Contadme, ¿qué ha pasado?

Y mientras esperaba una respuesta de Laila y de su familia, unos pasos se oyeron tras ellos. Todos se habían despertado y los guardianes observaban la escena con cuidado y atención. Aún con el rostro adormecido, se mostraron sorprendidos.

—Guardianes —el padre de Laila los saludó con la tristeza en la mirada—, Laila nos ha hablado mucho de vosotros. Es un placer conoceros, lamento que sea en estas circunstancias.

—Están atacando el poblado —dijo Laila secamente—. Y no solo el poblado, también a sus gentes. Están viniendo a por todos aquellos que somos fieles al Pacto. Han incendiado nuestra casa.

Al decirlo, los padres de Laila echaron a llorar y Alwyn desprendió un par de lágrimas sin dejar de mirar fijamente al suelo con la mandíbula tensa.

—¡¿Qué?! —exclamó Teodora.

—Sí, bueno —Laila se sorbió la nariz de nuevo y se restregó con el dorso de la mano—, hemos podido salvarla a tiempo, pero… Tom está ayudando en lo que puede, pero no resistiremos mucho más.

—Tenemos que ir —dijo Ethan y todos asintieron.

—No podemos perder más tiempo —asintió Teo.

—Un momento —los interrumpió Shaun, volviéndose hacia Laila y su familia—, ¿habéis visto a Owen? ¿Quién está atacando?

—No, no estaba Owen —añadió Laila—. Están atacando todos los antipactistas, incluso orcos renegados. No creo que tarden en venir por aquí, Shaun. Es cuestión de tiempo.

—¿Orcos? —Nathalia frunció el ceño; estaba de brazos cruzados—. Pensaba que los orcos tenían su propio liderazgo tribal.

—Sí, hasta esta misma era —añadió el padre de Laila—. Muchos de ellos han decidido unirse a los antipactistas.

—No hay tiempo que perder. —Teodora se levantó—. Tenemos que ayudarles —dijo mirando a Shaun.

—Sí, ya basta de escondernos —asintió Boris.

—Vamos, tenemos que ayudar a Tom. —Tras decir aquello, Teodora quiso marcharse para cambiarse de ropa, pero Shaun la agarró por el brazo.

—Teo, no creo que…

—Estoy preparada, Shaun —lo interrumpió—. Ahora sí.

—En el castillo, al principio, no lo estábamos —dijo Nathalia, mirándolo—, pero ahora lo estamos.

—Y hemos entrenado muy duro todos estos meses —siguió Boris —, no podemos escondernos para siempre, Shaun.

—Shaun. —Laila se acercó a él—. Tienen razón. —Y agarrando con firmeza una mano de Shaun y otra de Teodora, los miró intercaladamente—. Lucharemos juntos de nuevo.

—Vale, pero alguien tiene que quedarse aquí, con ellos. —Shaun señaló la familia de Laila.

—Yo lo haré —habló Dylan, que había estado en de pie y en silencio; vestía uno de los pijamas de algodón que Shaun le había prestado—. Me quedaré aquí con ellos.

—Laila, yo voy con vosotros. —Por primera vez, Teodora escuchaba la voz de Alwyn. Era grave y decisa. El joven elfo se levantó del sillón decidido, dispuesto a seguir a su hermana.

—No, Alwyn. Ahora no. —Negó la rubia con determinación—. Tienes que cuidarlos —dijo refiriéndose a sus padres mientras le tocaba del hombro a su hermano. Alwyn soltó un bufido—. Te prometo que otra vez entrenaremos juntos, ¿vale? —Laila le acarició el mentón.

ʘ

Se vistieron con rapidez y agarraron todas las armas que tenían a su alcance. Tras salir por la puerta, Shaun la cerró confiando su casa a Dylan y a la familia de Laila.

—No podemos ir todos juntos —dijo—. Cuatro deberán montar a caballo y tres tendrán que ir a pie.

—Yo puedo ir a pie —asintió Nathalia.

—Déjame a Luna o a Spirit, por favor, Shaun —le pidió Laila—. Necesito llegar lo antes posible a mi casa y evitar que caiga en cenizas.

—Sí, claro. Yo iré a pie entonces para acompañar al resto. Teo —se acercó con ella—, ve con Laila y ayudáis a Tom. —Teodora asintió, aunque le creaba ansiedad tener que separarse de nuevo de Shaun, dejándolo en medio del peligro—. Vale, os toca decidir quién montará el otro caballo —dijo mirando al resto de guardianes.

—Yo puedo —intervino Boris—. Solía montar cuando era pequeño.

—Que vaya Amira con Boris —dijo Ethan—. Yo iré con vosotros, si os parece bien. —Miró a Shaun y a Nathalia.

—Venga pues, no perdamos tiempo. —Shaun se giró hacia Teodora y le acunó el rostro—. Nos vemos en Lejre, id con cuidado.

—Sí, y vosotros —dijo y lo besó.

Y de repente, una mirada cómplice junto a una suave caricia entre Laila y Nathalia hasta que sus manos deslizaron y cayeron al vacío.

Ethan, por su parte, se dejó rodear por los brazos de Amira, le puso una mano en la mejilla y la besó antes de ponerse en marcha.

Tras montar a Luna y subirse detrás de Laila, Teodora escuchó el grito de su amiga y la elfa dio empuje al caballo. Con ímpetu, se deslizaban por el viento y el cabello rubio de Laila ondulaba en el aire. Trotaron a gran velocidad mientras Boris y Amira las seguían y, allí, a varios metros y desde una colina, lo vieron: un rastro de lo que fue, ya casi perdido. Un poblado en llamas que se sofocaba a cada minuto que pasaba. Gritos, sollozos, choques de espadas…

—Dios mío —susurró Amira con horror mientras se aproximaban. Agarrada al torso de su compañero, no dejaba de observar el poblado arder.

Luna no dejó de trotar en todo el camino y Laila ni siquiera hizo ademán de detenerse. Al adentrarse al poblado, lo rodeó hasta poder dejar a los guardianes en una zona segura, refugiada de las llamas y de los enemigos. Escondidos en las sombras, se detuvieron.

—Vamos, bajad —dijo la rubia. Y mientras Teodora y Amira bajaban de los caballos, se escuchaban los gritos de fondo y el avance de las llamas—. Buscad a Tom e id con cuidado. —Teodora asintió y se puso la capucha que llevaba encima, cubriéndose el rostro. Laila, al girarse y ver que Boris la estaba esperando todavía montando a Spirit, se sorprendió—: ¿Por qué no vas con ellas?

—Me he escondido demasiado tiempo, no voy a hacerlo ahora.

—Pero eres un guardián, no puedes ponerte en peligro.

—Los guardianes respetamos el libre albedrío, incluso el nuestro. Es mi decisión —dijo el rubio. Y Teodora sonrió: le alegraba haber podido transmitir aquella lección que un día le enseñó su antecesora, Espe.

—Como quieras, pero ve con cuidado. —Boris asintió ante las palabras de Laila—. No podré estar pendiente de ti.

—No necesito niñera, Laila.

—Como quieras. —La elfa se dirigió hacia las chicas—. Bueno, nos vemos aquí mismo. Que la Madre Tierra os proteja.

—Igual, amiga —añadió Teodora y observó cómo Laila azotaba las riendas y se adentraba con rapidez en el poblado.

—Ve con cuidado, anda —le dijo Amira a Boris—. Y procura no morir.

—Seguiré las lecciones de Leohorn, tranquilas. Cuidaos vosotras —les dijo mirándolas con complicidad, a lo que ambas asintieron—. Nos vemos —añadió para seguir a Laila cabalgando con rapidez. El cuerpo robusto de Boris se adentró de pronto en plena zona de guerra.

Tanto Teodora como Amira llevaban un carcaj con flechas tras su espalda, así que se miraron entre sí y, decididas, agarraron sus respectivos arcos. Después de cubrirse el rostro con las capuchas, trataron de ponerse en un lugar cuya perspectiva les permitiera la visibilidad suficiente como para alcanzar los objetivos de sus flechas; aquellos que atentaban contra la seguridad de todo un pueblo. Y allí, escondidas en un pasillo oscuro entre dos casas y detrás de una fachada, lo vieron: Tom lanzaba ataques de defensa mientras se protegía con una esfera protectora cuyo efecto estaba a punto de desvanecerse. Amira y Teodora se repartieron en el espacio y empezaron a lanzar flechas a aquellos que atacaban. Se sorprendieron de los orcos; unas criaturas de tamaño mediano pero que poseían una gran fuerza y una gran destreza con las armas. De piel dura y grisácea, tenían un rostro casi deforme falto de cualquier atractivo.

Y de repente, el grito de Amira la alertó: un orco las había encontrado y la estaba agarrando por el cuello. Teodora le lanzó una flecha en el ojo y aquel orco soltó por fin a Amira, retrocediendo un paso hacia atrás. Sin pestañear, Amira le quiso arrebatar la porra que llevaba por arma, pero aún ciego de un ojo, el orco la volvió a agarrar del cuello, alzándola al aire. Y justo cuando Teodora iba a clavarle otra flecha, Amira agarró rápidamente una flecha de su carcaj y se la clavó en el otro ojo. Cuando la soltó, la guardiana cayó al suelo y se sobó el cuello.

—¡Amira! —Teodora se acercó a su lado y la agarró del brazo—. Vámonos, tenemos que salir de aquí —dijo mientras el orco se retorcía con las manos en los ojos. Un brote de sangre negra le brotaba del rostro.

Al verse obligadas a salir de allí, no tuvieron opción: su escondite dejó de ser refugio para ser objeto de varias miradas en medio del campo de batalla. Lejre era muy distinto al poblado que Teodora había conocido al principio: del verde y marrón pasó a ser de un rojo vivo intenso que consumía todo a su paso.

—¡Cuidado! —Teodora agarró a Amira del brazo y la apartó al ver que una flecha iba dirigida a ella y justo en ese momento, cuando estaban a punto de recibir un espadazo paralelamente, un cuerpo se interpuso entre ellas y el atacante, haciendo sonar espada contra espada—. ¡Elrond! ¡Eres tú! —exclamó la pelirroja.

—Me alegro de veros, guardianas —dijo de espaldas a ellas, contratacando al agresor—. Pero no es un buen momento. —Y tras soltar un grito de esfuerzo, le rasgó el cuello al atacante.

Teodora y Amira se giraron al ver que las atacaban. Impidiendo el paso de una espada enemiga hacia ella, Teo la bloqueó con su arco. En un movimiento rápido, le dio una patada al elfo atacante, sacó una de sus flechas y se la lanzó a la cabeza. Este cayó rendido al suelo, pero vinieron otros. Amira se sacó un cuchillo de la bota y le rasgó el brazo a un nuevo atacante. Y contra la espalda de Elrond, siguieron evadiendo y defendiéndose de todos aquellos que las amenazaban con la muerte. Aran, el elfo de cabello rubio oscuro amigo de Elrond que también los acompañó en la travesía, llegó a su lado. Clavándole la hoja de la espada por la espalda al que ahora amenazaba a Elrond, se unió a ellos. A lo lejos, Laila aún cabalgaba sobre Luna. Vista a cámara lenta, se mecía sobre el viento con fiereza. La mirada esmeralda clavada en sus enemigos y la espada empuñada con fuerza. Una flecha amenazó a la rubia, y Teo vio cómo su amiga se dejaba colgar de un lado del caballo para esquivar la flecha enemiga y, acto seguido, le propinó un espadazo al que lanzó aquella flecha. Boris pasó por su lado; cabalgaba rápido con Tom subido tras él en el caballo. Iban en dirección a la casa del brujo cuando Boris degolló con un hacha a uno de sus atacantes. Desaparecieron de inmediato.

—¡Teo! —Shaun, a lo lejos, avanzaba hacia ellas mientras esquivaba ataques y se defendía de otros. Teodora lo miraba desde

lejos. Lo seguían Ethan y Nathalia, que también estaban haciendo lo posible por sobrevivir.

—¡Ah! —exclamó Teodora cuando sintió un corte en el brazo, pero no tuvo tiempo de lamentarse: al igual que Amira, se sacó un cuchillo de la bota y se lo clavó al orco que tenía al lado. Le salpicó sangre negra; cosa que no fue agradable.

—Teo. —Shaun consiguió llegar a ella y le acunó el rostro—. ¿Estáis bien?

—Sí —asintió a duras penas—. Boris se acaba de ir con Tom.

—Tenemos que irnos —dijo Elrond, aún de espaldas a las chicas, defendiéndose—. Esto ya no tiene remedio.

—¡No pienso irme! —exclamó Laila de golpe, que llegó a su lado en caballo—. No hasta que se vaya cada uno de esta escoria. —Y tras decir aquello, empezó a cabalgar rápidamente para seguir defendiendo su poblado.

—Tenéis que poneros a salvo —añadió Shaun.

—Podemos luchar —dijo Ethan, que se vio obligado a degollar a otro atacante.

—Ya sé que podéis, pero ahora mismo ya no sirve de nada.

Y de pronto, Amira gritó al verse arrastrada por un orco. La tenía agarrada de la capucha y se la llevaba lejos, sin miramientos.

—¡Amira! —Ethan corrió tras ella.

A la velocidad de un rayo, los pies del guardián retumbaron sobre el suelo con fuerza y se acercaron lo suficiente hasta subir a un muro con agilidad y saltar hacia el orco enemigo que la arrastraba. Saltó con la espada en mano, apuntando hacia abajo. Ethan soltó un grito de guerra al caer encima del orco, clavándole la espada y dejándolo postrado contra la tierra. Amira se levantó torpemente, sobresaltada. Al sacar la espada de aquel cuerpo de orco, ahora inerte, Ethan se abalanzó hacia ella y le puso la mano tras la nuca. Acercó a Amira a su cuerpo y la abrazó, pegando frente con frente.

—¿Estás bien? —le dijo, mirándola atentamente, y Amira asintió. Ethan volvió a acercarla a él y le dio un beso sobre la coronilla.

—¡Te vas a enterar! —exclamó de repente Nathalia, que se había abalanzado sobre un atacante por la espalda; uno que ahora atacaba a Elrond y también a ella.

Nathalia sacó todo su genio y no se detuvo hasta desnucarlo. Al caer ese otro cuerpo al suelo, hiperventiló agitada. Sin embargo, la guardiana se quedó pasmada mirando lo que había hecho; tardó en reaccionar. Al levantar la mirada, todos los ojos estaban sobre ella.

—Era eso o morir —se defendió.

Era lo que tenían las guerras, que te forzaban a hacer cosas espantosas.

—Venga, ¡vámonos! —exclamó Shaun, moviendo al grupo—. Vamos a la casa de Tom, con un poco de suerte los encontraremos.

Teodora agarró la mano de Shaun y lo siguió mientras corrían. Sus compañeros iban tras ellos; Elrond y Aran los acompañaban. Sus pies corrieron sin detenerse. Esquivaron ataques, Amira se tapó la nariz con el antebrazo para evitar respirar el humo del fuego prendido que avanzaba a gran velocidad por el poblado. Al llegar a la plaza central de Lejre, un enano violento se abalanzó sobre Shaun, pero el elfo lo apartó. Justo cuando creían que avanzaban, otro enano atrapó a Teodora y la arrastró a un lado. Antes de que pudiera reaccionar, un orco la sujetó del pelo y la tiró al suelo. Teodora gritó por el impacto.

—¡Teodora! —exclamó Shaun, que quiso ir a por ella, pero unos atacantes se interpusieron en su camino.

—¡Atadla! —exclamó uno de los antipactistas.

Y de pronto, otro orco agarró a Ethan por el cuello y lo tiró al suelo, al lado de Teodora. Mientras se removía para impedir que la ataran, le amordazaron la boca, también a su compañero. Amira no tardó en caer y Nathalia luchaba sin parar. Sus gritos se escuchaban de fondo. Y por más que intentaban zafarse de aquellas riendas que los retenían, era imposible.

—¡Recordad que hay que llevarlos vivos! —exclamó un enano.

Teodora lo miró desde el suelo y recordó a Adrus, el jefe de los enanos. Una escisión en un pueblo que antes estuvo unido; una división absurda por unos ideales que poco contribuían a aquello por lo cual aseguraban su lucha. En nombre de Dios o en nombre de la Madre Tierra, ¿quiénes eran ellos, sean de la raza que sean, para atentar contra la vida de un ser, humano o no? Ya se habían librado

demasiadas batallas en nombre de Dios, pensaba que en Dôr o Gwaith era distinto… pero no.

¿Acaso había un elemento en común que los unía?

—¡El ego! —La voz de Tom gritó desde el otro lado y, de repente, una oleada de fuerte viento tumbó a sus enemigos.

Teodora y los guardianes tuvieron que girar su rostro hacia el lado opuesto. Shaun, que se había caído al suelo junto a los otros debido al ataque de Tom, se levantó deprisa y desató a Teodora.

—Vamos, ¡rápido! —exclamó.

Y mientras Tom agotaba cada gota de energía que le quedaba, Boris lo defendía a su espalda. Cuando estuvo desatada, Teodora también desató a sus compañeros y echaron a correr de nuevo. Nunca le había costado tanto recorrer tan solo unos pocos metros de distancia. De repente, un golpe seco se escuchó detrás de ellos. Al girarse, Nathalia estaba en el suelo; había tropezado. Antes de que pudiera levantarse, un antipactista avanzaba hacia ella por detrás.

—¡Nathalia! —exclamó Teo.

Y justo cuando iba a atacarla, apareció Laila todavía montada en Luna. La elfa le clavó la espada al atacante y se detuvo frente a Nathalia.

—¡Vamos! —exclamó, ofreciéndole la mano.

Nathalia no tardó en agarrársela y, de un impulso, subió en la yegua detrás de Laila. La rubia empezó a cabalgar mientras Nathalia rodeaba su torso con fuerza. Siguieron recto y, allí, a unos metros, por fin estaba la casa de Tom. El brujo le había puesto una protección que impedía cualquier tipo de ataque.

Ya estaban, ya casi estaban. Un paso tras otro a ritmo frenético; la mano de Teodora agarrada a la de Shaun.

—¡Mi hijo!

Una mujer gritó tras ellos. Al girarse, Teodora vio que la mujer tenía una gran mancha roja a un lado del torso. La acompañaba un niño, un pequeño de unos siete años humanos de edad. Teodora se detuvo en seco y Shaun se vio obligado a detenerse junto a ella. Y como a cámara lenta, la mano de la guardiana se deslizó hasta soltar su agarre. Se dirigió hacia la mujer y el niño sin dudarlo. Para

cuando llegó a su lado, la mujer cayó con las rodillas al suelo, aun agarrándose el torso con las manos ensangrentadas.

—¡Mamá! —exclamó el niño agachándose a su lado.

—Pon a salvo a mi hijo, por favor. —Su mirada, triste y apagándose, suplicó a la guardiana.

—¡No, mamá!

—Caleb, por favor. —La mujer agarró a su hijo del brazo—. Ve con ellos, yo estaré bien. —Trató de sonreírle mientras el sudor le cubría el rostro y su respiración se entrecortaba.

Shaun llegó a su lado, le puso una mano en el hombro a Teodora. Sin darse cuenta, de los ojos de la guardiana brotaban lágrimas como un río desbordado. De repente, el cuerpo de aquella mujer cayó al suelo con los ojos abiertos, sin vida.

—¡No! ¡Mamá! —exclamaba el niño, que trataba de despertar a su madre—. ¡Mamá! —Abrazó el cuerpo inerte de la mujer.

—Caleb. —Por un instante, la voz le tembló—. Caleb, me llamo Teo. Ven conmigo —dijo acercándose al niño. Se puso de cuclillas a su lado.

—¡No! ¡Mamá! —El niño lloraba sin cesar, aferrándose al cuerpo sin vida de su madre mientras intentaba zafarse del agarre de la guardiana.

—Vamos, Caleb. Estarás bien.

—¡No! —exclamó, pero Teodora le acunó el rostro y lo obligó a mirarla.

—Caleb, escúchame —dijo, temiendo romperse en llanto de nuevo y que su voz se entrecortara. No podría permitírselo, debía ser fuerte por aquel niño—. Tu mamá está bien, está en los brazos de la Madre Tierra. —Los grandes ojos marrones del niño, clavados en ella, casi la intimidaban. Su rostro estaba húmedo y sus lágrimas enrojecían aquella mirada—. Ya la has oído, tienes que venir con nosotros. Mira —le sostenía de los brazos con cariño mientras se le escapaba alguna lágrima—, yo me llamo Teodora y él es Shaun —añadió señalando a Shaun con la cabeza, el elfo intentó sonreírle para calmarlo— y tenemos muchos amigos más que te puedan contar muchas aventuras. —Hizo un esfuerzo por sonreír mientras se le saltaban las lágrimas—. ¿Te gustaría?

Estaba claro que nada de aquello sería suficiente para convencerlo, no cuando acababa de ver morir a su madre. El pequeño la miraba con duda. Quiso mirar hacia atrás, hacia el cuerpo inerte de su madre, pero Teo lo agarró del mentón, devolviéndole la mirada hacia ella.

—Dime, Caleb, ¿harías esto por tu madre? ¿Eres valiente? —El pequeño elfo se sorbió la nariz y asintió después de secarse con el antebrazo—. Bien, pues vamos.

Teodora se levantó y le dio la mano. Caleb se la tomó con cuidado, pero justo cuando la guardiana iba a seguir adelante, el niño volvió a zafarse de su agarre y se aferró una vez más al cuerpo sin vida de su madre.

—Teo, tenemos que irnos —dijo Shaun—. Ya. —Miró alrededor, todavía sosteniendo la espada con firmeza por la empuñadura, preparándose ante cualquier ataque.

A su alrededor, el caos y la destrucción seguían consumiendo aquello que una vez estuvo vivo. Era como un Sodoma y Gomorra provocado por las manos y las mentes de aquellos que no eran ni Dios ni la Madre Tierra, sino un fractal de las entidades por las que decían luchar.

—Vamos, Caleb. —Teodora lo agarró del brazo y Caleb soltó un gritó desgarrador.

—¡No! ¡Mamá! ¡Mamá!

«Mamá», gritaba. La energía femenina que lo protegía ya no estaba allí, presente en vida. De repente, mientras miraba atrás y observaba cómo Shaun, agachado en cuclillas, le cerraba los ojos a su madre, Caleb se dejó llevar por Teodora. Ambos corrieron hasta llegar a casa de Tom. Shaun se adentró tras ellos y cerraron las puertas. Caleb, con la mirada propia de un cabrito asustado, miró a todos los allí presentes con desconfianza. Y de pronto, escondió su rostro en el torso de Teodora. La pelirroja le acarició el cabello y le besó la coronilla mientras las lágrimas caían por sus mejillas. No conocía de nada a aquel niño, pero sintió un dolor estremecedor y unas ganas de tremendas de protegerlo.

Caleb había perdido a una madre, pero había encontrado otra energía femenina protectora.

Y cuando por fin se dio cuenta, Teodora vio a un par de figuras conocidas frente a ellos. Una mirada celestial, la figura imponente de una reina sabia: Erulissë. A su lado, la acompañaba Caelan, su fiel consejero y brujo.

—Majestad —le tembló la voz y se limpió el rostro con el dorso de la mano—, ¿cómo ha…?

—Hay caminos invisibles a los ojos ajenos, guardiana —dijo—. ¿Y quién es este muchacho?

Al decirlo, el rostro de Caleb se dejó mostrar ligeramente ante todos.

—Se llama Caleb y ahora es nuestro amigo. —Teodora le sonrió, mirándolo fijamente—. Caleb, te presento a Erulissë, la Reina.

La Reina avanzó unos pasos hasta estar cerca del chico. Se agachó ante él en un símbolo de paz y respeto. Una reina agachada frente a un pobre muchacho huérfano. No había duda de que era una buena reina que solo se agachaba ante aquellos que lo merecían. Le alzó el mentón y, con un tierno gesto, le acarició la mejilla.

—Caleb, ¿te gustaría ver un palacio? —El niño se limpió el rostro con el antebrazo y se encogió de hombros—. ¿Y te gustaría venir conmigo? —En silencio, miró hacia detrás de la Reina, por encima de su hombro. Dirigió la mirada hacia todos los guardianes—. Oh, tranquilo. Yo también acabo de conocerlos, pero Teodora también es amiga mía. Así que… ¿te gustaría venir conmigo a través de un portal mágico?

Al decir aquello, Teodora miró de forma cómplice a Tom. Por su lado, Tom le devolvió la mirada, pero no dijo nada. De repente, Caelan dio unos pasos hacia atrás y empezó a hacer unos movimientos en circular con los brazos. Sus piernas se flexionaban ligeramente y una gran luz los cegó: un portal se abrió ante ellos. No era como el portal de las guardias; este tenía un marco de nebulosa violeta rodeada de oscuridad que parecía abarcar todo el Universo y, al fondo, un camino de estrellas dispersas.

—Venid conmigo, aquí no tenéis nada más que hacer —dijo la Reina, levantándose.

Sin decir nada, Caelan se puso al lado de Erulissë y les cedió paso.

—Pero, ¿y Laila? ¿Y Dylan? —añadió Amira—. Laila se ha quedado…

—Se ha marchado —la interrumpió Nathalia—. Me ha dicho que iba a casa de Shaun, con su familia y con Dylan. Sabía que Erulissë estaba aquí.

Amira miró a la Reina con sospecha.

—Vendremos a por ellos. No te preocupes, guardiana. —Erulissë se limitó a asentir con compasión.

—¿Y Elrond y Aran? —preguntó Teo.

—Han decidido quedarse por ahora —dijo Ethan y Teo asintió.

El primero en cruzar el portal fue Tom. Dando unos pasos al frente, miró a la Reina y asintió. De pronto, su cuerpo se vio absorbido al cruzar al otro lado.

«¿Qué habrá al otro lado?», pensó Amira.

—El palacio —dijo Caelan, mirándola.

—¿Cómo?

—He respondido a tu pregunta.

—Ah, ya —asintió la guardiana—. Todo eso de las conexiones mentales… vale. —Frunció los labios.

Ethan y Amira fueron los siguientes; los siguió Nathalia. Y después, Teodora se preparó. Caleb no dejaba de abrazarla, aferrándose a su torso, así que con un brazo lo rodeaba y con la otra mano sostenía la de Shaun. Al pararse frente al portal, ambos se miraron. Los ojos azules de Shaun sobre ella; alzó su mano y le plantó un beso en la piel. Y al asentir mutuamente, dieron un paso al frente sin separarse de Caleb.

Por primera vez, ambos fueron engullidos juntos por un portal desconocido.

15
Incertidumbre

Al llegar, frenaron en seco para no caer de bruces al suelo. Caleb miró alrededor, sorprendido y sin separarse de Teodora. Estaban en mitad del salón del trono, allí donde habían visto por primera vez a la Reina. Su viaje por aquel nuevo portal había sido rápido y también se había sentido… diferente.

A su lado, Shaun cruzó una mirada cómplice con la guardiana. Por primera vez, habían viajado juntos por un portal desconocido.

—Por la Madre Tierra, esto es enorme —añadió Nathalia, mirando ensimismada a su alrededor.

—Lo es. —La voz de Erulissë apareció tras ellos junto a Caelan y el portal se cerró a su espalda.

—Tenía entendido que estaba prohibido lo de los portales para los brujos —dijo Amira, mirando a Tom en busca de una explicación.

—Querida, soy la Reina —la interrumpió Erulissë—. Yo hago que se cumplan esas leyes al servicio del Pacto, pero esta era una ocasión excepcional. Lamento que tengamos que conocernos en estas circunstancias, guardianes —añadió mirándolos a todos intercaladamente—. Cuando recibimos la carta de Tom —Erulissë señaló a Tom con la mirada—, ni siquiera dudamos. Vinimos lo antes posible, pero hemos encontrado una situación… crítica. Mucho me temo que las cosas también han cambiado por aquí desde la última vez que estuvisteis. —Miró esta vez a Shaun y a Teodora, y su mirada viajó a sus manos entrelazadas—. Me alegro que, por lo menos, surgieran buenos frutos en vuestra travesía —añadió mirando a Teodora; una mirada cómplice que solo la guardiana entendió—. Bueno, será mejor que vayáis a reponeros de esta

tragedia. Mis guardias os acompañarán a vuestras habitaciones. —Al decirlo, un par de guardias avanzaron a su lado y Erulissë volvió la mirada a Caleb—. Dime, Caleb, ¿te gustaría tener una habitación grande para ti solo?

Caleb la miró con duda, pero negó con la cabeza y siguió aferrándose a la cintura de Teodora. No se había despegado de ella ni un solo segundo, era como si temiese hacerlo.

—¿Y qué pasa con Laila y con Dylan? —Nathalia miró fijamente a la Reina.

—Prometo que mañana a primera hora podréis regresar, pero no es seguro que volváis. No todavía.

—Pero Laila…

—Estará bien, guardiana —la interrumpió Caelan esta vez, como si estuviese leyéndole la mente—. Estarán bien si se mantienen lejos del poblado. —El brujo miró a Shaun, como si estuviera deduciendo que su casa, allí donde se encontraba Dylan junto a Laila y su familia, estuviera lejos de Lejre.

—Ahora necesitáis descansar para lo que os espera de ahora en adelante. —Erulissë dijo aquello con determinación, mirando a todos los presentes hasta que su mirada se detuvo en Caleb de nuevo—. Entonces, ¿qué me dices, Caleb? ¿Te gustaría una habitación grande para ti?

Y de nuevo, el pequeño negó con la cabeza. Miraba a todos con desconfianza y no dejaba de aferrarse a la cintura de Teodora. La guardiana, sosteniéndolo por los hombros, lo miraba con tristeza… y cierta lástima.

—Dormirá conmigo, Majestad. —Teodora miró a la Reina—. No se preocupe, pero gracias —agradeció con una sonrisa mientras seguía acariciando el cabello de Caleb.

—Como queráis. En ese caso, buenas noches, guardianes. —Se dirigió a todos ellos—. Mañana ya haremos las debidas presentaciones. Descansad.

—Gracias, Majestad. —Teodora y Shaun hicieron una reverencia. El resto de guardianes, estupefactos por aquello, trataron de imitar el gesto de forma cohibida.

Siguieron a los guardias hacia el pasillo. Teodora caminó por aquel suelo de mármol blanco, reviviendo viejos recuerdos. El camino lo hicieron en silencio, acompañados por el propio retumbar de sus pasos; estaban exhaustos. Subieron las escaleras que una vez, en el pasado, ya habían subido y llegaron por fin a la habitación. Detrás de aquella puerta, se escondía la misma habitación en la que se había hospedado la vez anterior.

Shaun y Teodora les dieron las buenas noches al resto de guardianes y se adentraron en la habitación junto a Caleb. Teodora, con Caleb todavía aferrándose a ella, se acercó a la cama mientras Shaun cerró la puerta tras él.

—Vamos, Caleb. A dormir —le dijo al niño.

Todavía no sabía cómo gestionar aquello, pero sabía que no podían dejarlo solo. Habían pasado apenas minutos de lo ocurrido y Caleb seguía sin despegarse de ella. Solamente cuando Teo se sentó sobre el borde de la cama, el pequeño se tumbó sobre el colchón. Teodora le apartó las sábanas y le quitó aquellos sucios y destrozados zapatos de tela marrón.

—Tranquilo, todo estará bien —dijo, acariciándole el cabello. Caleb tenía la mirada perdida, fija en un punto inconcreto al frente—. Nos tienes a nosotros, ¿vale? —añadió, pero el pequeño elfo no respondía—. Intenta descansar.

Y mientras lo acariciaba, Caleb cerró por fin los ojos y se dejó arropar por Teodora, que seguía sin despegarse de su lado. La guardiana le acariciaba el cabello mientras observaba el rostro de aquel pequeño desconocido. No sabía cómo gestionarlo, pero no iba a dejarlo solo. ¿Cómo iba a hacerlo cuando hacía unos minutos acababa de ver morir a su madre? Una lágrima se le escurrió por la mejilla mientras lo observaba; los párpados del niño pesados por el cansancio, comenzaban a cerrarse.

Al otro lado de la cama, Shaun se quitó la camiseta y se descalzó. Y de pronto, la respiración del niño hacía que su pecho subiera y bajara, estaba dormido.

—No irás a dormir en el suelo esta vez, ¿no? —le dijo Teo.

—No —sonrió Shaun ligeramente con la mirada cansada—, claro que no —dijo al tumbarse al lado del niño.

Caleb estaba entre ambos y Teodora lo miraba fijamente. Sin poder evitarlo y mientras le acariciaba la punta de aquellas pequeñas orejas puntiagudas, otra lágrima le resbaló por la mejilla. Shaun se giró sobre el colchón y le puso la mano en el rostro, limpiándole las lágrimas. Teodora lo miró fijamente.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos dejarlo solo.

—Y no lo haremos, pero ahora mismo no es momento de pensar en soluciones.

—¿Crees que Dylan y Laila estarán bien? Dylan es especial —se encogió de hombros—, él se pone nervioso con los cambios.

—Estarán bien, mañana los iremos a buscar. Y Laila sabe defenderse, a ella y a cincuenta hombres más. —Le sonrió ligeramente.

Se quedaron en silencio mientras Teodora observaba un corte que tenía Shaun sobre el pecho. Puso su mano sobre el pecho del elfo y le acarició el borde del corte.

—No es nada, tranquila. —Le agarró la mano y posó un beso sobre ella—. ¿Tú estás bien? —Con la mirada, señaló el corte que tenía Teo en el brazo.

—Sí, no es nada. —Por suerte, era superficial.

—Bueno, vamos a intentar descansar… como se pueda —dijo Shaun.

—Sí. —Teo asintió y se tumbó al lado de Caleb—. Aunque dudo que pueda dormir. Hace nada estábamos durmiendo en casa…

—Sí… yo tampoco creo que pueda. —Shaun pasó de mirar al techo a mirarla a ella.

Por encima del hombro del niño, ella y Shaun se miraban fijamente.

—Te quiero —le dijo el elfo.

—Y yo a ti. —Teodora sonrió débilmente.

Y después de cerrar los ojos, tras un buen rato, por fin se quedaron dormidos.

ൠ

Al despertarse, Teodora se encontró con la mirada de Caleb. Tenía los ojos abiertos, cristalinos y fijos en un punto incierto del ventanal

detrás de la espalda de Teo. Shaun, al otro lado de la cama, dormía dándoles la espalda.

—Hola, Caleb. —Le sonrió, intentando conectar con él de alguna forma—. ¿Has dormido bien?

Silencio. Caleb desvió la mirada del ventanal para mirarla fijamente a ella, pero no habló. Teodora le puso una mano en el cabello y lo acarició hacia atrás.

—¿Quieres darte un baño calentito? Seguro que la Reina nos ha preparado un gran desayuno.

Nada, silencio.

—¿Tienes hambre? —Al preguntarlo, Caleb asintió ligeramente con la cabeza—. Pues venga, vamos a darnos un baño primero. ¿Quieres?

Caleb se encogió de hombros sin mucho interés.

Teodora se reincorporó de la cama y se levantó. Y tendiéndole la mano, el pequeño se levantó y le agarró la mano a Teo. Sus pies descalzos caminaron en silencio hasta adentrarse al baño. Teo cerró la puerta tras de sí, no sin antes dirigir una mirada rápida hacia Shaun, que seguía durmiendo.

Primero llenó la bañera de agua tibia. Después, Caleb alzó los brazos y Teodora le quitó la camiseta. Aquel niño tenía las costillas marcadas y roña sobre la piel. Se le notaba la desnutrición y la falta de alimento, y esperaba poder recompensárselo. A la guardiana se le encogió el corazón y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no echarse a llorar allí mismo, frente a él. Al principio, pensó que quizá le daría vergüenza desnudarse ante ella, pero Caleb seguía en silencio, sin expresión alguna. No lo culpaba: había perdido a su madre; había quedado desamparado. Y mientras el pequeño estaba en la bañera y Teo le frotaba la espalda con un cepillo y jabón, pensó en que no tenían ropas limpias.

De repente, un par de golpes en la puerta.

—Teo, ¿puedo pasar?

Era Shaun, se había despertado.

—Sí.

En ese momento, a la vez que le enjabonaba el cabello, Shaun abrió la puerta y los observó.

—Han dejado esto fuera, creo que es para Caleb. —Les mostró un pequeño montón de ropa perfectamente plegada—. También nos han dejado algo de recambio.

—Erulissë está en todo. —Sonrió—. Gracias, déjalo ahí —dijo, señalándole el lavamos con el mentón—. Ahora salimos.

—Vale, ¿todo bien? —Shaun la miró con complicidad. Teo asintió.

—Sí, todo bien. —Sonrió.

Y sin decir nada, Shaun le devolvió la sonrisa y cerró la puerta al salir.

Después de ayudar a Caleb a bañarse, agarró una de las toallas limpias y la tendió frente a él. Caleb se levantó de la bañera y se dejó rodear con la toalla; estaba temblando.

—Hace un poco de frío, lo sé. —Teo se agachó de cuclillas frente a él, ayudándolo a secarse—. Pero ya está. —Le sonrió.

Lo ayudó a vestirse: una camisa de algodón de color azul marino, unos pantalones negros y unas botas de media caña marrones. Con los dedos, le peinó el cabello todavía húmedo y, cuando estuvo listo, abrió la puerta.

—Listo, ¿has visto qué guapo? —dijo justo cuando Shaun los miraba salir.

—Caleb, qué guapo —añadió Shaun—. Yo también quiero esa camisa.

Shaun y Teodora se miraron de nuevo, ambos sonrieron. Y mientras Teodora se daba un baño, Caleb se quedó sentado en el borde de la cama, en silencio. Al salir, se encontró con ambos jugando a un juego de manos: con un cordón de la bota, Shaun había hecho un círculo a modo de hilo largo y reían mientras jugaban a hacer formas.

—¡Anda, una escoba! —añadió Shaun y Caleb, por primera vez, rio.

—Veo que os lo estáis pasando bien.

Ambos la miraron y Shaun sonrió.

—Sí, pero creo que te toca a ti. —Se levantó—. Caleb, enséñale a Teodora. ¿Te cuento un secreto? Ella no tiene ni idea —dijo a modo de susurro, pero Teo se cruzó de brazos al escucharlo.

—Bueno —se acercó a los dos—, seguro que Caleb será mi maestro. —Le sonrió.

—Voy a bañarme.

—Vale. —Y tras decirlo, Shaun la besó en los labios.

Teodora se quedó jugando con Caleb. A pesar de que no pronunciaba palabra, le seguía el juego. Y justo cuando Shaun salió, ya limpio y vestido con una nueva muda, los tres abandonaron la estancia.

Caleb bajaba las escaleras sin soltarle la mano a Teodora y Shaun caminaba tras ellos, custodiándolos. Al llegar al comedor, todos los guardianes ya estaban despiertos. Se escuchaban sus voces hablar en silencio y Boris estaba devorando unas tostadas con mantequilla.

—¡Shaun, Teo! —los saludó Amira al verlos entrar.

—Hola, Caleb. —Le sonrió Ethan.

Caleb caminaba agarrado de la mano de Teo sin soltarse.

—Hola, chicos. —Les sonrió Teo.

Ethan apartó la silla que había a su lado, cediéndoles el sitio.

—Ven, Caleb. Siéntate aquí —lo invitó.

El pequeño levantó la vista hacia Teodora sin decir ni una sola palabra, esperando su aprobación.

—Sí, ven. —Teodora caminó hacia la silla y Caleb se sentó por fin, aunque cohibido, al lado de Ethan—. Mira, ellos son Ethan, Amira, Boris y Nathalia —dijo la guardiana, presentándole a sus compañeros—, son nuestros amigos.

—Bienvenido, Caleb. —Le sonrió Amira.

Teodora y Shaun se sentaron a su lado. Caleb, por su parte, se quedó fijamente mirando la comida que había repartida por toda la mesa: fruta diversa, zumo de naranja, tostadas recién hechas, mantequilla, bollos de miel, pan lembas… Lo devoraba todo con la mirada, pero no se atrevía a tomar nada. Al verlo, Teodora le tendió uno de los bollos.

—¿Te gusta el zumo? —El niño asintió tímidamente.

Sin decir nada más, Teodora le puso un poco de todo en el plato y le sirvió zumo en un vaso. Caleb no tardó en comérselo con ansias. Al lado de Teo, Shaun le puso una mano sobre el muslo y sonrió a la guardiana al cruzar las miradas. Teodora le devolvió la sonrisa.

—¿Y Tom? —preguntó de repente la pelirroja.

—Creo que se ha quedado dormido —respondió Nathalia—, aún no lo hemos visto.

—Me alegra veros vivos y enteros, guardianes.

Una voz reconocida les interrumpió el desayuno. Al levantar la vista, Aritz entraba por el gran portón del comedor. Lucía una camiseta negra de manga larga estrecha que marcaba sus músculos y unos pantalones largos, también negros. Al verlo allí de pie, frente a ellos y en buena forma, Teodora se dejó llevar y, por acto reflejo, echó la silla hacia atrás, levantándose de golpe y caminando a paso ligero con una sonrisa hacia él.

—Aritz —dijo con alegría; le brillaban los ojos. Sus pies dejaron de caminar para correr y acortar la distancia que los separaba.

No lo dudó: se abalanzó sobre él y lo abrazó, aliviada de verlo con vida. Aritz la rodeó con sus brazos y cerró los ojos al abrazarla.

—Estás vivo. —Teodora se separó unos centímetros para mirarlo; Aritz la seguía tomando por los brazos.

—Claro que lo estoy —la miró fijamente a los ojos con una amplia sonrisa—, mala hierba nunca muere —dijo con ironía.

—Aritz. —Boris también se acercó.

—Boris, chaval. —Le dio una palmadita en el hombro y lo acercó a él para abrazarlo.

Todos se acercaron a Aritz y lo abrazaron. Sin embargo, la mirada del Capitán recayó en Teodora; no dejaba de mirarla.

—Hola, Capitán. —Shaun se acercó y le tendió la mano.

—Shaun, cuánto tiempo. Llámame Aritz, aquí no soy capitán de nada. —Le estrechó la mano, sonriéndole.

—¿Cómo conseguiste salir de allí? —preguntó Teo—. ¿Qué ha pasado con la Guardia Oficial?

—Cuando os fuisteis se retiraron muchos de los antipactistas. Por suerte, y aunque fue duro, conseguimos detener a varios de ellos. Hemos tenido muchas bajas, pero algunos conseguimos salvarnos.

—¿Y Finrod? —preguntó Ethan.

—Está bien, está aquí en Dôr o Edhel con Saori. Por cierto, me han dicho que ayer tuvisteis una buena batalla.

—Sí… fue horrible —dijo Amira.

Teodora volvió la vista hacia atrás y miró a Caleb. Seguía sentado en silencio mientras balanceaba sus piernas y se comía una tostada con ansias.

—Caleb, ven —le dijo—. Te voy a presentar a otro amigo.

Caleb los miró y se levantó, caminando hacia ellos con timidez. Cuando llegó junto a Teo, miró a Aritz mientras la guardiana le ponía las manos sobre los hombros.

—Aritz, te presento a nuestro nuevo amigo, Caleb. Caleb, este es Aritz.

—Hola, Caleb. —Aritz se agachó de cuclillas frente a él—. ¡Uy! A ver qué tienes aquí. —Con el pulgar, le retiró restos de mermelada que tenía en la barbilla y después le puso una mano sobre la oreja. Con los dedos, simuló sacar algo de la oreja del pequeño elfo—. Anda, ¡una moneda! —Le mostró de repente una moneda de oro—. Toma, para ti. —Caleb lo miró de forma cohibida y sonrió ligeramente, agarrando la moneda aún con timidez.

Aritz le sonrió y se levantó, revolviéndole el cabello.

—Veo que os habéis reencontrado con mi sobrino. —La voz de la Reina habló tras ellos, la acompañaba Caelan.

Todos la miraron con el ceño fruncido e intercalaron la vista entre Erulissë y Aritz.

—Perdón, Majestad —habló Teo—, ¿su sobrino?

Al mirar a Aritz, el Capitán puso los ojos en blanco en un gesto de indiferencia.

—Sí —asintió la Reina—, Aritz es mi sobrino. Pensé que lo sabíais.

Todos los guardianes lo miraron con sorpresa.

—¿Y eso qué más da? —Aritz dio dos pasos al frente, mirando con reprobación a la Reina que, al parecer, era su tía—. Soy Capitán y un amigo, ante todo. —Miró a los guardianes y les sonrió.

—Bueno, ¿habéis descansado bien? Caleb, ¿has dormido bien? —le sonrió la Reina y Caleb no dijo palabra alguna—. Caelan —llamó a su consejero.

—¿Sí, Majestad?

—¿Por qué no llevas a Caleb a conocer el invernadero de Arnin? Seguro que le gustarán esas plantas traviesas.

—Claro, con mucho gusto. —Caelan miró a Caleb, regalándole una sonrisa.

Pero el chico no dio ni un paso y, en su lugar, se volvió a aferrar a la cintura de Teodora.

—Caleb —Teo se agachó a su lado—, está bien. Son amigos. ¿Qué te parece si vas con Caelan y así luego me lo enseñas todo? —Caleb la miró no muy convencido—. Yo hablaré unas cosas con la Reina y luego nos veremos, te lo prometo. ¿Sí? —Sin estar del todo convencido, Caleb asintió y Teo se levantó—. Venga, ve con él.

Y poco a poco, Caleb soltó su agarre y caminó hacia Caelan, sujetando la mano que el brujo le tendía.

—Ya verás que te gustará, Arnin tiene muchas plantas mágicas —le decía Caelan a medida que avanzaban, pero Caleb miraba hacia atrás; su mirada seguía clavada en Teodora. Y Teo le sonrió hasta que, por fin, los dejaron atrás.

—Estoy preocupada por él —dijo en voz alta—. No pronuncia palabra desde que… —negó con la cabeza al recordarlo—, perdió a su madre delante de nosotros.

—Antes de morir, su madre nos suplicó que lo cuidáramos —continuó Shaun, explicándoles a los demás.

—Y no podemos dejarlo solo —justificó Teo—, es un niño.

—Aquí estará a salvo —habló Erulissë—. Todavía es muy reciente, pero con la compañía y la educación adecuadas, se repondrá.

—Al lado de mi tía, no le quedará remedio. —Sonrió Aritz—. ¿Verdad, Erulissë? —La miró con ironía.

—Exactamente. —Erulissë frunció los labios, mirando a su sobrino con orgullo.

Teodora intuyó una vibra extraña entre ambos.

—Vaya —Tom apareció de repente, entrando al comedor con una larga gabardina negra y sus botas camperas resonando por la estancia—, veo que me he perdido algo —dijo estupefacto al ver a Aritz y a la Reina parados frente a ellos.

—Tom, ¿dónde estabas? —preguntó Shaun.

—Me he quedado traspuesto —dijo con indiferencia—. Ayer agoté mucha energía.

—Por favor —habló Erulissë, extendiendo una mano señalando hacia la mesa—, continuad con vuestro desayuno. —Los invitó a sentarse de nuevo—. Creo que tenemos unos asuntos que discutir.

Mientras Aritz y Tom se unían a ellos en el desayuno y Erulissë se sentaba en su extremo de la mesa, Amira tomó la palabra:

—Tenemos que ir a por Dylan y Laila, necesitamos saber si están bien.

—Sí —asintió Boris—, no podemos dejarlos solos.

—Tranquilos. Iréis a por ellos en cuanto acabéis el desayuno si así lo deseáis —Erulissë intervino—, pero antes tenemos que discutir otros asuntos.

—¿Es esto necesario? —la interrumpió Aritz—. Déjales que descansen, ya han pasado por mucho.

—Y más que van a pasar si no ponemos acción ya mismo. —La Reina miró a Aritz con una pizca de enfado y después dirigió la mirada hacia los guardianes—. Tenéis que comprenderlo, tenemos que movernos rápido. Tom —miró al brujo esta vez y Tom alzó la mirada con la boca llena—, quiero que los acompañes a Dôr o Ithron. Caelan llevará a Teodora para discutir el asunto del colgante.

—No pienso dejarla sola —intervino Aritz mirando a su tía con la mandíbula tensa.

—No está sola —respondió Shaun en tono defensivo.

Ambos se miraron fijamente y Teodora los miró intercaladamente con el ceño fruncido hasta que reaccionó.

—A ver, ¿y qué hay de ellos? —dijo señalando con el mentón a sus compañeros guardianes.

—Con que vaya uno de vosotros es suficiente, y dado que tú eres la que ha llevado el colgante todo el tiempo —Erulissë le señaló la amatista con la mirada—, es preciso que seas tú quién vaya. El resto os podéis quedar aquí, a salvo.

De repente, se hizo el silencio.

—Muy bien —añadió Tom, terminando de masticar— y… ¿cuándo partimos?

—Mañana al amanecer.

—¿Mañana? —Tom frunció el ceño, mirando a Erulissë.

—Sí, mañana —asintió la Reina—. Y como no todo son desgracias, hoy se va a celebrar un banquete. Además, tenemos algo que anunciar.

—¿El qué? —preguntó Ethan.

—Eso lo veréis esta noche, guardián. —Erulissë le sonrió.

Sentado frente a Ethan, Aritz comía en silencio, pensativo.

—¡Guardianes!

Otra voz conocida les llamó la atención. Esta vez, por el portón entraron Finrod y Saori. Ambos caminaban con una sonrisa en el rostro al verlos, con el paso firme y sus uniformes de la Guardia Oficial puestos.

«Un momento, ¿por qué Aritz no lleva su uniforme?», pensó Teodora.

—¡Finrod! —exclamó Nathalia con alegría.

La guardiana se levantó a saludarlos y la imitaron el resto de guardianes. Abrazaron tanto a Finrod como a Saori y se alegraron de verlos en buen estado.

—Qué bien veros en buena forma —añadió Amira.

—Sí, no sabíamos si habíais sobrevivido —continuó Boris.

—Pues ya veis que sí, estamos completos. —Sonrió Finrod con orgullo.

—Bueno, casi completos —prosiguió Saori—. Tuvimos varias bajas y muchas cosas van a cambiar.

—Efectivamente —Erulissë se levantó de su silla—, así que poneos en marcha guardianes. Iréis a buscar a vuestros amigos.

ൠ

Caelan había dejado a Caleb con Arnin. Al parecer, él y el druida se avenían y el pequeño estaba descubriendo los secretos más preciados de un druida acerca de la naturaleza. A Teodora la alivió saber que Caleb quedó en buen estado y también en buenas manos.

Y allí, en medio del salón del trono, hicieron un círculo. En él estaban todos los guardianes junto a Shaun, Tom y Caelan. El brujo consejero de la Reina estaba con los ojos cerrados y hacía movimientos con sus manos. De repente, una nebulosa entre

grisácea y morada empezó a aparecer ante ellos, en mitad del círculo.

—Agarraos de las manos —dijo el brujo. Caelan le tendió una mano a Teodora y otra a Amira, y de ellas se agarraron el resto—. Pase lo que pase, no os soltéis.

A unos metros de ellos, frente a las escaleras del trono, estaban Aritz y Erulissë, que los miraban con atención. La mirada de Aritz fija en la de Teodora. Una borrasca se hizo presencia de repente y tuvieron que agarrarse muy fuerte para evitar soltarse de las manos.

—¡No os soltéis! —exclamó Caelan.

Y antes de desaparecer, el rostro de Aritz mirarla fijamente fue lo último que vio Teodora.

ൠ

Llegaron por fin a casa de Shaun. Al aterrizar, Dylan estaba con Alwyn sentados en el sofá. La madre de Laila estaba en la cocina.

—¡Chicos! —Dylan se levantó de repente, feliz de verlos.

—¡Dylan! —Nathalia se alegró de verlo y corrió a abrazarlo.

El pelinegro se dejó abrazar por su compañera y puso la cabeza sobre su hombro.

—Pensaba que no vendríais —dijo con el brillo en la mirada.

—¿Y dejarte a tu bola? —añadió Boris—. Ni lo sueñes —bromeó y lo abrazó.

Al girar Teo la mirada, los ojos azules de Shaun la miraban fijamente. Parecía estar pensativo sobre algo mientras la observaba. Teodora le sonrió y lo agarró de la mano.

—Alwyn, ¿y Laila? —le preguntó entonces al hermano de la rubia.

—Está fuera, con mi padre. —Alwyn señaló con el mentón hacia fuera.

—Bienvenidos de nuevo, guardianes —los saludó la madre de Laila,

—Gracias. —Sonrió Amira—. Y gracias Caelan, por traernos de vuelta.

—No hay de qué, guardiana. —El brujo sonrió y se hizo a un lado, esperando a qué estuvieran listos de nuevo.

—Bueno, vuelvo enseguida. —Tom se apresuró hacia la puerta.

—Tom, ¿a dónde vas? —le dijo Teo—. Tenemos que volver.

—Lo sé, pero no pienso dejar solo a Gus.

—Gus, es verdad. Ni siquiera lo he visto… —Lo recordó con tristeza.

—Pues eso, pienso traerlo conmigo esta vez.

—¿Quién es Gus? —preguntó Caelan.

—Su gato —intervino Shaun.

—No creo que a la Reina…

—Tú déjamelo a mí, Caelan —lo interrumpió Tom—. Conozco bien a Erulissë. Bueno, nos vemos —dijo antes de salir por la puerta.

—¡No tardes! —exclamó Teo—. ¡Y ten cuidado!

—¡Descuida! —exclamó al salir de la casa, ondeando su gabardina al viento.

Tras él, Teo y Shaun salieron en busca de Laila. Y allí la vieron: una melena suelta de rizos dorados que le llegaban casi al final de la espalda. Estaba acariciando el morro de Spirit mientras el padre de Laila ordenaba un montón de paja en el establo.

—¡Laila! —exclamó Teo.

Al oír su voz, Laila se giró hacia ellos y corrió con una sonrisa en el rostro. Se abalanzó sobre Teo y la rodeó con los brazos. Los rizos dorados de Laila cayeron por los antebrazos de Teodora.

—¿Estáis bien? —le preguntó la pelirroja.

—Sí, todo bien. —Le sonrió.

—Me alegro de verte, idiota. —Shaun le revolvió el cabello y la abrazó.

Al ver su hermosa amistad, Teodora sonrió; le gustaba verlos felices.

—Y yo a vosotros. —Laila se separó de Shaun y los miró a ambos —. Pero Lejre ha quedado destrozado. Nos llevará tiempo reconstruirlo todo y… hemos perdido nuestra casa. Hice todo lo que pude para… —Los ojos de Laila se cristalizaron—, para salvarla, pero no pude. No pude, Shaun. —Lo miró fijamente con los ojos llorosos.

—Hiciste todo lo que pudiste, eso es lo que importa. —La elfa apoyó la cabeza sobre el pecho de su amigo y Shaun le frotó el brazo, dirigiendo una mirada cómplice hacia Teodora.

—Claro, no es tu culpa. —Teo le acarició el cabello.

—Chicos, me alegro de veros. —El padre de Laila se acercó a ellos y le puso una mano en el hombro a su hija.

—Laila. —Nathalia apareció de repente.

Ambas se miraron durante unos segundos y a la rubia le brillaron los ojos.

—Nat —dijo con una sonrisa al verla.

Al acercarse, se abrazaron con complicidad y Teo vio en Nathalia, por primera vez, una mirada intensa, tierna y profunda hacia la rubia.

—¿Estás bien? —le preguntó la guardiana y Laila asintió.

—¿Y vosotros? ¿Qué tal con la Reina? —La elfa los miró intercaladamente.

—Bien, pero mejor que hablemos dentro. —Shaun señaló con el mentón la puerta de su casa.

Todos asintieron y el padre de Laila dejó la horquilla a un lado del establo antes de entrar a la casa y cerrar la puerta tras ellos.

Al entrar, Laila se acercó a su hermano, que estaba de pie al lado de Dylan, y le revolvió el cabello. Alwyn se apartó y la miró con una mirada de protesta y la rubia apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermano. Alwyn, a pesar de ser un elfo adolescente, la superaba en altura y se notaba a leguas de distancia lo mucho que Laila lo quería.

—Shaun —la madre de Laila los miró, entrando al salón—, siento que hayamos invadido tu casa.

—No, por favor. —Shaun negó con la cabeza, restándole importancia—. No tenéis que sentirlo. Además, a mi madre le hubiese gustado. —Sonrió.

Teodora sonrió mientras lo miraba; no podía evitar acordarse de Espe. Y en un gesto de cariño, le agarró de la mano y le entrelazó el brazo, posándole un beso sobre el hombro. Shaun le sonrió.

—Tenemos que hablar —dijo Teo para todos.

Ethan se sentó en el sillón y Amira se acomodó sobre su pierna. Mientras les prestaban atención a sus compañeros, Ethan le puso una mano sobre la rodilla. A su lado, de pie al lado de Nathalia y Laila, Dylan los miraba con expectación.

—Bueno, la Reina nos ha pedido que nos quedemos con ella, en el palacio —continuó Teodora—. Mañana Caelan y Tom me acompañarán a Dôr o Ithron a ver al Consejo de Brujos, por el tema del colgante —dijo señalando al consejero de la Reina con la mirada.

Caelan se quedó apoyado sobre el marco de la puerta que conducía a la cocina, mirándolos con atención. No era un brujo de muchas palabras y su presencia imponía, pero era uno de los hombres de mayor confianza de Erulissë y también uno de los brujos más poderosos de toda Dôr o Gwaith.

—Entonces, ¿os refugiareis allí? —preguntó Laila.

—Por el momento, sí. Esa es la idea —asintió Teodora.

La fuerte respiración de Dylan los interrumpió. El guardián empezó a moverse con nerviosismo. Con la mirada en el suelo y moviendo sus pies con inquietud, soltó un fuerte bufido mientras se frotaba el cabello.

—Dylan… —Nathalia, a su lado, le frotó el brazo.

—¡No! —exclamó a su lado—. ¿Por qué siempre tenemos que irnos? —Su mirada, a punto de explotar en llanto, se clavó en la de Teodora—. ¿Por qué no podemos estarnos quietos en un sitio?

Otra de sus reacciones, no lo culpaba. Si cualquier cambio afectaba a una persona neurotípica, los cambios tan drásticos tenían consecuencias mayores en una persona neurodivergente.

—Porque si no lo hiciéramos —dijo, acercándose a él—, si no nos moviéramos, no aprenderíamos nunca nada nuevo. —Ya a su lado, le puso una mano en el hombro—. ¿Comprendes?

—Sí, y además, eres tú el cerebrito —le dijo Nathalia con ironía y todos sonrieron—. Todo irá bien.

Dylan, aún con la mirada en el suelo y frustrado, se dejó abrazar por Nathalia.

—¿Y qué hacemos con el libro? —preguntó Ethan desde el sillón.

—¡Hola! ¡Soy yo! —La voz de Tom los interrumpió desde el exterior al golpear un par de veces la puerta. Shaun la abrió y el brujo apareció con un cesto en la mano. Para su sorpresa, lo acompañaba Elrond.

—¡Gus! —exclamó Teodora al ver al gato negro dentro del cesto. Le acercó la mano y lo acarició mientras Gus le olía.

—Era la única forma de traerlo.

—Hola, El —lo saludó Teo.

—Guardianes, qué bien veros a todos. —Elrond desvió la mirada hacia todos ellos—. Le he dicho a Tom que me gustaría acompañaros de nuevo, pero creo que lo mejor es que me quede por aquí con Aran y los demás. Aunque me gustaría ir con vosotros, creo que será mejor que permanezca aquí y ayude a restaurar el poblado. —Los miró con lástima—. Todavía hay mucho trabajo por hacer, después de lo de ayer…

—Claro, es comprensible —asintió Teo.

—En realidad, vosotros podríais quedaros —los interrumpió Amira, sentada todavía sobre la pierna de Ethan. Dirigió una mirada hacia Tom, Laila y Shaun—. Estaremos a salvo con Erulissë, no tenéis por qué venir con nosotros.

—De eso nada, querida —protestó Tom—. Ya os dejamos una vez, no pienso hacerlo de nuevo.

—Yo… no sé qué hacer. —La voz de Laila los interrumpió. Con tristeza, miraba a su familia y a sus amigos intercaladamente.

—Tienes que ir con ellos —intervino su padre.

—Pero, papá…

—Nada de peros —la interrumpió—. Tienes que vivir tu vida, Laila. Y estás tan involucrada como ellos en esto, a estas alturas, todos lo estamos. —El padre de Laila los miró a todos fijamente—. Tienes que acompañarlos —añadió mirando a su hija con decisión, a pesar de que aquella decisión le doliera.

—¿Y vosotros?

—Yo cuidaré de ellos. —Alwyn la interrumpió, mirando fijamente a su hermana—. Y si tengo que luchar, lo haré como me has enseñado.

Laila miró a su hermano con los ojos llenos de lágrimas y lo abrazó. Alwyn, agachando la cabeza unos centímetros, se apoyó sobre el hombro de su hermana, rodeándola con sus brazos. Al separarse, Laila lo sostuvo de los hombros.

—Pero recuerda que no todo es luchar en la vida. Tienes que disfrutar, divertirte. Y aprender muchas cosas. Sé que las circunstancias no lo facilitan, pero… ¿lo harás por mí? —le preguntó

y Alwyn asintió, sonriendo—. Bien. —Laila le acarició la mejilla con el pulgar.

Caelan carraspeó de repente.

—No es por interrumpir el momento, pero debemos irnos. La Reina os espera.

—Sí —asintió Laila—, vámonos antes de que pueda arrepentirme.

De forma fluida, de sus ojos brotaron lágrimas a raudales.

—No lo harás, no te arrepentirás. —Su madre caminó hacia ella y la abrazó, también con lágrimas en los ojos—. No serías capaz de dejar a tus amigos.

—Lo sé, mamá. —Su voz se rompía a momentos.

—Teo —Amira los interrumpió, mirando a su compañera—, el libro.

—Ah, sí.

Shaun captó el mensaje y, como aquella primera vez, se dirigió a la chimenea e imitó el mismo gesto: con el atizador, levantó la tabla de madera que se escondía bajo la alfombra en la entrada de la casa y que, a su vez, escondía una caja de madera. Tendió la caja a Teodora y la guardiana la sostuvo entre sus brazos.

—Dadme dos minutos —dijo Shaun mientras se dirigía hacia las escaleras. Escucharon sus pasos al subir y Teo frunció el ceño, siguiéndolo con la mirada.

—Ahora vengo.

—No tardéis, guardiana —dijo Caelan—. Tenemos que irnos ya.

—Sí, ya vamos —asintió apresuradamente.

Teodora subió las escaleras y se detuvo en el pasillo, frente a la habitación de Shaun. El elfo estaba recogiendo sus cosas y metió en una mochila ropa y un par de zapatos. Se detuvo entonces frente a la cómoda en la que había una fotografía de los tres: él junto a Espe y a Nedhel. Tomó la fotografía en su mano y se quedó en silencio, contemplándola. Teodora se acercó a él y se apoyó en su hombro, contemplando la imagen.

—No tienes por qué venir si no quieres —le dijo.

—¿Es una broma? —La miró incrédulo—. Qué comentarios haces, claro que iré. —Dejó la fotografía de nuevo sobre el mueble—. Con estas manos enterré a mis padres —alzó ambas manos frente a ella — y les juré que te protegería porque quiero hacerlo. Eres mi familia

—dijo mirándola fijamente mientras le colocaba un mechón detrás de la oreja—, y a la familia no se la abandona.

—Yo tuve que abandonar a la mía. —Se encogió de hombros.

Shaun se quedó en silencio y, sin decir ni una palabra, la acercó a él y la abrazó.

—Siento que tuvieras que pasar por aquello, y por esto ahora.

«Estás siendo egoísta», pensó Teo.

Ella ya se había acostumbrado a tantos cambios imprevistos, pero ¿y Shaun? Por ella, otra vez se veía obligado a abandonar su hogar. Teodora se había acostumbrado a dejar cosas atrás sin siquiera despedirse de ellas, pero eso no significaba que Shaun tuviera que pasar por lo mismo.

—No —se separó de él—, yo lo siento. —Le puso una mano en la mejilla—. Siento arrastrarte en todo esto. —Sus ojos, a punto del llanto, lo miraron fijamente.

Todo era tenso y sus emociones estaban a flor de piel, al igual que las de todos.

—No quiero que lo sientas, porque soy yo el que lo elijo. Te elijo a ti y lo haré siempre. Es más, lo volvería a hacer una y otra vez, las veces que hicieran falta. Eres la familia que elijo. Y sé que mis padres también lo hubiesen hecho. —Sus hoyuelos se marcaron al sonreír y su mirada azul océano la contemplaba fijamente. Shaun la tomó de las mejillas y la besó sin previo aviso. Teodora le siguió el beso y se separaron unos centímetros—. Te elegiría en esta vida y en las siguientes —le susurró con los labios todavía muy juntos.

—Y yo a ti. —Teodora apoyó su frente en la del elfo.

—Vamos, o Caelan y la Reina nos matarán antes de que lo haga Owen. —Rio, aún con las frentes juntas. Teodora rio y asintió.

ଭ

No les fue fácil despedirse de su casa. Esta vez, Shaun supo que su casa quedaría a buen recaudo y se le hizo un nudo en el estómago al dejar allí a Luna y a Spirit. Aquella vez, no los acompañarían. Sin embargo, prefería que todo lo que tenía quedara en manos de la familia de Laila, consciente del incierto destino que

los antipactistas determinaban para ellos. La familia de Laila cuidaría bien de sus tierras hasta su regreso.

—Guardiana —Elrond se acercó a Teodora al despedirse—, espero que hagas un buen uso de nuestras lecciones de equitación.

—Sí —Teo rio mientras lo abrazaba—, gracias, El. Y cuídate, por favor. Espero verte pronto.

—Yo también espero veros pronto, a todos. —Dirigió una mirada rápida hacia todos ellos y les sonrió.

Dejar atrás no solo a la familia de Laila, sino a Elrond y los caballos, Luna y Spirit, era un cambio significativo para todos ellos, especialmente para Shaun, Laila y Teo. Un duro golpe de realidad que debían afrontar; uno más de tantos que estaban por venir.

ଡ

Al aterrizar de nuevo en el salón de Erulissë, aparecieron en palacio con un pesimismo notable. Laila seguía con la cabeza cabizbaja y Nathalia le acariciaba el brazo.

—Avisad a la Reina —dijo Caelan hacia unos soldados que, asintiendo, salieron del salón.

Caelan miró esta vez a Tom y a su cesta, donde estaba Gus. El gato ni siquiera se movía, aunque atravesar el portal lo había despertado de un sueño profundo.

—No me mires así, Caelan —protestó Tom—. A Erulissë le encantará Gus.

—Si tú lo dices, Thomas. —Lo miró con desaprobación.

—Oh, por la Madre Tierra. Te ruego que no me llames así.

—Pero es tu nombre —le dijo Shaun.

—¡Ya sé que es mi nombre! Pero prefiero Tom —les reprochó.

—Bienvenidos de nuevo, guardianes. —La Reina no tardó en entrar de nuevo al salón. Esta vez, la acompañaban Aritz, Arnin y Caleb. El pequeño, al ver a Teodora, corrió hacia ella y se aferró a su cadera.

—Hola, Caleb. —Le sonrió Teo mientras le acariciaba el cabello—. ¿Cómo te lo has pasado?

Pero Caleb no respondió. En su lugar, se encogió de hombros. Teodora y Shaun se miraron de forma cómplice.

—Laila, Tom. —La Reina se acercaba a ellos y Aritz y Arnin la seguían, uno a cada lado—. Dylan, el sexto guardián.

La mirada de Erulissë recayó fijamente en Dylan, examinándolo con atención. Y mientras Tom y Laila hacían una reverencia, Dylan permaneció quieto; de pie y en silencio, mirando a Erulissë sin expresión alguna. Nathalia le dio un pequeño codazo y Dylan volteó a verla sorprendido.

—Agáchate —le susurró Nat—, haz la reverencia —le dijo y Dylan miró al brujo.

Al ver a Tom y a Laila, imitó torpemente el gesto. Erulissë sonrió, pero su expresión cambió al ver al gato de Tom.

—Thomas, ¿por qué traes un gato?

—Preferiría que me llamarais Tom, Majestad —enfatizó y Shaun miró a Teodora, ambos aguantándose la risa—. Y es mi gato, Gus. No puedo dejarlo solo.

—No pretenderás que acoja en mi palacio todo lo que se te venga en gana, ¿no?

Todos se sorprendieron con la respuesta de la Reina, pero Tom no tardó en responder:

—Con el debido respeto, Erulissë —Caelan carrasperó al escuchar a Tom llamar a la Reina por su nombre de pila—, Gus ha sido mi fiel compañero felino durante los últimos años. No puedo dejarlo solo en Lejre tal y como están las cosas y, me vais a disculpar, pero espacio es lo que os sobra.

Los guardianes se quedaron en silencio, así como Shaun y Laila. Se abrió un gran silencio sepulcral en la sala y la tensión en el ambiente casi que podría cortarse con un cuchillo. Erulissë miraba a Tom fijamente hasta que una sonrisa salió de repente de sus labios.

—Siempre fuiste valiente para rebatirme. Me alegra ver que hay cosas que nunca cambian. Está bien, el gato puede quedarse, pero queda bajo tu tutela.

—Por supuesto. Gracias, Majestad. —Con un asentimiento de cabeza, Tom le agradeció el gesto.

—Bien —Aritz dio una palmada y un paso al frente—, pues ya que estamos todos, ¿os apetece dar un paseo? —les propuso.

—¿Ahora? —preguntó Amira.

—¿Por qué no? —Aritz se encogió de hombros.

—Aritz. —La voz de la Reina sonó contundente al pronunciar su nombre y el Capitán se giró a verla—. ¿Te parece este un buen momento para distracciones?

—Es el mejor momento para distracciones. Podremos pensar mejor con la cabeza liberada de carga.

Los guardianes se miraron entre ellos y Teodora volvió la mirada hacia Aritz. Allí, de pie frente a su tía, la Reina, no se parecía en nada al Capitán que una vez conocieron en la Guardia Oficial. ¿Dónde estaba ahora ese Capitán? El que los sobreprotegía, el que apenas sonreía, el que los presionaba para ser la mejor versión de ellos mismos.

—Dôr o Edhel ya no es tan seguro como lo era antes, y lo sabes perfectamente. —Erulissë lo miró fijamente con advertencia.

—¿Y qué tienen que hacer? ¿Esconderse como ratas? —protestó con ironía—. No irán solos. Van conmigo, y con Finrod, Saori, y cien soldados más si hace falta. Pero se merecen salir con libertad, distraerse. Descansar, divertirse.

Todos guardaron silencio, manteniéndose firmes ante la tensión del ambiente. Erulissë se mantuvo mirándolo fijamente hasta que soltó un suspiró y miró a todos los guardianes.

—Solo si ellos quieren.

Aritz se giró hacia ellos, esperando una respuesta, y su mirada quedó fija en Teodora.

—Lo que tú digas —susurró Shaun que, a su lado, la rodeó con un brazo de la cintura, atrayéndola hacia él, un gesto que Aritz no pasó por alto.

—A mí me gustaría ver la ciudad —dijo Boris.

—Sí, a mí también, la verdad —añadió Amira.

—Sí, vale —asintió Teo—. Supongo que distraernos un poco nos sentará bien —dijo volviendo la mirada a Aritz, que le regaló una sonrisa sin apartar la mirada de sus ojos.

16
A flor de piel

Tom había decidido quedarse en el palacio junto a Erulissë, así que los guardianes salieron junto a sus amigos y Aritz. Finrod y Saori los acompañaron y, al bajar las escaleras que conducían a la puerta de entrada del palacio, un soldado se les acercó. No, no era un soldado cualquiera, era…

—¡Varion! —exclamó Teodora.

El Comandante del Ejército Real llevaba su uniforme completo formado por una armadura de placas ligeras y adornada con filigranas doradas que evocaban a hojas y ramas entrelazadas. Llevaba también una túnica de color rojo con un símbolo estampado en el centro: un árbol del que sus ramas dibujaban una espiral; el símbolo de Dôr o Edhel.

Aquel que hacía tanto que no habían visto.

—Guardiana, guardianes. —Varion los saludó con alegría—. Qué alegría veros. Siento mucho lo sucedido en la Guardia Oficial —dijo señalando con la mirada a Aritz—, pero ahora estáis en buenas manos.

—Eso dijeron la última vez —susurró Nathalia y Amira le dio un codazo. A su lado, Laila rio.

—Sí, lo están —intervino Aritz, mirándolos de forma cómplice—. Comandante, vamos a dar un paseo con los guardianes, a enseñarles la ciudad.

—En ese caso, no os interrumpo. Me alegra veros. —Les sonrió.

—Gracias, Varion.

—Nos vemos.

Después de saludarlos, Varion se adentró en el palacio, dejándolos atrás. Al bajar las escaleras, Caleb caminaba de la mano de Teodora. Seguía sin hablar, pero con la mirada inspeccionaba cada detalle, cada rastro. Y por supuesto, seguía sin soltarse de su agarre.

Mientras charlaban animadamente, se adentraron en la ciudad. Aritz caminaba al lado de Caleb y Teodora y, a su otro extremo, Shaun; ambos custodiando a la guardiana y al pequeño. Finrod se había quedado hablando animadamente con Boris y Ethan mientras Saori hablaba con Amira. Dylan y Nathalia caminaban junto a Laila, en silencio, justo frente a ellos.

Dôr o Edhel era exactamente cómo la recordaba: una ciudad élfica con grandes casas de diferentes formas y colores. Al adentrarse, distintas miradas los señalaron. Susurros, murmullos… «Los guardianes», dijo alguien. «Están aquí», dijo otra elfa. «Humanos», se escuchó la voz de otro.

—¿Esto es normal? —susurró Nathalia, refiriéndose a ser el centro de todas las miradas.

—Lo es —le dijo Laila a su lado—, y más cuando hace siglos que no se ve a más de un humano por estas tierras.

Al principio, se sintieron pequeños. Amira caminaba entre Saori y Ethan. A su lado, Ethan y Boris junto a Finrod. Haciéndoles de escudo, los soldados de la Guardia Oficial los acompañaban, revisando cada mirada que se dirigía hacia ellos. Caminando a paso decidido, pero con el alma encogida, Teodora volvió a sentirse extraña, una especie de viaje al pasado que le había despertado sentimientos encontrados.

Hacía tiempo que nadie la miraba así.

Al girarse, tenía la mirada de Aritz clavada sobre ella.

—¿Estás bien? —le susurró. Teodora se limitó a asentir.

Y de pronto, un roce en su mano. A su otro lado, Shaun entrelazó los dedos con los suyos y le regaló una sonrisa. Teodora le sonrió y apoyó su brazo sobre el suyo mientras Caleb seguía agarrando la otra mano.

Aritz los llevó a una calle amplia, grande, que atravesaba toda la ciudad. Pisaron el pavimento decorado con adoquines de piedra natural; granito de diferentes formas irregulares. A cada lado de la

calle, dos hileras de Plátanos de sombra y Olmos les resguardaban del sol y les daban oxígeno. Allí, el aire era fresco y le entró un ligero temblor a Teodora. Frente a ella, Laila le tendió una chaqueta a Nathalia y las observó charlar animadamente mientras la guardiana se abrigaba. Y justo debajo de los árboles se encontraban dos hileras de puestos de mercado de distintos artilugios. De pronto, un sinfín de colores decoraba el ambiente: frutas, verduras, comida, ropa, objetos artesanales… Todo tipo de artículos dignos de admirar durante horas, o saborear.

Aritz se detuvo frente a uno de los puestos y Teodora, Shaun y Caleb se detuvieron a su lado.

—Alteza. —Unos mercaderes lo saludaron con una reverencia al detenerse el Capitán frente al puesto y Aritz frunció los labios, denotando incomodidad. Era un puesto de golosinas naturales varias elaboradas a base de frutas diversas. Tenían una pinta deliciosa.

—Alteza… —Teodora se puso a su lado, casi susurrándole—. Así que no solo eres Capitán sino que también eres un príncipe. Y yo aquí, sin saberlo —bromeó.

—Prefiero que no me vean así. No me gusta —dijo con seriedad mientras observaba las diferentes golosinas que había repartidas—. Soy Aritz —la miró fijamente— y eso es todo. —Le sonrió.

Aritz volvió la vista hacia las golosinas y, con una bolsa de tela que había en el puesto, agarró un puñado de varias de ellas. Después de pagarlas, se agachó de cuclillas frente a Caleb.

—Toma, para ti. —Le tendió la bolsita con una sonrisa y Caleb la agarró con timidez. Se comía las golosinas con la mirada—. ¿Te gustan? —Caleb asintió y Aritz se levantó, acariciándole el cabello.

Teodora sonrió al ver cómo Caleb disfrutaba de aquellas golosinas. A su lado, Shaun observaba el ambiente en silencio.

ൠ

Después de un rato de miradas, susurros, y alguna que otra risa entre ellos, volvieron al palacio. Caleb se atrevió a soltar a Teodora para aferrarse esta vez a Boris. Al parecer, se ganó su confianza enseguida. El rubio jugaba con él y le gastaba bromas, con las que el pequeño elfo disfrutaba.

—¿Qué haremos con él? —preguntó Teo, señalando a Caleb con la mirada mientras avanzaban en la explanada frente al palacio.

—Podría quedarse aquí —intervino Aritz—. Con Erulissë estará a salvo.

—Es que me da cosa dejarlo… se lo prometimos a su madre. ¿Shaun?

—¿Qué?

Teodora miró a Shaun fijamente. El elfo, si bien había estado a su lado en todo momento, apenas había pronunciado palabra. Era extraño, nunca antes lo había visto así.

—¿Os importa ir tirando? —dijo Teodora hacia Aritz y los demás—. Me apetece quedarme con Shaun un rato.

Aritz los miró intercaladamente, pero asintió.

—Sí, claro. —Sonrió finalmente antes de dirigirle una última mirada.

El sonido de la cascada los acompañaba de fondo mientras se alejaban, subiendo las escaleras que los conducía hacia el interior del palacio.

—¿Qué pasa? —Shaun se encogió de hombros.

Teodora caminó con él de la mano y lo llevó a un lado del lago. Contemplaron en silencio el agua y la hierba verde que una vez estuvo repleta de pétalos y aquel clavel rojo.

—¿Te acuerdas de la primera vez que estuvimos aquí? —le dijo.

—Cómo no iba a acordarme. —Sonrió Shaun—. Estabas preciosa aquel día. —Una mirada nostálgica se quedó clavada en un punto inconcreto del lago.

—Y me dijiste que yo era…

—Que tú eras como esa flor, la de Mulin.

Teodora rio al escuchar aquella palabra.

—Mulan, se llamaba Mulan.

—Bueno, eso. —Rio Shaun—. Y aquí sigues, radiante como esa flor que crece en la adversidad.

Teodora lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué has hecho con Shaun? —dijo con ironía—. Ahora en serio, ¿estás bien? Te he visto muy callado.

—Sí, estoy bien. —Shaun miró sus manos agarradas, pensativo—. Tú… estás bien conmigo, ¿verdad? —preguntó con inseguridad.

—¿Qué pregunta es esa? —Teodora sacudió la cabeza—. Claro que estoy bien contigo. Shaun, te amo más que a nada en el mundo. ¿Qué te pasa?

—No, nada. —El elfo sacudió la cabeza y se giró hacia el lago. Rodeándola por los hombros, la acercó a él—. Estupideces mías.

—Oye, Shaun —Teodora lo agarró del mentón, girándole el rostro hacia ella—, no quiero que dudes nunca de eso.

—Lo sé, lo sé. No sé qué me pasa, en serio. No me hagas caso. —Shaun la agarró de la mano de nuevo y posó un beso sobre ella.

—Bueno, eso es lo que te hace humano. —Le sonrió.

—Sí, supongo que sí. —Rio—. La mejor herencia de mi madre.

Al decir aquello con nostalgia, Teodora lo abrazó. Shaun rodeó su espalda con los brazos y escondió el rostro entre el hueco de su cuello y la clavícula. Le besó el cuello y ella le correspondió con un beso en la mejilla. Luego, Shaun alzó el rostro y ambos se fundieron en un beso profundo, cargado de emoción y deseo reprimido. Sus labios se buscaban con una mezcla de urgencia y delicadeza, como si en ese contacto intentaran descifrar las distancias que los separaban: sus mundos, sus razas, sus historias. Los brazos de Teodora se enredaron en el cuello Shaun mientras él la acercó aún más, como si en ese abrazo pudiera protegerla de cualquier peligro. Las manos del elfo, suaves, pero firmes, recorrieron la espalda de la guardiana, atrayéndola hacia su cuerpo, mientras los últimos rayos del sol brillaban con fuerza sobre ellos. El tiempo parecía detenerse; el beso se prolongaba cargado de una pasión única que los unía. Un encuentro de dos almas que, a pesar de sus diferencias, se reconocían en el otro.

ൠ

Cuando anocheció, todos se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Erulissë se había tomado la molestia de obsequiarlos, una vez más, con ropas elegantes para aquella cena de gala. Según les dijo, aquella noche anunciarían algo importante para toda Dôr o Gwaith. Y para su sorpresa, un paquete más esperaba a Teodora

sobre la cama: «Para Teodora. Aunque no es la misma, espero que te guste». Frunció el ceño al leer aquella nota pegada junto al paquete, pero al abrirlo, se llevó una sorpresa: una capa de color carmín parecida a la que le había regalado la vez anterior. Teodora la agarró de los hombros y la sostuvo frente a ella.

—Tu capa. —Le sonrió Shaun al observarla por detrás.

—Sí —Teo sonrió al contemplarla—, dejé muchas cosas atrás desde el ataque en el castillo —dijo apenada. Shaun se acercó por detrás y la besó en el hombro—. Pero lo importante —Teo se giró hacia él— lo tengo aquí conmigo —dijo y lo besó en los labios.

Al instante, Caleb salió del baño. Se había cambiado de ropa, poniéndose una camisa y unos pantalones de vestir que Erulissë le había regalado para aquella noche.

—Caleb, ¡qué guapo! —Teo caminó hacia él y se puso en cuclillas, terminando de abrocharle un botón de la camisa—. ¿Te gusta? —Caleb la miró fijamente y asintió. De repente, se abalanzó sobre ella y la abrazó, pasándole sus delgados bracitos alrededor del cuello.

Al principio, Teodora se sorprendió, pero no tardó en rodearlo con sus brazos. Sentía unas ganas tremendas de darle amor y cariño a ese niño. Le puso una mano en la nuca y lo acercó a ella, dándole un beso sobre el cabello. A su lado, Shaun le frotó el cabello y Caleb se separó para mirarlo y sonreírle.

ൠ

Ya vestida y peinada, Teodora se miraba en el espejo de pie que había en el baño. Era un vestido de color crema con los hombros al aire, unas mangas caídas de color violeta y unas piedras incrustadas en el torso. Por la forma del vestido con la cintura ajustada, le hacía más pecho y mostraba su escote desnudo. Shaun, vestido con un jubón azul marino y unos pantalones negros, se le acercó por detrás. La contempló en el espejo mientras rodeaba su cuello con el colgante para ponérselo. De su escote colgaba ahora, de nuevo, la amatista que le pertenecía.

—Hace un año estaba aquí sola, insegura y llena de miedos.

—Hace un año —terminó de abrocharle el colgante— yo estaba abajo, esperándote, inseguro y cagado de miedo. —Le sonrió con

nostalgia—. Se me fueron todos los miedos al verte.

Teodora se giró hacia él y le puso los brazos sobre los hombros, rodeándole el cuello. Shaun le puso las manos sobre las caderas y la miró fijamente a los ojos.

—Hay cosas que nunca cambian —le dijo el elfo—. A tu lado me siento fuerte.

—Yo me siento fuerte a tu lado —enfatizó Teo, poniéndole una mano sobre el pecho—. Hacemos un buen equipo, ¿no crees? —Shaun sonrió.

—Claro que sí —dijo antes de darle un beso.

Junto a Caleb, salieron de la estancia. Teodora caminaba al lado de la barandilla y Shaun a su lado. Con los brazos entrelazados, bajaban por las escaleras y Caleb caminaba frente a ellos. Volvió a sentirse como una princesa de nuevo al caminar por aquel pasillo en el que los recuerdos la visitaron. Ya había invitados que los esperaban y, al entrar al salón, las miradas viajaron hacia ellos. Al fondo, una mesa alargada en la que estaban Caelan, Erulissë y Arnin sentados. Al lado de Erulissë, una silla vacía. Teodora suponía que era la de Aritz. Y justo frente a la mesa de la Reina, a un lado, el resto de sus compañeros guardianes los esperaban. Teo radiografió el entorno a medida que iban avanzando: Finrod y Saori se sentaron junto a varios de sus compañeros de la Guardia Oficial y Tom se había unido a varios brujos del Gremio, justo como sucedió el año anterior. El brujo reía mientras bebía vino en una copa, llevaba las uñas pintadas de negro y una gran capa elegante de color rojo carmín.

Al mirar al frente de nuevo, Aritz se les acercaba a paso decidido, balanceando ambos brazos a sus costados. Llevaba un jubón negro ajustado al torso con relieves plateados decorativos, unos pantalones negros y unas botas de cuero. En su cadera, un cinturón decoraba el traje completo. Y pegado a su jubón, un emblema; una insignia con dos espadas cruzadas de color plata y filigranas de hojas.

El escudo de la Guardia Oficial que tantas veces había visto en la fortaleza.

—Teodora —dijo al acercarse a ella y la miró fijamente—. Estás preciosa. —Le agarró la mano y la besó, casi haciéndole una reverencia. Ese gesto no pasó desapercibido y Shaun se tensó a su lado. A lo lejos, sintió la mirada de la Reina sobre ellos.

—Gracias, Aritz. —Teodora frunció los labios, algo incómoda.

—Caleb, hola. —Aritz saludó al pequeño—. ¿Quieres sentarte con la Reina?

Pero en lugar de dar una respuesta, Caleb miró a Teodora en busca de aprobación. Teo asintió animadamente y el pequeño se encogió de hombros. Mirando a la guardiana de forma cómplice, Aritz le sonrió y le tendió la mano al pequeño. Caleb, con tímidez, encajó su mano con la del Capitán, dejándose llevar hasta la mesa de Erulissë.

Mientras Aritz y Caleb avanzaban frente a ellos, Shaun y Teodora caminaron hasta llegar frente a la Reina. A su lado, en la silla vacía, Aritz sentó a Caleb y bromeó con él.

—Majestad. —Shaun y Teodora hicieron una reverencia.

—Guardiana, Shaun. Bienvenidos, sentaos donde os sea más cómodo. Si no os importa, hoy Caleb puede quedarse aquí. —La Reina miró a su lado, cruzando una mirada con el pequeño mientras le regalaba una sonrisa.

La sonrisa de una Reina.

—Claro, si él quiere. —Teo miró a Caleb y le sonrió desde la distancia—. Iremos con mis compañeros, gracias.

La Reina les asintió y Aritz los observó dirigirse hacia la mesa de los guardianes. Teodora sonrió al verlos a todos vestidos con trajes elegantes y peinados dignos de gala. Se sentaron al lado de Dylan, frente a Ethan y Amira. Al lado de Amira, Nathalia y Laila conversaban animadamente mientras bebían vino. Y al otro lado de Dylan, Boris disfrutaba del banquete ya servido.

—Hola, ¿Laila? —Una muchacha se acercó a ellos, por detrás de Laila. Tenía el cabello de color cobrizo corto y ondulado, justo por encima de los hombros, los ojos verdes y las orejas semipuntiagudas.

—¿Erin? —le dijo la elfa, girándose hacia ella.

—Sí —le sonrió—, qué bien verte por aquí. —Ambas se saludaron con un abrazo.

Erin, claro. La mestiza, la medio-bruja y medio-elfo con la que Laila coincidió el año pasado. Teodora escuchó su conversación atentamente mientras Laila le presentaba a Nathalia y al resto de guardianes. Desde la distancia, observó cómo la llevó hasta Tom y los presentó. Alrededor de Tom, los brujos sentados miraron a la tal Erin con desaprobación; con cierto recelo. Según recordaba del año anterior, el Gremio no aceptaba a mestizos.

Luego decían que el racismo era cosa del ser humano.

—¿No tienes hambre? —Shaun la interrumpió a su lado. Teodora volvió al presente y lo miró atentamente.

—Sí, ahora me sirvo un poco. —Le sonrió.

—¿Quieres? —Le señaló la trucha asada que había sobre la mesa y Teodora asintió.

Shaun le sirvió un poco en el plato y la guardiana llenó su vaso con agua de una jarra.

—¿No quieres un poco de vino? —le preguntó Boris frente a ella—. Está tremendo.

—Yo de ti no me pasaría, Boris —le dijo Shaun—. Este vino es bastante fuerte.

—¿Sabes, Shaun? —continuó mientras se servía un poco más de vino en la copa—. En el mundo humano soy de una región llamada Rusia, lo cual significa que soy ruso. Y a los rusos —dejó la jarra de nuevo sobre la mesa y lo miró— un poco de vino no nos afecta nada. —Alzó la copa frente a ellos y le dio un largo sorbo. Teodora rio, negando con la cabeza con diversión.

—Ruso o no, créeme cuando te digo que ese vino tumba a cualquier hombre —añadió Shaun, riendo—. De hecho, tumba a cualquier elfo.

—Un día es un día. —Boris se encogió de hombros—. Vamos, no te cortes, Teo. No es malo beber un poco.

—Bueno, vale —asintió—, pero solo un poco.

—Que sí. —Boris le sirvió un poco de vino en la copa y también le sirvió a Shaun.

Mientras comían y charlaban animadamente, una música festiva de fondo hacía el ambiente más divertido, cómodo y placentero para todos los presentes.

De repente, el sonido de una trompeta heráldica hizo que la banda de músicos se detuvieran y todo el mundo mirara hacia la mesa de la Reina. Frente a su mesa, dos soldados se mantuvieron de pie hasta que uno de ellos dejó de tocar la trompeta.

—¡Atención! —exclamó—. A continuación, se da paso al discurso de su Majestad y nuestra Edhel Rîs[3], la Reina Erulissë Tercera de Dôr o Edhel —anunció y ambos se retiraron cada uno hacia un lado.

Detrás de ellos, Erulissë se levantaba, así como lo hacían Caelan, Arnin y, a su lado, Aritz. Caleb seguía sentado mientras comía y balanceaba sus piernas.

Teodora miró fijamente a Aritz: tenía las manos agarradas tras la espalda, la mirada fija al frente y la postura erguida.

—Como bien sabréis, hace varios días atacaron la fortaleza de la Guardia Oficial —habló Erulissë, su voz sonaba contundente—. Un acto de guerra que no podemos tolerar bajo ningún concepto. Por fortuna, tanto los propios guardianes como muchos miembros de la Guardia Oficial consiguieron salvarse. —Muchas de las miradas viajaron hacia ellos; hacia la mesa de los guardianes. Teodora y sus compañeros se quedaron estáticos en el lugar, dirigiendo varias miradas hacia aquellos ojos que los señalaban—. Sin embargo, la Guardia Oficial ha sufrido bajas y hemos perdido a muchos de los nuestros. No es un secreto; una amenaza recorre en estos momentos toda Dôr o Gwaith: los antipactistas son una amenaza real para el Pacto que con tanto esfuerzo crearon nuestros antepasados. Debemos honrar su memoria y no permitir que suceda ninguna atrocidad más. En Dôr o Edhel, de ahora en adelante, declaro: no tendrá lugar ninguna brutalidad. Y como también ya habréis comprobado, es real: el Pacto trae consigo más de un guardián. —Un seguido de murmullos recorrieron la sala, provocando que varias de esas miradas siguieran señalándolos.

—Qué incómodo —susurró Nathalia al lado de Laila. A su lado, la rubia entrelazó el brazo con el de la guardiana en símbolo de apoyo.

—Pero antes de hacer las presentaciones necesarias —prosiguió Erulissë—, es motivo de celebración un anuncio más. Como ya habréis notado, esta no es una anunciación cualquiera. Os he reunido esta noche en forma de banquete festivo porque deseo que los cambios que están por venir sean un símbolo de fortaleza, de celebración y admiración. Un símbolo de victoria, porque no vamos a dejar que corrompan la paz que tanto nos hemos ganado. Y sí, habéis oído bien: cambios —enfatizó—. A mi lado, se mantiene en pie Aritz Galadhrim, mi sobrino y Capitán de la Guardia Oficial. Esta noche, le cedo la palabra.

«Galadhrim», pensó Teodora en el apellido del Capitán; apellido que jamás había escuchado. La pelirroja seguía mirándolo fijamente mientras Aritz se mantenía al lado de Erulissë con seriedad y la postura erguida. Al lado de Teodora, Shaun la miraba intercalando la vista entre ella y la Reina.

—Muchas gracias, su Majestad, por cederme la palabra —dijo Aritz con formalismo, mirando a Erulissë— y gracias a todos por asistir esta noche. —Se dirigió esta vez a todos los asistentes—. Como sabréis, tuve la fortuna hace unos años de aprobar las pruebas de manera justa y equitativa a todos los postulantes a Capitán, un rol que me ha enorgullecido hasta el día de hoy. Ser Capitán de la Guardia Oficial me ha hecho aprender con disciplina, pero también cuidar de los nuestros y conocer a personas increíbles. —Al decirlo, su mirada recayó en Teodora durante unos segundos y volvió la vista al frente de nuevo—. Pero hoy me veo obligado a dejar de ser Capitán para ser algo más: hacer de Dôr o Edhel un lugar pacífico para todos junto a mi tía, Erulissë.

Un seguido de cuchicheos llenaron el lugar y Aritz se vio obligado a alzar la voz:

—Así que, desde este instante, dejo de ser Capitán de la Guardia Oficial y le cedo este importante cargo a alguien que sé que lo hará incluso mejor que yo. Me gustaría llamar al frente a dos soldados clave en esta Guardia: Finrod Laegon y Saori Silvani.

Todo el mundo empezó a hablar mientras observaban a Finrod y a Saori levantarse de sus asientos. Ambos seguían llevando su uniforme y caminaron al frente mientras Erulissë y Aritz bajaron las

escaleras que conducían a su mesa alargada. Los guardianes, sorprendidos, se miraron entre ellos; nadie daba crédito.

—¿Aritz va a dejar de ser Capitán? —Amira frunció el ceño, mirando a sus compañeros.

—Eso parece —dijo Boris.

Erulissë y Aritz se mantuvieron de pie frente a la mesa y frente a Finrod y Saori, que seguían también de pie, dándole la espalda al público.

—Es un honor anunciar al que será el nuevo Capitán de la Guardia Oficial —exclamó Aritz, dirigiendo su mirada a los presentes—. Finrod Laegon —miró a su amigo y compañero—, hijo de Heidan y Magdi, Comandante de la Guardia Oficial de Dôr o Gwaith y a partir de ahora Capitán de la Guardia Oficial con el testigo del público presente. —Aritz se sacó el emblema que llevaba en su camisa en forma de insignia y se la puso a Finrod en la suya mientras el público aplaudía—. Eres merecedor de este cargo y sé que lo harás como es debido —dijo pegando su frente a la de su amigo y Teodora pudo observar desde la distancia que ambos se sonreían. Al separarse, Finrod les agradeció en voz baja y Erulissë le asintió con una sonrisa —. Y de ahora en adelante, damos la bienvenida a la nueva Comandante, Saori Silvani, hija de Dordan e Inasys. —Aritz le quitó la insignia de Comandante a Finrod y se la puso a Saori en la camisa.

A su lado, unos soldados trajeron un receptáculo antiguo que se mantenía de pie en una columna de mármol blanco. Lo dejaron justo delante de la Reina y Aritz y frente a Finrod y Saori. Mientras el nuevo Capitán y la nueva Comandante se colocaban uno a cada lado del receptáculo, Erulissë siguió hablando:

—Y como manda el ritual de sucesión, el nuevo Capitán y Comandante deben realizar el juramento de sucesión. Esta vez lo haremos de forma extraordinaria como símbolo de nuestra resistencia. —Uno de los soldados le tendió una espada enfundada y la Reina la agarró—. Finrod Laegon, en tus manos queda la espada del Capitán, un artilugio ancestral que ha pasado por las manos de muchos Capitanes a lo largo de muchas edades. Tuya es, en tus manos está. Ya sabes lo que debes hacer.

Erulissë le tendió la espada enfundada y Finrod la agarró con cuidado. Mientras el público se mantenía en silencio, desenfundándola de aquella funda de cuero marrón malgastada por los años, Finrod la alargó frente a él. Era una espada de hierro con la hoja resplandeciente y una empuñadura dorada con relieves de hojas en ella.

—Finrod Laegon, ¿juras proteger la identidad del Pacto «Novum Orbistelch», así como la naturaleza de nuestros ancestros y de todos aquellos que conforman Dôr o Gwaith? —preguntó la Reina en voz alta.

—Lo juro por la Madre Tierra —dijo Finrod con la voz clara y, con la misma espada, se hizo un corte en la palma de la mano. Después, apretándola en un puño, la extendió sobre el receptáculo y un hilo de sangre cayó sobre el mármol blanco.

Finrod le tendió la espada a Saori y la soldado la agarró de la empuñadura con firmeza.

—Me siento como en una peli del Medievo —añadió Boris y Dylan rio a su lado. Sus compañeros guardianes los miraron a ambos, dedicándoles una mirada de desaprobación—. Perdón —se disculpó el rubio por lo bajo.

—Saori Silvani, ¿juras proteger la identidad del Pacto «Novum Orbistelch», así como la naturaleza de nuestros ancestros y de todos aquellos que conforman Dôr o Gwaith junto a tu Capitán, Finrod Laegon?

— Lo juro por la Madre Tierra —dijo y procedió a hacerse un corte sobre la palma de la mano. Al igual que Finrod, Saori dejó que gotas de su sangre cayeran sobre el mármol.

—Capitán, Comandante —Aritz les puso una mano a cada uno sobre el hombro—, que la Madre Tierra guie y proteja vuestra guardia.

—Gracias —dijeron ambos al unísono mientras un seguido de aplausos llenaron la sala.

Los guardianes se miraron entre sí, sorprendidos por aquel acto majestuoso como ritual de sucesión. Teodora soltó un fuerte suspiro y bebió vino de su copa.

—Bueno, ha sido intenso —añadió Shaun a su lado.

—Sí —asintió.

ଡ

Cuando el banquete volvió a la normalidad y después de que el tumulto de asistentes se acercaran a felicitar a Finrod y a Saori, los guardianes se levantaron de su mesa. Con sus elegantes galas, se acercaron a la mesa del nuevo Capitán y la nueva Comandante. Amira vestía un largo vestido de cola de color lavanda, un escote palabra de honor le dejaba el cuello al desnudo. El cabello largo y ondulado le caía por la espalda y Ethan, con el brazo entrelazado al de Amira, vestía un jubón de color beige con un estampado simétrico de cuadrados dorados. Nathalia llevaba también un vestido largo con las mangas largas; el color rosa palo hacia destacar su piel, y Laila llevaba un vestido color verde esmeralda que combinaba a la perfección con su cabello dorado. Y mientras avanzaban esquivando a los que bailaban en mitad del salón, Shaun y Teodora caminaban entrelazados del brazo. Frente a ellos, Boris avanzaba al lado de Dylan. El rubio llevaba un traje de gala de color carmín y Dylan un chaleco elegante de color azul marino encima de una camisa blanca de manga larga.

—Capitán. —Ethan se acercó a Finrod por detrás mientras el elfo reía junto a sus compañeros. Al oírlo, Finrod se giró hacia todos ellos —. Enhorabuena —lo felicitó el guardián.

—Gracias, chicos. —Finrod se levantó y abrazó a Ethan, dándole un par de palmadas en la espalda.

—Comandante. —Boris le hizo una especie de reverencia a Saori y la nueva comandante rio, acercándose a darle un abrazo en agradecimiento.

Y mientras conversaban animadamente, un tirón en la parte de detrás de su vestido llamó la atención de Teodora. Al girarse, Caleb la miraba fijamente.

—Caleb, ¿estás bien? —le preguntó.

—¡Caleb! ¡Vamos a bailar! —exclamó Laila, ofreciéndole la mano mientras seguía agarrada a la de Nathalia.

El pequeño miró de nuevo a Teodora y la guardiana asintió, sonriéndole. Fue entonces cuando le agarró la mano a Laila y Teo los

observó mientras se alejaban, los tres bailaban en círculos.

Por un momento, escuchó la risa de Caleb y aquello le hizo sonreír.

—Bueno —Shaun carraspeó a su lado—, señorita, ¿me concede este baile? —dijo haciéndole una reverencia y tendiéndole la mano. Teo rio.

—Claro que sí. —Le agarró la mano e hizo una reverencia para seguirle la broma.

Ambos se adentraron en mitad de la pista de baile, bajo la tenue luz que filtraban los candelabros del salón. Arriba, extendía un techo de cristal por el que se filtraban las estrellas y la luz de una luna creciente, de vez en cuando cubierta por las nubes de aquella noche. Shaun colocó una mano firme pero gentil en la cintura de Teodora mientras la guardiana lo sujetaba del hombro con suavidad. Sus miradas se cruzaron brevemente antes de bajar la vista hacia sus manos, que se deslizaron con naturalidad hasta encontrarse en el espacio entre ellos. Fijaron los ojos el uno en el otro, como si el resto del mundo hubiera dejado de existir.

—Echaba de menos esto —dijo Teodora con una sonrisa asomando en sus labios mientras daban los primeros pasos al compás de la música.

—Y yo… no te imaginas cuánto —respondió Shaun, sus ojos fijos en los de ella con una intensidad que quemaba. Se acercó unos centímetros más, el calor de su aliento acariciando el rostro de Teodora mientras susurraba—: Estás preciosa, pero desearía poder liberarte de ese vestido.

Al instante, intercambiaron una mirada cómplice; una mezcla entre picardía y ternura en su expresión. Teodora le sonrió y se acercó a su oreja.

—Nada te lo impide.

Sus miradas volvieron a encontrarse y, mientras se deslizaban por el salón al ritmo de la música, Shaun miró hacia un lado y sonrió con diversión para después volver la mirada hacia Teodora que, a su vez, lo miraba desafiante.

—¿Y qué diría la Reina si descubriera mis intenciones? —respondió en un murmullo sin detener el ritmo de la danza, su voz tan suave

que apenas rompía el aire entre ambos—. No podemos desaparecer de su banquete, eso sería muy atrevido por nuestra parte.

Teodora esbozó una sonrisa lenta, casi desafiante, mientras giraban en la pista, sus cuerpos acercándose un poco más con cada movimiento.

—La Reina tiene demasiadas preocupaciones en su mente como para notar un pequeño... desliz —dijo la guardiana sin apartar los ojos de los labios de Shaun—. Y si lo notara, bueno, me enfrentaría a cualquier castigo con gusto si eso significa estar un poco más cerca de ti.

Shaun rio suavemente, pero su risa estaba teñida de nostalgia y complicidad. Sabía que detrás de las palabras juguetonas de Teodora había una verdad más profunda, un deseo no solo físico, sino también de cercanía y escape en un mundo lleno de deberes y responsabilidades.

—Siempre tan valiente —respondió el elfo con un suspiro ligero—. Pero esta noche, tal vez deberíamos limitarnos a bailar… —dijo colocándole un mechón detrás de la oreja, mirándola fijamente—, por ahora.

Sus cuerpos giraban en perfecta sincronía, y aunque la música seguía sonando, la tensión entre ellos crecía, palpable, casi tanto como el roce de sus manos. Shaun la acercó un poco más, apenas dejando un resquicio de aire entre ellos.

—Te quiero —le dijo.

—Y yo a ti.

Y en una milésima de segundo, sus labios se juntaron en un beso pasional. Y justo cuando terminó la canción, volvieron a mirarse con una sonrisa sin separar sus cuerpos.

De repente, un carraspeo los interrumpió.

—Perdón —Aritz habló a su lado—, no quería interrumpir. Teodora, ¿te gustaría bailar? Si a Shaun no le importa, claro —dijo mirando al elfo.

Una mirada cargada de intención.

—No, claro. Si Teodora quiere. —Shaun dirigió una mirada hacia la guardiana.

Teo miró a Shaun y asintió. El elfo le sonrió y, antes de marcharse, le dio un beso en la mejilla. Sus manos se deslizaron hasta que el roce fue nulo y el vacío notable. En su lugar, Aritz se puso frente a Teodora y le tendió la mano. Teo, todavía insegura, deslizó la palma sobre la mano del ahora anterior Capitán. Tenía la piel dura y llena de asperezas, pero la mano firme, fuerte. Con la otra mano, sostuvo a Teodora de la espalda baja. La guardiana observó cómo Shaun acompañaba a Caleb y se unía al círculo con Nathalia y Laila. Sus miradas se cruzaron y Shaun le guiñó un ojo desde la distancia.

—Espero que esto no se te haga raro —dijo Aritz, captando su atención.

—Bueno, pues, si te soy sincera… un poco sí. —Rio.

—Ya… a mí también. —Rio Aritz mientras sus cuerpos seguían deslizándose por el salón.

A su lado, Ethan y Amira también bailaban pegados. Teodora los observó conversar y reír en voz baja, y Ethan acercó su rostro al de Amira para plantarle un suave beso sobre los labios. A Teo le gustaba ver así a sus compañeros; felices, en paz.

—Bueno… ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

La voz de Aritz la volvió a despertar de sus pensamientos.

—Sí, sí. Estoy bien, aunque, si te soy sincera… no sé qué va a ser de nosotros ahora. —Suspiró—. ¿Y tú cómo estás? ¿Estás seguro de tu decisión?

—No, pero no me queda otra. —Se encogió de hombros mientras seguían bailando—. En realidad, nunca tuve otra opción. Lo intenté, pero no ha podido ser. —Aritz sacudió la cabeza—. No hablemos de eso ahora, vamos a disfrutar el momento.

—Sí. —Le sonrió Teo.

Y por primera vez, pudo observar detenidamente las facciones de Aritz. Era apuesto, eso era innegable. La mandíbula marcada, los ojos almendrados y una piel casi de seda, de no ser por su cicatriz en la sien derecha. El príncipe perfecto. Y sin darse cuenta, había disociado otra vez del momento presente y reaccionó al ver que Aritz la contemplaba fijamente con una sonrisa traviesa.

—¿Qué? —Se encogió de hombros.

—No, nada. ¿Acaso no puedo reconocer la belleza cuando la veo?

Teo frunció el ceño y rio.

—Aritz, venga ya.

—¿Qué? Es verdad.

—Es solo que… hace unos días eras nuestro Capitán, ahora no te reconozco.

—Eso es porque hay partes de mí que no has visto —añadió con una sonrisa pícara.

—Ya, vale. —Rio Teo.

De repente, empezó a sonar otra canción distinta. La música festiva se alzó en el ambiente al igual que lo hacían los pies de todos los invitados.

—Toca bailar una danza típica de Dôr o Edhel. —Aritz, agarrándola de la mano, la condujo hasta el centro de la sala, donde hombres y mujeres se pusieron en dos hileras enfrentadas. Teodora se dejó llevar sin saber muy bien a qué se refería—. Vas a conocer un baile particular de la zona. Esta canción se llama «Por el Rey»[4] —dijo al soltarla de la mano.

—No, pero yo no sé bailar. —Teo negó con la cabeza de forma insistente, observando cómo Aritz se colocaba frente a ella.

—Ya verás que sí, solo imita los pasos —le dijo al alejarse y colocarse en la hilera donde estaban todos los hombres.

Teodora se puso en la hilera de las mujeres, insegura. A su lado, Amira rio.

—No me creo que estemos en un baile de elfos. —Rio y Teodora rio con ella, con una sonrisa nerviosa.

Al comenzar la melodía principal marcando un tempo de batalla, tanto los hombres como las mujeres se acercaron a pasos medidos y calculados. Los tambores replicaban los latidos del corazón de un reino mientras los hombres extendían las manos al frente. Aritz se agachó frente a Teodora, imitando el gesto del resto. Teodora deslizó su mano sobre la de Aritz y giró a su alrededor mientras observaba cómo lo hacían sus compañeras de baile. Ethan y Amira, a su lado, no paraban de reír mientras también imitaban los pasos. Esta vez, los hombres se levantaron y giraron en sus propios talones. Sus manos dejaron de agarrarse y se rozaron con suavidad, sin

entrelazarse, un gesto cargado de honor. Aritz giró alrededor de Teodora mientras la miraba fijamente. Una sensación de falta de aire inundó a la guardiana mientras le sostenía la mirada. Y finalmente, volvieron a entrelazarse, uniendo sus manos. En conjunto, avanzaron formando círculos concéntricos que giraron alrededor del centro del salón, en forma de espiral. Los tambores retumbaron como el eco de una batalla pasada, y los violines elevaron el tono de la danza a una celebración épica. Era un homenaje al rey, y esta vez a la Reina, al reino y a las tierras que protegen. Los pasos eran rápidos, pero solemnes.

De pronto, Aritz se detuvo al igual que todos los hombres. Dio dos pasos hacia atrás sin dejar de mirar a Teodora. Sus dedos se deslizaron hasta separarse y volvieron a su posición inicial. Con una reverencia final, terminó el baile y un seguido de aplausos inundó de nuevo la sala.

—Y bien —Aritz se acercó nuevamente a ella—, ¿qué te ha parecido?

—Ha estado… muy bien. —Sonrió Teo.

Su mirada se dirigió entonces hacia un lado. Shaun estaba apartado junto a Dylan y Boris junto a las puertas que daban al patio exterior. Apoyado en una pared, la miraba fijamente. Aritz, que pareció notar el gesto, habló de nuevo:

—Bueno, gracias por bailar conmigo. —Le sonrió—. Te dejo seguir disfrutando de la noche. —Y antes de que pudiese decir nada, se acercó a Teodora y le dio un beso sobre la mejilla. Aquel gesto dejó a Teodora completamente extasiada—. Disfruta.

Teo frunció los labios y asintió antes de verlo alejarse.

Dio la vuelta sobre ella misma y se dirigió hacia la mesa donde estaban sentados. Agarró la jarra de vino y se sirvió en la copa. Después, de un trago corto e intenso, sorbió una gran cantidad de aquel líquido rojo.

—Wow, querida. —Tom se acercó a ella frunciendo el ceño mientras la señalaba con la mano. Su cuerpo se balanceaba ligeramente—. Tienes los pensamientos tan turbios que ni siquiera me llegan tus conexiones mentales.

—Pues mira, mejor —dijo con ironía—. A ver si vas a ser tú el que tienes los poderes enturbiados —añadió, gesticulando mientras alzaba las cejas.

—No conviene que te excedas con eso —Tom le señaló la copa—. Créeme, Teodora, sé de lo que hablo. —Tom alzó las cejas y volvió a sorber de la suya. La guardiana puso los ojos en blanco.

—Pues muy bien, Tom. Gracias por el consejo —añadió antes de darle otro sorbo. De un golpe, dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia la puerta que daba al exterior, a los Jardines Reales.

—¿A dónde vas? —exclamó Tom.

—¡Con mis compañeros! —respondió sin girarse a verlo.

Atravesó todo el salón hasta llegar a los portones que daban al exterior. Allí, Shaun seguía apoyado en la pared mientras observaba a Boris hacer el tonto. A su lado, Dylan estaba sentado en el suelo con las piernas flexionadas y los brazos rodeándole las rodillas. Teodora sintió un ligero tambaleo al llegar frente a ellos.

—Teo —Shaun la sostuvo por la espalda antes de que pudiera caer —, ¿estás bien?

—Sí, creo que es el vino —dijo, agarrándose la cabeza.

—Ya te digo yo que sí. —Boris rio en carcajadas, tumbado sobre el suelo.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó mirando a Shaun de nuevo.

—Dylan no se sentía bien con la música y el ruido, así que lo hemos acompañado.

—Aunque este no sé para qué viene —Dylan señaló a Boris con el mentón—, me está molestando más que la música.

—Oye, ¡eso no es verdad! —exclamó Boris con las palabras entrecortadas.

Estaba ebrio.

—Y mira que os lo he dicho —intervino Shaun, que seguía sosteniendo a Teodora por la cintura—, el vino de aquí no es como los otros. Aunque —miró la boca de Teodora— me gusta el color que te deja en los labios —dijo antes de besarla.

—Puagh, qué asco. —Laila apareció junto a Nathalia con los brazos entrelazados.

—Cállate, Laila —la interrumpió Shaun—, ni siquiera sabes de lo que estás hablando.

—Es que eres muy cursi[5], Shaun. —Teodora rio ante las palabras de su amiga—. Nunca te he visto así.

—Quizá es porque nunca ha tenido novia —habló Boris y Nathalia rio a carcajadas a su lado.

—Sois tan graciosos —dijo Shaun con ironía y Teodora rio. El elfo la miró y, negando con la cabeza con diversión, también acabó riendo. Rodeándola por los hombros, la acercó a él y la besó en la sien.

—Boris —Laila le llamó la atención—, ¿estás seguro de que solo has bebido vino?

—Sí, no sé —el rubio hablaba con torpeza—. He probado la bebida esa anaranjada.

—¿Bebida anaranjada? —Teo arrugó la frente.

—Genial —dijo Laila con ironía, mirando a Shaun en una mirada cómplice.

—El néctar de hadas —añadió Shaun.

—¿Qué es eso? —preguntó Teodora.

—Una bebida dulce y espumosa —intervino Laila—. La elaboran con frutas silvestres y miel recolectada de Gardh. Suelen beberlas en las fiestas porque te da una sensación de…

—¡Euforia! —exclamó el rubio, riendo mientras se revolvía sobre el suelo.

—Eso. —Señaló Laila, riendo ante el comportamiento de Boris.

Caleb apareció de repente y se abalanzó sobre Teodora, aferrándose a su cuerpo.

—Caleb, hola. ¿Qué tal lo estás pasando? —Lo miró, pero Caleb se limitó a asentir. Teodora le devolvió la sonrisa, acariciándole el cabello.

—Hey, ¿qué hacéis? —preguntó Ethan, que apareció agarrado de la mano de Amira.

—¿No os parece raro? —intervino Dylan de repente mientras miraba hacia el cielo estrellado. La oscuridad de la noche los acompañaba, aunque la luz de aquella luna les vigilaba de cerca.

—¿El qué? —preguntó Ethan, arqueando una ceja con curiosidad.

—Mirad arriba, al cielo —respondió y todos alzaron la cabeza—. Si luna, estrellas y sol, eso significa que hay ciclos de días y noches y también distintos climas. Lo más lógico es que estemos en un planeta similar a la Tierra. ¿Y si hemos viajado entre galaxias y no lo sabemos?

Todos intercambiaron sus miradas, confusos. El razonamiento de Dylan parecía obvio, pero a la vez inquietante. Ethan, tras un momento de reflexión, intervino:

—¿Qué quieres decir con eso?

Dylan dejó escapar un suspiro, como si intentara ordenar sus pensamientos antes de hablar.

—Pues... para que un lugar sea habitable —continuó mientras gesticulaba con las manos—, debe tener una atmósfera que reúna ciertas condiciones —dijo mirando un punto perdido en el suelo, como si estuviese leyendo sus propios pensamientos en voz alta—. No solo oxígeno, sino también dióxido de carbono, nitrógeno y otros gases en proporciones adecuadas. Además, tiene que haber una presión atmosférica específica, temperaturas que no sean extremas, y una capa que proteja de la radiación, como nuestra capa de ozono. Si no fuera así, no podríamos estar respirando ahora mismo, ni existirían climas como los que hemos visto aquí. Puede ser que estemos en una zona favorable de un sistema binario.

Hubo un silencio incómodo y Ethan frunció el ceño, procesando la información.

—No he entendido ni una sola palabra —añadió Laila, sacudiendo la cabeza con confusión.

—Tranquila, no eres la única. —Boris rio mientras seguía tumbado en el suelo, mirando hacia arriba.

Parecía lógica, pero algo en la teoría de Dylan seguía resonando de manera inquietante. La posibilidad que planteaba no era fácil de digerir. ¿Viajar entre galaxias sin siquiera saberlo? La mente de todos parecía procesar la magnitud de esa idea.

—Pero eso es... imposible, ¿no? —añadió Nathalia, intentando aferrarse a la lógica—. Para hacer algo así necesitaríamos una tecnología que no existe, al menos no en la Tierra.

—¿Y si es precisamente por eso que ya no estamos allí? —replicó Dylan—. Quizás lo imposible ha sucedido sin que lo entendiéramos del todo. Tampoco creíamos en la existencia de los elfos, y ya ves, aquí estamos. —Se encogió de hombros.

—Dylan —intervino Amira—, ¿es que tienes que racionalizarlo todo?

—Pues yo no lo veo descabellado. —A su lado, Ethan se encogió de hombros—. Existe todo un Universo que desconocemos, sería posible.

—Lo que desconocemos solo es la existencia de una posibilidad más —continuó el pelinegro—. Pensadlo, aunque no hablemos un idioma, podemos escuchar canciones en ese idioma. Hay un idioma de la naturaleza, de nuestro cuerpo, de nuestro corazón, de los átomos. Las células, las estaciones. Todo y todos estamos conectados.

Otro gran silencio se abrió paso entre ellos.

—Pero son puras teorías —añadió Teodora, que se encogió de hombros mientras Shaun la rodeaba con el brazo—, ni siquiera está científicamente comprobado.

—Bueno —Boris, que seguía tumbado en el suelo mirando al cielo, se levantó con torpeza—, estoy demasiado ebrio para esto. —Al decirlo, quiso volver adentro.

—¿A dónde vas? —Teo lo miró frunciendo el ceño.

—A buscar a Tom —dijo sin girarse mientras caminaba con desequilibrio—, es el único que puede darme conversaciones divertidas ahora mismo.

De repente, una sintonía empezó a sonar. Era una música folclórica tocada por tambores y panderetas.

—¡No puede ser! —exclamó Laila, mirando a Nathalia con entusiasmo—. Me encanta esta canción, ¡vamos! —Agarró a Nathalia de la muñeca y la arrastró con ella—. Amira, Teo, esto también es para vosotras.

Las guardianas se miraron frunciendo el ceño, pero asintieron con la cabeza entre ellas con una mirada. Al mirar a Shaun, el elfo asintió.

—Es un baile que suelen hacer las mujeres en las fiestas tradicionales, a Laila le encanta. —Rio—. Ve, yo me quedo aquí con los chicos. —Con el mentón, señaló a Ethan y a Dylan.

Teodora le sonrió y le dio un beso en la mejilla. Al mirar a Caleb, el pequeño tenía la mirada clavada hacia dentro, al centro del salón.

—Caleb, ¿quieres bailar? —le preguntó, pero Caleb negó con la cabeza—. Vale, pues ahora vengo, ¿vale? Quédate con Shaun.

Caleb asintió y Shaun le puso una mano en el hombro.

—Tranquila, los chicos nos quedamos aquí. —Shaun miró a Caleb y le sonrió.

Y antes de que pudiera marcharse, el elfo le dedicó una última mirada a Teodora y le guiñó el ojo; Teo le devolvió una sonrisa.

Agarradas de la mano, Amira y Teodora se adentraron de nuevo en el salón. Esta vez, todas las mujeres presentes se habían posicionado en el centro mientras un coro de voces femeninas cantaba una preciosa canción sobre las raíces, la tierra y el poder de lo femenino. Las dos guardianas se dirigieron donde estaban Laila y Nathalia y se agarraron de la mano, formando un círculo junto a las demás mujeres.

—Sacaros los zapatos —les dijo Laila, alzando la voz por encima de la música.

Teodora y Amira se miraron con duda, pero ambas se quitaron los zapatos con sus propios pies y los empujaron hacia atrás. Sintieron el suelo frío bajo sus plantas y empezaron a girar el círculo junto a todas las demás en el sentido de las agujas del reloj. Con las manos agarradas, alzaron los brazos. Y a medida que la melodía[6] seguía, la velocidad del círculo se intensificaba.

De pronto, todas las voces de las mujeres se unieron en una:

«*Somos lo divino y en mi interior enciendo las velas de mi santuario*.
Déjame cantar fuerte por todas aquellas voces que no pueden cantar.
Seré una guerrera para las hijas salvajes que se atreven a soñar, que mueven montañas».

Y justo en lo que parecía ser el estribillo, el círculo se deshizo y todas se dispersaron. Formaron espirales en el salón, trayectorias caóticas pero calculadas que las unía en una misma energía; como si con sus cuerpos estuviesen dibujando todo el salón. Teodora no sabía muy bien cómo moverse, pero Laila las agarró de la mano y formó un círculo con las guardianas. Y de repente, la rubia empezó a girar sobre sus faldas mientras cantaba a pleno pulmón el siguiente verso:

«*Tan suaves como las flores, tan feroces como una tormenta.*
Inhalando la vida con el ojo del alma.
Mientras volamos y caemos en grietas del tiempo habrá una verdad cuando todos nos alineemos».

Y a la vez que seguían bailando en círculos en su propio círculo, otras mujeres se acercaron y las rodearon formando nuevos anillos de danza. Sin quererlo, habían formado toda una espiral y ellas estaban ahora en el centro. Los pies desnudos de Laila y de todas las presentes pisaron entonces el suelo del salón, que retumbó bajo sus pies cuando todas, al unísono, lo golpearon con fuerza, como si fuera una patada furiosa dirigida a la misma tierra. Teodora, Amira y Nathalia se sumergieron de pleno en esa energía y el eco del impacto resonó entre las paredes, elevando la energía del lugar. Era como si todas ellas pertenecieran a ese mismo lugar, a ese mismo instante. El ruido externo desapareció; solo estaban ellas. Y mientras continuaban girando en una danza frenética y poderosa, una de las vocalistas lanzó un grito salvaje, un alarido desgarrador que rompió el aire como un grito de guerra, lleno de fuerza y de victoria. Al sentir la vibración de ese grito, el resto de las mujeres alzaron la voz en respuesta, una mezcla de cantos y rugidos, una celebración de su energía desbordante. Era un coro primitivo, profundo, que parecía resonar desde las entrañas de la tierra misma, llenando el espacio de una intensidad imparable. Cada vuelta, cada pisada, cada voz elevaba el ritual hacia su clímax, creando una atmósfera cargada de poder y de espíritu.

«*Ahí vienen, ahí vienen, vienen para quedarse.*

Esas gargantas valientes que cantan a pleno pulmón.
Vienen para quedarse, vienen para quedarse».

Y justo cuando la melodía terminó, todas se pararon en seco alzando una mano hacia el cielo y otra hacia el suelo, frente a su torso. Las guardianas se detuvieron en seco, expectantes ante la situación. Enseguida, los aplausos frenéticos llenaron la sala y las chicas se abrazaron entre ellas. Teodora rio, aún con la respiración entrecortada y la piel sudorosa.

—Ha sido muy divertido —dijo Amira.

—Bien hecho, guardianas —las felicitó una mujer a su lado.

—Gracias. —Sonrió Teodora.

—Bueno, ¿qué os ha parecido? —Laila se puso entre Amira y Teodora y las rodeó por los hombros mientras Nathalia reía a su lado.

—Ha estado muy bien. —Rio Teodora, pero su vista recayó entonces en Aritz.

Estaba en la mesa de Erulissë, sentado a su lado. Parecía estar hablando con su tía y su rostro denotaba enfado. ¿Acaso estaban discutiendo? Desde la lejanía, Teodora lo observó levantarse de golpe y marcharse de mala gana por una de las puertas traseras.

—Ahora vengo, chicas. No tardo —dijo, yendo a buscar sus zapatos que había dejado tirados en el suelo junto a los demás.

Se agachó a recogerlos y, sin perder de vista la puerta por donde había visto a Aritz salir, se apresuró a seguirlo. Sintiendo el suelo frío bajo sus pies y con los zapatos en la mano, todavía estaba sudorosa por el baile, y la respiración empezaba a equilibrarse.

Salió por aquella puerta y miró hacia un lado y después al otro: un largo pasillo se abría ante ella y allí, al final, vio a Aritz entrar por una puerta. Se encaminó hacia allí con decisión mientras se agarraba con una mano la falda del vestido y con la otra los zapatos. Caminó deprisa sin pararse y, cuando por fin llegó frente aquella puerta doble entreabierta, lo vio: Aritz estaba de espaldas a ella, sentado sobre el borde de una mesa y miraba por un ventanal. Se había quitado el jubón y se había quedado con una camisa blanca al descubierto; las mangas remangadas por encima de los codos. Al

final del ventanal, las luces de Dôr o Edhel iluminaban el paisaje nocturno.

—Aritz —dijo al entrar y el elfo se giró hacia ella—, ¿o debería llamarte Alteza?

—Me ofendes, Teodora. ¿Acaso quieres que te llame guardiana? —dijo con ironía, alzando una ceja.

—Ya lo has hecho muchas veces. —Le sonrió, entrando en la estancia con indiferencia.

Y para su sorpresa, era una biblioteca.

—Vaya —dijo admirando el lugar—, qué grande. —Admiraba la estancia mientras seguía acercándose a él—. Casi tanto como la del castillo.

Aritz sonrió ligeramente y volvió la mirada hacia el ventanal con nostalgia. Al llegar a su lado, Teo lo miró de perfil.

—¿Lo echas de menos?

—Para serte sincero, sí. Lo echo de menos. —La mirada de Aritz cayó en ella de nuevo—. Nunca quise esto, Teo.

Sus ojos la miraban con complicidad, llenos de una sinceridad que la guardiana no había visto antes.

—Sabes que siempre he respetado tu privacidad, pero… ¿puedo preguntarte por qué acabaste siendo Capitán? Si eres el sobrino de la Reina… no lo comprendo. —Sacudió la cabeza.

—Muy sencillo: soy el sobrino de Erulissë, pero lo que no te han dicho es que soy un sobrino bastardo. —Aritz, mirándola fijamente, suspiró, se levantó y empezó a caminar por la estancia, mirando esta vez al suelo—. Mi padre, el hermano de Erulissë, es fruto de la relación del rey anterior con una plebeya.

—Tu abuelo.

—Sí, mi abuelo —asintió Aritz—. Mi abuelo y el padre de Erulissë. Eso hace que no solo mi padre fuera un hijo bastardo del rey, sino que yo también sea un nieto bastardo. —Volvió la mirada hacia Teodora—. Erulissë era la única hija heredera legítima para reinar, pero se quedó viuda. Su marido y su hijo murieron en un terrible accidente, así que solo quedo yo.

—Vaya, pobre Erulissë. Eso no lo sabía.

—Nunca habla de ello. —Se encogió de hombros.

—¿Y tu padre? —Se atrevió a preguntar Teodora mientras se sentaba en el borde de la mesa, ocupando el sitio que anteriormente había ocupado Aritz.

—También murió.

Por un momento, la guardiana se quedó sin palabras. Aquello no se lo esperaba.

—¿Y qué opina tu madre de todo esto? Porque… bueno, sigue viva, ¿no? —Teodora temió preguntar aquello.

—Sí —sonrió Aritz—, sigue viva. Bueno, cuando Erulissë supo de la existencia de su hermano hizo todo por ayudarnos. Sin embargo, mi madre se quedó ciega por otro nefasto accidente. Mi tía me acogió y, a cambio, cuidó de mi madre. De hecho —volvió a acercarse a Teo —, sigue haciéndolo. Le provee de todo lo necesario para su cuidado y bienestar. En realidad, yo solo la visito cuando vengo por aquí, pero, al parecer —suspiró—, ahora tendré más tiempo de hacerlo.

—¿No vive aquí?

—¿En palacio? —Aritz negó con la cabeza—. No, no estaría bien visto. Vive en las afueras de la ciudad, en una granja. Cuando el pueblo supo la noticia de que Erulissë me adoptó, por decirlo de alguna forma, no se lo tomaron muy bien que digamos. Al principio, les costó asimilarlo. Afortunadamente, con el tiempo me aceptaron.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó mientras observaba el rostro de Aritz ahora cerca de ella.

—¿En años humanos o élficos? —Rio Aritz.

—Humanos, por favor. —Teodora le siguió la risa.

—Vale —rio una vez más—, doce.

—Doce años… eras un niño.

—Algo así —Aritz ladeó la cabeza—, pero de eso hace mucho. Con el tiempo, le propuse ser Capitán de la Guardia Oficial. Quería alejarme de aquí, aprender otras cosas.

—¿Y te ha servido?

—Sí, mucho. —Aritz mostró una amplia sonrisa—. He aprendido disciplina, he hecho buenos amigos… me apena tener que dejar esa etapa atrás.

—Bueno, pero ahora podrás dedicarte a tu pueblo. Cuidar de él.

—No lo entiendes, Teodora. —La miró fijamente—. Yo no quiero esa responsabilidad, no quiero cuidar del pueblo. —Dio un paso más hacia adelante, acercándose a ella sin apartarle la mirada—. Quiero cuidar de ti.

—Yo puedo cuidarme sola —le restó importancia—. Además, tengo a mis compañeros.

Aritz giró la cabeza y miró hacia un lado mientras negaba con la cabeza y reía con ironía.

—Teo… —repitió Aritz, su voz cargada de una mezcla de ansiedad y sinceridad. Sus dedos rozaron suavemente su mentón, levantándole el rostro hasta que sus miradas se encontraron. El contacto era delicado, pero el gesto tenía una fuerza innegable—. ¿No te das cuenta? Quiero y deseo cuidar de ti, ayudarte, protegerte. —Aritz soltó un suspiro profundo, como si el peso de lo que estaba a punto de decir lo oprimiera—. Mira… —continuó, su tono apenas en un susurro—, cuando era Capitán, no podía hacer ni decir nada por las consecuencias que tendría, tenía un papel que cumplir, pero ya no quiero esconderme más. No puedo. Creo que… —Teodora sintió un tirón suave cuando él la tomó de la mano, su mirada descendiendo hasta sus manos entrelazadas. El latido de su corazón resonaba con fuerza en sus oídos, cada segundo más rápido —, te quiero más que como a una amiga, Teo.

El tiempo pareció detenerse. El corazón le latía con fuerza, acelerado, su mente era un torbellino de emociones, su mirada fija en Aritz. No podía ser, no podía estar pasando aquello. Un sentimiento de confusión y culpa la inundó. ¿Aritz estaba reconociendo que la quería? No, no la quería como amiga, la quería como algo más.

¿Estaba confesándole que la amaba?

Teodora no se movió cuando una de sus piernas quedó entre las de Aritz. Su cuerpo permanecía inmóvil, atrapado en la confusión. Sentía el calor de su pierna rozando la de Aritz, y aun así no reaccionaba. El aire se volvió más denso cuando él le puso una mano en la mejilla, el pulgar acariciando su piel con una ternura que nunca había sentido antes, no con él. Los ojos de Aritz se clavaron en los suyos, su mirada recorría cada centímetro de su rostro como

si intentara memorizarlo, como si fuera una obra de arte única y preciada.

—He intentado reprimirlo —dijo él con la voz quebrada—, he intentado alejarte de mí de todas las formas posibles, pero no puedo, Teodora. No puedo —dijo mientras su rostro se acercaba al suyo, con la voz que se le resquebrajaba.

¿Por qué no se movía? ¿Por qué no reaccionaba? Le parecía atractivo y no era un secreto, y lo apreciaba, pero… ¿como algo más?

Sus palabras eran desesperadas, una confesión desgarradora. Su rostro se acercaba lentamente, la distancia entre ambos se desvanecía. Teodora sentía su aliento cálido, su cercanía envolviéndola, pero algo dentro de ella gritaba, algo que no podía ignorar.

Y justo cuando los labios de Aritz estuvieron a punto de tocar los suyos, cuando el momento estaba por consumarse, Teodora giró la cabeza bruscamente, presentándole su mejilla.

—Aritz —susurró, cerrando los ojos con dolor—, no puedo hacerlo.

El silencio que siguió fue pesado, cargado de emociones no dichas. La mano de Aritz aún descansaba en su mejilla, pero la suavidad se volvió casi distante, como si la realidad de su rechazo comenzara a hundirse en él. La tensión que había sido casi palpable se rompió, dejando un vacío entre ambos que, aunque no visible, era imposible de ignorar.

Teodora no podía mirarlo, su corazón seguía acelerado, pero no por las mismas razones que antes. Confusión, culpa, y una sombra de algo más, algo que no podía identificar del todo, la asfixiaban.

Aritz la miraba, pero su mano lentamente comenzó a deslizarse de su mejilla, como si finalmente entendiera que su confesión, por sincera que fuera, había llegado demasiado tarde, o demasiado pronto.

Por fin, la mirada de Teodora reposó en la de Aritz.

—Yo… no puedo, Shaun…

Una presencia la interrumpió. A unos metros de ellos, frente a la puerta, Shaun estaba mirándolos intercaladamente. Con el rostro

serio y la mirada decepcionada, se giró abruptamente y se marchó con enfado, con furia.

—¡Shaun! —exclamó Teo.

Se levantó de golpe, poniendo distancia entre ella y Aritz y, antes de marcharse, lo miró una vez más:

—Lo siento —le dijo.

La mirada de Aritz cayó al suelo y Teodora se giró rápidamente para marcharse corriendo detrás de Shaun. Lo vio recorrer el pasillo a paso decidido, con ambas manos a sus lados formadas en un puño.

—¡Shaun! ¡Espera! —exclamó, corriendo tras él.

En aquel momento, mientras lo veía alejarse con enfado y sin mirarla, sentía unas ganas de llorar tremendas.

—Shaun. —Al llegar junto a él, quiso agarrarlo de la mano, pero Shaun se la apartó bruscamente.

—Déjame, Teodora —dijo con la mandíbula tensa y siguió encaminándose hacia la salida.

Al llegar a las puertas, Shaun las abrió con enfado y salió a la parte que daba a los laberintos del jardín junto a una gran fuente.

—Shaun, no es lo que…

—¿Me vas a decir que no es lo que creo? —Se volvió hacia ella con enfado—. Sé lo que he visto, Teodora.

En sus ojos había una furia que no había visto jamás en él. Una ira que se la comía con la mirada, pero ella no le temía. Sabía que era el propio enfado el que hablaba por él, y lo entendía.

—¡No! ¡No lo sabes! —exclamó, las lágrimas empezaban a brotarle de los ojos—. No lo sabes —repitió, mirándolo con dolor.

—Desde que te he visto con él, lo supe. Tenía mis dudas, pero ahora ya no tengo ninguna. ¿Tienes algo con él? ¿Acaso lo has tenido todo este tiempo? —le recriminó con enfado.

—¡No! ¡Y no te consiento que me hables así! Sabes que no tendría nada con nadie que no fueras tú.

—¿Entonces por qué estabas así…?

—¡Por qué yo misma lo he detenido! —exclamó, su rostro empapado en lágrimas—. Yo misma no he querido, Shaun. Ni siquiera lo sabía hasta este mismo momento, no sabía que Aritz…

—¿Que Aritz qué?

Teodora lo miró fijamente y negó con la cabeza. Chocó su espalda contra la pared y bajó la mirada, dejándose consumir por las lágrimas.

—Yo no sabía lo que Aritz sentía… —dijo casi en un susurro.

Shaun miró alrededor, seguía enfadado. Y de nuevo, volvió la vista hacia Teodora. Se acercó a ella con decisión y le puso la mano en el mentón, alzándole la mirada.

—¿Estás segura de que tú no…?

—No —dijo secamente, mirándolo con seriedad—. Estoy segura, y estoy segura de mis sentimientos por ti. Yo te quiero a ti, siempre te he elegido a ti. Y eso no va a cambiar nunca. —Le agarró de la mano, aferrándola a su pecho.

—¿Seguro que…?

—Shaun, te lo juro por la Madre Tierra y los vientos de las Cuatro Estaciones.

Shaun bajó la cabeza y suspiró fuertemente, girándose y alejándose de ella. Teodora lo observó caminar mirando al suelo y frotarse el cabello hacia atrás con frustración mientras ella se limpiaba las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Después de unos segundos, Shaun se volvió a acercar a ella y le acunó el rostro.

—Perdóname por dudar de ti —dijo, poniendo la frente sobre la de Teodora—. Soy un idiota, es solo que…

—No pasamos tiempo juntos, a solas —lo interrumpió—, siempre estamos en modo supervivencia. —Shaun asintió.

—Pero eso va a cambiar. —Shaun apoyó las manos en la pared, rodeándola—. Porque aunque tengamos que sobrevivir, lo haremos juntos.

Teodora le sonrió y le puso una mano sobre la mejilla, acariciándole con el pulgar.

—Eso siempre. Somos un equipo, ¿no? —Shaun sonrió y asintió.

—Perdóname por haberte hecho llorar —añadió, limpiándole el resto de lágrimas con el pulgar.

—Perdóname tú a mí por haberte hecho dudar.

—No hay nada que perdonar. —Con el dedo, le dio un toquecito en el mentón—. Te amo.

—Y yo a ti —respondió Teodora, la sonrisa iluminaba su rostro mientras sus brazos rodeaban los hombros de Shaun, acercándose para unir sus labios en un beso lleno de promesas no dichas.

Lo que comenzó como un roce delicado pronto se transformó en un beso cargado de deseo. Sus labios se encontraron una y otra vez, como si con cada toque sellaran un pacto silencioso entre sus corazones. El aire a su alrededor se volvía denso, la intensidad de sus sentimientos avivándose a cada segundo. Teodora sintió la mano de Shaun deslizarse bajo sus faldas, el contacto cálido contra su piel enviándole una descarga que la hizo suspirar. Instintivamente, alzó una pierna, y en un impulso de pura pasión, rodeó su cintura con ambas piernas, quedando sobre él. Shaun la sostuvo con fuerza, sus brazos envolviéndola mientras continuaban besándose, sus cuerpos estaban cada vez más cerca, como si el mundo a su alrededor desapareciera.

De repente, una serie de gotas pesadas comenzaron a caer desde el cielo. La lluvia, primero sutil, se convirtió rápidamente en un torrente que los empapó por completo. Pero lejos de interrumpir el momento, la risa de ambos llenó el aire. Teodora sentía las gotas deslizarse por su piel, su cabello empapado pegándose a su rostro. Los trajes de ambos estaban completamente mojados, pero eso no los detuvo. En medio de aquella tormenta improvisada, continuaron besándose, riendo entre cada beso, dejando que la naturaleza misma se sumara a su intimidad.

Aquella noche ambos descubrieron que, si se riega lo suficiente, puede volver a renacer la primavera.

17
Navegantes sin rumbo

Lejre, seis años antes de la llegada de Teodora

Hacía un día abrasador, el sol golpeaba con fuerza desde el cielo despejado. Era la temporada de recolectar leña para el inminente invierno y los hombres de Lejre pasaban las mañanas talando en los densos bosques circundantes. Laila, siempre inquieta y con un espíritu aventurero, paseaba sola por el bosque cuando el sonido de hachas golpeando madera y las voces de los leñadores llegaron hasta sus oídos.

Iba vestida con un vestido de algodón azul celeste y un corsé que acentuaba su figura fuerte y delicada. Llevaba el cabello suelto y ligeramente despeinado, y sus ondas doradas le caían por el pecho y por la espalda. Se acercó al terreno desde donde provenía el sonido y, desde detrás del tronco de un árbol, lo vio: Owen, vestido con una camiseta y pantalones negros, trabajaba con firmeza, empuñando un hacha con maestría mientras cortaba un tronco grueso. Los demás hombres reían y charlaban a su alrededor, pero Owen permanecía absorto en su tarea, su rostro mostraba la concentración y esfuerzo en cada golpe. Laila lo observaba en silencio, siguiendo con sus ojos cada movimiento. La piel de Owen, ligeramente salpicada de pecas, brillaba bajo el sol, mientras el sudor recorría su frente y sus muecas de esfuerzo se acentuaban con cada impacto del hacha en la madera.

De pronto, Owen dejó escapar un suspiro al tirar el hacha a un lado y girarse en busca de agua. Agarró un odre de cuero y bebió profundamente, aliviando su sed. Laila, viendo su oportunidad, se deslizó sin ser vista, tomó el hacha con una sonrisa pícara y volvió a esconderse. Cuando Owen se giró, su mirada recorrió el terreno, buscando desesperado su herramienta hasta que divisó una figura azul celeste detrás de un árbol. Laila lo miró con una sonrisa juguetona antes de retirarse, llevándose el hacha con ella.

Owen sonrió y la siguió, intrigado, hasta que llegaron a un pequeño claro junto al río. Allí, Laila se detuvo, clavando la punta del hacha en el suelo mientras lo miraba desafiante.

—¿Estás buscando esto? —Le sonrió con travesura.

—Laila —rio—, ¿qué haces?

—No sabía que vendrías hoy a trabajar —dijo en tono juguetón.

—Bueno, hoy no tenemos clases. —Owen se acercó hasta estar a centímetros de ella—. Los ayudaré hasta el mediodía. —Y con una sonrisa traviesa, quiso agarrar el hacha, pero Laila la apartó con rapidez.

—Vas a tener que quitármela —dijo, acercando su rostro al de Owen.

Owen la miró con una chispa en los ojos antes de lanzarse hacia ella, haciéndole cosquillas de repente. Laila soltó una carcajada y el hacha cayó al suelo mientras ambos se desplomaban sobre el manto de hojas caídas. Él quedó sobre ella, ambos riendo mientras la tensión se disipaba entre risas. Los ojos de Laila se encontraron con los suyos, y en ese instante de silencio, Owen le acarició la mejilla, trazando suavemente sus facciones.

—No consigo sacarte de mi cabeza —dijo con su voz en un susurro.

Laila sintió cómo su corazón se aceleraba ante el toque suave de Owen mientras sus risas morían lentamente en el aire. El calor de sus manos sobre su piel parecía despertar algo dentro de ella, una mezcla de emociones que no podía ignorar. Sus ojos se encontraron de nuevo, más intensos, más cargados de todo lo que no se habían dicho.

—Owen... —habló, su voz temblando ligeramente.

Antes de que pudiera continuar, él se inclinó hacia ella, acercándose lo suficiente para que sus frentes casi se rozaran. Laila no apartó la mirada, atrapada en el momento, en la cercanía que los envolvía. Los árboles a su alrededor parecían desvanecerse, dejando solo el susurro del río cercano y el suave suspiro del viento entre las hojas.

—Siempre estás ahí, en mi mente —dijo Owen, su voz era baja y profunda, como si confesara un secreto que llevaba demasiado tiempo guardado—. No puedo dejar de pensar en ti.

Laila no sabía qué decir. Sentía la verdad en cada palabra que él pronunciaba, pero también sabía lo complicado que todo se había vuelto entre ellos. Sin embargo, en ese momento, bajo el sol filtrándose entre los árboles, no había complicaciones, solo ellos dos.

—Y tú en la mía —admitió por fin en un susurro apenas audible, pero suficiente para que Owen lo escuchara.

Owen esbozó una sonrisa, esa sonrisa traviesa que siempre la había desarmado. Lentamente, llevó su mano hacia el cabello dorado de Laila, apartando un mechón que se le había pegado en la mejilla. Luego, sin prisa, se acercó aún más hasta que sus labios se rozaron en un beso suave, contenido, como si ambos temieran romper la frágil burbuja en la que se encontraban.

El beso duró apenas unos segundos, pero fue suficiente para encender algo en ambos, algo que no podían seguir negando. Owen la miró a los ojos, buscando una respuesta, una señal de que lo que sentía no era solo una ilusión pasajera.

Laila cerró los ojos por un momento, como si intentara detener el torbellino de pensamientos que se arremolinaban en su mente. Cuando los abrió, su mirada era firme.

—No sé qué va a pasar... —habló insegura—. Pero no quiero seguir fingiendo que no me importas.

Owen asintió, comprendiendo la mezcla de emoción y temor que ella sentía, porque él también lo compartía. La vida en Lejre no era fácil, y lo que ellos sentían el uno por el otro podría complicarlo todo. Pero en ese claro, lejos de las miradas curiosas y los juicios del poblado, nada más importaba.

—Tampoco yo —dijo él suavemente antes de besarla otra vez, esta vez con más intensidad, como si por fin ambos dejaran caer las barreras que habían mantenido entre ellos durante tanto tiempo.

Las horas parecieron detenerse mientras se perdían en ese rincón del bosque. El sonido del agua corriendo río abajo les ofrecía un acompañamiento suave, y las hojas caídas se convertían en su único testigo. Cuando el beso terminó, ambos se quedaron en silencio, disfrutando del momento.

Owen se reincorporó lentamente mientras Laila se levantaba, con una expresión indecisa en el rostro.

—Pero necesito saber algo —dijo con voz suave mientras caminaba hacia un árbol cercano, donde se apoyó mirando al horizonte con los ojos llenos de preocupación—. Necesito saber si este eres tú de verdad.

Owen la siguió, deteniéndose detrás de ella, su presencia era cálida y cercana, pero cargada de tensión.

—¿Qué quieres decir? —Sacudió la cabeza, su tono era suave pero cauteloso, mientras rodeaba su cintura con los brazos.

Laila suspiró sin apartar la mirada del bosque frente a ella.

—Que este Owen es el real, el que está aquí conmigo. No el que odia a los humanos…

Owen, incómodo por sus palabras, apartó la vista, soltando lentamente el abrazo. Caminó unos pasos para quedar frente a ella, su rostro reflejaba una mezcla de dolor e incomprensión. Laila, con las manos detrás de la espalda, permanecía apoyada en el tronco, mirándolo fijamente mientras buscaba una respuesta en sus ojos. Owen levantó un brazo, apoyándolo también en el tronco mientras se inclinaba hacia ella y atrapaba su mirada con la suya. Con delicadeza, le levantó el mentón para que lo mirara directamente a los ojos.

—Ya te he dicho que no los odio, solo creo que el Pacto está mal formulado. Es lo que dice mi padre desde…

—¿Tu padre? —lo interrumpió con un dejo de impaciencia en la voz —. Owen, no tienes que seguir sus pasos. Puedes pensar por ti mismo, ser alguien diferente.

—Y lo hago, pero esto es lo que creo, Laila. No odio a los humanos, pero no deberían estar aquí. No encajan en este mundo, ya no pertenecen a él.

Laila lo miró con el dolor reflejado en sus ojos y negó con la cabeza lentamente.

—Todos fuimos extraños una vez en esta tierra, Owen. —Lo miró con dolor—. Y sí que los odias, los repudias. Y eso me duele, porque Shaun es mi amigo. Yo no puedo estar con alguien así —dijo con frustración, golpeando a Owen con sus palabras como dagas invisibles.

Owen se tensó, su desesperación era palpable.

—Laila, por favor. Tienes que entenderlo…

—¡No! —lo interrumpió con firmeza, apartándose de su alcance—. Tú tienes que entenderlo, Owen. Si le haces daño a él, me haces daño a mí. —Lo agarró de las manos y le puso una mano en la mejilla, mirándolo fijamente—. ¿Comprendes?

Por un instante, el mundo pareció detenerse de nuevo. Owen la miró profundamente, como si intentara desentrañar cada pensamiento que pasaba por su mente, buscando una respuesta en el fondo de su alma.

—Laila — murmuró con suavidad, acunando su rostro entre sus manos—, soy este Owen. El que te ama, el que quiere navegar junto a ti como siempre hemos soñado.

—¿Y ese sueño qué coste tiene?

Owen frunció el ceño, confundido.

—¿Qué dices? Laila…

—Si de verdad me amas —lo interrumpió, agarrándole las manos y apartándoselas del rostro—, tendrás que demostrarlo.

Y mirándolo fijamente, Laila dio unos pasos hacia atrás y se alejó. Owen se quedó allí solo, inmóvil, el peso de sus palabras caía sobre él como una losa mientras la veía alejarse, sintiendo que cada paso que Laila daba lejos de él era una estaca clavándosele en el corazón.

18
El Consejo de Brujos

Con las primeras luces del alba, un nuevo día amaneció en Dôr o Edhel. Era demasiado temprano, ni siquiera había salido el sol todavía, pero Teodora ya estaba despierta. Aquella noche durmió varias horas, pero lo cierto es que estaba nerviosa por su siguiente visita al Consejo de Brujos. A su lado, Caleb dormía profundamente.

—¿Ya estás despierta? —La voz de Shaun la interrumpió.

Teodora se giró sobre el colchón hacia él y lo miró por encima del hombro de Caleb.

—Sí —asintió—, apenas he pegado ojo. ¿Y tú?

—Igual. —Shaun se frotó el cabello hacia atrás.

Dejaron a Caleb durmiendo mientras se vestían para marcharse. Teodora lo miraba mientras se abotonaba la camisa.

—¿Crees que estará bien aquí, con Erulissë? —preguntó en un susurro, señalando al pequeño con el mentón.

—¿Con la Reina de los elfos? No veo con quién podría estar mejor.

—Sí, no sé, es que… me estoy encariñando y me da lástima por él. Todavía no lo he oído hablar desde que pasó… lo que pasó.

—Ya… —Shaun lo miró mientras se calzaba las botas—, pero tampoco podemos ponerlo en peligro.

—Lo sé… —Agarró su nueva capa y se la puso por encima de la ropa. A su lado, Shaun la rodeó por los hombros y la besó en la sien.

—Estará bien. Vamos —dijo señalando la puerta con el mentón.

Antes de salir, Shaun se colocó la espada enfundada en su cinturón y Teodora agarró su aljaba con las flechas, poniéndosela tras la espalda. Salieron sigilosamente de la habitación y la cerraron tras ellos. Bajaron en silencio las escaleras que conducían al comedor. Allí

los esperaban Tom y la Reina. Caelan estaba, como siempre, respaldando a su Majestad.

—Buenos días, guardiana, Shaun. —Erulissë los saludó—. Espero que lo pasarais bien anoche.

—Sí, fue increíble. Gracias por invitarnos, Majestad. —Teodora bajó la cabeza en símbolo de agradecimiento, intentando disimular todo lo vivido.

—Te tengo dicho que me llames Erulissë, Teodora.

—Sí, perdón. Es que… no me acostumbro. —Rio nerviosa.

Ahora sabía de quién había sacado aquello Aritz cuando en sus primeros días en la fortaleza le insistía que lo tuteara. Siempre tan directo, tan seguro de sí mismo, incluso entonces… hasta ahora. Aritz… El mero pensamiento de su nombre le provocó una puñalada sorda en el corazón, un dolor que intentaba ignorar, pero que la atrapaba cada vez que lo recordaba.

—Buenos días. —Detrás de ellos, apareció el susodicho.

El rey de Roma, que dirían los humanos. Teodora no pudo evitar girarse para mirarlo; sus ojos se encontraron casi de inmediato. Vestía una camiseta negra que se ceñía a su figura con elegancia y llevaba su espada enfundada en un cinturón de cuero oscuro. El brillo metálico de la empuñadura era un recordatorio de que Aritz no solo dominaba las palabras, sino también la guerra. Ambos compartieron una mirada cómplice, una que decía más de lo que las palabras podrían haber expresado. Había una historia entre ellos, aunque no todo estuviera dicho. Esa chispa en sus ojos seguía encendida, incluso bajo la pesada carga de lo no resuelto. Y Aritz, tal y como ella lo recordaba, se erguía con la misma aura imponente de siempre. Era el mismo hombre que la había acogido en los primeros días, con su porte altivo y su eterna confianza.

Teodora sintió una oleada de emociones encontradas que la abrumaron por un segundo, pero antes de que pudiera procesarlas del todo, sintió una presión cálida en su mano: Shaun. Su presencia, sólida como una roca, a su lado. Él había captado el intercambio de miradas y no había tardado en reaccionar. Shaun apretó la mano de Teodora con firmeza, como si necesitara dejar claro a Aritz que ella no estaba sola. No apartaba la vista del recién llegado, su mirada fija

en el príncipe era intensa. Teodora sintió cómo la atmósfera a su alrededor se volvía más pesada, cargada de una tensión sutil, pero palpable. Casi podía oír los pensamientos no dichos de Shaun, su postura defensiva y la electricidad que flotaba en el aire entre los tres.

Intentando recuperar el control de la situación, Teodora desvió la mirada nuevamente hacia la Reina. El semblante de la soberana seguía siendo impenetrable y su expresión serena, aunque su mera presencia dominaba la sala. La Reina, siempre calculadora, siempre un paso por delante, observaba con detenimiento el juego de tensiones que se desarrollaba ante ella. No había duda de que estaba midiendo cada uno de sus movimientos. Mirando a Erulissë, la guardiana trató de alejarse de las emociones que la abrumaban. Sabía que todo lo que importaba en ese momento era cumplir su deber, pero Aritz, con su mera presencia, hacía tambalear ese enfoque.

—Bien, ¿nos vamos? —habló Caelan al lado de Erulissë con las manos detrás de su espalda.

—¿Ya? —Teodora frunció el ceño, sorprendida—. ¿Tan rápido?

—El Consejo nos espera y es preciso que no los hagamos esperar de más.

—Sí, claro. Comprendo —asintió la guardiana.

Y mientras Caelan empezó a hacer movimientos con sus manos para abrir un nuevo portal, Aritz se puso justo al lado de Teodora y con la mano sobre la empuñadura de su espada, esperó en silencio.

Tom, al lado de Erulissë, carraspeó.

—¿También vas a acompañarlos? —La Reina le habló a su sobrino con el semblante serio.

—Ya te lo dije —Aritz miró a su tía con seriedad—, no voy a dejarla sola.

—No está sola —habló Shaun con firmeza al otro lado de la guardiana. Seguían con sus manos agarradas.

Un calor abrumante empezó a calar en Teodora, la tensión en el ambiente se volvió casi palpable. Erulissë los miró intercaladamente y Tom se levantó sobre las puntas de sus pies, alzó las cejas y, con

las manos tras la espalda, se giró hacia Caelan en un intento de indiferencia.

Una fuerte ventisca los inundó y allí estaba: un nuevo portal hacia Dôr o Ithron, la capital de los brujos.

—Bien, pues os deseo la mayor suerte del mundo —les deseó Erulissë—. Teodora, querida, no te fíes de las palabras de nadie más que las de Caelan y Thomas.

—Tom, si no le importa, Majestad. —A su lado, el brujo frunció los labios y Erulissë lo miró con seriedad, aunque Teodora casi percibió una sonrisa que se le escapaba de entre los labios a la soberana.

Tom fue el primero en entrar por el portal y desapareció hacia el otro lado de inmediato.

—Guardiana, por favor. —Caelan le cedió el paso.

Teodora y Shaun avanzaron y, con una mirada, se despidió de la Reina. Ambos intercambiaron sus miradas antes de dar un paso al frente y dejarse engullir por el portal.

൭

Aparecieron de pronto en una gran sala, como si la realidad misma los hubiera expulsado de un sueño. Shaun y Teodora apenas tuvieron tiempo de orientarse cuando sus pies tocaron el suelo de mármol marrón oscuro. El impacto fue brusco, casi violento, y ambos se tambalearon, haciendo un esfuerzo por no caer de bruces al suelo. Teodora tropezó hacia adelante y sus botas resonaron con un eco metálico contra el mármol. Su mente aún estaba tratando de asimilar el cambio de lugar, el vértigo del viaje a través del portal, pero antes de que pudiera equilibrarse, sintió la mano firme de Shaun que la sostuvo del brazo justo a tiempo. Sus ojos se encontraron por un instante, ambos con el pulso acelerado por la súbita transición.

—Espero que con vuestros portales no sea así —dijo Shaun. Su tono era una mezcla de sarcasmo y alivio.

—No —Teo negó con la cabeza, aún recuperando el aliento—, te aseguro que no. —Rio.

Tras ellos, apareció Aritz. A pesar de que tuvo que poner un pie al frente para no tropezar, se recompuso enseguida y su mirada se

detuvo en Teodora. La guardiana lo ignoró y miró al frente, donde estaba Tom inspeccionando el lugar.

El suelo que tenían bajo sus pies no era de cualquier mármol; su superficie estaba pulida hasta el punto de parecer un espejo oscuro y cientos de finas vetas doradas serpenteaban en patrones intrincados que irradiaban desde el centro de la estancia, como si fueran caminos de poder que se extendían por todo el espacio. Los símbolos arcanos que cruzaban el suelo brillaban tenuemente bajo sus pies, pulsando con vida propia, como si la sala misma respondiera a su llegada. Teodora sintió la vibración de la magia fluir bajo sus botas, un susurro antiguo que la recorrió desde los pies hasta la cabeza.

El eco de su entrada aún flotaba en el aire cuando Caelan llegó tras ellos. Al alzar la mirada, se dieron cuenta de la magnitud del lugar. La sala era inmensa, tan vasta que el techo, abovedado y cubierto de un mosaico estrellado, parecía fundirse con las sombras, dando la impresión de un cielo nocturno encapsulado en piedra. Cada estrella en ese techo titilaba con una luz suave, como si fueran réplicas de las verdaderas estrellas del firmamento, pero cargadas de un significado más profundo, más antiguo. El centro de la bóveda mostraba una constelación desconocida, una figura que parecía cambiar de forma cuando no se miraba directamente, como si ocultara algún secreto.

A lo largo de las paredes, columnas colosales de piedra negra se erguían con autoridad, cada una tallada con runas arcanas que brillaban de manera intermitente, como si estuvieran activas, vigilantes. Entre las columnas, había espejos de cristal oscuro dispuestos en intervalos precisos.

Shaun respiró profundamente, su cuerpo aún estaba tenso después del aterrizaje. Sus sentidos, entrenados para percibir el peligro, estaban alerta. La sala emanaba un poder antiguo, y cada rincón parecía cargado de intenciones desconocidas. El aire, aunque limpio, estaba impregnado con una fragancia ligera a incienso y algo más profundo, algo mineral, como el olor a magia que apenas se podía percibir.

En el centro de la sala, una gran mesa larga y ovalada de madera de roble se extendía frente a ellos. Frente a la mesa, justo al final de la sala, una chimenea les proporcionaba calor con las vivas llamas del fuego encendido y, al otro lado, una amplia cristalera de vidrio permitía el paso de los primeros rayos de sol.

—¿Dónde estamos? —preguntó Teodora mientras caminaba hacia el ventanal con la intención de inspeccionar el exterior. Su voz apenas era un susurro que pareció resonar en la inmensidad del lugar.

Desde el ventanal, miró hacia abajo; estaban a varios pies de altura y esa distancia permitía ver la capital desde la lejanía. Desde allí arriba, las casas y los edificios de la ciudad parecían insectos.

—Estamos en el Bastión de los Arcanos —añadió Caelan—. Esta es la Sala de los Arcanos, aquí se reúne el Consejo.

—Vaya, es enorme. —Teodora suspiró al observar la ciudad desde la distancia.

A diferencia de Dôr o Edhel, las tonalidades del paisaje urbano eran oscuras, tendiendo al negro y al gris, bajo un cielo nublado que aquel día envolvía la ciudad.

—A estas alturas ya habrán percibido nuestra llegada —habló Caelan mientras Aritz se puso al lado de Teodora. Su postura era tranquila, pero estaba con la misma tensión que sentían todos en el aire. También miró por el ventanal hacia abajo, donde la ciudad de los brujos se extendía, majestuosa y peligrosa a la vez—. No deben tardar en llegar.

Teodora, incapaz de ignorar la cercanía de Aritz, dirigió una mirada rápida hacia él. Los ojos del ahora príncipe la observaban con la misma intensidad de siempre, pero también con una sombra de lo que no se habían dicho todavía. La tensión entre ellos era palpable, como una corriente silenciosa que fluía por debajo de las palabras formales y las misiones peligrosas que los aguardaban.

Caelan carraspeó de repente cuando Tom quiso tocar uno de los libros que había en una de las estanterías de aquella biblioteca. Todos dirigieron sus miradas hacia el brujo.

—Perdón —se disculpó Tom—, es que esto también es nuevo para mí.

Teodora sonrió con diversión y, al girarse, su mirada volvió a toparse con la de Aritz. El tiempo parecía haberse detenido por un segundo antes de que el eco de unos pasos se escuchara en la lejanía, anunciando la llegada de aquellos que vendrían a recibirlos.

Shaun se puso a su otro lado, protector y atento, cuando, de repente, los portones de aquella gran sala se abrieron. Frente a ellos, aparecieron varios brujos y hechiceras. Eran como unos nueve, todos ellos con un porte imponente y una presencia que llenaba el ambiente de autoridad. Primero, sus miradas se posaron en Caelan, reconociendo su rango y respetando su poder, pero pronto sus ojos fríos y calculadores se volvieron hacia Teodora. Bajo las miradas frías de aquellos arcanos, Teodora se sintió pequeña, intimidada, y agarró la mano de Shaun, aferrándose a su antebrazo. A su lado, Shaun la tomó con firmeza y le acarició la piel del dorso con el pulgar con el fin de tranquilizarla.

Aritz pareció notar aquel gesto.

—Caelan, bienvenido —habló uno de los hechiceros. Su voz, profunda y firme, rompió la tensión del momento.

El hechicero se erguía con una dignidad natural, su figura alta y esbelta estaba envuelta en una túnica negra que caía hasta el suelo. Su rostro era de rasgos afilados y marcados, con una piel pálida que contrastaba con la oscuridad de su vestimenta. Los ojos del hechicero eran profundos y enigmáticos, de un gris metálico que parecía cambiar de tonalidad con cada parpadeo, reflejando la sabiduría de mil años. Tenía cejas gruesas que se arqueaban con autoridad y un aire de severidad que intimidaba, pero también ofrecía un ápice de comprensión profunda. Su cabello, largo y plateado, caía en ondas suaves hasta la mitad de su espalda, recogido en una coleta baja que dejaba escapar algunos mechones rebeldes que enmarcaban su rostro. A pesar de su apariencia solemne, había algo fascinante en él, un magnetismo que atraía las miradas de todos los presentes, como si su mera existencia emitiera una energía poderosa y seductora. Cada movimiento que hacía parecía calculado y elegante, reflejando su dominio no solo de la magia, sino también de la presencia que imponía ante el Consejo.

—Draegor —Caelan asintió a modo de saludo—, muchas gracias por vuestro rápido recibimiento. Esta es…

—Teodora, la guardiana —lo interrumpió otro de los hechiceros, mirándola atentamente—. Dadas las circunstancia, no tuvimos elección —dijo, avanzando unos metros hacia ella mientras la inspeccionaba con la mirada—. Guardiana, soy Syrrion —la tomó de la mano y Teodora lo miró con nerviosismo—, para servirte —añadió antes de posar un beso sobre su piel.

Teodora se encogió con ese gesto, que le causó cierto rechazo. A ambos lados de ella, Aritz y Shaun contemplaron el gesto sin bajar la guardia, aunque poco podrían hacer frente a un grupo de poderosos hechiceros milenarios como aquel.

El tal Syrrion vestía una túnica de color verde oscuro y sus ojos, negros como la noche, desviaron la mirada hacia un lado: Aritz.

—Alteza —hizo una reverencia—, bienvenido.

Aritz, en su postura erguida y con el semblante serio, frunció los labios. Se mostraba desconfiado.

—No sabíamos que también nos iba a acompañar su Alteza, ¿o debería llamarle Capitán? —añadió Draegor.

—Dados los recientes acontecimientos, las circunstancias me han llevado a delegar mi cargo como Capitán de la Guardia Oficial —añadió Aritz con la voz firme—. Si estoy aquí es porque así lo he creído oportuno, dado que yo mismo custodié a los guardianes y me incumbe lo que suceda en Dôr o Edhel.

—Entiendo. —Draegor pasó la mirada hacia Shaun y Tom intercaladamente—. ¿Y vosotros quiénes sois?

—Estos son Thomas Witler y Shaun Nemestri —habló Caelan por ellos—. Han acompañado a la guardiana desde los inicios de su guardia.

—Comprendo, pero debéis entender que nada de lo que se hable en esta sala debe salir de estas cuatro paredes.

—Lo entendemos, señor —asintió Shaun.

—Por supuesto —reafirmó Tom.

—Bien. —Draegor volvió la mirada hacia Teodora, pero antes de que pudiera hablar, una de las hechiceras se acercó a ella. Llevaba el

cabello castaño claro recogido en un moño bajo y una túnica de color púrpura.

—Dime, guardiana —dio un par de pasos en su dirección—. ¿Dónde están el resto de guardianes? Tenemos entendido que ahora sois más de un humano, lo que causa el motivo de esta reunión.

—Así es —Teodora habló con la voz entrecortada, pero trató de sonar segura—, estáis en lo correcto. La Reina Erulissë ha creído conveniente que acuda yo en nombre de todos mis compañeros, dado que soy la que ha custodiado el colgante desde la nueva guardia.

Al decirlo, la hechicera detuvo la vista en la amatista que colgaba del pecho de Teodora.

—Sí, el colgante de las Guardias —dijo antes de tomarlo en su mano, observándolo con atención—. Fascinante.

—No nos entretengamos más. —Draegor interrumpió la conversación—. Guardiana, por favor, toma asiento. —La invitó a sentarse en una de las sillas que rodeaban la mesa mientras todos los hechiceros del Consejo se sentaban en ellas.

Parecía que ya tuvieran sus sillas asignadas.

Teodora caminó insegura y se sentó en la silla de un extremo de la mesa, justo al lado de Caelan. Miró al brujo y este le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Cuando ya estuvieron todos sentados, Shaun y Aritz se pusieron justo detrás de Teodora, y Tom se apoyó sobre el umbral interior del ventanal, de brazos cruzados y atento a la situación.

—Alteza, si lo desea, también puede sentarse. —Le señaló Draegor.

—No, gracias —habló Aritz por detrás de Teodora—. Estoy bien aquí.

—Está bien, como desee. Bien, ¿sabes por qué estás aquí, guardiana? —Todos la miraron y Teo asintió tímidamente.

—Por el hecho inhabitual de la presencia de varios guardianes y la reacción del colgante.

—Exactamente. Caelan nos asegura que el colgante reacciona de una forma… inhabitual y que parece alertar sobre la presencia de nuevos guardianes.

—Sí, así es.

—¿Y dices que cada vez que ha aparecido uno de vosotros el colgante produce un resplandor? —habló Syrrion.

—Sí, algo así.

—Oh, qué groseros por nuestra parte no habernos presentado, disculpa —interrumpió Draegor—. Imagino que querrás saber quiénes somos.

—Bueno, estaría bien, sí. —Teo sonrió nerviosa.

—Pues yo soy Draegor, el responsable de este Consejo. A Caelan ya lo conoces, por supuesto —señaló con la mirada al brujo que estaba a su lado y Caelan le sonrió—, y ella es Calistra, suma invocadora de criaturas y espíritus. —Con el mentón, señaló a la hechicera que antes se le había acercado y esta le sonrió con amabilidad—. También estamos Eryndor, guardián de los grimorios más antiguos y peligrosos, Rhunazar, vigilante de Portales, Syrrion, guardián de artefactos mágicos —con la mirada señaló esta vez al hechicero que ya conocía—, Morwyn, encargada del espionaje arcano, Draelith, guardiana de las fronteras entre el mundo físico y los planos espirituales, Ethrion, encargado de regular las leyes del mundo mágico, y Nythar, que junto a Morwyn protege los asuntos confidenciales del Consejo y se encarga de las misiones más delicadas. Como ves, somos muchos, pero no estamos todos.

—Para esta ocasión, hemos acudido los imprescindibles —habló Calistra.

Teodora se sentía abrumada por tanta información y seguía un poco nerviosa.

—No lo estés —habló Draegor—, aquí estás en un entorno seguro.

A su lado, Tom rio. Sabía que Teodora odiaba que le leyeran los pensamientos.

—Siento haberte leído las conexiones mentales, me resulta muy fácil acceder a ellas —se disculpó Draegor.

—No hay problema. —Teodora le restó importancia, frunciendo los labios.

—Teodora —habló Syrrion—, si me permites que te tutee, ¿podrías decirnos exactamente cómo reacciona el colgante?

—Bueno, primero emite una luz violeta que se intensifica con el paso de los segundos. Esta luz a menudo parpadea, y la amatista se

calienta. Puede calentarse hasta tal punto que parece que está a punto de explotar.

—¿Y cuándo fue la última vez que ha reaccionado de esa forma?

—Pues… hace varios días. Estábamos en el Castillo de Dôl con Aritz. Digo, con el Capitán —se autocorrigió con tal de mantener el formalismo—. Bueno, ex Capitán. Su Alteza, digo.

Quiso que la tierra se la tragara en ese mismo instante. Los nervios la estaban traicionando.

—¿Es eso cierto? —preguntó Draegor mirando esta vez hacia detrás de Teodora, hacia Aritz.

—Sí, es cierto. —Aritz habló detrás de ella—. Teodora vino a advertirme, yo mismo lo presencié.

Al mencionarlo, los recuerdos de aquella noche afloraron en la mente de la guardiana. En mitad del frío de las montañas, abrigada con las ropas de Aritz, aquella conversación a los pies del roble… Recordó entonces sus palabras: «a veces me gustaría renegar de este puesto», «quizá, de donde cayeron las hojas brotarán otras. Más bonitas, más fuertes».

¿A qué se refería con aquello? ¿Acaso se estaba refiriendo a ellos dos?

—¿Y qué sucede cuando reacciona de esa forma? —preguntó otro de los hechiceros, Rhunazar, despertándola de sus pensamientos.

—Bueno, suele disiparse al cabo de unos segundos, o minutos… depende del momento —continuó explicando—. No lo sabemos con exactitud, pero no suele durar demasiado tiempo.

Los hechiceros se miraron entre ellos, pensativos.

—Está claro que es una causa de estudio —interrumpió Syrrion—, el colgante lo crearon nuestros ancestros, Allen y Meredith Pierce.

—Pero en ninguno de sus manuscritos advierten sobre posibles efectos secundarios, o colaterales —añadió Calistra.

«Claro, el libro», pensó Teodora, pero apartó ese pensamiento de un plumazo al ver que Draegor la miró fijamente. De repente, sintió algo apoderarse de su mente, como una caricia que quisiera atravesar sus pensamientos para ocultarlos.

—¿Tienes alguna pista más que puedas darnos, guardiana? —preguntó de repente.

—No, no. —Teodora negó con la cabeza mientras sentía que un recuerdo vago resurgía en sus pensamientos—. Solo estaba pensando… ¿y si ese brujo pudiera ayudarnos? El que vive en esa isla.

—¿Gwydion? —Syrrion frunció el ceño y rio—. Ese viejo chiflado no va a poder ayudarnos.

—Sus poderes están enturbiados —añadió Draelith—, casi tocando el plano de los espíritus.

—Al igual que sus pensamientos —intervino otro de los hechiceros, Eryndor, y todos rieron.

—Este es, sin duda, un asunto para el Consejo. —Syrrion levantó la voz, mirando a sus compañeros—. Sugiero que estudiemos el colgante con detenimiento.

—Si ninguno se opone, creo que sería lo más lógico —asintió Draegor—. Hagamos una votación, ¿quién está de acuerdo con custodiar el colgante para su examen?

De pronto, todos alzaron sus manos: ninguno en contra.

—Bien, pues no creo que haya dudas. —Draegor extendió sus manos agarradas frente a él sobre la mesa—. La guardiana puede quedarse aquí, en Dôr o Ithron —añadió sin apartar la vista de Teodora. Su mirada era penetrante, llena de una autoridad inquebrantable.

El comentario cayó como un cubo de agua fría y Shaun sintió cómo la tensión se disparaba a su alrededor. Sus ojos se movieron nerviosamente entre los presentes, mientras un temor creciente se formaba en su interior. Antes de que pudiera pronunciar palabra, una voz lo hizo a su lado:

—De ninguna manera. —La voz contundente de Aritz resonó en la estancia—. La guardiana viene con nosotros, donde se encuentran el resto de sus compañeros.

Teodora tragó saliva mientras miraba a todos los presentes, que a su vez no dejaban de analizarla con la mirada… y con la mente.

—Alteza, entiendo que sus sentimientos le cieguen el juicio —la voz de Syrrion se alzó en respuesta, calmada pero con un aire condescendiente que solo avivaba el ambiente tenso—, pero esta decisión le pertenece a la guardiana.

—No le consiento que me hable así, Syrrion. Y no le consiento que inmiscuya en mi mente.

Teodora sintió cómo la rabia en Aritz crecía como un volcán a punto de estallar. La rabia latía en él con tanta fuerza que su energía casi tangible parecía llenar el aire a su alrededor. Cada fibra de su ser estaba a punto de atravesar esa fina línea que separaba la diplomacia de la impulsividad. Aritz era un guerrero, pero en aquel momento, Teodora sabía que la furia lo dominaba. Detrás de ella, la presencia firme de Aritz era una protección inquebrantable, como un escudo que no permitiría que nada le ocurriera. Al mismo tiempo, la presencia de Shaun la respaldaba. Su mirada se paseó nerviosamente entre los miembros del Consejo, todos poderosos, todos con secretos y todos peligrosos.

El eco de la tensión en la sala era palpable, como si la magia misma esperara un estallido.

—Bueno —Syrrion la miró nuevamente—, ¿qué decide la guardiana?

Todas las miradas se posaron sobre ella de nuevo. Teodora los miró a todos antes de pronunciar palabra, pero a su lado, Caelan la interrumpió:

—Quizá, la guardiana se quedaría más tranquila si pudiera volver con sus compañeros y el colgante estuviera bien custodiado. Yo mismo me comprometo para así hacerlo, puesto que soy miembro del Consejo y estoy seguro de que a la Reina Erulissë así le habría gustado. ¿Verdad, Alteza? —Una mirada cómplice se desvió hasta Aritz, que asintió con la mandíbula tensa.

—Bien, pues que así sea —asintió Draegor—. Syrrion, dado que es tu especialidad, toma la custodia del colgante en nombre de todo el Consejo. ¿Estamos todos de acuerdo? —Su mirada recorrió a los hechiceros que rodeaban la mesa, uno a uno, buscando una confirmación tácita. Todos asintieron sin pronunciar palabra, aprobando la decisión—. Bien, guardiana. El colgante, por favor.

Teodora sintió un nudo en la garganta. Asintió lentamente y se llevó la mano al cuello, donde colgaba la amatista que había sido su compañera desde el inicio de su guardia. Las manos le temblaban ligeramente, pero aun así tomó el colgante con firmeza. Lo sostuvo

unos segundos más de lo necesario, como si no quisiera separarse de él, cuando se dispuso a entregarlo por fin a la mano extendida de Syrrion.

—¡No! —gritó Tom de repente con una urgencia desesperada, interponiéndose entre Teodora y Syrrion. Sus ojos brillaban con un miedo que nadie había visto en él antes—. ¡Está con ellos!

Todo ocurrió demasiado rápido. Syrrion, en un movimiento impulsivo, le arrebató el colgante y levantó una mano antes de que nadie pudiera reaccionar. Un vendaval salió disparado de él, poderoso y violento, empujando a Teodora hacia atrás. La guardiana voló por los aires, sin control sobre su cuerpo. El impacto fue brutal; su cuerpo chocó contra el enorme portón de madera al final de la sala con un sonido seco que resonó por toda la estancia. El golpe fue seco y violento, como si todo el aire en sus pulmones hubiera sido arrancado de un tirón. El impacto resonó en su cabeza como un eco ensordecedor que la dejó momentáneamente aturdida. Una punzada aguda recorrió entonces su espalda y hombros, quemándole cada nervio, y su mente tardó en registrar qué parte de su cuerpo dolía más. La madera fría detrás de ella amplificó la sensación de haber sido lanzada como un muñeco de trapo. El choque la dejó mareada, la visión nublada y sus pensamientos dispersos, incapaz de moverse o de gritar. El dolor latente se extendió por sus extremidades hasta que lo único que pudo hacer fue quedarse allí, jadeando en busca de aire con un sabor amargo en la boca y una sensación de vulnerabilidad absoluta.

A su lado, el sonido de unos cristales rotos llamó su atención. Todavía en el suelo, observó a Shaun tirado en el piso, haciendo todo lo posible por levantarse mientras se quitaba un cristal clavado en su brazo; parte del ventanal se había roto. Tom también estaba ahora en el suelo y, a su otro lado, Aritz había caído contra la pared.

El vendaval que había creado Syrrion los había empujado a los cuatro y allí, frente a ellos, Syrrion batallaba con sus compañeros. El sonido de sus voces era lejano, hasta que poco a poco Teodora fue recuperando el equilibrio de su respiración.

—¡Teo! —A su lado, Aritz, que había logrado ponerse en pie, se arrastró hacia ella. Teodora tuvo la fuerza suficiente para intentar

reincorporarse con ambas manos—. ¿Estás bien?

Antes de que pudiera responder, el grito de uno de los hechiceros captó su atención y pudieron ver cómo el cuerpo de aquel brujo terminaba de romper el cristal del ventanal y caía en picado. Teodora no pudo reaccionar, quedándose impactada mientras la imagen se repetía una y otra vez en su mente. No fue hasta que Shaun, cuando por fin se pudo levantar, llegó a su lado y la ayudó a no tambalearse hacia atrás, tomándola del brazo.

—Shaun —Teo habló de nuevo al ver su brazo desangrándose—, tu brazo. —Lo señaló con la mirada.

—Estoy bien —dijo, restándole importancia.

Aritz se interpuso entonces frente a ellos a modo de escudo. Tenía la mandíbula tensa y desenfundó su espada mientras observaba a los hechiceros batallar entre ellos.

—¡Syrrion! ¿Cómo has podido? —Draegor intentaba detenerlo—. ¡Nos has traicionado a todos!

—Vosotros no lo entendéis —Syrrion seguía evitando cada ataque de sus compañeros—, necesitamos un cambio. Derrocar el Pacto es la mejor opción para todos, ¡las Guardias deben acabar!

Frente a ellos, se extendía un espectáculo de ataques mágicos y psíquicos. Teodora desconocía el verdadero poder de los brujos hasta ese mismo momento. Eran fuertes, pero Syrrion no se rendía y su resistencia ganaba a la fuerza bruta de sus compañeros.

—¡Tú no eres quien decide eso! —gritó Calistra, intentando inmovilizarlo, pero Syrrion fue rápido y con una mirada hizo que Calistra sintiera asfixia.

—No, pero ya hay una mayoría que lo ha decidido —dijo antes de que Calistra cayera desplomada al suelo.

La espalda de Teodora chocó entonces contra el portón. Syrrion estaba ahora subido encima de la mesa de madera, de espaldas a ellos y mirando a Draegor de forma amenazante. De su mano colgaba la amatista.

—¡Marchaos! —exclamó Draegor, mirándolos por encima del hombro de Syrrion—. ¡Ahora!

Aritz se giró abruptamente hacia Shaun y Teodora. Caelan y Tom extendieron sus brazos, ejerciendo su magia hacia el traidor.

—Llévatela —dijo mirando a Shaun—, ¡ahora!

Sin perder ni un instante, Shaun agarró la mano de Teodora y abrieron el portón de madera. Un amplio pasillo se extendió frente a ellos y Shaun empezó a correr mientras llevaba a Teodora con él.

—¡No, Shaun! —Teo se detuvo en seco—. Tengo que recuperar el colgante, no puede estar en sus manos.

—Ahora mismo no podemos hacer nada. Tenemos que protegernos, ya se ocupan ellos. Piénsalo —Shaun dio un paso hacia ella, acercándose con insistencia—, Syrrion ha podido con sus compañeros del Consejo, nos hará picadillo.

—¿Y qué pasa con Tom? ¿Y con Caelan y Aritz?

—Lo sé, pero ahora mismo tienes que ponerte a salvo. Son fuertes, podrán. —Shaun la agarró de las manos—. Por favor, Teo. Vámonos, confía en ellos.

De pronto, un grito desgarrador por parte de Aritz les llamó la atención. Al girarse hacia la sala de nuevo con el portón abierto, vieron que Caelan y Tom habían conseguido inmovilizar a Syrrion, Draegor salió vivo de aquello y se unió a sus compañeros. Aritz se deslizó por la mesa de madera con agilidad, le arrebató el colgante a Syrrion y le clavó la espada en un costado. Soltando un grito de guerra al sacarle la espada ahora ensangrentada, el cuerpo de Syrrion cayó en seco sobre la mesa.

—Marchaos, ¡ahora! —exclamó Draegor hacia ellos—. Esto ya no es seguro.

—Draegor, ¿estás seguro? —habló Caelan—. ¿Qué vas a hacer?

—Te daré noticias pronto, pero tenéis que marcharos. Ya, ahora mismo —ordenó.

Caelan asintió y tanto él como Tom corrieron hacia el pasillo. Shaun y Teodora los esperaban parados mientras los observaban correr hacia ellos. Caelan hizo un movimiento con sus brazos y se abrió un portal de repente a espaldas del elfo y la guardiana.

—¡Vamos! —exclamó mientras corría hacia el portal.

—¡Vamos, Teo! —Shaun la arrastró con él.

Primero cruzó Caelan, después Tom lo siguió. Y justo cuando Shaun iba a cruzar junto a ella, la mirada de Teodora se giró atrás, hacia Aritz. Allí, en la sala, un grito llamó su atención: Syrrion

todavía no estaba muerto y le rasgó la garganta a Draegor con un puñal. Detrás de Aritz, Draegor se agarró con las manos el cuello del que brotaba un chorro de sangre y cayó al suelo.

—¡Corre! —Aritz gritó hacia ella, empezando a correr hacia el portal, pero el pulso de Teodora se aceleró al ver que Syrrion extendía una mano hacia él, dispuesto a hacer un nuevo uso de sus poderes restantes—. ¡Vete!

Como a cámara lenta, los dedos de Teodora se deslizaron hasta soltarse del agarre de Shaun.

—¡No! ¡Teod…! —La voz de Shaun se acalló cuando el portal lo absorbió.

Syrrion iba a atacarle. Aún medio moribundo, seguía respirando e iba a atacar a Aritz por la espalda. El rostro de Aritz, sudoroso y en tensión, la miraba preocupado mientras corría hacia ella. Teodora se quedó parada en seco mientras lo observaba correr hacia ella casi a cámara lenta. De la mano temblorosa de Syrrion, una llamarada amenazante se expandía por la sala.

—Aritz —pronunció su nombre casi en un susurro, soltando el poco aire que le quedaba en los pulmones mientras su mirada estaba conectada con la mirada temerosa del príncipe.

Y no tuvo tiempo de reaccionar cuando Aritz se abalanzó sobre ella, la tomó de la cintura, y ambos se dejaron caer por el vacío del portal antes de que este se cerrase.

19
Una caza de brujas
Primera parte

La espalda de Teodora chocó violentamente contra el suelo, enviando una onda de dolor por su cuerpo, pero antes de que su cabeza golpeara el frío mármol, una mano firme se interpuso. Aritz había llegado a tiempo, su mano había atrapado su cabeza con una delicadeza sorprendente, evitando que su cráneo quedara aplastado contra el piso. El contacto de su piel cálida contrastaba con la frialdad del suelo, protegiéndola en el último segundo. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Aritz, encima de ella y con el rostro a escasos centímetros del suyo, respiraba con la misma agitación, y por un segundo sus respiraciones se sincronizaron, fundiéndose en una sola. Los ojos de Teodora se encontraron con los suyos y en esa proximidad abrumadora, cada mirada era un escaneo profundo, como si ambos intentaran leer lo más íntimo de sus almas. Y por un instante, los ojos de Aritz viajaron a los labios de la guardiana.

De repente, una carcajada los interrumpió.

—Precioso, ¿verdad?

Un momento, Teodora reconocía esa voz.

Al levantar la mirada, lo vio: allí, en medio del salón del trono, Owen estaba frente a ellos y varios de sus hombres tenían a Shaun agarrado y amordazado. No, no solo a Shaun. También habían tomado a Tom y a… Erulissë. La Reina permanecía encadenada y con una mordaza en la boca y pusieron a Caelan a su lado. Una especie de cadenas distintas a las que llevaban los demás

enmanillaban al brujo consejero; las mismas que enmanillaban a Tom.

La mirada de Shaun se quedó clavada en Teodora y en Aritz sobre ella. Una mirada llena de dolor y de rabia, casi a punto del llanto.

—¿Qué se siente cuando te arrebatan algo, Shaun? —Rio Owen, rozándole con la punta de un cuchillo la mejilla. Shaun apartó la cara bruscamente, aun sin apartar la mirada de Teodora; estaba decepcionado—. Agarradla —ordenó a sus hombres.

Teo quiso levantarse rápidamente, pero justo cuando Aritz se reincorporó para defenderla, tres elfos lo agarraron por la espalda, inmovilizándole los brazos y haciendo que su espada ensangrentada cayera al suelo, produciendo un estruendoso ruido metálico por toda la sala. Teodora quiso escapar, quiso defenderse, pero la agarraron por los brazos y, de un impulso, la tiraron al suelo, frente a Owen. Lloró al caer a sus pies, parándose con las manos para no darse de bruces contra el piso.

Shaun, amordazado, se removió con insistencia e hizo un sonido con la boca, pero no lo dejaban escapar.

—¡No! —exclamó Aritz—. ¡Dejadla!

Aritz también intentó escapar, pero era inútil. Su mirada se quedó clavada en Teodora mientras Owen le alzaba la mirada con una mano en su mentón. La mirada de Teo estaba ahora llena de rabia y fija en los ojos de Owen. El elfo sonrió al verla.

—Ya deberías saber que siempre vamos un paso por delante de vosotros, pelirroja.

—¡Ni te atrevas a tocarla! —Aritz gritaba mientras seguía removiéndose con rabia, intentando zafarse de aquellos que lo retenían.

La mirada de Teodora, inundada en lágrimas, viajó hasta detrás de Owen. Shaun la miraba con dolor, su brazo seguía sangrando por el corte que había recibido en la Sala de los Arcanos.

—Ya me advirtió Syrrion sobre vuestra charla con los brujos. Menos mal que nos cubrimos las espaldas, aunque es una lástima que no consiguiera su cometido —dijo señalando con la mirada el colgante que todavía sostenía Aritz en su mano—. El colgante.

Bastó una sola mirada para darles una orden a sus hombres. Aritz se removió para evitar que le arrebataran la amatista, pero fue inútil. Owen extendió una mano al frente y Teodora observó ahora la piedra violeta sobre la palma del elfo.

El colgante de las Guardias estaba ahora en manos ajenas.

Teodora agachó la cabeza y rompió en llanto de nuevo. Les había fallado. Había fallado a Espe y a Nedhel cuando este último le advirtió que el colgante no debía estar en manos extrañas. Estaba dolida y decepcionada con ella misma.

Les había fallado a todos.

—Como ves, guardiana, hace falta más que una Reina, un Capitán o un Príncipe para transformar una idea en realidad —dijo Owen mientras se paseaba frente a ellos—. Ni siquiera el Consejo de Brujos ha podido impedirlo, basta con la fe de miles de almas para cumplir algo en realidad. —Se puso de nuevo frente a ella y le alzó el mentón, levantándole la mirada—. Es inevitable; la era de las guardias termina hoy.

—Sí, tienes razón —habló de nuevo Teo, recuperando poco a poco su voz mientras lo miraba fijamente con rabia—. La fe puede transformar una idea en realidad, aunque esa sea una pésima idea. —Owen rio y dejó de agarrarle el mentón para girarse sobre sus pasos mientras la guardiana se dispuso a preguntar—: ¿Qué has hecho con los demás? ¿Dónde están? —Mientras lo preguntaba, Teodora se alzó en pie con esfuerzo. Aun con el cuerpo entumecido y las piernas temblando, sus pies pisaron de nuevo el suelo firme, alzándose frente a aquel que la amenazaba. Con el cabello suelto, despeinado y alborotado, lo miraba fijamente mientras sus manos temblorosas se formaron en dos puños.

—Si te refieres a tus compañeros, están bien… —Owen caminaba mientras examinaba el colgante—, de momento. ¿Sabes? —Se giró hacia ella, señalándola con la punta del cuchillo—. Debí arrebatártelo aquel día, cuando nos encontramos en Lejre. —Su rostro cerca del de la guardiana—. ¿Te acuerdas? Sí, en el bosque. Entonces tú eras una pobre humana inexperta, estabas sola, ¡y mira la que has montado! —Rio con sarcasmo mientras alzaba ambos brazos al aire, señalando el entorno.

Teodora lo miraba sin miedo, ya no temía por su vida, pero quería salvar a los demás. En su mente, intentaba pensar en alguna estrategia lo suficientemente rápida como para poder sacar a los suyos de allí. Al menos, salvarlos a ellos.

De repente, sintió unas fuertes punzadas en la cabeza. Un dolor le taladraba las sienes y una mueca se formó en su rostro justo cuando cayó de rodillas al suelo, agarrándose la cabeza.

—¡Teodora! —La voz de Aritz gritó—. ¡Dejadla!

—Amordazadle —Owen señaló con el mentón a Aritz—, su Alteza me está poniendo nervioso. —Frunció los labios con orgullo al mirarlo y después se agachó de cuclillas frente a Teodora.

—¿Qué pasa, guardiana? ¿Te duele la cabeza? ¿O es que las fuerzas contrarias no te dejan pensar?

Justo cuando dejaba de sentir aquellas punzadas, un cuerpo cayó en seco detrás de Owen: Shaun. Teodora lo miró de repente y se arrastró por el suelo hasta llegar a él.

—¡Shaun! —Al llegar a su lado, lo tomó de la cabeza y le palmeó las mejillas—. ¡Shaun!

Owen puso los ojos en blanco y se giró hacia ellos.

—Siempre igual —añadió con indiferencia.

Teodora no le prestó atención a sus palabras. Miró el profundo corte que Shaun tenía en el brazo. Por eso se había desmayado; se estaba desangrando. Y mientras lloraba sin cesar con el rostro de Shaun frente a ella con los ojos cerrados y su cabeza sobre sus muslos, sacó toda la fuerza que le quedaba y se desgarró la blusa. Como pudo y con las manos temblorosas y manchadas de la sangre del elfo, le hizo un torniquete.

—Shaun, por favor. —Lloró frente a él mientras intentaba despertarlo.

—Bueno, ya está bien. —Owen la tomó del brazo, separándola del elfo mientras la arrastraba por el suelo.

—¡No! ¡No! —Teodora se removió, intentando aferrarse a Shaun, pero Owen pudo con ella y la apartó.

De un empujón, la tiró hacia Aritz. Su cuerpo cayó sobre las piernas de Aritz y el ahora príncipe quiso sostenerla, pero lo tenían retenido y le resultó imposible. En su lugar, Teodora cayó a sus pies.

—Que alguien se haga cargo de él —señaló a Shaun con la punta del cuchillo—, que lo curen. Al fin y al cabo, no queremos matar a los nuestros. —Se paseó hasta estar frente a la Reina y la miró de cara—. Aunque los nuestros no lo sepan —añadió con frialdad. Erulissë, con la mirada fría y aun con la boca amordazada, lo miraba fijamente sin temor alguno—. ¿No es así, Majestad? Intenté solicitar una audiencia como es debido, pero como no me atendíais… —Dio unos pasos hacia atrás y extendió los brazos a los lados—, he tenido que venir y tomar mi audiencia personal. Porque así funciona el sistema con este Pacto —alzó la voz para los suyos—, solo priorizan a los guardianes, ¡a los humanos! —Un seguido de alaridos se hicieron eco por todo el salón—. Ni siquiera la misma Reina de los elfos es capaz de cambiar algo que no funciona. —La señaló con la punta del cuchillo.

—¿No funciona para quién?

La voz de Teodora se alzó de repente detrás de Owen con el tono firme y lleno de rabia, provocando que el elfo se girara a verla. Dejando las lágrimas atrás y en pie frente a él, sostenía la espada ensangrentada de Aritz y su otra mano estaba formada en un puño. Sus ojos, encendidos de furia, se clavaron en él, como si pudieran atravesarlo. La tensión en la sala aumentó en un latido.

Era lo que pasaba con las chicas rotas como Teodora, aquellas que ya no tenían nada que perder, que florecían convirtiéndose en guerreras.

El elfo la miró durante un largo segundo y una risa burlona escapó de sus labios al ver a la guardiana empuñando una espada como aquella.

Enseguida, los aliados de Owen quisieron agarrarla, pero el elfo los detuvo.

—No, dejadla —dijo sin dejar de mirarla con burla mientras, a su vez, se colocaba el colgante, la amatista colgaba ahora de su cuello —. ¿Crees que una simple humana como tú puede hacerme frente con una espada?

Teodora no respondió a su burla. En lugar de eso, apretó con más fuerza la empuñadura de la espada de Aritz, sintiendo el peso del acero. Su respiración era constante a pesar del caos que la rodeaba,

y su cuerpo se movía junto a su respiración como si fuera un animal salvaje a punto de atacar. Owen seguía sonriendo, confiado, y dio un paso hacia ella, como un depredador jugando con su presa.

—Sabes lo que es esto, ¿verdad? —continuó Owen, mirándola con desafío—. La espada de un guerrero, algo que los humanos no pueden manejar. No te servirá de nada contra mí, guardiana.

Las púpilas de Teodora no se movieron ni un centímetro de los ojos de Owen. La rabia que sentía crecía como una tormenta imparable, pero no era una furia ciega. Era calculada, enfocada. Ni siquiera se perturbó cuando tomaron el cuerpo de Shaun, porque estaba dispuesta a recuperarlo ella misma. Por un momento, el eco de los gritos de los seguidores de Owen se apagó.

Todo lo que existía eran ella, la espada y Owen.

—Estás cometiendo un gran error, Owen —dijo con la voz baja, pero amenazante—. Tú hablas de poder y privilegio, de cambiar lo que no funciona, pero no entiendes el verdadero poder. No es la magia ni la fuerza bruta lo que cambia el mundo… —dio un paso adelante, haciendo que el filo de la espada destellara ante los ojos de Owen—, sino la voluntad de proteger lo que amas.

Owen dejó de sonreír. Algo en el tono de Teodora lo descolocó, o quizá fueran sus palabras, pero su orgullo no le permitía retroceder. Dio un paso más hacia ella con la intención de demostrar que él seguía teniendo el control.

—¿Proteger lo que amas? —se burló de nuevo—. Yo intenté proteger a alguien a quien amaba —se dio un par de golpes en el pecho con ferocidad mientras decía aquello con enfado—, pero por culpa de vuestro estúpido Pacto y vuestras inútiles guardias, la perdí. La perdí a manos de los humanos. —La voz de Owen hablaba desde el rencor, desde el dolor. Teodora no sabía a qué o a quién se refería, pero nada de aquello era justificable—. ¿Y acaso crees que una niña con un juguete ensangrentado puede proteger a alguien? —dijo, refiriéndose a la espada que sostenía Teodora en sus manos—. Acabemos ya con esto.

En un movimiento repentino, Owen le lanzó un corte con su cuchillo, rápido y preciso, buscando su cuello. Pero ella, anticipando el ataque, levantó la espada de Aritz con sorprendente agilidad,

bloqueando el golpe con un chasquido metálico que resonó por toda la sala. El impacto resonó en sus brazos, pero Teodora no se detuvo. Todos los presentes se quedaron boquiabiertos, expectantes de lo que iba a suceder. Detrás de ella, Aritz se removió esta vez con la boca ya amordazada, pero no podía zafarse del agarre de sus atacantes.

Teodora no se inmutó. Con un giro hábil, apartó la mano de Owen y, con un grito contenido, lanzó una estocada directa hacia él. Owen retrocedió justo a tiempo para evitar el corte, sorprendido por la ferocidad del contraataque.

—No soy la niña que dices conocer —dijo mientras daba otro paso hacia él, obligándolo a retroceder—. Ni una humana inexperta e inocente. Y definitivamente, no te conviene subestimarme.

La sonrisa de Owen se había desvanecido por completo, y en su lugar, una furia fría surgía desde lo profundo de sus ojos oscuros.

—¡Que nadie se mueva! —exclamó para su gente—. Esto es entre la guardiana y yo. —Volvió la mirada hacia Teodora—. Te has condenado, Teodora —gruñó mientras desenfundaba esta vez la espada de su cinturón, preparándose para el ataque—. No solo a ti, sino a todos los que están a tu lado. Debiste ocuparte de los tuyos cuando te di la oportunidad.

Owen se lanzó hacia ella con la rapidez de una sombra, su espada buscaba el punto más vulnerable. Teodora levantó la espada de Aritz justo a tiempo para bloquear su primer ataque y recordó las palabras de Saori: «La espada pide equilibrio, no fuerza», «Lucha con los pies, no con los brazos». El impacto de acero contra acero resonó con fuerza y Teodora retrocedió un paso, el peso de la espada la obligaba a ajustar su postura.

—Te equivocas —dijo con furia mientras su pecho subía y bajaba debido al esfuerzo—, estos son los míos.

Y de un solo movimiento inesperado, se giró y dio una patada a uno de los elfos que retenían a Aritz, después le clavó la espada a otro en el costado. Aritz la miraba sorprendido y se sacó la mordaza, dispuesto a luchar con ella; lo había liberado.

—Vete a buscar ayuda —le dijo la guardiana.

—No, Teodora…

Owen giró sobre sí mismo y lanzó una segunda acometida, esta vez apuntando a su costado. La guardiana logró levantar la espada, pero el golpe fue lo suficientemente rápido para rozarle el brazo, abriéndole una pequeña herida. El dolor agudo le hizo apretar los dientes, pero no cedió terreno. En lugar de retroceder, dio un paso adelante, plantándose firme.

A su lado, Aritz seguía luchando contra los demás atacantes.

—Aritz, ¡vete! —exclamó.

Aritz agarró el cuchillo de Owen tirado en el suelo y sus espaldas chocaron.

—No pienso dejarte sola.

Con un grito feroz, Teodora lanzó un ataque descendente con todas sus fuerzas hacia Owen antes de que este volviera a atacarla. Owen levantó su arma para desviar el golpe, pero en un movimiento de puro impulso, sus espadas chocaron y empujó a Teodora hacia atrás.

—¿Crees que estás haciendo lo correcto, Owen? —exclamó Teodora, aprovechando el momento—. No eres más que un cobarde escondido detrás de discursos de revolución.

—No deben ser tan malos los discursos de revolución cuando hay una mayoría que cree en el fin de las guardias.

Con una furia renovada, Owen lanzó una serie de ataques rápidos, cada uno más feroz que el anterior. Sus movimientos eran precisos y calculados, buscando el menor error en la defensa de Teodora. Pero la guardiana, con la espada firme en sus manos, bloqueó cada golpe, el sonido del acero chocando, llenando el aire. La tensión crecía, las respiraciones entrecortadas de ambos se hacían eco en la gran sala.

En un movimiento desesperado, Owen lanzó un golpe directo al rostro de Teodora, buscando distraerla. La guardiana logró esquivarlo y aprovechó la cercanía para girar sobre su propio eje, con la espada cortando el aire en un amplio arco. El filo cortó la parte superior del brazo de Owen, haciendo que soltara un alarido de sorpresa y dolor.

—¡Maldita sea! —exclamó, tambaleándose hacia atrás mientras sujetaba su brazo herido mientras la sangre goteaba entre sus

dedos.

Teodora, con la respiración agitada y el dolor ardiendo en su brazo, dio un paso más hacia él, levantando la espada, lista para terminar la pelea.

—Esto se acaba aquí, Owen. —Su voz era firme, inquebrantable.

Pero dudó: ella no era capaz de matar a nadie. Ni lo sería nunca; su alma no era capaz de ello.

Owen, a pesar de la herida, sonrió con una mueca de odio.

—Te equivocas, guardiana. Esto no es el final, esto es el comienzo.

Con un último gruñido, Teodora se lanzó hacia él con lo que le quedaba de fuerza, pero Owen, más rápido, giró la espada en un arco limpio y la desarmó. La espada que sostenía Teodora voló por el aire, chocando contra el suelo a varios metros de distancia. La guardiana cayó de rodillas, jadeando, derrotada.

El elfo, aún con la espada en alto, la miró con determinación; su cuerpo temblando tanto por el dolor como por la adrenalina.

—Este caos morirá contigo y el Pacto si es necesario —susurró mientras el eco de la sala se llenaba del sonido de su victoria por parte de los antipactistas presentes—, pero no pienso darte el placer de una muerte rápida, no ahora.

A su lado, el grito de Aritz se hizo presencia, pero antes de que pudiera atacarlo, otros salieron en defensa de Owen. Aritz, con movimientos ágiles, se deshizo de cada uno de ellos y le tendió la mano a Teodora. La guardiana no dudó en agarrársela y dejarse llevar, pero antes de que pudiera avanzar junto a él, un fuerte tirón en el cabello la detuvo. Sus dedos se deslizaron y sintió un vacío al deshacerse del agarre de Aritz. Cayó de espaldas al suelo, gritó por el impacto, y Owen se colocó de cuclillas sobre ella.

—¡Teo! —exclamó Aritz, que empezó a luchar con otros nuevamente.

—¡Vete! —Teodora gritó en el suelo, inmovilizada por Owen—. ¡Busca ayuda! ¡Rápido!

Al ver que estaba solo y no podía hacer nada, Aritz dirigió una mirada rápida hacia Teodora. De la guardiana pasó a su tía, Erulissë. Desde la distancia, la Reina lo miraba con confianza, como si en aquella mirada le estuviera transmitiendo un mensaje en clave. Y

antes de que pudieran retenerlo de nuevo, Aritz corrió y salió del salón en busca de refuerzos.

Solo esperaba que, cuando llegara, Teodora siguiera viva.

19
Una caza de brujas
Segunda parte

—¡Id tras él! —ordenó Owen y enseguida unos cuantos de sus hombres siguieron a Aritz.

Teodora se removía, aún debajo de él.

—Bueno, ya me has hecho perder bastante el tiempo. —Owen extendió una mano y uno de sus hombres le tendió una cuerda gruesa. Y por más que lo intentaba, era inútil resistirse mientras le ataba las manos.

Cuando estuvo atada, Owen se reincorporó y la agarró de una de sus muñecas. Al hacerlo, una de sus mangas se deslizó hasta casi a la altura del codo y Teo le vio unas marcas en el antebrazo. Parecían cortes, viejas heridas cicatrizadas. Al mirarlas detenidamente, Owen se miró el antebrazo y la alzó sin miramientos, arrastrándola con él y haciendo que el roce de la cuerda le quemara la piel.

—Vamos —dijo mientras la arrastraba hacia una de las puertas de la sala—. Los demás, quedaos con la Reina y los brujos —ordenó.

Al volver la mirada hacia atrás, se le rompió el corazón en pedazos al ver que se habían llevado a Shaun. Su mirada se cruzó con la de Tom que, a su vez, la miraba con dolor y preocupación. Y por más que lo intentaba, no había mirada de alivio que el brujo pudiera ofrecerle. A su lado, Caelan y la Reina también la miraban con las bocas amordazadas y las manos atadas.

Teodora se dejó arrastrar en silencio hasta llegar a una puerta de madera que había en aquel pasillo. De una patada, Owen la abrió y la continuó arrastrando por unas escaleras de piedra que bajaban

hacia una especie de sótano. Allí no había luz más que la de las velas que reposaban en los quinqués de pared. El aire era húmedo, denso, como si allí hubiese poca ventilación.

—Vamos, no tengo todo el día —dijo dándole un tirón que casi la tira escaleras abajo.

Al llegar por fin a la planta de abajo, siguieron un enorme pasillo. A cada lado, unas celdas se extendían, aunque la mayoría estaban vacías.

—¿Qué quieres, Owen? ¿Por qué haces esto?

—Ya sabes lo que quiero, humana —respondió sin girarse—. Y no me concediste ese deseo.

—¿No sería más fácil convivir todos en paz?

—Vosotros no sabéis lo que es la paz. —Owen rio con sarcasmo—. Vamos. —Le dio otro tirón.

—¿Te estás oyendo? Hablas de paz, pero mira lo que estás provocando.

—¡Los humanos nos destrozasteis! —exclamó, girándose frenéticamente hacia ella—. Acabasteis con la paz que teníamos.

—Pero eso pasó hace siglos, ni yo ni mis compañeros tenemos nada que ver con eso. Además, todo funciona, vivimos en paz.

—Te equivocas —añadió, mirándola de cerca—. Mientras los humanos estéis atados a este mundo siempre se desencadenará algún acontecimiento que nos arrastre a la ruina con vosotros. ¿Acaso el colgante no te ha advertido lo suficiente? Y sí —volvió a caminar, arrastrándola—, también estoy enterado de eso.

—Owen, por favor. Ni siquiera sabemos por qué reacciona así.

—¡Yo sí! —exclamó, volviéndose hacia ella nuevamente—. Y voy a terminar con ello. Las guardias terminan hoy —dijo antes de volver a caminar.

—Te olvidas de algo. Aunque nos mates, aparecerán más guardianes. Así lo dice el Pacto.

—El Pacto está anticuado, y tú también olvidas algo. No sois los únicos que trabajáis con brujos, yo también tengo hechiceros de mi lado. ¿Acaso crees que todo el mundo piensa como vosotros? De eso nada. Ya sé que los humanos tendéis al egocentrismo, pero lamento

decepcionarte, guardiana. La gente está harta del Pacto, de que os prioricen a vosotros, los humanos.

—Debiste pasarlo muy mal de pequeño.

Una risa sarcástica surgió de Owen mientras la seguía arrastrando en aquel oscuro y putrefacto pasadizo.

—Qué sabrás tú, apuesto que has tenido una vida de princesa.

—No he tenido una mala vida, pero tampoco he sido la realeza. Era una chica normal, como tú y como Laila.

—No metas a Laila en esto. —Owen se giró de repente con el semblante serio hacia ella; su pecho casi choca con su cuerpo. Teodora lo miró fijamente a los ojos. Por primera vez, sus almas parecieron conectar.

—¿Qué te pasa con ella? Es evidente que toda esa rabia contenida viene por algo.

«Bien, estoy ganando tiempo», pensó Teodora.

—Tú no sabes nada. —La mandíbula de Owen se tensó al dar un paso más hacia ella.

Teodora se quedó en silencio durante unos segundos, examinándolo atentamente.

—La quieres —dijo antes de que Owen se girara de nuevo y tirara otra vez de ella—. La quieres, ¿es eso?

—Cállate, antes de que te parta yo mismo la boca.

—Owen, por favor. ¿No ves que así le haces más daño? ¡Quemaron su casa! ¡La de sus padres!

—¡No me dejasteis elección! —De nuevo, se giró abruptamente hacia ella.

¿Acaso estaba logrando tocar su punto débil? ¿Era ese su punto débil, Laila?

—Siempre hay elección. Owen, por favor. Podemos empezar de nuevo, terminar con esto.

—Sí, por supuesto que vamos a terminar con esto, y será hoy mismo. —Volvió a caminar, tirando de ella. Las muñecas de Teodora ya estaban doloridas por el roce de las cuerdas—. Laila no supo verlo, pero vuestra presencia aquí no nos hace ningún bien. Si os desterraron, deberíais estar completamente desligados. Ese sí que sería un buen pacto.

De fondo, las risas y cuchicheos de varios encarcelados los acompañaban. Al avanzar por el pasadizo, Teodora divisó a varios de esos presos. Las celdas, como cuevas con rejas de hierro oxidado, los oprimían en la oscuridad. Al pasar frente a una de ellas, varios soldados del Ejército Real yacían tumbados, sentados sobre el suelo a la espera de nuevas noticias. Y de pronto, una cara conocida fue iluminada por la luz tenue de las velas.

—¡Guardiana! —Varion se levantó del suelo y se aferró a la celda, agarrando los hierros con sus manos mientras la miraba con preocupación.

—¡Varion! —Teodora quiso ir hacia él, pero Owen tiró de ella.

Y justo al llegar en la celda de al lado, los vio: sus compañeros se levantaron de repente al verla amarrada a manos de Owen. El elfo se sacó un conjunto de llaves del bolsillo y, con una de ellas, abrió la puerta. Sin miramientos, empujó a Teodora y la pelirroja cayó sobre la tierra húmeda de aquella sucia celda.

—¡Teo! —Amira se agachó a su lado y Teodora hizo una mueca al sentir el dolor rebotar en cada uno de sus huesos.

—¡Hijo de puta! —Boris se aferró a los hierros, intentando salir o atacar a Owen, pero era inútil.

—Mira, justo a ti te andaba buscando —Owen lo señaló con el dedo índice—, pero al final os encontré a los seis. Un momento —frunció el ceño—, ¿dónde está el sexto? —Owen los escaneó con la mirada. Los guardianes se quedaron en silencio—. Mis hombres no mienten, falta uno. ¡¿Dónde está?! —exclamó, dando un fuerte golpe en los hierros que resonó por todo el pasadizo.

—¡No lo sabemos! —exclamó Nathalia—. Y aunque lo supiéramos, no te lo diríamos.

Owen la miró fijamente y la señaló con el dedo índice mientras una sonrisa cínica se mostraba en su rostro.

—Nos veremos en un rato, guardianes. Pienso encontrar a vuestro compañero, pero prepararos para vuestras últimas palabras.

Y tras decir aquello, se marchó dejándolos en la oscuridad. Fue entonces cuando Teodora no pudo evitarlo: apoyándose en la pared, tumbada sobre el suelo, rompió en llanto.

—¿Qué ha pasado? —Ethan se acercó a ella, al igual que todos.

—Sí, ¿por qué no estás con el Consejo? —preguntó Amira.

Teodora miró a su compañera y sollozó, un mar de lágrimas se derramó por todo su rostro.

—Había un traidor, un aliado de los antipactistas —dijo entre lágrimas—. Me quitó el colgante y… mató a sus compañeros. Ya no hay Consejo. —Sollozó fuertemente, sus hombros se movían frenéticamente al son de sus lágrimas.

—¿Y los demás? —continuó preguntando Amira, poniéndole una mano sobre el hombro—. ¿Dónde están Tom y Shaun? ¿Y Aritz?

Rompió en llanto de nuevo al recordar el cuerpo de Shaun caer secamente frente a ella, sobre el suelo. Sus ojos cerrados, su pulso débil…

—Los han capturado. Shaun estaba perdiendo sangre… y… —Las palabras se le entrecortaban y sentía los mocos oprimiéndole la respiración. Se limpió con la manga de su blusa desgarrada—. Aritz es el único que ha podido escapar, ha ido en busca de ayuda. —Un pensamiento fugaz la despertó de sus lágrimas y miró alrededor, alarmada—. Caleb, ¿dónde está Caleb?

—Está bien, no lo han capturado —añadió Nathalia—, o eso creo.

Ethan le dio un codazo en señal de desaprobación y volvió la mirada hacia Teodora.

—Estaba con Arnin, el druida. Estarán bien.

—Tampoco sabemos dónde está Laila —continuó Nathalia, abrazándose las piernas—, ni Dylan.

—Dylan… ¿se habrá escondido?

—Eso espero, estoy preocupada por él —dijo Amira—. Ya sabéis cómo reacciona con cualquier cambio… —A su lado, Ethan le dio un beso sobre la sien.

Al ver aquel gesto de cariño, Teodora volvió a llorar. Abrazándose a sus piernas, bajó la cabeza y rezó a todos los Dioses habidos y por haber, a la Madre Tierra y al Universo para que Shaun, Caleb y los demás estuvieran bien.

—Estarán bien —añadió Amira, refugiándola en un abrazo—. Solo nos quieren a nosotros. —Teodora se limpió las lágrimas y la miró.

—Casi pareces Tom cuando me lee la mente. —Sonrió ligeramente y Amira sonrió, acariciándole el cabello.

—Al final va a ser verdad que podemos leernos las conexiones mentales. —Rio.

—Guardiana. —La voz de Varion habló desde la celda de al lado—. ¿Has dicho que ya no hay Consejo?

Unos segundos de silencio, Teodora temía pronunciar las siguientes palabras.

—Sí —habló Teo—, eso he dicho. Al menos, no queda nadie de los miembros anteriores.

«Como ves, somos muchos, pero no estamos todos», recordó las palabras de Draegor.

—Bueno, puede que aún queden algunos de sus miembros, o eso creo… —rectificó—. Varion, ¿cómo ha ocurrido? ¿Cómo han entrado? ¿Los antipactistas han podido con el Ejército?

—Fue un ataque sorpresa. No lo esperábamos, pero ha resultado que teníamos infiltrados en el propio Ejército. ¡Malditos traidores! —El golpe contra el hierro resonó por todo el espacio y, aunque no podían verlo, intuían que había golpeado las rejas.

—Sí —habló otro de los soldados—, ya no podemos confiar en nadie.

—Arrestaron a la Reina —continuó Varion—, entraron en todas las estancias mientras estabais fuera.

—Entraron en nuestras habitaciones y nos capturaron uno a uno —dijo Boris, a su lado.

—Cerraron todas las entradas de la ciudad y esperaron a vuestra llegada —explicó Varion—, así de sencillo. Intentamos detenerlos, pero muchos de nuestros hermanos se pusieron de su lado.

—Entonces, ¿cómo sabéis que Caleb estaba con Arnin? —Teo les preguntó a sus compañeros.

—Porque yo mismo los vi —intervino Boris—. Justo cuando nos llevaban hacia el sótano, vi de lejos a Caleb agarrado de la mano de Arnin. Caminaban hacia el exterior, hacia el jardín.

—El invernadero —continuó Teo y Boris asintió.

Teodora soltó un profundo suspiro y agachó la cabeza, agarrándosela con frustración.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Nathalia—. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Esperar —dijo Teodora, alzando la mirada hacia su compañera—, no nos queda otra. Ojalá Aritz llegue pronto.

൭

Los minutos pasaban y no había novedades. Nadie venía, nadie se les acercaba. Seguían solos a la luz tenue de unos quinqués y una ligera luz exterior que se reflejaba desde una pequeña reja que había arriba, en la pared.

No sabían cuánto tiempo había pasado cuando, de repente, se escuchó mucho ruido desde el exterior. Era alboroto, griterío de gente que provenía de fuera.

—¿Qué está pasando? —Nathalia se levantó.

—No lo sé —negó Boris.

—Varion —Teodora también se levantó, mirando hacia la rejilla que daba al exterior—, ¿hacia dónde da esto? La rejilla.

—No sé decírtelo con exactitud, pero creo que hacia la parte de la entrada a palacio —respondió desde la otra celda.

—Necesitamos ver qué pasa ahí fuera —añadió Ethan.

—Tengo una idea. —Boris avanzó hacia la rejilla—. Amira, creo que eres la que menos pesas. ¿Crees que puedes subirte a mis hombros? —A su lado, Amira se encogió de hombros.

—Lo puedo intentar.

—Vale, yo me agacho y tú subes a ver, ¿vale? —Amira asintió.

Boris se agachó y Amira se subió a sus hombros. Cuando estuvo sentada, con esfuerzo, Boris se puso de pie y Amira pudo llegar a la rejilla. Intentó alzar la cabeza y elevar la vista.

—¿Ves algo? —le preguntó Ethan.

—No —Amira negó con la cabeza—, no llego lo suficiente.

—Tienes que ponerte de pie —dijo Boris—. Voy a agacharme para que vuelvas a subir, ¿vale? —Amira asintió.

Al agacharse, Amira se bajó y se descalzó para no hacerle daño con la suela de sus botas. Ethan le tendió la mano y Amira, ayudándose del apoyo de la pared, puso por fin los pies sobre los hombros de Boris.

—Vale, ya. —Al decirlo, Boris se levantó de nuevo con esfuerzo mientras Ethan y Nathalia la sostenían de las piernas para que no

cayera.

Teodora se puso tras ellos, a la espera de una respuesta.

—¿Qué pasa, guardiana? —habló Varion.

—¿Ves algo? —preguntó Nathalia, desesperada.

—Sí, hay mucha gente reunida delante del palacio. —Amira seguía mirando por la rejilla—. Están poniendo algo delante, pero no puedo verlo. La gente no me deja ver qué es.

—¡Eh! —Una voz les gritó e hizo que todos se giraran.

Boris se agachó rápidamente y Amira pudo bajarse. Unos hombres de Owen abrieron la celda y los amarraron de nuevo. Aunque intentaron zafarse de su agarre, les resultó imposible.

—Vamos, es vuestra hora —les dijo.

Un enano y un brujo los acompañaban. Los ataron de las muñecas y los ligaron a todos con una cuerda, como si hicieran una fila. Al salir de la celda, el enano les sonrió con malicia. Teodora miró al brujo; lo desconocía, pero su mirada se mantenía impasible.

—¡Vamos! —El enano le dio una patada a Boris, haciéndole caer al suelo.

Frente a él, Teodora se agachó para ayudarle a levantarse, pero el elfo la tomó del brazo, arrastrándola.

Una mirada fugaz recayó sobre el rostro de Varion al pasar frente a su celda. El Comandante los miró de forma cómplice, preocupado, al igual que el resto de sus compañeros soldados que aguardaban en aquel triste y solitario calabozo.

—Que la Madre Tierra os proteja —susurró Varion.

—Que la Madre Tierra os proteja —repitieron los soldados.

Al pasar frente al resto de celdas, algunos de los presos les dirigieron una mirada rápida de compasión.

—Que la Madre Tierra os proteja —repetían.

—¡Callaos! —exclamó el enano, golpeando a uno de los presos con la empuñadura de su espada.

Se dejaron arrastrar sin oponer resistencia. Estaban agotados y ya casi no les quedaba energía para defenderse. Subieron aquellas oscuras escaleras hasta llegar por fin al pasillo interior del palacio, donde la luz del día los cegó por un momento. Siguieron avanzando

hasta llegar a la entrada de palacio y aquel elfo abrió de pronto los portones que los separaban del exterior.

Un seguido de alaridos resonó en el ambiente. Al alzar la mirada al frente, un montón de gentes los observaban. Algunos silbaban, otros los miraban con pena. Teodora estrechó los ojos ante la luz cegadora del día.

—¡Muerte a las guardias! —exclamó alguien.

—¡Muerte al Pacto! —exclamó otro.

El corazón se les encogió en un puño al ver seis hogueras distintas repartidas en un semicírculo por el terreno. Sobre una estructura piramidal de pilas de troncos robustos, paja y ramas finas, se extendían postes de madera y unas cuerdas gruesas a la espera de atar algo… o a alguien.

Nathalia se removió, al igual que todos ellos. Teodora quiso zafarse de las cuerdas que los ataban, pero era inútil. El enano le proporcionó una patada en las piernas que la tiró sobre el suelo. Un golpe contra el pavimento le había cortado el labio y tuvo que hacer un enorme esfuerzo por reincorporarse sobre sus rodillas. Escupió sangre a un lado mientras sus compañeros intentaban también escapar. Los alaridos y el ruido de fondo se hicieron más presentes cuando un montón de elfos y enanos llegaron a ellos. No, no solo elfos y enanos. Un centauro los agarró de las cuerdas y los alzó, haciendo que fueran arrastrados de nuevo.

Amira lloraba sin cesar, Boris gritaba.

—¡No! —exclamó Ethan, también tratando de soltarse.

—¡Malditos! —Nathalia lloraba y gritaba con odio.

Por un momento, la mente de Teodora se apagó. Miró al frente, observando todas aquellas miradas señalándolos como si fuesen culpables de un crimen que no habían cometido. Se dejó llevar cuando la separaron de sus compañeros y la ataron al poste. No sentía emociones, sentía un vacío. No era capaz de reaccionar.

¿De verdad iba a ser aquel el final de su vida? ¿Condenada a unas llamas que liberarían su alma tal y como liberaron las almas de miles de mujeres inocentes en el mundo humano?

Los pasos de Owen resonaron frente a ellos cuando las voces se acallaron. Caminaba decidido, con las manos detrás de su espalda,

la postura erguida y la mirada fija en Teodora. Pasó entonces a mirar a todos los presentes; los espectadores de aquel circo.

—Todo el mundo sabe —empezó a hablar— que el Pacto por el cual nuestros ancestros firmaron no es sostenible. Es de necios negar que si los humanos fueron desterrados, desterrados deberían estar. La evolución consiste en cambiar leyes, y eso es lo que vamos a hacer hoy. —Gritos de victoria se alzaron por todo el lugar—. El Pacto fue firmado en Dôr o Edhel, y en Dôr o Edhel terminará. ¡Hoy empieza una nueva era para Dôr o Gwaith! —De nuevo, gritos de celebración invadieron el ambiente—. Sin embargo, como veis, no están todos los guardianes. ¡Falta uno de ellos, pero lo vamos a encontrar! Y mientras este es encontrado, sus compañeros le abrirán camino a su destino final. —Al decir aquellas palabras, Owen posó la vista sobre Teodora.

Por fin, Teodora reaccionó. Soltó un suspiro desgarrador cuando se vio allí, atada a aquel poste y con un montón de troncos y ramas para ser quemados bajo sus pies. A su lado, miró a Amira. Su compañera lloraba sin cesar, la cabeza baja y los ojos cerrados. Al lado de Amira, Ethan se removía con la mandíbula tensa, las lágrimas en los ojos. Y justo al lado de Ethan, Nathalia también lloraba y gritaba. Teodora giró la cabeza, donde estaba Boris intentando zafarse de aquellas cuerdas. Su respiración entrecortada, la mirada perdida entre las cuerdas y los troncos bajo sus pies.

Al mirar al frente, lágrimas se derramaron por el rostro de Teodora.

—No perdamos más tiempo, ¡encended las hogueras! —ordenó y el tumulto de gente gritó.

—No, no, ¡por favor! —exclamó Amira en un grito desgarrador.

¿Por qué Teodora no gritaba? ¿Por qué no hablaba? Un nudo se le había formado en la garganta. Así es como iban a morir, el fin de sus días. Una humana de Montgomery asesinada en la hoguera en un mundo remoto, lejos de su antigua vida.

A sus pies, vio cómo encendieron la hoguera con una antorcha, cuya luz danzaba como un mal presagio de la inevitable destrucción. Las llamas enseguida avivaron. Sintió el calor del fuego calentarle las suelas de sus botas, las llamas cada vez más crecientes.

—¡Detente, Owen! —Una voz apreciada llamó la atención de todos.

—Shaun —susurró Teodora al verlo allí, parado frente al elfo. Shaun sostenía un arco con una flecha apuntando directamente hacia Owen.

—Detén esta locura o acabaré contigo, aquí y ahora. —La voz de Shaun hablaba firme, sin miedo. Tenía el brazo vendado y el rostro magullado, se le veía agotado, pero volvía a ser él mismo.

Los aliados de Owen quisieron frenarlo, pero Owen los detuvo.

—¡No! Dejadlo, seguramente quiera unirse a su amada. ¿No es así, Shaun?

Por un momento, el semblante de Shaun se descompuso. No quería mirar hacia Teodora porque sabía que, si la miraba en aquella circunstancia, se derrumbaría y no podría llevar a cabo su cometido.

—Al fin y al cabo —continuó Owen—, tú me quitaste a la mía.

—Él no te quitó nada. —La voz de Laila apareció frente a ellos.

Laila estaba a varios metros frente a Teodora. Llevaba un camisón blanco, sucio, y el cabello rubio suelto. Sostenía un cuchillo en su mano, apuntando a su propia garganta.

—Laila —rio Owen, mirándola—, ¿qué haces? —Avanzó hacia ella —. Deja de hacer tonterías y da…

—¡No! —exclamó, acercándose la punta del cuchillo a su cuello, amenazante—. Si matas a los guardianes, moriré con ellos.

Owen cambió su semblante, la miró con seriedad. Trató de acercarse a ella, pero cada vez que daba un paso, la rubia se acercaba el cuchillo a la garganta. Con su mano temblorosa, miraba a Owen con detenimiento.

A su lado, Nathalia lloraba. Los rostros de los guardianes cubiertos de hollín y miedo, las llamas cada vez más cerca de sus cuerpos. Por un momento, la mirada de Shaun viajó hasta Teodora. Las lágrimas se le escaparon al verlo, en sus ojos se reflejaba tanto el cansancio de una lucha infructuosa como la resignación ante un destino que ya no podían cambiar. Shaun la miraba con dolor, con impotencia. De sus ojos brotaron las primeras lágrimas al verla en la distancia. Sin embargo, había una dignidad en la postura de Teodora, una silenciosa resistencia que le regaló una sonrisa entre el mar de lágrimas.

Si iba a morir, iba a hacerlo en paz.

—Laila, dame el cuchillo —le ordenó Owen, tendiéndole la mano—. No lo hagas.

—Suéltalos y soltaré el cuchillo.

Laila lo miraba fijamente con la mandíbula tensa y los ojos también bañados en llanto.

—Laila, por fa…

No tuvo tiempo de terminar cuando todos vieron que Laila, decidida, empezó a rajarse la piel del cuello. Lloraba al hacerlo, pero fue un gesto lleno de coraje y valentía que demostró que era capaz de dar la vida por aquellos a quienes amaba.

—¡No! —Owen avanzó hacia ella con las manos en alto—. ¡Está bien!

Sin embargo, no hubo tiempo. De repente, una horda de soldados entró en el lugar. No, no eran soldados cualquiera, eran la Guardia Oficial. Teodora divisó a Finrod y a Saori entrar en aquella explanada en la que se formó una batalla inmediata, y un montón de centauros los seguían. Gritó al sentir las llamas quemarle la suela de los pies. A su lado, todos los guardianes gritaban.

Al ver la batalla que empezaba a batirse, Owen miró alrededor, desesperado. Avanzó hacia Laila, le arrebató el cuchillo y la agarró de la muñeca, arrastrándola con él. Desaparecieron del lugar mientras Shaun avanzaba corriendo hacia Teodora. Una cortina gris de humo les enturbiaba la vista mientras ese mismo humo cegaba a los guardianes. Tosían, siendo ahogados a cada segundo que pasaba. Y en un vistazo rápido, Teo divisó a Aritz entrando al lugar haciendo una voltereta ágil en el suelo y rasgando con su espada a uno de los antipactistas.

—Teo, tranquila. —Shaun llegó entonces a su lado y, con rapidez, cortó las cuerdas que la ataban al poste—. Ya estoy aquí.

La mirada de Teodora se nublaba mientras tosía y vio a Aritz a lo lejos, pararse en dirección a ella. La mirada de Aritz se detuvo en la pelirroja en una milésima de segundo. Al ver que Shaun la desataba, enseguida volvió a dibujar un arco en el aire con su espada, esquivando ataques contrarios.

—Ya te tengo. —Shaun la sostuvo en brazos al bajarla del poste.

Fue entonces cuando Teodora perdió la conciencia.

Laila se vio arrastrada por Owen, pero no opuso resistencia si eso significaba que sus amigos podrían ser liberados. Un hilo de sangre le caía por el cuello, pero no le importaba.

—¿A dónde me llevas?

Owen no respondió, pero siguió caminando hasta llegar al lado del lago, lejos de la batalla. Allí no había nadie, estaban solos. El elfo de cabellos rizados la soltó por fin y caminó de un lado para otro mientras miraba al suelo desesperadamente, frotándose el cabello con frustración.

—¿Por qué haces esto? —le recriminó Laila—. No te creía capaz de matar a nadie. No eres el Owen que conocí.

—¡No! —exclamó, girándose hacia ella con rabia—. No lo soy, tú me has hecho así.

—Te equivocas. Una parte de ti ya era así desde antes, pero no había resurgido. —Sus ojos estaban clavados fijamente en los de Owen—. Mi peor pesadilla se hizo realidad.

Los ojos de Owen se detuvieron en el hilo de sangre que caía del cuello de Laila. Miró hacia un lado y, haciendo un chasquido con la lengua, se rasgó la camisa. Al acercarse a ella, Laila retrocedió.

—No voy a hacerte nada, solo quiero ponerte esto.

Laila dudó, pero no opuso resistencia. Mientras le rodeaba el cuello con el trozo de tela a modo de pañuelo, los ojos de Laila lo miraban fijamente. Observó de cerca sus pecas, aquellas que una vez la cautivaron. Sus rizos de color castaño, sus ojos profundos fijos en ella.

—¿Por qué, Owen? Solo dime por qué.

—Ya sabes el por qué, Laila, pero no lo entiendes.

—No, no lo entiendo. ¿Por qué tanto odio? Podríamos haber sido…

—¿Qué? —Owen la miró fijamente, quedando a centímetros de su rostro—. ¿Haber sido qué?

—Tú sabes el qué.

—No, no lo sé porque me dejaste de lado. Te fuiste con Shaun.

—Shaun era y es mi amigo, y tú lo sabes.

—Un amigo humano.

—Medio-humano —enfatizó—, y no logro ver cuál es la causa del problema. ¿Tanto odio les tienes? Sé lo duro que fue enfrentarte a tu padre, lo que te hacía…

—¡No hables de mi padre! —gritó—. Él no tiene nada que ver en esto.

—Sí, tiene que ver. Él te hizo ser quien eres, cultivó en ti ese odio sin sentido. Tú fuiste el que te apartaste de mí, yo te quería. —Por primera vez ante él, una lágrima resbaló por la mejilla de Laila—. Te quise, pero me obligaste a alejarme de ti. Yo no puedo estar con alguien así, Owen.

Los ojos de Owen se cristalizaron al mirarla. Sus pupilas se desviaban ante las suyas, leyéndole el alma, pero sin lograr entenderla.

—Vale, hazme tu villano —dijo sin apartar la mirada de ella—, pero a mi lado el mundo sería nuestro. Navegaríamos juntos, como queríamos de pequeños. —Owen le agarró la mano y miró hacia el agua del lago, donde se contemplaban sus reflejos.

Laila miró el reflejo en el agua, sus manos agarradas. Su mirada pasó del agua al rostro de Owen de nuevo.

—Me harías una tirana.

—No, serías mi reina. —La agarró de ambas manos y, mirando sus manos entrelazadas, se volvió hacia ella—. Salvaríamos este mundo.

—¿Salvar o gobernar?

—No veo la diferencia. —Se encogió de hombros.

—Es por eso por lo que nunca podría estar contigo. Justicia y venganza no son lo mismo.

—Laila, por favor. Yo te amo, y lo sabes.

—Eso no es amar a alguien, Owen. A quien se ama no se le hace daño.

—El amor siempre trae daños colaterales.

—Es por eso que no sabes lo que es el amor de verdad. —Laila bajó la mirada a sus manos agarradas, una lágrima se derramaba por su mejilla.

Owen le pasó el pulgar suavemente por la mejilla, limpiándole las lágrimas y, en un movimiento inesperado, la acercó a él y la abrazó. Escondió la cabeza entre el hombro y la clavícula de Laila y cerró los

ojos, como si hubiese anhelado ese mismo momento desde hacía mucho tiempo.

—Lo siento, dame la oportunidad de rectificar —dijo en un susurro.

Laila se apartó unos centímetros y lo miró fijamente, la mirada de Owen viajó de los ojos de Laila a sus labios. No pudo resistirse y, echando de menos aquel sentimiento, lo besó. Sus labios se juntaron en un beso que anhelaron desde hacía mucho tiempo. Y mientras lo besaba, Laila lloró al agarrar cuidadosamente el cuchillo que sostenía Owen. El elfo le acarició la mejilla al besarla y, con las lágrimas en los ojos, Laila hundió la punta del cuchillo en su espalda y le atravesó el corazón.

Owen se separó bruscamente, abrió los ojos de repente, llenos de incredulidad y un profundo dolor. La miró intentando comprender aquello antes de desplomarse sobre el suelo. Sin embargo, Laila, llorando a mares, no le dejó caer de un golpe seco y se agachó a su lado, sosteniéndole la cabeza con delicadeza. El sonido vacío del cuchillo cayendo sobre el suelo se hizo presencia cuando, con su mano ensangrentada, le acarició y lloró desconsoladamente mientras Owen la miraba con la boca entreabierta. Su llanto se mezcló con el último aliento de Owen.

—Laila... —susurró con dificultad, su voz en un hilo.

—Estoy aquí —respondió con la voz rota mientras le acariciaba el cabello—. Yo también te quiero, Owen. —Explotó en llanto—. Nuestras almas navegarán juntas algún día.

Sintió cómo el alma de Owen abandonaba su cuerpo y, al ver la vida desvanecerse de sus ojos, Laila soltó un grito desgarrador. En ese instante comprendió la amarga verdad: a veces, no puedes salvar a la gente, solo amarla hasta el final.

20
Un «Te quiero» silencioso

Teodora abrió los ojos de repente, encontrándose tumbada en un sofá. Se reincorporó de golpe, mirando desesperadamente a su alrededor, asustada y con los latidos de su corazón golpeándole rápidamente el pecho.

—¡No! —exclamó, pero una mano sobre su hombro la tranquilizó.

—Teo, tranquila. —A su lado, Shaun la miraba atentamente.

La mirada azul, agotada sobre ella. Tenía el rostro magullado y moratones por el cuerpo, su brazo vendado con una tela blanca, ahora sucia de sangre.

—¿Shaun? —Se abalanzó sobre él, aferrándolo a ella—. ¡Shaun! —El elfo la rodeó entre sus brazos y le puso una mano en la nuca—. ¿Estás bien? —Se separó de él, observándolo con detenimiento. Shaun le acunó el rostro y Teo lo agarró de las muñecas.

—Sí, estoy bien. —Una sonrisa débil se dibujó en sus labios.

—Pensé que… pensaba que… —No pudo hablar cuando rompió en llanto.

—Tranquila, ahora estamos bien. —Suavemente, su pulgar se deslizó por su mejilla, limpiándole las lágrimas. Los ojos de Shaun también se llenaron de lágrimas.

Durante unos segundos, se observaron con detenimiento, contemplándose y admirándose una vez más. Lo habían conseguido; estaban vivos.

Y sin previo aviso, Teodora estampó los labios en los de Shaun sin importarle que aquel corte sobre ellos la molestara. Acogiendo aquel beso ansiado, el elfo le puso una mano a un lado del cuello, acercándola a él. Sus labios bailaron en un mismo son hasta que el

beso se detuvo, separándose unos centímetros al apoyar la frente uno en el otro. Los brazos de Teodora lo rodearon por los hombros y las manos firmes de Shaun ahora reposaban en la espalda de la guardiana.

—Pensaba que iba a perderte —murmuró Shaun—. Si tú… si llegas a… —No pudo hablar de la rabia contenida y negó con la cabeza, aún apoyada en la frente de Teodora—. Me muero contigo, Teo. Te juro por la Madre Tierra que si te vas, me voy contigo.

—No digas eso. —Teo lo tomó de las manos y posó un beso sobre ellas—. Hemos salido de esta, volvemos a estar juntos. —Se separó de él para observar la habitación. Era un cuarto pequeño, tenía una cama individual y un pequeño sofá en el que estaba tumbada—. ¿Dónde estamos? ¿Y los demás? —Volvió la mirada a Shaun—. ¿Están bien?

—Sí, pudimos sacaros a todos —asintió mientras dibujaba círculos con el pulgar sobre la mano de Teodora—. Aunque faltan Dylan y Caleb, han ido a buscarlos.

Teodora soltó un bufido y se pasó una mano por el cabello, echándoselo hacia atrás.

—Ojalá estén bien, Shaun. Estoy preocupada. ¿Y Laila? ¿Tom?

—Aritz ha ido a por ellos.

Aritz. Su mirada en medio del campo de batalla mirándola con preocupación mientras se batía con los antipactistas le vino a la mente.

—Shaun, siento haberme separado de ti cuando…

—No pasa nada —la interrumpió—. Sé que Aritz te importa, y no me enfada. Solo —con la mano, le puso un mechón de cabello detrás de la oreja mientras la contemplaba con cariño— me alivia saber que estás bien, que estás viva. Ahora es todo lo que me importa —dijo antes de posar un beso sobre su mano—. ¿Quieres ir fuera? —Se levantó y le tendió la mano—. Los demás estarán preocupados por ti.

—Sí —Teo se levantó con esfuerzo, agarrándole de la mano—, ¿dónde estamos?

—En casa de Elanor, la madre de Aritz. Él mismo les dijo a Finrod y a los demás que nos trajeran aquí, lejos de la ciudad.

—¿Has dicho la madre de Aritz? —preguntó justo cuando salieron al salón. Shaun asintió.

—¡Teo! —Al verla, Amira se abalanzó sobre ella. La rodeó con sus brazos, aferrándola a su cuerpo.

—Amira, ¿estáis bien? —Al separarse, Teodora la observó con detenimiento.

El rostro de Amira estaba cubierto en lágrimas. Ethan, a su lado, se acercó en silencio. Y sin decir una sola palabra, la abrazó. Teodora se aferró a su compañero y como un río fluyendo por la corriente, sus lágrimas brotaron de nuevo. Sollozó en el hombro de su compañero y sintió, de repente, un montón de brazos rodearla. El cabello afro de Nathalia sobre su hombro y el rubio de Boris detrás de su espalda. Lloraron en silencio hasta que, por fin, se separaron mientras se recomponían, limpiándose las lágrimas.

—No me creo que estemos vivos —dijo Ethan, riendo en medio de las lágrimas. Shaun, a su lado, le puso una mano en el hombro y le regaló una sonrisa reconfortante.

—Nunca me he alegrado tanto de poder quejarme de mi pelo —añadió Nathalia y todos rieron.

—Supongo que tú debes de ser Teodora, la primera guardiana de esta era. —Una voz femenina habló tras ellos.

Al mirar al frente, Teodora vio una mujer sentada en una silla frente a una pequeña chimenea. Tenía el cabello negro, liso, y la tez blanca. La piel de sus ojos arrugada, como si hubiese sido chamuscada desde hacía mucho tiempo, y la mirada, perdida.

—Acércate, guardiana.

Sus compañeros le abrieron paso y Teodora caminó hacia ella. Al llegar al frente, se agachó para estar a su altura. Viéndola de cerca, el iris de sus ojos era completamente blanco: estaba ciega.

—Usted debe de ser Elanor, la madre de Aritz.

La mujer sonrió.

—Sí, Aritz me ha hablado mucho de ti. —Por un momento, Teodora se sonrojó—. ¿Me permites? —Elanor la agarró de las manos—. Es mi forma de poder verte.

—Sí, claro.

En silencio, Elanor la agarró de las manos con firmeza para después palparle el brazo hasta llegar a su mejilla. Le acunó el rostro con delicadeza y Teodora se dejó sostener por aquella mano desconocida, pero cálida.

—No puedo verte —separó las manos de su rostro—, pero puedo sentirte y algo me dice que ese rostro tuyo cautivó a mi hijo.

Detrás de ellas, Shaun se incomodó ligeramente. Los guardianes se quedaron en silencio, aunque cómplices de aquello.

De pronto, el sonido de unos caballos acercándose se oyeron desde lejos.

—Disculpe, creo que viene alguien —dijo Teodora antes de levantarse.

Todos se acercaron a la puerta, Shaun el primero. Acercándose con cuidado, tenía la mano sobre la empuñadura de su espada, por si acaso. Al entreabrir la puerta, miró por la ranura.

—Es Aritz, viene con Laila.

Abrió la puerta de golpe y todos los guardianes salieron a recibirlos. Teodora corrió hacia ellos, pero se detuvo al ver a Laila bajar del caballo de Aritz con el rostro empapado en lágrimas. Con agilidad, Aritz puso un pie en el estribo y bajó de un salto. Su mirada recayó en Teodora, aliviado de verla viva.

—Laila, ¿qué…?

No pudo terminar cuando Laila se abalanzó sobre ella y cayó a sus pies. La rubia lloraba desconsoladamente y sostenía dos colgantes en su mano: uno tenía una piedra de color carmín, otro tenía una amatista; el colgante de las Guardias.

—Laila —Teodora se agachó a su lado, abrazándola—, ¿qué ha pasado? —preguntó, mirando a Aritz fijamente en busca de una explicación.

Los hombros de Laila se movían frenéticamente al ritmo de su llanto mientras escondía la cabeza sobre el pecho de su amiga.

—La he encontrado con Owen —habló Aritz, aun tomando al caballo de las riendas.

—¿Owen te ha hecho algo? —le preguntó Teo a su amiga.

—Estaba muerto —añadió Aritz inesperadamente.

Silencio. Teodora arrugó la frente y miró a su amiga con desconcierto.

—¡¿Owen está muerto?! —exclamó Shaun, acercándose a ellas.

—He sido yo —dijo Laila de repente con la voz rota, sin dejar de llorar—, lo he matado yo. —Soltó un grito desgarrador—. He cometido la peor de las atrocidades, soy una persona horrible. —Sollozó fuertemente.

A su lado, Shaun se agachó de cuclillas. Laila se apoyó en su amigo y Shaun le puso una mano detrás de la cabeza, acercándola a él. Le besó la coronilla y lloró con ella.

—Lo siento, Laila. Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo esto. —Dirigió una mirada a Teodora que, al ver que Shaun tenía los ojos llorosos, se aferró a ellos—. Maldita sea —maldijo con rabia, girando el rostro hacia un lado con la mandíbula tensa.

Teo no lo pudo evitar: de nuevo, las lágrimas le resbalaron por las mejillas.

—Lo siento —habló Aritz—, no quiero interrumpir, pero aquí no estamos seguros. Será mejor que vayamos dentro. —Con el mentón, señaló la entrada de su casa.

Nathalia se agachó al lado de los tres y Laila levantó la mirada hacia ella.

—Ven, dentro estaremos mejor. —Le tendió la mano y Laila se la agarró mientras le ayudaban a levantarse.

Rodeándola por los hombros, la acompañó hasta entrar al interior de la casa.

Cuando por fin entraron todos, Aritz cerró la puerta tras él y se acercó a su madre.

—Hola, mamá —dijo antes de darle un beso en la mejilla y agacharse de cuclillas frente a ella—. ¿Estás bien? —le preguntó, agarrando su mano.

—Sí, estoy bien, hijo. —Elanor puso una mano en la mejilla a Aritz con afecto—. ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien?

—Nada, las cosas se han complicado un poco. Pero estamos bien —le agarró la mano y posó un beso sobre ella—, pronto vendrá Finrod con Erulissë.

Teodora los observaba en silencio mientras abrazaba a Laila junto a Nathalia, las tres sentadas en un sofá. Aquel era un gesto noble por parte de Aritz que Teo admiraba.

—Sé que no querrás hablar de ello —intervino Boris—, pero ¿puedes decirnos qué ha pasado? —preguntó a Laila.

Nathalia miró a Boris con desaprobación mientras los sollozos de Laila se desvanecían progresivamente. Se sorbió la nariz y suspiró fuertemente, mirando al suelo.

—Aritz, dale un vaso de agua —habló Elanor.

—Sí, voy. —Aritz asintió y se levantó.

Al caminar hacia la cocina, su mirada se cruzó con la de Teodora; una mirada cómplice que solo ambos entendían.

Cuando le dio un vaso de agua, Laila bebió de él y consiguió calmar el ataque de ansiedad en el que había estado sometida. Nathalia, en un gesto de cariño, le retiró las lágrimas, pasando un pulgar por una de sus mejillas. La miraba con una mezcla de aprecio y preocupación.

—Toma —dijo, tendiéndole a Teodora el colgante de las Guardias —, esto os pertenece.

—¿Cómo lo has conseguido? —Teo lo agarró, pero al instante se arrepintió de formular aquella pregunta cuando vio a Laila llorar de nuevo.

Mirando hacia el colgante con la piedra carmín que sostenía entre sus manos, la rubia sollozó.

—Lo tenía en su mano —dijo con la voz en un hilo—, lo había sacado de su bolsillo justo cuando… —Cerró los ojos como si estuviera intentando espantar un pensamiento, un recuerdo horrible que la acechaba—. No vi otra salida, cuando lo tuve frente a mí… He cometido la peor de las atrocidades. No merezco vivir —dijo antes de sollozar fuertemente de nuevo y esconder el rostro sobre el pecho de Nathalia.

—No digas eso —dijo Nathalia a su lado, frotándole el brazo y acercándola a ella con la otra mano sobre su nuca—. De los que estamos aquí, eres la que más se lo merece. Mereces vivir y disfrutar, y tener una buena vida. Y nosotros te necesitamos.

Teo observó a Nathalia de cerca. Los ojos de su compañera cristalizados, fijos en el rostro de Laila mientras le acariciaba la espalda. La preocupación acechaba cada vez que la miraba.

—Sí —asintió—, Nathalia tiene razón.

Shaun se puso detrás de ellas, de pie detrás del sofá, y le frotó los hombros a su amiga con ánimo de tranquilizarla.

—Pero he infringido el principio del Pacto y de la Madre Tierra en sí misma; le he arrebatado la libertad. ¿Quién soy yo para hacer algo así? Soy horrible, no merezco vivir —continuaba castigándose a sí misma—. Ahora mi alma tendrá que pagar por ello.

—Todos pagamos tarde o temprano —intervino Boris.

—Además, lo has hecho para protegernos. —Ethan se colocó de cuclillas frente a Laila—. Eres la mejor amiga de humanos que podríamos tener —dijo, poniéndole una mano sobre la rodilla.

Laila no sonrió, en su lugar, se mantuvo en silencio con los ojos cerrados sobre el pecho de Nathalia.

—Owen iba a matarnos tarde o temprano —añadió Amira—, nos has salvado.

—Hay algo más peligroso que un hombre —habló Elanor desde su silla—, y es la fe de muchos hombres. Todavía tenéis trabajo por delante, guardianes.

—Bueno, pero eso será más adelante. —Aritz interrumpió a su madre—. Ahora tenéis que descansar. Me voy —añadió mirando a Elanor—, ahora vengo.

Y girándose hacia la puerta, Teodora lo interrumpió antes de que pudiera abrirla.

—¿A dónde vas?

Aritz se giró hacia ella.

—A ver cómo están las cosas. —Frunciendo los labios, volvió a girarse hacia la puerta y la abrió, saliendo de la casa.

Teodora se levantó y lo siguió hasta el exterior, no sin antes de que Shaun le lanzara una mirada fugaz que no pasó desapercibida por la guardiana. Con la mirada, Teo se excusó y salió por la puerta.

—¡Aritz! —exclamó hacia él, viéndolo caminar de espaldas hacia su caballo. Se giró de nuevo hacia ella al escuchar su voz—. No te vayas, por favor.

—Tengo que…

—No te vayas —lo interrumpió de nuevo, caminando hacia él—. No quiero que… no quiero que te pase nada.

Aritz la miró durante unos segundos con complicidad.

—Voy a estar bien. —Le sonrió ligeramente con la intención de restarle importancia y volvió a girarse.

—¡No! —Teo lo agarró de la muñeca, haciendo que se girara hacia ella—. Por favor, no lo hagas. Quédate.

Los ojos de Aritz la miraron fijamente antes de observar la mano de Teodora rodearle la muñeca y volver la mirada de nuevo hacia sus ojos. La contempló durante unos segundos más hasta que su rostro estuvo próximo al de ella. Las pupilas de la guardiana lo observaban con una mezcla de ansia por tenerlo cerca, y de preocupación.

—Vendré enseguida.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo. Voy a traer a Dylan, y a Caleb.

Y sin decir nada, en un movimiento imprevisto, Teodora lo abrazó. Lo rodeó por los hombros y Aritz se aferró a ella, rodeándola por la espalda e inspirando su aroma, encorvando su figura ligeramente mientras escondía su rostro entre el cuello y la clavícula de la guardiana.

—Ten cuidado, por favor —le susurró.

Separándose de ella, Aritz le sonrió.

—Siempre lo tengo.

Un vacío quedó entre ellos cuando Aritz se alejó. Teodora lo observó subirse con agilidad a su caballo y, una vez más, la mirada del príncipe recayó sobre ella antes de marcharse por completo.

ൈ

Hacía rato que había anochecido y nadie aparecía. Ninguno de los guardianes podían dormir y Elanor, a pesar de ser invidente, los acompañaba. Amira se paseaba de un lado a otro con nerviosismo. Teodora, sentada en el sofá, se mordía las uñas.

—¿Creéis que Dylan estará bien? —preguntó Amira.

—Seguramente se habrá pasado todo el día escondido —dijo Boris.

—Estoy preocupada por Caleb —añadió Teodora, mirando a Shaun a su lado.

—Seguro que estarán bien. —Shaun la rodeó con el brazo por los hombros y la acercó a él. Teodora apoyó la cabeza sobre su pecho—. Tenemos que confiar en ellos.

De pronto, el sonido de varios caballos trotando se escuchó en el exterior. Shaun se levantó sin pronunciar palabra y entreabrió la puerta, empuñando su espada.

—¡Son ellos! —dijo, abriendo la puerta por completo.

Los guardianes lo siguieron y salieron al exterior. Teodora caminó decidida y vio a Caleb montado en un caballo, justo delante de Finrod, que lo rodeaba con sus brazos tomando las riendas. Aritz lo tomó por debajo de las axilas y lo ayudó a bajar del caballo.

—¡Caleb! —exclamó Teo, llena de alegría al verlo.

Al poner por fin sus pies sobre el suelo, Caleb corrió hacia ella y se abalanzó sobre la guardiana. Teodora, agachada frente a él, lo abrazó efusivamente, el pequeño acercando su cabeza a ella. Lo besó en la coronilla.

—Mamá. —Por fin, su voz habló.

Teodora, sorprendida, lo sostuvo por los hombros y lo miró fijamente. Le sonrió con ternura al verlo.

—No soy tu mamá, pero si tú quieres, puedo serlo. —Le dio un toquecito sobre el mentón y Caleb se abalanzó de nuevo sobre ella.

Teodora volvió a besarlo en la coronilla y, a su lado, Shaun le frotó el cabello. Teo miró al elfo, ambos dedicándose una sonrisa; una mirada cómplice de felicidad.

Tras ellos, Dylan bajó de otro caballo.

—¡Dylan! —Nathalia corrió hacia él y se abalanzó, abrazándolo efusivamente.

Dylan no mostró rechazo y apoyó la cabeza sobre el hombro de su compañera. Todos los guardianes se acercaron a él y lo abrazaron en círculo. Teodora se levantó y Caleb abrazó a Shaun; el elfo le devolvió el abrazo mientras la guardiana se dirigía hacia sus compañeros. Lloró al abrazarlos.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Boris.

—Estaba escondido con Arnin y Caleb en su invernadero.

—En mi escondite secreto a nadie se le ocurre mirar. —Una voz grave habló a su lado. Al mirarlo, Arnin se mantenía de pie frente a ellos con su larga barba y una túnica marrón.

—Arnin, gracias por protegerlos —agradeció Teodora.

—Sí, gracias —añadió Amira.

—No hay de qué, guardianes. Me alegra saber que habéis salido vivos de todo esto.

Por su lado, Aritz pasó de largo. Teodora le agradeció con una sonrisa cómplice y el ahora príncipe asintió, frunciendo los labios. Para cuando la guardiana volvió la mirada hacia sus compañeros, Aritz ya se había adentrado en la casa.

Mirando a Dylan, Nathalia le acarició la mejilla. Dylan le sonrió y la abrazó sin previo aviso. Su compañera le siguió el abrazo una vez más.

Dylan demostraba que había «te quieros» silenciosos.

21
Corazón partido

Después de ellos, Saori y otros miembros de la Guardia Oficial trajeron a Tom y a los demás. El brujo bajó de uno de los caballos con ímpetu cuando se les acercó. Llevaba la túnica sucia, desgastada, y el rostro lleno de mugre.

Al verlo, Laila y Teodora se abalanzaron sobre él.

—¡Tom! —exclamó Teo—. Estás bien.

—Claro que estoy bien. —Las abrazó y se separó unos centímetros de ellas—. ¿Y vosotras? —Al ver el rostro de Laila, su expresión cambió por completo—. Oh, Laila. Por la Madre Tierra —le puso una mano sobre el omoplato y la acercó a él—, ven aquí.

Laila lloró una vez más, esta vez sobre el pecho de Tom. Se había puesto aquel colgante con la piedra carmín y por la expresión desagradable de Tom, Teodora intuía que había captado algo de las conexiones mentales de Laila.

No quiso preguntar, no por el momento.

Entraron de nuevo hacia el interior de la casa, que ahora se estaba quedando pequeña, y guardaron silencio cuando entró Erulissë junto a Caelan. Con el semblante serio, los radiografió a todos con la mirada. Caleb se aferraba a Teodora y le agarraba la mano a Shaun, a su lado.

—Elanor —habló Erulissë, mirando a la madre de Aritz—, lamento las molestias.

—No es problema, Erulissë. —Elanor seguía sentada en su silla de cara a la chimenea—. Estoy segura de que tendrás problemas mayores que resolver.

Por su tono, hablaban con confianza. La relación entre ellas no parecía jerárquica.

Aritz estaba al lado de Elanor; Finrod y Saori lo acompañaban apoyados en la pared.

—Sí, sin duda —continuó Erulissë—. Me alegra veros vivos, guardianes. Y siento mucho no haber podido ofreceros toda la protección que necesitabais, el asunto se ha escapado incluso de mis propias manos.

Nadie respondió, todos estaban demasiado exhaustos como para hacerlo.

—Teodora —habló mirándola fijamente—, tengo que darte la enhorabuena por intentar detenerlo. Tu lucha con Owen en palacio nos dejó a todos boquiabiertos.

Al pronunciar su nombre, Laila sollozó. La Reina notó aquello y se acercó a la rubia.

—Pero sobre todo, gracias a ti, Laila Conrad. —Se agachó frente a ella, tomándola de las manos—. Ya me han dicho lo que ha pasado. Gracias por tu valentía, por tu coraje al tomar esa dura decisión. No quiero decir que sea la correcta, pero cuando la vida de quienes amas pende de un hilo, no te quedan muchas más opciones. Se necesita de un gran coraje para hacer lo que has hecho. Todos estamos bendecidos con tu presencia.

—No me siento así, Majestad. —Logró pronunciar—. La vida es sagrada, no está en mis manos ni en las de nadie arrebatarla. He cometido el peor de los actos. —Sollozó de nuevo.

—La propia vida requiere de sacrificios, y tú ya has sacrificado mucho. Te mereces la paz. —Erulissë la miró fijamente, tratando de reconfortarla. Por un momento, la mirada de la Reina se ablandó.

Laila, mirando a la Reina con los ojos empapados en lágrimas, asintió sin mucho ánimo. No tenía fuerzas de llevarle la contraria, ni siquiera para protestar o decir alguna palabra más.

Erulissë se levantó y volvió a su sitio, al lado de Caelan.

—Caelan me ha contado todo lo sucedido con el Consejo. Ya trazaremos un plan en los próximos días. Por el momento, podéis quedaros aquí si Elanor no tiene inconveniente.

—Por supuesto que no —habló Elanor—, los guardianes pueden quedarse tanto como deseen.

—Es muy probable que muchos estén merodeando por aquí, buscándoos —continuó Erulissë—. Dôr o Edhel tampoco es seguro, así que dispondremos de protección para rodear la zona. Ahora descansad, es tarde.

—Dudo que podamos —habló Ethan—, pero lo intentaremos, Majestad. Gracias.

Erulissë asintió y, dirigiéndoles una última mirada, se giró para marcharse junto a Caelan y algunos soldados del Ejército Real que habían salido ilesos de aquello.

֍

Como dijo Ethan, no pudieron dormir aquella noche. En la habitación en la que había despertado, Shaun, Caleb y Teodora se tumbaron sobre aquella cama. Era pequeña, pero suficiente para los tres. Caleb se quedó dormido sobre el pecho de Shaun y Teodora los observó mientras dormían. Shaun tenía el rostro magullado y su brazo vendado rodeaba el cuerpo del pequeño. Sonrió al verlos, se sentía feliz de estar viva junto a ellos.

Se sentía aliviada de ver que todos se habían salvado.

Con cuidado, se levantó de la cama y los arropó con una manta. Observándolos dormir una vez más, sonrió y salió de la habitación. No es que tuvieran sitio en aquella casa, pero se acomodaron cómo pudieron. Vio a Nathalia y a Laila sentadas en el sofá. Laila tenía la cabeza sobre el hombro de Nathalia y ambas dormían o, al menos, estaban con los ojos cerrados. Al su lado, Dylan también estaba dormido con la cabeza apoyada en un cojín.

La luz del fuego de la chimenea les iluminaba el rostro en mitad de la oscuridad.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Ethan. Él y Amira también estaban sentados en otro de los sofás, pero estaban despiertos. Amira tenía la cabeza apoyada en el pecho de Ethan. A sus pies, Boris estaba tumbado en el suelo con los ojos cerrados y Teodora se preguntó cómo podría dormir en aquella postura.

—No, no puedo. —Negó con la cabeza—. ¿Habéis visto a Aritz?

—Está fuera —dijo Amira.

Teodora asintió y se encaminó hacia la puerta de entrada. Al abrirla, salió al exterior y la cerró a su espalda. Se abrazó a sí misma cuando sintió el frío recorrerle el cuerpo. Frente a ella había varios soldados de la Guardia Oficial rodeando el terreno y, a un lado, divisó la figura de Aritz. Estaba con los brazos apoyados en una valla, mirando a lo lejos. La oscuridad de la noche no permitía verlo con precisión, pero estaba de espaldas a ella. En el horizonte, un campo de maíz se extendía frente a ellos. Aún abrazándose a sí misma, caminó hasta él.

—¿No duermes? —le preguntó.

Aritz se giró a verla. Sus ojos la escanearon rápido y suspiró.

—No. Al parecer, la noche es un lobo que baja a beber de mis heridas. —Teodora se acercó a él, mirándolo con sorpresa por aquella frase—. Lo sé, me ha salido poético. —Sonrió—. Pero podría preguntarte lo mismo. ¿No puedes dormir?

Teodora se apoyó a su lado, en la valla y de cara a él.

—No, no puedo. —Negó con la cabeza—. Dudo que pueda hacerlo en mucho tiempo. —Se encogió de hombros.

Y en ese instante, por un momento echó de menos su habitación en Montgomery. Su cama, las noches en vela estudiando para los exámenes. Una realidad que ya estaba muy lejos de la que tenía ahora.

Ni siquiera se reconocía a sí misma en aquellos recuerdos.

—Gracias por traer a Caleb, y a Dylan. Gracias por encontrarlos.

—No me las tienes que dar. —Aritz desvió la mirada de ella y miró al frente—. Ha sido gracias a la ayuda de todos.

—Sí, pero tú fuiste a buscarlos. Trajiste a los soldados de la Guardia. ¿Cómo pudiste llegar a…?

—¿Al castillo? —Aritz la miró de nuevo y Teo asintió—. Tuve la ayuda de una semi-bruja que encontré por el camino.

—Erin.

—Sí, así creo que se llamaba. Es más poderosa de lo que esos brujos engreídos del Gremio se imaginan. —Rio—. Ella me llevó hasta allí.

—Pero tienen prohibido crear portales.

—Se lo ordené. Si Caelan lo ha hecho por órdenes de Erulissë, tengo la misma potestad que ella. Además, estos días todo el mundo hace lo que quiere con las leyes —dijo con indiferencia.

—Quizá Owen tenía razón. —Aritz la miró de repente con el ceño fruncido—. Quizá algunas leyes conviene cambiarlas.

—Tú lo has dicho: algunas. Teo —se acercó, esta vez posicionándose frente a ella—, cuando te vi ahí, atada en ese poste en la hoguera… nunca había deseado algo tanto como ahora. Nunca había querido tanto a nadie que no fuera de mi propia familia. —Su mirada la penetraba—. Si te hubiese pasado algo, yo…

—Pero no me ha pasado nada —lo interrumpió—. Nos has salvado.

—Da igual, eso no es lo que quiero decir. —Aritz golpeó flojamente la valla con su mano—. Nunca he pasado tanto miedo. —De repente, su mano rozó su mejilla, dejando un suave rastro de su pulgar en la piel de Teodora—. Te amo, y eso no va a cambiar. Pero precisamente por eso, quiero tu felicidad.

—Aritz, yo…

—No, por favor. Déjame terminar, sé que llego tarde.

—No, déjame hablar ahora a mí —lo interrumpió de nuevo—, por favor —rogó, agarrándolo de la muñeca, un tacto ante el que Aritz se estremeció—. Estoy confundida, Aritz. Yo amo a Shaun, pero a ti… creo que también. —Un músculo se tensó en la mandíbula del príncipe antes de dibujar una ligera sonrisa en sus labios; se le había iluminado la mirada—. No sé qué me está pasando —Teo sacudió la cabeza—, ¿acaso se puede amar a dos personas a la vez? —Aritz se encogió de hombros sin saber muy bien qué decir.

—No lo sé —se acercó más a ella, las piernas de Teodora quedaron entre las de Aritz—, pero solo sé que siento una necesidad enorme de protegerte, de verte feliz. —Le acunó el rostro entre las manos y apoyó la frente en la de Teodora. Sus respiraciones se fundieron en una mientras Aritz le miraba los labios de cerca—. No puedo evitarlo, lo intento, pero no puedo.

Teodora lo tomó de las muñecas y le miró los labios. Cerró los ojos de repente y, uniendo todas sus fuerzas, se apartó.

—No puedo, Aritz. Por más que te quiera, no puedo hacerle esto a Shaun. A él también lo amo, él ha estado conmigo desde el inicio.

—Lo sé, y por eso lo respeto. Prometo no volver a interferir más, no volveré a acercarme a ti si eso es lo que quieres. —Se separó de Teodora, dejando un vacío allí donde sus piernas la habían rodeado —. Pero no puedes pedirme que deje de amarte, porque no lo haré. Desde que llegaste al castillo me sentí atraído por ti, pero luego… te conocí de verdad y la excusa de ser Capitán me venía perfecta para alejarme. Ahora me cuesta hacerlo. Ya no tengo esa excusa.

—Aritz…

—No, Teodora. Yo… no volveré a acercarme a ti si eso es lo que quieres —la miró fijamente—, pero ¿no crees que una persona puede volver a enamorarse de otra distinta? Las cosas cambian, la vida fluye. Es tu decisión —dijo antes de soltarle las manos y marcharse, dejándola con un vacío en su interior.

SEGUNDA PARTE
EL VIAJE DEL HÉROE



22
Un viaje inesperado

Caleb jugaba en el terreno frente a la casa. Teodora, de brazos cruzados, sonreía con ternura al verlo mientras estaba apoyada en la fachada exterior. El pequeño Caleb sostenía un palo de madera y simulaba luchar, quizá contra dragones imaginarios y enemigos ficticios.

Cuando era pequeña, ella también jugaba a ser una heroína. Luchaba mil batallas, viajaba a mundos remotos y conocía un sinfín de amigos imaginarios, pero, al final, siempre tenía un fiel compañero que la acompañaba en todas aquellas aventuras imaginarias.

Un brazo la rodeó por los hombros y unos labios le besaron la sien de repente.

—Veo que se lo pasa bien —añadió Shaun a su lado.

Teodora lo miró y sonrió. Le rodeó el torso con sus brazos y apoyó la cabeza en su pecho con la mirada clavada en Caleb.

—¡Vamos, Boris! —La voz de Ethan se hizo presencia cuando ambos guardianes salieron fuera de la casa, riendo—. A Leohorn le gustaría vernos entrenar.

—Eso seguro. —Rio Boris, cruzando su espada con la de Ethan.

Los dos empezaron a chocar sus espadas amistosamente y las chicas también salieron fuera, riendo al verlos. Caleb, que se percató de aquello, los persiguió y quiso unirse a ellos. Con la punta de su palo, le dio a Boris en el estómago y el rubio simuló caerse al suelo, dolorido. Caleb rio, contagiándolos a todos con su risa.

Habían pasado cinco días desde aquella revuelta que casi acaba con sus vidas. Cinco días sin noticias ni incidentes que pudieran

agravar su situación. La granja seguía rodeada de soldados de la Guardia Oficial que vigilaban los alrededores y durante aquellos días tuvieron tiempo de recuperar el libro, «Lírë o Arin», que Teodora había escondido en su habitación del palacio. Al final, no tuvieron más remedio que contarle la verdad a Aritz y a Erulissë. Y hablando del susodicho, Aritz se pasaba casi todo el día en palacio con la Reina. Después de la tragedia, tenían muchas cosas que solucionar en la ciudad, como calmar a sus gentes.

Aquellas que no eran antipactistas, claro.

Aunque Teodora se preguntaba si, aparte del motivo evidente, lo utilizaba como excusa para evitar verla.

—Mira, mamá. —Caleb se acercó a ella, mostrándole la espada real que Ethan había descuidado sobre el suelo.

—Caleb —Teo se agachó a su lado, arrebatándole la espada—, esta no es para ti. Cuando seas mayor, ya tendrás una.

—Ethan —Amira le llamó la atención desde la lejanía—, ¿cómo se te ocurre dejarla tirada? Caleb puede hacerse daño.

—¡Lo siento! —dijo encogiéndose de hombros mientras seguía batallando con Boris cuerpo a cuerpo y Amira negó con la cabeza en desaprobación.

—Aunque —Laila habló de pronto al lado de Teodora, mirando a Caleb fijamente— es mejor si no llegas a tener ninguna. ¿Sabes cuál es la mejor arma?

—¿Mejor que la espada? —preguntó el pequeño, mirándola atentamente.

—Sí —asintió Laila—, mejor que una espada.

—¿Cuál?

—Los libros.

—Pero con los libros no puedes atacar. —Caleb se encogió de hombros.

—Sí que puedes —asintió Laila—. Los libros son un arsenal de armas. La sabiduría es el arma más poderosa de todas. —El pequeño hizo una mueca ante las palabras de la elfa.

—Vale. —Encogiéndose de hombros y, sin darle importancia, se marchó de nuevo a jugar con Boris y Ethan.

—Vaya —Nathalia se cruzó de brazos a su lado, observándolo desde la lejanía—, antes no hablaba y ahora te llama mamá.

—Lo sé —Teodora miraba todo el rato a Caleb mientras jugaba—, pero ¿qué puedo hacer? El niño perdió a su madre, somos todo lo que le queda.

—Necesita de una figura materna —añadió Laila—, eso no es malo.

—No, pero no quiero que se olvide de su madre —Teo se encogió de hombros—, de su madre de verdad.

—Todo a su tiempo —añadió la rubia.

—Ni siquiera sabemos qué va a pasar, estando con nosotros lo ponemos en peligro.

—No te preocupes —a su lado, Shaun le frotó la espalda—, encontraremos una solución.

Y mientras los veían jugar, Teo observó de reojo a Laila. Su amiga miraba al frente, hacia los chicos, mientras que con su mano sostenía el colgante con la piedra de color carmín que colgaba de su pecho.

—Laila, ¿te apetece acompañarme un momento? —le preguntó.

La rubia, al verla, asintió. Antes de marcharse, Teo miró a Shaun y el elfo le sonrió, dedicándole una mirada cómplice. Ambas se marcharon, rodeando la casa hacia la parte de atrás. La casa de Elanor, la madre de Aritz, tenía un terreno enorme rodeado de campos de trigo y cebada. La granja estaba cuidada por varios empleados que Erulissë había puesto a su disposición, dada la condición de salud de Elanor. También tenían animales y, mientras rodeaban la casa paseando en medio de los árboles frutales que daban sombra al terreno, Laila la miró fijamente.

—¿Qué pasa? ¿Quieres decirme algo?

—Sí, ven. —Teodora la llevó hacia un lado de la valla y ambas apoyaron los brazos en ella. Al mirar delante, un campo amarillo de trigo se extendía frente a ellas—. ¿Era suyo? —Señaló con el mentón el colgante que colgaba del cuello de Laila—. De Owen.

Por un momento, temió pronunciar su nombre. Laila se miró la piedra preciosa y asintió.

—Sí, lo sacó de su bolsillo cuando… —Miró hacia abajo, los ojos empezaban a arderle de nuevo.

—No tienes que hablar de ello si no quieres.

—No, no importa. Tarde o temprano tendré que superarlo… —Suspiró profundamente al mirar al frente de nuevo—, aunque es doloroso.

—Nunca me habías contado que tú y Owen…

—No quería —la interrumpió—. Era demasiado doloroso, y lo sigue siendo.

—No sé, es que nunca me hubiera imaginado que tú y él… tuvierais algo. Por qué tuvisteis algo, ¿no? —preguntó, mirándola fijamente, pero sacudió la cabeza al darse cuenta de su pregunta—. Ay, perdóname, Laila. No debería preguntarte todo esto.

—No, está bien. —Laila se encogió de hombros mientras se limpiaba con el dorso de la mano las lágrimas que le habían surgido —. Cuando éramos pequeños nos hicimos amigos, aunque él siempre me fastidiaba. —Rio, bajando la mirada; su mente presa de los recuerdos—. Hicimos una promesa: cuando fuéramos mayores, navegaríamos juntos en nuestro propio barco. Aun así, él siempre miró mal a Shaun. Digamos que sus padres siempre fueron unos antipactistas reprimidos, por llamarlo de alguna forma. Owen se nutrió de todas aquellas palabras, de aquellas creencias. No lo justifico, pero en parte… era un niño que creció creyendo todas esas barbaridades de las guardias y del Pacto. Su padre siempre fue muy estricto con él. Tenía que superar a todos los chicos de la escuela, ser el mejor, y si no lo era… bueno, no recibía un buen trato. Y crecimos y… supongo que nos enamoramos sin quererlo. No sé cómo fue, pero solo sé que a su lado me sentía bien. —Laila soltó un suspiro profundo, como si le costase respirar, mientras Teodora la escuchaba atentamente—. Cuando no era un déspota con Shaun, claro. —Ladeó la cabeza, pensativa—. Nuestra relación no iba a ninguna parte, siempre que me veía con Shaun se ponía celoso y lo insultaba… yo no podía permitir eso. Era como si conmigo fuese otra persona distinta. Me gustaba ese Owen —sonrió al caerle una lágrima por la mejilla—, pero eso no era amor. Alejarme de él fue la decisión más dura que tuve que tomar —miró a Teodora—, la del otro día… fue la segunda decisión más dura de mi vida —dijo, rompiéndose en llanto.

—Oh, Laila. —Sin previo aviso, Teodora la abrazó. Laila se dejó envolver por los brazos de su amiga y lloró en silencio—. Lo siento mucho.

—No pasa nada. —Laila se separó después de unos segundos y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Es normal que no te lo imaginaras, nunca quise hablar de ello. Era mucho más fácil odiarlo desde la distancia. —De un impulso, se sentó sobre la valla —. Pero ahora puedo reconciliarme con mi pasado y, quizá —se agarró el colgante entre las manos—, algún día perdonarme a mí misma.

—Lo harás, tienes que hacerlo. —Teo le puso una mano sobre la rodilla—. Nos salvaste a todos. De no ser por ti, yo estaría muerta ahora mismo.

—Prefiero no pensarlo… En fin —suspiró fuertemente—, no te has puesto el colgante. —Laila señaló su cuello con la barbilla.

Teodora sacó el colgante de las Guardias del bolsillo de su pantalón. Observó la amatista en silencio y negó con la cabeza.

—No sé si este colgante es realmente una bendición o una maldición. No me atrevo a ponérmelo de nuevo.

—Bueno, eso es decisión vuestra, de los guardianes —añadió la rubia y Teo asintió—. Oye… ¿me vas a contar qué pasa entre tú y Aritz? —Al mirarla de nuevo, Teodora quiso decir algo, pero Laila la interrumpió—: Venga ya, no es un secreto. Aritz está colado por ti, eso ya lo sabemos todos. Incluso Shaun. —Le dedicó una mirada cómplice.

Teodora suspiró y, de un impulso, también se sentó sobre la valla. El corte del brazo le escoció durante unos segundos; seguía curándose.

—¿Puedo confesarte algo? —le preguntó, casi en tono de susurro —. Pero no puede saberlo nadie, ni Shaun. Mucho menos Shaun.

—Soy una tumba —le sonrió—. Shaun es mi amigo, pero tú también eres mi amiga. De mis labios no saldrá palabra alguna.

—Vale, bueno… es que… —Teodora miró hacia abajo—. Me avergüenza admitir esto, pero… estoy confundida. Tú sabes lo mucho que quiero a Shaun, pero Aritz… no sé, tiene algo que me

atrae. Creo que también lo quiero a él. ¿Es eso posible? —Frunció el ceño, mirándola con atención—. Querer a dos personas.

Laila se encogió de hombros.

—Supongo que puede ser normal, sí. Bueno, creo que Aritz te da algo que Shaun no te ha dado hasta ahora.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Excitación. —Laila lo soltó sin pelos en la lengua—. No es culpa de nadie, pero a veces las parejas caen en la rutina y… bueno, vosotros estáis en modo supervivencia constantemente.

—Ya, pero con Aritz también.

—Sí, pero es distinto. A Aritz ya lo conociste en el modo supervivencia. Piénsalo, si no tuvieras que enfrentarte a todo esto, si tuvieras una vida tranquila, ¿sentirías lo mismo por él?

La pregunta de Laila la había dejado sin palabras… y pensativa. ¿Y si Laila tenía razón y lo único que la atraía de Aritz era la adrenalina?

—Bueno, me parece atractivo. Y a su lado me siento…

—¿Liberada? —preguntó Laila, interrumpiéndola—. ¿Protegida? ¿Porque él ya lucha por ti? —Teo se encogió de hombros.

—Ay, no lo sé. No me has ayudado mucho. —Rio con nerviosismo.

—Lo siento. —Rio Laila—. Yo también intento ordenar mis pensamientos…

—¡Hey, chicas! —Amira las llamó desde la lejanía.

Al volver la mirada hacia ella, la vieron acercarse junto a Nathalia.

—¿Interrumpimos? —añadió Nathalia al llegar junto a ellas. Se puso al lado de Laila y le colocó la mano sobre la rodilla.

—No, qué va. Estábamos charlando. —Sonrió Teodora.

Observó de repente las manos de Laila enredarse en el cabello de Nathalia, ambas mirarse y sonreírse mutuamente. Teo sonrió al verlas y, con las manos apoyadas sobre la valla, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió el calor reconfortante de los rayos del sol sobre su piel.

—Ah —suspiró—, vitamina D. Cuánto la he echado de menos.

—¿Vita qué? —A su lado, Laila la miró con el ceño fruncido y Nathalia rio.

—Es un componente que produce nuestro cuerpo cuando nos da la luz del sol —explicó.

—¿Y eso ya lo sabías o también te lo ha explicado Dylan? —Todas rieron.

—En este caso, ya lo sabía.

—No fastidies. —La voz de Amira las interrumpió de repente cuando se quedó estática con la mirada fija hacia delante.

—¿Qué pasa? —preguntó Nathalia.

Amira miraba al frente, hacia uno de los árboles frutales; un manzano. Al mirar en su dirección, la vieron: una espiral sobre el tronco del árbol.

—Chicas, ¿qué pasa? —preguntó Laila al ver a las tres guardianas mirar hacia el árbol.

Teodora se bajó de un salto de la valla y se acercó a él.

—Vale, lo estáis viendo, ¿verdad? —preguntó la rubia de nuevo—. Un portal.

—Sí —asintió Amira sin dejar de mirar la espiral—, ¿creéis en las señales del Universo?

—Universo o no… ¿por qué siempre aparece uno cuando menos lo esperamos? —añadió Nathalia, también mirando hacia la espiral ensimismada.

ൟ

—No, ¡de ninguna manera! —Aritz exclamó frente a ellos—. No os vais a ir ahora, ¿habéis perdido el juicio? ¡No podéis marcharos!

—Por una vez —intervino Shaun—, estoy de acuerdo con él. —Miró a Aritz fijamente, todavía con cierto recelo, señalándolo con el mentón mientras se mantenía de brazos cruzados.

—Por favor, solamente será una tarea de… mantenimiento —dijo Teodora, tratando de convencerlos.

—Sí, eso —asintió Boris a su lado.

—Llevamos queriendo ir al mundo humano desde antes del ataque al castillo —añadió Nathalia—, pero no lo hicimos por ser unos indecisos de mierda.

—Solamente será una visita rápida —continuó Ethan.

—A ver —Aritz se paseaba de forma desesperada frente a ellos en el interior de la casa—, ¿qué parte no entendéis de que corréis

peligro? ¡Casi os matan! Y encima no sabemos qué podéis encontrar en vuestro mundo.

—¿Y si las cosas han cambiado? —intervino Laila, cruzada de brazos al lado de Nathalia—. ¿Y si las cosas no son igual a cuando os marchasteis? Podríais encontrar algo muy distinto. Y por distinto me refiero a que puede ser cualquier cosa, de cualquier tipo.

—Por eso mismo —Teodora caminó hacia ellos—, ahora que volvemos a estar seguros, qué mejor forma de averiguar si las reacciones del colgante tienen relación también con nuestro mundo.

—Teodora, yo no…

—Aritz —Elanor, entrando al salón mientras arrastraba su bastón frente a ella, lo interrumpió de repente—, los guardianes tienen derecho a decidir sobre sus pasos. Podrán volver aquí en cuanto lo deseen, dales confianza.

Los guardianes volvieron a mirarlo.

—Lo sé, pero entendedlo —la mirada de Aritz recayó en Teodora directamente—, no sabemos qué peligros os pueden acechar en vuestro mundo. Allí estáis desprotegidos.

—También lo estábamos cuando llegamos aquí —habló Ethan de brazos cruzados—, y seguimos vivos.

—De milagro —Nathalia ladeó la cabeza—, pero sí.

Aritz caminó por el piso, frente a ellos. Miraba hacia el suelo mientras se frotaba el cabello hacia atrás, indeciso, cuando Shaun intervino:

—¿Y nosotros qué? —De brazos cruzados, se encogió de hombros —. ¿Nos quedamos aquí sin hacer nada?

—No —Teodora se acercó a él y apoyó las manos sobre su brazo—, os quedáis aquí a cuidar de Caleb, de Dôr o Edhel en otros casos —dijo mirando específicamente a Aritz.

—¡Mira, Shaun! —Caleb entró por la puerta agarrado de la mano de Tom. Al instante de entrar, se soltó y se acercó a Shaun corriendo —. Tom ha hecho una figura de barro con magia —dijo mostrándole con entusiasmo una pequeña figura de barro de un caballo.

Shaun se agachó de cuclillas a su lado y observó la figura.

—Vaya, me gusta ese caballo. —Le sonrió al frotarle el cabello.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Amira al brujo.

—Ese es un secreto que un brujo no puede revelar, querida —añadió Tom con una sonrisa orgullosa—. Bueno, ¿me he perdido algo?

—Sí, quieren irse al mundo humano —dijo Laila, señalándolos con la mano.

—¡¿Qué?! —exclamó Tom, sorprendido—. ¿Ahora? ¿Por qué? —Los miraba intercaladamente con desconcierto.

—Porque queremos comprobar si la reacción del colgante también afecta a nuestro mundo —continuó Teo—. Solamente iremos y volveremos, nada más.

—Sí, será rápido —asintió Amira.

—¿Te vas a ir? —Caleb miró a Teodora fijamente, dedicándole una mirada de preocupación.

Teodora observó a todos los presentes, que se quedaron mirándola con atención. Se agachó de cuclillas frente a Caleb y le agarró de las manos.

—Tengo que irme a hacer una cosa, pero volveré enseguida.

—¡No! —exclamó—. No puedes irte.

—Volveré rápido, te lo prometo. Tú puedes quedarte con Shaun, y con Tom.

—¡Pero no puedes irte! —Pataleó—. ¡No quiero que te pase como a mi madre!

Silencio. El silencio se apoderó del lugar mientras Teodora lo miraba fijamente.

—No te vayas, ahora tú eres mi madre.

A Teodora se le rompió el alma en pedazos al ver a Caleb llorar frente a ella. No pudo responder, en su lugar, lo abrazó. Le acarició el cabello mientras Caleb tenía la cabeza apoyada sobre su hombro y las lágrimas no paraban de brotar de sus ojos. La mirada de Teodora viajó hasta Shaun, quien los miraba con consternación.

—Caleb —hizo un esfuerzo por separarlo, tomándolo por los hombros—, te prometo que no me va a pasar nada. Estaré aquí enseguida, contigo —dijo, tomándolo de las manos esta vez.

—Sí —Shaun se agachó a su lado—, mientras esperamos a Teodora, podemos practicar. ¿Quieres que te enseñe a usar una espada? —Lo animó y Caleb asintió, limpiándose las lágrimas con el

dorso de la mano y parpadeando repetidas veces—. Así después tú le enseñas a ella. No se lo digas —susurró, acercándose a su oreja —, pero no sabe usar una espada. —Caleb rio y Shaun rio con él, haciendo que se marcaran los hoyuelos de sus mejillas.

Teodora sonrió al verlos.

—¿Trato hecho? —le preguntó Teodora, tendiéndole la mano a Caleb. El pequeño asintió y le tendió la mano de vuelta—. Ven aquí. —Teo lo abrazó de nuevo, dándole un beso sobre la coronilla.

—Caleb —la voz de Elanor lo llamó—, ¿te gustaría ayudarme primero? Necesito recoger los huevos de las gallinas.

Caleb miró a Teodora en busca de aprobación.

—No me iré todavía —le dijo—, ve con Elanor y nos traéis unos huevos, así haremos una tortilla bien rica. —Le sonrió al acariciarle el cabello.

Caleb asintió y caminó hacia Elanor. La madre de Aritz se quedó quieta justo cuando Caleb entrelazó su pequeña mano con la suya. Elanor lo detectó y sonrió al agarrarlo de la mano justo cuando Aritz, a su lado, le dio un beso a la sien de su madre.

—Caleb —Shaun lo llamó—, ayúdala, ¿vale?

El pequeño miró a Shaun y asintió con una sonrisa antes de avanzar lentamente hacia la puerta.

—¿Habrán puesto muchos huevos? —le preguntó Caleb mientras salían hacia fuera.

—No lo sé —habló Elanor, agarrada de la mano del pequeño mientras deslizaba su bastón por el suelo frente a ella—, ahora lo veremos.

Teodora sonrió al verlos salir y su sonrisa se desvaneció al ver la mirada de Aritz, seria y clavada en ella.

—Bueno, ¿entonces qué? —intervino Dylan—. ¿Podemos irnos?

Los guardianes miraron a Aritz, a Shaun y Tom. Nathalia, en cambio, miró a Laila, que sostenía su mano.

—Solo si volvéis antes del anochecer —añadió Aritz—, creo que es lo más precavido.

—Teo —Shaun la tomó de la mano, mirándola fijamente—, allí estaréis desprotegidos.

—No, no lo estaremos —intervino Boris—. Nos tenemos unos a los otros. —Miró a sus compañeros.

—Sí, y es nuestro mundo —continuó Nathalia, mirando a sus compañeros—, nuestros mundos. —Sonrió.

—Sí… —Teodora miró a Shaun de nuevo—. Solamente queremos intentar averiguar qué tiene que ver el colgante con nuestro mundo, en qué le afecta —desvió la mirada hacia sus compañeros guardianes—, pero creo que será mejor que no vayamos a ninguno de nuestros orígenes. Corremos el riesgo de ser reconocidos, de encontrarnos con nuestros familiares… y eso puede cambiarlo todo.

—Por mucho que una parte de mí desee ver a mi familia —añadió Amira—, tienes razón. Esto es algo que no cualquiera podría comprender, sería un peligro para nosotros mismos.

—Y no podemos volver como si nada —continuó Ethan.

De repente, un bufido los interrumpió. Dylan miraba hacia el suelo, la mandíbula tensa y la mirada perdida. Tenía los ojos llorosos y las manos formadas en un puño a ambos lados de sus caderas. Nathalia, a su lado, lo abrazó. El pelinegro apoyó la cabeza sobre el hombro de su compañera y la rodeó con los brazos, dejándose abrazar. Seguía con la mirada perdida en un punto inconcreto del suelo.

Todos lo miraron con comprensión. Nunca supieron por qué una persona con la condición de Dylan fue elegida como guardián, pero Teo suponía que las neurodivergencias eran una cualidad valiosa en sí mismas; una cualidad que no siempre se apreciaba en el mundo humano.

—Estaremos bien, Dylan —le susurró Nathalia, frotándole la espalda—. ¿O quieres quedarte aquí? Si lo prefieres…

—No —dijo secamente, separándose de ella—. Quiero ir.

Boris se acercó a él por el otro lado y le frotó la espalda.

—Piensa que será un caso de estudio —le dijo con sensibilidad mientras lo rodeaba por los hombros—, y te necesitamos para resolver todo este enigma. Además, ¡estás en un puto cuento de fantasía! —Rio y le sacó una sonrisa a Dylan—. ¿Te imaginas lo que diría Tolkien[7]?

Dylan rio y asintió.

—O George R. R. Martin. —El pelinegro rio, recomponiéndose.

—¿Quién es ese? —Nathalia frunció el ceño.

—El autor de «Juego de tronos» —aclaró Dylan.

—¿Qué juego es ese? —preguntó esta vez Tom y los guardianes suspiraron.

—Más tarde te lo contamos. —Amira le restó importancia.

—Vale —Ethan intervino nuevamente—, entonces la pregunta es: ¿a dónde vamos?

—Bueno, yo estuve en España una vez y sé hablar español —habló Nathalia—. Quizá podríamos ir allí, nadie nos conocerá.

¿Ir a España? Teodora, una chica norteamericana de Montgomery viajando a España a través de un portal desde un mundo paralelo. Jamás lo habría imaginado.

—¿Sabes hablar español? —le preguntó Boris a Nathalia, a lo que la guardiana asintió—. Pensaba que vivías en África. —Nathalia soltó una risa sarcástica.

—Y ahora me vas a decir que hablo africano, ¿no? —Rio—. Soy ecuatoguineana, idiota. Allí se habla español.

—Vale, vale. Perdón. —El rubio alzó las manos en señal de rendición.

—Esos comentarios son típicos de los estadounidenses —Nathalia se dirigió esta vez a Teodora—, menos mal que Teo es la excepción.

—Hace ya tiempo que dejé de ser norteamericana —se defendió la pelirroja—. De todas formas, ahora soy solo humana.

—Todos lo somos. —Amira miró a sus compañeros y se abrió un silencio entre ellos.

—No he entendido nada de lo que acabáis de decir —dijo Tom.

—No importa —rio Ethan—, cosas del mundo humano. Entonces… ¿a España? —Miró a sus compañeros.

Los guardianes se miraron entre sí y Boris se encogió de hombros.

—A mí me vale —asintió.

—¿Puedo preguntar qué es eso de España? —intervino Laila con curiosidad.

—Es un país, una región de nuestro mundo —explicó Amira—. Igual que aquí están las Estaciones, allí hay territorios divididos a los

que llamamos países.

—Ah, entiendo —asintió la rubia.

—Tom —Aritz llamó la atención del brujo—, ¿es seguro que viajen por los portales? Tal y como están las cosas, quiero asegurarme de que nadie pueda intervenir en el flujo.

—Sí, es seguro —asintió el brujo—. En todo caso, si quisieran corromper los portales lo harían con los creados por los brujos. Los portales de las guardias están creados en otra frecuencia, con otro tipo de magia. Hasta donde sabemos, nadie puede corromperlos… o no deberían. Se necesitaría de un poder mayor para acceder a ellos.

—Pero desde la creación del Pacto se prohibió la creación de portales por ese mismo motivo —añadió Laila—. ¿Y si lo desconocemos y sí que pudieran intervenir?

—Bueno, puedo crearles una protección que invisibilizaría su campo energético. —Tom los miró como si sus palabras fueran obvias y, al ver que lo observaban en busca de una explicación, soltó un suspiro y continuó—: Vuestra energía sería invisible, con lo cual nadie podría detectar movimientos entre portales, sean del tipo que sean.

—¿Y tú puedes hacer eso? —le preguntó Amira.

—Guardiana, me ofendes. —Tom se puso una mano en el pecho simulando estar ofendido.

—En ese caso —intervino Ethan—, ¿cuándo nos vamos?

—¿Qué tal en unos minutos? —dijo Boris.

Unos minutos. Unos minutos y estarían de vuelta al mundo humano, en un país completamente desconocido. Otro cambio, otro reto. Teodora no estaba mentalizada, pero sabía que quería hacerlo.

Sentía que tenía que hacerlo.

—Ahora vuelvo —dijo antes de cruzar todo el salón y adentrarse en la habitación.

Al entrar, miró por la ventana que daba hacia los campos de trigo. Soltó un fuerte suspiro e intentó tranquilizar el nudo que se le había formado en el pecho: ansiedad.

—Teo —la voz de Aritz la interrumpió, entrando a la habitación—, ¿estás segura de que quieres hacerlo? No tienes por qué.

—Sí —asintió, mirándolo fijamente—, estoy segura. Debemos hacerlo.

Y antes de que pudiera seguir, agarró su capa de color carmín con frenesí.

—Teo, oye… —la agarró de la muñeca antes de que pudiera darse la vuelta—, no me gusta esto, pero… ve con cuidado —dijo mirándola fijamente. Teodora asintió.

—Solo quiero que me prometas que Caleb estará bien. Que todos estarán bien.

—Estaremos bien —los interrumpió Shaun, que se apoyó de brazos cruzados sobre el marco de la puerta. La mirada de Shaun se clavó en Aritz, el rostro serio.

Ni siquiera se molestaba en ocultar su enfado.

—Sí —Aritz se quedó mirándolo durante unos segundos—. Bueno, ahora nos vemos —dijo antes de disponerse a salir.

Y cuando pasó por el lado de Shaun, ambos se miraron fijamente sin dirigirse la palabra.

Shaun detuvo la mirada en Teodora mientras la guardiana se colocaba la capa. Se acercó a ella y le acunó el rostro, mirándola fijamente a los ojos.

—No voy a preguntarte que si estás segura porque seguro que su Alteza ya te lo ha preguntado —dijo con burla.

—Shaun…

—Pero —la interrumpió— sí que quiero que me prometas que estarás de vuelta pronto. Porque si no lo estás, obligaré a Tom, a Caelan y a todos los hechiceros de Dôr o Ithron a crear un portal e iré a buscarte a tu mundo yo mismo si es necesario.

Teodora sonrió y asintió. Lo agarró de las muñecas y acercó su rostro.

—Volveré pronto —dijo en un susurro—, lo prometo. —Lo besó en los labios.

Shaun, poniéndole un mechón detrás de la oreja, le siguió el beso. Y con anhelo de sus labios, le dio repetidos besos, como si no quisiera alejarse nunca de ellos.

—Bueno —Nathalia los interrumpió, apareciendo por la puerta—, siento interrumpir, pero… ¿estás lista?

Teodora miró a su compañera y asintió.

ʘ

Después del mediodía, se plantaron frente al manzano que tenía la espiral. Con todos los cambios sufridos, los guardianes no tenían pertenencias más que sus ropas. Ni siquiera tenían dinero de su mundo, pero una vez que llegasen allí, ya verían sus próximos pasos.

Colocados uno al lado del otro, Tom los miró intercaladamente:

—¿Estáis listos? —Los guardianes asintieron a su pregunta y observaron cómo, al instante, Tom cerró los ojos para tomar unas respiraciones. Empezó a murmurar palabras que desconocían hasta que, sin abrir los ojos, les volvió a hablar—: No pongáis resistencia, abriros a mí. Liberaos de todo.

Y mientras Tom seguía su proceso, los guardianes se miraron entre sí, confundidos. De repente, unas motas de un azul pastel, casi invisible, salieron de sus manos. No, no eran motas de luz; era el aura de Tom. A su alrededor, las auras de los guardianes se iluminaron, haciendo visible lo invisible: su energía. El aura de Teodora era verde, la de Nathalia, entre amarilla y anaranjada. Amira la tenía tirando a rosado, Boris de un color azul, Dylan violeta y Ethan también azul. Frente a ellos, Caleb los miraba ensimismado. De pie, detrás de él, Shaun lo sostenía por los hombros y observaba el aura de Teodora en silencio. Al igual que ellos, Laila y Aritz también se quedaron a un lado mirándolos. La mirada del príncipe clavada en la de la pelirroja.

De repente, el color de sus auras se intensificó y los guardianes sintieron una suave caricia; una fuerza invisible que quería alzarlos al vuelo. Lejos de alzarlos literalmente, sintieron que se liberaron de un peso cuando el color de sus auras se iba transformando en blanco, y de blanco a transparente.

En ese instante, Tom soltó un profundo suspiro cuando bajó sus brazos y abrió los ojos de repente.

—Ya está. Por la Madre Tierra —se pasó un antebrazo por la frente en señal de cansancio—, hacía mil años que no hacía un conjuro como este.

—No sabía que podías hacer conjuros de este tipo —le dijo Laila.

—Confieso que en los últimos siglos he estado desentrenado, pero estos meses he vuelto a ponerme en práctica. —Tom le dirigió una mirada a los guardianes y les sonrió, orgulloso de su hazaña.

—¿Y ya está? ¿Ya están protegidos? —Quiso saber Shaun.

—Frente a las fuerzas de este mundo, sí, están protegidos. Nadie detectará vuestra energía —les explicó a los guardianes—, pero el conjuro puede desvanecerse en cuestión de horas. No podéis tardar —les advirtió—. Os protegerá en el paso de un mundo al otro, pero no de lo que podáis encontrar en vuestro mundo.

Los guardianes asintieron ante las instrucciones del brujo. De repente, la mirada de Teo se detuvo en Caleb y en sus labios se dibujó una sonrisa. Agachándose de cuclillas, abrió los brazos y el pequeño corrió hacia ella. Caleb abrazó a Teodora y la guardiana le dio un beso en la mejilla antes de partir. A su lado, Shaun la miraba con lástima. Teo se levantó y lo rodeó con sus brazos, apoyando la cabeza en su hombro. El elfo no dudó en rodearla también y esconder su rostro en el hueco entre el cuello y la clavícula de la guardiana, allí donde posó un suave beso. Al separarse para mirarse, Teodora le besó en los labios. Shaun la miró fijamente.

—No tardéis, por favor —le dijo, rogándole con la mirada.

—No, no tardaremos. Prométeme que estaréis bien.

—Sí. —Shaun le sonrió mientras le apartaba un mechón de la frente, examinándola una última vez.

Hacía mucho que no viajaba hacia el mundo humano. Hacía mucho que no se despedía de Shaun sin saber cuándo volvería a verlo, pero aquella vez sabía que volvería pronto.

Al mirar al lado, Tom abrió sus brazos para recibirla. Teodora se dejó envolver por los brazos del brujo antes de mirarlo.

—Os estaremos esperando —añadió con una sonrisa.

También se despidió de Laila, un abrazo efusivo con su mejor amiga. Y a su lado, la mirada de Aritz clavada en ella fijamente. Teodora estaba frente a él, mirándolo a los ojos. Era una sensación extraña.

—Tened cuidado —se limitó a decirle.

Teodora asintió, regalándole una sonrisa con los labios fruncidos. Quería abrazarlo, pero no se atrevía a hacerlo. No quería que resultara una ofensa ni una falta de respeto hacia Shaun sabiendo que sus sentimientos hacia Aritz estaban confusos. Y eso, Aritz lo sabía.

Se giró hacia el portal junto a sus compañeros cuando vio el abrazo intenso entre Nathalia y Laila.

—Si alguien os ataca —le dijo la rubia—, ya sabes qué hacer.

—Allí no nos atacarán, a no ser que sean los propios humanos. Pero lo tengo en cuenta, sé defenderme —añadió Nathalia, sonriéndole.

Laila asintió y la abrazó de nuevo. Todos se quedaron observándolas cuando interrumpieron su abrazo y sus ojos se miraban mutuamente.

—Bueno —Nathalia hizo un esfuerzo por deshacer el contacto con Laila y giró sobre sus pies—, me seguís —dijo en tono afirmativo, encaminándose hacia el portal.

Todos asintieron y esperaron a que fuera ella quien cruzase primero. Como era la única que había estado en España, todos la seguirían al pensar en ella.

Nathalia miró una vez más a todos los presentes, deteniendo su vista en Laila. Con el corazón en un puño, se giró y puso la palma de la mano sobre la espiral. Y como un estallido, el portal la absorbió. La siguieron Dylan y Boris.

—¡Espera! —exclamó Caleb justo cuando cruzó Dylan.

Caleb corrió hacia Teodora y se abalanzó sobre ella, dándole un efusivo abrazo. Teo se aferró a él una vez más, estaba empezando a quererlo como si… como si de verdad fuera su hijo. Lo besó en la frente y lo miró a los ojos.

—Volveré enseguida, ¿vale? —Le dio un toquecito sobre el mentón con cariño—. Vamos, ve con Shaun.

Caleb se volvió hacia Shaun y el elfo lo tomó de los hombros. La mirada de Teodora se cruzó con la de Shaun, una mirada de preocupación cernida sobre ella.

«Vuelve pronto», parecía decirle con la mirada.

Detrás de ella, Ethan y Amira también cruzaron. Se topó entonces con la mirada de Aritz, entristecida. Y tuvo que luchar contra sus deseos al girarse y poner la palma de su mano sobre la espiral.

Una vez más, un destello de luz la absorbió: iba a volver al mundo humano.

23
Una ficción hecha realidad

Salió del portal de un impulso. Al cerrarse la espiral tras ella, Teodora inspeccionó su alrededor. Estaban en un callejón oscuro y ya había anochecido. Amira se abrazó a sí misma.

—Por la Madre Tierra, qué frío —se quejó, frotándose los brazos.

Se miraron las ropas; ahora eran ellos los que parecían salidos de un circo. Ethan se quitó el gambesón negro y se lo tendió a su compañera.

—Toma, póntelo.

—Ethan, tendrás frío —dudó Amira.

—Estaré bien —se encogió de hombros—. Toma, anda.

Se quedaron en silencio de nuevo mirando a su alrededor con curiosidad mientras Nathalia se acercaba a la salida del callejón, donde una carretera urbana se extendía frente a ellos. La guardiana miró a ambos lados de la calle y sus compañeros se acercaron a ella.

—¿Estamos en España? —preguntó Dylan.

—Sí, es Barcelona. Estuve aquí con mis padres hace un par de años más o menos —dijo Nathalia mirando alrededor hasta que volvió la mirada a sus compañeros—. Pero es extraño, no se oye ni un solo coche. No hay gente.

Teodora se asomó a la calle. Era cierto: si bien estaba el alumbrado encendido y las tiendas ya cerradas, no había personas ni vehículos.

—Qué raro —habló Boris—. Siendo España debería estar todo el mundo en la calle. Ya sabéis, el país de los bares, la fiesta, la paella…

—El alcohol barato —siguió Ethan y Boris alzó las cejas, riendo.

—Chicas guapas… —El rubio le dio un codazo a su compañero y rio. A su lado, Ethan negó con la cabeza con diversión.

—¿Te parece un buen momento para pensar en eso? —le recriminó Nathalia, volviéndose hacia él.

—Nat, venga, no seas aguafiestas.

—Boris, que para ti cualquier hueco es trinchera en tiempos de guerra —añadió con sarcasmo refiriéndose a su promiscuidad—. Párate un poco.

Y justo cuando Boris iba a responderle, Amira los interrumpió, ignorando su conversación:

—¿Creéis que…? —Amira intervino con la voz en un hilo—. ¿Creéis que habrán desaparecido? ¿Y si somos los únicos humanos que quedan?

—¿Qué insinúas? —habló Boris, volviendo a ponerse serio—. ¿Un apocalipsis?

—Bueno, tendría sentido. —Amira se encogió de hombros—. No sabemos cuánto tiempo hemos estado fuera exactamente, ¿y si esa era la advertencia del colgante?

De su bolsillo, Teodora sacó la amatista y la observó.

—No creo —habló Dylan—. De ser así, el alumbrado no funcionaría, no habría electricidad. Además, hay coches aparcados y están en perfecto estado.

Todos giraron sus cabezas hacia el otro lado de la calle. Dylan tenía razón: aunque no muchos, había algunos vehículos estacionados al otro lado de la acera.

—Sí, Dylan tiene razón —asintió Nathalia—. No parecen sucios, no parece que nada esté en mal estado.

—Bueno, teniendo en cuenta que nunca hemos vivido un apocalipsis —intervino Boris—, no sabemos qué aspecto tendría todo.

—No, pero sé lo suficiente como para que no parezca todo impoluto —añadió Dylan.

—Bueno, tanto como impoluto… —Ethan se tapó la nariz con el antebrazo—. Huele a meado, qué puto asco —se quejó haciendo una mueca de desagrado—. ¿Y dónde estamos? Los portales deberían

ser como el tren, que te deja en el centro de la ciudad y no a tomar viento[8].

—Creo que primero deberíamos averiguar qué día es, por lo menos… ¿no? —intervino Dylan nuevamente.

—Sí, en Dôr o Gwaith hemos perdido la noción del tiempo mundano —asintió Amira.

—Vale, ¿vamos? —preguntó Nathalia y todos asintieron.

Dado que Nathalia era la única de todos ellos que había estado allí, la siguieron. Salieron del callejón y caminaron por la acera de una amplia vía que cruzaba la ciudad. Pasaron por delante de un quiosco, pero no consiguieron ningún periódico al estar ya cerrado. Siguieron caminando en silencio sin escuchar siquiera algún sonido de un animal cercano.

—Por la Madre Tierra —dijo Teo mirando la amplia calle que se abría frente a ellos—, hace tanto tiempo que no paseo por la civilización.

Se les hacía extraño estar de vuelta en el mundo humano, especialmente a Teodora. Era la primera vez que visitaba Europa y le resultaba raro hacerlo en aquellas circunstancias. Aunque, pensándolo bien, al final fue una media verdad la excusa que les puso a sus padres cuando se fue: había viajado a Europa.

Una parte de ella se entristeció al pensarlo.

—La civilización humana, querrás decir —añadió Ethan.

—Bueno, sí. Ya me entendéis. —Rio.

—Ni que lo digas. —Amira se detuvo frente a una tienda de maquillaje y productos de belleza. El escaparate iluminado mostraba un sinfín de productos del cuidado de la piel y paletas de maquillaje de todos los colores—. Echo de menos maquillarme, gastarme el dinero en productos innecesarios —dijo con añoranza con las manos sobre el cristal del escaparate.

—Yo nunca fui mucho de maquillarme —Teo se puso a su lado, observando los productos—, pero me gustaría ceder a los placeres mundanos otra vez.

—¿Pues sabéis qué me gustaría a mí? —habló Boris—. Comerme una buena hamburguesa con kétchup y patatas fritas.

—Y alitas de pollo con salsa barbacoa… —añadió Ethan—, se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—Pues estamos de suerte —frente a ellos, Dylan estaba mirando en dirección al frente con las manos a los lados—, ahí hay un *Burger King*[9].

Todos miraron hacia delante y lo observaron de lejos. Dylan tenía razón: un restaurante de comida rápida estaba frente a ellos y tenía las luces encendidas.

—¿Hay gente? —preguntó Amira.

—Eso parece… ¿no? —preguntó Boris.

Y estando frente a un portal de apartamentos, Teo desvió la mirada hacia el buzón comunitario que tenía al lado. Su mirada recayó en aquel periódico arrugado y lo agarró con curiosidad. No lo dudó ni un segundo: sus ojos se clavaron en la fecha que indicaba en la esquina superior derecha.

—Chicos —los interrumpió—, he encontrado la fecha de hoy. Creo…

Los guardianes se pusieron a su lado y miraron el periódico. Nathalia se lo arrebató de las manos y miró la fecha indicada.

—No puede ser —dijo Amira.

—¡¿2020?! —exclamó Ethan—. ¿Hemos estado dos años fuera?

—Dos años no, pero si no calculo mal —intervino Dylan—, creo que hemos estado casi un año y medio.

—Un mes arriba un mes abajo… hemos estado mucho tiempo fuera, eso no nos lo quita nadie —habló Boris—. Qué locura… —Se frotó el cabello hacia atrás, mirando al suelo.

—Bueno, el tiempo en Dôr o Gwaith trascurre más rápido —añadió Teodora.

—¡Eh! ¡Vosotros! —De repente, un coche de policía se detuvo a su lado, en la carretera. Llevaban las luces encendidas, como si estuvieran patrullando, y dos agentes los miraban fijamente desde el vehículo; ambos llevaban una especie de mascarilla en la cara—. ¿Es que no sabéis que está prohibido salir?

Los guardianes miraron a Nathalia; no entendían ni una sola palabra de español.

«Con lo fácil que es todo en Sindarín», pensó Teodora.

—Perdón, ya nos íbamos —respondió Nathalia, mirándolos.

—No, es que no podéis estar juntos. —Uno de los agentes se bajó del vehículo y cerró la puerta tras él—. Está prohibido estar fuera, tenéis que iros a casa ya mismo. ¿Qué hacéis vestidos así? —les preguntó, mirando sus atuendos—. ¿Y vuestras mascarillas?

Nathalia miró a sus compañeros y frunció el ceño. Después, volvió la mirada hacia el agente.

—¿Mascarillas? —preguntó con el ceño fruncido.

—No me tomes el pelo, niña. ¿Queréis que os multe o qué?

—No, perdón. Ya nos vamos —dijo antes de dedicarles una mirada cómplice a sus compañeros.

Nathalia se giró y apuntó con el mentón hacia delante de la calle. Empezó a caminar y los demás caminaron con ella.

—¡Eh! ¡No hemos acabado! —El agente exclamó a sus espaldas.

—Nat, ¿qué pasa? —preguntó Amira.

—Nada, seguid caminando —dijo mientras aceleraba el paso.

—¡Eh! ¡Venid aquí! —Seguía gritando el agente.

Nathalia se giró un momento y vio que el policía los seguía a paso acelerado.

—Vale, ¡corred! —les dijo y, siguiéndola, empezaron a correr calle abajo.

—¡Eh! ¡Os vais a enterar! —gritó el agente.

Enseguida, se subió al coche con su compañero y vieron que el vehículo los perseguía con las luces parpadeando.

—¿A dónde vamos? —exclamó Amira, corriendo detrás de Nathalia.

Corrieron hasta adentrarse en uno de los callejones. Siguieron a Nathalia sin rumbo alguno durante varios minutos. Sus piernas retumbaban contra el suelo con fuerza cuando, por fin, los perdieron de vista. Nathalia redujo el paso y todos la imitaron. Dylan se puso las manos sobre las rodillas, hiperventilando, y Boris se apoyó en una pared mientras su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración. Los demás trataban de recuperar el aliento mientras miraban a Nathalia sin entender qué había pasado.

—Por Dios, Nat —habló Amira, recuperando el ritmo de su respiración—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. —Nathalia también respiraba con intensidad—. Han dicho que estaba prohibido que estuviéramos fuera y que no podíamos estar juntos. También algo de unas mascarillas.

—¿Mascarillas? —Ethan frunció el ceño—. ¿Mascarillas en plan qué? ¿Como las que llevaban?

—¡No lo sé! —exclamó Nathalia—. Si lo supiera, no estaríamos en esta situación.

—Bueno, por lo menos sabemos que aún quedan humanos —dijo Teo.

—Empiezo a echar de menos a los elfos —bromeó Boris.

—Vale, ¿y ahora qué? —Dylan bufó—. No tenemos a dónde ir, ni dinero.

El silencio se abrió paso ante ellos y Teodora se dio cuenta de aquel cambio: mientras que en Dôr o Gwaith el dinero apenas tenía importancia, dado que sus gentes lo cultivaban todo y llevaban a cabo el consumo propio además del trueque –aunque también utilizaban sus propias monedas de oro de las minas de Nogoth Hûb–, en el mundo humano, sin dinero ni un trabajo que lo produjera, estaban perdidos.

También era cierto que las condiciones de vida eran mucho más duras en Dôr o Gwaith, pero a cambio había más paz y menos estrés… sin contar el asunto de la guerra actual a la que estaban sometidos.

—No lo sé —dijo Nathalia, volviendo a caminar por donde habían venido—, pero por lo menos vamos a por algo de comer.

—¿Y con qué dinero? —preguntó Dylan.

—No lo sé, pero ya se nos ocurrirá algo. ¿No queríais esas hamburguesas?

—Pues, ahora que lo dices… me apetece un montón comer comida basura. —Rio Amira y Nathalia le sonrió.

—Pues vamos. —Cabeceó hacia el camino de vuelta.

Retrocedieron por donde habían venido, atentos para no volver a encontrarse con aquellos policías. Las calles estaban en silencio, aunque en las ventanas de las casas y en los balcones se reflejaba la luz de los hogares. Y de repente, mientras caminaban por una calle estrecha, empezó a sonar una canción: «High» de *Lighthouse*

Family. Al principio, sonó en un volumen bajo, casi lejano, pero a medida que avanzaban, el volumen aumentaba. Parecía provenir de un apartamento que tenía la ventana abierta y la luz encendida. De pronto, los guardianes se miraron unos a otros, sonriendo.

—Me encantaba esta canción cuando era pequeña, la escuchaba en el coche de mis padres y la bailaba en mi habitación —añadió la pelirroja, recordando viejos sentimientos que había enterrado en su subconsciente, una pincelada de nostalgia que, de pronto, había dibujado una sonrisa en su rostro.

—Pues no se hable más. —Boris le tendió la mano—. ¿Qué tal si la bailamos?

—¿Ahora? —Teodora rio.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

—Yo no tengo prisa. —Ethan le tendió la mano a Amira, quien se la tomó con entusiasmo y empezaron a bailar, dando vueltas en mitad de aquella calle solitaria.

Teodora miró a Boris y le agarró la mano, y juntos imitaron a sus compañeros. Rieron mientras bailaban agarrados, dando vueltas inciertas, y Nathalia le insistió a Dylan. El pelinegro, por fin, se dejó llevar por su compañera y bailaron, aun con cierta torpeza en sus pasos. Cantaron en voz alta la canción, todos al unísono, y se sorprendieron cuando algunos vecinos salieron a los balcones, a sus ventanas, observándolos con diversión. Algunos de aquellos vecinos los animaron, otros los imitaron bailando desde los balcones. Los guardianes miraron hacia aquellos vecinos, algunos los filmaban con el teléfono móvil y otros, sin embargo, los miraban con recelo. Sin embargo, no prestaron atención a aquellas miradas de desaprobación cuando cantaban a pleno pulmón junto al resto de vecinos; todos humanos, como ellos.

Risas, bailes, miradas de cariño; la humanidad en su esencia.

Y al finalizar la canción, se detuvieron y todos aplaudieron. Teodora miró a Boris, ambos riendo a carcajadas mientras gotas de sudor caían por su rostro. Los vecinos aplaudieron hacia los guardianes y estos miraron hacia ellos.

—¡Gracias! —añadió Boris con un acento extranjero que provocó la risa de Nathalia mientras el rubio hacía una reverencia hacia los

vecinos.

—¡Ahora a casa! ¡El toque de queda! —exclamó una de las vecinas.

—¡A eso vamos! —le respondió Nathalia, sin saber muy bien a qué se refería—. Chicos, vámonos ya —dijo hacia sus compañeros.

Todos asintieron y se despidieron de los vecinos, marchándose de aquella calle.

—Ha sido divertido. —Rio Amira.

—Sí. —Teodora siguió la conversación—. Ya no recordaba esto.

—No sé si lo sabéis —intervino Dylan de repente—, pero nos han grabado con los móviles.

—¿Y qué? —Boris le restó importancia.

—Pues que si lo suben a redes, ¿y si nos ven nuestros padres?

—Eso no va a pasar… ¿no? —Amira los miró intercaladamente mientras seguían avanzando.

—Esperemos que no —añadió Ethan, agarrándola de la mano—, pero ahora tenemos cosas más importantes que pensar.

Al llegar a la calle del principio, lo vieron: el restaurante de comida rápida seguía abierto.

Se miraron de forma cómplice al ver lo que estaban a punto de hacer y se encaminaron hacia allí. Al acercarse, inspeccionaron el interior a través de las ventanas: a pesar de que las luces estaban encendidas, no había nadie; todas las mesas del local estaban vacías.

—¡Venga, hasta mañana! —exclamó un chico desde el interior, pero no vieron a nadie.

—¿Sale alguien? —susurró Ethan, pero Nathalia negó con la cabeza.

—Hola. —Una voz los interrumpió y se giraron, asustados—. ¿Os… puedo ayudar en algo?

Frente a ellos, un chico joven los miraba con curiosidad. Llevaba una chaqueta roja y una gorra, seguramente sería empleado del restaurante. En su rostro tenía una mascarilla quirúrgica que le tapaba la nariz y la boca y que colgaba de sus las orejas, la misma que llevaban los agentes de policía.

—Hola —habló Nathalia—, bueno… es que no tenemos donde ir.

El chico los miró seriamente, intercalando la mirada frente a todos ellos.

—¿No sois de aquí?

—Bueno, ellos no —le dijo Nat, señalando a sus compañeros con la mirada—. Yo tampoco, pero… he estado aquí antes. Es que estábamos de Erasmus y… —mintió, pero no se le ocurría una excusa lo suficientemente buena sin conocer el contexto—. Mira, es complicado de explicar, pero… ¿podrías darnos algo de comida?

El chico, desconfiado, volvió a examinarlos con la mirada. Ninguno de los guardianes entendió palabra alguna de Nathalia, pero lo miraron sin ninguna expresión facial.

—Sí, claro. Vamos a hacer una cosa, si no tenéis donde quedaros, podéis pasar la noche en mi local. Está vacío, así que allí al menos podréis refugiaros del frío. Pero que no os vean. No pueden veros juntos, ni en la calle ni sin mascarilla.

—Ah, sí. —Nathalia soltó una risa nerviosa—. Es que…

—No tienes que darme explicaciones —rio el chico—, a mí me da igual. Si estabais en una fiesta de disfraces o algo así —añadió mirando sus ropas—, creedme que soy al que menos le importa. No creo en esta mierda.

—¿Mierda? —Nathalia frunció el ceño.

—Lo del virus.

—Ah, claro. —Rio Nathalia, siguiéndole el juego.

—Bueno, pues… ¿venís? —les preguntó de nuevo.

Nathalia miró a sus compañeros y asintió.

Y mientras Nathalia conversaba con él, los demás los siguieron sin saber muy bien a dónde se dirigían. El chico los condujo hasta un coche.

—Está un poco viejo, pero me funciona increíble —añadió abriendo la puerta del conductor. Los guardianes se quedaron quietos, mirándolo—. Vamos, subid —insistió.

Nathalia miró a sus compañeros y les abrió las puertas.

Aunque eran seis, Amira tuvo que sentarse en las piernas de Ethan y Teodora en las de Boris. En el asiento de copiloto se sentó Nathalia y justo en mitad de Boris y Ethan, en los asientos de atrás, Dylan.

—Si me pillan, me van a meter una multa de la hostia —añadió el chico—, así que iremos rápido. Y por si acaso, sois mis compañeros de piso, ¿entendido?

—Sí, lo entiendo. Muchas gracias —asintió Nathalia—. Solamente pasaremos la noche, mañana nos iremos temprano.

—¿Y qué pasa con vuestros padres? —preguntó mientras se adentraba en la carretera principal.

—Bueno, es que no vivimos aquí. Vinimos de Erasmus y…

—Ah, ya. Os ha pillado fuera del país el asunto. Entiendo.

Nathalia no sabía a lo que se refería aquel chico ni cuál era ese asunto, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

—Pues para no ser de aquí, hablas un español perfecto —le dijo el chico mientras seguía conduciendo.

—Bueno, sí. Es que soy de Guinea.

—¿De Guinea? —El chico arrugó la frente y la miró durante un par de segundos antes de volver la mirada hacia la carretera—. ¿Ahí habláis español?

—Claro. —Rio Nathalia—. Me llamo Nathalia, por cierto.

—Ay, yo me llamo Marc. Encantado, Nathalia. Perdona, estoy cansado y no me he dado cuenta de que no os había dicho mi nombre. —Rio—. ¿Y ellos? —Por el retrovisor, miró hacia el resto de los guardianes.

—Ah, son Teo, Amira, Ethan, Boris y Dylan.

—Encantado. —Les sonrió a través del retrovisor. Teodora, que percibió aquella sonrisa, le frunció los labios sin saber qué estaba diciendo.

No hablaron entre ellos durante el trayecto; hablar en Sindarín en el mundo humano sería muy sospechoso. En su lugar, se quedaron en silencio observando las calles, el alumbrado y los semáforos en funcionamiento, y la iluminación.

«Ojalá Shaun pudiera ver esto», pensó Teodora y a una parte de ella se le hizo raro que nadie pudiese leerle la mente; que Tom no estuviera allí con ella para dar una respuesta inmediata a su pensamiento.

—Y si está prohibido salir, ¿tú por qué sales? —Se atrevió a preguntarle Nathalia.

—Bueno, tengo permiso del trabajo. Tengo un justificante —dijo mientras agarraba un papel de la guantera y se lo mostraba a Nathalia—. Pero la cosa se está poniendo fea.

Llegaron enseguida a una calle que parecía estar lejos del centro de la ciudad. El chico se bajó del coche y abrió con las llaves la puerta de un garaje. Al abrirla por completo, volvió al vehículo y lo condujo hacia el interior de aquel sótano.

Era una sala enorme con varios sofás, una televisión y una consola. También había un pequeño frigorífico y varios cuadros a medio terminar.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo al apagar el motor.

Se bajó del coche y cerró la puerta a su espalda. Nathalia lo imitó y el resto, al ver a Nathalia, la imitaron. Bajaron del vehículo y miraron con atención el lugar mientras el tal Marc cerraba la puerta del garaje.

—Vaya, qué chulo —añadió Nathalia mientras contemplaba las pinturas a medio terminar.

Tenían un estilo urbano, gamberro y original, digno de grafitero.

—Ah, sí. No tengo mucho tiempo de terminarlas. —Rio el chico—. Bueno, esto es todo lo que puedo daros. Hay unos cuantos sofás y mantas. —Señaló un lado del garaje hacia donde Dylan se dirigía. El pelinegro observó los juegos de consola que había en el mueble de la televisión—. Ah, sí. ¿Te gustan los videojuegos? —le preguntó y Dylan, intuyendo la pregunta, asintió—. Puedes jugar, si quieres. —Le señaló la consola—. Ah, y tengo comida —sacó del maletero del coche unas bolsas de comida rápida—, las ventajas de trabajar en un restaurante —dijo dejándolas sobre la mesa de café que había frente a los sofás.

—¿No eran para ti? —le preguntó Nathalia señalando la comida con el mentón.

—Qué va. Es que me da pena tirarla e iba a traerla para reunirme con unos colegas, pero vaya, que no tiene pinta que vaya a salir de casa. Como he dicho, la cosa se está poniendo fea con las autoridades.

Aunque todavía no tenían el contexto completo, Nathalia ignoró lo último y quiso agradecerle.

—Muchas gracias, Marc —le agradeció—. En serio, ¿cómo podemos pagártelo? Es que tampoco tenemos dinero…

—No pasa nada, me conformo si un día podemos quedar tú y yo —dijo en tono seductor. Nathalia soltó una risa nerviosa.

—Lo siento, pero me gustan otro tipo de… chicas.

—Ah —la cara del chico se volvió seria de repente—, entiendo. Perdona, entonces. —Rio con nerviosismo mientras se frotaba la nuca, mirándola avergonzado—. Jope, qué marrón[10].

—No pasa nada —rio Nathalia—, pero gracias por la oferta.

—Bueno, os dejo descansar —añadió, yendo hacia una puerta que daba al exterior—. Cualquier cosa me llamáis, vivo aquí al lado —dijo señalando una puerta al lado de la calle.

—Vale, muchas gracias. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa antes de marcharse.

Al cerrarse la puerta, Ethan soltó un fuerte suspiro y se dejó caer sobre uno de los sofás.

—Menos mal. Me estaba matando no poder hablar.

—¿No se os hace raro? —preguntó Amira.

—Un montón —añadió Teo, sentándose en otro de los sofás—. Me siento como si nunca hubiese sido humana. Hacía tanto que no montaba en un coche que casi se me olvida lo que era.

Era cierto: una parte de ella ya no se identificaba con la Teodora que un día fue, esa adolescente que llevaba una vida completamente mundana. A pesar de que era su mundo, no lo sentía como su casa exactamente. Era como si una parte de ella hubiese evolucionado a un nivel transgresor, profundo.

De pronto, se fijó en una puerta que había al otro lado de los sofás. Caminó hacia ella y, al ver que era un aseo, entró cerrando tras de sí. Se aisló en aquel cuarto de baño pequeño, grisáceo. Tenía un retrete, un lavamanos, un espejo y poco más, aparte de una caja de mimbre con varios rollos de papel higiénico.

Apoyándose en el lavamanos, soltó un suspiro y se miró en el espejo. Qué diferentes eran las cosas cuando las mirabas desde el mundo humano. La última vez que se miró en un espejo estaba en la habitación de un palacio; del palacio de una Reina élfica. Y ahora,

ahí estaba ella, mirándose en el cuarto de baño del garaje de un joven humano… como ella. Tenía el rostro más delgado, unas ojeras palpables bajo sus ojos y un corte en el labio que ya estaba sanando, poco a poco. Todavía le quedaban rastro de los moratones que le habían dejado los sucesos de los últimos días… o semanas.

En Dôr o Gwaith, era muy fácil perder la cuenta del tiempo.

Cuando se refrescó la cara y la nuca, abrió la puerta de nuevo, encontrándose a sus compañeros acomodándose en aquel sofá.

—Qué pasada —Dylan, frente a ellos, seguía asombrado por los videojuegos.

—Bueno, ¿qué te ha dicho? —preguntó esta vez Boris a Nathalia.

—Me ha dicho que se llama Marc, que está prohibido salir y estar juntos, algo de un virus.

—¿Virus? —Amira frunció el ceño.

—Sí —asintió Nat—. Y que las autoridades se están poniendo serias con el asunto. Por eso nos perseguían esos polis, supongo.

—¿Y esto? —Boris señaló con la mirada las bolsas de comida que había en la mesa.

—Comida, para nosotros.

Desesperadamente, Boris abrió una de las bolsas y tomó una de las cajitas. Al abrirla, una sabrosa hamburguesa se mostraba frente a sus ojos. Le puso kétchup y, agarrándola con ambas manos, le dio un gran bocado.

Todos rieron al verlo comer como si fuera un animal.

—Mmm… qué rica. Voy a llorar —dijo con la boca llena y el rostro reflejando su entusiasmo.

—Yo no me voy a quedar atrás. —Ethan también empezó una de las hamburguesas.

—Eh, dejad para los demás. —Rio Amira.

Teodora agarró una de las hamburguesas. Al ver aquella comida frente a sus manos, se sintió extraña, pero al darle un mordisco, sintió que volvía a comer del mismísimo cielo.

—Por la Madre Tierra —habló con la boca llena mientras se limpiaba con una servilleta los labios—, está buenísima.

—Los norteamericanos sois los reyes de la comida basura —dijo Nathalia—, estarás orgullosa.

Teodora se encogió de hombros con indiferencia mientras seguía comiendo con la boca llena.

—Dylan, ¿no quieres? —Amira le llamó la atención.

—Sí —desvió la mirada de los videojuegos hacia la mesa—, voy.

Y mientras comían y charlaban, parecía que se hubiesen despertado de un sueño profundo, pero nada más lejos de la realidad. Sus ropas eran reales, el colgante que guardaba Teo en su bolsillo era real. Incluso la navaja que guardaba Boris en su pantalón.

—¿Os imagináis a Tom y a Laila probando esto? —dijo Amira y todos rieron.

—Seguro que a Laila le gustaría —añadió Nathalia.

—Segurísimo —rio Teodora—, y a Shaun.

—¿Creéis que Aritz nos dejaría comer comida basura? —habló de nuevo Amira.

—No lo sé, ese hombre es tan raro… solo puedo verlo como si fuera el Capitán —dijo Nathalia.

—Pues de Capitán ha pasado a príncipe —añadió Ethan—, que no es poca cosa.

—¿Podríamos no hablar de Aritz, por favor? —intervino Teo.

—¿Por qué? ¿Te incomoda? —dijo Boris con ánimo de provocarla.

—No, idiota, pero tenemos otras cosas en las que pensar.

—Siempre hay cosas en las que pensar —siguió Boris—. ¿No podrías disfrutar un poco del momento?

—Pues no, porque me gustaría averiguar qué es eso del virus.

—Si tuviéramos un teléfono móvil… —dijo Amira.

—No sé qué decirte —Nathalia habló con la boca llena y tragó antes de seguir hablando—, yo prefiero no entrar y no ver mis redes sociales. A saber lo que dirán de nosotros por ahí.

—Se pensarán que estamos muertos. —Ethan se encogió de hombros con la mirada en el suelo y se abrieron unos segundos de silencio.

—Bueno, no pensemos en eso —continuó Teodora.

—No tenemos móviles —intervino Dylan—, pero tenemos una televisión.

Todos miraron al frente observando sus reflejos en la pantalla del televisor.

—¿Qué? ¿La ponemos? —propuso Ethan y Nathalia se encogió de hombros; los demás se quedaron en silencio—. Dylan, enciéndela.

Dylan se levantó y agarró el control remoto. Al sentarse de nuevo, le dio al botón de encendido y saltó a un canal de deportes.

—Busca el telediario, a ver qué encuentras —añadió Nathalia.

Dylan presionó un par de veces el botón de cambio de canal hasta que llegó al telediario. Era un canal internacional, así que las noticias estaban en inglés y todos podían entenderlas. Lo escucharon en silencio: «En Europa la crisis no da tregua. España ya supera a China en muertes por coronavirus con más de 3.400 fallecidos. La mayoría en Madrid y Cataluña…».

—El virus —añadió Ethan.

Teodora, con los codos sobre las piernas, apoyó la cabeza en sus manos mientras escuchaba atentamente el telediario al igual que sus compañeros. Sus ojos no se apartaban de la pantalla del televisor.

«Es el segundo país con más fatalidades después de Italia», seguían escuchando. «Los hospitales en España están gravemente afectados. Uno de cada tres infectados son doctores o enfermeras y el personal médico está rogando por obtener material de apoyo para protegerse. (…) Pronto les daremos más novedades sobre la última hora de la pandemia global»

—¿Una pandemia? —Amira los miró con desconcierto.

Boris, sentado al otro lado del sofá, echó la espalda hacia atrás con la mirada todavía fija en la pantalla.

—Pandemia global. Eso es que ha afectado a todo el Planeta —añadió Dylan.

Teodora, con la mirada también fija en el televisor, pensó en sus padres. Se le cristalizaron los ojos al pensar en su abuela, ¿y si habían enfermado por el virus?

Nathalia se puso en pie y paseó por el piso, soltando un bufido. Se agarró del cabello y miró hacia arriba, pensativa, mientras caminaba. Ethan, al lado de Amira, miraba fijamente al suelo mientras su pierna se movía con rapidez y su pie golpeaba el suelo, y Amira se mordía las uñas.

—Esto es muy grave —susurró Amira, conmovida.

—Por la Madre Tierra —Boris se levantó de golpe—, lo que nos faltaba. Primero viajamos a un mundo paralelo donde hay elfos y criaturas de cuentos de niños, luego nos entrenan en un castillo propio del Medievo, nos enfrentamos a una guerra, casi morimos, y ahora… ¡una puta pandemia! —exclamó con frustración—. Es que esto es increíble. —Rio con ironía mientras se agarraba la cabeza de forma frustrante.

—Bueno, no nos pongamos nerviosos —intervino Amira.

—No, ¡es que ya estoy nervioso! —exclamó el rubio de nuevo.

—Boris…

—Es que esto no puede ser, ¡todos estamos en peligro! —gritó de nuevo.

—¡Boris! —exclamó Nathalia—. Cállate, ¿quieres? Necesitamos pensar.

—¿Pensar el qué? ¡Hay una puta pandemia en el mundo humano y nosotros no podemos hacer nada!

Dylan tiró de repente todas las bolsas de comida hacia el suelo. En un ataque de rabia, se levantó con las manos hechas en un puño a los lados de su cuerpo. Su respiración estaba agitada mientras caminaba de un lado para otro, como por acto reflejo.

—Dylan. —Teodora fue tras él y Nathalia la siguió.

El pelinegro se alejó unos metros mirando al suelo; su mandíbula estaba tensa y su respiración entrecortada. Empezó a llorar mientras se agarraba del cabello con fuerza, y empezó a chocar sus manos, dándose golpes a sí mismo.

—Dylan —Teo se acercó a él—, Dylan tranquilo. —Lo abrazó, apartándole las manos con las que se golpeaba a sí mismo.

Al principio, se removía entre sus brazos, pero después apoyó la cabeza en el hombro de su compañera y lloró desconsoladamente.

—Quiero irme a casa —dijo en medio de las lágrimas.

—Lo sé. —Nathalia, a su lado, le frotó la espalda.

—Dylan, tío…

—¡Cállate, Boris! —lo interrumpió Nathalia, lanzándole una mirada de desaprobación.

Boris pareció entenderlo: Dylan se había alterado. El guardián alemán era muy sensible y, si los cambios le afectaban, aquella era la gota que colmaba el vaso.

Y en aquellos momentos, todos se preguntaban lo mismo: ¿por qué había sido elegido como guardián una persona que se alteraba tanto ante los cambios?

—Escúchame, Dylan. —Cuando ya estuvo más calmado, Teodora se separó de él y lo sostuvo por los hombros—. ¿Qué es lo que tú quieres?

—Quiero volver a casa, y ver a mis padres, pero también quiero estar con vosotros. Y con Shaun, con Laila…

—Vale, pero no pueden ser las dos cosas a la vez.

—Ya lo sé… —Dylan se limpió las lágrimas con el antebrazo y le dieron unos segundos de pausa antes de que siguiera hablando—: Quiero estudiar Dôr o Gwaith, creo que forma parte de un sistema desconocido.

—Eso está bien. —Le sonrió Nathalia—. De todas formas, necesitamos tu ayuda. ¿Tú quieres seguir ayudándonos? —Dylan asintió sin decir palabra alguna—. Vale, pues… ¿qué propones que hagamos ahora?

—Bueno —la respiración de Dylan ya se estaba equilibrando—, si hay una pandemia corremos el riesgo de contagiarnos. Y si nos contagiamos, no podremos volver. Podríamos…

—Llevar el virus a Dôr o Gwaith —lo interrumpió Teodora finalizando la frase, y Dylan asintió.

—Exacto.

—Ese es un riesgo que no podemos correr —afirmó Ethan, mirándolos desde el sofá.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Boris—. Hemos venido para averiguar qué está pasando.

—Ya sabemos lo que está pasando —continuó Amira, cruzada de brazos al lado de Ethan.

—Sí, ¿pero creéis que el colgante nos estaba alertando de esto o de algo más? —siguió Boris—. Pensadlo, ¿por qué con las primeras reacciones aparecía uno de nosotros y después nada? ¿Qué quiere decirnos?

—No lo sé —Teodora caminó de nuevo hacia ellos, dejando a Dylan con Nathalia—, pero está claro que aquí no podemos quedarnos para averiguarlo.

—Habrá que buscar otra forma —dijo Amira.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, pensativos.

—Maldita sea —se quejó el rubio—, me hubiera gustado quedarme por aquí aunque fuese a modo de escapada.

—Tenemos que irnos ya —insistió Teodora.

—Vamos, no seas aguafiestas —le recriminó Boris—. Podemos quedarnos unas horas más.

—Boris —intervino Nathalia—, ¿qué parte no entiendes de que hay una puta pandemia? Está prohibido salir, y si nos pillan estamos muertos. No tendremos cómo volver juntos.

—Eso y que querrán pedirnos documentación —habló Ethan, mirando a su compañero—. ¿Tú llevas tu documento de identidad? Porque yo no.

Nathalia caminó hacia la zona donde el tal Marc tenía los cuadros. Vio una liberta y un lápiz en aquel escritorio, así que arrancó una hoja y le escribió una nota:

«Hemos tenido que marcharnos, no queríamos molestarte».
«Muchas gracias por la comida y por darnos un techo donde dormir esta noche».
«Hasta pronto, Nathalia».

—Me da pena —añadió Amira—, parecía buen chico.

—Sí —Nathalia dobló el papel y lo dejó sobre la mesa—, pero no podemos quedarnos con todo el mundo que nos encontramos por el camino.

—Vale —Ethan se acercó a ellas—, ¿y cuál es el plan? Estamos lejos de donde hemos venido.

—Está claro que hay que buscar un portal —añadió Teo—, y aquí dentro no lo encontraremos.

—Vale, pero me llevo esto. —Boris agarró las bolsas de comida.

—No podemos llevarnos eso —negó Teo.

—Solo para el camino, hasta que encontremos un portal.

Teodora puso los ojos en blanco y decidió no darle importancia.

ʘ

Al salir de aquel garaje y despedirse de aquel pequeño refugio, cerraron la puerta tras ellos. Todavía era de noche, estaba por amanecer, así que era la hora perfecta para salir a la calle sin que nadie los viera.

Caminaron en silencio por aquel vecindario, el sonido de los pájaros los acompañaba como sintonía de fondo. No había ni un alma por la calle; solo ellos, el día a punto de amanecer y el primer sonido de los pájaros al despertarse.

—Podría acostumbrarme a esta paz —añadió Ethan mientras caminaban por la acera.

—Qué locura —continuó Amira—, el mundo entero se ha detenido por una pandemia.

—Sí… —Teodora suspiró—. A estas alturas, ya me lo creo todo.

Siguieron caminando durante una hora, vagando por las calles oscuras y silenciosas. El alumbrado les daba luz durante el camino junto al sonido de sus propios pasos.

—Joder —se quejó Boris—, ¿cuándo vamos a encontrar un portal?

—Boris —Nathalia habló a su lado—, hoy estás especialmente quejica. Deja de quejarte, ¡por la Madre Tierra! Pareces un niño insoportable.

—Eso a ti no te viene de nuevo —le respondió el rubio y Nathalia le dedicó una mirada de reprobación.

Estaba demasiado cansada como para responderle de vuelta.

—Eh —Amira se detuvo al lado de un parque infantil—, me ha parecido ver algo ahí. —Miró en dirección al parque, rodeado de moreras blancas.

Los guardianes se acercaron y la vieron: en aquella morera, una espiral los llamaba.

—Por fin —intervino Boris—, voy a llorar de alegría.

—Bueno, pues… —Teodora los miró—, ¿preparados para volver al mundo de los elfos, los orcos y los enanos? —Rio.

—Me da un poco de pena —dijo Amira—, despedirme así de nuestro mundo, sin saber cómo estarán nuestras familias…

Un silencio se abrió ante ellos.

—A mí también —habló Teo de nuevo—, pero el único consuelo que me queda es saber cuál es nuestra labor. Y Shaun, y Caleb… el hogar no tiene por qué ser un lugar, lo son las personas. Y eso lo he aprendido estando allí, con ellos. —Se encogió de hombros.

—Sí, y nos tenemos los unos a los otros —asintió Nathalia—. ¿Abrazo colectivo antes de volver? —propuso, abriendo sus brazos.

Todos sonrieron y se aferraron a ella. Rieron al darse un abrazo colectivo, como lo había nombrado la guardiana, y deshicieron el abrazo pasados unos segundos.

Y allí, juntos, miraron una vez más a su alrededor: el sol a punto de salir por el horizonte, el canto de los pájaros haciéndose presente en el alba. Iban a marcharse, dejando un mundo humano lleno de incertidumbre y de pesadillas hechas realidad.

Una vez más, la realidad superaba a la ficción.

24
Sentimientos confusos

Al salir del portal, la luz de media mañana alumbraba el campo de trigo que se abría frente a sus ojos. Teodora fue segunda en cruzar después de Dylan. Tras ella, la siguieron los demás.

Volver a Dôr o Gwaith después de haber visto las condiciones en las que se encontraba el mundo humano era extraño. Era extraño saber que había una pandemia mundial. Era extraño que hubiesen pisado suelo urbano de nuevo, incluso haber comido una comida rápida antes de regresar. Y, sobre todo, era extraño haber dejado allí a aquel chico tan amable que los había acogido, Marc, sin siquiera despedirse.

—¡Teo! —La voz de Caleb llamó su atención. Teodora giró el rostro hacia un lado y lo vio correr hacia ella.

—¡Eh! —Laila, que estaba junto a él, gritó hacia la casa—. ¡Ya están aquí!

Teodora esbozó una sonrisa amplia al ver a Caleb correr hacia ella con una gran alegría. Se agachó de cuclillas y abrió sus brazos para recibirlo.

—Hola —lo saludó cuando el pequeño se abalanzó hacia ella enérgicamente—. ¿Me has echado de menos? —preguntó, rodeándolo entre sus brazos. Caleb, con la cabeza apoyada sobre su hombro, asintió.

A lo lejos, por encima de los pequeños hombros de Caleb, los vio. Detrás de Laila, se acercó Tom y, detrás del brujo, Shaun y Aritz caminaban de forma paralela. Ambos mirándola fijamente, ambos dando pasos ansiosos por poder abrazarla de nuevo.

Laila y Nathalia se dieron un abrazo efusivo, la rubia depositando un beso sobre la mejilla de la guardiana. Tom los saludó a todos, y Shaun y Aritz se pararon frente a Teodora y Caleb. Teo, al ponerse en pie de nuevo, miró a Shaun fijamente cuando este se acercó el primero. Una sonrisa se dibujó en los labios del elfo al mirarla fijamente.

No lo pensó: Teo se aferró a él y Shaun la rodeó entre sus brazos. Le acunó el rostro para observarla de cerca y le dio un suave beso, pero lleno de pasión. Teodora se dejó llevar, había ansiado esos labios. Sin embargo, una presencia a espaldas de Shaun la distraía.

—¿Estáis bien? ¿Ha ido bien? —le preguntó Shaun. Teodora asintió, mostrándole una sonrisa mientras lo miraba a los ojos, pero, al instante, su mirada se clavó en aquella figura a espaldas de Shaun: Aritz. El ahora príncipe de Dôr o Edhel permanecía observándolos en silencio, esperando a poder recibirla. Shaun, que captó el gesto, se separó unos centímetros de Teodora con cierta desgana, pero cedió. La pelirroja le sonrió antes de volver a mirar a Aritz. A pasos lentos, se acercó a él. La mirada del príncipe estaba clavada en ella, pupilas con pupilas.

—¿Todo bien? —le preguntó cuando Teodora estuvo lo suficientemente cerca.

—Sí —le sonrió la guardiana—, todo bien.

Y sin esperarlo, lo abrazó. Aritz, impactado por aquel gesto, tardó unos segundos en reaccionar y la rodeó entre sus fuertes brazos. Sonrió para sus adentros y cerró los ojos, disfrutando de aquel contacto físico que tanto había ansiado.

Después de ver la incertidumbre que había en el mundo humano y de no saber con certeza si su familia humana estaría viva, a Teo no le importaba nada más que tenerlos allí, junto a ella. Eran su familia y no quería renunciar a ninguno de ellos; ni a Aritz, ni a Shaun.

Mucho menos a Shaun.

Aritz, todavía en aquel abrazo, alzó la vista y miró por encima de los hombros de Teodora. El cabello pelirrojo cayéndole como cascadas por sus antebrazos, a sus espaldas, Shaun los miraba y, con la mandíbula tensa, giró la vista a un lado al cruzar la mirada con Aritz.

Teodora deshizo el abrazo y lo miró fijamente, una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Bueno —intervino Tom—, tendréis mucho que contarnos.

—Más que eso —dijo Ethan—, ha ocurrido algo que no esperábamos.

ଡ

—¿Veis como teníamos razón? —añadió Laila.

Después de llegar, se reunieron en el salón. Elanor escuchaba con atención la conversación, sentada sobre su sillón. Aritz estaba a su lado, apoyado de brazos cruzados sobre la pared.

—Bueno, por lo menos sabemos que los humanos no nos hemos extinguido o algo así —dijo Nathalia, sentada junto a Laila en el sofá.

—Sí, pero, ¿un virus? —Boris frunció el ceño—. ¡Venga ya! Es de película —dijo con ironía. Todos, excepto los guardianes, lo miraron fijamente sin entender aquel último término—. Ya os lo contaré otro día —añadió con indiferencia al darse cuenta.

—El caso es —habló Teodora— que no sabemos si el colgante realmente nos quería alertar sobre eso o… es que quizá hay otros motivos.

—A propósito —la voz de Aritz los interrumpió—, ¿por qué no lo llevas puesto? —le preguntó.

Pero antes de que Teodora pudiera responder, Laila habló por ella:

—Cree que es una maldición.

Aritz volvió la mirada hacia Teodora.

—No puede ser una maldición —intervino Shaun al lado de la guardiana—. De ser así, todos los guardianes anteriores lo hubieran experimentado.

—Sugiero —habló Tom, alzando su voz— que busquemos respuestas en otro lugar. Hay que recurrir a la única fuente más cercana que conozcamos, y que conste que cuando digo cercana no me refiero a la distancia, me refiero a cercana a los tiempos del Pacto.

—¿Quieres decir… que hay alguien que estuvo en los tiempos de la creación del Pacto y que sigue vivo? —preguntó Ethan.

—No —respondió Tom—, no estuvo vivo, pero… nació unas cuantas edades después.

—¿Y se puede saber de quién estás hablando? —preguntó Teodora, ansiosa de curiosidad.

—Pues de Gwydion, el gran brujo.

—¿Gwydion? —Laila arrugó la frente—. ¿Ese no es el que vive en esa isla?

—El mismo —asintió Tom.

Teodora recordó entonces lo que sucedió con el Consejo de Brujos. Aquella caricia que le invadió la mente, aquel velo invisible que la ayudó a aflorar aquel recuerdo de Gwydion y a ocultar la existencia del libro.

—Tom —los interrumpió—, hay algo de lo que no hemos hablado. En el Consejo, ¿cómo supiste que Syrrion estaba con los antipactistas?

La mirada curiosa de Aritz, al igual que la de todos, se clavó ahora en el brujo. Tom suspiró antes de hablar.

—Fue un momento de distracción. Syrrion estaba tan pendiente de tomar el colgante que se distrajo y sus barreras mentales cayeron —explicó mientras se paseaba por el piso—. Como decirlo… —dudó, mirando al suelo—, me pude inmiscuir en su mente. —Los miró de nuevo.

—Y cuando nombré a Gwydion —prosiguió Teodora—, justo antes sentí algo en mi mente, como un velo invisible, una caricia… no sé explicarlo. ¿Fuiste tú? —Tom asintió.

—Sí —se encogió de hombros, frunciendo los labios—, soy el culpable. Lo siento por eso, por cierto. Solo intentaba protegerte.

—No tienes por qué disculparte —una sonrisa cansada se dibujó en el rostro de Teo—, hiciste bien. Casi se me escapa lo del libro, si no llega a ser por ti…

—A ver —Shaun sacudió la cabeza—, creo que me estoy perdiendo algo.

—Sí —asintió Nathalia—, ¿os importaría explicárnoslo?

—Los brujos no solamente tenemos la capacidad de leer conexiones mentales y ejercer la magia que ya conocéis —explicó Tom—, también podemos interceder en los pensamientos ajenos si

el sujeto no tiene las barreras mentales necesarias. Es decir, tú puedes proteger tu propia mente. De lo contrario, yo puedo interceder en ella. Otra cosa es que se deba hacer… que es, éticamente, inadmisible.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Boris—. Eso de proteger tu mente.

—Haciéndote consciente de ello. Hay quienes visualizan esas barreras.

—Entonces —intervino Laila esta vez—, ¿no solamente podéis leer las conexiones si no que a mí, por ejemplo, me podrías hacer creer algo que realmente no creo?

—Sí, algo así —asintió Tom—. Es como una modificación de los marcos mentales del otro. Por eso es tan fácil la manipulación a otros si desconocen esta sabiduría, y la mayoría lo desconocen, excepto los brujos. Algunos de los antipactistas hacen uso de esta mala práctica para atraer más antipactistas. Igual que tenemos el poder para hacer el bien, tenemos el poder para hacer el mal. Parece que a algunos se les olvida.

—Joder… —Ethan soltó un silbido.

—¿Y por qué no conocíamos esto? —preguntó Shaun, mirando al brujo en busca de explicaciones.

—Porque es una práctica que está vetada… o lo estaba. —Tom ladeó la cabeza, mirando hacia el suelo.

—Como la creación de portales —añadió Aritz, que seguía de brazos cruzados.

—¡Exacto! —Tom chasqueó los dedos y volvió a mirarlos—. De todas formas, no debería usarse, puesto que estás aprovechando la vulnerabilidad de otro individuo. No es de buen grado para nadie. —Hizo una mueca—. En el caso de Teodora, no me quedó más remedio que hacerlo —dijo mirándola—. Aquellos buitres del Consejo la estaban invadiendo, la ayudé a alzar sus barreras de forma inconsciente para que no descubrieran lo del libro.

—¿Decís que queréis ir a ver al tal Gwydion? —habló Elanor de repente.

Todos la miraron, no estaban acostumbrados a sus intervenciones. Por lo general, la madre de Aritz se quedaba al margen y respetaba

bastante sus espacios. Simplemente era una elfa común que había quedado invidente y los recibía en su casa. A pesar de su ceguera, tenía bastante autonomía en su granja, pero en cuanto a conversaciones sobre los guardianes se trataba, no se atrevía a intervenir.

—Sí —asintió Tom—, creo que es el único que puede darnos respuestas.

—¿Y cómo pensáis hacerlo? —preguntó Elanor—. Que yo sepa, vive en la Isla de la Luna.

—¿Isla de la Luna? —Amira frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó Dylan.

—Es una isla que queda… bastante lejos. —Tom hizo una mueca.

—Bueno —Aritz intervino de nuevo—, siempre podemos pedir a Caelan que nos ayude y cree un portal.

—¡No! —exclamó Tom, mirándolo fijamente—. Me vais a disculpar, Alteza —enfatizó a propósito—, pero si lo hacemos, corremos el riesgo de que los portales sean corrompidos. Recordad que ahora hay hechiceros antipactistas dispuestos a todo con tal de eliminar a los humanos.

—Pero a ver, ¿no dijiste que es casi imposible hacer eso? ¿Corromperlos? —intervino Ethan.

—Casi imposible, pero no imposible. Además, no es lo mismo viajar una vez por un portal un solo individuo que viajar varias veces con varios. Si vamos en grupo, es posible que nos detecten.

—Joder, qué movida… —Boris miró hacia otro lado mientras se cruzaba de brazos.

—¿Y no puedes hacer ese conjuro que les has hecho a ellos? —Aritz señaló a los guardianes con el mentón.

—Ese conjuro se desvanece rápido, y más si somos tantos viajando a la vez. Y ya sé que admiráis mis habilidades —Shaun puso los ojos en blanco ante las palabras de orgullo de su amigo brujo—, pero mi energía no es infinita.

—Pero, ¿de verdad eso puede pasar? —preguntó Amira—. ¿Podrían interferir?

—Sí —asintió Tom—, eso me temo. No debemos correr el riesgo.

—¿Y entonces qué? —Boris se encogió de hombros.

—Pues, la única opción que nos queda… habría que hacer otro viaje. —Temió decir el brujo.

—Genial —Ethan se levantó de mala gana de repente, respondiendo con ironía—. Otro viaje a pie, otras semanas perdiendo la noción del tiempo, pasando frío, calor, arriesgándonos a que nos vuelvan a mandar a la horca… No aprendemos, ¡joder! —exclamó con enfado.

—Bueno, ¿y no podemos pedirle a ese tal Gwydion que decís que nos ayude? —intervino Nathalia—. Yo qué sé, mándale un mensaje tal y como hiciste con Caelan.

—No —Tom negó con la cabeza—, no puedo hacerlo. Si me rastrean… —Chasqueó la lengua, pensativo—. Además, Gwydion no está muy cuerdo como para recibir un mensaje de este nivel.

—¿Y si no está cuerdo cómo pretendes que nos ayude? —preguntó Boris nuevamente.

—¡Pero si dicen que es el gran brujo! ¡No me jodas! —Ethan alzó las manos al aire, seguía frustrado.

—Es el gran brujo —enfatizó Tom—, pero en cuanto a los asuntos que ciernen al continente está más que aislado. Él solo vive por y para su isla, para sus libros y sus animales.

—¿Animales? —Nathalia frunció el ceño.

—Bueno, no esperarás que se alimente del aire —dijo Tom con exageración e ironía.

—Pero vamos a ver —Shaun, al lado de Teodora, se pellizcó el tabique de la nariz, cerrando los ojos—, ¿dices que es el gran brujo, pero que si recibe un mensaje lo va a ignorar y que, además, pueden rastrear tu mensaje?

—Sí —Tom alzó las cejas y lo miró como si lo que estaba afirmando fuese evidente—, eso digo. Después de lo que ha sucedido, estoy seguro de que toda la zona estará rastreada.

—Vaya mierda. —Boris echó la espalda hacia atrás, dejándose caer sobre el sofá—. O sea, que estamos en la capital de los elfos donde está la Reina y el príncipe —señaló a Aritz con el mentón—, seguramente haya un montón de brujos de los cuales la mitad serán antipactistas y la zona está corrompida.

—Un escenario muy optimista, sí —añadió Tom con ironía y Ethan soltó un bufido, frotándose el cabello hacia atrás con frustración—. Lo sé chicos, pero no puedo daros una solución mejor. Además, en Dôr o Ithron las cosas también están tensas desde lo sucedido. El Gremio está que echa humo y todos están peleándose por formar parte del nuevo Consejo.

—No vuelvas a llamarme eso —le recriminó de repente Aritz a Boris.

—¿El qué? —El rubio lo miró con sorpresa.

—Príncipe. —Parecía tener dificultad por pronunciar aquella palabra mientras lo miraba con determinación—. Ni Alteza.

—Pero es lo que eres.

—Es lo que quieren que sea —aclaró con firmeza—. Para vosotros soy Aritz, y punto.

—Entendido, Capitán. —Rio Boris.

Sin embargo, los ánimos en la sala estaban decaídos. Teodora miró hacia el suelo y se cubrió el rostro con las manos. Todo aquello era demasiada información, además, estaban exhaustos. Los guardianes apenas habían dormido en dos días, su cuerpo le estaba pidiendo descansar a gritos.

—Bueno —la voz de Aritz los interrumpió de nuevo, haciendo que Teodora alzara la mirada hacia él—, sugiero que descanséis, lo necesitáis. Mientras tanto, si os parece bien, yo lo hablaré con Erulissë. Toda ayuda que podamos encontrar es poca.

—¿Cómo están las cosas por palacio? —preguntó Teodora, mirándolo fijamente—. ¿Se sabe algo de los antipactistas ahora que Ow…? —Se detuvo a sí misma al pensar en su amiga.

—Que Owen está muerto —Laila habló por ella en un hilo de voz —, sí. Puedes decirlo.

Todos la miraron con compasión al ver que la mirada de la elfa se afligió al nombrarlo.

—No sabemos nada, excepto que os siguen buscando. Además, lo que sí… —Aritz los miró durante unos segundos antes de continuar hablando, como si estuviera premeditando lo que iba a decir a continuación—, lo que sí puedo deciros es que, y no quiero que os alarméis, ahora no solamente van a por vosotros sino que también

quieren vengar la muerte de Owen. De alguna forma, se había convertido en su líder.

—Bueno, no me parece que sea nada nuevo —añadió Shaun—. De todas formas, querían matarnos por apoyar a las guardias.

—Sí —intervino Boris—. Pero, muerto el perro, muerta la rabia… ¿o no? —A su lado, Amira le dio un codazo, dedicándole una mirada de advertencia al señalar a Laila con la mirada.

—Te equivocas, muchacho —intervino Elanor y todos la miraron con curiosidad—. Si había una línea difusa en ambos bandos, los sucesos del otro día terminaron de acentuarla. La muerte de ese chico solamente ha conseguido convertirlo en un mártir para los antipactistas. —Laila bajó la mirada y contuvo la respiración al escuchar aquellas palabras. Por un instante, cerró los ojos, conteniendo las lágrimas. A su lado, Nathalia le acariciaba la nuca—. Ahora estamos todos en guerra, incluidos los elfos, los enanos y todas las criaturas de la Madre Tierra. Una guerra, otra vez, después de milenios…

—Quien olvida su historia, está condenado a repetirla —añadió Tom, frunciendo los labios mientras miraba hacia el suelo pensativo, y un silencio sepulcral se abrió ante ellos.

No era algo nuevo que ya había una guerra emergente, pero la situación acababa de empeorar desde lo sucedido en Dôr o Edhel y, sobre todo, con la muerte de Owen, al que los antipactistas consideraban su guía.

Teodora recordó la primera nota amenazadora que recibió de él, justo en su primer período como guardiana en Lejre. «El guía Owen», lo mencionaron en aquella nota. Fue el día anterior a su primera reunión con el elfo en la taberna de Lejre, su primera reunión como guardiana. Owen le propuso un trato: su vida a cambio del fin de las guardias. Por un momento, Teodora, allí sentada junto a ellos en casa de Elanor, dudó.

¿Acaso debería haber aceptado el trato?

—Ni lo sueñes, Teodora. —Tom la despertó de sus pensamientos, estaba mirándola fijamente—. Nada hubiera cambiado, hubieses aparecido de nuevo u otros guardianes. Ellos, quizá —dijo al señalar con el mentón al resto de guardianes.

—¿Cómo? —Shaun frunció el ceño, mirándolos intercaladamente.

—Teodora cree que quizá debería haber aceptado el trato que le ofreció Owen aquella vez en la taberna —dijo el brujo sin dejar de mirarla fijamente.

—¿Owen te ofreció un trato? —Nathalia arrugó la frente.

—Bueno, sí. Fue hace mucho, ni siquiera había salido de Lejre en aquel momento.

—¿Qué te propuso? —preguntó Ethan.

—Me dijo que… —Teodora miró al suelo recordando aquel evento —, me dijo que dejaría marcharme con vida de vuelta al mundo humano a cambio del fin de las guardias, de destruir el Pacto.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó Nathalia.

Teodora la miró sorprendida.

—¿Estás de coña[11]? ¿Cómo voy a aceptar ese trato? No puedo terminar con el Pacto, ni quiero.

—Tendrías que haberlo aceptado, ¡así no estaríamos en esta situación! —exclamó, recriminándole.

—Cállate, Nathalia. —Ethan la riñó—. No sabes lo que dices, quizá estarías en plena pandemia muriéndote de asco.

—Mejor morirme de asco que morirme de por vida —respondió de vuelta.

—Teodora hizo bien —habló Aritz, mirándola seriamente—. El Pacto es sagrado, ya lo deberías saber.

—¿Y tú qué vas a decir? —Nathalia se enfrentó a Aritz—. Si todo lo que haces es defenderla, cubrirla, casi os falta venerarla. Tú y Shaun, sois unos perros falderos.

—¡Nathalia! —Amira la regañó.

—A ver —intervino Tom—, creo que estamos un poco cansados y no podemos pensar con claridad.

—No me puedo creer que estés diciendo esto. —Al lado de Nathalia, Laila la miraba con resentimiento. Los ojos llorosos de la rubia la señalaban con dolor—. No eres tú.

—Sí, sí que es ella. —Ethan soltó un chasquido con la lengua y Amira, a su lado, le lanzó una mirada de desaprobación.

—Laila, a ver… —Nathalia quiso hablarle, pero Laila se levantó de golpe.

—¡No! No vuelvas a hablar así de mis amigos —la encaró—, y si tanto echas de menos el mundo humano, lárgate.

Al decir aquello, se marchó llorando hacia el exterior.

—Genial —Boris miró a Nathalia—, ¿estás contenta?

Nathalia, dándose cuenta de su error, se encaminó hacia la salida en busca de Laila.

—¡Laila! —exclamó antes de salir tras ella.

Teodora cerró los ojos y se puso las manos en la sien al sentir unas punzadas a los lados de la cabeza. Shaun, mirándola, le frotó la espalda.

—Creo que será mejor que descanséis —habló Elanor—. Era la rabia la que hablaba, no vuestra compañera.

—Me gustaría creer eso —dijo Ethan, levantándose de golpe—, pero a Nathalia se le van los demonios por la lengua. Se vuelve insoportable.

—Aun así, tenéis suerte de teneros unos a los otros —continuó Elanor—. En medio de esta guerra absurda, vuestra compañía os equilibra, os fortalece. Dadle tiempo.

Dylan, a su lado, seguía callado mientras miraba al suelo. Amira se mordía las uñas y Boris seguía con la espalda echada hacia atrás en el sofá.

—Creo que intentaré dormir un rato, si no os importa. —Teodora se levantó.

—Claro, ve a descansar —le dijo Aritz—. Yo tengo que volver a palacio, hablaré con Erulissë.

Teodora lo miró y asintió con cara de cansancio. Estaba tan cansada que no quería hablar con nadie, así que se dirigió hacia la habitación y Shaun la siguió. Al entrar, se descalzó y se dejó caer sobre el colchón.

—¿Estás bien? —le preguntó Shaun.

—Sí, solo un poco agotada —dijo de espaldas a él sobre la cama.

—Vale, te dejo descansar.

Y justo antes de que Shaun pudiera salir por la puerta, Teodora lo interrumpió:

—Shaun. —El elfo se giró hacia ella—. ¿Puedes quedarte conmigo? ¿Por favor?

Shaun le sonrió y entró de nuevo, cerrando la puerta a su espalda.

—Claro que sí.

Teodora volvió a girarse y sintió el peso del colchón hundirse al tumbarse Shaun a su lado. El brazo de Shaun la rodeó por el torso y sus labios se posaron en su hombro durante unos segundos, dándole un suave beso.

—No quiero que me dejes nunca —susurró la guardiana.

—No lo haré, nunca. —Shaun le susurró al oído y la acercó más a él.

Y justo cuando sintió el contacto de su espalda contra el torso de Shaun, cayó rendida en los brazos de Morfeo.

ꙮ

Cuando despertó, lo primero que vio fueron los rayos del sol entrando por la ventana e iluminando la estancia. Unas motas doradas bailaban frente a ella, reflejando la luz del exterior. Se frotó los ojos con pereza y, al girarse, notó el colchón vacío a su lado. Mirando hacia el techo, soltó un suspiro. No sabía cuánto rato había dormido, pero sin duda se sentía mucho más descansada.

Se levantó a un ritmo sosegado y se calzó de nuevo las botas antes de salir por la puerta de la habitación. Para su sorpresa, la casa estaba vacía y en silencio; no había nadie. Salió por la puerta principal hacia el exterior y allí, frente a la casa, tampoco había nadie. Escuchó entonces un sonido en la parte trasera; parecía un hacha cortando leña. Teodora rodeó la casa hasta llegar a un lateral. Caminó entre los árboles frutales, preguntándose dónde estaban Shaun y sus compañeros cuando, de repente, lo vio: Aritz estaba cortando leña justo delante del corral donde había gallinas, pollos y demás. Sin camiseta y con el cuerpo sudoroso, su rostro reflejaba muecas de esfuerzo y varios mechones desordenados le caían por la frente.

—Hola —lo saludó, acercándose.

Al oírla, el rostro de Aritz se giró inmediatamente hacia ella.

—Hola. —Una sonrisa se dibujó al verla—. ¿Has podido descansar bien? —preguntó, retirándose el sudor de la frente con el antebrazo y dejando el hacha a un lado.

—Sí. —Teo sonrió hasta que llegó a su lado—. ¿He dormido mucho?

—Casi un día. —Aritz suspiró, recuperando poco a poco su respiración debido al esfuerzo.

—Vaya… —Se sorprendió—. ¿Y los demás?

—Boris y Dylan todavía duermen, los demás han ido a pasear por los alrededores de la granja. —Teodora iba a decir algo cuando Aritz la interrumpió—: Tranquila, está todo el terreno vigilado.

Sobre el pecho definido de Aritz, una vena se le marcaba contrastando con el sudor. Por acto reflejo, Teodora le puso la mano sobre el pecho y le recorrió con el dedo índice aquella vena. Aritz miró hacia la mano de la guardiana con sorpresa, después la miró a ella. Teo reaccionó al verlo y quiso apartar la mano.

—Perdón, es que…

—No —Aritz le agarró la mano, volviéndola a poner sobre su pecho mientras la refugiaba entre sus dedos—, me gusta. —Le sonrió.

Sin apartar la mano de su pecho, dio un paso hacia Teodora. Sus rostros quedaron próximos, la mirada de Teodora clavada sobre los ojos rasgados de Aritz. Sus respiraciones fundiéndose, una vez más. Los dedos de Aritz le acariciaron la mejilla y Teo se estremeció ante su tacto.

—¿Has… —la mirada de Teodora se detuvo en los labios del príncipe, pero la apartó enseguida—, has podido hablar con Erulissë?

—Sí, y… —Aritz miró hacia el suelo para después volver a mirarla fijamente—, tengo que decirte algo. —Teodora se quedó en silencio, la palma de su mano todavía reposaba en el pecho de Aritz mientras él le examinaba el rostro con la mirada fija en ella—. Bueno —sonrió nerviosamente y se encogió de hombros—, es solo que Erulissë ha aprobado nuestra partida para ver a Gwydion.

—¿En serio? —Aritz asintió y Teodora sonrió, pero frunció el ceño al cabo de unos segundos—. Pero… ¿también vendrás?

—¿Qué pregunta es esa? —Aritz la miró arrugando la frente, incrédulo—. Ya te lo dije, no pienso dejarte sola.

—No estoy sola.

—Ya sé que no estás sola, pero allí donde vayas yo iré contigo, con vosotros.

—Pero Aritz, tienes mucho trabajo. Tienes que ayudar a Erulissë con la restauración de Dôr o Edhel. Es la única certeza que os queda.

—Erulissë se apañará sin mí, como ha hecho siempre. Además, la certeza es un lujo que un líder no tiene. Escucha —apartándole un mechón de cabello de la cara, la miró fijamente—, ahora no me importa nada más que tu seguridad. La de todos, pero especialmente la tuya. ¿Sientes esto? —Le presionó la mano contra su pecho con firmeza—. No le había encontrado sentido a este latido hasta que te conocí.

—Aritz, por favor. —Con la mirada, Teo le rogó que se detuviese.

—No, Teodora. Te entiendo, no quieres herir a Shaun, pero sé que tú también lo sientes. No puedes negarlo.

Teodora se quedó en silencio y volvió la mirada hacia su pecho, allí donde reposaba su mano y que Aritz sostenía con sus firmes dedos. Con esfuerzo, la apartó. Aquello, en el fondo, le dolía. Sus ojos quisieron llorar de repente, eran demasiados sentimientos acumulados en tan poco margen de tiempo.

—Teo, yo…

Cuando quiso darse cuenta, una lágrima le resbalaba por la mejilla. No miraba a Aritz, no era capaz de mirarlo de nuevo. Sabía que tenía razón, pero no sabía qué hacer ni cómo actuar. ¿Y si Laila tenía razón y aquello era solamente una distracción?

—No llores, por favor. —Aritz quiso acercarse a ella con cierta culpabilidad—. Lo siento —dijo estirando el brazo para enjuagarle las lágrimas, pero una voz lo interrumpió:

—¡Mamá! —Caleb gritaba mientras se acercaba corriendo. Detrás de él, venían Shaun, Tom, Laila y el resto de guardianes.

Teodora sacudió la cabeza y se recompuso rápidamente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Hola —lo saludó con una sonrisa y Caleb la abrazó.

—Toma, te he traído esto. —El pequeño le tendió un pequeño ramo de flores que había recogido.

—Ay, ¡qué bonitas! —Teodora las agarró y las olió—. Muchas gracias. —Le sonrió a Caleb—. Pero sabes que me puedes llamar Teo, ¿verdad?

—Pero es que yo quiero que seas mi mamá.

—Y lo soy, lo seré si tú lo quieres, pero tu mamá siempre será tu mamá. Eso lo entiendes, ¿verdad? —Caleb asintió en silencio, aunque la expresión de su rostro había cambiado a una más seria.

Teodora temía nombrar el tema de su madre. De alguna forma, era todavía un tema tabú para el pequeño.

—Pero mi mamá está muerta.

Teodora lo miró apenada y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas que anteriormente habían surgido. Todos la miraban expectantes, tan sorprendidos como ella por las palabras de Caleb. Shaun, a espaldas del pequeño, la miraba fijamente. Era como si estuviera descifrando en su mirada que algo le estaba sucediendo a la guardiana.

—¿Cómo se llamaba tu mamá? —Se atrevió a preguntarle Teo—. Nunca me lo has dicho. Si me lo quieres decir, claro.

Caleb miró al suelo, pero volvió a mirarla de nuevo.

—Liamoira, pero todo el mundo la llamaba Lia.

—Qué bonito nombre, me gusta mucho. —Le sonrió, frotándole la mejilla.

—¿Dónde está mi mamá ahora?

Teodora dirigió una mirada rápida hacia Shaun, que estaba de pie con una mano sobre la nuca del pequeño. Todos miraban a Caleb, atentos a su conversación con la guardiana. Aritz, también a su lado, frunció los labios.

—¿Sabes qué se dice en mi mundo? ¿En nuestro mundo? —le preguntó, señalando con el mentón a sus compañeros guardianes—. Que cuando una persona se va de esta vida, es porque viaja al cielo y desde allí nos vigilan. Estoy segura de que tu mamá estará vigilándote desde allí arriba.

—¿De verdad? —Una mirada de alivio se marcó en el pequeño.

—Sí, claro. Ella estará contigo siempre, y yo también. —Teo le dio un toquecito en su pequeño mentón con sus dedos.

—Te quiero. —Caleb la abrazó efusivamente.

Teodora sonrió y volvió a reprimir las lágrimas, a pesar de que los ojos se le cristalizaron. Le acarició el cabello y lo besó en la coronilla.

—Y yo a ti, Caleb. Te quiero mucho —dijo antes de cerrar los ojos y aferrarse a aquel pequeño cuerpo que tanto amor transmitía.

—Bueno —habló Aritz—, los guardianes tendrán que comer algo. ¿Quieres acompañarme a cocinar una comida bien rica, Caleb? —le propuso.

Caleb se separó de Teodora y lo miró. Con una sonrisa, asintió.

—¿Es que su Alteza sabe cocinar? —preguntó Nathalia con ironía.

—Sé cocinar y hacer muchas cosas más, guardiana —le respondió Aritz con orgullo y cierta picardía mientras encajaba su mano robusta con la delicada del pequeño.

—Ah, bueno. —Nathalia alzó los brazos en señal de rendición y rio.

Aritz caminó de la mano de Caleb y Teodora los observó alejarse hacia la parte delantera de la casa.

—Hey —Shaun le puso la mano en el hombro y la guardiana se giró hacia él—, ¿estás bien? —preguntó, examinándole el rostro con la mirada.

Sin decir nada, Teo asintió y lo abrazó. Shaun la rodeó con sus brazos y la besó en la coronilla.

—Y tú, ¿cómo estás? —Lo miró fijamente a los ojos.

—Estoy bien, si tú estás bien. —Shaun le sonrió y la besó en la frente.

—Oye, Teo. —Nathalia se acercó a ella—. Se lo he dicho a Shaun, y a Aritz, y a todos, pero… quería disculparme también contigo. Siento lo de antes, hablaba desde el enfado. Ya sabes que no pienso eso, y que agradezco que nos hayas ayudado a todos en esto de las guardias.

Teodora sonrió y la abrazó.

—No te preocupes, lo entiendo —susurró, notando los brazos de Nathalia rodearla también en un abrazo—. A pesar de tu genio, te quiero igual —bromeó y Nathalia rio—. Ya sabes que eres la mejor compañera que podríamos haber tenido —dijo al separarse.

—Sí —intervino Ethan—, a veces te llevan los demonios y eres insoportable, pero te queremos igual —bromeó y Nathalia le dio un codazo.

—Así es como me gusta veros. —Laila se puso entre Nathalia y Teodora, rodeándolas por los hombros.

Nathalia apoyó la cabeza en la de Laila y todos sonrieron antes de volver hacia el interior de la casa.

25
El amor es una elección

Después de comer algo juntos, volvieron a reunirse en el salón. Aritz les había contado que Erulissë había aprobado el nuevo plan, así que ahora se veían obligados a iniciar una nueva travesía.

—Como bien decía Tom ayer —habló Aritz, de pie frente a la mesa rectangular de la estancia—, la zona está corrompida. Caelan me ha asegurado que crear portales sería un riesgo, y enviar un mensaje también. Eso no significa que vaya a suceder nada, pero dadas las circunstancias, toda precaución es poca. Este viaje será largo, incluso más que vuestro viaje anterior, así que dispondremos de un dispositivo del ejército y otro de la Guardia Oficial.

—¿Vendrá Finrod? —preguntó Boris con curiosidad.

—No, Finrod es ahora el Capitán y debe quedarse en el castillo junto a Saori. Nos acompañarán un grupo grande de nuestros mejores miembros, bueno, sus mejores miembros —se autocorrigió. De alguna forma, seguía acostumbrándose a aquello de no ser Capitán—. También nos acompañará Erin, si a Tom le parece bien —dijo mirando al brujo.

—¿Erin? ¿La medio-bruja? ¡Por supuesto! —El brujo asintió con entusiasmo—. Es una muchacha excelente, tiene mucho potencial. Estaré encantado de acogerla.

—Bien, porque no hay muchos brujos con los que podamos contar ahora mismo.

—¿Y cuál es el plan? —Shaun estaba junto a Teodora de brazos cruzados—. No podemos seguir la misma ruta anterior, ya la tendrán rastreada.

—No, por eso tendremos que rodear por la Estación del Norte.

—¿La Estación del Norte? —Tom frunció el ceño—. ¿No querrás ir por el abis…?

—Por el Abismo, efectivamente. —Aritz asintió y Tom lo miró como si estuviera loco—. Lo sé, pero no nos queda otra —dijo mirando al brujo, como si ambos se entendieran con la mirada.

—¿Qué es eso del Abismo? —preguntó Teodora.

—El Abismo del Mañana —Aritz señaló una zona del norte del mapa que tenían extendido sobre la mesa—, es una región oscura de Dôr o Gwaith, y lo de oscura no lo digo por casualidad. El Abismo es un abismo, como su nombre indica, pero se dice que juega con las mentes de quienes lo cruzan. Muestran distintas versiones futuras e incluso tientan a cambiar el destino. Es peligroso, pero… no nos queda otra.

A su lado, Tom sintió un escalofrío.

—Se me ponen los pelos de punta solo de imaginarlo.

—No es casualidad que nadie vaya por allí nunca. —Aritz los miró a todos con los brazos extendidos sobre la mesa—. No existe ser vivo que pise esa zona, excepto los animales. Bueno —ladeó la cabeza—, algunos.

—Vale, ¿y luego qué? —Ethan se encogió de hombros, manteniéndose también de brazos cruzados.

—Luego habrá que seguir en línea recta y cruzar por el Bosque Oscuro, la Colina de los Orcos… —continuaba explicando Aritz mientras trazaba una línea con el dedo sobre el mapa.

—Un momento —intervino Amira—, ¿Bosque Oscuro? ¿Orcos?

—Sí —asintió el elfo—, el Bosque Oscuro se sitúa justo al lado del Abismo. Y sí, también hace jugarretas con las mentes ajenas.

—¿Jugarretas… en qué sentido? —preguntó Nathalia.

—Si el Abismo juega con las versiones futuras, el Bosque Oscuro juega con los miedos —respondió Tom—. Crea visiones de los miedos más profundos de aquellos que atraviesan la zona. Bueno, y si consiguen salir…

—¿Y cómo sabéis todo eso si nadie ha estado allí? —preguntó Laila.

—Porque, a pesar del peligro, hay unos pocos que sí lograron salir de aquello —respondió Aritz—. Gracias a los escritos que dejaron lo

sabemos.

—¿Y qué pasa con los orcos? —preguntó Boris.

—Pues que hay que atravesar la Colina de los Orcos, también llamada Horch Amon. —Aritz señaló un punto sobre el mapa—. No será fácil, los orcos son demasiado… bueno, funcionan como una tribu. Rara vez dejan pasar a extranjeros por su zona. Habrá que cautivarlos de alguna forma, es la única solución.

Todos se quedaron en silencio. Teodora soltó un fuerte suspiro y Boris silbó.

—Un viajecito fácil —dijo el rubio con ironía—. Unas vacaciones, vaya.

—Pues vaya vacaciones —añadió Amira, siguiéndole la ironía.

—A ver —Aritz tomó palabra de nuevo—, siempre podemos trazar la ruta que una vez ya hicisteis, pero ya conocéis los riesgos. Vosotros decidís.

Los guardianes se miraron entre ellos.

—Yo no viajé con vosotros —intervino Boris—, pero paso de que me maten los antipactistas. O nos matan ellos o nos matan los orcos.

—Hombre, por preferir… no sé qué prefiero —Rio Ethan con nerviosismo.

—Eso si no morimos antes en el Abismo del futuro ese —añadió Nathalia.

—Del Mañana —la corrigió Tom—, Abismo del Mañana.

—Pues eso. —Se cruzó de brazos.

—Entonces, ¿qué? —Aritz los miró intercaladamente hasta detener la mirada en Teodora.

—No es plato de buen gusto para nadie —dijo Ethan—, pero yo voto por ir.

—Pues yo voto por los antipactistas —añadió Nathalia y todos la miraron con incredulidad—. ¿Qué? —Se encogió de hombros—. Mejor malo conocido que bueno por conocer, dicen en nuestro mundo.

—A mí… no me gusta ninguna de las dos. —Amira negó con la cabeza.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí encerrada para siempre? —le reprimió Nathalia.

—Esto es increíble —añadió Boris con ironía—, el mundo humano en plena pandemia y aquí estamos muertos de todas formas, se mire por donde se mire.

—Dylan —Teodora miró a su compañero—, ¿tú qué opinas?

Dylan los miró a todos antes de intervenir:

—Se me dan mejor las cosas de la mente que las personas, o eso creo. —Se encogió de hombros—. Ya sé que será un gran reto, pero prefiero afrontar ese reto.

—No será fácil —continuó Aritz—, eso ya os lo adelanto. Todos los que os acompañaremos somos conscientes del peligro que supone.

—No me parece justo que os expongáis por nosotros —añadió Teo, mirándolo fijamente.

—Es que esto ya no es solo por vosotros —le respondió, devolviéndole la mirada—, esta guerra ya es cosa de todos. Tan involucrados estáis vosotros como nosotros ahora mismo.

—Bueno, pues en ese caso, yo también voto por la nueva ruta —asintió Teodora.

Shaun, a su lado, la miró fijamente.

—¿Estás segura? —le preguntó—. El juego de mentes que dicen no es poca cosa.

—Bueno, practicaré y alzaré mis barreras mentales, tal y como dijo Tom. —Señaló, mirándolo.

—Te equivocas —intervino el brujo—, las barreras mentales no funcionan con el Abismo ni con el Bosque Oscuro. Al contrario, las debilitan.

—Pues qué bien. —Nathalia soltó un bufido.

—Bueno, pues yo también voto por el Abismo ese —asintió el rubio.

—Has dicho que preferías a los antipactistas —le dijo Nathalia de brazos cruzados.

—Si es por preferir, no prefiero ni lo uno ni lo otro, pero si hay que decantarse… pues nada, habrá que jugar un rato. —Boris se encogió de hombros.

Fue entonces cuando todos miraron hacia Amira.

—¿Amira? —le preguntó Aritz a la espera de una respuesta.

La guardiana los miró a todos intercaladamente, indecisa, hasta que puso los ojos en blanco y asintió.

—Sí, vale. El Abismo.

—Bien, pues está decidido. —Aritz extendió sus brazos sobre la mesa, uno a cada lado del mapa.

—¿Y luego qué? ¿Cómo vamos a esa isla? —preguntó Teodora.

—Sí, necesitaremos un barco, ¿no? —continuó Amira, mirándolo.

—Luego dejaremos atrás la Colina de los Orcos y bajaremos hasta el Campamento del Explorador —explicó Aritz—. Es una zona de pescadores pero, entre otras cosas, se reúnen varios exploradores aventureros que navegan por los mares. En la ciudad próxima al Campamento, Ost Hûb, podremos contratar uno de los navíos.

—¿Y con qué dinero? —preguntó Nathalia y Aritz alzó las cejas.

—¿Sabéis? Una de las ventajas de eso de que te llamen Alteza es que puedes sobornar a la gente. No es que quiera hacerlo, pero… puedo ofrecer tierras, oro, bienes… lo que sea.

—¿Y vas a ofrecer todo eso por nosotros? —le preguntó Teo.

—Ofrecería mi vida —Aritz la miró fijamente y, por un momento, las pulsaciones de Teodora se aceleraron ante sus palabras—, eso ya lo sabes.

Una mirada cómplice entre ellos, no hacía falta ni una palabra más. Shaun, al lado de Teodora, se incomodó, y Tom, al lado de Aritz, carraspeó.

—Bien —habló el brujo—, ¿y cuándo partimos?

—Mañana al amanecer. —Aritz se recompuso y enrolló el mapa sobre la mesa—. Hoy descansad, yo dispondré todos los preparativos.

—Hay algo de lo que no hemos hablado —dijo Teo, llamando la atención de todos—: Caleb. ¿Qué hacemos con él? Es demasiado peligroso, no podemos llevarlo.

—Tiene que quedarse aquí, o con Erulissë en palacio si así lo prefieres —habló Aritz—, pero no podemos llevarlo.

—Será otro golpe duro para él, ahora que se había acostumbrado a nosotros…

A Teodora le dolía tener que dejarlo, no quería causarle más dolor. Sin embargo, tendría otro motivo de fuerza para resistir aquel viaje y volver con él.

—Puede quedarse aquí. —La voz de Elanor se hizo presencia en la sala. Salió de la cocina, arrastrando su bastón frente a ella—. Aquí estará a salvo y no se aburrirá.

—Eso es cierto —asintió Aritz con una sonrisa—. Es un buen sitio para vivir, sobre todo siendo niño.

—Bueno… en ese caso —habló Teo—, luego tendremos que decírselo —dijo mirando a Shaun.

A su lado, Shaun frunció los labios mientras la miraba fijamente a los ojos con una mirada entristecida.

ൟ

Después de aquella reunión, Teodora fue en busca de Caleb. Tenía el corazón en un puño y las lágrimas a flor de piel. El pulso le iba rápido, temía su reacción, pero sin duda alguna, había un temor mayor que la invadía: que Caleb pensara que lo estaba abandonando.

No quería abandonarlo, no iba a hacerlo, pero tenía que protegerlo.

Al salir al exterior, lo vio sentado en el suelo, de espaldas a ella. En su cabello castaño, alborotado, se reflejaba la luz del sol. Teodora sonrió al verlo y sintió un roce en su mano; Shaun se puso a su lado y le sonrió. Entrelazaron sus dedos y Teo lo miró fijamente. No les hicieron falta palabras para entenderse; Shaun la conocía y sabía lo que estaba sintiendo.

—Se lo diremos juntos —le dijo y Teo asintió.

Ambos caminaron hacia él, agarrados de la mano, mientras el resto de sus compañeros se quedaron mirándolos desde lejos.

—Hola —lo saludó Teodora. Al mirarlo, Caleb estaba sentado sobre la tierra y tenía un pollito entre las piernas. Lo acariciaba mientras que, con un palo, dibujaba un extraño dibujo sobre el suelo—. Vaya, ¿y este pequeñín? —Se agachó de cuclillas a su lado, soltándole la mano a Shaun mientras observaba el pollito con el que jugaba.

—Le he puesto nombre —dijo Caleb—, ¿quieres saber cómo se llama?

—Claro. —Le sonrió Teo mirándolo fijamente a sus ojos marrones.

—Gus.

—¿Gus? —Teo frunció el ceño y miró a Shaun. Ambos rieron—. ¿Como el gato de Tom? —Volvió a mirarlo.

—Sí —le sonrió—, ¿podremos ir a verlo? —Suplicó con la mirada. A sus espaldas, Tom sonreía con nostalgia.

—Bueno, ahora la Reina lo está cuidando, pero seguro que podremos verlo pronto. —Teo le acarició el cabello y sintió su pulso acelerarse—. Oye, tenemos que decirte una cosa. —Caleb la miró fijamente, poniendo toda su atención, y Teodora notaba cómo su corazón se rompía cada vez en más pedacitos al verlo allí, frente a ella; sabía que aquella noticia le haría daño—. Escucha, tenemos que irnos de viaje.

—¿Un viaje? —preguntó Caleb—. ¿Como el del otro día?

Teodora miró a Shaun, que se agachó de cuclillas al lado del pequeño para apoyar a la guardiana.

—Sí, parecido —le dijo el elfo, sonriéndole.

—Pero no os podéis ir. —Teodora y Shaun se miraron mutuamente de forma cómplice—. Yo no tuve papá, pero ahora puedo tener las dos cosas —dijo Caleb mientras los miraba fijamente—. Pensaba que seríais mi padre y mi madre. —La mirada del pequeño se clavó en ellos con miedo, decepción… tristeza.

Teodora sintió un escozor sobre los ojos, las lágrimas amenazaban con salir. Shaun sonrió con tristeza y le frotó el cabello a Caleb con cariño.

—Claro que sí, y siempre lo seremos si tú quieres —le dijo—. Pero, a veces, incluso los papás tienen que irse de viaje por un tiempo. ¿Sabes que los míos también se fueron?

Al decir aquello, Teodora miró a Shaun fijamente. La mirada azul del elfo estaba clavada con ternura sobre Caleb. La guardiana recordó entonces a Espe y a Nedhel con nostalgia. Se preguntaba qué pensarían de todo aquello y si estarían orgullosos de ellos.

—¿Y volvieron? —preguntó Caleb. Shaun sonrió, mirando al suelo con nostalgia.

—Nunca se han ido del todo, siempre están aquí. —Le puso una mano en el pecho a Caleb—. Los padres y las madres siempre están contigo.

—Pero yo no quiero que vosotros os vayáis —dijo con pena.

—Ni nosotros irnos, pero… volveremos tan pronto como podamos, lo prometo —explicó Shaun—. Y podremos volver a Lejre juntos, con Gus, y con Tom. ¿Te gustaría?

—¡No! —exclamó, dejando al pollito sobre el suelo y girándose de golpe hacia Teodora—. ¡No quiero! ¡No quiero que te vayas! —gritó, aferrándose a ella entre lágrimas.

Teodora le acarició el cabello mientras lo abrazaba y miró a Shaun con las lágrimas resbalando por sus mejillas. Shaun le devolvió una mirada compasiva, sintiendo una profunda tristeza y empatía por su compañera.

—Caleb, escucha —Teo hizo el esfuerzo de hablar al separarlo de ella y mirarlo fijamente—. Nosotros volveremos y después de este viaje nunca más nos iremos de tu lado, pero tú tienes que quedarte para cuidar a Elanor y a Gus —dijo refiriéndose al pollito al que tanto cariño le había cogido—. ¿Lo entiendes?

Caleb, entre lágrimas, la miraba fijamente.

—¿De verdad? —dijo en un susurro—. ¿Lo prometes?

—Sí, claro que sí. —Teo le acunó el rostro, sonriéndole mientras que con sus pulgares le limpiaba las lágrimas que recorrían sus mejillas sonrosadas—. Tú eres nuestra familia, somos una familia. A la familia no se la abandona. —A su lado, Shaun sonrió y le puso una mano sobre la nuca a Teodora—. ¿Cuidarás a Elanor mientras estemos fuera? Además… ¿Prometes que cuando volvamos nos seguirás queriendo igual? —preguntó, tratando de conformarlo.

Caleb, sin decir ni una sola palabra y haciendo un puchero aun entre lágrimas, asintió. Se abalanzó sobre ellos y rodeó a Shaun y a Teo con sus pequeños brazos, poniendo la cabeza entre los dos. El elfo y la guardiana sonrieron al mirarse mutuamente y abrazaron a Caleb, formando entre los tres un abrazo simbólico que unía aquellos lazos entre tres almas que jamás se romperían.

Cuando se hizo de noche, Teodora arropó a Caleb en la cama. Lo observó mientras se acomodaba sobre el colchón. Ya no era aquel niño escuálido que habían acogido hacía unas semanas. A pesar de que había pasado relativamente poco tiempo, sentía el mismo afecto hacia Caleb que el que una madre siente por un hijo. Lo quería como a su propia familia. Sentía el deber de protegerlo y un gran dolor al tener que marcharse y dejarlo allí, lejos de ella.

—¿Tienes frío? —le preguntó, sentándose sobre el borde del colchón mientras lo arropaba. Caleb negó con la cabeza, su rostro estaba iluminado por la luz del candil—. Vale, ahora a descansar. —Acarició su cabello hacia atrás.

—No te vayas. —Caleb la agarró del brazo, aferrándose a ella con fuerza.

—No me iré, todavía no. —Se acercó a él y lo besó en la frente—. ¿Quieres que te cuente un cuento?

—¿Me puedes cantar? —le preguntó—. Mi mamá lo hacía.

—Sí, claro. Aunque no sé qué canción te cantaba. ¿Me la puedes enseñar?

Caleb, con los ojos medio adormecidos, asintió sobre la almohada y su vocecita, suave y dulce, se escuchó en un hilo de voz:

«*Mi madre me dijo:*
Algún día compraré
Una galera con buenos remos
Que navega hacia costas lejanas.
Ponte de pie en la proa,
noble barca que yo timoneo,
rumbo firme hacia el puerto,
y cortar muchos enemigos»[12]

Tras escuchar su voz cantar en susurro aquellas letras, Teodora se unió y empezó a cantarlo junto a él mientras le acariciaba el cabello:

«*Mi madre me dijo:*
Algún día compraré
Una galera con buenos remos
Que navega hacia costas lejanas.

Ponte de pie en la proa,
noble barca que yo timoneo,
rumbo firme hacia el puerto,
y cortar muchos enemigos»

Al cantar el último verso, Caleb ya se había dormido. Su pecho subía y bajaba suavemente, al ritmo de su respiración. Teodora sonrió al verlo, se sentía entre feliz y entristecida, y posó un suave beso sobre su frente.

—Hola. —La voz de Aritz le habló en un susurro al asomarse por la puerta—. ¿Está dormido? —preguntó, señalando a Caleb con el mentón.

Teodora asintió y se levantó del colchón con cuidado. En silencio, sopló una de las velas y salió de la habitación, dejando a Caleb dormir.

—¿Cómo estás? —le preguntó Aritz frente a ella, ya en el pasillo.

—Bien, bueno —Teo ladeó la cabeza—, todo lo bien que se puede estar.

—Deberías dormir, mañana tendremos un largo viaje.

—Mañana y los días siguientes querrás decir. Tú también deberías descansar.

—Sí, ya. —Le restó importancia—. Me voy al palacio —señaló con el mentón hacia fuera—, mañana vendré a por vosotros y partiremos.

—¿Te vas? ¿A estas horas? Es de noche.

—¿Y qué? —Aritz se encogió de hombros—. No es la primera vez que lo hago. Además, es mejor que me quede por allí para terminar de preparar algunas cosas.

—Bueno, vale —dijo mientras lo acompañaba hacia fuera.

Ambos cruzaron el salón y salieron al exterior. Allí, Aritz se paró frente a ella.

—Descansa, nos vemos mañana.

—Sí, y tú. —Teo se abrazó a sí misma y se estremeció cuando, de repente, Aritz la besó en la mejilla.

Le sonrió cuando el elfo la miró, también con una sonrisa, y lo observó caminar hacia su caballo sin perderlo de vista hasta que se

alejó por el sendero.

Su vista recayó entonces a su lado; Shaun estaba a unos metros, apoyado en la valla de espaldas a ella y con la mirada hacia el campo de trigo, ahora invisible en mitad de la noche.

Acercándose con cuidado, lo abrazó por detrás. Shaun, que sintió su contacto, la agarró de la mano y posó un beso sobre ella. Después, se giró a verla. Teodora se sorprendió al verlo con las mejillas húmedas, sus ojos entristecidos clavados sobre ella.

—Shaun, ¿qué pasa? —preguntó, preocupada mientras colocaba una mano en una de sus mejillas. El elfo miró hacia un lado y suspiró antes de volver la mirada hacia ella.

—Pasa que no soy idiota, Teo. Sé lo que sientes por Aritz, veo cómo lo miras y cómo te mira él. Lo he visto en la habitación, mirándote mientras le cantabas a Caleb. Y cómo busca desesperadamente contacto contigo. Es que encima ni siquiera se corta estando frente a los demás. —Rio sarcásticamente—. Y no veo por qué deberías cortarte tú. Al parecer, sientes lo mismo por él.

—Shaun, ¿qué dices? —Se acercó a él—. No…

—¡No! ¡Basta! —la interrumpió con enfado—. No me engañes, ya te he dicho que no soy idiota, aunque me sienta como un fracasado cada vez que te lanza esas miradas. ¿Celos? Puede que sí, pero no pienso ocultarlo. He sido respetuoso, he confiado en ti y en que pongas tus límites, y —la interrumpió justo cuando Teo iba a hablar — sé que los has puesto, ¿pero qué clase de elfo sería si te corto las alas? Si lo quieres, si quieres estar con él, yo no pienso impedírtelo. Pero no me hagas perder el tiempo, ni la ilusión.

—Shaun, no…

—No —la interrumpió nuevamente, apartando el brazo de Teodora —, es que no quiero. Te he amado desde el primer momento y todo lo que quiero es tu felicidad. Si para eso tengo que sacrificar la mía y no estar contigo… lo haré, pero también tengo que ser justo conmigo mismo. No puedo permitir que se me falte el respeto.

La mirada de Shaun, al igual que sus palabras, se clavaba sobre ella como un cuchillo. Los ojos del elfo, invadidos por las lágrimas, la miraban con dolor; con una mezcla entre enfado, rabia y tristeza que le formaba un nudo en el pecho.

—Shaun, yo no… —Sin darse cuenta, el rostro de Teodora también estaba ahora invadido por las lágrimas—. Yo quiero estar contigo.

—Ya, pero es que no puedes estar conmigo y con él. Tienes que elegir, tomar tu decisión. Los hombres también amamos, y también lloramos, ¿sabes? —dijo con seguridad; había impotencia en sus palabras—. No soy ningún juguete.

—No, claro que no. —Teodora lo agarró de las muñecas de forma desesperada—. Yo no he pretendido nunca jugar contigo, y nunca lo haré. Y no tengo que tomar ninguna decisión, ya te dije que a quien amo es a ti. Por favor…

Shaun miró hacia un lado de nuevo y volvió a soltar una risa sarcástica entre lágrimas.

—A mí y a él, ¿no? —Señaló con el mentón hacia donde se había marchado Aritz.

—No, yo… solo he sentido atracción, pero nada más.

Shaun rio de nuevo.

—Y nada más, ya —dijo con sarcasmo.

—Shaun, por favor… —Quiso agarrarlo de las manos, pero Shaun se apartó. Las lágrimas que brotaban a mares le estaban empapando las mejillas.

—No, es que creo que lo mejor es que nos tomemos un tiempo. Yo seguiré tus pasos porque deseo protegerte y acompañarte en este viaje, pero yo no puedo estar así, Teo. —La mirada de Shaun, invadida ahora de rabia, la señalaba duramente—. Al menos, hasta que tú misma lo tengas claro.

Teodora sintió en ese momento una punzada en el pecho, un nudo en la garganta. Sacudió la cabeza repetidas veces antes de poder hablar con esfuerzo…

—Shaun, por favor. Tienes que confiar en mí. —Lo agarró de la muñeca, pero Shaun apartó la mirada, con los ojos cerrados mientras las lágrimas le recorrían las mejillas—. Por favor, no me abandones.

—Es que yo no te estoy abandonando —su voz sonó en un susurro con la mirada cabizbaja hacia el suelo antes de volverse hacia ella nuevamente—, Teo.

Teodora se abalanzó hacia él. Lo rodeó con sus brazos, aferrándose al torso del elfo, y lloró sobre su pecho.

—Por favor, Shaun. Yo te quiero a ti, y a nadie más. Lo prometo, por la Madre Tierra. —Un sollozo salió de su garganta—. Por favor.

Lloró mientras sentía los brazos de Shaun rodearla por la espalda y su rostro escondido entre el cuello y la clavícula de la guardiana, notando cómo las lágrimas le brotaban a mares.

—¿Qué nos está pasando? —añadió el elfo en un susurro sin apartar el rostro de Teodora—. ¿Qué nos está pasando, Teo?

—Es esta estúpida guerra —dijo con impotencia— y todo, y… no lo sé —susurró, calmando sus lágrimas.

—Y que crecemos y vemos las partes más oscuras de nosotros mismos.

Teodora se separó unos centímetros de él y lo observó con los ojos rojos por el llanto. Shaun se pasó el antebrazo por el rostro, limpiándose las lágrimas.

—Yo quiero abrazar tus partes oscuras —le puso una mano sobre la mejilla—, estar en tus días malos y darte seguridad cuando tengas dudas.

—Y yo también. —La miró fijamente—. Quiero estar a tu lado, junto a tus miedos y lo que venga, pero… ¿qué pasa con tus dudas con… ?

—Las dudas se disipan cuando sabes que la decisión que has tomado es la correcta, cuando eliges día tras día —lo interrumpió—. Yo te elijo a ti día tras día, Shaun. Sí, es innegable que siento aprecio por Aritz y… —miró hacia el suelo—, pero a quien elijo cada día es a ti —añadió agarrándolo de las manos y mirándolo fijamente al rostro—. Igual que tú me has elegido a mí.

Shaun agarró un mechón alborotado y se lo colocó detrás de la oreja.

—Yo no quiero cortarte las alas, ni ser un estorbo. —Se encogió de hombros, mirándola apenada—. Tampoco quiero ser el idiota marginado.

—No digas eso —lo tomó de la mano y posó un beso sobre ella—, jamás. —Colocó la mano de Shaun en su mejilla—. Creo que el amor de verdad va más allá de la atracción física.

—Es elegirse.

—Exacto —asintió—. Y yo te elijo, Shaun, cada día. Te lo prometo por la Madre Tierra, por mi propia vida. Por favor, déjame seguir eligiéndote.

Shaun la miró fijamente y, sin decir ni una palabra, la acercó a él. Teodora cerró los ojos y se aferró a su pecho, dejándose refugiar entre los brazos fuertes de Shaun que la rodeaban por la espalda. Sintió sus labios posar un beso sobre su coronilla.

—¿Me prometes que volveremos juntos a Lejre? ¿Los tres? —le preguntó Teo refiriéndose también a Caleb, todavía con la cabeza sobre su pecho.

—La Madre Tierra sabe que sí, te lo prometo. No sabes las ganas que tengo de dejar todo esto atrás y volver juntos a casa.

Teodora se separó unos centímetros para volver a mirarlo.

—Pronto. —Se quedaron unos segundos en silencio, observándose mutuamente con admiración—. Te amo, mucho.

—Y yo a ti, siempre lo haré.

Acunándole el rostro, Shaun la besó. Y en medio de aquel beso pasional, aquella noche ambos aprendieron una importante lección: bajo el firmamento quedó plasmado que el amor verdadero era resiliente; era una elección.

26
Una nueva travesía

Aquella madrugada todos se levantaron dispuestos a emprender un nuevo viaje; un nuevo destino incierto. Durante aquellas semanas habían abrazado a la incertidumbre, tomándola de la mano y haciéndola su mejor aliada… y también su peor enemiga.

Teodora despertó al lado de Shaun. Los ojos azules del elfo la contemplaban, adormecidos, mientras tenía la cabeza apoyada en uno de sus brazos. Teodora frunció los labios y se acercó a él, colocando la cabeza sobre su torso desnudo mientras los dedos de Shaun le dibujaban círculos sobre el brazo.

—¿Has descansado? —susurró el elfo.

—Un poco. ¿Y tú?

—Sí, lo suficiente.

Teodora se aferró a su torso. No quería salir de aquellas sábanas, no quería separarse de él… ni de Caleb. Quería volver a Lejre, a casa, donde poder vivir en tranquilidad y armonía con aquella pequeña y curiosa familia que había elegido.

A su lado, Caleb bostezó. Se frotó los ojos con las manos y detuvo la vista en Shaun y en Teodora, que estaban tumbados a su lado. Al verlos aún junto a él, el pequeño sonrió y se acercó a la guardiana. Se aferró sobre su torso y Teo lo rodeó con un brazo. Shaun, con su otro brazo libre, los rodeó a ambos mientras Teodora posaba un beso sobre la coronilla de Caleb.

—Vaya, la familia feliz —añadió Laila al pasar por delante de la puerta—. Perdón, he visto que estabais despiertos.

—Sí, tranquila —asintió Teo, mirándola.

—Siento interrumpir, pero…

—Ya vamos —dijo Shaun.

No hicieron falta palabras. Laila asintió y se marchó hacia el salón.

൭

Después de vestirse, prepararon sus cosas –el poco equipaje que llevaban– y esperaron para recibir a Aritz y al resto. La espera se hizo larga, pero, por fin, después de un buen rato se escucharon pisadas de caballos en el exterior. Tom se asomó por una de las ventanas y abrió las cortinas para ver mejor.

—Ya están aquí.

Al decirlo, abrió la puerta y los guardianes salieron fuera.

Aritz apareció subido a caballo junto a varios soldados del Ejército Real y, a sus espaldas, varios rostros conocidos. Varion se acercaba liderando al Ejército junto a Aritz. Erin, la medio-bruja, también montaba a caballo siguiendo al príncipe y…

—¿Taurion? —Teo frunció el ceño al verlos—. ¡Valya! —Caminó animadamente hacia donde se encontraban los centauros.

Viejos amigos del pasado no tan lejano.

—Hola, guardiana —la saludó.

Taurion vestía una armadura de estilo rústico y una pechera de cuero endurecido de color marrón oscuro, adornada con detalles en relieve que representaban motivos de hojas y ramas. Alrededor de sus patas llevaba unas gruesas bandas de tela y, en su brazo izquierdo, un brazalete de metal pulido grabado con runas antiguas, seguramente de su clan. Sobre los hombros, una capa ligera de lana le rodeaba la espalda, sujetada por una hebilla de bronce.

—¿Qué hacéis aquí? —Los miró con sorpresa.

—Supimos de lo sucedido y vinimos a ayudaros —respondió Valya a su lado.

La centauro vestía un corsé de cuero verde oliva, un chal de seda y una faja ancha de lino alrededor de su cintura. En su brazo derecho también llevaba el mismo brazalete que Taurion.

—Nuestra aldea también sufrió la revuelta de los antipactistas y, días más tarde, supimos de lo sucedido en Dôr o Edhel —continuó el centauro—. Lamento que muchos de nuestros hermanos participaran en aquella tragedia.

—Hola, Taurion, Valya —los saludó Amira, llegando al lado de Teodora.

—Guardianes. —Taurion los miró a todos intercaladamente al acercarse también a su lado hasta que su mirada se detuvo en Boris —. Muchacho, ahora sí que te veo con mejor aspecto.

—¿Nos conocemos? —Boris frunció el ceño.

Todos rieron ante la reacción del rubio.

—Sí, aunque creo que no nos recuerdas —Valya le regaló una sonrisa empática—. Y no me extraña, estabas en pésimo estado. —Le sonrió con compasión—. Os ayudamos a llegar al castillo.

—Ah, entiendo —asintió Boris—. Bueno, pues… encantado de conoceros. Ahora ya de otra forma. —Rio.

—Guardianes. —Una voz conocida llamó la atención de todos ellos.

Al mirar por detrás de los centauros, vieron a Leohorn bajar de su caballo con agilidad. El Comandante, con las primeras luces del día reflejándose en su cabello corto y canoso, llevaba el uniforme de la Guardia Oficial y lo acompañaban muchos más miembros de la entidad.

—¿Leohorn? —Ethan arrugó la frente—. ¿Qué haces aquí?

—Pues lo mismo que todos: ayudar a la causa. Finrod me ha destinado a esta misión. Y por supuesto, estaré encantado de ver el progreso de mis alumnos, aunque… me ha dicho un pájaro que no lo habéis hecho nada mal. —Les sonrió con orgullo.

—¡Eso es gracias a ti! —exclamó Boris, abalanzándose sobre él y abrazándolo. Todos rieron y corrieron a rodear en círculo a Leohorn y abrazarlo, al igual que su compañero.

—Bueno, vale. —Leohorn los apartó, abrumado—. Suficiente.

Todos rieron ante su reacción.

—Guardianes. —Aritz captó su atención. Al mirarlo, a Teodora se le removió algo por dentro. No podía evitarlo, pero también supo dónde estaba su lugar al volver la vista hacia Caleb y Shaun, que los miraban a lo lejos—. Taurion y Valya llegaron con varios de sus hermanos para ofrecer su ayuda. Afortunadamente, pude convencer a Erulissë de que eran buenos amigos. Su Majestad no se muestra muy confiada —dijo con seriedad—. Ya saben el plan y están dispuestos a acompañarnos.

—Pues no son los únicos. —Una voz desconocida los interrumpió.

Al mirar detrás de Aritz, un grupo de enanos se acercaban a ellos. Los lideraban dos rostros conocidos: uno de ellos tenía una barba pelirroja, el otro tenía la barba de color castaño.

—¿Adnik? —Teo frunció el ceño al verlos—. Sí, y Baernik. Nos acompañasteis de camino al castillo.

—Me alegra que nos recuerdes, guardiana.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —les preguntó Aritz, volviéndose hacia ellos con desconfianza y colocándose frente a Teodora de forma protectora de manera que la guardiana quedara detrás de su espalda.

—Su Majestad nos ha indicado el camino. —Adnik caminó hacia Aritz y le tendió una carta.

Aritz tomó la carta con desconfianza y desplegó el papel. Lo leyó en silencio mientras todos lo observaban hasta que miró hacia un lado y rio, negando con la cabeza.

—Adrus… —dijo, sacudiendo la carta en su mano—. Siempre tiene que estar en todas partes.

—¿Adrus? —Nathalia, tras él, arrugó la frente y se acercó a los enanos—. ¿Qué pasa? —preguntó mirándolos mientras llegaba al lado de Aritz.

—Quiere que nos acompañen —respondió él, señalando con el mentón a los enanos.

—El jefe ha considerado que los enanos también deberíamos acompañaros. Bueno, no exactamente. —Baernik, el enano de la barba de color castaño, ladeó la cabeza—. En realidad, nos mandó para ver si eran ciertos los rumores de lo sucedido en Dôr o Edhel. Después, nos encomendó como misión haceros compañía. —Todos los miraban atentos a sus palabras—. Para protegeros.

—Sí —asintió Adnik—, toda Dôr o Gwaith ha sabido de lo sucedido con los guardianes. Al enterarse del crimen contra las guardias —los señaló con el mentón—, creyó necesario enviar refuerzos. Nos dijo que entregáramos esta carta a la Reina en caso de que no aceptarais nuestra ayuda, pero vistas las circunstancias… os acompañaremos.

—¿Sabéis lo que eso significa? —habló Aritz—. Cruzaremos el Abismo del Mañana, el Bosque Oscuro, la Colina de los Orcos, y nadie puede saberlo —dijo mirándolos con desafío.

Los enanos se miraron entre ellos con duda, todos ellos, pero finalmente asintieron.

—Estamos dispuestos a correr el riesgo —asintió Adnik—. Al fin y al cabo, el Pacto está en peligro y Nogoth Hûb se enfrenta a una pobreza extrema desde lo sucedido en las minas. La única opción de paz que nos queda es ayudar a los guardianes.

Los guardianes los miraban con atención. El número de acompañantes se había multiplicado desde la última vez. Extasiados, miraban a todos aquellos dispuestos a protegerlos, a acompañarlos aunque aquel viaje les costara sus vidas.

Dylan, al lado de Boris, se balanceaba sobre sus piernas mientras los miraba en silencio.

—Entonces, ¿estáis todos listos? —Aritz miró a todos a su alrededor.

Allí, en mitad del alba, un silencio pesado se hizo presencia. ¿Estaban listos? No, nunca se está listo para la incertidumbre, pero debían hacerlo.

—Por nuestra parte, estamos listos —asintió Leohorn, liderando la Guardia Oficial.

—También nosotros —añadió Taurion, acompañado por varios de sus hermanos y hermanas.

—Y nosotros, claro —asintió Adnik.

—Cuando usted diga, Alteza —habló Varion, liderando el Ejército Real mientras tenía a su caballo agarrado por las riendas.

—Varion…

—Aritz. —Varion se autocorrigió al captar el mensaje no verbalizado del susodicho: odiaba que se dirigiera a él como «Alteza»—, estamos listos.

—Varion —Ethan lo miró—, qué bueno verte en plena forma.

—También yo me alegro de veros vivos, guardianes. —Les sonrió —. Vivos y libres, no en una celda. Ni en una hoguera, como me han contado. —Ethan frunció los labios al recordarlo.

Un amargo recuerdo del que nadie quería hablar.

Teodora desvió entonces la mirada hacia atrás. Caleb los miraba fijamente, agarrado de la mano de Shaun. Caminó hasta ellos con decisión. Un cruce de miradas con Shaun fue suficiente para saber que era hora de despedirse.

—Caleb. —Teo se agachó de cuclillas frente a él cuando, de repente, el pequeño se abalanzó sobre ella.

—¡No te vayas! —exclamó, explotando en llanto—. ¡No quiero que te vayas!

Teo lo aferró a ella y cerró los ojos al sentir cómo sus brazos la rodeaban. Frotó su espalda y contuvo las ganas de llorar. No podía permitirse que Caleb la viera vulnerable; eso empeoraría las cosas para él.

—Caleb, volveremos a por ti —susurró sin dejar de abrazarlo.

—¡No! —Caleb lloraba al hablar, aferrándose a Teodora aún con más fuerza—. ¡No quiero! ¡No te vayas!

—Caleb… —Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por sostenerlo de los hombros y separarse unos centímetros de él—. Mira, tengo algo para ti. —Teodora miró hacia su muñeca: llevaba una pulsera de cuero a la que apenas había dado importancia hasta ese mismo momento. Era una pulsera que Laila le había enseñado a hacer en sus días en Lejre. Se la sacó y tomó la mano de Caleb—. Esta pulsera es ahora tuya, pero tienes que cuidarla hasta que volvamos —dijo mientras se la colocaba en su pequeña muñeca—. ¿Te gusta? —Caleb, enjuagándose las lágrimas con una mano, asintió sin dejar de mirarla.

Shaun tocó el hombro de Caleb y se agachó a su lado, junto a Teodora.

—Así, cuando nos eches de menos, podrás mirar la pulsera y nosotros miraremos al cielo cuando la luna brille. Será nuestra forma de comunicarnos. —Le sonrió el elfo, dándole un toquecito sobre el mentón con la mano.

—¿Cuidarás de Elanor? ¿La ayudarás? —le preguntó Teo.

—Claro que sí. —Elanor, que estaba de pie al lado de Caleb, le puso una mano en el hombro. Su mirada ciega estaba perdida a lo lejos, en el horizonte—. Caleb es un hombrecito valiente, estaremos bien. —Sonrió.

Aritz apareció entonces frente a su madre, al lado de Teodora. Los miró y detuvo la mirada durante unos segundos en Teo, después miró a Shaun y a Caleb hasta que se desvió hacia Elanor, su madre. Dio un paso hacia adelante y acunó su rostro.

—Mamá.

—Aritz, hijo. —Las manos de Elanor palpando las muñecas de su hijo—. Tened mucho cuidado, vuelve pronto.

—Lo haré, nos veremos antes de que florezca la próxima temporada. —Tras decirle aquello, posó un beso sobre la frente de Elanor.

Caleb, de repente, se abalanzó una vez más sobre Teo y Shaun, rodeándolos con sus pequeños brazos. Ambos le devolvieron el abrazo y Teo le besó la mejilla.

—Bueno, ¿y para mí no hay abrazo? —dijo Ethan con ironía, que apareció a su lado.

Caleb se separó con tristeza, pero enseguida se abalanzó también sobre el guardián. Ethan lo levantó del suelo y lo abrazó, haciéndolo volar en círculos. Una sonrisa se le dibujó en el rostro al pequeño elfo y enseguida el sonido de su risa iluminó el ambiente. Shaun y Teodora se pusieron de pie, riendo al verlos divertirse.

Y cuando ya todos se habían despedido, Teodora sintió un gran nudo en el corazón al alejarse de Caleb. Caminaba al lado de Shaun junto a los guardianes, y lanzó una última mirada hacia atrás: Caleb la miraba desde lejos, agarrado de la mano de Elanor.

Una mirada triste y apenada que la despedía desde la lejanía.

No pudo soportarlo y tuvo que mirar al frente, esforzándose para no volver la vista hacia atrás, sintiendo cómo cada paso se le hacía pesado.

—Erulissë cuidará de él —dijo Aritz, colocándose al lado de Teodora—. Cuidará de los dos, estarán bien.

Teodora asintió, frunciendo los labios, y deslizó su mano hasta encontrar la de Shaun, que estaba a su otro lado. Al girar su rostro hacia él, el elfo le sonrió y Aritz captó aquel gesto.

Iniciaron su viaje a pie, siguiendo al resto de los carruajes, aunque sabían que con la presencia de aquella multitud no pasarían desapercibidos. Teodora llevaba su nueva capa de color carmín, un carcaj con flechas atado a su espalda y su cabello recogido en una larga trenza. Y a cada paso que daba, un sentimiento nostálgico la invadió; un viejo recuerdo que secuestró su mente. Por un instante, rememoró la travesía que un día hicieron. Fue dura, pero al menos conocían su destino. Esta vez, aunque tenían claro a dónde tenían que llegar, muchos más retos y peligros los acechaban en el camino y sabía que la propia incertidumbre de si seguirían con vida los acecharía cada amanecer.

Dirigió entonces una mirada hacia Erin. La medio-bruja caminaba junto a Laila, Nathalia y Tom. Llevaba su cabello corto de color cobrizo recogido en una coleta baja, una camisa de lino de color verde oliva y un arnés de cuero marrón oscuro. Su mano derecha estaba apoyada sobre la empuñadura de su espada mientras reía con Laila y el brujo.

—Erin —Teodora le habló y la muchacha la miró—, gracias por acompañarnos. Es un gesto muy valiente —le agradeció.

—No hay de qué. De todas formas, en Dôr o Edhel tampoco puedo hacer mucho más. No me aceptan en el Gremio, así que…

—¿Y eso por qué? —Nathalia se encogió de hombros, curiosa.

—Bueno, no quieren tener a una medio-elfa entre ellos. —Erin ladeó la cabeza con timidez—. Para algunos soy una medio-bruja, para otros, una medio-elfa. Al final, resulto no ser nada.

—Eso no es cierto —añadió Tom, mirándola fijamente mientras seguían avanzando por el camino—. Creo que posees habilidades dignas de admirar. —Erin le sonrió.

—Gracias, Tom, pero no todos piensan igual.

—¿Y cómo has conseguido controlar tus poderes? —le preguntó Boris esta vez.

—Bueno, me crié en palacio. No en el palacio en sí, pero mi familia adoptiva trabaja en la corte de la Reina, así que me he pasado la mayor parte de mis días ahí —explicaba—. Cuando tenía siete años, mis padres biológicos murieron en un incendio. Me quedé huérfana, así que me acogieron mis padres actuales. Y gracias a eso, conocí a

Caelan. Me descubrió sin querer, un día que estaba jugando en el jardín y reviví una flor seca. Todavía no sé cómo lo hice. —Rio y Laila sonrió a su lado—. Caelan me estuvo enseñando desde entonces.

—Pues qué suerte que te encontrara y pudiera enseñarte —añadió Amira, que había estado escuchándola atentamente al igual que todos.

—Sí, supongo que sí. —Sonrió Erin.

Dylan caminaba al lado de Nathalia, en silencio y mirando al suelo con expresión indiferente. Nathalia, que se fijó en él, lo rodeó por los hombros con un brazo y le dio un suave toque en la cabeza, llamando su atención.

—¿Estás bien? —le preguntó. Dylan, mirándola fijamente, asintió.

—Taurion. —Shaun llamó entonces la atención de los centauros, que caminaban delante de ellos. El centauro redujo entonces su paso al girarse a verlo—. ¿Qué ha pasado en vuestra aldea? Has dicho que también habéis sufrido revueltas.

Todos los miraron con atención. Valya, al igual que algunos de sus acompañantes, redujeron el paso imitando a Taurion.

—Primero nos abandonaron algunos de nuestros hermanos para reunirse con Owen, eso ya lo sabéis. —Al escuchar su nombre, Laila miró hacia el suelo con el corazón encogido. Hizo un gran esfuerzo por reprimirse—. Después, varios centauros de otros clanes vinieron en busca de los aliados del Pacto. Nos dijeron que nuestros hermanos de nuestra propia aldea se habían unido a ellos, a los clanes que ya eran completamente antipactistas.

—Para que os hagáis una idea —intervino Valya—, nuestra especie se divide en clanes y algunos de esos clanes se han declarado como antipactistas en su totalidad.

—Sí —asintió Taurion—, y muchos de nuestros hermanos, al ver que nuestra aldea seguía siendo partidaria de las guardias y del Pacto, se unieron a esos clanes contrarios. Amenazaron a nuestra aldea y tuvimos varios ataques.

—O sea —los interrumpió Ethan—, que no solo es una guerra entre razas sino también entre civiles de una misma raza.

—Exacto —asintió Taurion—. No nos quedaban muchas esperanzas más, así que…al saber de lo sucedido es cuando decidimos partir

hacia Dôr o Edhel.

—Creo que hablo por mis compañeros —Teodora miró a los guardianes— cuando digo que muchas gracias a todos por ayudarnos. De verdad. —Se dirigió a todos los acompañantes—. No es una decisión fácil, y estar dispuestos a dar la vida…

—Es que si no la damos, guardiana —Valya intervino nuevamente —, nos la arrebatarán de todas formas. Es nuestro deber como hijos e hijas de la Madre Tierra, y queremos hacerlo.

—De todas formas, gracias. —Teodora le sonrió.

—Sí, gracias. —Amira repitió sus palabras y el resto de guardianes los miraron con una sonrisa de agradecimiento.

ʘ

Caminaron durante todo el día, combinando el viaje a pie y, a ratos, en los carruajes. El aire en aquellos bosques frondosos era fresco y el susurro de los árboles parecía murmurar miles de secretos antiguos incomprensibles a oídos ajenos. La vegetación era espesa por el sendero que cruzaban y los rayos de sol se reflejaban sobre las hojas verdes de los árboles. El viento provocaba que la hierba se moviera y produjera oleadas de distintas tonalidades de verdes. También había prados de flores amarillas, propias de la Hierba de San Juan, y varios insectos revoloteando alrededor, succionando néctar de la flora local.

De repente, una presencia invisible se hizo visible cuando se despegó de un árbol y apareció, cortándoles el camino. Era la forma de una mujer en un velo invisible rodeado por varias de esas flores; era como si estuviera formada por una suave brisa y levitaba en el aire.

—¡Ostras! —Ethan se detuvo en seco al verla, y todos lo imitaron.

—Hola, guardianes —saludó con una voz dulce y tierna.

—Una dríada. —Tom habló en un susurro de voz, asombrado por aquella presencia, tanto como lo estaban todos.

—Tiempos difíciles se acercan —añadió—. Os ruego que protejáis nuestros bosques durante vuestra guardia.

—H-hola. —Se atrevió a decir Amira—. Contábamos con eso…

—Bien —asintió aquella figura etérea—. Honrad al Pacto y a la sangre de vuestros antepasados y nuestros bosques seguirán respirando en paz. —Los miró a todos, deteniéndose en Teodora—. Ha sido un placer conoceros, guardianes.

Después de aquello, se deslizó por el aire hasta desaparecer entre la corteza de uno de los árboles. Aquel había sido un acontecimiento que los había dejado sin aliento.

—¿Una dríada? —Nathalia frunció el ceño, mirando a Tom.

—Son espíritus de los bosques —intervino Shaun—, ninfas.

—Pensaba que no existían… —dijo Nathalia nuevamente.

—También pensábamos que no existían los elfos —añadió Boris desde atrás—, y aquí estamos.

—Bueno, es que tampoco suelen mostrarse —dijo Tom—, a no ser que tengan algo que comunicar.

—Y como espíritus guardianes de los bosques, habrán creído preciso aparecer. —Erin se unió a la conversación.

—Sí, pero no podemos fiarnos —habló el brujo—. Las dríadas lo escuchan todo… pueden ser espías.

—Pero, ¿tú crees que se van a unir a los antipactistas? —Quiso saber Teo.

—No lo sé —Tom se encogió de hombros—, pero ante la duda…

Después de aquello y pasado un rato, Teodora siguió el camino a pie, sin dejar de pensar en Caleb. Frente a ella, observó a Laila y a Nathalia caminar animadamente, juntas… muy juntas.

—Hay qué ver lo que se ablanda cuando quiere —Ethan habló a su lado, señalando a Nathalia con el mentón—, con el genio que se gasta a veces.

—Hay que conocerla —añadió Amira, que caminaba agarrada de su mano.

Boris pasó de repente por su lado. Sostenía la espada en horizontal sobre sus hombros y, silbando, pasó de largo a Teo, Ethan y Amira, y se puso al lado de Nathalia, tirándole de un tirabuzón del cabello. Nathalia lo miró con desaprobación y le dio una fuerte palmada sobre el brazo con enfado, lo que provocó la risa del rubio.

—Sí, ya. —Ethan hizo un chasquido con la lengua.

—Se ablanda cuando quiere y con quien quiere —dijo Teo—. Si no, miradla con Dylan.

—Con él y con Laila son con los únicos con los que deja de ser… bueno, ella. —Rio Amira.

—Creo que es una parte de ella que, por alguna razón, esconde detrás de una coraza invisible —añadió la pelirroja.

—Ay —Tom se acercó a ellos, suspirando—, el amor —dijo al mirarlas.

Teo frunció el ceño y se giró a verlo.

—¿Qué?

El brujo los miró con sorpresa y sacudió la cabeza.

—No, nada. No he dicho nada. —Sonrió.

—Otra vez te ha tocado dejar a Gus atrás —le dijo Teo, cambiando de tema.

—Sí… pero está en buenas manos. Erulissë lo cuidará como a un rey. —Sonrió—. Solo espero que, cuando volvamos, quiera volver a Lejre… Estar en palacio lo habrá malcriado.

Los guardianes rieron ante sus palabras y la mirada de Teodora recayó al frente del carruaje, donde estaba Shaun. Con las riendas en sus manos, el elfo conducía el carruaje con Dylan subido a su lado. Los dos parecían estar conversando y aquella imagen le trajo viejos recuerdos a Teodora. Sin embargo, aquella vez ni Spirit ni Luna los acompañaban.

—Seguro que están bien —dijo Tom a su lado. Teodora lo miró fijamente en busca de una respuesta ante sus palabras—. Spirit y Luna. —La guardiana le devolvió una mirada de desaprobación, pero el brujo puso los ojos en blanco y asintió—. Sí, nada de leer conexiones mentales, lo sé. De hecho —levantó su dedo índice al aire—, creo que deberíamos practicar.

—¿Practicar? —Amira lo miró con desconcierto.

—Vuestra fortaleza mental, las barreras —dijo el brujo mientras gesticulaba—. Bueno, habrá que estar preparados para lo que nos espera.

—Sí… tienes razón —asintió Teo, mirando al suelo.

De repente, en la parte delantera, los carruajes de la Guardia Oficial se detuvieron. Frente a ellos, un río caudaloso les cortaba el

paso.

El río era ancho y sus aguas se movían con fuerza. Shaun se bajó de un salto del carruaje y miró hacia atrás, hacia Teodora. La guardiana avanzó hacia él y lo agarró de la mano hasta que ambos caminaron al frente. Aritz miraba hacia el río y, al verlos llegar a su lado, se fijó en sus manos agarradas. Bastó con una mirada hacia Teodora para saber que ya había hecho su elección, aunque aquella elección le doliera al príncipe.

Shaun soltó su mano por un momento y se acercó a la orilla, examinando el fondo del agua con una mirada crítica. Su mirada parecía estar buscando desesperadamente una forma con la que cruzar el río, al igual que todos los presentes. Durante unos segundos, la mirada de Teo se volvió a cruzar con la de Aritz. Él se la devolvió y, aunque tenía una expresión tranquila, sus ojos reflejaban una mezcla de tristeza y resignación.

A pesar de todo, aunque en el fondo sabía que Teodora había hecho su elección, se mantenía cerca de ella en todo momento, como si temiera perderla.

—¿Ves algún lugar seguro para cruzar? —Ethan llegó al lado de Shaun, examinando también el río.

El elfo asintió, señalando una parte más adelante donde algunas rocas grandes y planas formaban una especie de camino natural a través del río y la corriente parecía suavizarse.

—Ahí parece menos profundo. —Señaló—. Creo que es estable. Si colocamos las ruedas con cuidado y avanzamos despacio, deberíamos poder cruzar sin problemas —explicó, girándose hacia sus compañeros.

—¿Y no podemos rodearlo o algo por el estilo? —preguntó Amira.

—Imposible. —Aritz negó con la cabeza—. El río rodea todo lo que queda de región hasta llegar al mar, y para llegar a la zona donde vamos hay que cruzarlo. No nos queda otra.

Por unos segundos, su vista se detuvo en Teodora. La mirada de la guardiana volvió a recaer en sus ojos; un juego de miradas silencioso que escondía un sinfín de mensajes. Teodora se giró y vio a Shaun mirándola fijamente. Una suave sonrisa se le dibujó en el rostro al elfo y Teo le devolvió la sonrisa, sus ojos brillando con una

mezcla de admiración y afecto. Sin embargo, la sonrisa de Shaun se disipó al cruzarse con la mirada de Aritz.

Aritz se limitó a observar en silencio, sintiendo el peso de la distancia que se había creado entre él y la guardiana a pesar de estar cerca uno del otro. Sin decir nada, asintió, limitándose a prepararse para cruzar.

Todos se dispusieron a cruzar por la zona propuesta por Shaun. Varion y el Ejército se movilizaron, al igual que la Guardia Oficial y los enanos. Los centauros los ayudaban y, en un instante, todos se pusieron en plena acción para cruzar aquel río.

Por su lado, Shaun, Laila, Ethan y Boris ayudaron con el carruaje. Mojándose las piernas, hicieron un importante esfuerzo hasta que, por fin, lograron cruzar. Cuando lo lograron, Nathalia también estaba cruzando el río, pero se resbaló y cayó al agua. Por suerte, aquella zona era profunda y no se hizo daño alguno, pero todos rieron ante su caída al ver que se había empapado entera. Un sinfín de carcajadas llenaba el ambiente y Laila se acercó a ella, riéndose.

—Muy graciosos —dijo con ironía la guardiana, todavía en el agua.

—Bueno, a ver, —Laila hacía un esfuerzo por parar de reír—, es que ha sido graciosa la forma en la que te has caído. Y tu pelo es impermeable. —Rio, señalándole el cabello con el mentón mientras le tendía la mano.

—¿No me digas? A ver si te parece impermeable esto. —Nathalia la tomó de la mano y la tiró al agua con ella. Todos rieron al ver a Laila caer junto a la guardiana; su cabello largo y dorado, ahora empapado, caía por su espalda.

Laila rio y puso las manos sobre los hombros de Nathalia, empujándola hacia el fondo del agua. Todos rieron al verlas y Teodora las miraba con una amplia sonrisa. Hacía días que había notado un acercamiento entre ellas, pero no estaba del todo segura si realmente sentían algo más que amistad una por la otra. De alguna forma, Laila seguía asimilando lo sucedido, pero Teo intuía que estar con Nathalia la hacía sentir en su plena esencia. No estaba acostumbrada a ver a su amiga triste ni vulnerable, aunque mostrar aquella vulnerabilidad había sido la mayor de sus fortalezas.

Al lado de Teo, Amira dio el primer paso hacia la primera roca. Ambas se habían quedado en la orilla, observando mientras los demás cruzaban el carruaje, hasta que Teodora la imitó y también dio un paso al frente de la primera piedra. Ethan se acercó a Amira y le tendió la mano al temer resbalarse la propia guardiana. Teo, algo más confiada, colocó un pie sobre la roca y después el otro. Era resbaladiza, así que cruzar no sería una tarea fácil. Al otro lado de la orilla, Shaun cruzó el río sin molestarse por mojarse hasta las rodillas y le tendió una mano para ayudarla en su equilibrio. Teodora no lo dudó: lo tomó de la mano y ambos cruzaron por fin. Aritz, tras ellos, no pudo evitar sentir una punzada de envidia y dolor al verlos, pero su lealtad hacia la guardiana era mucho más grande que su propio corazón roto.

Mientras cruzaban los que quedaban, el clima cambió de repente y una ligera lluvia empezaba a caer, mezclándose con la humedad de la zona y convirtiendo el momento en uno más etéreo. Todos miraron hacia atrás para comprobar que estaban a salvo. Teodora, colocándose su capucha, se aferró al brazo de Shaun y continuaron hacia adelante hasta llegar al carruaje, donde los esperaban Laila y los demás mientras la elfa se cambiaba de ropa. Aritz, con los pantalones mojados hasta las rodillas, respiró hondo y los siguió.

—¿Todo bien, Alteza? —La voz de Varion lo interrumpió a su lado.

—Varion, si me vuelves a llamar Alteza te corto la lengua —dijo sin apartar la mirada del frente.

—Vale, vale. —Rio el Comandante.

—Vamos, hay que seguir. —Se limitó a decir sin dejar de mirar a Teodora.

Permanecería a su lado para protegerla, incluso si eso significaba quedarse en la sombra.

27
Luna creciente

La primera noche que pasaron a la intemperie fue fría. Por suerte, llevaban equipamiento suficiente, aunque tuvieron que estrecharse a la hora de dormir en sus respectivas tiendas de campaña. Sin ir más lejos, Shaun y Teo tuvieron que compartir su tienda con Laila, Ethan y Amira mientras que Nathalia la compartía con Boris y Dylan. No fue una molestia e, incluso, el tener que compartirla les proporcionaba calor.

En mitad de la noche, Teodora se mantenía con los ojos abiertos mirando hacia la tela de la tienda de campaña que los cubría. A su lado, Laila dormía profundamente y, al otro lado de Laila, también lo hacían Ethan y Amira, abrazados. Hacía un buen rato que todos se habían ido a dormir y, por suerte, aquella vez contaban con un ejército entero para hacer guardia y protegerlos. Sin embargo, algo le perturbaba la mente: pensaba en Caleb y en su familia; su familia del mundo humano y la pandemia que los amenazaba.

A su lado, Shaun se removió y la miró con los ojos adormecidos.

—¿Estás bien? —le preguntó en tono de susurro.

—Sí. —Teo susurró sin dejar de mirar hacia arriba. Apenas veía nada, pero no necesitaba ver nada cuando todo estaba en sus pensamientos—. ¿Crees que Caleb estará bien?

—Sí, claro que sí. —Shaun asintió a su lado, rodeándole el torso con un brazo—. Es un chico fuerte y muy maduro para su edad. Aunque, si te sirve de consuelo, yo también lo echo de menos.

Al girarse hacia él, el elfo sonreía con nostalgia. Teodora se giró por completo y se aferró al torso de Shaun, colocando la cabeza sobre su pecho. Shaun la acercó a él y la besó en la frente.

—Descansa un poco —le susurró.

—Es que no puedo, estoy nerviosa.

El elfo acarició su cabello hacia atrás y la abrigó entre sus brazos.

—Todo estará bien, te lo prometo.

Teodora alzó la mirada, cruzándose con la de Shaun. Lo miró a los ojos y, después, su vista recayó en sus labios. Acercándole los suyos, le dio un suave beso e intercambiaron una sonrisa antes de cerrar los ojos de nuevo.

Refugiada en el calor de Shaun, por fin, pudo dormir.

ൈ

Cuando amaneció, ya ninguno de ellos estaba en la tienda. Se levantó y se abrigó con la capa antes de salir al exterior. Cuando lo hizo, se abrazó a sí misma debido al frío mañanero y los vio alrededor de una fogata; a sus compañeros, a Varion, a los enanos, a los centauros, a los soldados, a Shaun… y a Aritz. La mirada del príncipe recayó sobre ella. Llevaba una camiseta ajustada al cuerpo y estaba comiendo un pan lembas. Teodora sabía que había una conversación no resuelta entre ellos, pero no se atrevía a afrontarla.

No en aquel momento.

—¡Teo! —Laila la saludó.

Shaun se giró a verla y un brillo le inundó los ojos al ver que, por fin, se había despertado. Teodora se acercó a ellos sin dejar de abrazarse a sí misma. Se sentó al lado de Shaun, que la rodeó con un brazo y la acercó a él para darle calor. Debido a la lluvia del día anterior, el ambiente era húmedo y frío.

—¿Quieres? —Aritz le tendió pan lembas. Teodora miró el pan y, después, asintió mientras lo agarraba y le devolvía la mirada a Aritz.

—Gracias. —Le sonrió y Aritz frunció los labios en respuesta.

—Toma. —Amira le sirvió zumo de naranja en un vaso de madera.

Y mientras desayunaban y el amanecer se asentaba por completo, la mirada de Teodora se dirigió entonces a los enanos, Adnik y Baernik.

—Adnik —lo llamó—, ¿cómo va todo en Nogoth Hûb? ¿Cómo están Adrus y Bralglia?

—Bueno —Adnik terminaba de masticar un bollo de mantequilla—, todo lo bien que se puede estar. Todavía estamos recuperándonos del desastre en las minas. Entre eso y los enanos antipactistas, la verdad es que los ánimos están bajos por el Refugio.

—Sí —Baernik sorbió del zumo de su vaso—, pero tenemos esperanzas. Hemos conseguido sacarle provecho al mercado del hierro y estamos explorando nuevas minas. Creemos que hay algunas incluso más profundas que las que ya conocemos y que ni siquiera nuestros antepasados se molestaron en descubrir.

—Ha tenido que pasar esto para que vayamos en busca del oro, y nunca mejor dicho. —Adnik rio y le dio un codazo a otro enano que tenía al lado, provocando la risa de sus compañeros.

—Vaya. —Teo ladeó la cabeza mientras seguía comiendo.

—Con lo testarudo que es Adrus. —Aritz caminó hasta ellos y se puso de pie al lado de Leohorn, alrededor de la fogata—. Estoy seguro de que conseguirá hacer renacer al Refugio. Aun así, lo más importante es resolver el tema de los antipactistas, y para eso deberíamos irnos cuanto antes —dijo, mirándolos a todos intercaladamente hasta que su mirada se detuvo en los guardianes.

Nathalia, sentada al lado de Laila, se quejó:

—Con lo mucho que me gustaría quedarme durmiendo.

—Pues te recuerdo que no hemos venido de vacaciones, precisamente —le dijo Ethan, a su lado.

—¿No me digas? ¡No se me había ocurrido! —respondió con sarcasmo y puso los ojos en blanco mientras Ethan le dedicaba una sonrisa socarrona.

ൠ

Nuevamente, emprendieron camino y, aunque esta vez iban subidos en el carruaje, lo cierto era que Teodora se sentía agotada. No quería continuar huyendo, no quería luchar más, no quería sobrevivir; quería vivir. Su propia mente la protegía e intentaba no pensar en el mundo humano y en lo que allí estaba ocurriendo; eran demasiados impactos emocionales. Sin embargo, al escuchar las risas de sus compañeros en la parte trasera del carruaje, todo se hizo más ameno. Frente a ellos, avanzaban la Guardia Oficial y

varios soldados del Ejército Real. La mirada de la guardiana estaba fija en Aritz, que montaba sobre su caballo de espaldas a ellos. Con la postura erguida, el príncipe se balanceaba sobre su caballo mientras miraba al frente con el rostro serio, tomando las riendas con seguridad.

—Bueno, a ver. —Tom habló de repente, también sentado en el carruaje junto a los demás—. Creo que sería un buen entretenimiento si entrenamos un poco la mente. Erin nos puede ayudar.

—Sí, claro. —Sonrió la mestiza—. Aunque no tengo el mismo nivel que Caelan, ni el tuyo —dijo mirando a Tom con modestia.

—Tonterías. —Tom le restó importancia—. Te he visto actuar, eres igual de poderosa que todos los brujos de Dôr o Ithron.

—Vale, ¿y qué tenemos que hacer? —dijo Amira.

Mientras los escuchaba tras ella, Teodora apoyó la cabeza sobre el hombro de Shaun. El elfo la recibió con gusto mientras sostenía las riendas de los caballos y el traqueteo de las ruedas los acompañaba como sonido de fondo.

—Echo de menos a Spirit y a Luna —añadió Shaun de repente—. Espero que estén bien.

—Mejor que nosotros seguro que sí. —Sonrió Teo, mirándolo con ternura—. Aunque yo también los echo de menos, me encantaría que Caleb los conociera.

—Y lo hará. —Por un momento, la mirada de Shaun se desvió hacia el rostro de Teodora—. Pronto volveremos a casa. —Sonrió, dándole ánimos.

—A ver —detrás de ellos, Tom continuaba hablando con los guardianes—, es muy fácil. Tenéis que intentar imaginar una barrera o un velo, si lo preferís. Erin, ¿quieres hacer los honores?

—Claro. —Sonrió y miró a todos los guardianes en su conjunto.

La joven medio-bruja los escaneó uno a uno. Los guardianes se quedaron mirándola fijamente, con atención y curiosidad, pero Erin solamente los miraba, no hacía nada más. Sin embargo, la voz de Amira los interrumpió:

—Ay —se quejó—, siento un cosquilleo. Es como una caricia, como si una mano invisible quisiera meterse en mi mente. ¡Ay! —Le dio un

escalofrío de repente y Erin rio.

—Eso es —asintió Tom.

—Lo siento —se disculpó Erin—, no pretendía meterme en tu mente. Bueno, sí —rectificó—, pero ya me entiendes. —Rio.

—Sí, lo sé. Tranquila —sonrió Amira—, creo que nos esperan cosas peores si el Abismo del futuro es como decís.

—¡Del Mañana! —la corrigió Tom—. Abismo del Mañana, ¡por la Madre Tierra! ¿Cuántas veces tendré que repetirlo?

—Bueno —habló Nathalia esta vez—, es que tiene un nombre muy raro.

—Raro es que yo os esté entrenando en una práctica que está o debería estar completamente censurada —añadió el brujo con frustración—. Pero si vamos a hacerlo, necesito que pongáis atención. Tenéis que fortalecer el coco.

Al escuchar aquello último, Teodora y Shaun se miraron de forma cómplice y sonrieron. Ambos reconocían el significado de aquella frase que los remitía a los primeros días de Teo en Lejre, cuando apenas sabía sostener una espada y Shaun intentaba enseñarle. Siempre le repetía aquello: «tienes que fortalecer el coco».

—Bueno, vale, Tom, pero no te enfades —le reprochó Laila—, esto es nuevo para todos.

—Vale, venga. —El brujo retomó la conversación—. Amira, intenta alzar unas barreras en tu mente. También puedes visualizar un círculo blanco que te rodea, pero toma el poder de tu energía, de tus pensamientos. ¿Estás lista?

Amira asintió y, de nuevo, Erin la miró fijamente. La guardiana mostró una expresión de incomodidad y su mirada se estrechaba, pero, por un momento, alivió su rostro. No duró demasiado: de nuevo, algo parecía incomodarla.

—Uf. —Soltó un fuerte suspiro y su pecho se relajó—. Por la Madre Tierra, es muy intenso.

—Lo has hecho bien —dijo Erin—, casi te has protegido. Te ha faltado poco, y también te ha faltado mantenerlo, pero para ser la primera vez lo has hecho muy bien. —Sonrió.

—Bien, ¿quién quiere ser el siguiente? —preguntó Tom y ninguno respondió.

Teodora rio para sus adentros mientras los escuchaba.

ʘ

Además del viaje, no había mucho más para hacer, así que a ratos hablaban entre ellos, a ratos iban a pie, a ratos conversaban con los enanos, con Leohorn, con los centauros… y otras veces también dormían en la parte trasera del carruaje mientras se turnaban las riendas.

Al atardecer, acamparon de nuevo a unos metros del río. Aunque agradecía emprender aquel viaje acompañada, Teodora necesitaba estar un rato a solas, así que se alejó unos metros. No iba desprotegida, llevaba sus flechas con ella y una pequeña daga, pero necesitaba sentir el sonido de los pájaros, el sonido del agua correr río abajo… y nada más que eso. Aprovechó el momento en el que Shaun se había quedado entrenando con Ethan y Boris para caminar un poco y poner distancia. Y al alejarse, se adentró por el frondoso bosque hasta salir a orillas del río, encontrándose con quien no esperaba encontrar.

Dos días llevaban de viaje; dos días en los que ya se sentía cansada y dos días en los que no había cruzado ni una sola palabra con Aritz. Sin embargo, allí estaba. El príncipe estaba de espaldas a ella, metido en el agua sin camiseta. Se había mojado entero y, con las manos, se frotaba el cabello hacia atrás. Las luces del atardecer se reflejaban en el agua, proporcionándole calidez a la tonalidad de su torso desnudo. No pudo evitar quedarse mirándolo durante unos segundos, pero sabía que aquello estaba mal.

Dispuesta a irse, se dio la vuelta, pero una rama crujió bajo sus pies, provocando que Aritz se girara de repente, alerta. Al verla, su rostro mostró alivio.

—Lo siento —se disculpó Teo desde la lejanía—, no quería interrumpir. Es que… —señaló hacia atrás—, solo quería estar un rato a solas.

—No pasa nada. —Mostró una ligera sonrisa, restándole importancia.

—Ya me voy —dijo dispuesta a marcharse.

—¡No! —La voz de Aritz la interrumpió—. Espera.

Lo observó caminar hacia la orilla, su torso saliendo del agua a medida que avanzaba.

—¡Aritz! —exclamó Teodora, poniendo una mano frente a ella a la vez que cerraba los ojos y giraba la cabeza con intención de detenerlo.

—No estoy desnudo, si es lo que te preocupa.

Teo asintió aliviada y volvió a verlo. Aritz negó con la cabeza mientras una amplia sonrisa se le dibujaba en el rostro; aquello le divertía. Tomó la camisa de lino de color beige que había dejado sobre una roca y se la abotonó, mirando a Teodora, quien no pudo evitar mirar sus calzoncillos.

—Bueno, ¿qué pasa? —La guardiana se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —Aritz alzó las cejas mientras se colocaba el pantalón, mirándola con incredulidad—. ¿En serio me estás preguntando qué pasa, Teodora?

—Bueno, no sé. ¿Quieres decirme algo?

—Sí, sí quiero decirte algo. Siéntate, por favor. —Le cedió el paso con las manos, invitándola a sentarse sobre la roca.

Teodora dudó por un momento y miró en dirección al campamento, pero al volver la mirada hacia él, aceptó. Se sentó sobre la roca, dispuesta a escucharlo.

—Llevas dos días sin hablarme —dijo, sentándose a su lado.

—Intento respetar los límites —se encogió de hombros—, solo es eso.

Una parte de ella se mostraba insegura.

—Lo sé, lo he captado, pero no por eso tienes que dejar de hablarme. Me gustaría seguir teniendo una conversación normal contigo.

—Ese es el problema. —La mirada de Teodora se clavó en la de Aritz—. No podemos tener una conversación normal sin que…

Aritz se quedó en silencio, mirándola a la espera de una respuesta.

—¿Sin qué…? —Ladeó la cabeza, pero al ver que Teodora no respondía, suspiró—. Bajo la superficie de la consciencia —dijo, mirando a un punto perdido en el suelo—, se esconden emociones poderosas: miedo, enfado, alegría, tristeza… deseo. —Los ojos de Aritz volvieron a clavarse en los de Teodora.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Hace falta que te lo diga? Tú lo sabes bien —hablaba sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—¿Intentas chantajearme? ¿Es eso?

—¡No! —Se mostró sorprendido, incrédulo—. No, yo no…

—Hay emociones más poderosas que el deseo.

—¿Las hay? —Un silencio se abrió entre ellos—. Tú deseas elegir a Shaun, ¿no es así? Y yo deseo estar a tu lado, a pesar de ello.

—Sabes que esta conversación no llegará a buen puerto.

—Puede, pero por lo menos afrontamos la verdad. Soy consciente de tu elección, pero aun así nunca podrás negar lo que sientes.

—Tienes razón. —Teodora lo miró fijamente—. Por eso no quiero conversar contigo. Respeto demasiado a Shaun, y también lo quiero demasiado como para hacerle algo así. No quiero que me lo hagan y tampoco quiero hacerlo. No es justo.

—¿Acaso es justo para ti fingir que no sientes algo por otra persona?

—Yo te quiero, Aritz, pero te quiero de forma distinta. —Al darse cuenta de sus palabras, Teodora se silenció a sí misma.

Aritz la miró con brillo en los ojos, una sonrisa se le dibujaba en el rostro.

—¿Me quieres? —preguntó con entusiasmo.

—No es un secreto —se encogió de hombros—, pero de otra forma muy distinta. —La guardiana sacudió la cabeza al darse cuenta del rumbo de aquella conversación—. Aritz, por favor. —Bajó la cabeza y cerró los ojos—. No me hagas esto, no me lo hagas más difícil. Bastante es verte cada día…

Aritz, a su lado, suspiró.

—Recuerdas… ¿recuerdas cuando fui a ver a Erulissë para pedir su aprobación para este viaje? —Teodora alzó la vista y lo miró, asintiendo—. Pues hay algo… hay algo que no me he atrevido a decirte. —Aquello captó por completo la atención de la guardiana. Aritz miraba hacia el suelo, pensativo e inseguro, pero alzó la mirada de nuevo hacia ella. Sus ojos rasgados la contemplaban con admiración—. No quise decírtelo por todo lo que implica, y no quise confundirte más, pero hay algo… —Suspiró profundamente—, hay

otra opción para proteger las guardias, aunque podría cambiarlo todo. Sería un impacto grande para toda Dôr o Gwaith, pero también para nosotros.

—¿De qué se trata?

Aritz se quedó en silencio y miró al frente, pensativo. Era como si mil posibilidades le pasaran por la mente, como si temiera abrir la boca.

—Bueno, sería algo que para mí… nada me haría más feliz en el mundo —la miró fijamente con una mezcla de felicidad y temor—, y nos podría ayudar a poner un poco más de paz, fortalecer la figura de las guardias.

—Vale, ¿y de qué se trata? —repitió Teodora. Lo miraba con intriga, pero Aritz la miraba fijamente en silencio, sin responder—. Vamos, dilo.

—Es que no sé cómo reaccionarás, no sé si estás preparada…

—Aritz…

—Cásate conmigo —la interrumpió. Los ojos de Aritz clavados fijamente en los de ella. A Teodora se le cayó el mundo encima al escuchar esas dos palabras. Aritz bajó la mirada hacia sus manos, agarrándoselas con cuidado—. Sé que tienes a Shaun en tu vida, no pretendo coaccionarte —con el pulgar, acariciaba el dorso de su mano blanquecina—, pero si decides casarte conmigo, las guardias serán irrompibles. El Pacto perdurará y…

—No. —Teodora se levantó de golpe, apartando las manos de las de Aritz—. No puedes pedirme esto. —Negó con la cabeza, sus ojos a punto de explotar en llanto. Aritz la miraba con preocupación.

—Hablé con Erulissë. Estaríais protegidos bajo la corona, Teo.

—También lo estábamos cuando nos atacaron la última vez.

—Pero esto es distinto. —Aritz se puso de pie y se acercó a ella—. Cásate conmigo, Teodora. Serás la esposa de un príncipe, y créeme que odio llamarme así —cerró los ojos, compadeciéndose de sí mismo por un momento hasta que volvió a mirarla—, ¿pero sabes lo que significaría tener a una monarca humana en Dôr o Edhel?

—¿Lo haces para protegernos o para tu propio beneficio? ¡Dime!

Las manos de Teodora impactaron contra el pecho de Aritz con enfado, haciendo que este retrocediera un paso.

—¡Porque te quiero! —exclamó, acercándose a ella de nuevo—. ¡Lo hago porque te quiero! Eso ya lo sabes, y si además puedo protegerte, lo haré. Pero no puedo obligarte. No quería decírtelo por esto, y porque sé que te dolerá teniendo a Shaun en tu vida, pero… Teo —Aritz se acercó más a ella, rogándole con la mirada—, piénsalo. Has dicho que me quieres.

—Sí, pero no de la misma forma que a…

—Que a él, ya —la interrumpió—. Eso me lo has dejado claro. Pero piénsalo, si ya me quieres, si te casas conmigo, sería una forma de proteger el Pacto.

—¡Que le den al Pacto! —exclamó mirándolo fijamente—. También debo proteger el libre albedrío como guardiana, y en mi libre albedrío ya hice la elección. Aparte, ¡es absurdo! ¡En mi vida mundana jamás me habría planteado esto! Ni siquiera tenía que elegir entre dos chicos, solo entre libros de una biblioteca. —Rio con frustración mientras las lágrimas brotaban de sus ojos—. No puedo más, Aritz. No puedo más.

Empezó a sentir un nudo en la garganta y una opresión en el pecho que le dificultaba la respiración.

—Lo sé. —Aritz la agarró de las manos, acercándola a él—. Y me duele verte sufrir y ser yo el que te haga sufrir por tener que plantearte esto, pero… ¿qué alternativas tenemos? —Teodora miró hacia un lado, hacia el río, mientras sus mejillas estaban cada vez más empapadas por las lágrimas—. Cásate conmigo, Teodora. Te puedo proteger; a ti, al resto de guardianes y al Pacto.

Teodora negaba con la cabeza; sin embargo, sus manos seguían agarradas a las de Aritz.

—No, no puedo…

—Tiene razón. —La voz de Shaun los interrumpió. Shaun apareció de repente por detrás de ellos; la miraba fijamente con los ojos invadidos de lágrimas—. Él puede protegerte mejor de lo que jamás lo haré yo.

—Shaun, no…

—Sí, Teodora —la interrumpió—. Por mucho que me fastidie admitirlo —miró a Aritz durante unos segundos; en su mirada había rastros de furia—, tiene razón. Y lo entenderé —sus mejillas estaban

ahora empapadas por las lágrimas—, no te preocupes por mí —dijo para después girarse y marcharse con enfado.

Teodora miró a Aritz de repente. Con ímpetu, le soltó las manos con rabia y se marchó rápidamente siguiendo a Shaun.

—Shaun, ¡yo no quiero! —exclamó, siguiéndolo por el bosque.

—No. —Shaun se detuvo y se volvió hacia ella de un impulso, mirándola fijamente—. Es que tiene razón, él puede protegerte más que yo. Yo solo soy un medio-elfo pueblerino —añadió con menosprecio hacia él mismo, haciendo una mueca de asco—, no tengo poder sobre nada. Soy un…

—Yo no quiero poder —lo interrumpió—, y mucho menos estar por encima de nadie. —Se acercó a él y le acunó el rostro—. Yo quiero a mi medio-elfo, a mi compañero de vida, el que ha estado siempre a mi lado. —Mostró una sonrisa con el rostro bañado en lágrimas. Los ojos azules de Shaun, ahora enrojecidos por el llanto, la miraban fijamente—. Te quiero a ti, y estar en Lejre. No quiero poder, ni protección.

—Pero tú lo quieres…

—Sí, pero no como a ti. Y ya lo hablamos el otro día, por favor no me hagas repetirlo.

Shaun se separó de ella y caminó de un lado para otro con la mano formada en un puño.

—Siento impotencia, me siento como un imbécil. Nunca he sentido algo así. —Se volvió de nuevo hacia ella—. ¿Por qué siento que no puedo protegerte? ¿Por qué a mi lado no dejas de correr peligro?

—Por si no lo has notado, todos corremos peligro ahora. Shaun, por favor. —Lo tomó de las manos—. Ya te he dicho lo que quiero, no pienses en nada más. No quiero que pienses que no me proteges, no es verdad. A tu lado me siento en casa —apoyó los brazos sobre sus hombros, rodeándole el cuello y colocando las manos sobre su nuca—, y siento que no necesito nada más.

Shaun la miró fijamente y le acunó el rostro, besándola en la frente.

—Si te pasa algo, si siento que por mi culpa…

—Deja ya de hacerte responsable de mí, nadie lo es. Por favor —le rogó con la mirada—, no necesito más protección de la que ya

tengo.

Enredó los dedos en su cabello negro azabache.

—Vale, pero quiero que en todo momento seas sincera. Y si alguna vez…

—No —lo interrumpió—. Siempre soy sincera con mis sentimientos, ya lo sabes.

Shaun pasó su pulgar por la mejilla de Teodora, limpiándole el rastro de lágrimas. Teo lo imitó y, tras mirar sus labios, lo besó.

Con sus dedos enredados en el cabello de Shaun y las manos del elfo sobre su cadera, se besaron apasionadamente a la luz del atardecer. Shaun, sin separar sus labios de los de Teodora, la llevó hasta la sombra de un árbol y la espalda de la guardiana chocó contra el tronco. El elfo apoyó una mano sobre la madera del árbol mientras que, con la otra, le acariciaba la mejilla. Y en un movimiento reflejo, Teodora alzó su pierna para ponerla sobre la cadera de Shaun y él, que adivinó sus intenciones, la sostuvo de los muslos. Teo se alzó de un salto, rodeándole las caderas con las piernas mientras su espalda seguía apoyada en el árbol. Se dejaron fluir, soltaron las riendas de su pasión ardiente que tanto se veían obligados a reprimir en aquella travesía, y fluyeron lo suficiente como para notar la señal del deseo en los pantalones de Shaun. A Teodora no le importó y, de hecho, quiso más.

—Vamos al río —susurró sin cortar el beso—, alejémonos. —Shaun rio y cortó el beso.

Toda la rabia y tristeza que habían sentido hacía un momento se habían disipado.

—¿Estás segura?

—Que sí, vamos. —El destello del deseo brillaba en sus ojos al mirar a Shaun.

Shaun sonrió y dejó que los pies de Teodora volvieran a tocar el suelo. Se dejó llevar cuando la guardiana lo tomó de la mano y lo condujo a varios metros, todavía más lejos de todos los que estaban en el campamento. Riendo, se encaminaron por un sendero hasta llegar a un pequeño lago que descubrieron. Al verlo, ambos se miraron y sonrieron.

—Aquí no vendrá nadie —dijo la guardiana, que empezó a quitarse la blusa.

—Se está haciendo de noche —Shaun miró al cielo, ya casi oscuro —, deberíamos irnos.

—Laila tiene razón, eres un aguafiestas. —Rio mientras se quitaba los pantalones.

—Sí, y por lo que veo a ti te ha contagiado su carácter.

—De eso nada. —Teodora se acercó a él y le empezó a desabotonar la camisa—. Solo me ha enseñado a vivir el momento y… no tenemos muchos momentos como este —dijo antes de volver a besarlo.

Shaun rio al desabotonarse él mismo la camisa y quitarse los pantalones. Teodora, de un movimiento, se sacó el sostén y sus braguitas se deslizaron por sus piernas hasta quedar desnuda frente a Shaun. Sonrió al meterse en el agua; estaba fría, pero el golpe del principio era el más difícil. Tembló al meterse en su totalidad; Shaun la observaba con el cabello largo y suelto cayéndole por la espalda desnuda. Al girarse, Teodora también lo observó: el firme cuerpo de Shaun, desnudo, metiéndose también en el agua. Al principio, también tembló, pero cuando finalmente estuvo a su lado, su cuerpo se relajó.

—Espero que nadie nos vea —dijo, juntando su cuerpo con el de Teodora.

—Nadie vendrá aquí. —Teodora enrolló las piernas en su cadera y lo rodeó por los hombros con sus brazos.

Sus cuerpos desnudos y mojados se estrechaban el uno contra el otro. La luz de la luna se reflejaba en el agua y Shaun contempló el rostro de la guardiana, apartándole un mechón de cabello del rostro.

—Nunca me canso de mirarte —le dijo, examinándole el rostro con cariño.

—Ni yo a ti. —Teo le sonrió—. Nunca dejes de hacerlo —añadió antes de estampar sus labios sobre los de Shaun.

Con sus cuerpos juntos y sus labios unidos, el ritmo de sus pulsaciones iba en aumento. Shaun, sintiendo la electricidad que pasaba entre ellos, separó suavemente sus labios de los de Teodora, dejando un rastro de deseo en su piel. Con movimientos lentos y

deliberados, sus labios encontraron el delicado arco del cuello de la guardiana, dejando un beso ardiente que hizo que ella cerrara los ojos, sintiendo cómo cada caricia encendía su piel. Se detuvo un momento, disfrutando del susurro de su aliento antes de seguir su camino por el hombro, una travesía que lo llevó hasta sus senos. Sus manos acariciaban su figura con ternura, mientras se adentraba en un territorio que había anhelado durante mucho tiempo. Al sentir de nuevo el fruto del deseo entre las piernas de Shaun, Teodora volvió a unir sus labios a los del elfo y quiso formar parte de él, unir sus energías en una sola. Y con una sola mirada entre ambos, Shaun lo confirmó antes de sentir por completo su cuerpo. Teodora, atrapada entre la necesidad y la entrega, sintió la presión del deseo volviendo a apoderarse de su cuerpo. Cuando sintió la calidez de Shaun contra su entrepierna, un escalofrío de anticipación recorrió su espalda. Era un llamado irresistible, un imán que la atraía hacia él. Sin poder resistir más, unió sus labios a los del elfo, como si en ese beso pudiera fundirse por completo con él, unir sus energías en una danza de pasión y conexión.

La mirada que compartieron fue cargada de promesas y complicidad. Era un entendimiento silencioso, una confirmación de que estaban listos para dar el siguiente paso, para explorar no solo sus cuerpos, sino también sus almas. Shaun la miró con una intensidad que la hizo sentir completamente vista, y con un suave asentimiento, dio rienda suelta a su deseo.

Con cada caricia, sus cuerpos se movían en un ritmo suave, un compás marcado por la confianza y la atracción. Shaun sintió cómo el cuerpo de Teodora respondía a cada roce, y a medida que sus energías se entrelazaban, el mundo exterior desapareció, dejando solo su conexión en medio de aquel lago bajo la luz de una luna creciente.

28
Las hijas salvajes

Al día siguiente, continuaron su travesía. Era un día soleado, el aire limpio y fresco les brindaba una sensación de paz y el trino de los pájaros los acompañaba a cada paso. Durante el camino, no había mucho más que hacer aparte de charlar entre ellos, descansar en la parte trasera de los carruajes o practicar con Tom el uso de sus barreras mentales, aunque aquello último era complejo.

La relación de Teodora y de Shaun volvió a su cauce y la guardiana no volvió a dirigirle palabra alguna a Aritz. Si había sentido algo por él, se puso barreras para que no volviera a suceder. Sentía que, a pesar de sus sentimientos, parte de la propuesta de Aritz había sido una jugarreta que no estaba dispuesta a tolerar. Sí, quizá era una opción para protegerla a ella y a las guardias, pero ¿renunciar a todo lo que tenía por ello?

Ni hablarlo.

A pesar de todo lo vivido, Teodora conocía su lugar y estaba segura de su elección.

Al llegar la tarde y con ella las últimas horas de sol, acamparon de nuevo. Para aprovechar esas últimas horas de luz que restaban del día, los guardianes practicaron sus habilidades de lucha con Leohorn y algunos soldados de la Guardia Oficial. Se les unieron los centauros, enanos y soldados del ejército. En medio de aquel claro del bosque, los rayos del sol se filtraban a través de las ramas de los árboles, haciendo que el verde de sus hojas fuera uno más intenso. Y en plena batalla amistosa, Ethan y Nathalia se lanzaron hacia un grupo de soldados. Ethan se deslizó por debajo de uno de ellos, cortando su equilibrio, mientras Nathalia lo remató con un golpe de

espada, forzándolo a retroceder. Por su lado, Boris se enfrentó a tres soldados a la vez. Empuñando un hacha, sus músculos estaban tensos mientras giraba el arma con facilidad. Con cada movimiento, su hacha cortaba el aire, creando un silbido profundo que alertaba a los soldados de su presencia. Con el hacha en alto, bloqueó a un soldado que intentaba atacarlo por la izquierda y, en un movimiento fluido, hizo un giro para derribar a otro que se acercó desde la derecha. A cada golpe, la tierra parecía estremecerse, y los soldados se dieron cuenta de la potencia de sus ataques. Sin embargo, Boris no se limitó solo a la fuerza bruta; mantuvo su posición, usando su tamaño y la amplitud del hacha para crear una zona segura alrededor, defendiendo a sus compañeros, que se encontraban más cerca del alcance de sus opuestos.

Cuando un soldado intentó tomarlo por sorpresa desde atrás, Dylan intervino desde su escondite; una flecha atravesó el aire y golpeó el escudo del soldado, desequilibrándolo. Boris aprovechó el momento para lanzar un golpe lateral, obligando al soldado a retroceder. Agradecido, Boris levantó su arma en un saludo rápido hacia el escondite de Dylan, sabiendo que su compañero estaba observando sus movimientos y protegiéndolo desde la distancia. Y por su parte, Dylan, si bien no era habilidoso en el campo de batalla, se le daba bien pasar desapercibido y atacar en la distancia.

Amira, justo detrás de Boris, esquivó un ataque y consiguió hacer retroceder a uno de los enanos que la atacaba, pero sus pies tropezaron con una piedra y cayó al suelo. Y justo cuando uno de los centauros iba a por ella, Ethan volvió a deslizarse por el suelo, haciendo que el filo de su espada sobre el cuerpo de Amira bloqueara el ataque enemigo.

Teodora, por su lado, si bien no tenía demasiada destreza con la espada en comparación a su habilidad con las flechas, había mejorado en los últimos tiempos. Shaun la observaba con orgullo, apoyado en el tronco de un árbol y de brazos cruzados mientras le dedicaba una sonrisa. La pelirroja, aliada con Laila y de espaldas a su amiga, se movía con destreza y su espada cortaba el aire con precisión; por fin había aprendido a dominarla. Junto a la rubia, atacó a un grupo de soldados que las rodearon, manteniéndose

alerta y fluida en cada movimiento. Primero bloqueó el golpe de un soldado que la atacó de frente, desviando su espada hacia un lado, y en un giro rápido, lanzó una estocada que lo hizo retroceder, tambaleándose. Un segundo soldado intentó aprovechar el momento para atacarla por el flanco derecho, pero Teodora, anticipando el movimiento, se agachó y giró sobre una rodilla, lanzando un barrido con su espada que cortó el aire y obligó al soldado a saltar hacia atrás. En ese instante, se levantó con un rápido giro y lanzó un ataque descendente, bloqueando su siguiente golpe.

—Muy bien, guardianes. —Aritz se acercó al centro, haciendo girar su espada con habilidad y con actitud presunciosa—. ¿Quién se bate conmigo?

Teodora se recompuso y se pasó el antebrazo por la barbilla, limpiándose el sudor.

—Yo lo haré —dijo mirándolo fijamente.

Ninguno esperaba que fuera Teodora la voluntaria para batirse con Aritz, ni siquiera ella, pero algo en su interior deseaba hacerlo. Quería soltar la rabia, el enfado que tenía hacia él. Aritz la miró sorprendido y Shaun, a metros de ellos, dejó de sonreír y de apoyarse en el tronco del árbol para prestar especial atención a aquello.

—Vale —Aritz no dejaba de mirarla con sorpresa, una parte de él flaqueó—, pero esto va en serio.

—Yo también voy en serio —añadió la guardiana, mirándolo fijamente.

Con la mandíbula tensa y los ojos ardiendo de determinación, cargó de repente contra él, canalizando toda su frustración en cada golpe. Aritz, por su parte, se giró, evitando el golpe. Ambos se movían como si estuvieran en una danza, anticipando los movimientos del otro y, en un momento dado, ambas espadas chocaron y cargaron cuerpo contra cuerpo. Sus rostros estaban cerca, sus respiraciones casi se juntan en una, y sus miradas clavadas una en la otra. Aritz se debilitó y Teodora lo empujó hacia atrás, sacando un sonido de rabia. El príncipe se batía con ella sin usar toda su fuerza; no quería hacerle daño. Y aunque la guardiana sabía que Aritz era más fuerte que ella, se dejó llevar por la fuerza

bruta. Tras un intercambio rápido de golpes, Teodora encontró una apertura en el suelo y aprovechó la oportunidad para empujarlo hacia atrás de nuevo. Aritz tropezó con las raíces que sobresalían del terreno y terminó con la espalda contra el tronco de un árbol, su respiración acelerada y una mirada de sorpresa en sus ojos, que rápidamente fue reemplazada por una chispa de admiración. A Teodora no le dio tiempo a reaccionar; con un movimiento fluido, presionó su espada contra la garganta de Aritz, el filo frío descansaba peligrosamente cerca de su piel.

Todos se quedaron inmóviles, observándolos, aunque para ellos no parecía haber nadie alrededor. De repente, se encontraron ellos dos solos, mirándose fijamente. La mirada de Teodora era dura, pero su respiración rápida reveló la mezcla de emociones que la recorrían. Estaba enfadada, eso estaba claro, pero en sus ojos también había algo más. Aritz la observó con una mezcla de sorpresa y encanto, como si no pudiera decidir si debería defenderse o simplemente quedarse quieto y admirarla. Una sonrisa traviesa asomó en sus labios, y sus ojos oscuros se clavaron en los de Teodora, desafiante pero, al mismo tiempo, cómplice.

—¿Qué? ¿Acaso te divierte? —preguntó Teodora con cada palabra llena de una rabia contenida.

Aritz tragó saliva lentamente sin dejar de sonreír, pero en su mirada había una mezcla de seriedad y devoción.

—No me divierte, Teodora —respondió su voz suave y firme—. Me fascina. Hay pocas cosas tan impresionantes como verte luchar con tanta pasión. Mira en quién te has convertido e imagina lo que podrías llegar a ser.

Al oír sus palabras, Teodora lo empujó de nuevo, reteniéndolo con más fuerza.

—No hace gracia. —La mandíbula de la guardiana estaba tensa y su mirada dura como una piedra—. No hables como si esto fuera un juego, ya conoces mi decisión. No quiero que vuelvas a mencionarme.

Aritz respiró hondo y la miró fijamente. Su expresión había cambiado: ya no había burla, solo sinceridad. Desde la lejanía,

Shaun los observaba preocupado. En realidad, aunque ellos no lo sintieran, todos estaban perplejos observando la situación.

—Sé que estás furiosa conmigo, pero tienes que saber que nunca ha sido mi intención herirte. Lo siento si lo he hecho. —La voz de Aritz sonaba más baja y sus palabras parecían resonar entre ellos.

Por un momento, la tensión entre ambos parecía desvanecerse y Teodora sintió que su furia se disipaba, aunque no del todo. Bajó la espada lentamente, pero no apartó la mirada de Aritz. Estaban tan cerca que podía sentir el calor de su aliento, y en ese instante, la tensión entre ellos cambió de tono. Ya no era rabia, sino algo más profundo y complicado, una mezcla de sentimientos que ambos habían intentado reprimir.

Aritz levantó una mano lentamente y la colocó sobre la de la guardiana, que aún sostenía la empuñadura de la espada. Su toque fue suave, y Teodora sintió cómo un temblor le recorrió el cuerpo.

—Haré lo que sea necesario para recuperar tu confianza y demostrarte que me la merezco —añadió mirándola fijamente a los ojos.

Teodora dudó durante un instante y, al mirar alrededor y ver que todos los observaban, dio un paso atrás, liberándolo del árbol, aunque seguía sin apartar la mirada de él. Al girarse sin decir palabra alguna, tiró la espada al suelo y se encaminó hacia Shaun. El elfo la miraba atentamente, pero bastó con una sola mirada para saber cómo se sentía.

—Necesito despejarme —dijo acercándose a él.

—Vamos. —Shaun le puso el brazo alrededor de los hombros y la acompañó, lanzando una última mirada de advertencia a Aritz antes de alejarse de allí.

ൈ

Después de haber pasado un rato alejados, recuperando su energía, Shaun y Teodora regresaron al campamento. Todavía estaban en una zona próxima al río y, mientras avanzaban el camino a medida que las ramas y las hojas secas crujían a su paso, unas voces femeninas conocidas se hicieron eco.

—Nunca pensé que terminaría huyendo de una guerra… —La voz de Nathalia se hizo presente—. ¿No tienes miedo?

Al mirar hacia su lado, a unos metros de ellos, Shaun y Teodora vieron a Nathalia y a Laila sentadas en una roca a orillas del río. El sol ya se ocultaba por fin en el horizonte, tiñendo el cielo de rojo a su paso. Laila recogió agua con ambas manos y sorbió de sus palmas mientras escuchaba a la guardiana.

—Ninguno de nosotros se imagina nunca tener que afrontar una guerra. Aunque, claro, quien olvida su historia está condenado a repetirla… o eso dicen. —Laila dejó de mirar el reflejo del agua para observar a Nathalia.

—Ya, pero… ¿no tienes miedo? —Con su mano, Nathalia hacía ondas sobre el agua.

—Sí, claro que lo tengo. Aunque… no sé, ahora lo vivo distinto. —La rubia se encogió de hombros—. Ahora lo siento como un susurro constante, como si me recordara lo valioso que es cada momento. Vivo con intensidad… —Por un instante, la mirada de Laila se quedó clavada en un punto inconcreto del agua—, quizá ese es mi problema; soy demasiado intensa. —Rio de forma nerviosa, volviendo la mirada hacia Nathalia.

—No es un problema —Nathalia la miró fijamente y le apartó un mechón del cabello que la rubia tenía pegado a la frente—, es una virtud.

Al verlas mirándose fijamente, Teodora y Shaun intercambiaron una mirada de entendimiento junto a una sonrisa.

—Vámonos —le susurró el elfo—, no me siento cómodo escuchando conversaciones ajenas.

—Sí —asintió Teo, señalando con el mentón el camino de vuelta—, vamos a dejarles intimidad.

Al volver, bajo el primer rastro de la oscuridad, se adentraron al campamento agarrados de la mano. Y para su sorpresa, un ambiente de luces violetas, rosadas y azuladas de tonalidad neón los recibieron en el espacio. Erin y Tom iluminaban el espacio haciendo un espectáculo de luces que se sintió como un renacer mientras movían sus brazos y sus manos en unos gestos de maestría espiritual. De repente, una llamarada de color violeta envolvió en un

círculo a Amira y a Ethan, ambos descansando a los pies de un árbol. Los dos estaban juntos, la espalda de Amira reposando contra el tronco del árbol y la cabeza de Ethan sobre las piernas de la guardiana. Los guardianes sonrieron al ver aquella luz efímera rodearlos hasta que viajó a gran velocidad hacia Boris, que yacía hablando con Varion y otro soldado. Boris se miró a sí mismo al ver que la luz le rodeaba el torso y desvió la mirada hacia ella cuando esta viajo a Dylan, que estaba sentado en el suelo dibujando algo en la tierra. Dylan, sorprendido, siguió el rastro de la llamarada y siguió con la mirada en su dirección hasta donde se encontraban Shaun y Teodora. La luz rodeó sus manos, uniéndolas en un círculo, y ambos cruzaron sus miradas. Se sonrieron mutuamente, los ojos de Shaun clavados en los de Teodora, y en un gesto de cariño, levantó sus manos agarradas y posó un beso sobre la mano de la guardiana.

—Wow. —La voz de Nathalia se hizo presente cuando apareció junto a Laila por detrás de ellos.

La guardiana de cabello afro miró alrededor y, de repente, la llamarada que rodeaba a Shaun y a Teodora viajó esta vez a gran velocidad hasta ellas. Las rodeó en un círculo y ambas se miraron. Laila sonrió a Nathalia y en un gesto decidido, la agarró de la mano. La elfa y la guardiana se miraban con el brillo en la mirada, iluminado por aquella luz violeta que las envolvía. De repente, en un gesto rápido, Tom alzó una de sus manos al cielo y aquella luz viajó hasta las estrellas, donde estalló en una explosión de distintos colores como si de un fuego artificial se tratase.

Las miradas de los presentes miraron al cielo, asombrados. Sus ojos llenos de entusiasmo, sus labios dibujados en sonrisas. Teodora, al bajar la mirada del cielo y mirar al frente, vio el rostro de Aritz que, al igual que ella, bajó hasta mirarla mientras estaba apoyado en uno de los carruajes y bebía de un vaso. Su piel iluminada por el contraste de las luces que los asombraban y su mirada clavada fijamente en ella desde la distancia. La guardiana, decidida y, en parte, dolida, le apartó la mirada para dirigirla hacia su lado, donde estaba Shaun mirando hacia el cielo, atónito ante la preciosidad de espectáculo que sus amigos brujos les habían creado en un instante. Al verlo, la sonrisa de Teodora se ensanchó y se aferró a su brazo. El

elfo, al notar el gesto, la miró y, regalándole una sonrisa, la besó en la frente antes de que ambos volvieran a mirar hacia el cielo.

൭

En los días siguientes, continuaron su larga travesía. Según los cálculos de Varion y Leohorn, ya estaban a punto de dejar atrás la región de Dôr o Edhel, la tierra de los elfos.

En uno de sus descansos, estaban todos repartidos por el espacio mientras reponían fuerzas. Los guardianes estaban sentados en círculo mientras se alimentaban mínimamente; debían reservar los recursos que les quedaban, a pesar de que durante su trayectoria iban recolectando todo lo que pudiera servirles de alimento.

Teodora miraba atenta a Boris mientras contaba una de sus batallitas y reía con sus compañeros. A su lado, Shaun también reía, y cuando el elfo alzó la mirada hacia atrás durante un breve instante, hacia un lado, lo vio. Aritz, a espaldas de Teodora y de los guardianes, se mantenía apoyado sobre el tronco de un árbol mientras los observaba. No, la observaba a ella. Su mirada se cruzó de repente con la de Shaun. Al mirarlo, se le movió mínimamente un músculo de la mandíbula y el príncipe se giró a decirles algo a Varion y a Leohorn, que estaban a su lado. Justo en ese momento, Shaun lo observó girarse y marcharse bosque a través.

Shaun miró entonces a Teodora a su lado. La guardiana seguía inmersa en la conversación con sus amigos, reía ante los comentarios de Boris y ni siquiera se había dado cuenta de aquello.

—Ahora vuelvo —dijo volviéndose hacia ella, posando un beso sobre su mejilla.

—Vale. —Teodora le sonrió y volvió a atender la conversación con sus compañeros.

Shaun se levantó con agilidad y empezó a caminar en la dirección en la que se había marchado Aritz. Con los brazos balanceándose a sus lados, frunció los labios al pasar por el lado de Varion y Leohorn y los saludó con un gesto de cabeza. Cuando por fin dejó a todos atrás, continuó adentrándose en el bosque, esta vez con su mano sobre la empuñadura de su espada enfundada en su cinturón. Y allí, al frente, Aritz estaba parado en medio de un claro. Miraba hacia el

horizonte de espaldas a él y se mantenía de brazos cruzados, pensativo.

—¿No vas a dejar de hacerlo nunca? —pronunció Shaun.

Aritz se giró a verlo con sorpresa.

—¿El qué?

—Mirarla. —Shaun avanzó con decisión hacia él—. Pareces un búho con la mirada sobre ella todo el rato, y los búhos dan grima. —Su mirada desafiante no se apartaba de la de Aritz.

El príncipe mostró una sonrisa orgullosa sin apartarle los ojos de encima.

—Malo no será este búho cuando a ella le gustan mis ojos.

A Shaun se le tensó la mandíbula. Sus ojos invadidos de furia no se apartaban de los de Aritz.

—Borra esa sonrisa, Alteza. —Lo vaciló—. Teo ya ha hecho su elección.

—Soy muy consciente de eso, Shaun, y por eso la estoy respetando.

—Ah, ¿sí? —Sus rostros estaban cada vez más cerca, con la mirada fulminante uno en el otro—. ¿Crees que chantajearla es respetarla?

—No la he chantajeado.

—No te atrevas a negarlo. —Shaun apretó los dientes—. Me estoy conteniendo.

—¿Sí? Pues no te contengas, hombre —añadió Aritz con sarcasmo mientras abría los brazos a sus lados—. ¿Quieres pegarme? Pues hazlo. —Acercó su rostro al de Shaun, con una mirada desafiante.

—No voy a hacer eso. Jamás pondría la mano encima de nadie, pero si…

—¿Pero sí qué? —lo interrumpió, acercándose cada vez más a él—. Solo le he ofrecido a Teodora algo que ella misma anhela. Sabes lo que siente, ¿o me equivoco?

—Lo sé muy bien, no hace falta que lo digas. Pero, al contrario de ti, sé que no soy el único en su vida. Teodora es libre de hacer su elección, y ya ha elegido.

—Sí, pero algo en ella quedará vacío, y lo sabes.

—Eso está claro —Shaun rio con sarcasmo—, siempre estás ahí, acechándola.

—No te equivoques conmigo, Shaun. Tengo el mismo derecho de protegerla que tú. Y eso hago.

—Vale, protégela. Es más, te estoy agradecido por ello, pero deja de acecharla. Y admite que la has chantajeado, por la Madre Tierra. Has usado su vulnerabilidad para tu propio beneficio. ¿Qué clase de príncipe eres? ¿Qué clase de elfo eres?

—Cuidado. —Aritz lo miró con advertencia—. Sé muy bien quien soy y lo que quiero. Solo le he dado una salida, aceptando sus sentimientos; unos sentimientos que, por cierto, ella misma se obliga a negar por estar contigo. —Puso el dedo índice sobre el pecho de Shaun, amenazante.

—Puede —Shaun le apartó la mano—, pero eso no es decisión tuya, ni mía. Acéptalo. —Lo miró fijamente. Se giró entonces para marcharse, seguro de su actitud.

—Acéptalo tú también —añadió Aritz a su espalda, lo que provocó que Shaun se detuviera en seco—. Mientras esté contigo, siempre sentirá anhelo hacia mí.

—Lo sé —Shaun se giró hacia él de nuevo, encarándolo—, pero, incluso a pesar de ello, me ha elegido a mí, y con eso me basta.

Y tras decir aquello, volvió a caminar hacia donde estaban todos sus compañeros de viaje, dejando a un Aritz con la palabra en la boca.

ʘ

Mientras siguieron su camino, aquel día las chicas decidieron subir a lomos de caballo. Dado el largo viaje que les quedaba por delante, se iban turnando en sus carruajes y caballos.

—Quien te ha visto y quien te ve, amiga. —Laila, cabalgando al lado de Teodora, la miró fijamente—. Elrond se sentiría orgulloso de ti.

—Eso seguro. —Teodora sonrió, agarrando con firmeza las riendas del caballo en el que iba subida—. ¿Creéis que estarán bien? ¿Elrond y los demás?

—Sí, seguro que sí —asintió la rubia—. Estoy segura de que han conseguido reconstruir parte del poblado… aunque dudo que mi casa tuviera salvación —admitió con tristeza.

—Lo siento por eso, Laila —añadió Amira a su lado.

Tanto las guardianas como Laila y Erin cabalgaban juntas, seguidas de los carruajes de sus compañeros tras ellas.

—¡Eh! —Shaun exclamó desde atrás—. ¿Vais bien?

—Si lo dices por tu chica —Laila gritó en respuesta—, ¡no te preocupes! ¡Va fenomenal! —exclamó mirando a Teodora con una sonrisa cómplice.

Teodora sonrió, le alegraba ver a Laila recuperando su esencia de poco en poco.

—Se me ocurre una idea —añadió de repente la rubia—, ¿hacemos una carrera? —Al proponer aquello, se le iluminó la mirada—. Podemos ir hasta el final de la pradera. —Señaló al frente.

En aquel momento, estaban cruzando una pradera de hierba verde y flores diversas. El sol iluminaba su camino y el clima templado era agradable. Al mirar al frente, Teodora vio la distancia hasta el final de la pradera; estaba alejado.

—¿No está un poco lejos? —Amira frunció el ceño.

—Venga, tendremos que divertirnos un poco. —Trató de convencerlas Laila.

—Yo me apunto. —Nathalia asintió, sonriendo.

—Venga, me parece bien —añadió Erin, concordando con ellas.

De pronto, la mirada de Laila pasó hacia Amira y Teodora.

—Bueno, vale —asintió Teodora—. ¿Y luego volvemos?

—¡Bien! —exclamó la rubia—. Sí, claro. ¡Chicos! —exclamó hacia atrás, hacia sus compañeros—. Vamos a hacer una carrera, ahora volvemos.

—Laila, no —negó Shaun, que llevaba las riendas del carruaje como solía hacer de costumbre—. Es peligroso.

—Shaun, por favor. —Laila lo miró con desaprobación—. Solo iremos hasta el final, os esperaremos allí. Si tenemos problemas, haremos sonar el cuerno —dijo señalando el cuerno de batalla que llevaba colgando de un lado.

Durante aquellos días, se habían acostumbrado a llevarlo y a turnárselo, por si acaso.

—No pasará nada. —Teodora miró entonces hacia Shaun, tratando de tranquilizarlo con la mirada.

—Amira, si pasa algo… —dijo Ethan sentado en el carruaje al lado de Shaun, mirando a su compañera.

—Las guardianas estarán bien —Erin habló de repente—, lo prometo.

—Vale, pero si pasa algo, hacéis sonar el cuerno rápidamente —les advirtió Shaun.

—Que sí, no te preocupes. —Laila le restó importancia.

—Nos vemos enseguida, no os preocupéis. —Sonrió Amira, mirando a Ethan.

Ethan, no muy seguro de aquello, frunció los labios y asintió mirando a su compañera. Teodora y Shaun también se dirigieron una mirada cómplice entre ellos.

—Bueno, chicas —Laila las miró intercaladamente—, ¿a la de tres? Gana la primera que llegue al final.

—Venga, va —asintió Teodora, aunque empezó a sentir mariposas en el estómago.

Y no eran precisamente agradables, eran de aquellas que hacían sentir un nudo de nervios en el estómago y casi ganas de vomitar; una excitación extraña que le inundaba todo el cuerpo.

—Venga —asintió Laila—. Una, dos… ¡tres!

Al grito de Laila, todas empezaron a galopar. Teodora agitó las riendas y dio una ligera patadita con los estribos a los costados del lomo del caballo y, enseguida, su cabello empezó a ondear a medida que avanzaba a gran velocidad. Al mirar al frente, la amplia pradera verde se abría horizonte ante ellas como una imponente presencia que las retaba a desatar las partes más salvajes de sí mismas. El estruendo de los cascos de sus caballos resonando sobre la hierba verde las acompañaba como melodía de fondo y al lado de Teodora, Laila mantenía una postura grácil, pero firme. Justo al lado de Laila, Nathalia llevaba su cabello afro atado en una trenza tan tensa que ni siquiera ondeaba al viento. La guardiana se inclinó hacia adelante, instando a su caballo a correr más rápido. En su rostro había una mezcla de emoción y determinación. Y en el otro extremo, Erin galopaba con la mirada fija al frente y una gran sonrisa iluminándole el rostro.

Al lado de Teodora, Amira poco a poco iba perdiendo el miedo. Su expresión facial pasó de una seria a una alegre, ensanchando de repente la sonrisa que amenazaba con salir. Por fin, se atrevió a disfrutar de aquella temeridad.

Al volver la mirada al frente, Teodora sonrió y quiso que su caballo galopara más rápido. Observando la crin de su corcel marrón oscuro agitándose al viento, no pudo evitar acordarse de Luna y Spirit; deseaba poder cabalgar con ellos y dibujar infinitos horizontes sobre un mapa que estaban por descubrir. Sin embargo, se habían visto obligados a dibujar aquellos horizontes con motivos poco menos agradables que una guerra.

Sintió de repente una caricia en su mente, una mano invisible que la amenazaba con arrebatarle aquel pensamiento. Miró hacia un lado y ahí estaba Erin, que a pesar de tener la vista fija al frente, estaba interviniendo en su mente. La guardiana, mientras galopaba, volvió a mirar al frente y visualizó una barrera mental. Alzó un velo invisible que consiguió, por fin, expulsar la intervención ajena. En el otro extremo, Erin sonrió ampliamente. Teodora lo había conseguido, había conseguido alzar sus barreras mentales y proclamar la energía que era suya.

Las cinco avanzaron, sintiendo cómo el viento frío les azotaba el rostro y el cabello, sus manos se mantenían firmes en las riendas mientras el paisaje se convertía en una mezcla de colores borrosos a su alrededor. La pradera se extendía frente a ellas, interminable, pero al fondo se vislumbraba la línea de un oscuro bosque de árboles altos, un lugar donde la magia antigua aún se respiraba en el aire.

—¡Yujuuuu! —exclamó Laila de repente mientras avanzó, adelantándolas a todas mientras su cabello dorado ondeaba en el viento.

Todas rieron mientras seguían galopando a gran velocidad. Se sintieron libres, como las hijas salvajes de la Madre Tierra a las que ninguna cadena podría encadenar, como aquellas que deseaban andar descalzas maldiciendo las piedras afiladas que las amenazaban. Eran las hijas salvajes de la Madre Tierra, dispuestas a no cortar sus cabellos y a no bajar su voz.

—¡Yujuuu! —exclamó de nuevo Laila.

—¡Yujuuuu! —La imitó Nathalia.

Y de pronto, todas ellas se vieron clamando con energía aquel grito de victoria; un grito simbólico por aquellas a las que tantas veces su voz había sido acallada.

Y mientras el final de la carrera parecía acercarse, la voz de Laila empezó a entonar una canción:

«Soy la hija salvaje de mi madre[13],
la que corre descalza maldiciendo piedras afiladas».

Al instante, Erin continuó la letra al unísono de Laila:

«Soy la hija salvaje de mi madre,
no cortaré mi cabello,
no bajaré mi voz».

Al escuchar aquella hermosa letra, las guardianas se miraron por un instante. Se sonrieron unas a las otras justo en el momento en el que entraron por un sendero. Ya de nuevo bajo la sombra de los árboles, detuvieron bruscamente sus caballos, que relincharon y respiraron agitados.

—Muy bien, chico. —Teodora acarició el cuello de su caballo justo antes de apoyarse con el pie en un estribo y bajar de un impulso.

—Eso ha estado… ¡increíble! —exclamó Amira y todas rieron.

—Muy bien, Teo. —Erin se acercó a ella justo antes de bajar de su caballo—. Has sabido alzar tus barreras mentales.

—¿Cómo? —Nathalia arrugó la frente y Teodora rio.

—Nuestra amiga Erin ha querido hacerme una jugarreta —la miró con diversión—, pero he conseguido revertirla.

—Así se hace. —Erin alzó la palma de la mano y Teodora se la chocó con entusiasmo.

Las chicas tomaron un momento para observar el bosque ante ellas. Las rodeaban un sinfín de árboles altos. Era un límite natural, una barrera de sombra y misterio, y todas sabían que cruzarla era adentrarse en territorio desconocido, por lo que sería mejor esperar

a todos los demás. Sin embargo, una mirada cómplice pasó de una a la otra; habían llegado hasta ahí juntas, y la determinación en sus rostros era inquebrantable. Al darse cuenta de aquello, un seguido de risas explotó entre ellas.

Una alegría que no duró demasiado justo cuando Erin recibió un flechazo en el brazo izquierdo, haciendo que gritara de dolor.

De repente, un montón de elfos, centauros, orcos y enanos salieron de sus escondites, dispuestos a atacarlas.

—¡Es una emboscada! —exclamó Laila, apresurándose a montar de nuevo en su caballo—. ¡Vamos!

—Erin, ¿puedes subir? —Teodora la miró de repente, pero no hicieron falta palabras: aun con el brazo herido, Erin subió de un salto y empezó a galopar, tumbada sobre el lomo del caballo.

—¡Vamos! —Laila las cubría mientras lanzaba flechas a sus enemigos—. Teo, ¡toma! —En un movimiento rápido, le lanzó el cuerno, que Teodora agarró al vuelo ya subida sobre su caballo—. Hazlo sonar, ¡vamos!

Sin esperar ni un segundo, Teo colocó sus labios en la boquilla del cuerno, sopló con fuerza y lo hizo sonar. Al hacerlo, agarró con firmeza las riendas y dio un par de golpes a los costados de su caballo, haciendo que empezara a galopar a gran velocidad.

Frente a ella, Erin y sus compañeras, Amira y Nathalia, galopaban con rapidez. Laila salió del sendero y se volvió a adentrar a la pradera, siguiéndolas. Y al mirar al frente, a lo lejos, los soldados y sus compañeros las vieron avanzar hacia ellos con mirada de alerta.

Un seguido de gritos de guerra las siguió justo cuando aquel tumulto de enemigos salió de sus escondites: iban a atacarlos. Al verlos a lo lejos, los soldados del ejército se prepararon para la batalla, al igual que los soldados de la Guardia Oficial, los centauros y los enanos. Shaun, que había detenido el carruaje al escuchar el cuerno, no tardó en desenfundar su espada y ponerse en pie, estando todavía sobre el carruaje. Ethan, a su lado, agarró un arco con flechas y se preparó para lanzarlas hacia los enemigos.

Las chicas galopaban a gran velocidad. La mirada de Teodora estaba fija en Shaun, a lo lejos. El tiempo parecía transcurrir a cámara lenta mientras el suelo temblaba bajo el paso de aquellos

que los atacaban. Los arqueros se prepararon en las filas traseras de ambos bandos cuando una oleada de flechas caía como la lluvia sobre sus cabezas. Los soldados corrieron a grito de guerra, un eco de furia que resonó por todo el espacio. Cuando las chicas estaban apenas a unos metros de sus compañeros, ambos bandos colisionaron en un choque de espadas que provocó un sonido metálico que, a su vez, inundó el ambiente. Los escudos se levantaron para bloquear golpes mortales. Los caballos galopaban entre los combatientes; algunos cayeron ya heridos, mientras los jinetes luchaban cuerpo a cuerpo. Al mirar al frente, Boris saltó del carruaje y avanzó con una espada en la mano hacia uno de los atacantes que amenazaba con invadir su transporte. A lo lejos, no tenían escapatoria; estaban rodeados. Laila abandonó su caballo para batirse en duelo contra otro de los atacantes, mientras Shaun y Ethan luchaban contra tres más. Al pasar a su lado aún a lomos del caballo, Teodora aprovechó la oportunidad para rasgar con su espada a un par de ellos. Shaun, mirándola fijamente, le agradeció la ayuda.

—¡Iros! —ordenó el elfo—. ¡Buscad un lugar seguro! —exclamó justo cuando le dio una patada a otro de los atacantes que amenazaba con subir al carruaje—. ¡Ethan!

—¡No pienso abandonar! —exclamó el guardián, que seguía luchando a su lado—. Amira, Teo, iros vosotras.

—¡No! —Amira, que también se acercó a ellos junto a su caballo, lo miró fijamente—. Tú también eres un guardián.

Y justo en ese momento, la guardiana fue previsora y lanzó una flecha a otro de los atacantes que se les acercaba amenazante.

Teodora no tuvo tiempo de pensar cuando, de un agarre del cabello imprevisto, la derribaron y la tiraron al suelo. El caballo de Teodora cayó herido y la guardiana vio las estrellas cuando su espalda chocó contra la tierra dura bajo su cuerpo.

—¡Teodora! —exclamó la voz de Shaun.

Y justo cuando iba a socorrerla, un orco se abalanzó sobre él. Teodora no tuvo tiempo de levantarse cuando otro elfo se puso a horcajadas sobre ella. Pisándole la mano, Teo lanzó un grito ensordecedor que se escuchó por todo el espacio. Su mano estaba

ahora aplastada por el pie de aquel atacante y se vio obligada a deshacerse del agarre de su espada. Cuando el agresor quiso cortarle el cuello con el arma enemiga, Teodora fue hábil y agarró la espada por el filo. Sintió el desgarre en su piel y un chorro de su propia sangre cayéndole por el rostro.

—¡Se acabó, humana! —exclamó el atacante.

Y de repente, una espada se clavó en su espalda, haciendo que el cuerpo enemigo cayera sobre ella. Teodora lo apartó como pudo y, al alzar su vista, su mirada se cruzó con la de Aritz.

—¡Vamos, sube!

Aritz, subido a lomos de su caballo, le tendía la mano. Teodora no lo pensó dos veces: recuperó una espada del suelo y se aferró a él con su mano intacta mientras Aritz la impulsaba hacia arriba. Cuando subió tras de él, se aferró a su torso y el caballo empezó a galopar por el campo de batalla con rapidez. La mano herida le sangraba, pero ni siquiera pensaba en ello; no podía, tenía que sobrevivir.

—¡Shaun! —exclamó Teo.

Al mirar hacia donde se encontraba el elfo, vio a Erin con un brazo malherido mientras ayudaba a los guardianes. Shaun había conseguido deshacerse del orco enemigo y dirigió una mirada rápida hacia ellos. Estaba aliviado de que Teodora, por lo menos, estuviera ya a salvo.

—¡Están bien! ¡Tengo que sacarte de aquí! —Aritz sostenía con firmeza las riendas del caballo mientras atacó con la espada que sostenía en la otra mano a un elfo que intentaba alcanzarlos.

—¡Mis flechas! ¡Tengo que recuperarlas!

—¡No hay tiempo!

Una nube de polvo se levantó, cubriendo el ambiente en una bruma de caos. Aritz dirigió el caballo a toda velocidad, sorteando enemigos mientras la confusión reinaba. Teodora seguía aferrada a su torso mientras observaba cómo sus amigos y acompañantes se batían a muerte contra los enemigos antipactistas. Tom se defendía y ayudaba a defender a los demás con su magia hasta donde alcanzaban sus límites. Varion y el pelotón de soldados también se enfrentaban a los antipactistas, al igual que Taurion y Valya junto a

sus hermanos. Adnik, Baernik y el resto de los enanos, a pesar de su pequeño tamaño, mostraron su grandeza al derribar varios ataques enemigos e impedir que un arquero atacara a Amira por el flanco izquierdo. Por primera vez, Teo vio a Leohorn desempeñar sus habilidades de lucha cuando, de un salto, consiguió atravesar con su espada a tres de sus atacantes.

Él solo.

Sin embargo, los guardianes y sus acompañantes estaban en una posición desesperada, superados en número y sin una clara vía de escape. Los golpes de espada y el retumbar de los cascos de los caballos creaban una sinfonía aterradora mientras luchaban por sus vidas. Al volver la mirada hacia atrás, Teodora vio a Erin crear una esfera protectora en el carruaje de los guardianes justo cuando uno de los centauros socorrió a Dylan y lo salvó de ser degollado por un orco. Dylan, atemorizado, se dejó ayudar por aquel centauro y Teo los observó mientras se lo llevaban de allí.

—Aritz, ¡déjame ayudar! —exclamó mirando al frente—. ¡Mis flechas!

—¡No! ¡Tengo que ponerte a salvo! —Aritz seguía guiando a su caballo a gran velocidad, atravesando el terreno entre choques de espadas y giros inesperados.

—Aritz, ¡por favor! —Las manos de Teodora seguían rodeando firmemente su torso para no caer, sin poder evitar mancharle la blusa de sangre; de su propia sangre humana.

Y a metros de ellos, la guardiana observó a Laila y a Nathalia luchar juntas. Ambas empuñando una espada, Laila hizo una pirueta con la que esquivó un ataque e impidió otro hacia la guardiana de cabello afro. De pronto, justo cuando las rodeaban por ambos lados, sus espaldas se juntaron y Laila volvió a girar sobre ella misma al dar un salto y dibujar un arco en el aire que terminó por cortar la garganta de dos de sus atacantes. Por su lado, Nathalia se agachó justo cuando iba a recibir un espadazo; justo a tiempo para clavar el filo de su espada sobre el vientre de su agresor. Al ponerse en pie de nuevo, se giró hacia Laila. Ambas se miraron, su pecho subiendo y bajando debido al esfuerzo, la respiración profunda y la mirada clavada la una en la otra. A Teodora no le dio tiempo a asimilar lo

que estaba sucediendo cuando Aritz y ella pasaron fugazmente por su lado y ambas se abalanzaron a darse un beso. Nathalia acunó el rostro de Laila y estampó sus labios sobre los de la rubia. La elfa la agarró de las muñecas y le siguió aquel beso pasional en medio del campo de batalla. Al separarse, se miraron fijamente la una a la otra y se regalaron una sonrisa justo antes de ser interrumpidas por otros atacantes.

Justo en ese momento, ambas volvieron a la carga.

Y al volver la mirada al frente, Teodora se dio cuenta de la gravedad de la situación.

—¡Nos están acorralando! —gritó, todavía montada detrás de Aritz.

El príncipe, con una mirada decidida, esquivó el ataque de un elfo que se abalanzaba sobre ellos. Sin embargo, no había espacio para maniobras tácticas. Estaban atrapados en un mar de enemigos que no dejaba de crecer. Laila y Nathalia seguían en pie mientras los derribaban, pero incluso ellas sabían que no podrían resistir mucho más tiempo.

En el centro del conflicto, Shaun, Boris y Ethan seguían resistiendo, luchando codo con codo. Los enemigos arremetían sin piedad, pero los guardianes defendían su posición con una ferocidad incansable. A cada lado, las fuerzas rivales empujaban más y más, reduciendo su espacio. Amira seguía junto a ellos, protegida por Erin mientras ambas trataban de defenderse.

—¡Vamos a caer si no hacemos algo rápido! —gritó Ethan, bloqueando el golpe de hacha de un enano furioso.

—¡Aguanta! —respondió Shaun mientras derribaba a otro enemigo con su espada.

—¡Esto se está poniendo feo! —exclamó Boris, que evitó un ataque agachándose.

En ese momento, Teodora notó algo importante: el terreno. A lo lejos, más allá del tumulto de la batalla, había una formación rocosa que podría ofrecerles una posición elevada, un lugar donde podrían reagruparse y defenderse mejor. Si lograban llegar a ese punto estratégico, tendrían más probabilidades de sobrevivir.

—¡Aritz! —gritó—. ¡Las rocas! —Señaló al frente mientras seguían cabalgando—. ¡Tenemos que dirigirnos hacia allí! ¡Es nuestra única

oportunidad!

Aritz miró en la dirección que Teodora señalaba y, sin dudarlo, giró el caballo.

—¡Varion! ¡Leohorn! ¡Retirada hacia las rocas! —exclamó el príncipe antes de derribar a otro elfo atacante.

—¡Shaun! ¡Ethan! —gritó Teodora—. ¡Las rocas!

Shaun, al escucharla, lo entendió de inmediato. No podían seguir luchando en terreno abierto, donde los enemigos seguían llegando desde todas direcciones.

Necesitaban una posición defensiva.

—¡Retirada! —ordenó Shaun, cortando el aire con su espada para abrirse paso entre los enemigos.

Con esfuerzo, comenzaron a retroceder en dirección a las rocas. Shaun, Ethan y Laila cubrían los flancos, mientras Teodora y Aritz lideraban la retirada. El avance fue lento, y cada metro que ganaban lo pagaban con sangre y sudor. Pero poco a poco, los guardianes lograron abrirse paso cuando Taurion y los demás entendieron la estrategia.

Los enemigos, al notar la maniobra, redoblaron sus esfuerzos para detenerlos. Un grupo de orcos avanzó en una carga brutal, intentando cortarles el paso. Amira, desde la posición elevada que le ofrecía su caballo, disparó flechas con precisión, abatiendo a dos orcos antes de que pudieran alcanzarlos. Pero aun así, no era suficiente.

Teodora vio cómo un elfo alzaba su arco y apuntaba directamente hacia Shaun, que en ese momento estaba luchando contra otro orco, de espaldas a su próximo atacante. Sin pensarlo, se lanzó desde el caballo de Aritz, rodando por el suelo mientras sentía el impacto en cada hueso de su cuerpo.

—¡Teodora! —exclamó Aritz de repente, volviéndose hacia ella al verla caer.

La pelirroja se levantó deprisa y corrió hacia Shaun, haciendo caso omiso al ruido externo. Atravesó todo el campo de batalla con fiereza, batiéndose con quien se le interpusiera en el camino. Tenía la cara ensangrentada de su propia sangre mezclada con la sangre negra del orco enemigo, pero en aquel momento no le importaba.

Todo sucedía demasiado rápido. Corrió hacia Shaun y se abalanzó sobre él, empujándolo justo antes de que la flecha enemiga pudiera alcanzarlo.

Y esta vez, todo sucedió a cámara lenta cuando la flecha pasó rozando el aire donde había estado la cabeza de Shaun. La pelirroja dio una voltereta sobre el suelo, magullándose el cuerpo justo antes de poder volverse hacia él.

Shaun la miraba sorprendido y se levantó con rapidez al verla en el suelo. Al mirarlo Teodora, una mezcla de agradecimiento y preocupación lo delataban. El elfo le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien? —acunó su rostro.

Al observarlo de cerca, Teodora vio que Shaun tenía el rostro magullado con varios cortes, manchado de tierra y también salpicado por sangre, propia o enemiga.

—Sí —asintió Teo, tomándolo de las muñecas.

—Gracias. —Le sonrió Shaun justo antes de girarse abruptamente y abatir a otro atacante.

—Teodora. —Aritz se acercó a ellos, todavía subido a lomos de su caballo. La miraba con preocupación, pero al intercalar la mirada con Shaun, lo entendió.

Entendió su reacción, y entendió que no era quién para reprocharle nada a la guardiana.

—Llévatela —le pidió Shaun, mirándolo fijamente. En ese momento, el elfo depositó toda la confianza en el príncipe, confiando en que la protegiera. Aritz asintió.

—No, ¡Shaun! —Teo se giró hacia él de repente.

—Tienes que salir de aquí —la miró fijamente, acariciándole la mejilla—, ¡ya! —exclamó esta vez hacia Aritz.

—Teodora, vamos. —Aritz le tendió la mano de nuevo.

—Pero…

—Iré enseguida —Shaun se volvió hacia ella—, te lo prometo —dijo mirándola fijamente a los ojos mientras le acariciaba la mejilla—. Vamos, por favor.

La guardiana, que seguía con su mirada clavada en él, decidió ceder. No quería, pero tampoco quería ponerlo en peligro al ser una

distracción. Sabía que Shaun se defendía mejor si estaba concentrado para defenderse a él mismo y no a ambos.

Sin embargo, antes de tomarle la mano a Aritz, le acunó el rostro y estampó sus labios contra los de Shaun. El elfo le siguió el beso pero, con esfuerzo, se separó de ella y bastó una sola mirada para saber lo que quería.

Haciéndole caso, Teodora se giró hacia Aritz y le tomó la mano, dejándose subir de un impulso a lomos del caballo, detrás del príncipe. Le dedicó una última mirada al elfo antes de alejarse y de que Aritz hiciera galopar su caballo a gran velocidad.

ʘ

Finalmente, después de lo que parecieron horas de lucha, llegaron a las rocas. Aritz fue el primero en subirse con Teodora mientras los demás los seguían, uno por uno. La posición elevada les dio una ventaja táctica: desde allí podían ver el campo de batalla y anticipar los movimientos del enemigo. Al tener las rocas a su espalda, nadie podía atacarlos por detrás.

—¡Formad una línea! —gritó Shaun—. ¡Defended la posición!

Con las rocas protegiéndolos de la retaguardia a metros de donde estaban, pronto formaron una barricada, cubriéndose unos a otros mientras repelían los ataques. Boris, Laila y Leohorn lanzaban flechas y ataques cuerpo a cuerpo, mientras los enemigos seguían avanzando sin pausa. Sin embargo, desde esta nueva posición, los guardianes resistían mejor. La fatiga y las heridas pesaban, pero el hecho de haber alcanzado un lugar defensivo les dio nuevas energías.

Dylan estaba a cubierto junto a los demás en la colina, escondido detrás de unos centauros que lo protegían. Aprovechando su posición, el guardián hizo lo que se le daba mejor: atacar desde la distancia, convirtiéndose en un arquero infalible. La batalla, sin embargo, no estaba ganada, pero se habían equilibrado las probabilidades. Los atacantes, al ver que los guardianes resistían y habían tomado una posición fuerte, empezaron a dudar. Ya no tenían la ventaja de su emboscada.

En medio del caos, se escuchó un rugido, y entre la marea de enemigos apareció un orco, un coloso con una enorme hacha, dirigiéndose directamente hacia los guardianes. Sabía que si los guardianes no caían, su bando perdería.

—¡Ese es mío! —gritó Boris con determinación.

—¡No! ¡Boris! —exclamó Shaun, pero ya era demasiado tarde.

Sin esperar respuesta alguna, Boris se lanzó hacia él, y ambos se enfrentaron en un duelo feroz. El orco, enorme y musculoso, blandía su hacha con una fuerza que hacía temblar el suelo. Pero Boris, sorprendentemente ágil y preciso, esquivaba los ataques con maestría. Cada golpe del orco parecía tener la intención de partir el mundo en dos, pero el rubio no daba tregua, golpeándolo con su espada cuando encontraba una apertura.

—¿Qué hace? —preguntó Amira al verlo—. ¡Lo va a matar!

Todos lo observaban con atención desde la colina; las miradas de sus compañeros recaían sobre él con preocupación.

Y mientras Boris mantenía al orco ocupado, los demás seguían resistiendo la arremetida de los enemigos. Leohorn y Varion formaron una barrera defensiva junto a Taurion y Adnik, impidiendo que más enemigos se acercaran al guardián.

Finalmente, después de un feroz intercambio, Boris vio su oportunidad. Cuando el orco levantó su hacha para dar un golpe mortal, el rubio se lanzó hacia adelante desde una roca, clavando su espada profundamente en el costado del orco y rasgando su piel dura de arriba hacia abajo. Con un rugido de dolor, el orco cayó de rodillas. Desde la colina, Dylan disparó hasta dejarlo ciego de un ojo y Boris, sin darle tiempo para recuperarse, asestó el golpe final. Fue un golpe seco, brutal, violento, que le atravesó el cráneo al enemigo.

Boris se quedó de pie frente aquel orco abatido. Se quedó quieto, con la mirada fija en lo que él mismo había hecho. Estaba impactado y ajeno a los gritos de victoria de su propio bando, que celebraba su triunfo. El rubio, sin embargo, no veía triunfo alguno, solo sangre en sus propias manos.

Con la caída de uno de sus miembros más fuertes, los atacantes comenzaron a perder la voluntad de luchar. Sin un comandante que

los guiara, los antipactistas comenzaron a retroceder, desorganizados y derrotados.

Los guardianes, aunque agotados, sabían que habían ganado.

—¡Están retrocediendo! —exclamó Amira desde la distancia.

—¡Lo hemos conseguido! —Nathalia, a su lado, alzó los brazos al cielo en señal de victoria.

Un montón de gritos de celebración se hicieron presentes justo cuando ambas se miraron y se estrecharon con fuerza.

—¡Lo hemos hecho! —exclamó Ethan al acercarse y sumarse a ellas.

Dylan se acercó también a paso lento. Nathalia le dirigió una rápida mirada y abrió uno de sus brazos, recibiéndolo. El pelinegro sonrió y se aferró a ellos, dejándose abrigar por ese cálido abrazo.

Teodora, todavía subida detrás de Aritz sobre el caballo, los miró sonriente. Y Aritz, frente a ella, giró su cabeza para dirigirle una mirada. Le sonrió y Teodora, lejos de cualquier resentimiento, le devolvió la sonrisa.

Laila se acercó a los guardianes por detrás de Nathalia. Los miró con una sonrisa hasta que Nathalia se giró y sus miradas recayeron la una sobre la otra. Decidida, la guardiana dio un par de pasos al frente y ambas se miraron fijamente a los ojos. Y con una sonrisa, le acunó el rostro a la elfa antes de posar sus labios sobre los de Laila. Los presentes silbaron ante aquella sorpresa y Laila la besó pasionalmente, dejándose llevar por aquel gesto que ambas parecían haber anhelado.

Ethan, rodeando a Amira con un brazo por los hombros, puso los dedos sobre sus labios e hizo un silbido hacia ambas. Todos rieron y celebraron aquel acontecimiento.

Al final de su beso, Nathalia y Laila juntaron sus frentes sin dejar de mirarse la una a la otra. Se sonrieron mutuamente y la elfa se atrevió a volver a darle otro beso antes de abrazarse mutuamente.

Sin embargo, la mirada de Teodora se desvió al ver llegar a Shaun junto a Boris y el resto. Subieron la colina con aires de victoria y agotamiento, y todos aclamaron a Boris como héroe de aquella batalla cuando gritaron su nombre y le silbaron. Boris, al principio, frunció los labios, no muy convencido, y justo cuando Leohorn lo

rodeó por los hombros para felicitarlo, el rubio alzó la espada en alto para celebrar aquel logro junto a sus compañeros, en parte, sintiéndose invencible.

Sin embargo, se preguntaba el precio de aquella falsa inmunidad.

Aritz bajó del caballo y Teodora también quiso bajar, pero se dejó ayudar cuando Aritz le puso las manos sobre sus caderas, ayudándola a bajar del animal. La guardiana lo miró en agradecimiento, sin decir palabra alguna. Y al volver la mirada al frente, Shaun se acercaba a ellos, cansado, pero satisfecho de haber salido vivo de aquello.

Teodora corrió hacia él y se abalanzó al rodearlo por los hombros con sus brazos. Shaun puso una de sus manos sobre la nuca de la guardiana, aferrándola a él, y después deslizó su brazo por su espalda justo cuando se separaron para mirarse mutuamente. Teodora lo besó y Shaun le siguió el beso antes de apartarle un mechón de cabello, contemplándola con cariño.

—Lo hemos conseguido —susurró la guardiana mientras pegaba su frente a la del elfo.

—Lo hemos conseguido —asintió Shaun, sonriéndole.

Y de repente, los ojos del elfo recayeron en alguien detrás de Teodora; era Aritz. Al querer dar un paso al frente para acercarse a él, le tendió la mano a Teo y la guardiana se la agarró decidida. Shaun caminó junto a Teodora hasta estar frente a Aritz. Con intención de enterrar el hacha de guerra, le tendió la mano al príncipe.

—Gracias —le dijo.

Aritz asintió y se la estrechó con formalismo. La mirada de Teodora se quedó fija en aquellas dos manos estrechadas como si fuera el símbolo de un nuevo comienzo.

—No me las tienes que dar —añadió el príncipe—. Daría mi vida por ella —dirigió una mirada hacia la guardiana—, ya lo sabes.

—Y por eso mismo —siguió Shaun—, más allá de nuestras diferencias, te lo agradezco.

Aritz volvió a mirar a Shaun y asintió con los labios fruncidos.

—Alteza —Varion se acercó al príncipe, recibiendo una mirada de desaprobación por parte del mismo—, Aritz —carraspeó—, ¿qué

hacemos ahora?

Aritz miró hacia el campo de batalla y tanto Varion como Teodora y Shaun lo imitaron. Mientras observaban a sus enemigos retirarse, vieron que aquella pradera verde estaba ahora teñida de rojo con varios muertos por el camino, incluidos animales.

Una tragedia de la que, algún día, tendrían que recomponerse.

«Esto está demasiado lejos del propósito de las guardias», pensó Teodora.

«Confía, querida».

Una voz se coló en sus pensamientos; una voz casi canalizada. Al girar la cabeza, la mirada de Tom estaba clavada en ella fijamente. El brujo, cuyo rostro también transmitía agotamiento, le sonrió y asintió, dándole confianza. La guardiana le devolvió la sonrisa.

—Sugiero que nos mantengamos alerta durante un rato más —habló Aritz—, que recuperemos lo que es nuestro —miró hacia el campo de batalla, donde se habían quedado muchas de sus pertenencias—, y nos larguemos de aquí.

—Estoy de acuerdo —asintió Baernik, acercándose a ellos—, es hora de dejar atrás la región.

—Sí —asintió Valya—, hay que continuar avanzando.

Y al estar todos de acuerdo, de pie sobre aquella colina, miraron al frente, hacia los confines de la tierra: el último atardecer en Dôr o Edhel se hacía presencia ante ellos, y no sabían cuando regresarían.

29
La nueva domadora

Una noche estrellada irradiaba en la oscuridad, como un brillo de esperanza que no hizo más que aumentar al adentrarse en el jardín de su abuela. Al pisar el césped, la noche dio paso al día y la luna al sol. Teodora inspeccionó su entorno: estaba en el jardín de su abuela. El mismo césped, el mismo cerezo, el mismo camino de piedras. La reconoció de inmediato. Su abuela estaba agachada frente al rosal con las rodillas apoyadas en el suelo. Llevaba unos guantes puestos, su cabello blanco estaba recogido en un pequeña trenza y con unas tijeras cortaba algunos tallos de aquellas rosas rojas que tanto le gustaban.

—¿Memaw? —Teodora frunció el ceño al dar un paso hacia ella.

Su abuela detuvo su acción y giró ligeramente su cabeza hacia Teodora.

—Oh, cariño. —Una sonrisa se ensanchó en su rostro—. Tenía muchas ganas de verte.

—No lo entiendo. —Teodora miró a su alrededor, pero no había nada extraño; era como si estuviera de vuelta en el jardín, el mismo en el que había crecido durante su niñez y en el que tantas veces había soñado—. ¿Qué hago aquí?

—Estás en casa. —Con un gesto hábil, Memaw se levantó del suelo para dirigirse a donde estaba ella.

Cuando su abuela se acercó, al llegar a su lado, la abrazó efusivamente. Teodora se refugió en aquel aroma, aquel contacto que tanto había anhelado su alma. Cerró los ojos y se dejó envolver por los brazos de su abuela, aquellos que tantas veces la habían arropado.

Que tantas veces la habían protegido.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Memaw se separó ligeramente de ella y le acarició la mejilla, mirando a su nieta con cariño.

—Nada —con el dorso de la mano se limpió un par de lagrimillas tontas que se le habían escapado—, es que te echaba de menos. —Sonrió y su abuela la tomó de las manos con firmeza, devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué hacías? —preguntó, señalando con el mentón hacia el rosal.

—Recogía algunas rosas, me gusta tener algunas en el jarrón de la mesa. Aunque ya sabes lo que dicen: podrán cortar las flores, pero jamás detener la primavera. —Sus labios seguían manteniendo aquella sonrisa que iluminaba la estancia cada vez que sonreía—. Y tú eso lo sabes bien, ¿verdad, cariño?

—¿Qué quieres decir? —Teo sacudió la cabeza.

—Ese niño, Caleb. Tú le has devuelto la primavera.

—Un momento —frunció el ceño y sacudió la cabeza, sus manos todavía agarradas a las de su abuela—, ¿cómo sabes…?

—Siempre estoy contigo. —La mano de su abuela se posó suavemente sobre el pecho de Teodora—. Me tendrás aquí siempre, no lo olvides. La materia solo es materia, somos mucho más que eso.

—Memaw, no lo entiendo. Tú… yo estaba en…

—No puedes saber más, Teodora —la interrumpió con ímpetu—. En el fondo, tú ya lo sabes. En tu interior tienes todas las respuestas, eres una parte del todo, un fractal de la fuente. Eres energía, tú tienes el poder.

Los ojos de Teodora estaban clavados en los de su abuela. No entendía nada de aquello, pero el tacto de sus manos con las suyas era real, lo sentía tangible.

—Yo también soy una parte de esa fuente, un fractal. Y también lo es ese Owen.

—¿Owen? —Se sorprendió—. ¿Cómo sabes quién es Owen?

—En este lado todo son rumores. —Sonrió—. El ego es el peor enemigo de toda vida, sea en nuestro mundo humano o en el que estás ahora. El ego mal gestionado puede tener consecuencias

terribles, pero toda alma se juzga a sí misma en este lado, independientemente de su origen, raza, color o forma.

—¿Lado? ¿Qué lado?

Su ceño seguía fruncido, pero dejó de estarlo cuando una parte de ella se rompió mientras seguía mirando a su abuela.

—No —negó con la cabeza repetidas veces—, no puede ser.

—Cariño —Memaw sonrió y acarició su mejilla sin soltarla de la mano—, aquí estoy en casa. Estoy feliz, estoy bien. Todos lo estamos. Estás haciendo un trabajo espléndido. —Sonrió, orgullosa.

—No, tú no puedes…

Los ojos de Teodora se cristalizaron al darse cuenta de la realidad, una que no quería aceptar.

—No, Memaw —su voz se entrecortaba al querer hablar—, no puedes irte.

—No me he ido, mi energía siempre seguirá aquí. La energía no muere, se transforma.

—Memaw. —Sus ojos estallaron en lágrimas cuando la abrazó de nuevo. Se aferró a ella con firmeza, con cariño, y apoyó su cabeza sobre el pecho de su abuela.

No quería soltarla, no quería dejarla.

—Tienes que dejarme ir, Teodora —dijo mientras le acariciaba el cabello—. Mi alma ya no pertenece a las emociones mundanas.

—¿Qué va a ser de mí? ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Lo que has hecho hasta ahora —agarrándola de los hombros, Memaw la separó unos centímetros y la miró fijamente a los ojos—: ser una mujer fuerte, independiente, la mejor de su linaje. Una de las mejores guardianas. Apostar por el amor, siempre. Y sé que lo harás —le sostuvo el mentón y le regaló una sonrisa—, pero ahora debes irte. Todavía no ha llegado tu hora, no perteneces a esta dimensión. —La agarró de nuevo de las manos.

—No, Memaw… no quiero dejarte. —Un mar de lágrimas le empapó las mejillas.

—Confía en ti, cariño. Siempre estaré contigo —dijo mientras sus manos se deslizaban hasta crear un vacío entre ellas.

—Memaw… ¡no!

Una luz blanca, pura, las rodeó y las invadió, dejando ver por última vez el rostro de su abuela.

—No… ¡Memaw!

—¡Teo! ¡Teodora! —Un zarandeó la despertó.

Su cuerpo se incorporó hacia delante de golpe, sobresaltada, con la respiración agitada y el pecho que le subía y bajaba frenéticamente. Tenía las mejillas empapadas cuando se dio cuenta de que seguía en la tienda de campaña.

—Teo. —Una mano le acarició la espalda.

Al girarse, vio a Shaun junto a ella.

—Shaun… —Lo abrazó efusivamente justo cuando sus ojos estallaron en lágrimas de nuevo.

—Tranquila, era solo una pesadilla. —Shaun acarició su espalda mientras la refugiaba entre sus brazos.

—No —Teodora se separó y negó repetidas veces con la cabeza—, no lo era.

Mi abuela, ¡está muerta! —Sollozó.

—¿Tu abuela? —La voz de Ethan se hizo presencia.

Al girarse, vio a Ethan, a Amira y a Laila que la miraban con preocupación. También ellos estaban en la tienda.

—La he visto, no era solo un sueño —dijo enjuagándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Ha mencionado a Caleb, y a Owen. —Su mirada recayó en Laila directamente. La rubia se mostró sorprendida, sus ojos estaban fijos en los de Teodora.

—¿Owen? —Shaun frunció el ceño y Teodora asintió.

—Me ha dado un mensaje, o algo así. Ha dicho que todos somos parte de un fractal de energía o qué sé yo… —Miró al suelo, todavía con las emociones a flor de piel.

—Hey —la voz de Tom habló desde fuera—, ¿todo bien por ahí?

—Sí, no es nada. Ya está —habló Shaun.

La voz de Tom no se volvió a escuchar cuando dio varios pasos, alejándose. Seguramente había leído o sentido las conexiones mentales de Teodora.

—Ha dicho que todas las almas se juzgan a sí mismas al llegar al otro lado… no sé. —Negó con la cabeza y se limpió una vez más las

lágrimas del rostro. Dispuesta a marcharse, apartó la manta que la arropaba y se levantó—. Necesito que me dé el aire.

—Teo, no puedes salir sola —añadió Shaun, dispuesto a ir tras ella.

—Shaun, por favor. —Se giró hacia él—. Necesito estar sola. Por favor.

Shaun, mirándola fijamente, la entendió y asintió a pesar de no estar del todo de acuerdo.

Al salir fuera, se abrigó y se adentró en la noche. Había varios soldados haciendo guardia, así como centauros y enanos, pero se encaminó hacia un lado en el que no había vigilancia.

Quería alejarse del campamento.

Todavía enjuagándose las lágrimas de su rostro húmedo, se alejaba a cada paso con la mirada en el suelo. Y justo cuando se sorbió la nariz, alguien la llamó por su nombre.

—Teo. —La voz de Aritz la nombró.

Al girarse, lo vio sentado alrededor de una pequeña fogata. Estaba solo y tenía un odre de cuero pequeño del que bebía en su soledad. Al verla, se levantó de golpe y caminó hacia ella.

—¿Estás bien? —La miró fijamente a los ojos, ahora enrojecidos y llorosos—. He oído gritos y me he acercado, pero no quería…

—Sí —lo interrumpió—, estoy bien. Necesito pasear —dijo, retomando su camino.

—Te acompaño. —Aritz se dispuso a seguirla.

—A solas. —Se detuvo en seco, mirándolo fijamente.

—No puedes ir sola, ¿y si…?

—Me defenderé —lo interrumpió con tono tajante—. Por favor, déjame estar sola. —Le suplicó con la mirada.

Aritz la miró fijamente con duda, pero finalmente asintió. Alzando las manos en señal de rendición, dio un paso hacia atrás. Teodora lo miró una última vez antes de seguir su camino.

Se adentró en el bosque; sus pasos hacían crujir las hojas secas bajo sus pies. Y mientras avanzaba en plena oscuridad, lloró. Lloró sin cesar, a solas. Y a los pies de un viejo roble, apoyó su espalda y se deslizó por el tronco hasta quedar sentada bajo sus ramas. Acercándose las rodillas al pecho, apoyó su frente en ellas, y con sus brazos rodeó sus piernas.

Una vez más, el alma se le resquebrajaba. Un corazón hecho pedazos, una y otra vez. Y una y otra vez reparándose a sí misma. No quería seguir reparándose, no quería seguir sobreviviendo. Quería vivir plenamente, disfrutar de cada momento, y seguir entre los brazos de su abuela.

Su Memaw.

Una parte de ella murió en aquel instante. Otra parte muy distinta a la que ya había muerto al dejar a su familia atrás, en Montgomery.

¿Cuántas veces tenía que enterrarse a sí misma para renacer de sus propias cenizas?

Y a pesar de que se sentía sola, no lo estaba. A pesar de su insistencia, allí, bajo la luz de aquella luna, Aritz la vigilaba de cerca y la acompañaba en su llanto desde la distancia.

ꙮ

Continuó la travesía junto a sus acompañantes, a pesar de que sus pies se movían por inercia. Mientras se apretaba la venda que reposaba sobre el corte de su mano, sentía el alma apagada, no tenía ganas de seguir luchando. Ni Shaun ni ninguno de sus amigos la dejaron sola. La arroparon, la acompañaron, le dieron el cariño que necesitaba.

Y Teodora lo agradecía, aunque no tuviera las fuerzas suficientes para demostrarles ese agradecimiento.

—La gratitud es el primer paso para el éxito, el camino para la abundancia —añadió Tom a su lado—. Sé que Memaw así lo hubiera querido.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Cuando uno tiene las emociones a flor de piel, es fácil leer las conexiones.

—Ya… —Teodora bajó la cabeza mientras seguía avanzando a pie.

Quería caminar y así, quizá, oxigenar su mente.

—Cuando lleguemos a nuestro destino, me aseguraré de prepararte un buen té verde. Era su favorito, ¿verdad?

Teodora miró a Tom y le sonrió, nostálgica.

—Oh, discúlpame por invadir tus pensamientos, es que…

—No, no pasa nada —lo interrumpió—. Me hace sentir bien, es como si tú también tuvieras la oportunidad de conocerla.

Tom le sonrió y rodeándola por los hombros, la acercó a él.

—Nada me hubiera gustado más, querida —susurró, posando un beso sobre su coronilla—. Y para honrarla, lo mejor que puedes hacer es seguir adelante. Cuando pierdes a un ser querido, debes sacar fuerzas para vivir por ellos. Cumplir tus sueños y, de vez en cuando, hacer lo que a ella le gustaba. Como tomarse un té verde. —Mirándola, le sonrió y Teodora esbozó una ligera sonrisa—. Así me gusta verte. —El brujo le dio un toquecito sobre el mentón—. Ah, por cierto. —Rebuscó entre su bolsa bandolera hasta que sacó un pequeño frasco. Era de color marrón oscuro y no se podía ver bien su contenido.

—¿Qué es? —preguntó la guardiana.

—El jugo de la flor de fuego. —Tom observó el pequeño frasco frente a él—. Una sola gota cura cualquier herida. —Miró a Teodora y le sonrió, tendiéndole el frasco—. Asegúrate de ponerte una gota sobre la herida, solo una.

—¿Desde cuándo lo tienes? —Teodora agarró el frasco con cuidado.

—Bueno, conseguí hacerlo con algunas flores que recogí en Gardh, antes de que esas condenadas…

—Tom —lo interrumpió la guardiana, sabiendo lo que estaba punto de decir.

—Vale, vale. Bueno, que casi me olvido de que había traído algunos frascos conmigo. Pensé que serían útiles.

—Gracias. —Teo sonrió a modo de agradecimiento.

—No hay de qué. —Tom le devolvió la sonrisa—. Me aseguraré de daros una pequeña cantidad a todos.

—Y… ¿dices que con una sola gota basta? —Teodora miró el pequeño frasco con detenimiento.

—Ajá —asintió el brujo—. Por imposible que parezca, somos hijos de la naturaleza, fruto de una célula que nació del mar. La naturaleza conoce a sus hijos y es por eso que cuando tomas remedios naturales, los reconoce y funcionan.

Después de decir aquello, Teodora se quedó pensativa y volvieron a caminar en silencio.

Frente a ella, Laila y Nathalia caminaban agarradas de la mano. Sus manos, juntas, se balanceaban a cada paso. A su lado, Ethan, Amira, Dylan y Boris también seguían a pie.

—¿Creéis que tiene que ver con ese virus? —Aunque Boris intentó susurrar, Teodora logró escucharlo.

—Boris, no lo sabemos… —dijo Amira.

—Pero es probable —asintió Ethan—, si es una pandemia mundial…

Tom carraspeó de repente y los guardianes se giraron a verlo. Al ver a Tom, sus miradas se dirigieron a Teodora y se dieron cuenta de lo sucedido, por lo que acallaron sus voces de inmediato.

—Oye, Tom. —Amira se giró hacia el brujo.

—Dime.

—¿Por qué los orcos tienen la sangre negra?

—Pues… no se sabe exactamente. —Fue lo único que consiguió decir el brujo—. Es otro de los enigmas que desconocemos.

—Nunca lo había pensado —habló Erin—. Lo de la sangre negra de los orcos.

—Supongo que siempre lo hemos dado por sentado —intervino Shaun desde el carruaje.

—Bueno, está bien cuestionarse las cosas —dijo Amira.

—No si esas cosas no dan información útil —respondió Nathalia—. Solo es… ruido externo.

—Habló la sabelotodo —añadió Ethan hacia la guardiana de cabello afro.

—Es gracioso que tú lo digas —arremetió Nathalia de vuelta—. ¿Te sientes identificado? —A su lado, Laila y Boris rieron.

—¿Sabes qué es gracioso? Tú. —Ethan la señaló con el dedo índice de forma acusatoria—. Tú eres graciosa, o te lo crees.

—Lo soy, no como tú. Ya sabes lo que dicen: perro ladrador, poco mordedor[14]. —Al comentario de Nathalia, Boris hizo un abucheo hacia Ethan.

—Vale ya —intervino Amira—, siempre estáis igual.

—Cambiando de tema —habló Laila esta vez, que seguía agarrada de la mano de Nathalia—, ¿cuándo nos vas a contar cómo os conocisteis tú y la Reina, Tom?

Todos prestaron atención a aquello, especialmente Aritz, que seguía cabalgando en silencio mientras los escuchaba.

—Bueno —Tom carraspeó—, hace mucho tiempo. No quiero aburriros sobre historias pasadas.

—¡Sí! ¡Cuéntalo, por favor! —insistió Laila.

—Venga, anímate. —Boris se giró, caminando de espaldas mientras miraba al brujo con diversión.

Al lado de Tom, a Teodora le salió una pequeña sonrisa, un gesto que no pasó desapercibido por el brujo.

—Bueno, vale. —Puso los ojos en blanco antes de continuar con la explicación—. Fue hace mucho tiempo.

—Eso ya lo has dicho —dijo Nathalia.

—Mucho —enfatizó el brujo de nuevo, mirándola seriamente por haberlo interrumpido— tiempo. Viví un tiempo en Dôr o Edhel, justo después de terminar mi formación en Dôr o Ithron.

—¿Formación de qué? —lo interrumpió Ethan.

—En artes mágicas.

—Vale, ¿pero de qué? —Volvió a insistir el guardián.

—Me especialicé en magia defensiva y botánica; control y manipulación vegetal y elementalismo. ¿Puedo continuar? —Alzó las cejas ante tantas interrupciones—. Gracias. Como decía, al acabar mi formación me mudé a Dôr o Edhel para ser uno de los acompañantes de Erulissë. En aquel momento, su padre estaba al mando y la Reina era joven, descuidada…

—¿Erulissë descuidada? —Inesperadamente, Aritz lo interrumpió y soltó una risa irónica—. Eso tendría que verlo yo.

A Teodora le llamó la atención su risa. Le pareció atractiva, pero se quedó observándolo en silencio.

—Como he dicho, hace muchísimo tiempo. Erulissë, al igual que todos, también ha cambiado. Yo soy algo más mayor que ella, pero no mucho más. Así que me ofrecieron ser uno de sus acompañantes y… así fue.

—¿Y cuál era tu cargo exactamente? —preguntó Teodora esta vez.

—Pues vigilarla, protegerla, acompañarla en casi… todo momento.

—Me hubiera encantado verte de joven —añadió Laila.

—Pues me alegra decirte, querida, que soy como el buen vino: he mejorado con los años —dijo con orgullo y Teodora rio, emitiendo un chasquido.

—Bueno, ¿y qué? —Nathalia intervino.

—¿Y qué de qué? —dijo el brujo.

—Pues eso, ¿qué pasó?

—No pasó nada. —Tom se encogió de hombros—. Fuimos buenos amigos y ya está. Paseábamos juntos, salíamos de celebración, alguna que otra escapada… —Erin soltó una risa de repente—. ¡Erin! —advirtió, mirando a la joven bruja.

—Perdón, perdón. —Rio la medio-bruja—. Es que no he podido evitarlo.

No dijeron nada más después de aquello, intuyendo que Erin había captado algo de la conexión mental de Tom en un descuido del brujo.

Para su entretenimiento, los enanos tenían una curiosa forma de comportarse entre ellos. Adnik y Baernik llevaban buena parte del camino bromeando y discutiendo, como de costumbre. Taurion ponía los ojos en blanco cada vez que Adnik soltaba alguna historia exagerada y los demás reían.

—¡Te digo que es la montaña más alta, Baernik! —exclamaba el enano—. No solo tiene los mejores minerales sino que es una de las más antiguas. Nuestros antepasados solo las dejaron para los dignos.

—Pues yo digo que esas son leyendas de viejos, ¡lo que vale es lo que puedes sacar con las manos! —replicó Baernik, zarandeando sus manos con ímpetu frente a él.

—Te aseguro, Adnik —habló Aritz, montado a caballo mientras avanzaba al lado de los enanos—, que en Amon Neled no hay ninguna montaña que albergue minerales.

—¡No que se haya descubierto! —exclamó de nuevo el enano, alzando su dedo índice.

—Joder —se quejó Boris, mirándolos frente a ellos—, los enanos nunca están de acuerdo en nada.

Baernik soltó una carcajada y se giró a verlos.

—¡Claro que sí, guardián! Estamos de acuerdo en que nada de lo que llevamos sabe a hidromiel de verdad, ¡y que camináis demasiado lento!

—Si camináramos a vuestro paso, entonces sí que nunca llegaríamos a nuestro destino —respondió Nathalia, defendiendo a su compañero, y todos rieron.

Adnik y los enanos le lanzaron una mirada fulminante.

—¿Pues sabes qué, guardiana? No nos vendría mal un descanso, ¡que estamos cruzando media Dôr o Gwaith para acompañaros! —replicó Adnik.

—Nadie os ha obligado —respondió Nathalia y Laila la agarró fuerte de la mano, dedicándole una mirada de desaprobación. La guardiana puso los ojos en blanco y se volvió hacia el enano—. Pero lo agradecemos.

Al lado de la guardiana, Ethan y Amira rieron por lo bajo.

—Además, ¡nadie se ha quejado de mis historias! —añadió de nuevo el enano.

—No —rio Aritz—, todavía no. —Todos estallaron en carcajadas.

—Desde luego, nunca había conocido a unos enanos tan… expresivos. —Taurion dejó escapar una risa.

—Ya, pero eso es porque nunca os acercáis lo suficiente a nosotros, centauro —dijo Baernik.

—Silencio —habló Erin de repente, acallando todas sus voces—, hay cosas en el aire que prefieren el silencio.

Aquel comentario por parte de la medio-bruja lanzó un ligero escalofrío por el grupo que provocó que todos guardaran silencio.

Baernik se inclinó de repente hacia Adnik, gesto que Teodora notó desde la distancia.

—Estos brujos siempre tan misteriosos —susurró el enano hacia su compañero—, me apuesto mi barba a que ni saben de lo que hablan.

Adnik rio por lo bajo.

—Probablemente solo nos quieran asustar.

Pese a las risas, los enanos apretaron el paso un poco más sin dejar de mirar a su alrededor.

La marcha continuó entre tensiones y risas mientras la niebla de la montaña empezaba a cernirse sobre ellos. Estaban dejando atrás el paraje verde para adentrarse en uno más árido, más gris. Y pasado un rato, un sonido desgarrador los asustó. Era tan fuerte y sonaba tan cercano que hizo que todos se detuvieran en seco.

Al detener el carruaje detrás del ejército, Shaun bajó de un salto mirando al frente. Su mirada se cruzó con la de Teodora, que deslizó su mano en la del elfo.

—No puede ser. —Varion habló mirando también hacia adelante.

—Imposible —añadió Leohorn.

Por alguna razón, todos miraban al frente. Aritz bajó de su caballo y, tomando las riendas, avanzó despacio. Los guardianes también quisieron saber de qué se trataba, así que lo siguieron. Teodora seguía agarrada a la mano de Shaun y al acercarse, lo vieron: un grifo de grandes dimensiones descansaba en medio de la senda por la que avanzaban. Les cortaba el paso y su imponente presencia mezclaba a la perfección la ferocidad de un león y la elegancia de un águila.

El animal, alterado, hizo un graznido estridente y cortante que los sobresaltó a todos.

—Cuidado, está muy alterado —advirtió Tom.

—Es el ave más grande que he visto nunca de cerca… ¡y ni siquiera es todo ave! —exclamó Baernik, abriendo sus ojos de par en par.

—Que me trague una mina si esto no es lo más impresionante que he visto —murmuró Adnik, a su lado.

—Mantengamos las distancias, no os mováis —habló Valya—. Son peligrosos en ese estado.

Sin embargo, algo en Amira había despertado. Un destello interior hizo que su mano se deslizara de la de Ethan, soltándola y creando un vacío entre ellos justo cuando la guardiana dio un paso al frente.

—Amira, ¿dónde vas? —Ethan reaccionó al ver que su compañera dio un paso adelante sin dejar de mirar al animal—. Amira. —La agarró de la muñeca y Amira se giró hacia él.

—Déjame ir, por favor.

—¿Quieres ir con el grifo? —Boris reaccionó a su lado—. ¡¿Estás loca?! —exclamó.

—Confiad en mí, por favor. Sé lo que hago, está herido.

Todos los presentes la miraban atentos, con curiosidad.

¿Una humana acercándose a un grifo?

—Guardiana, no creo que sea lo más adecuado —añadió Leohorn —. Nadie en siglos se ha acercado a un grifo, no podemos intervenir.

La guardiana, mirando al Comandante fijamente, soltó el agarre de Ethan y miró de nuevo a su compañero. Con una mirada de calma, asintió con la cabeza. Y decidida a seguir su instinto, avanzó entre los soldados para acercarse al animal. Cada paso que daba en silencio era un golpe de incertidumbre y de certeza al mismo tiempo. Parecía hipnotizada. Tras ella, sin embargo, todos estaban preparados para defenderla en caso de que el animal la atacara, aunque tampoco es que pudieran hacer demasiado.

Al estar a pocos metros de él, se quedó quieta, dejando que el silencio los envolviera a ambos. Amira era inteligente y sabía que cualquier movimiento brusco podría ser detectado como una amenaza por el grifo. Así que, con un gesto lento y respetuoso, se quitó la aljaba con las flechas que llevaba a su espalda y la daga que llevaba en la bota, dejándolas en el suelo y mostrándole así al grifo que no pretendía hacerle daño. El grifo la miraba fijamente con sus ojos dorados, como si analizara su gesto, y emitió un sonido bajo, una mezcla de curiosidad y advertencia; el graznido de un cazador desconfiado.

Y con los ojos clavados en ella en una mirada profunda, pareció tranquilizarse. La guardiana avanzó un paso cuando Ethan habló:

—Amira, no…

—No —la guardiana alzó el brazo sin dejar de mirar al grifo con atención—, no habléis. No os mováis.

Siguió avanzando hacia él con cuidado, sin apartarle la mirada. Estaba ya a un par de metros del animal cuando la guardiana sintió su corazón latir con fuerza, pero algo en ella la conducía hacia él. Sus ojos fijos en los del animal, y los del animal, grandes y profundos, clavados en ella. Al estar frente a él, el grifo acercó su

rostro y agachó su cabeza, permitiendo que la mano de Amira se fundiera en su pelaje, acariciándolo con cariño.

—No puede ser —murmuró Tom, asombrado.

—Es increíble —rio Laila, observando la escena con fascinación—, es una domadora.

—No ha habido ningún domador desde…

—Eldar. —Aritz interrumpió a Varion—. En palacio hay libros llenos de escritos sobre él. —Sonrió sin dejar de mirar a Amira con admiración.

—Un domador en tiempos de guerra —añadió Leohorn—, parece casi coincidencia que Eldar luchara en las guerras del Rey Fëanor.

—No creo que sea coincidencia —añadió Taurion—. Además, es la primera domadora humana, y guardiana.

Teodora y todos los demás la contemplaban con una sonrisa mientras apreciaban esa magnífica escena. Amira, ajena a todas las conversaciones externas e inmersa en su conexión profunda con aquel animal, apoyó su frente en la del grifo y lo abrazó por el cuello mientras el animal se dejaba acariciar. La guardiana se agachó hacia su pata trasera derecha en la que tenía una herida. Con calma y gentileza, Amira le susurró unas palabras tranquilizadoras mientras lo acariciaba con cariño.

—Tom —al girarse, Amira llamó al brujo y este le prestó especial atención desde la distancia—, ¿me puedes preparar un vendaje con alguna cura?

—Sí, claro. —Tom se giró y volvió hacia el carruaje.

Mientras esperaba al brujo, Amira miraba al animal y lo acariciaba con cariño, mostrándole que no era ninguna amenaza para él. El grifo parecía ya confiar plenamente en ella.

—¿No tienes nombre? —preguntó mientras seguía acariciándolo—. Ya sé, te llamaré Áureon. —Sonrió y el grifo le acarició el brazo con el morro. Amira rio.

—Amira, querida… —Tom la esperaba junto a los soldados del ejército—, no creo que acercarme sea buena idea.

—Vale, voy.

Amira se alejó del grifo momentáneamente y agarró el vendaje con hierbas curativas que el brujo había preparado. Volviendo hacia el

animal, ahora con el nombre de Áureon, la guardiana se agachó y envolvió su herida en aquel vendaje con delicadeza. Al levantarse de nuevo y acariciarlo, le sonrió.

—Sí, ya sé que molesta un poco, pero… esto te curará —dijo, sonriéndole.

El grifo, agradecido, parecía ser consciente de sus acciones cuando se agachó frente a ella. Amira lo miró emocionada y volvió la mirada hacia sus compañeros, especialmente hacia Ethan.

El guardián la miraba con complicidad cuando, de repente, abrió sus ojos de par en par al conocer las intenciones de su compañera.

—Amira, dime que no vas a hacer lo que creo que vas a hacer.

—Estaré bien —Amira respondió desde la distancia sin dejar de acariciar la cabeza de Áureon—, confío en él.

—¡Es un puto grifo! —exclamó Nathalia, señalando al animal con las manos—. ¿Cómo vas a confiar en él?

—Dejadla —Aritz intervino de forma tajante—, la conexión de un domador y su grifo es algo que los ojos ajenos no podemos comprender —añadió mirándola y Amira le sonrió en agradecimiento.

—Aritz, ¿estás seguro que…?

—Sí, Varion —asintió el príncipe—. Estoy seguro. Me pasé la mayor parte de mi tiempo estudiando las hazañas de Eldar y a los domadores y te aseguro que, según lo que he estudiado, ese grifo —apuntó hacia el animal y la guardiana con el mentón— ya está dispuesto a proteger a muerte a la guardiana.

—Un punto más a nuestro favor —añadió Adnik con entusiasmo—, ¡genial!

Amira, con cuidado y con el corazón acelerado, colocó una mano en su lomo y, de un salto, se subió entre sus hombros, cerca del cuello del animal. El grifo, poderoso y majestuoso, se levantó y Amira sintió el entusiasmo recorrerle cada centímetro de su piel; una excitación la invadía. Y justo cuando Áureon se apoyó en sus piernas traseras, de un impulso alzó el vuelo y Amira se agarró fuertemente a sus plumas mientras se aferraba al cuello del animal, sintiendo el vértigo al alejarse del suelo.

Al principio, sintió un vértigo que la inundaba. Sin embargo, a pesar de ello, había algo en ella que confiaba plenamente en aquel animal. Vio a sus compañeros y al resto de soldados hacerse pequeños, muy pequeños, a medida que ambos empezaban a surcar los cielos por primera vez, juntos. Y después, agarrada firmemente a la crin del grifo y sin soltarse, se sintió de poco en poco más cómoda. Por fin, pudo disfrutar de aquel vuelo, una sensación nueva y única que la invadía de alegría, de poder, de fortaleza. La guardiana soltó un grito de alegría mientras el viento le agitaba el cabello.

Vio desde la lejanía las copas de los árboles, la cima de las montañas y allí, a lo lejos, un paraje seco y oscuro que los esperaba. Sentía que no quería bajar a tierra de nuevo, que quería quedarse allí y recorrer toda Dôr o Gwaith por los cielos, donde no había amenazas que pudieran lastimarla.

No que ella supiera.

—Áureon, tengo que regresar —dijo, esperando a que el animal lograra escucharla y comprenderla.

Y al parecer, lo hizo, ya que descendió en su vuelo y Amira tuvo que entrecerrar sus ojos por la molestia que le causaba el aire al golpear su cara. Escondió su rostro en el cuello del animal y se preparó para el impacto. Y al acercarse a tierra firme, se atrevió a abrir los ojos de nuevo y los vio: todos los miraban atentamente, sus cabezas estaban mirando hacia el cielo, hacia ella.

Áureon aterrizó con suavidad y soltó un graznido al apoyar la pata herida sobre el suelo; le dolía. Se agachó con cuidado y Amira bajó de su lomo, apoyando sus pies de nuevo en el suelo. Se aferró a él y le acarició la crin, todavía recomponiéndose de aquella experiencia.

Parecía un sueño.

—Gracias por este paseo, Áureon —susurró, pegando su frente a la del animal—. Pero debes cuidarte.

El grifo se acercó una vez más al brazo de la guardiana y, restregándole el morro, se alejó de nuevo para alzarse al vuelo. Amira lo observó alejarse, surcando los cielos, y sintió un vacío cuando Áureon se alejó por completo.

Al girarse de nuevo, todos la miraban con una mezcla de asombro y expectación.

—Amira. —Ethan fue el primero en acercarse apresuradamente a ella—. ¿Estás bien? —Acunó su rostro, mirándola con preocupación.

—Sí —Amira asintió y lo agarró de las muñecas—, ha sido… increíble. —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Ha sido alucinante, Ethan.

Ethan sonrió y estampó un beso sobre los labios de la guardiana. Desde la lejanía, Teodora y Shaun sonrieron al verlos, al igual que todos los demás.

—Mi chica es domadora de grifos —dijo el guardián al separar los labios de los de su compañera, mirándola con orgullo—. ¡Tomad esa, antipactistas! —gritó hacia el cielo.

Amira rio y todos los demás estallaron en carcajadas.

—Ojalá pueda volver a verlo —dijo Amira, mirando a Ethan fijamente con nostalgia.

—Lo harás, guardiana —la interrumpió Aritz—, siempre que quieras. Solo tienes que llamarlo y acudirá a ti, incluso si lo llamas con tus pensamientos.

Amira miró a Aritz y sonrió.

Desde ese día, sabía que ella y Áureon se convirtieron en inseparables y que no solo era un simple animal que había encontrado, sino que pronto se convertirían en compañeros de vuelo y batalla, cada uno confiando en el otro con su vida.

30
Sueño lúcido

Un cielo plomizo los acogía en aquellas nuevas tierras. Habían pasado dos días hasta que por fin pudieron dejar atrás el territorio de Dôr o Edhel. A su paso, un terreno árido los recibía junto a un clima frío, grisáceo, mustio. Y a medida que avanzaban en aquel nuevo terreno, los ánimos también decaían.

No estaban mentalizados para lo que les venía.

Teodora viajaba esta vez al lado de Shaun, en el carruaje. En los siguientes días había pensado mucho en aquel sueño, o viaje, en el que vio a su abuela. La carcomía por dentro no saber si realmente había sido un sueño o si… su alma, la de Memaw, la había contactado de verdad. En el fondo sabía que pensar en aquello no haría nada más que torturarla por dentro y, en un momento como aquel en el que un reto importante estaba a punto de acogerlos, tener la mente desequilibrada no era lo mejor del mundo.

—La mente es como un océano —habló Tom, siguiéndolos sobre un caballo a su lado—, solo cuando está en calma permite ver su fondo.

Teodora giró su cabeza y lo miró, esperando una respuesta.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.

—Pues que cuanto más conozcas tu fondo, más podrás gestionar las amenazas externas. Y nos esperan muchas, queridos —añadió dirigiéndose a todos.

—Todavía tenemos tiempo, querido —lo imitó Ethan y todos rieron.

—Por muy gracioso que os parezca —intervino Erin, que también montaba a caballo—, Tom tiene razón. No tenemos demasiado tiempo, el ambiente ya empieza a sentirse pesado.

Todos se quedaron en silencio. En parte, tenían razón.

ʘ

Continuaron avanzando a medida que el silencio y los primeros indicios de cansancio los acechaban. Aunque habían traído alimento de sobra, dosificarlos era una forma de mantenimiento ya que, según les habían informado, en aquellas tierras poco alimento encontrarían, ni siquiera fauna que poder cazar para su nutrición. Y a medida que continuaban el camino, el ambiente se tornó frío, húmedo, triste. Erin tenía razón: el ambiente se sentía pesado, como si una fuerza invisible quisiera abrirse paso en las mentes y los cuerpos de aquellos que atravesaban ese terreno. Al principio, fue solo silencio. Silencio y el sonido de sus pasos junto al deslizamiento de las ruedas y los cascos de los caballos chocando contra el suelo, todo ello acompañándolos. Lo demás, silencio. Después, fue el sonido de alguna que otra ave rapaz.

—Estaría bien que de vez en cuando mantuvieras la conexión con tu grifo, Amira —sugirió de pronto Aritz, que los acompañaba subido a caballo. Llevaba su cabello largo atado en un moño con algunos mechones despeinados.

—Se llama Áureon. —Sonrió Amira, que pasó a fruncir el ceño al instante—. ¿Y eso cómo lo hago?

Los guardianes estaban ahora todos subidos en el carruaje. Laila tenía la espalda apoyada a un lado mientras jugueteaba con los rizos de Nathalia, que tenía la cabeza apoyada en las piernas de la rubia. Dylan, a su lado, se mantenía en silencio mientras jugueteaba con el cordón de su camisa entre sus dedos, y Ethan y Amira estaban sentados uno al lado del otro, detrás de Teodora y Shaun, que conducía el transporte.

—Bueno —Aritz ladeó la cabeza, mirando al frente—, dicen que pensar en él y llamarlo, aunque sea con tus pensamientos, ayuda. Depende de dónde esté, puede tardar más o menos, pero siempre acaba acudiendo a ti. —Sonrió.

Aritz iba subido sobre su caballo negro en una pose galante, erguido y seguro de sí mismo mientras sostenía las riendas con una mano. Su otra mano reposaba sobre su muslo. De repente, una

mirada fugaz se dirigió a Teodora por parte del príncipe, pero se desvió hacia Amira de nuevo.

—Inténtalo. —Ethan, al lado de Amira, puso la mano en su rodilla y la animó mientras le regalaba una sonrisa.

La guardiana, mirándolo con ilusión, sonrió y miró al frente. De repente, cerró los ojos y pensó en él, en Áureon. Entrando en ella misma, sintió una especie de energía fluyendo dentro de sí, una conexión que la unía a quien estaba llamando. Su respiración presente le indicaba que seguía allí, en ese plano terrenal. Sin embargo, era como si todo a su alrededor hubiese desaparecido y solo estaba ella y… «Áureon», lo llamó internamente.

Un fuerte aleteo los sorprendió. Una fuerte corriente de aire que casi los echa para atrás cuando Amira abrió los ojos y lo vieron. El grifo, de grandes dimensiones, aterrizaba frente a ellos. Se vieron obligados a detenerse al verlo allí parado, mirando a Amira atentamente.

La guardiana se sorprendió de su rápida llegada; seguramente, debido a su pata malherida, que no le habría dejado llegar demasiado lejos.

—Genial —protestó de forma irónica Varion—, ¿y ahora qué? —Se giró a ver a la guardiana; el grifo les cortaba el paso.

Amira bajó de un salto del carruaje y se acercó a paso calmado, pero decidido, a Áureon. El animal la esperaba, ansioso por volver a verla.

—Vamos a darles tiempo —añadió Aritz, mirando al grifo con el rostro serio.

—¡Venga ya! —Varion protestó—. ¡Aritz! —exclamó hacia él.

—¿Qué? —Desinteresado, se encogió de hombros—. ¿Acaso tenéis algo mejor que hacer?

Amira, haciendo caso omiso a lo que sucedía a su alrededor, puso una mano sobre la cabeza de Áureon. Acarició las plumas de su cabeza y de las alas. Al agacharse hacia la pata malherida del animal, le desató el vendaje ligeramente ensangrentado y observó su herida, todavía reciente.

—Te voy a cambiar el vendaje —dijo mientras seguía acariciándolo. De alguna forma, sentía que la entendía—. No te vayas.

Áureon agachó su cabeza, parecía asentirle. Y Amira, decidida, se dio la vuelta hacia Tom.

—Tom…

—Ah, ah. —Puso el dedo índice frente a ella, interrumpiéndola—. No hace falta que lo digas, ya voy.

—¿Y no puedes curarle…? Ya sabes, ¿con magia?

—¿Curar con magia la herida de un grifo? —Erin se sorprendió—. Bueno, nunca antes se ha hecho. —Negó, mirando a Tom en busca de respuestas.

—Nunca antes desde hace siglos, querrás decir —la interrumpió Aritz.

—Parece ser que su Alteza está obsesionado con los grifos —se burló Adnik.

—Bueno, tuve mi época. —El príncipe se encogió de hombros—. No lo voy a negar. —Rio.

Y de repente, aquella sonrisa le pareció atractiva a Teodora; no podía evitarlo. Hacía días que no lo veía sonreír.

Aunque no olvidaba su postura.

La mirada de Amira y de todos los presentes estaban clavadas en Tom. El brujo, indeciso, miró al grifo por encima de los hombros de Amira. Hizo una mueca poco convencido y puso los ojos en blanco antes de destensar su cuerpo en un gesto sutil con su mano derecha, ondeándola en el aire.

—Está bien —Amira sonrió al escuchar sus palabras—, podemos intentarlo. Pero —enfatizó, señalando a la guardiana—, necesitaré la colaboración de… —Tom señaló con el mentón y la mirada hacia el animal.

—Áureon. —Sonrió Amira—. Por supuesto.

La guardiana se giró sobre sus talones mientras Ethan, a metros tras ella, se bajó del carruaje de un salto y se apoyó de brazos cruzados sobre él, observándola con detenimiento. A lo lejos, observaba a su chica interactuar con aquella criatura y el guardián sonreía, orgulloso de ella.

—Vamos, ven. —Amira cabeceó hacia Tom y el brujo empezó a acercarse al animal, temeroso. Áureon se apartó de repente, pero

Amira lo acarició y lo tranquilizó—. Tranquilo, nos va a ayudar —le dijo y se giró hacia Tom—. No tengas miedo, colaborará.

—Si tú lo dices… —Tom alzó las cejas sin convencimiento alguno y, antes de agacharse por completo para inspeccionar la herida del animal, lo miró con cierto temor.

Poco a poco, el brujo se agachó con cuidado en un movimiento sigiloso, sin apartar la mirada del grifo hasta que su vista se detuvo por fin en la herida. No sabía cómo se lo habría hecho, pero era un corte profundo manchado de una sangre todavía reciente.

—Por lo menos ya no hay hemorragia —dijo Tom—. Creo que puedo intentar cerrarle parte del corte. Eso sí —alzó la cabeza en busca de la mirada de Amira, que seguía acariciando la cabeza del animal—, voy a tardar un poco.

Amira miró a Áureon y en ese preciso instante, fue como si ambos pudieran entenderse con una sola mirada. La guardiana volvió la vista hacia Tom y asintió, decidida.

—Bien, pues —Tom soltó un profundo suspiro y se subió las mangas por encima de los codos—, vamos a ello.

ʘ

Al principio, Áureon amenazó con retroceder, pero Amira lo contuvo y le habló durante un buen rato mientras Tom ejecutaba su trabajo con precisión. Y con paciencia, esfuerzo y dedicación, el brujo consiguió cerrarle parte del corte al animal. No es que cerrara la herida del todo, pero sí lo suficiente como para que dejara de ser una molestia para el grifo.

—Eres un afortunado, Tom —habló Aritz, subido a su caballo mientras seguían el camino—, pocos brujos pueden decir que han curado a un grifo.

—Afortunado o no, casi me quedo en el sitio cuando Áureon me ha rozado con su cabeza. Pensaba que iba a darme un buen mordisco.

Todos estallaron en risas al escuchar el tono irónico con el que hablaba el brujo.

—Era su forma de agradecértelo. —Sonrió Amira—. Gracias, Tom. De verdad —le agradeció.

—No hay de qué, guardiana. —Sonrió el brujo.

Un silencio sepulcral se abrió ante ellos cuando siguieron emprendiendo su camino. Un suelo arenoso, casi volcánico, y un aire contaminado por ceniza los acompañaba en su silencio. El traqueteo de los carruajes y los cascos de los caballos repicando contra el suelo era la única armonía presente en aquella tarde fría y seca.

—Si no me equivoco —habló Valya—, estamos a punto de llegar al Abismo.

—Sí —asintió Aritz—, creo que será mejor que acampemos antes de que anochezca por completo.

—¿Acampar? —Adnik frunció el ceño—. ¿Y dónde sugieres que lo hagamos? ¿En medio de la nada? —Abrió sus brazos, señalando el entorno.

—El enano tiene razón —dijo Leohorn, señalando al susodicho con el mentón—, aquí estamos al descubierto. No podemos acampar en la intemperie a la vista de todos.

—Podríamos formar una piña, juntar todas las tiendas y rodear el campamento por los carruajes —intervino el príncipe—. Es la única forma que se me ocurre de protegernos.

—Bien —asintió Varion—, pero sugiero que avancemos un poco más. Así, mañana por la mañana estaremos en mejor forma para afrontarlo.

—Aquí los guardianes no tenemos ni voz ni voto —susurró Boris desde el carruaje—, vaya mierda —se quejó.

—¿Alguna sugerencia, guardián? —Aritz, que había logrado escucharlo a un par de metros a su lado, se dirigió hacia ellos.

—No, ninguna. —Negó Boris—. Tampoco nos queda otra alternativa. —Se encogió de hombros.

—Bien, porque haremos lo que propone Varion. Preparaos —dijo con voz contundente—, os espera un gran reto mañana —añadió antes de salir al trote hacia adelante.

Teodora y sus compañeros se miraron confundidos y con cierta incertidumbre invadiéndoles el cuerpo... y la mente. A su lado, Shaun la miró fijamente y le regaló una sonrisa.

«Todo estará bien», parecía decirle con la mirada.

Las estrellas sobre el cielo ya casi eran visibles cuando, pasado un rato, por fin lo vieron. A lo lejos, una larga línea oscura separaba la tierra en dos. Un escalofrío recorrió la espalda de Teodora y un susurro invisible los rodeó.

—¿Tenemos que pasar por ahí? —Amira se detuvo, mirando hacia el horizonte.

—Eso me temo, guardiana —habló Leohorn montado sobre su caballo.

Boris soltó un silbido y todos se quedaron quietos, observando aquel horizonte sin fin. Estaban exhaustos y no se veían con fuerzas de continuar. En parte, un gran temor los invadió al observar aquella oscura línea a lo lejos. Tenebrosa, silenciosa, tétrica.

—Podríamos acampar aquí —añadió Varion mirando a Aritz—. Ya está oscuro y mañana por la mañana podríamos continuar.

—Sí —asintió Valya—, de todas formas, ya no nos quedará mucho para llegar.

—Sí, vale. —Aritz asintió—. Si todos estáis de acuerdo. —Miró hacia la multitud que los acompañaba y todos asintieron.

ʘ

Al caer la noche, el frío amenazante les calaba en los huesos. Una sombra se cernía sobre ellos y apenas se respiraba con ligereza. El ambiente era denso y unas voces invisibles parecían rodearlos, vigilándolos con mil ojos.

Para poder pasar la noche en condiciones aptas, optaron por la estrategia propuesta por Aritz: rodeando todo el campamento con los carruajes, se cubrieron unos a otros. Allí no había nada más que desierto; tierra seca y un clima árido que por la noche se convertía en frío. Por suerte, llevaron suficiente abrigo para las condiciones amenzantes que pudiera depararles aquel viaje.

—Joder, podríamos haber acampado un poco más lejos —añadió Ethan, ya tumbado en la tienda de campaña que compartía junto a Amira, Teodora y Shaun. Laila se había quedado esta vez con Nathalia y los chicos, Dylan y Boris.

—Aritz ha dicho que mejor así —Amira se acurrucaba contra su pecho—. Mañana por la mañana podremos cruzar el Abismo. Bueno,

rodearlo... o lo que sea.

—¿Pero tú lo has visto? Da miedo —respondió a su compañera.

—Ya afrontaremos eso mañana —les dijo Teo—. Yo me voy a dormir —se giró, dándoles la espalda y aferrándose a Shaun, a su otro lado—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Shaun le dio un beso en la frente y Teodora levantó el mentón para posar un beso sobre sus labios.

Después, se quedaron profundamente dormidos.

ൈ

Un pasillo oscuro se abría ante ella. La imagen de dos manos encajadas apareció de repente, borrando todo el rastro de aquel pasillo y absorbiéndola en la oscuridad. Ahora solo eran ella y esa imagen. Aquellas manos se balanceaban mientras sus dueños caminaban a pleno día. Avanzaban frente a ella y Teodora los siguió, sin saber de quienes se trataba. De pronto, un giro dramático: sus rostros, eran ella y Shaun. Se sonreían y se miraban mientras caminaban por un verde prado. La Teodora actual los seguía con curiosidad a la vez que una sonrisa de ternura se le dibujaba en los labios. Pero, en un momento dado, dejaron de caminar. La imagen se disolvía y el verde prado se convirtió en un paraje de fuego y cenizas. Se sobresaltó cuando un cuerpo inerte apareció de repente a su lado: Shaun yacía sobre el suelo con la mirada perdida en algún punto inconcreto y sus ojos sin vida.

—Shaun… no. —Las rodillas de Teodora, desnudas, cayeron al suelo con brusquedad y los primeros sollozos se hicieron presencia —. ¡No! ¡Shaun! —Quiso zarandearlo, pero era inútil; el elfo no respondía.

Sus mejillas estaban empapadas en lágrimas mientras se aferraba al cuerpo sin vida de su amado. Lloraba frenéticamente sobre su pecho, abrazando aquel cuerpo sin movimiento. Shaun, su Shaun, ya no estaba. Al alzar la cabeza y mirarlo nuevamente, vio sus ojos del color del océano ya apagados y quiso quitarse ella también la vida. Con firmeza, y mientras sollozaba, agarró la pequeña daga que tenía en su cinturón y con las manos temblorosas, la presionó contra la

parte interior de su muñeca mientras se sorbía la nariz. Miró el cuerpo de Shaun y después el filo de aquella daga contra su piel, contra sus venas. Hizo un poco de presión, pero le temblaba el pulso; no se atrevía. De repente, una mano ajena apareció sobre la suya, deteniéndola. Conocía aquella mano con las venas marcadas y los dedos alargados y fuertes: Aritz. Con un silencio majestuoso, Aritz le apartó la daga de la muñeca y le levantó el mentón. Todavía con las mejillas húmedas por el llanto, Teo lo contempló. Sus ojos, rojos de tanto llorar, lo miraron con una mezcla de aprecio y dolor.

El rostro de Aritz se giró de pronto, señalando algo con la mirada. Teodora lo siguió con los ojos apuntando allí donde señalaba y, a lo lejos, vio a Caleb sujetando un bebé. Este estaba rodeado por una mantita que le hacía de envoltura y lloraba sin cesar. Caleb, por su lado, se mantenía de pie, mirándola a ella sin expresión alguna.

—¿Caleb? —La voz de Teodora sonó casi en un susurro.

Caleb se dio la vuelta sin previo aviso y, con la voz muda, empezó a caminar frente a Teodora, todavía con el bebé en brazos.

La guardiana no se lo pensó: se levantó, dejando caer la daga al suelo y se escuchó el sonido del metal cayendo, haciéndose eco en el lugar. Aritz la observaba mientras sus pies descalzos avanzaban sobre la tierra seca y dura.

—Síguelo, guardiana —susurró una voz desconocida, casi distorsionada. El rostro de Teodora ni siquiera le prestó atención cuando, casi hipnotizada, seguía a Caleb sin apartarle la mirada de encima.

—Sálvalo —dijo otra voz.

Caleb seguía caminando sin mirar atrás. El bebé lloraba sin cesar y el fuego abrió un pasillo ante ellos. Ahí, a pocos metros de Caleb, se extendía el Abismo del Mañana. Era enorme, más grande de lo que se habrían imaginado.

—Caleb. —Teodora lo llamó al ver que el pequeño no se detenía y seguía avanzando hacia allí—. Caleb, ¡detente!

Por un instante, le hizo caso: se giró a verla. Su mirada estaba oscura, distinta al Caleb que había conocido. Aquel bebé, de padres desconocidos, seguía llorando en sus brazos. Pero, sin expresión alguna, Caleb volvió a darse la vuelta y siguió avanzando.

—Caleb, ¡no! —le gritó Teo—. ¡Caleb!

Al ver que no se detenía y que le faltaba poco para caer al vacío, empezó a correr hacia él. Sentía las piedras clavándosele en la planta de los pies en cada pisada, pero no le importaba. Tenía que salvarlos, estaban a punto de caer.

—Sálvalo, guardiana. —Volvió a susurrar una de esas voces.

—Síguelo —murmuró otra voz.

—¡Caleb!

Su corazón le iba a mil cuando aceleró el ritmo y corrió como si no hubiera un mañana. No, un momento. Ese era el truco: no podía permitirse que su mañana, su futuro, fueran aquellas muertes. No podía permitírselo, y no iba a hacerlo.

Se detuvo cuando sus ojos se abrieron de par en par y soltó un grito ensordecedor justo cuando una mano la rodeó por la muñeca, impidiendo que cayera. Las piernas le colgaban en el vacío y, volviendo en sí, lo vio: Aritz la agarraba de la muñeca para no dejarla caer. Bajo sus pies, un vacío oscuro se extendía sin fin y, arriba, sobre su cabeza, la oscuridad de la noche estrellada.

—¡Aritz! —pronunció su nombre.

—Tranquila —le dijo mientras se esforzaba por no soltarla—, ¡te tengo!

—No me sueltes.

—No lo haré. No te dejaré caer.

Un grito ajeno a ella llamó su atención: a su lado, Ethan se agarraba con ambas manos sobre el borde del terreno. Boris acudió en su ayuda al instante y lo agarró de una de sus muñecas. Ethan también estaba a punto de caer al vacío.

—¡Teo! —Shaun llegó de repente a su lado, agarrándola del otro brazo.

—¡Shaun! —lloró al verlo—. ¡Shaun!

—¡Ethan! —Amira acudió al lado de Boris, agarrando a Ethan del otro brazo.

—¡Los guardianes! —exclamó la voz de Taurion a lo lejos, muy lejos.

—¡Ayudadlos! —exclamó la voz de Leohorn tras ellos.

Sus voces se escuchaban a demasiados metros de distancia mientras Shaun y Aritz tiraban con fuerza de ella. A Teodora le daba miedo mirar al vacío; una sensación de ansiedad aparecía cada vez que veía sus piernas desnudas volar en la inmensidad de la nada. Sintió la piel tirante cada vez que tiraban de ella hacia arriba, pero no le importaba siempre y cuando la sacaran de allí. Al mirar hacia arriba, vio sus rostros: a un lado, Aritz, concentrado mientras tiraba de su brazo hacia atrás, y a su lado, Shaun, haciendo muecas de esfuerzo mientras también tiraba de ella. Entre ambos, la consiguieron arrastrar por el borde hasta la superficie. El cuerpo de Teodora se deslizó sobre la tierra, notando bajo la tela de su camisón las piedras rozándole y manchándole la prenda hasta que cayó, agotada, sobre el terreno de arcilla. Su mejilla tocaba ahora la tierra seca y arenosa. Aritz soltó un profundo suspiro cuando la guardiana estuvo a salvo.

—Teo. —Shaun le puso una mano en la espalda; su respiración era agitada—. Teo, ¿estás bien?

La guardiana se reincorporó con esfuerzo y se abalanzó sobre él. Shaun, acercándola a él con una mano en la nuca y la otra enredada en su cabello, cerró los ojos y la besó en la clavícula mientras Teodora lloraba.

Al lado de ellos, Boris y Amira seguían intentando alzar a Ethan. Una de las piernas del guardián resbaló al intentar escalar, lo que provocó que la fuerza de la caída fuera mayor y no pudieran sujetarlo.

—¡Joder! —Boris gritó—. ¡No puedo!

A lo lejos, sus acompañantes corrían hacia ellos, pero todavía estaban lejos. No llegarían a tiempo.

—¡Hay algo que pesa! —exclamó Amira.

Aritz acudió de inmediato en su ayuda y, aunque intentaba alzar al guardián, era imposible.

—¡Es magia! —exclamó—. ¡Nos están atacando!

Una fuerza invisible se cernía sobre ellos. Las manos de Ethan, todavía agarradas con firmeza sobre el borde de la tierra, se estaban debilitando. Hacía muecas de esfuerzo y por más que trataba de impulsarse, era imposible.

Shaun, con delicadeza, separó a Teodora de él y le acunó el rostro, limpiándole las lágrimas de las mejillas con sus pulgares. Ambos miraron a sus compañeros con advertencia y acudieron también en su ayuda. Shaun agarró de un brazo a Ethan y Teodora de otro, pero a pesar de que el guardián tenía a cinco pares de brazos intentando alzarlo, era imposible.

—Me resbalo —dijo mirando a Amira mientras sollozaba—. Soltadme.

—¡No! ¡Ethan! —gritó su compañera.

Los dedos de Ethan ya no resistían; él mismo notaba aquella fuerza invisible que lo empujaba hacia abajo.

—¡Vamos, chico! —Leohorn llegó por fin a su lado.

—¡Cuerdas! —Taurion, que también llegó junto a ellos, gritó hacia atrás—. ¡Traed cuerdas!

—¡Llamad a Tom! —exclamó Shaun hacia ellos—. ¡Rápido!

De repente, una mano del guardián resbaló del borde hacia abajo.

—¡No! ¡Joder! —gritó Boris al no poder agarrar a su compañero.

—¡Ethan! —Amira gritó su nombre sin dejar de tirar con fuerza de su otro brazo.

—Amira —el guardián habló con la voz baja mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—, déjame ir.

—¡No! ¡No voy a hacerlo!

—Tienes que hacerlo —le rogó con la mirada.

—¡No! —Amira negó con la cabeza sin soltarlo mientras las lágrimas le empapaban el rostro.

—No te vamos a soltar, chaval —añadió Leohorn, que tenía la misma mueca de esfuerzo que los demás.

Los dedos de Ethan empezaron a ceder. El guardián parecía haber aceptado su destino cuando miró a Amira con los ojos llorosos.

—Te quiero —le dijo.

—Ethan, ¡no!

Y justo cuando las yemas de sus dedos estaban a centímetros del vacío, resbalaron hasta que se soltó por completo. Soltó un grito estridente cuando cayó hacia la oscuridad incierta; los ojos llenos de espanto miraban hacia la inmensidad del cielo.

—¡No! ¡No! —La voz de Amira asomándose hacia el Abismo, hizo eco en la oscuridad—. ¡Ethan! —Lloraba desconsoladamente cuando dejó de ver al guardián y cerró los ojos con fuerza—. ¡Áureon! —exclamó en un grito desgarrador que resonó por todo el espacio.

Y otro sonido aun más desgarrador que el anterior se hizo presencia cuando Áureon, el grifo, apareció al cabo de unos segundos y se impulsó hacia el vacío. Todos se apartaron hacia atrás debido a la fuerza del animal; todos menos Amira. Con las manos apoyadas sobre la tierra, miraba hacia la oscuridad. Vio cómo Áureon se adentraba, disolviéndose en esa misma oscuridad hasta que se convirtió en ella.

Solo se escuchaba el eco del sonido del grifo; nada más. Sus respiraciones profundas apenas se percibían; todos estaban impactados ante la caída de Ethan y la llegada de Áureon por el grito de Amira. La guardiana belga sollozaba sin apartar la mirada de allí.

—Amira. —Boris le puso una mano en el hombro.

—Déjame —le contestó tajante mientras seguía mirando hacia el fondo de aquel abismo.

—Amira, no…

—¡Déjame! —Lo encaró, zafándose de su agarre antes de volver a mirar hacia la oscuridad.

Todos se miraron expectantes. La incertidumbre se cernía sobre ellos y una mezcla de impacto y tristeza los invadía. Nathalia sollozó y escondió su rostro en el cuello de Laila que, con su trenza despeinada, la arropaba entre sus brazos sin apartar la mirada de Amira. Dylan, a su lado, también lloraba y la elfa lo rodeó con su otro brazo, refugiándolo. Ni siquiera se habían dado cuenta de cuando llegaron los demás. Teodora se aferró a Shaun, que le frotaba el brazo. Aritz miraba a Teodora con tristeza, pero su sentimiento de responsabilidad estaba ahora con Amira cuando se volvió hacia la guardiana. Tom y Erin tenían los ojos cerrados y murmuraban unas palabras desconocidas cuando, de pronto, abrieron los ojos y se miraron. Con una mirada cómplice, negaron con la cabeza, como si se hubieran dado cuenta de algo mayor.

Ahora, todas las miradas estaban entre Amira y aquel abismo tenebroso.

De repente, el sonido de Áureon haciéndose presente les sobresaltó cuando se alzó en vuelo hacia arriba, disparado. Amira se levantó de golpe, observándolo hasta que el grifo redujo su vuelo y bajó a tierra firme, aterrizando tras ellos.

La guardiana corrió hacia él y allí estaba: Ethan, agarrado débilmente del pelaje del animal, se dejó caer cuando su espalda rodó y rebotó contra el suelo.

—¡Ethan! —Amira corrió a su lado.

Los ojos del guardián apenas la miraban, entrecerrados, y su cuerpo, si bien no tenía heridas externas más que las del roce de sus manos y muñecas, estaba débil. Amira acunó su rostro mientras lloraba de alegría.

—¿Ethan?

El guardián trató de abrir los ojos y la miró.

—¿Amira?

Amira rio cuando pronunció su nombre y, con lágrimas en los ojos, lo abrazó. Ethan la rodeó con sus brazos y rompió a llorar justo cuando se aferró a ella, con la cabeza reposando sobre su pecho.

—Ya está, ya está. —Todavía con las mejillas empapadas, Amira lo estrechaba contra su pecho mientras le acariciaba el cabello hacia atrás. Posó sus labios en la frente del guardián y su mirada se detuvo entonces en Áureon. Los ojos del animal, grandes, oscuros y profundos, la miraban detenidamente. Amira le sonrió y no hicieron falta palabras entre ellos; se entendían con la mirada.

El resto de guardianes y sus acompañantes llegaron a espaldas de Amira, acercándose a ellos con sigilo. Teodora seguía aferrada a Shaun, ya no tan afectada por lo que le había sucedido a ella, sino por lo sucedido a su compañero. Shaun no la soltaba, rodeándola entre sus brazos.

Aritz, avanzando con paso decidido, se acercó hasta agacharse al lado de Amira. Le puso una mano en la espalda a la guardiana y otra en la de Ethan.

—Ethan, ¿estás bien? —le preguntó. El guardián alzó la mirada, enrojecida por el llanto, y asintió.

Se reincorporó, tomando a Amira de la mano y posando un beso sobre ella. Después, giró el rostro hacia Áureon, que se mantenía

tras ellos, expectante.

—Gracias —le dijo al animal, y aunque este no hizo nada, supo que lo había entendido.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has sentido? —preguntó Tom al guardián —. Los dos. —Se dirigió esta vez también a Teodora.

Todos intercalaban la mirada entre la pelirroja y Ethan.

—Había… —el guardián se sorbió la nariz antes de continuar—, había una fuerza que me empujaba hacia abajo. No lo puedo explicar, una fuerza invisible. Me resbalaban los dedos, las piernas se me iban hacia abajo todo el rato. Y… antes… —Ethan miró a Amira y una lágrima se le escurrió por la mejilla. Cerró los ojos y se pellizcó el tabique de la nariz.

Teodora lo entendió. Recordó aquel sueño lúcido en el que había estado sumergida antes de abrir los ojos, antes de estar en el vacío del Abismo.

—Nos han manipulado —dijo y todos los presentes se volvieron hacia ella, prestándole atención—. Antes de darme cuenta, antes de que… de que Aritz me agarrara para no caer —su mirada se clavó en él durante unos segundos—, estaba soñando, o algo así. Se sentía real, como si… —miró a Shaun y el alma se le resquebrajaba al recordarlo—, como si algo supiera nuestros miedos más profundos. Solo he despertado cuando me he dado cuenta de que no era real. —Se dirigió a Tom.

—¿También te ha sucedido, muchacho? —preguntó Varion al guardián. Ethan asintió.

—Sí… no sé, ha sido extraño. Pero también me he despertado cuando me he dado cuenta de que no era real.

—No cabe duda —habló Leohorn—. Esto ha sido obra de los brujos antipactistas.

—No solo los brujos crean fuerzas invisibles —añadió Erin, sorprendiendo a todos—. Las hadas. —Su mirada se detuvo en Aritz.

—Sí —asintió Taurion—, está claro que las hadas también hacen de las suyas.

—Pero —Nathalia quiso intervenir—, ¿las hadas pueden…?

—¿Manipular mentes ajenas? —la interrumpió Tom—. Por supuesto. Esas condenadas de la comunidad feérica saben

esconderse bien, pero cuando quieren…

—No todas las hadas son iguales, Tom —replicó Shaun.

—No, ni tampoco los brujos. Pero no os dejéis engañar, por mucha belleza que veais en ellas, les sale la perversidad por los poros.

—Tom y yo hemos intentado rastrear la energía —intervino Erin—, pero han sabido ocultarla muy bien.

—O eso o es que cuando hemos llegado ya era tarde… —musitó el brujo—. Siento haber tardado, ni siquiera me había dado cuenta.

—Sí —asintió Erin—, lo siento. Era como si algo nos hubiese adormecido profundamente.

—A todos. —Varion los miró, avergonzado de no haber despertado antes.

—Tranquilos. —Aritz se puso en pie, mirando a Tom y a la joven bruja—. Afortunadamente, Boris y yo estábamos despiertos. —Señaló al guardián—. De hecho, él me ha avisado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Laila al rubio—. ¿No estabas en la tienda de campaña?

—Sí, pero me desperté y no pude dormir. Algo me despertó, creo. No lo sé, he sentido una caricia en la nariz, un roce suave… no puedo explicarlo. —Se encogió de hombros—. Solo sé que no podía dormir y he salido de la tienda de campaña justo cuando he visto a Ethan y a Teo dirigirse hacia el Abismo. —Miró a sus compañeros—. Se estaban alejando y me ha parecido raro. Cuando he avanzado hacia ellos, he visto a Aritz apoyado en uno de los carros y lo he avisado. Después, los hemos seguido y al ver que no respondían cuando los llamábamos, nos hemos alertado.

—Hemos corrido hacia vosotros —Aritz miró a Ethan y a Teodora, deteniendo su mirada en ella— justo cuando estabais a punto de caer y no os deteníais.

—Gracias. —Teodora, con una mirada de complicidad, le agradeció.

—Sí, gracias. —Shaun, dejando de lado sus diferencias, también le agradeció al príncipe y este frunció los labios.

—Pero tú has llegado justo después. —Teodora miró a Shaun.

—Sí, es que me había quedado dormido muy profundamente. Me he despertado cuando he visto que no estabas y he salido de la tienda. Después, he visto a Boris y a Aritz correr hacia el Abismo y te

he visto caer de lejos. He corrido lo más rápido que he podido, casi me da algo. —Le apartó un mechón de cabello—. Lo siento.

—Sí —intervino Valya—, sentimos no habernos dado cuenta.

—Los que estábamos haciendo guardia hemos caído completamente rendidos... —añadió uno de los centauros que los acompañaban—, lo sentimos.

—Esto no ha sido casualidad —dijo Tom—. Nos han manipulado, no hay duda.

—Habrá que andar con mil ojos de ahora en adelante —añadió Aritz y todos asintieron.

A su lado, Amira acunó el rostro de Ethan y lo besó en los labios. Ethan le siguió el beso y al separarse, sonrió a su compañera mientras le decía con la mirada: «Estoy bien. Gracias». La guardiana belga le devolvió la sonrisa y miró por encima de sus hombros: Áureon. Se puso en pie y se dirigió a él. Apoyando su frente en la del animal, acarició sus plumas y cerró los ojos mientras le susurraba un «Gracias».

Áureon, en un movimiento cariñoso, frotó su frente en la cabeza de la guardiana y Amira rio, dejando las lágrimas atrás. Después, al separarse, se alzó en vuelo con majestuosidad.

Todos se quedaron embelesados observando el vuelo de Áureon hasta que desapareció en mitad de la oscuridad de la noche.

—Todavía quedan unas horas para el amanecer —añadió Aritz—, será mejor que descansemos lo que podamos.

—Si os parece bien, Erin y yo podemos hacer guardia —propuso Tom.

—No —negó Aritz y todos lo miraron con sorpresa—, os necesitamos descansados, al menos, a uno de vosotros. Que se quede uno.

—Yo me puedo quedar —añadió la medio-bruja.

—No, me quedaré yo esta vez —respondió Tom.

—Está bien, como quieras. —Erin no se opuso—. Nos iremos turnando.

—Yo y mi hermana haremos guardia también —dijo Taurion.

—Yo también me quedaré —asintió el príncipe.

—Pero tienes que descansar. —Teodora lo miró fijamente con un ápice de preocupación en sus ojos.

—La guardiana tiene razón, Alteza.

—Varion…

—Aritz, quería decir Aritz —se corrigó el Comandante y Teo rio para sus adentros.

—Ya tendré tiempo de descansar. No os preocupéis —dijo para todos, sin embargo, su mirada seguía clavada en la pelirroja.

—Vamos a dormir un poco —le dijo Shaun a Teo, y esta asintió.

Aunque, en realidad, ninguno de ellos pudo dormir más aquella noche.

31
Amapola alta

Agotados por no haber descansado lo suficiente la noche anterior, emprendieron camino con las primeras luces del día. La luz del día los alumbraba con fuerza y el calor de los rayos solares se adentraba en sus pieles de forma notable. El clima era seco, desértico, y hacía calor. Por esa misma razón, se cubrieron con prendas de lino y pañuelos o sombreros en las cabezas. Sabían que cubrirse la piel con tela era la mejor protección solar posible en aquellas circunstancias.

—Ahora empieza lo bueno —añadió Boris con ironía.

Para reservar energías, todos iban en los carruajes, salvo algunos de sus acompañantes que decidieron turnarse e ir a pie o a caballo.

—Mirad, ahí hay unas ruinas. —Amira señaló hacia un lado.

Allí, a lo lejos, una estructura de cimientos desgastados y derruidos se mantenía en pie.

—Sí, es una antigua fortaleza, o lo que queda de ella —explicó Tom, que iba a caballo junto a Erin.

—¿Era de algún rey o algo así? —preguntó Ethan.

—Sí, de David —añadió el brujo—, uno de los reyes humanos que tuvimos en Dôr o Gwaith.

—¿Ha habido reyes humanos? —Boris frunció el ceño.

—¿Es que no os habéis instruido en historia? —Erin le dio un pequeño codazo cuando el brujo dijo aquello y Tom la miró antes de soltar un suspiro—. Claro que ha habido reyes humanos. De hecho, David fue el último antes de la segunda Gran Guerra.

—¿Fue contemporáneo del Rey Fëanor? —preguntó Laila esta vez.

—Así es —asintió Tom.

—La fortaleza está tal cual como quedó —habló Taurion mirando hacia aquel punto—: destruída.

—¿Y en tanto tiempo nadie ha querido ocuparla? —intervino Nathalia.

—Mira a tu alrededor, guardiana —Varion le respondió—, ¿te parece que alguien quiera estas tierras?

—Bueno, no siempre ha sido así —habló el brujo de nuevo—. Estas tierras no siempre han sido de clima árido; hubo un tiempo en el que lucían más verdes y habitaban más especies. Pero había sido territorio humano; nadie quiso pisarlo. Y con el paso del tiempo… bueno, otras energías se adueñaron del lugar.

—El clima cambia —intervino Erin—, eso no es nada raro.

—No, claro que no. —Tom estuvo de acuerdo con ella.

Se abrió el silencio nuevamente. El sonido de las ruedas de los carros, los cascos de los caballos y las patas de los centauros, atravesando el terreno, avanzaba entre aquel silencio. Teodora observó aquella fortaleza derruida, a lo lejos. Por un momento, se imaginó cómo serían aquellas tierras una vez ocupadas por humanos; humanos como ellos. Le parecía casi imposible y, a su vez, le producía cierta nostalgia pensar en ello. Se preguntaba cómo sería aquel rey, David, y cuál había sido su papel en aquellos conflictos pasados.

—Ya te lo digo yo: David y Fëanor se llevaban a rabiar —dijo Tom, mirándola. Teodora lo miró con incredulidad—. Lo sé, perdona. ¡No puedo evitarlo!

—No, si ya me he acostumbrado. —Rio la guardiana y Shaun rio a su lado.

—Lo de anoche… ¿de verdad creéis que pudieron ser las hadas? —Se atrevió a preguntar Ethan y la energía cambió entre ellos.

—Sí, no hay duda —asintió el brujo.

—Esa asunción es poco determinante, Tom —añadió Aritz.

—Pero a ver, ¿de verdad creéis que los brujos se atreven a pisar este territorio? —replicó.

—Sois igual de poderosos o más que las hadas —el príncipe lo miró, incluyéndolo en su discurso—, ¿por qué iban a temerlo?

—Sí, pero los brujos somos visibles. Las hadas saben ocultarse, no se muestran ante nadie. Esas condenadas…

—¿Estás diciendo que fue obra de las hadas? ¿La manipulación mental? —preguntó Teodora a su amigo y Tom suspiró.

—No puedo probarlo, pero estoy muy seguro de ello.

—¿Existe alguna razón por la que no se muestren ante nadie? —Dylan, que permanecía callado la mayor parte del tiempo, intervino. Su sed de curiosidad era insaciable en muchas ocasiones, y no se molestaba en ocultarlo. Sin embargo, era agradable escuchar sus preguntas, muchas de las cuales no se le ocurrían al resto.

Al menos, no la mayoría de las veces.

—Bueno —Tom ladeó la cabeza mientras seguía sosteniendo las riendas—, hubo un tiempo en el que se mostraban tal y como son, con su estatura estándar. Pero aquello no les trajo nada bueno y después de la segunda Gran Guerra y de la escisión de los dos mundos, acordaron ocultarse y vivir en su propio territorio. Así lo pactaron el mismo día del Pacto. ¡Y vaya que si les ha salido bien la jugada!

—Tom, ya basta —lo detuvo Teodora, que empezaba a estar cansada de las riñas de Tom respecto a la comunidad feérica—. Si han sido ellas, ¿acaso crees que Náyade estará contenta? Debe estar que echa humo con la traición de su propia comunidad.

—Eso no puedo asegurártelo, pero lo que sí sé es lo que han hecho.

—Pero Tom —Erin habló tras él—, también los nuestros se han declarado antipactistas.

El brujo se quedó en silencio.

—Sí, ya —dijo después de unos segundos.

—Lo que está claro es que aquí nadie se salva —intervino Leohorn.

—Ni el bueno es tan bueno ni el malo tan malo… supongo —añadió Amira.

—¿Pero qué dices? —Nathalia miró a su compañera con incredulidad.

—A ver, en parte los entiendo. No nos quieren aquí desde hace milenios, solo luchan por sus ideales.

—Ya, pero es que tienen unos ideales de mierda.

—Nathalia —Ethan la fulminó con la mirada—, cuida tu tono.

—Oye, no digo ninguna estupidez.

—¿Y si tienen razón? —intervino Dylan—. ¿Y si las guardias ya no son necesarias?

—Eso sí que es una estupidez. —Ethan lo miró—. ¿No te das cuenta, Dylan? ¿Crees que lo que está sucediendo en el mundo humano es casualidad?

—No lo sé —el pelinegro se encogió de hombros—, eso es lo que me gustaría averiguar —se justificó mientras jugaba con los dedos de sus manos, mirando hacia abajo.

—Las guardias sois necesarias por algún motivo que solo la Madre Tierra sabe —añadió Aritz, acallándolos a todos—, y nadie puede convencerme de lo contrario.

De nuevo, se hizo el silencio. Continuaron avanzando mientras rodeaban aquel Abismo que la noche anterior les había traído un amargo suceso. Teodora pensó en su recuerdo, aquel sueño lúcido que quisiera olvidar, y pensó en su compañero. No quiso preguntarle, pero una parte de ella quería saber qué es lo que había visto Ethan.

ൠ

El día transcurrió con lentitud. El sol les abrasaba la piel y se morían de sed, pero hacían un gran esfuerzo para no agotar sus reservas de agua. Por fin, cuando dejaron atrás el Abismo del Mañana, empezaron a visualizar un poco más de flora en el nuevo paisaje. Aunque el clima seguía siendo seco, era un poco menos árido. Se empezaba a notar la presencia de plantas: esparto, tomillo y algún que otro algarrobo. Las horas pasaban y el viaje avanzaba a medida que también lo hacía el cansancio.

Por la noche, habiendo dejado atrás el Abismo, volvieron a acampar con la misma estrategia que el día anterior. Todos se sentaron alrededor de una fogata improvisada, aprovechando para refugiarse del frío de la noche. Teodora, con su brazo entrelazado al de Shaun, observaba las llamas del fuego mientras el elfo se frotaba las manos con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Por lo menos, hay sitio para la belleza entre tanto barro —le susurró.

—¿Qué? —Teodora lo miró con el ceño fruncido y Shaun, dedicándole una sonrisa cómplice, señaló al frente con el mentón.

Al mirar adelante, vio a Nathalia y a Laila juntas, muy juntas. La elfa se enroscaba en el dedo un mechón rizado de Nathalia y la guardiana le decía algo en un susurro íntimo. Teodora sonrió y se volvió hacia Shaun.

—Me alegro por ellas —susurró.

—Y yo. —Shaun puso una mano sobre la de Teodora y le acarició el dorso con el pulgar—. Laila se lo merece, ha pasado por mucho. —La pelirroja sonrió y lo besó en la mejilla.

—Calculo que llegaremos al Bosque Oscuro en dos días —añadió Tom de repente, haciéndose escuchar entre todos.

—O tres, dependiendo de los acontecimientos —dijo Varion.

En mitad de la noche, todos estaban alrededor de una pequeña fogata. No hacía frío excesivo, pero les venía bien un poco de calor y de luz en medio de aquel semidesierto. Además, era una excelente forma de calentar las gachas de avena; unas gachas que los guardianes ya habían aborrecido, pero que no les quedaba otra que comer.

—Esta noche haremos guardia Leohorn y yo mismo —añadió Aritz.

—También nosotros podemos hacer guardia —propuso Boris, refiriéndose a los guardianes.

—No —se negó el príncipe—, será mejor que descanséis. Vosotros más que nadie necesitáis fuerzas.

—Deja que hagamos guardia nosotros —propuso Taurion, mirando a Aritz—, tú ya la hiciste ayer.

—Sí —asintió Adnik—, será mejor que nos repartamos. Podemos hacerla el centauro y yo esta noche.

—¿Estás seguro que quieres pasar toda la noche con un centauro, Adnik? —bromeó Taurion y todos rieron.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, Taurion. No estás preparado.

—Eso ya lo sé, amigo. Menuda labia tenéis los enanos. —Rio.

—¡Já! ¿Habéis oído? —Adnik miró a sus compañeros—. ¡Agradecidos nos tendríais que estar por daros conversación! Tantas

horas sin hablar… ¡Qué aburrimiento!

—No te ofendas, Adnik. Estaba bromeando. —Rio Taurion—. Claro que os estamos agradecidos y será un placer hacer guardia contigo.

El centauro alzó su vaso de ponche de frutas a modo de brindis y Adnik lo imitó. Después, ambos bebieron de un trago.

—Bueno, ¿os apetece un poco de música? —Taurion empezó a revolver su bolsa.

—¿Música? —Amira frunció el ceño justo cuando el centauro sacó un instrumento.

Era una flauta pequeña de madera con una lengüeta de color blanco marfil.

—Sí —Valya sonrió—. En nuestro pueblo tenemos una festividad en la noche del solsticio de verano. Tocamos melodías con el duduk[15] y bailamos alrededor del fuego.

—Os habría gustado —añadió otro centauro, sonriéndoles.

—Veamos qué sale —dijo Taurion antes de colocarse la lengüeta del instrumento entre los labios y con un movimiento preciso y elegante de sus dedos, empezó a tocar.

Era una melodía lenta y profunda que en cuestión de segundos los sumió casi al borde del hipnotismo. Todos los presentes se quedaron mirando al centauro mientras tocaba aquella bella sintonía. Sus labios se movían al ritmo de cada soplo y sus mejillas se hinchaban junto a ese movimiento.

En un ambiente cálido alrededor de la hoguera, refugiándose del frío de la noche en medio de aquel mar de estrellas, la mirada de Teodora se dirigió a las llamas. Sus pupilas, hipnotizadas por aquella música y el fuego, se quedaron fijas en la fogata. Por un momento, perdió la percepción del tiempo mientras duraba aquella canción. Después, se avivó de aquel sueño despierto y miró a su alrededor. Nathalia tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de Laila mientras la elfa le acariciaba el dorso con su pulgar, haciendo contraste de piel con piel. Amira y Ethan, por su lado, seguían mirando a Taurion hipnotizados mientras tenían sus brazos entrelazados. Dylan tenía las piernas flexionadas, su cabeza apoyada en sus rodillas y los brazos rodeándole las espinillas, y Boris también tenía las piernas

flexionadas, rodeadas por sus brazos y sus manos unidas en una posición más bien chulesca. A su lado, Aritz bebió de su vaso mientras seguía mirando al centauro.

La mirada de Teodora no se apartó de él: le observaba las facciones, esta vez marcadas y contrastadas por la luz del fuego. Tenía el cabello largo recogido en un moño desordenado, que lo hacía parecer más un samurái que un príncipe.

Y aquello, le resultaba atractivo.

Sin embargo, la pelirroja giró su rostro hacia Shaun, a su lado. El elfo también miraba a Taurion con la misma mirada hipnotizada que tenían todos. Teo sonrió al verlo.

Cuando el centauro terminó de tocar, todos aplaudieron y sonrieron. Shaun se frotó las manos frente al fuego y Teodora apoyó la cabeza sobre su hombro, aferrándose a su brazo.

—Shaun —susurró.

—¿Mmm? —El elfo acercó la oreja a ella.

—¿Me acompañas? Quiero estar un rato a solas.

—Claro —asintió—, vamos.

Teodora se levantó y Shaun la imitó.

—Ahora venimos —dijo el elfo, encajando su mano con la de Teodora.

—¿A dónde vais? —Laila, que estaba con el brazo entrelazado al de Nathalia, los miró intercaladamente.

—A tomar un poco el aire —añadió Teo.

—Id con cuidado —les advirtió la rubia y ambos asintieron.

Antes de alejarse, Teodora cruzó la mirada con Aritz. Sentado alrededor de la fogata, entre Boris y Leohorn, seguía sosteniendo el vaso en su mano. Tenía los antebrazos apoyados en sus rodillas y sus ojos se clavaron en los de Teodora al instante en el que la guardiana se levantó.

La pelirroja le devolvió la mirada y le regaló una sonrisa. Aritz frunció los labios y después de ver cómo ella y Shaun entrelazaban sus manos, volvió la mirada hacia la hoguera. Y aunque Teodora no pronunciase palabra al respecto, sabía que Aritz estaba respetando su decisión, por mucho que a él le doliera, y eso lo hacía valiente, admirable… noble.

Teodora respetaba su nobleza.

Caminando en silencio, Shaun y ella se alejaron unos metros de sus compañeros.

—Gracias —agradeció a su compañero—, necesitaba estar a solas un rato.

—Lo sé… tantos días rodeados de tanta gente agota. No me tienes que dar las gracias. —Se detuvieron en una roca y se sentaron allí mismo—. Podemos estar en silencio, si lo prefieres.

—Sí, vale. —Teo asintió y, sin pronunciar palabra alguna, se dejaron invadir por el sonido de los grillos.

A pesar de todo, aquellos animalillos invisibles a sus ojos les hacían compañía.

—Oye… —Shaun interrumpió el silencio de repente—, ¿puedo preguntarte qué es… qué es lo que viste? —Teodora volvió la mirada hacia él—. Si quieres, claro. No tienes que decírmelo si no quieres.

La guardiana soltó un suspiro y se sentó de lado, colocándose frente a él.

—Sí, no pasa nada. Supongo que hablarlo me ayudará a hacer el recuerdo un poco menos amargo —dijo agarrándolo de las manos—. Al principio, estábamos tú y yo agarrados de las manos. Paseabamos en un prado y todo iba bien, pero después… bueno, apareciste… —Miró hacia un lado, queriendo evitar recordarlo—, muerto. —Sus ojos se clavaron en los de Shaun de nuevo—. Apareciste muerto a mi lado. Había fuego, cenizas… no sé dónde estábamos. Y al verte ahí, quise… —los ojos de Teodora se humedecieron al instante y su mirada bajó hacia sus manos, agarradas con firmeza—, quise quitarme la vida. Luego… —recordó la mano de Aritz sobre la suya, impidiéndole que se cortara las venas con aquella daga—, bueno, al final no lo hice. —La guardiana evitó mencionar a Aritz en su discurso por si aquello incomodaba a Shaun—. Luego vi a Caleb.

—¿A Caleb? —Shaun frunció el ceño.

—Sí, tenía un bebé en brazos.

—¿Un bebé? ¿De quién?

—No lo sé. —Negó con la cabeza y se enguajó las mejillas con el dorso de la mano cuando se dio cuenta de que las tenía húmedas

por las lágrimas—. Puede que un familiar de Caleb, o yo qué sé. Nunca le hemos preguntado si tiene hermanos.

—Ya… —Shaun ladeó la cabeza—, tampoco lo ha mencionado nunca.

—De todas formas, sé que ha sido una manipulación. Ya no tiene importancia.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Vi a Caleb dirigiéndose hacia el Abismo. Quise detenerlo y corrí hacia él, pero no me hacía caso. No sé, fue como un despertar, un clic en mi cabeza —explicaba Teodora, recordando cada sensación de aquel sueño lúcido—. Me di cuenta de que si seguía corriendo, aquel iba a ser mi futuro; la muerte. Y me detuve y abrí los ojos. Entonces…

—Aritz te agarró justo cuando caíste.

—Sí. —Teo asintió.

—Bueno, siempre le estaré agradecido por ello.

Teodora lo miró y sonrió. No hicieron falta más palabras. Acunó su rostro y enredando sus manos en su cabello, lo besó. Aquel beso que empezó despacio se convirtió en uno más fuerte, más enérgico. Con frenesí, sus labios se rozaban mutuamente. Se anhelaban el uno al otro, y lo malo de aquellas travesías es que, a menudo, no tenían demasiado tiempo para estar a solas.

—Teo… —Shaun se separó unos centímetros, mirándola fijamente a los ojos.

—Sí, ya lo sé. Aquí no podemos. —Rio y el elfo rio con ella.

—Por mucho que quiera quitarte esa blusa —inspeccionó su rostro con admiración—, hay cosas que requieren paciencia.

—Bueno, la espera da mejores frutos. —Teodora apoyó ambos brazos sobre sus hombros, rodeándolo del cuello, y Shaun apoyó las manos sobre sus caderas—. Ya sabes —acercó sus labios a los del elfo—, más sabrosos.

—Más dulces. —Shaun susurró sobre sus labios antes de besarla.

Al separarse, Teodora miró hacia un lado y volvió a mirarlo, sonriéndole con travesura.

—¿Qué? —Shaun rio, encogiéndose de hombros mientras esperaba una respuesta por su parte.

—¿Te acuerdas… —la guardiana apoyó ambas manos sobre los muslos del elfo, poniéndose en pie—, lo que me dijiste la primera vez que estuvimos a solas? ¿Cuando me llevaste a aquel barranco desde donde se podía ver Lejre a lo lejos?

—¿Cuál de ellas? Te dije muchas cosas. —Shaun rio.

Teodora se separó a un lado y se tumbó sobre el suelo con los brazos haciéndole de almohada para reposar su cabeza.

—Túmbate, mira las estrellas. —Ya tumbada, miró a Shaun con una sonrisa—. Eso me dijiste.

Shaun sonrió e imitó su gesto, tumbándose a su lado.

—Es que a estas horas es cuando mejor se ven. —El elfo imitó la postura de Teodora y ambos miraron hacia el cielo.

—Incluso en los momentos más amargos se pueden ver cosas bonitas —dijo la guardiana casi en un susurro. Tenía la mirada hipnotizada en la inmensidad de la noche.

—Sí. —Shaun giró su rostro hacia ella—. Incluso en el desierto. Tú eres agua en el desierto. Eres mi ansia de libertad en un mundo de caos. —Teodora lo miró fijamente—. Y cuando estoy así contigo, el tiempo queda congelado.

Teodora rio.

—¿Es tuyo o lo has sacado de algún poema?

—Pues me ha salido solo —Shaun rio, volviendo a mirar hacia el cielo estrellado con diversión—, pero no se me daría mal, ¿no? —Rio nuevamente.

—Vaya, mi chico es todo un poeta. —Siguió su risa, apoyando la cabeza sobre el pecho del elfo.

—No te rías. —Shaun le apartó el cabello hacia atrás—. Es verdad, tú eres… bueno, voy a decir algo parecido a Mulin.

—Mulan —le corrigió Teodora.

—Eso, Mulan. —Rio Shaun—. Eres una amapola alta en medio de este desierto, Teo. Querrán apagarte, a ti y a los guardianes, pero no debes permitirlo.

—También tú eres una amapola alta, Shaun. —Alzó la mirada para mirarlo—. Te han envidiado siempre.

—No, me han repudiado. —La expresión en el rostro de Shaun cambió a una más seria—. Es diferente.

—No, no lo es. Te han envidiado, incluso sin tú saberlo.

—¿A mí? —Rio con sarcasmo—, ¿Por qué iban a envidiarme? Solo soy un medio-elfo pueblerino.

—Por eso mismo. —Teodora no apartaba la mirada de él—. Porque representas algo que desconocen. Eres medio-humano, y eso les da miedo. Y no tiene nada de malo ser de pueblo. Al contrario, a mí me parece atractivo. —Teodora dijo aquello con picardía. Shaun la miró y rio.

—Sí, ya. —Le dio un beso en los labios antes de mirar hacia las estrellas de nuevo.

—El camino del héroe requiere sacrificios —dijo la guardiana—, y no es que seamos héroes, pero… es la única forma de obtener respuestas.

—Tú sí que lo eres para mí, una heroína.

—Shaun, no soy nada de eso.

—Bueno, pero mi lenguaje de amor es recordarte tu poder.

Ante aquellas palabras, se volvieron a mirar mutuamente y Teodora lo besó de nuevo. Fue un beso delicado, rápido, y al apoyar de nuevo la cabeza sobre el pecho de Shaun, el elfo posó sus labios sobre la coronilla de la guardiana y los dejó ahí durante unos segundos.

—Mientras estemos juntos, seremos invencibles —dijo Teodora antes de cerrar los ojos en medio del sonido de los grillos y la luz de las estrellas.

DICCIONARIO DE TÉRMINOS

Amon Neled: Monte de las Tres Cabezas
Amrûn (Rhûn): Este
Annûn (Dûn): Oeste
Barad (Minas; Mindon): Torre
Dûn Gaer: Océano del Oeste
Dôr o Gwaith: Tierra de la Multitud
Dôr o Edhel: Capital de los elfos
Dôr o Ithron: Capital de los brujos
Dôl: Guardia; Guardia real («Castillo de Dôl»)
Edhel Rîs: Reina de los elfos
Eithel Luin: Manantial azul
Forod: Norte
Forod Gaer: Océano de Norte
Gardh: Reino
Harad: Sur
Harad Gaer: Océano del Sur
Horch Amon (Amon o Orch): Colina de los orcos
Iau aur: Abismo del mañana
Ithron (Curunir): Mago («Barad o Ithron» «Mindon o Ithron» = Torre del mago)
Lírë o Arin: Canción del Mañana
Nann: Valle
Nogoth Hûb: Refugio de los enanos
Novum Orbistelch: Nombre del Pacto
Ost Hûb: Ciudad portuaria
Rhûn Gaer: Océano del Este

Seid: Magia practicada por los nórdicos paganos. En la novela es practicada por los brujos de Dôr o Gwaith
Taur Glawar: Bosque frondoso de Gardh
Toll o Ithil: Isla de la Luna

AGRADECIMIENTOS

«Madre mía, no sé ni por dónde empezar», es lo primero que se me ocurre al ver esta página en blanco.
Siempre tengo tanto por agradecer que una sola página me parece poco; necesitaría todo el basto Universo para agradecer todo lo que siento…. pero allá vamos. Me siento agradecida por haber vivido experiencias en mi camino que me han enseñado «el camino del héroe», un camino que siempre está en desarrollo. Me siento agradecida por las personas que me han aportado valores tan preciados como la amistad verdadera, el amor, la resiliencia de uno mismo, la Fe en Dios, en el Universo… en la energía infinita. A mis abuelos, Julio y Práxedes, porque ellos siempre estarán los primeros en esta página de agradecimientos por haberme enseñado el amor incondicional. A Andrei, porque aunque ninguno de los dos somos perfectos, me ha enseñado que el amor verdadero es una decisión. A mis padres, mi hermano, mis primos que son como hermanos, mi familia entera, mis amigos y amigas, por acompañarme en este camino y confiar en mí y animarme a no rendirme.
Agradezco infinitamente mi persistencia, mi resiliencia, porque ante todo hay que agradecer también a una misma por estar donde estoy gracias al esfuerzo y la disciplina ejercidos. Por no dejar de soñar nunca, a mi niña interior.
Pero sobre todo, lo más importante, gracias a ti que has llegado hasta aquí y has continuado esta segunda parte de la historia. Gracias a mi comunidad online de lectores y lectoras que han apoyado y difundido la historia día tras día; nombraros a todos conllevaría más de una página.
Gracias a Alba Rodríguez, por ser mi amiga, correctora, lectora y confidente en este hermoso viaje.
Gracias a Irati, por su valentía, su ambición y por apoyar esta historia siempre.

Gracias a Irene, por ayudarme a no rendirme sin ella saberlo.
Y también gracias a Eva Fraile y a la comunidad de *Embajadores de libros*, porque me ayudaron a difundir el primer volumen de esta saga y a enseñarme un poco más acerca del mundo editorial en línea. Además, Eva es una excelente agente literaria.
A todos y todas los que seguís aquí: gracias infinitas por confiar en mí, pero sobre todo, en esta historia.

Un abrazo,
Silea E.

---

[1] Se refiere a los meses del calendario gregoriano que utilizamos actualmente los humanos.

[2] El término «**Biir**» es utilizado en la lengua élfica como un insulto para referirse como «basura» contra los medio-elfos y los humanos.

[3] **Edhel Rîs** es el término por el que los elfos hacen referencia a su reina.

[4] Puedes escuchar la canción original del compositor Adrian von Ziegler «For the King» en YouTube o Spotify. **https://www.youtube.com/watch?v=N6794r6BIMk**

[5] **Cursi**: Que pretende ser elegante y refinado sin conseguirlo.

[6] La canción de la historia está basada en dos canciones reales: la primera, «**Savage Daughters**» de la cantante brasileña Alexia Evellyn; y la segunda, «**Terra**», de la banda gallega Tanxugueiras.

[7] **J.R.R Tolkien** fue un escritor, poeta, filólogo y lingüista conocido por ser el autor de las novelas de *El Hobbit* y *El Señor de los Anillos*.

[8] *A tomar viento* es una expresión española que, entre otras cosas, se utiliza para referirse a una distancia lejana, que algo se va lejos o está lejos.

[9] *Burger King*, es una cadena de restaurantes de comida rápida.

[10] Es una expresión que se usa para denotar una situación u obligación molesta, desagradable o embarazosa.

[11] Expresión española que se refiere a: «¿estás de broma?».

[12] «Mi madre me lo dijo» es una canción nórdica antigua compuesta por Egill Skallagrímsson, poeta guerrero de la Era Vikinga. Para este párrafo de la historia, puedes escuchar la versión de *NATI,* «My Mother Told Me» en la playlist de la saga o en YouTube: **https://www.youtube.com/watch?v=rjvnq8FU1w8**

[13] ***Savage Daughter*** ("Hija salvaje") es una canción original de la artista musical Wyndreth Bergindottir, interpretada como un himno de empoderamiento y conexión con las raíces maternas y ancestrales. Existen distintas versiones, pero puedes escuchar la versión de Sarah Hester en YouTube: **https://www.youtube.com/watch?v=gEj4VAXmwtQ&ab_channel=SarahHesterRoss-Topic**

[14] «Perro ladrador, poco mordedor». Es un refrán español que significa que aquellas personas que hablan mucho, amenazan o se muestran muy enfadadas, no cumplen sus amenazas o no actúan con la contundencia que sugieren.

[15] El Duduk o Oboe armenio es un instrumento de viento de doble lengüeta. En «Las Crónicas de Narnia: el león, la bruja y el armario» es el fauno Tumnus quien toca este instrumento a Lucy en su primer encuentro. Para ver la melodía que toca Taurion, puedes ver la pieza del ruso Dmitry Soul en YouTube «A Really Deep Duduk Solo»: **https://www.youtube.com/watch?v=7H5xc8H6dNM**